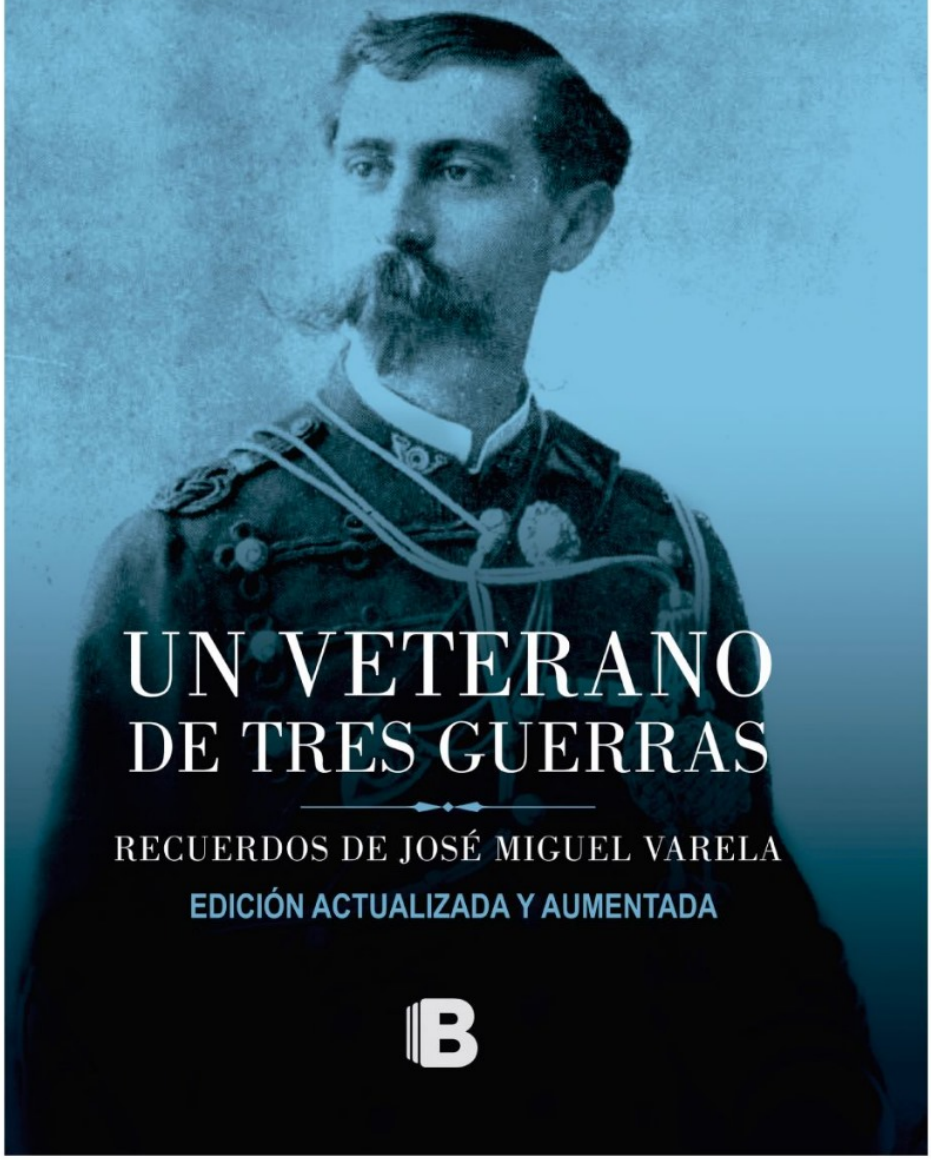
GUILLERMO PARVEX



UN VETERANO DE TRES GUERRAS

RECUERDOS DE JOSÉ MIGUEL VARELA

EDICIÓN ACTUALIZADA Y AUMENTADA

UN VETERANO DE TRES GUERRAS

Recuerdos de José Miguel Varela

UN VETERANO DE TRES GUERRAS

Recuerdos de José Miguel Varela

Guillermo Parvex

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR
CHILE

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR
Blanco Encalada 1550, Santiago
Museo Histórico Militar

www.academiahistoriamilitar.cl
academiahistoriamilitar@gmail.com

UN VETERANO DE TRES GUERRAS
Guillermo Parvex

© Registro de Propiedad Intelectual Inscripción N° 164.053
Julio de 2007

Derechos reservados

ISBN Nº 978-956-8989-01-9
Junio de 2014

Diseño:
versión | producciones gráficas ltda.

Impresor:
Salesianos Impresores S.A.

Impreso en Chile | Printed in Chile

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 7

PRESENTACIÓN 9

INDISPENSABLES PALABRAS PRELIMINARES DEL AUTOR 11

JOSÉ MIGUEL VARELA VALENCIA 15

Capítulo 1 · DE ABOGADO A MILITAR 19

Capítulo 2 · EN EL EJÉRCITO DEL NORTE 39

Capítulo 3 · BAJO EL RIGOR DEL DESIERTO 59

Capítulo 4 · DESEMBARCO EN PACOCHA 83

Capítulo 5 · BAUTIZO DE FUEGO 98

Capítulo 6 · UNOS DÍAS EN CHILE Y DE REGRESO AL OCIO 129

Capítulo 7 · BAJO EL MANDO DE UN GRAN MARINO 142

Capítulo 8 · LA BATALLA DE CHORRILLOS 160

Capítulo 9 · BATALLA DE MIRAFLORES 182

Capítulo 10 · OCUPACIÓN DE LIMA Y EL CALLAO 191

Capítulo 11 · BIBLIOTECARIO EN LIMA 202

Capítulo 12 · REGRESO A CHILE 219

Capítulo 13 · VUELTA AL PERÚ COMO CIVIL 232

Capítulo 14 · EN EL SANTIAGO QUE SE MODERNIZA 252

Capítulo 15 · OFICIAL Y PROFESOR 263

Capítulo 16 · AL SUR 273

Capítulo 17 · CREANDO RAÍCES 303

Capítulo 18 · ASCENSO Y NUEVOS DESAFÍOS 320

Capítulo 19 · EL FANTASMA DE LA GUERRA CIVIL 345

Capítulo 20 · MI ÚLTIMO ENCUENTRO CON BALMACEDA
Y DESASTRE EN LA PLACILLA 368

Capítulo 21 · HERIDO Y PERSEGUIDO 381

Capítulo 22 · VUELVEN LOS BUENOS TIEMPOS 415

Capítulo 23 · UN HOGAR EN ANGOL 433

Capítulo 24 · LAS CELEBRACIONES DEL CENTENARIO 456

Capítulo 25 · PENSAMIENTOS FINALES 469

ANEXOS 475

AGRADECIMIENTOS

Mis sinceros agradecimientos para toda mi familia, que me impulsó a desarrollar este trabajo y me permitió restarle incalculables horas para hacer realidad este libro.

El trabajo no se habría plasmado en esta obra sin el invaluable apoyo de la Academia de Historia Militar de Chile, para cuyos directivos va mi profundo reconocimiento, en especial de su presidente, el general de división, don Marcos López Ardiles.

"Si un hombre cualquiera supiera narrar su propia vida, escribiría una de las más grandes novelas que jamás se haya escrito".
GIOVANI PAPINI

PRESENTACIÓN

Debo confesar mi escepticismo inicial. Sin mayores explicaciones acerca de su origen, pero con mucha recomendación para que lo leyera, me presentaron el borrador de este libro como el testimonio de un militar de la Guerra del Pacífico. Después de vencer cierta reticencia, inicié la lectura y sólo me detuve cuando iba por la página cincuenta, asombrado por el increíble relato. No podía seguir hasta no tener certeza del origen de esta historia, por lo que pedí hablar con el propietario del legajo que tenía en mis manos. Entonces conocí a Guillermo Parvex, quien llegó a mi oficina con algunas páginas amarillentas de un añoso manuscrito, con el que refrendaba la historia de la amistad de su abuelo con don José Miguel Varela, nuestro veterano.

Sobre el curioso origen del manuscrito que da vida a este libro, recomendamos la lectura de "las palabras preliminares del autor", que se pueden encontrar a vuelta de página. Ellas son indispensables para entender la verosimilitud del relato y para dimensionar el encomiable trabajo que realizó Guillermo Parvex, primero en la difícil trascripción del manuscrito y luego en la tarea de darle un pulimiento literario –en las partes que resultaba indispensable– y un ordenamiento cronológico que diera coherencia al relato. No menos importante fue el trabajo de comprobación histórica, el que le demandó un extenso recorrido por archivos y bibliotecas.

Desde luego, este no es un libro de historia militar y alguien podría reprochar a nuestra Academia la decisión de patrocinar y de editar una obra que escapa a la rigurosidad historiográfica que es esperable de nuestra entidad. Sin embargo, y a pesar de algunas intervenciones necesarias, el texto que presentamos constituye una inédita fuente primaria, que nos parece un aporte a los estudios históricos. La Academia, junto con procurar la mayor prolijidad científica en sus investigaciones, asume la tarea de convertirse en un órgano difusor de la historia militar, y –en ese sentido– aún cuando aborda una particular perspectiva de los hechos, nos parece que el género de las memorias o de las autobiografías es especialmente atractivo para el público lector, especialmente para aquél que se inicia por los senderos de la historia.

El testimonio guerrero que nos entrega José Miguel Varela se suma al de tantos otros. Entre ellos, a los relatos que se han publicado de Abraham Quiroz, Hipólito Gutiérrez, José Clemente Larraín, Arturo Benavides, Alberto del Solar, Justo Abel Rosales y Arturo Olid; todos ellos veteranos de la Guerra del 79, que escriben y describen su participación en el conflicto desde sus propias experiencias; y lo hacen con patriótico fervor y con el anhelo de entregar sus testimonios a las generaciones venideras. Ese mismo espíritu es el que creemos que impulsó a Varela cuando contaba sus vivencias a su amigo Canales, quien las anotaba hasta en los detalles. Es fácil deducir que tras esas largas veladas, existía el propósito que los recuerdos se plasmaran en un libro.

Los recuerdos de José Miguel Varela sobrepasan a sus vivencias durante la Guerra del Pacífico; también se remontan a los hechos que le tocó vivir durante la Guerra Civil de 1891 y a su participación en las últimas campañas de la Pacificación de la Araucanía, nombre que se daba a las operaciones dispuestas por el gobierno para incorporar esos territorios al Estado de Chile.

Pero no todo el relato está dedicado a las acciones militares. Hay extensos pasajes referidos a la educación, a la vida cotidiana, al acontecer político y a la evolución de las ciudades chilenas a fines del siglo diecinueve y a principios del siglo veinte. Creemos que el lector disfrutará las distintas apreciaciones de Varela y los juicios que vierte sobre esas materias, los que han sido respetados tal como los emitió el autor, lo que no significa concordar con todos ellos.

Como Academia de Historia Militar, sentimos que al facilitar la publicación de este libro estamos, por una parte, recompensando el enorme esfuerzo de su autor, don Guillermo Parvex, y también la feliz y demandante iniciativa de su abuelo. Por otra parte, nos congratulamos de que los recuerdos de don José Miguel Varela, heroico veterano de guerra y ejemplar ciudadano, puedan salir a la luz pública después de setenta y tres años de su muerte. Creemos que ellos importan una contribución para entender a la sociedad nacional y al ejército que tanto aportó a la conformación del Estado de Chile; ello, a través de los ojos de un civil, que siendo voluntariamente movilizado, se enamoró de la vida militar.

Gral. Marcos López Ardiles
Presidente Academia Historia Militar

INDISPENSABLES PALABRAS PRELIMINARES DEL AUTOR

Una historia dormida

Es necesario esclarecer al lector que no está adentrándose en una novela, sino que en una autobiografía, rescatada de viejos manuscritos cuya redacción original ha sido respetada en gran medida y solamente se hicieron modificaciones cuando éstas resultaban indispensables para la comprensión de la lectura.

Mi abuelo, Guillermo, trabó una gran amistad con José Miguel Varela aproximadamente en la tercera década del siglo veinte, estando ambos en Valdivia. En realidad, se ubicaban de mucho antes, pues cuando Guillermo era niño conoció a Varela en Cauquenes.

Como era habitual en la primera mitad del siglo pasado, mi abuelo tuvo una gran movilidad laboral y por su trabajo residió en los cantones salitreros del norte, como también en Talcahuano, Valparaíso y Valdivia, para quedarse después definitivamente en Santiago.

Durante los años que laboró y vivió en Valdivia, mantuvo extensas conversaciones, que principalmente se centraban en los recuerdos de Varela sobre su participación en las campañas del Pacífico, de Arauco y en la Guerra Civil de 1891.

En improvisados cuadernillos fue tomando nota de los emocionantes relatos de Varela. Sin embargo, por la claridad, precisiones y detalles de éstos, además de ciertos comentarios respecto a anotaciones que hacía durante las campañas –que el lector podrá luego observar– es dable suponer que además de lo relatado verbalmente, debió haber existido un "diario de campaña", el cual probablemente incluyó en sus apuntes.

A mediados de los sesenta me obsequió estos manuscritos, señalándome que algún día los leyera. Estos me acompañaron de mudanza en mudanza por casi cuarenta años, no dándome nunca el tiempo ni siquiera para abrir el paquete que los contenía.

Una tarde del verano de 2004 comencé a leer esas anotaciones que a esa fecha debían tener a lo menos setenta años. La lectura fue extremadamente dificultosa

por lo borroso de la escritura, en su mayor parte con lápiz grafito descolorido por el paso del tiempo, sumado al mal estado de los papeles. Fue entonces cuando comprendí que estaba ante un tesoro histórico a punto de desaparecer por los años y la mala conservación.

Desde ese momento dediqué gran parte de mis horas libres a una difícil transcripción, ya que la mayoría de los apolillados y humedecidos escritos se desintegraba al menor movimiento. Meses después culminé la transcripción, encontrando que no poseía ningún orden cronológico y, además, estaba desordenadamente escrito en primera, segunda y tercera persona, lo que demostraba claramente que los apuntes correspondían a distintas épocas, lo que lleva a pensar que las charlas se extendieron por largo tiempo.

Allí se inicio una nueva y extensa fase, ya que debí analizar en detalle casi medio siglo de nuestra historia, con el propósito de dar una coherencia cronológica a lo transcrito. Posteriormente, vino la tarea de unificar todo al estilo de primera persona y dividirlo en capítulos, con el fin de entregarle una estructura semántica.

Cuando ya daba por concluido el trabajo, se gatilló la interrogante si todo lo que había vertido en unas cuatrocientas carillas era realidad, ficción o una mezcla de ambas. Fue entonces que decidí comprobar la veracidad de esta historia, lo que presentó muchas dificultades por ser Varela una persona públicamente desconocida hasta esos momentos.

Servicio de Registro Civil, Archivo Nacional, Biblioteca Nacional, Archivo General de Guerra, Ministerio de Relaciones Exteriores, Boletines del Ministerio de Guerra, Registros Cantonales de la Emigración Suiza a Chile, archivos de Angol, Temuco y Valdivia, fueron algunos de los lugares visitados en busca de rastros de este personaje.

La información fue surgiendo poco a poco y en la medida que la iba contrastando con el escrito todo calzaba con sorprendente exactitud, demostrando la fidelidad de los relatos de Varela y de las anotaciones de mi abuelo Guillermo.

Esto permitió corroborar que no era un relato novelesco y que muy por el contrario correspondía a una historia simple, real y que no solamente entregaba detalles de su participación en tres guerras, sino que además una visión muy explícita de las transformaciones experimentadas por nuestro país en la segunda mitad del siglo diecinueve y primeras décadas del siglo veinte. Concluí que estaba en presencia de un fragmento de la historia de Chile, relatado por quien la vivió y con su propia visión y perspectiva de los hechos, lo que da a esta obra el carácter de biografía.

Es el testimonio de alguien que luchó en tres guerras en poco más de una década, sin haber escogido la carrera militar, sino que convirtiéndose en soldado por las circunstancias y mirando siempre esta actividad como un oficio lateral.

Mucho se ha hablado de la bravura de nuestro Ejército "siempre vencedor y jamás vencido", pero a través de estas líneas que recogen vivencias de la Guerra de Arauco, de la del Pacífico y de la Civil de 1891, se pretende demostrar, sin ningún ánimo de denostar a nuestro Ejército, que ésta institución en todas las grandes gestas que la han coronado de laureles ha estado conformada mayoritariamente por reclutas, que hasta ese momento eran civiles comunes y corrientes.

En todas las guerras que tuvo Chile en el siglo diecinueve la orgánica del Ejército, por razones económicas, contemplaba una estructura militar pequeña pero altamente capacitada para elevar sus plazas de acuerdo a las necesidades operativas, a través de la movilización masiva de civiles. Es así como en esas gestas, el Ejército se compuso casi en un ochenta por ciento de ciudadanos convocados voluntaria o forzadamente a los cuarteles, los que gracias a la excelencia de la instrucción entregada por los militares profesionales y a la idiosincrasia que caracteriza a nuestro pueblo fueron capaces de transformarse en bravos guerreros casi de la noche a la mañana.

En el caso específico de la Guerra del Pacífico, al iniciarse el conflicto el Ejército estaba integrado por algo menos de tres mil oficiales, sargentos, cabos y soldados de planta y en pocos meses era el más poderoso de América, con casi cincuenta mil hombres en armas, tanto en los territorios ocupados como en el propio. Es decir, por cada diez hombres, prácticamente ocho eran bisoños reclutas instruidos rápidamente para defender los supremos intereses de la Nación. Estos ciudadanos, convertidos rápidamente en excelentes soldados, supieron derrochar coraje, bravura y dejaron su sello heroico en muchas de las grandes gestas que laurean al Ejército.

A esta categoría pertenecían –entre muchos otros héroes de nuestro Ejército– Rafael Torreblanca, el máximo héroe del desembarco de Pisagua; Ignacio Carrera Pinto, Luis Cruz Martínez, Julio Montt Salamanca y Arturo Pérez Canto, los inmortales de La Concepción.

Estos conceptos, expresados reiteradamente por Varela, fueron los principales impulsores para desarrollar –sacrificando cientos de horas de descanso– este testimonio de quienes se hicieron soldados no buscando una forma de vida, sino que dejando lo que tenían para asumir el puesto de chilenos en la defensa de la Patria amagada. Médicos, curas, estibadores, ingenieros, maestros, artesanos, pescadores, abogados, comerciantes, mineros, campesinos, peones, carrilanos,

salitreros, arrieros, talabarteros, panaderos, mozos, sastres, artistas y muchos ciudadanos de otras actividades o profesiones, se convirtieron en oficiales, sargentos, clases y soldados.

Esta "nación en armas" constituyó el grueso del Ejército chileno en la Guerra de la Independencia, en la Campaña Libertadora del Perú, en la Campaña contra la Confederación Perú Boliviana y en la Guerra del Pacífico. En todas ellas salió triunfante y cubierto de gloria lo que con justicia le permite decir que es un Ejército "siempre vencedor y jamás vencido" y además "el Ejército de todos los chilenos".

Uno de los aspectos que más resalta Varela es que, luego de la victoria, los miles de ciudadanos que llenaron ochenta de cada cien plazas volvieron a su actividad –si las secuelas de la guerra lo permitieron– limosneando sueldos impagos y los escurridizos derechos a pensiones. Pero hubo otros que no tuvieron la suerte de regresar y sus deudos persiguieron por años estos legítimos derechos, la mayoría de las veces sin éxito, rindiéndose ante la indiferente burocracia estatal.

Otros siguieron años en las filas, pero siempre esperando el momento de volver a lo suyo. Aunque se habían comportado como militares profesionales en los campos de batalla, tarde o temprano dejarían la milicia.

Esta es una historia personal, que ha sido mantenida en toda su esencia, que deseo legar para honrar a los miles de chilenos que temporalmente lo dieron todo por Chile a través de su Ejército.

G. Parvex

JOSÉ MIGUEL VARELA VALENCIA

José Miguel Varela Valencia nació en Concepción el 23 de septiembre de 1856. Cursó sus estudios secundarios en el Liceo de Concepción y la carrera de Derecho en el Curso Fiscal de Leyes del mismo instituto, titulándose de abogado con distinción máxima en 1878, a los veintidós años de edad.

Recién egresado fue nombrado rector de la Escuela Superior de Hombres de Puerto Montt y maestro de las cátedras de historia y francés en el recientemente creado Liceo Provincial de Hombres de la misma ciudad.

Al iniciarse la Guerra del Pacífico se enroló como voluntario en el Ejército, siendo destinado al "Regimiento de Granaderos a Caballo", recibiendo su nombramiento de alférez de caballería el 8 de abril de 1879.

Participó en las campañas de Tarapacá y Lima. Ejerció el cargo de juez civil de Atacama, jefe militar de San Pedro de Atacama y participó en las acciones de Tacna, Ate, Herbay, Chorrillos y Miraflores.

Formó parte de las fuerzas de ocupación de Lima y el Callao, siendo comisionado a cargo de la Biblioteca Nacional de Lima para catalogar y entregar al mando las obras que se enviarían a Chile como parte de las llamadas "Compensaciones de Guerra".

Estando aún en Perú fue trasladado al "Regimiento Cazadores", unidad en la que alcanzó los grados de teniente y capitán. Durante su estadía en Santiago como oficial del "Cazadores" fue profesor en la Escuela de Preceptoras Femeninas y creador de la Escuela Primaria del Regimiento Buin cuando esta unidad militar regresó de la guerra.

Posteriormente fue trasladado a Angol, al "Regimiento Húsares", ocupando luego diversos puestos en el Ejército del Sur, cuerpo militar encargado de la Pacificación de La Araucanía.

En 1888 fue designado por el Presidente José Manuel Balmaceda como jefe de la Comisión Repartidora de Tierras Fiscales. Durante ese tiempo también formó parte de la primera generación de maestros del recientemente fundado Liceo de Temuco, ejerciendo la cátedra de francés.

En 1888, cuando se constituyó el primer municipio de Temuco fue elegido secretario y a comienzos de 1891 fue electo regidor de la misma municipalidad.

Obtuvo su retiro del Ejército con el grado de sargento mayor. Al inicio de la Guerra Civil de 1891 fue reincorporado como teniente coronel del Ejército Presidencial, retribuyendo con creces la gran confianza y amistad que gozaba de parte del Presidente Balmaceda. Resultó gravemente herido en la Batalla de Placilla logrando eludir la persecución del bando vencedor.

Luego de la Guerra Civil vivió en la clandestinidad, hasta que fue beneficiado por las Leyes de Amnistía, dedicándose desde entonces al ejercicio de su profesión de abogado en las ciudades de Angol, Temuco y Valdivia.

En Angol destacó por su espíritu filantrópico, siendo el fundador de diversas sociedades educacionales, de ayuda a estudiantes de escasos recursos, de promoción de las artes y de apoyo al hospital local.

Por un breve período se desempeñó como intendente de la Provincia de Cautín.

Al promediar la primera década del siglo veinte se trasladó a Valdivia, ejerciendo como notario público y de hacienda, conservador de comercio y minas, auditor de guerra y abogado. En esta ciudad también destacó por su ayuda a la comunidad, por lo que fue nombrado "Hijo Ilustre". Hasta sus últimos días, en todas sus conversaciones dejaba entrever su molestia por la ingratitud del Estado con los veteranos de guerra, que se hicieron militares "de la noche a la mañana" y que cubrieron de gloria los campos de batalla, siendo luego ignorados por décadas y condenados a vivir en la miseria.

Por Decreto Supremo N° 1796, en conformidad a la Ley N° 6096 del 15 de septiembre de 1937, se le nombró coronel de Ejército.

Falleció en Valdivia el 15 de agosto de 1941, a poco menos de un mes de cumplir los ochenta y cinco años de edad. Por su rango y condición de veterano de guerra, fue sepultado con honores en el Mausoleo del Ejército en el Cementerio General de Santiago, donde sus restos reposaron por poco más de una década junto a los de sus camaradas de armas de la Guerra del Pacífico. Luego fue trasladado al mausoleo familiar en el mismo camposanto.

José Miguel Varela, teniente del Regimiento Cazadores, 1882. Fotografía: Estudio Adaro.

CAPÍTULO 1

DE ABOGADO A MILITAR

¿POR QUÉ NO?

En marzo de 1879 casi de lo único que se hablaba era de la guerra del norte. Fue entonces que me invadió el deseo de no quedar fuera de esta historia. Sentía que este acontecimiento unía a Chile, agobiado por sucesivas crisis y enconadas luchas políticas desde que tenía uso de razón.

Desde niño sentí amor por Chile. Estimo que este sentimiento me hizo interesarme desde un comienzo en la guerra que había comenzado en febrero con la ocupación de Antofagasta. Sentí muy claro el llamado a no permanecer como un impávido espectador en esta empresa contra los que nos amenazaban.

Fue entonces que empecé a madurar apresuradamente la idea de enlistarme y partir al norte. ¿Por qué no ser parte de esta historia?, me preguntaba reiteradamente. Por entonces, al iniciarse la Guerra contra Perú y Bolivia tenía veintidós años y en un lugar destacado guardaba mi título de abogado, logrado unos meses antes, al egresar del Curso Fiscal de Leyes del Liceo de Concepción, del que tenía los mejores recuerdos.

El Liceo de Concepción era uno de los más antiguos de Chile, junto con el Instituto Nacional y el de La Serena. En 1869 ingresé al primer año de Humanidades de este centro educacional, que ya tenía una muy bien resguardada tradición conseguida en su medio siglo de existencia, ya que había sido fundado en las postrimerías del gobierno de O'Higgins.

Por causa de un par de terremotos y un incendio había estado ubicado en diversos lugares de Concepción, incluso temporalmente en un convento y también en un viejo cuartel militar. Sin embargo, cuando me correspondió la suerte de ser parte de su alumnado, el liceo contaba con un moderno y señorial edificio de no más de diez años de antigüedad, ubicado en la esquina de Chacabuco y Caupolicán.

El establecimiento contaba con modernos laboratorios de astronomía, meteorología, física y química y con un excelente gabinete de cartografía. Sus aulas eran espaciosas, con mucho señorío, buena acústica y excelente iluminación y en

sus amplios patios se tejían amistades y juegos enmarcados en el mutuo respeto que nos inculcaban nuestros maestros. Anexo al liceo, en la parte posterior, había una casona del tiempo de la colonia que milagrosamente se mantenía en pie no obstante los rutinarios terremotos que afectaban a la ciudad. Esta casa de dos pisos servía de internado para los alumnos de pupilaje completo. Allí viví durante todas las humanidades.

Una de las principales características del Liceo de Concepción era su espíritu republicano, forjado durante su administración por el rector Vicente Varas de la Barra, hermano del ministro Antonio Varas.

Culminé mis humanidades en 1874, obteniendo dos premios que me causaron mucha emoción y orgullo, ya que fui elegido por el Cuerpo de Preceptores como el alumno más destacado en las cátedras de francés y gramática.

En diciembre de 1874 postulé y fui aceptado en el Curso Fiscal de Leyes que se impartía en el mismo establecimiento. Entonces tuve que abandonar el internado del liceo y me trasladé a una pensión ubicada en la misma calle Caupolicán, a unas cinco cuadras del querido edificio.

El Curso Fiscal de Leyes del Liceo de Concepción tenía una duración de tres años, incluida la Academia de Práctica Forense.

En el primer año nos correspondió estudiar y rendir los exámenes sobre las cátedras de Derecho Romano, Derecho Natural y la introducción al Derecho Canónico. El programa contemplaba además la profundización del Derecho Romano, más Derecho de Gentes. Este último ramo, me apasionaba en especial, ya que partiendo de lo más básico que eran los derechos básicos e inalienables de las personas, dejaba entrever la necesidad de construir un derecho internacional que obligara a todas las naciones a reconocer y hacer respetar estas libertades.

En segundo, vimos Derecho Civil y Derecho Canónico. El tercer año nos correspondió Derecho Comercial y Derecho Público Administrativo. También debimos aprendernos y comprender el Código Civil redactado por Andrés Bello y el recientemente dictado Código Penal, que entró en vigencia en 1874.

La parte final de la carrera se denominaba Academia de Práctica Forense y consistía en sesiones semanales, en las cuales se nos enseñaban los códigos de Marina, Comercio y Guerra. Promediando el último año de la carrera se nos incluyó la Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales, que décadas más tarde se convirtió en el Código Orgánico de Tribunales. Este cuerpo legal ya se aplicaba desde 1875.

También, en este período, nuestros preceptores nos ejercitaban en forma práctica sobre escritos y alegatos. Aparte de las sesiones semanales, debíamos concurrir a

los tribunales para interiorizarnos de las causas que llevaban nuestros maestros y actuar como sus secretarios procuradores.

Una vez licenciado de los estudios y con todas las materias aprobadas, debí rendir –como indicaba la ley– examen ante el pleno de la Corte de Apelaciones de Concepción ya que eran sus ministros, en definitiva, los que aprobaban o rechazaban nuestra postulación al título de abogado, que finalmente nos era entregado por la Corte Suprema.

Ya titulado, en diciembre de 1877, uno de mis profesores, llamado Simón Cordovez, me ofreció el cargo de director de la Escuela Superior de Hombres de Puerto Montt y, debido la escasez de maestros, antes de iniciarse las clases, me ofrecieron además el cargo de profesor de historia y de francés en el recientemente formado Liceo Provincial de Segunda Clase de Melipulli, Puerto Montt.

Ante la falta de maestros, el profesorado era bastante heterogéneo. Por ejemplo, Luis Sugg, médico del Departamento de Llanquihue, estaba a cargo de las clases de salubridad y gimnasia; Guillermo Piepper, funcionario de la Intendencia daba las clases de alemán; Camilo Castro, abogado de la Intendencia hacía las clases de caligrafía y Eduardo Cordovez, ex militar, ejercía como secretario del Rector.

Trabajé solamente unos meses, ya que el establecimiento quedó sin presupuesto y sin un peso para cancelar los sueldos.

A mediados de 1878 me trasladé a Santiago para trabajar en el bufete del abogado Juan de Dios Bazo. Por razones de mejores expectativas, a fines de ese año me fui a Melipilla, a casa de mis tíos maternos que me habían acogido antes de mi estadía en el Liceo de Concepción. Desde entonces trabajaba en forma independiente, viendo los asuntos legales de agricultores de la zona y me estaba empezando a ir bastante bien.

La guerra torció mi destino, que parecía claramente señalado. El detonante para mi decisión fue una prédica dominical en la Parroquia de Melipilla. En ella el cura hizo un llamado a defender la Patria y explicó a su manera las causas del conflicto, que calificó como "horripilantes abusos, vejámenes y torturas a los esforzados y sufridos chilenos que trabajaban el salitre y el guano en Antofagasta y Cobija". En ese instante decidí que quería ser parte de esta aventura.

Unos días después tomé un coche de recorrido y me marché a Santiago. El viaje tardaba un poco más de cinco horas. En la Plaza de Armas me enteré, por un orador, que necesitaban voluntarios para ir al norte y que había un lugar de enganche en La Recoleta. Me puse en marcha hacia allá y llegué hasta el cuartel de dos pisos y de recios muros de ladrillo. En el zaguán había una fila de medio centenar de hombres, la mayoría de ellos de pueblo, que me miraban con mucha atención. Pensé que

era por mi estatura –que era más elevada que la del promedio– y por mi ropa más propia de un abogado que la de un trabajador común. Sin embargo, con el correr de los minutos y por las conversaciones con algunos de los que aguardaban para ser reclutados, comprendí que toda la atención se concentraba en mi persona por el hecho de haber llegado solo, lo que me daba carácter de voluntario, a diferencia de todos los demás que habían sido forzados a engancharse.

Al par de horas, se asomó un oficial e hizo pasar al grupo en que me hallaba. Cuando pasé por su lado, el oficial me quedó mirando y me preguntó que es lo que hacía. Yo le dije que era abogado y entonces preguntó por mis habilidades. Le respondí que mi fortaleza estaba en el derecho civil y que tenía experiencia en la administración legal de negocios agrícolas, de herencias, propiedades, contratos y llevaba libros de contabilidad, de administración y también de pagos y deudas. El se rió y me dijo que primero había que ganar la guerra a los aliados y que después nos podríamos dedicar a ordenarles sus asuntos. Agregó que él se refería a otras habilidades que pudieran servir a un soldado. Le respondí que estaba acostumbrado al campo y al monte, que desde que tenía uso de razón había andado a caballo y que de niño mi padre me había enseñado a manejar escopetas, carabinas y revólveres cuando salíamos de caza.

Dijo que parecía servir para la caballería y me llevó para el interior del cuartel dejándome en una habitación en la que no había nadie, solamente un escritorio muy grande con un sillón giratorio de madera y adosados a un muro una poltrona para tres personas y dos sillas de estilo vienés. Al rato llegó otro oficial, ya que al primero no lo volví a ver, y me hizo llenar unas listas de enganche. Luego de completar los papeles, me despachó indicándome que me presentara al día subsiguiente, a las nueve de la mañana.

Antes de volver a Melipilla, pasé por la casa de Clarita. Ella era una joven alegre y simpática. Éramos muy amigos –quizá mi única amiga– con una relación que nos tenía al borde de ser novios, lo cual no se había concretado en varios meses por mi timidez de entonces, que hoy me doy cuenta era excesiva.

Había momentos en que la consideraba mi novia, pero de verdad no lo era. La conocí por intermedio de su padre, Juan Rodríguez, quien era una persona muy culta y con muy buena posición y que se dedicaba al corretaje y medianías en productos agrícolas y a la venta de máquinas y herramientas. Nos habíamos hecho amigos a través de agricultores con los que ambos hacíamos negocios. En varias oportunidades me invitó a su casa cuando visitara Santiago y me escribió un par de veces su dirección. Pero la verdad es que en dos o tres ocasiones estuve parado al frente de la casa pero nunca me atreví a tocar su puerta. Una vez don

Juan me llevó a Santiago y me presentó a su familia. En esa ocasión recuerdo que dormí allí en una pieza de invitados que había en un pequeño tercer piso y que me atendieron muy bien. Así conocí a Clarita.

Don Juan había estado el año anterior, el 78, en la Exposición Mundial de París y había traído de allá muchas ideas nuevas que aplicaba a sus negocios. Su hijo mayor, a quien nunca llegué a conocer, estaba estudiando para ingeniero en Francia.

Clarita vivía en la calle Del Estado, entre el callejón que estaba a la entrada de la Cañada y la calle de las Agustinas. Las visitas a su casa eran espaciadas, cada cuatro o cinco semanas más o menos, pero nos comunicábamos frecuentemente, ya que a través de su padre me enviaba cartas. Los contenidos de esas cartas no los recuerdo, pero eran de temas generales y de bromas muy inocentes que ella solía hacerme. Tenía unos dieciocho años, de suaves facciones, bonita, simpática y muy querida por sus padres. Me gustaba mucho, excepto porque la encontraba demasiado delgada para mi gusto.

Tras estas aclaraciones seguimos con la actualidad. Después de tomar un té donde Clarita y escuchar las lamentaciones de ella y de su madre por mi decisión, debí emprender el regreso a Melipilla, para despedirme de mi tío, primos y amistades y dejar finiquitados mis trabajos.

Esa misma noche regresé a Melipilla, después del fatigoso viaje en el coche de posta, y visité a algunos amigos para despedirme, ya que pensaba que en cosa de un par de semanas estaría en Antofagasta. Pero no fue así y eso lo veremos más adelante.

Preparé mi maleta, no muy grande, con el mínimo de vestuario y algunos objetos personales que siempre me acompañaban. El resto de mis tesoros y que podría parecer ridículo, pero para mí eran como el ancla que me mantenía comunicado con mi familia, los dejé en un baúl guardado en la habitación que ocupaba en casa de mis tíos. Estos recuerdos eran una chaqueta color café moro de mi padre, un rosario de palo de rosa de mi madre, una muñeca pequeñita de porcelana de mi hermana y unos libros. Mi pluma –que en rigor se denominaba plumín– era otro recuerdo de mi padre y lo puse entre las cosas que me llevaría a la guerra. Había sido fabricada en Inglaterra en 1829 por la fábrica de William Mitchell y aunque requería ser untada constantemente en un tintero, su pluma de acero y el cuerpo de fina madera de ébano daba un trazo muy bonito a la letra. Y haciendo un paréntesis respecto a mi querido plumín, debo agregar que se guardaba en un estuche de madera muy fina, que tenía un contenedor para el tintero y otro para el secante. Esa lapicera la perdí tiempo después, me parece que en Moquehua.

Volví a Santiago en la tarde del día siguiente y me alojé en la casa de mi amigo y colega Ramón Villagra. El vivía con sus padres en la llamada Calle de Las Cenizas, que quedaba como a cinco o seis cuadras al poniente de la Plaza de Armas y que corría entre Las Delicias y los totorales del río Mapocho. Con Ramón nos habíamos conocido cuando ambos recién titulados trabajamos un breve periodo en la oficina del abogado don Juan de Dios Bazo. Desde el primer momento tuvimos una gran afinidad y en alguna oportunidad lo invité a cazar conejos al Paico y cuando tenía que pernoctar en Santiago lo hacia en su hogar.

Al día siguiente, muy temprano, desayunamos en la cocina y luego nos encaminamos hasta la Plaza de Armas. Allí nos detuvimos porque el continuaría hacia la Universidad de Chile donde desempeñaba una cátedra. Al despedirnos me dio un fuerte abrazo y luego me entregó un pequeño cuaderno de tapas muy gruesas, "para que tomes apuntes de las campañas y después los leamos juntos".

Seguí mi camino hacia La Recoleta. La mañana estaba bastante helada para ser comienzos de abril y me presenté no a las nueve –como me habían dicho– sino que antes de las ocho, en el cuartel.

Nuevamente una larga espera, consultas y más esperas y al cabo de un rato salió un sargento que me llamó por mi nombre completo, pero anteponiendo un "señor" y junto a otros dos civiles nos subimos a un coche de dos caballos que nos trasladó hasta La Cañada y luego enfiló hacia el sur por la calle de San Isidro Labrador, que muchos aún llamaban, no sé por qué, "calle de la Pelota".

Enlistado en el Ejército

Unas cinco cuadras al sur de La Cañada, casi junto a la Iglesia de San Isidro Labrador, el coche se detuvo frente a un pequeño cuartel de un piso en el que deambulaban soldados con sables y se olía el típico olor de las caballerizas. En esos momentos recién supe que ese sería mi destino y que donde llegaba era parte del "Regimiento de Granaderos a Caballo", que hacía pocas semanas había arribado de su guarnición en Angol, donde estaba desde hacía varios años cuidando lo que se denominaba La Frontera. Otra parte del regimiento estaba en un cuartel que conocí mucho después en la calle del Puente, antes de llegar al Cal y Canto.

Supe –por vagas conversaciones– que el regimiento estaba desmembrado. Que esta "suerte de escuadrón" –muy mermado y que más parecía una compañía– venía

llegando del sur; que otra agrupación ya estaba por embarcarse al norte, que otras compañías permanecían en La Frontera y que una cuarta facción se estaba reorganizando en la calle del Puente.

El primer día –a mi juicio– fue de pérdidas de tiempo innecesarias, ya que lo único que quería era la acción caballeresca y romántica de cargas de caballería sable en mano. Pero había paisanos que tomaban hormas de los pies, ayudantes de sastre que te medían no solo una vez, sino que varias, carreras a buscar sábanas y frazadas, a reconocer las dependencias donde dormiríamos y, todo ello interrumpido por un almuerzo muy contundente.

Pasaron dos o tres días hasta que por fin me vi vestido de soldado: un pantalón de lana color lacre con una huincha gris en los costados y abotonadura al centro. Una "polaca" azul oscuro, (chaqueta con abotonadura simple al centro y que era muy ajustada a la cintura y que no llegaba más abajo del cinturón), botines de cuero negro con tacón subido (parecidos a los zapatos del huaso), quepí de paño azul oscuro y lacre con visera de cuero y capote de paño azul oscuro. Lo que más me decepcionó en esos momentos –y bien lo recuerdo– fue la ausencia de insignias y adornos. Fuera de los seis botones de bronce de la polaca y de los ocho botones de igual metal del capote, pero en este caso dispuestos en dos hileras. Por el momento no había nada más.

Al día siguiente, ya estábamos en abril, nos entregaron una tenida de sarga color cáñamo, que sería la que usaríamos casi todos los días en nuestra instrucción. Fue entonces cuando supe que había sido nombrado como alférez de caballería con fecha 8 de ese mismo mes. Un sargento, de apellido Macaya, nos comenzó a instruir sobre las formas militares, marchas, giros, manejos de carabina Spencer y de sable.

En eso estuvimos un par de semanas al menos, encerrados en el cuartel, con excepción de cuando marchábamos al Campo de Marte para poder familiarizarnos con los ejercicios en terrenos de mayor amplitud. Mi mayor decepción era marchar a pie del cuartel al campo y de vuelta hasta nuestra unidad, ya que aún no había caballos para nosotros y lo que más quería en mi fuero interno era estar al lomo de un brioso corcel.

Allí estaban Demetrio Polloni, Urízar, Polhamer y otros más que ahora no logro recordar, con quienes después compartiría mucho durante la campaña. De los oficiales que nos trataban de formar como soldados de caballería recuerdo al teniente o capitán Guzmán, que estaba a cargo de los dos lugares de instrucción del "Granaderos" en Santiago, como también a otro oficial que podría ser Ferrer o Ferreira.

Frontis del cuartel que empleó en 1879 el Regimiento Granaderos en la calle San Isidro de Santiago. Hoy cuartel de Carabineros de Chile. Fotografía: Eduardo Parvex.

Ya a mediados de abril llegó la caballada y me tocó un potro bayo, de buen andar y mucha energía, pero que trataba de mandarse sólo. Muy poco dócil, pero no chúcaro. Quizá quería ser un buen caballo, pero no tenía las condiciones necesarias de obediencia o capacidades de aprendizaje. Pero era una cabalgadura al fin y al cabo y ya me sentía muy bien cuando nos íbamos montados al Campo de Marte a ensayar formaciones, cambios de formaciones sobre la marcha, tiro, cargas en bloques, etc.

Pasaron más o menos seis semanas y ya usaba el distintivo de alférez en mi guerrera, pero aún no tenía uniforme de salida, indispensable para pasear por la ciudad estando de puerta franca, lo cual me disgustaba, ya que lo más que quería era andar por las calles de Santiago como un oficial de caballería. La última semana de mayo nos enteramos de los pormenores del Combate Naval de Iquique. Fue como una inyección de adrenalina y lo único que todos queríamos era marchar al norte.

Cada vez que se daba puerta franca en el cuartel me iba al centro de la ciudad, visitaba a un primo que vivía en la calle De Las Claras y por supuesto que a Clarita. En una de estas visitas, en las cuales se podría decir que ya estábamos de novios

informales, su padre me dijo que me tenía un regalo y se acercó con un paquete de papel grueso de color azul y me pidió que lo abriera. Lo recuerdo nítidamente. Era una caja de madera de eucalipto y en su interior un precioso revólver niquelado con su empuñadora de nácar y con un tambor para seis tiros del calibre cuarenta y cuatro. Su marca era Galand y era de fabricación francesa y me comentó que lo había traído de París el año anterior.

Después que me lo enseñó con mucho entusiasmo, abrió otro pequeño paquete de papel y en su interior había una funda de cuero negra, muy bien trabajada, con tapa de doble broche de bronce, que me dijo había mandado a hacer donde un muy buen talabartero y que era el modelo francés, que se coloca en el cinturón al lado izquierdo del cuerpo a fin de poder extraer el revólver sin dificultad con la mano derecha. Y así, esa noche, regresé al cuartel muy orgulloso, ya que además de mi sable Chatellerault llevaba un moderno revólver y...mío, lo más importante.

Reconociendo Santiago

Yo provenía de provincia y en mi estadía en la zona central había trabajado más en la zona de Melipilla y si bien había recorrido Santiago algunas veces, para mi no me era familiar. Por esa razón, cada vez que había puerta franca en cuartel, me iba a recorrer el centro de la ciudad y aprovechaba de ver, conocer y visitar lugares que para la época dejaban bastante impresionada a una persona como yo. La mayoría de las veces hacía esos reconocimientos sólo y generalmente los domingos de mañana, ya que por las tardes iba al té donde Clarita.

Observé muchas cosas que me llamaron poderosamente la atención, pero la nebulosa del tiempo las ha ocultado y solamente algunas pocas se vienen a mi mente, pasados tantos años.

Sin duda alguna que lo más hermoso era el cerro de Santa Lucía, con una ornamentación digna del mejor parque parisino (hasta entonces no conocía París más que por fotos o litografías en magazines que alguna vez cayeron en mis manos) que había sido inaugurada pocos años antes y que era obra del intendente Benjamín Vicuña Mackenna. Varias veces recorrí palmo a palmo el bello paseo hasta llegar a su mirador en la cima, desde el cual se veía la ciudad completa. Desde las torres del monasterio de la Recoleta Dominicana en las estribaciones de la cordillera hasta las últimas casas hacia el sur y los potreros Chuchunco Abajo, más allá de Maipú. Siempre observaba desde ese mirador la calle de San Diego, que se perdía hacia mis tierras sureñas, conservando el mismo trazado del antiguo Camino del

Inca que entraba a Santiago por la Cañadilla de la Independencia, lo cruzaba por lo que es hoy la calle Del Puente y seguía hacia el sur por la calle de San Diego.

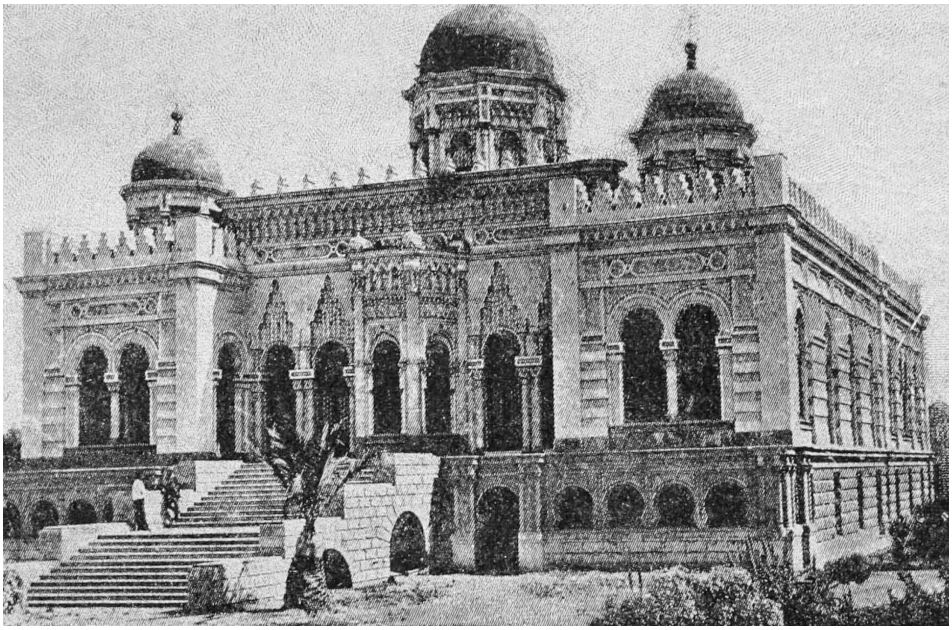
Las iglesias siempre me impresionaban. Las había del tiempo de la colonia y otras más modernas, obra de los arquitectos italianos y franceses, tan de moda en ese tiempo en nuestro Chile. Entre los templos, a los que usualmente ingresaba y recorría enteramente, estaban los de San Francisco, La Veracruz (al costado oriente del cerro de Santa Lucía), Santa Ana y San Lázaro (en la avenida del Ejército Libertador), que estaba muy de moda por estar situada en el centro de los barrios más aristocráticos de Santiago. Rememoro asimismo la de San Agustín, la de Las Agustinas en Moneda y la de La Merced. El otro templo habitualmente observado era el que estaba contiguo al caserón que ocupaba el escuadrón, el de San Isidro Labrador, que pocos años después fue reconstruido en el mismo sitio y orientación, para darle un nuevo estilo.

De los edificios más notables de la época que admiré en muchas mañanas de domingo, al menos exteriormente, estaban por supuesto el Palacio de Gobierno en el edificio de la ex Casa de Moneda, frente al cual pasé muchas veces y me detuve a observar por si veía al Presidente Aníbal Pinto entrar o salir, pero jamás lo logré.

Vienen también a mi memoria edificaciones grandes y fastuosas, algunas de ellas recién construidas, tales como el palacio Pereira, en la calle de Huérfanos; el imponente edificio de la Universidad de Chile, en La Cañada con San Diego. Muy lindos eran también el palacio Matte en la calle de la Compañía; el palacio de La Alhambra en la misma calle; palacio Arzobispal, en la Plaza de Armas con La Compañía; la casa de Mateo Toro y Zambrano en La Merced; el palacio Consistorial (Cárcel y Municipalidad) en la Plaza de Armas esquina Las Neverías.

Por La Cañada hacia abajo, pasado de la avenida de la República, pero por la acera del lado norte, se emplazaban dos majestuosos palacios, de reciente construcción, que eran de una arquitectura y opulencia impresionante. El más nuevo era el de la familia Díaz Gana, que con los años fue denominado "Concha Cazote" –por sus nuevos propietarios– y el otro que debe haber tenido un poco menos de veinte años, era el de la familia Olguín.

Siempre me atrajo el Mercado Central. Me gustaba su moderna y bien pintada estructura de hierro. Pero lo que más me agradaba era el delicioso aroma a frutos y buenas comidas que emanaba del lindo edificio, construido pocos años antes, sobre los terrenos de la antigua Plaza de Abastos que se remontaba a tiempos coloniales. Y como el Mercado Central me abrió el apetito, los recuerdos se alimentaron y multiplicaron y ahora afloran aquellos en que mi paladar y mi estómago fueron absolutamente dichosos.



Palacio Concha Cazotte, en la Alameda en 1880. Fotografía Charles Wiener, Biblioteca Nacional.

Además de los sitios señalados –muchos de los cuales subsisten al momento en que hago este relato– también aproveché mis salidas de exploración por la capital para alimentarme, ya que dinero no me faltó en estos meses de estadía en Santiago, puesto que cuando me despedí de mis clientes, tres de ellos me cancelaron los honorarios del mes que me debían y me dieron dinero de más, para que nada me faltara, algo así como quinientos pesos.

Si bien en abril y mayo no recibí paga, tampoco tenía casi nada en que gastar. En junio me pagaron abril, mayo y junio y de esta forma se me reunió un pequeño tesoro, parte del cual se fue en conocer lugares de comidas, de los populares y en contadas ocasiones, con un par de amigos, en algunos sitios bastantes encopetados.

Como decía antes, muchas veces almorcé en el Mercado Central de Santiago, donde había gran número de bonitas y limpias cocinerías en que servían sabrosos y bien aliñados platos típicos. Servían cazuelas de vaca y de gallina, caldo de cabeza y picarones con chancaca, pescado frito y mariscos como el loco y el erizo. En cuanto a lugares de té o café, los más bonitos y renombrados, eran la "Confitería Torres", de José Domingo Torres, ubicada en Ahumada casi al llegar a Huérfanos y el "Café de la Bolsa", del alemán Karl Wiese. Otro lugar de mayor alcurnia estaba

en el hotel Santiago, en los altos del portal del lado sur de la Plaza de Armas. También –en al menos una ocasión– me senté en las elegantes mesas del hotel Inglés, que ofrecía comidas exquisitas, aunque no me pidan que diga los nombres de los platos, ya que aunque se llamaba hotel Inglés, su dueño era un francés de apellido Cheyre y –por supuesto– todos los menús estaban en ese idioma.

En la calle de La Merced esquina de la de San Antonio, estaba el elegante hotel Central, que tenía un restaurante para no huéspedes. Su dueño, de nombre León, también era francés, pero creo que allí nunca entré, sino que lo conocí por afuera y lo demás por referencias.

En esa época había un restaurante recientemente inaugurado que estaba de moda. Se ubicaba en la calle de Huérfanos 54 y su nombre, aunque no estaba escrito en parte alguna, era "Papa Gagé". Allí se comía muy bien, carpachos de jaiba, ostras au vent, langosta a la india y su especialidad que era una gran fuente con carne, huevos, papas, cebollas y ajos fritos, llamada "bistec a lo pobre", que con el correr de los años se convirtió en un plato típico chileno. En todo estaba presente el famoso monsieur Francois Gagé, tanto en las cocinas como en las mesas y jamás perdía la ocasión de conversar –aunque fuera un minuto y a medio español– con todos los parroquianos. Este restaurante era el principal centro de reunión de la alta sociedad, que lo había convertido en punto de encuentro y de largas tertulias. La mayoría de los oficiales del naciente "Batallón Esmeralda" eran clientes permanentes de este local. En estos tiempos lo conocí solo desde la vereda, pero ya llegaría la ocasión de ser servido en sus elegantes mesas.

En el centro, pero se me confunde su ubicación, había un restaurante que podría decirse que era como de "medio pelo", pero no por eso dejaba de ser excelente, ya que su especialidad eran las comidas tradicionales chilenas. Se llamaba "El Hermano" y recuerdo haberlo visto absolutamente incendiado por las turbas luego de la caída de Balmaceda en la Guerra Civil del 91. Allí comí muchas veces, antes de volver al cuartel y también después de la campaña del norte. Fue en ese lugar en que probé la cerveza Ebner, que se fabricaba en La Cañada, en una cervecería que estaba una cuadra hacia el oriente de los Padres Franceses.

Estos son, más o menos, los recuerdos que tengo de estos reconocimientos de la gran capital, del Santiago de mediados de 1879.

Pero también, mirando hacia atrás, me doy cuenta que era muy solitario y aunque tenía personalidad para desenvolverme bien en mis trabajos, en los estudios y ahora en la milicia, era por sobre todo, una persona de hábitos poco sociables. Pero en compensación llevaba una fuerte vida interior, en la cual la fe en Dios me creaba una sólida confianza en mí mismo. Esto me daba valor

para enfrentar todas las nuevas situaciones que se iban presentando. No era un hombre de mundo, ni mucho menos. Si debo reconocer que hasta entonces había leído todo libro que había caído en mis manos y entre mis preferidos estaban "El Quijote", las poesías de Lamartine, biografías de nuestros próceres, todos los libros de geografía, gramática y también de historia, además –por supuesto– los textos legales. Más bien era "quitado de bulla" pero avanzaba sin miedos por la vida, buscando siempre desafíos, pero sin ánimo de impresionar a nadie, ya que en realidad no tenía interés en ello.

En las interminables noches de mi primera etapa de cuartel me acostaba temprano. Una vez que estaba en la cama, sacaba todo el equipamiento que me iban entregando, lo limpiaba, lo repasaba y lo contemplaba. No era mucho lo que poseía, pero igualmente lo consideraba un tesoro, ya que no obstante la inexperiencia, tenía plena conciencia del camino que estaba tomando y sabía que me esperaban días muy inciertos y duros. En ellos, este equipamiento sería todo lo que tendría para ayudarme.

Cuando apagaba la vela me costaba quedarme dormido. En mi mente primaba la inquietud por lo que vendría, pero también desfilaban alocadamente escenas del pasado, de mi niñez, de mi presente y del futuro. Allí, cuando llegaba al futuro, era cuando más nervioso me ponía. Quería que todo comenzara pronto, ya que esta espera larga era cansadora y todo era desconocido.

No había prácticamente información del terreno en que lucharíamos y tampoco de los planes de guerra. Las únicas noticias eran que habíamos ocupado Antofagasta y que de seguir así las cosas, tendríamos que avanzar hacia Tarapacá, pero esta vez combatiendo contra los peruanos. Eran tantas las dudas que el insomnio me derrotaba y optaba por encender nuevamente la vela y buscaba los últimos periódicos que había conseguido y volvía a releer las escasas noticias del norte, buscando antecedentes que me permitieran configurar más concretamente la situación que se vivía. Equivocadamente pensaba que esta guerra terminaría por hundir a Chile que estaba sumido en una profunda crisis económica. El tiempo me demostró que la guerra –en realidad– logró sacar al país de la crisis y llevarlo a un gran crecimiento y prosperidad.

En el año anterior –en forma directa y también escuchando conversaciones de personas afectadas– me había dado cuenta de que la crisis era fuerte, ya que desde hacía un año aproximadamente había una tremenda escasez de dinero, originado en los bajos precios de los minerales y del trigo y de la gran exportación a Europa de monedas de plata y oro, que los agricultores y otros empresarios se vieron obligados a hacer para pagar sus compromisos. Se había comentado mucho que

eso había llevado al gobierno a dictar una ley llamada de "inconvertibilidad de los billetes de banco" –que regiría hasta fines de 1879– y a bajar los gastos fiscales, principalmente aquellos de tipo militar. Por esto último, en el año anterior era habitual leer noticias de disolución o disminución de los regimientos del Ejército de Línea y cuerpos de la Guardia Nacional. A eso había que agregar los crudos inviernos recién pasados –que los había sentido en carne propia– que además de destruir las cosechas y plantaciones, habían causado enormes destrozos en las obras públicas (obras de arte se les llamaba en ese entonces), tanto puentes, como caminos y vías férreas.

Estando en el cuartel prácticamente no nos enterábamos de nada relacionado con la guerra y de la situación actual, ya que nadie parecía saberlo y los que seguramente tenían antecedentes no se preocupaban de entregarlos. Por eso mis fuentes de información eran simples periódicos, entre los que recuerdo "El Ferrocarril" y "La Patria".

La imagen que había formado de la guerra en mi interior creo que estaba muy influenciada por los relatos de mi padre, cuando yo era muy pequeño. Él, por las tardes de invierno –cuando se oscurecía temprano– me contaba de la guerra contra la Confederación, ocurridas algunos años antes. Y así, mientras él me hablaba de las batallas o combates de Guías, de Yungay o del Puente Buin, o de la valentía de Bulnes, Colipí y de otros, me iba creando una imagen del paisaje, de las personas y de sus sentimientos. Esa era la visión de guerra que tenía y, con el paso de los años, me di cuenta que todo lo que había imaginado no era exactamente así, pero en muchos sentidos muy similar.

En ese primer semestre de 1879 comencé a tener acceso a los diarios o periódicos, ya que antes que comenzara la guerra los diarios se entregaban en las casas o en las oficinas y se vendían en muy pocos comercios. Cuando se inició el conflicto los diarios comenzaron a venderse en las calles, a través de voceadores, que serían los precursores de los suplementeros de hoy. Y, por cierto, que cada vez que veía un voceador empujaba hasta conseguir un ejemplar y repetidas veces después de haberlo comprado me daba cuenta que ya lo había leído, ya que en ocasiones era tanto lo que se vendían, que en días posteriores sacaban reimpresiones. Otra gran novedad de ese año fueron los "folletines", que eran generalmente de una hoja, y que se editaban cuando alguna noticia muy importante llegaba a través del telégrafo. Entre mis papeles guardaba aquel del diario "La Patria", sobre el Combate Naval de Iquique, que entregaba las primeras noticias de la acción, aunque su fecha era de varios días después, quizá una semana más tarde de ocurrido el combate.

Así pasaban mis días de cuartel. Entrenándome muy duro, aprendiendo los secretos de la caballería, pensando mucho, tratando de conocer la realidad, con pocos pero muy buenos amigos, consiguiendo periódicos y, en los ratos libres, paseando por Santiago y visitando a Clarita.

Frustrada partida

En julio se hablaba de la inminente partida de mi compañía al norte. Sin embargo mi entusiasmo se quebró pocos días antes de la salida de la tropa, al enterarme que varios de nosotros deberíamos quedarnos para ayudar a los más experimentados en la instrucción de otros escuadrones.

La compañía salió del cuartel muy de mañana y estaba absolutamente nublado y bastante inundado con la fuerte lluvia que había caído en la noche. Partieron más de cien jinetes –con todo su equipamiento, seguidos por una veintena de mulas cargadas con las vituallas y equipajes– encolumnados hacia la Estación Central para embarcarse hacia el puerto. La despedida fue emocionante, pero a la vez frustrante, ya que no quería quedarme y me sentí desplazado por no haber sido considerado en ese contingente.

Permanecimos en el mismo cuartel por varias semanas más, con un puñado de campesinos de Renca, Maipo y Colina y de aspirantes de cuerpos cívicos, instruyendo a lo que se denominaba "Escuadrón Las Heras", del cual no escuché hablar casi hasta el final de la guerra. Ya la mayoría de mis compañeros se había marchado y estaban en alguna parte del norte y yo aún anclado en la capital, aunque ya considerándome un avezado alférez.

Varias semanas más tarde, de la Comandancia de Armas llegó un despacho que ordenaba marchar a Los Andes. Inmediatamente pensé que esa era la otra ruta natural para llegar a Valparaíso y embarcarse al norte. Pero cual sería nuevamente mi desazón al llegar a Los Andes a comienzos de septiembre del 79 –luego de una cabalgata de tres días junto a un piquete de bisoños soldados granaderos– y enterarme que debía permanecer en Calle Larga, junto a diez soldados del "Granaderos" y cooperar en la formación e instrucción del Escuadrón de la Subdelegación N° 3 de Los Andes, a la espera de la reunión de caballada, aperos y atalajes que el regimiento requería en el norte y que serían proporcionados en la medida que se recolectaran o fabricaran.

Una semana antes de las fiestas patrias, un capitán cívico que estaba como delegado del Parque General, dio instrucciones para el retiro de la caballada y los

atalajes. Cuarenta potros amansados, cien sillas con sus respectivos peleros, pellones, estribos y atalajes, cien cabezadas y cincuenta aperos para animales porteadores de carga. Ese fue el encargo que recibí y que debía llevar al norte, junto con los diez soldados de mi regimiento que me acompañaban en Calle Larga, más diez arrieros enganchados que eran naturales de Curimón.

Como era el "más antiguo" me apresuré en confiarme en mi ojo y elegí para mi uso un potro negro, con una mancha blanca alargada en la nariz y manchitas blancas en sus dos manos. Era brioso, amigable y tenía una buena talla, ya que sus remos eran largos y musculosos. Debe haber tenido menos de tres años y estaba recién tusado y herrado. Lo bauticé como "Carboncillo" y el noble amigo me acompañó por más de dos años hasta llegar a Lima. Sobre su lomo cabalgué por lo menos unos cinco mil kilómetros. Cruzamos desiertos, pantanos, vadeamos esteros, dormimos juntos y sufrimos uno al lado del otro las ansias de combate, la pena y el nerviosismo propio que precede a las batallas anunciadas.

Juntos nos palpitó fuerte el corazón hasta tratar de salirse por la boca en medio de los combates y muy pegados recorrimos los campos de batalla dirigiendo las cuadrillas que sepultaban a los caídos. Cuantas veces recorreríamos inmensos descampados, sin un matorral y bajo un sol abrasador. En muchas ocasiones me privé del agua para darle la de mi caramayola a "Carboncillo", que después que la bebía como enajenado con su hocico lleno de espuma, agachaba la cabeza y la restregaba en mi hombro, como diciéndome "muchas gracias amigo, sé el sacrificio que estás haciendo, pero la necesitaba mucho". "Carboncillo" fue mi compañero inseparable, incluso en los buques, y no pude afirmar el llanto cuando vine por segunda vez a Chile en 1881 y lo dejé en unas caballerizas de Lima y jamás lo volví a ver ni supe de su destino.

Pasado este paréntesis muy necesario para plasmar este importante y sentimental recuerdo del momento en que nos conocimos con "Carboncillo", sigo tratando de desenterrar mis recuerdos.

Poco antes del dieciocho de septiembre llegó a Los Andes un tren que venía de Valparaíso, trayendo una gran novedad: buenos y muy gallardos uniformes confeccionados en Francia por encargo del gobierno chileno y que recién habían sido desembarcados en el puerto. Por supuesto que corrí al bodegón instalado a la derecha del convento y que servía de almacén temporal de vestuario y a empujones me busqué en los listados. Me probé lo que podía encontrar de mi talla y, como era delgado y alto no me costó mucho hacerme de unos paquetes que otros desechaban por ser ropas demasiado grandes.

Mi "ajuar" quedó compuesto por un quepí azul oscuro con huinchas lacre; guerrera azul de paño de brin de triple abotonadura y muy bien confeccionada

y con ribetes azul claro en las bocamangas lacre; pantalón de montar de color lacre con vivos azules con abotonaduras al costado y tirantes y un par de botas de montar con cubre rodilla, más un capote de campaña de un grueso impresionante y de forros muy lindos de un negro lustroso.

A eso sumaba el equipaje anterior, consistente en una casaca tipo "polaca"; pantalones de montar color lacre con franja simple al costado de color gris azulado, pantalón de paño azul oscuro con vivos celeste; dos zapatos de montura con tacón de color negro; un poncho de lana color marrón con rayas café; un capote azul con doble corrida de botones; una tenida de sarga color cáñamo, un quepí azul simple y un quepí color cáñamo con cubrenuca. Esto se complementaba con cuatro juegos de camisas blancas, dos de camisetas de algodón y cuatro o más calzoncillos blancos con botones para las calcetas, que eran todas de color lino.

Los oficiales guardábamos este equipo en una caja de campaña de madera, tipo baúl, de aproximadamente un metro de largo por unos ochenta centímetros de ancho e igual dimensión de alto, con una tapa recta y llave, que llevaba el nombre en una placa de metal colocada en el centro del costado derecho... parecía un pequeño ataúd. Esa caja siempre fue llevada, tanto en los traslados como en las campañas, por los encargados de las vituallas que seguían al regimiento, a lomo de mula, caballo de carga o carretas.

El jinete, durante las marchas, llevaba el poncho y el capote en rollizo en la montura. Las dos cantimploras iban tomadas de ganchos de la silla y en dos alforjas se guardaban los elementos más necesarios, como alguna muda de ropa interior, elementos de aseo, la ración de comida. En cuanto al armamento, en el caso de los oficiales era el sable Chatellerault, el arma corta y la carabina. El sable iba pendiendo del costado izquierdo de la silla y la carabina de un gancho al costado derecho con la culata hacia arriba y el cañón hacia atrás y abajo.

Cuando recibí la caramayola me llamó mucho la atención, ya que nunca había visto una de esas características, ya que su diseño era muy innovador para la época. Era redonda, de aluminio, con una capacidad de dos litros. En su costado se adosaba mediante unos ganchos movibles de metal, un plato de aluminio y sobre la tapa encorchada que era del mismo metal se insertaba una sobretapa, que en realidad era un jarro. Con el tiempo aprendí que esta caramayola –o cantimplora– que se llevaba colgada con una correa de cuero que se terciaba era tan importante como nuestras armas, ya que de ella dependería muchas veces nuestra vida en los resecos páramos del norte.

El dieciocho de septiembre lo celebramos en grande y participó toda la comunidad, además de los cuerpos acantonados en San Felipe, Curimón, Calle

Larga y Los Andes. Lo primero, como a las ocho y media de la mañana, fueron las misas de acción de gracias, después desfiles en las diversas localidades y, para finalizar, un muy buen almuerzo de campo servido por las señoras de las familias connotadas de la zona y sus empleadas.

Al día siguiente salté de júbilo por la buena nueva: debíamos preparar todo, porque nos íbamos al norte, junto con todos los cuerpos que estaban acantonados en la zona.

¡A LA GUERRA!

Dos días después, es decir el 20 de septiembre, muy de mañana, estábamos formados en la estación de Los Andes, con nuestra caballada y con los bultos de los atalajes y sillas más todos nuestros bártulos personales. Deben haber sido unos dos o tres mil hombres. Allí estaba junto a mi decena de soldados –en medio del gentío– preocupado que los "manos largas" no nos robaran nada.

Casi se me escapa el corazón cuando entre la multitud que había llegado a dar el adiós a las tropas divisé a Clarita y su padre que venían a despedirme. Fueron minutos de inmensa emoción que pasaron demasiado rápido. Recuerdo conversaciones con Clarita y su padre. Otro instante en que él nos dejó a solas en un rincón de los andenes, momento en que ella me regaló un escapulario de la Virgen del Carmen, el que ató a mi cuello, donde permaneció muchos años. Siguieron besos plenos de pena, algunas lágrimas y luego un abrazo que me dan al mismo tiempo ella y su padre.

De pronto comenzaron a viva voz las órdenes de los oficiales para organizar el embarque del ganado y la tropa. Fue el momento de los últimos abrazos antes de subir a los trenes... y los pañuelos agitándose mientras el convoy iniciaba su marcha lentamente. En ese segundo, mi corazón y mi mente comprendieron que ese era el instante preciso en que iniciaba mi real aventura.

Llegamos a Valparaíso en la tarde del 20. Fueron momentos de muchos esfuerzos para manejar casi medio centenar de caballos más el gran cúmulo de bultos que quedó en un solar del Almendral al cuidado de cinco soldados. Junto al resto de mi escuálida fuerza nos dirigimos a pasar la noche a unas bodegas de los Franciscanos en el cerro del Barón.

Al alba del domingo 21 de septiembre –inicio de la primavera de 1879– estábamos preparando la caballada y los bártulos. Iniciando la marcha –más similar a un arreo– hacia los muelles donde llegamos cerca de las seis de la mañana. La

zona del puerto estaba atiborrada de soldados de muchos regimientos y la bahía repleta de buques.

Calculo que éramos unos seis mil hombres los que nos preparábamos a ocupar un sitio en los numerosos buques, a los que había que sumar gran cantidad de municiones, vituallas, víveres, fardos con uniformes, piezas de artillería, caballos y mulas destinados a los que ya estaban en el "Nuevo Chile". En la bahía se veían muchos mercantes, que poco a poco y con la ayuda de un soldado porteño que se me había acercado a pedirme un cigarro, fuimos identificando: "Matías Cousiño", "Hunay", "Paquete del Maule", "Santa Lucía" y "Toltén", eran los nombres de los transportes. La escolta la integraban el "Cochrane" y la "O'Higgins", además de otros dos transportes artillados, de los cuales recuerdo el nombre de "El Loa".

Y vino el largo y para mi desconocido trabajo de trasladar en barcas la caballada, subirla con jarcias a bordo e irla acomodando en las bodegas para su viaje. Medio día o más duró la faena y cuando ya estábamos a bordo de un buque repleto de hombres, animales y carga –desde las bodegas y hasta las cubiertas y toldillas– recién me di cuenta del nombre del transporte: "Matías Cousiño".

Al caer la tarde el largo convoy se echó a la mar. Primero lo hizo el "Cochrane" echando grandes bocanadas de humo muy negro y espeso y luego otro buque de guerra, que me parece que era "El Loa". Nosotros en el cuarto lugar de la hilera, viendo como el puerto se iba haciendo cada vez más pequeño y se iba notando cada vez con más nitidez su bonita bahía y las construcciones empinadas en los cerros. Los últimos recuerdos de ese 21 de septiembre –antes que cayera la oscuridad– fueron unas playas muy extensas y casi sin vida, que un soldado mostraba a otro y le decía que eran las playas de Quinteros.

Era la segunda vez que navegaba, aunque antes lo había hecho en mejores condiciones. Fue cuando tenía ocho o nueve años y mi padre me llevó a hacer la travesía de Valparaíso a Valdivia de ida y de regreso. En esa ocasión –que recordaba con gran cariño– la navegación fue para mí muy entretenida y sin mareos y esperaba que ahora fuera lo mismo.

Luego de revisar a mis soldados y caballos, me fui a una toldilla de popa y allí con el poncho y el capote me preparé un lecho. Dormí toda la noche, ya que solamente desperté con los primeros rayos de luz del día siguiente. Como la tierra apenas se divisaba en algunos momentos y el mar es casi igual en todas partes, además de cumplir con mis deberes de velar por los hombres y caballada, me dediqué a curiosear en el buque.

El segundo oficial del transporte me explicó que llevaba varios años a bordo. Que el capitán era excelente marino y la nave muy buena. Dijo que el buque tenía

casi veinte años, que había sido construido en Inglaterra y que su casco era de fierro. En realidad el buque se veía bien, con una máquina que emitía un sonido muy uniforme y poderoso y que destacaba por sus tres altos mástiles.

Me enteré, por el mismo pilotín, que el navío estaba prácticamente como nuevo, ya que había sido recientemente remozado luego que en julio fuera atacado por el "Huáscar" en Iquique, recibiendo un par de tiros de cañón en una de sus carboneras. Sin embargo el "Matías Cousiño" se había salvado del legendario monitor peruano porque al ruido de los cañones del "Huáscar" concurrió la "Magallanes" –que le presentó combate– y cuando estaba muy afligida en el tiroteo con el blindado peruano llegó en su ayuda el blindado "Cochrane", que puso en fuga al "Huáscar", logrando así salvar al buque en que navegaba en esos momentos. En Antofagasta le hicieron reparaciones provisorias y luego en Valparaíso, lo dejaron como nuevo, incluyendo una prolija mantención de las máquinas. Así que podía viajar tranquilo –al menos eso pensaba– ya que iba en un muy buen navío en el que navegaría sin mayores sobresaltos por casi cuatro días, contando una media jornada en Coquimbo, en donde hubo reabastecimiento de agua para hombres y máquinas, además de forraje para la caballada.

CAPÍTULO 2
EN EL EJÉRCITO DEL NORTE

ANTOFAGASTA

El 25 de septiembre llegamos a Antofagasta, al "nuevo Chile", como decían algunos. Apenas divisé la costa antofagastina me llamó la atención la resequedad de los cerros, la total ausencia de praderas y bosquecillos y la rugosidad de toda la seca geografía. Pero eso no me importó, ya que por fin medio año después de iniciar mi aventura, me aprontaba a pisar tierra conquistada y podría decir con mucha propiedad que estaba en el frente de guerra; aunque después descubriría que allí ya no había guerra.

Nos preparamos para la larga tarea de desembarcar, que fue muy tediosa, porque en el orden que dieron los jefes de la flotilla el último en realizar la faena sería el "Matías Cousiño". Por esa razón debimos pasar otra noche a bordo del transporte, durmiendo nerviosamente en la misma toldilla, pero respirando un aire con olor desconocido para mi, que me hacía sentir bien, no sé por qué razón. Probablemente la causa era que desde ese momento ya no era parte del llamado "Ejército del Centro" o del "Ejército de Reserva" sino un combatiente más del "Ejército del Norte".

No hallaba las horas de unirme al resto de los granaderos y ser integrante, por fin de un regimiento, ya que hasta el momento había deambulado de un lado a otro cumpliendo diversas funciones.

Producido el desembarco, un oficial del Parque –a través de un empleado– me ubicó en las estribaciones del embarcadero y dispuso que llevara la caballada y equipajes que transportábamos a un cuartel situado tras la aduana, que en realidad era un gran galpón de calaminas cerrado por los costados con tablas tingladas.

Desde un comienzo la ciudad me pareció confusa, ya que con excepción del muelle salitrero y las vías férreas que de él salían hacia la pampa, el resto –salvo unos cinco o seis cuadras con edificios y casas de muy bonita arquitectura– eran construcciones de adobes o tablas, en las cuales vivían los miles de trabajadores chilenos que eran la inmensa mayoría en esa ciudad antes de la ocupación chilena.

Allí entregué los caballos y los bultos y con ellos se quedaron los arrieros que se me habían agregado en Calle Larga. Desocupado de ese trámite me dirigí a la Comandancia de Armas y me presenté a un oficial ayudante, quien me dijo que haría las consultas y me informaría. Pasaron dos o tres horas hasta que un teniente me ordenó que me dirigiera con el piquete de soldados que me acompañaba desde Santiago a un sector que le llamaban Pampilla y me pasó un sobre cerrado. Llegado al lugar, lo cual me costó bastante, entregué dicho sobre al primer oficial que encontré, que por su uniforme gris noté que era del "Chacabuco". Nuevamente la espera y por fin una respuesta. "Pasen y acomódense aquí, como puedan, mientras tanto".

En realidad fue difícil acomodarse, ya que el campamento era muy precario y desordenado: ramadas por aquí y por allá, algunas carpas y toldos, unas cocinerías humeando y un galpón grande al fondo. Allí comimos algo y luego los soldados armaron una ramada para ellos, establecieron un pivote para atar los caballos que fueron desensillados y yo me instalé en otra ramada junto con un médico y unos oficiales, que en realidad fueron muy poco afables y casi no cambié palabras con ellos.

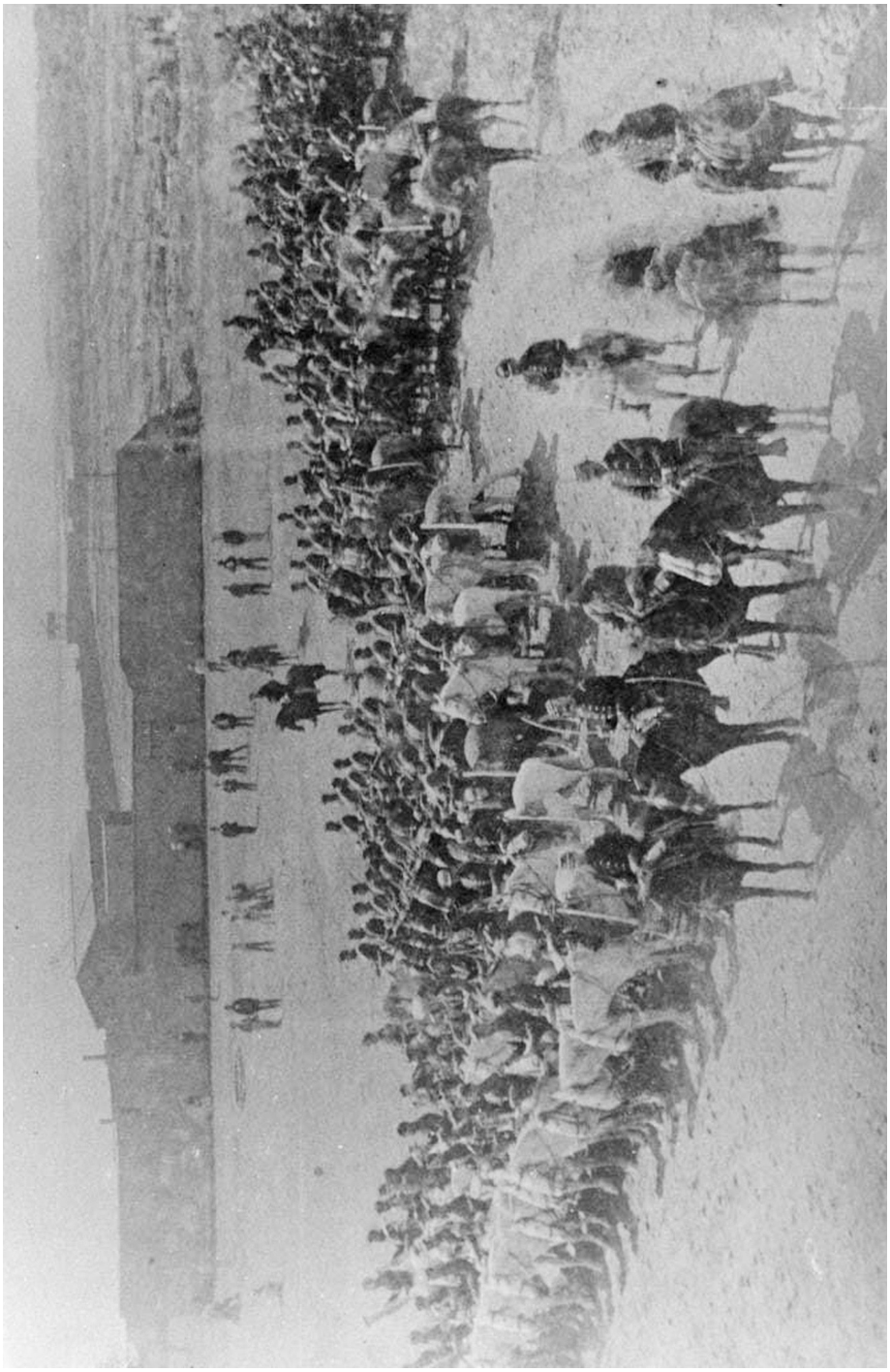
Al día siguiente, muy temprano, los soldados se dieron a la tarea de ir a buscar forraje para los caballos, lo consiguieron quien sabe donde y más o menos como para dos días.

Después de permanecer todo el día en ese campamento, como allegados y sin saber nada de mi regimiento, salí a la mañana siguiente en mi caballo a recorrer la ciudad para ver si me encontraba con alguien conocido. Realmente todo estaba sobrepoblado. Regimientos por todos lados, cientos por no decir miles de soldados caminando por las estrechas calles, oficiales conversando en las esquinas, cientos de pampinos chilenos que merodeaban las tropas en busca una plaza como soldado y, lo que me llamó la atención, muchas mujeres chilenas –que desde antes de la ocupación vivían allí con sus maridos e hijos– instaladas en esquinas o solares, vendiendo comida a las tropas.

Lo único que deseaba era encontrarme con mi regimiento, pero debí regresar sin ninguna respuesta clara.

Conociendo el desierto

Unos días después logré lo que tanto deseaba y me presenté donde el sargento mayor Marzán, que dijo que venía llegando en un "vapor de carrera", aunque no le entendí su lugar de procedencia. Me saludó muy efusivo y le rendí cuentas



Regimiento Granaderos en Calama, 1879. Fotografía: Díaz Spencer.

de todo lo hecho desde que salí del cuartel de Santiago en agosto. Mientras yo hablaba, él me escuchaba y sonreía y luego me dijo: "muy bien alférez, lo ha hecho todo bien, pero ahora tiene su primera misión y creo que la sabrá cumplir tan bien como ha hecho todo lo anterior". Recuerdo claramente que mientras pronunciaba esas palabras sentía que el corazón saltaba y me llené de energía y entusiasmo.

Me ordenó que me pusiera a las órdenes de don Máximo Lira, delegado de la Intendencia, y que debía acatar todo lo que él me señalara, ya que mi misión sería escoltar convoyes con vituallas para diversos cuerpos que guarnecían la zona..." y esto tómelo muy en serio ya que tendrá que adentrarse en el desierto", me dijo.

Don Máximo Lira era un civil muy culto, alto y delgado, de unos cuarenta años y que vestía de impecable traje café capuchino y corbatín. Estaba trabajando, por lo que después él mismo me contó, en la organización de los abastecimientos y equipos para las tropas. La primera tarea que me encomendó, fue guarnecer un convoy de carretas que llevaría provisiones y equipos a las tropas del "Chacabuco" y del "Navales", que se encontraban en Mejillones.

Pasaron dos o tres días hasta que la caravana estuvo dispuesta. En el intervalo recorrí con don Máximo unas maestranzas en las cuales se estaban reparando carretas calicheras –enteramente de fierro incluso sus ruedas– las que se estaban adaptando para que fueran tiradas por dos yuntas de bueyes, ya que en las faenas del caliche eran tractadas por burros o mulas.

Estudié el terreno y la ruta y nos dimos cuenta que la distancia era algo así como unas diecisiete leguas, es decir unos ochenta y cinco kilómetros, y los encargados del convoy calcularon que lo podíamos hacer en dos jornadas y media o tres jornadas.

Una mañana muy temprano –comenzando el mes de octubre– don Máximo nos dio la partida. Eran treinta carretas de fierro, con dos yuntas de bueyes cada una, además de una tropilla de unas doce mulas, todas al mando de un empleado de la Intendencia.

Estaba nervioso, ya que era mi primera tarea en territorio ocupado. Aprovechando todos los conocimientos adquiridos en los últimos meses, desplegué una avanzada en descubierta, integrada por los tres mejores granaderos que tenía, que avanzarían por la ruta unos doscientos a doscientos cincuenta metros por delante del convoy. Encabezando la caravana, yo en mi "Carboncillo" con dos granaderos, y cerrando el lento y tosco convoy el resto de los jinetes, que eran cinco.

Como estaba en "territorio enemigo", dispuse que cada jinete llevara su carabina cruzada en la parte delantera de la silla y no en el gancho lateral y les aconsejé el máximo de atención en todo momento, ya que les dije algo así como "en cualquier momento nos pueden hacer una emboscada".

El primer día de marcha fue largo, extenuante y fatigoso, ya que el sol caía muy fuerte. No había vegetación en donde tomar un poco de sombra ni tampoco agua en parte alguna. Además de soportar la cabalgata tuvimos que ayudar muchas veces a sacar carretas que se quedaban pegadas en los interminables arenales o en aquellas zonas nitrosas llamadas "chusca". Las sacábamos a lazo, mientras los capataces y arrieros picaneaban a los bueyes.

Mucho sacrificio, pero de enemigos... nada. Y, por supuesto que no tendríamos combate alguno, ya que después me enteré que al menos en cuatrocientos kilómetros a la redonda no había ningún soldado ni peruano ni boliviano.

Uno de los baqueanos de la zona –un ex salitrero chileno– me preguntó si había comido mejillones y como mi respuesta fue negativa, entonces me preguntó si los conocía, a lo que respondí que nunca había visto uno. Me dijo que eran como pequeñas vizcachas y que ya estábamos entrando en la zona en que vivían y que fuera atento para que los conociera y que trataría de cazar algunos para que comiéramos. A esas alturas estábamos aún en pleno desierto y yo observaba detenidamente los lomajes de la pampa por si veía alguno de estos "animales", sin saber que estaba siendo objeto de las risas de varios de los soldados que me veían buscar mejillones en el desierto, sin saber que eran moluscos.

Llegamos a Mejillones en la media mañana del día subsiguiente tal como estaba previsto. Fuimos recibidos con gritos de alegría por los chacabucanos y navales, porque les llevábamos comida, tabaco, vestuario y otros equipos.

Tras pernoctar en el campamento de Mejillones, que era bastante más agradable que los de Antofagasta, iniciamos el retorno con el piquete de granaderos, llegando en la mañana del día siguiente. Por supuesto, que estando en ese puerto, probé los famosos mejillones y me encantaron. Los comí crudos con limón y cebolla, como también cocidos al vapor.

Don Máximo me estaba esperando y después de preguntarme detalles del comportamiento de las carretas y de los problemas que habíamos tenido, me dijo que me tenía listo otro "trabajito", consistente en escoltar otra caravana, esta vez a Tocopilla, que estaba a más de cincuenta leguas de Antofagasta, algo aproximado a los ciento ochenta kilómetros. Se trataba de una empresa casi igual a la anterior, pero con menos carretas, cerca de veinte, para abastecer a la tropa del regimiento "Artillería Naval", que allí se hallaba acantonado.

Todo fue similar al primer viaje, pero en esta ocasión el viaje de ida tardaría como cuatro o cinco jornadas, las que se cumplieron más o menos en ese plazo, con unas tres jornadas invertidas en el regreso.

Al volver de ese segundo viaje me enteré de la captura del "Huáscar" y de las celebraciones que hubo el día del combate en todos los campamentos. Lamenté no haber estado allí para ver algo siquiera de ese tremendo acontecimiento, ya que el "Huáscar" era el mayor freno para el desplazamiento de todos los buques de guerra y de transporte, por su inmenso poderío, y eso limitaba mucho las operaciones.

Estas misiones de escolta las seguí cumpliendo y recuerdo, entre otras, la protección de caravanas a Quillagua, donde había gente del "Batallón Santiago" y al Salar del Carmen, donde estaba de guarnición una parte del "Cuarto de Línea".

Con los Granaderos

Lo que más me alegró fue cuando don Máximo dispuso que debía cumplir con la misma orden, pero en la guarnición de Calama. Ello me puso muy contento, ya que allí –además del "Batallón Cazadores del Desierto"– estaba parte del "Regimiento Granaderos".

Ese viaje a Calama fue el último y allí quedé bajo las órdenes del regimiento y liberado de los servicios que estaba prestando por casi un mes a la Intendencia. Allí conocí a la mayoría de quienes serían por largo tiempo inseparables compañeros y en general a gran parte de la oficialidad. En realidad me sentí muy feliz cuando junto a mis soldados pasamos a ser parte del Segundo Escuadrón de mi regimiento.

Era la segunda o tercera semana de octubre del 79 y muy airoso, montando a "Carboncillo", formé en el escuadrón que inició la travesía de Calama a Antofagasta. Se decía que el comandante Yávar estaba allí haciendo los arreglos para el embarque del regimiento más al norte. Se hablaba de Iquique, de Pisagua y, algunos, hasta de El Callao.

El resto de los granaderos que quedaban en Calama nos miraba con envidia y, por primera vez, me sentí en el grupo de los "admirados", ya que hasta ese momento siempre había quedado despidiendo a los que se marchaban. Creo que ese fue el primer momento de la campaña en que me sentí acompañado –parte real de mi unidad– dichoso, con bríos y también con redobladas energías. Esos factores deben haber contribuido para que la larga marcha se hiciera muy llevadera y placentera, no obstante los rigores del frío en las horas de oscuridad y la sequedad del ambiente y el sol aterrador durante el día.

En un lugar, cuyo nombre se me escapa, se hizo faena general de herraje, ya que toda la caballada estaba mal de herraduras y cada cual tuvo que preocuparse de su caballo, ya que los herradores o mariscales no daban abasto para hacer

rápido el procedimiento. Fue la primera vez que puse herraduras en mi vida. Las ajusté a la horma, arreglé las pezuñas de "Carboncillo" con una escofina y después, con el alma en un hilo, se las clavé con cuidado extremo para no dañarlo. Creo que "Carboncillo" quedó muy satisfecho por el trabajo realizado. Desde ese día, aunque el herrero me lo ofreciera, porque así le correspondía, siempre asumí yo esta operación.

Las jornadas desde Calama, que me parece fueron tres y media, culminaron muy bien en Antofagasta, ya que además de las ínfulas que me daba por ser parte del regimiento, al día siguiente me entregaron carta de Clarita, la que me alegró mucho. En ella reiteraba que me cuidara mucho, que tuviera muy presente que ella me estaba esperando y que me extrañaba en demasía.

Los pocos días que pasé en Antofagasta fueron entretenidos y placenteros, ya que pude sostener largas charlas con Abelardo Urízar y Demetrio Polloni, a quiénes había conocido en Santiago. Era muy agradable hablar con personas como ellos, que eran de similar nivel cultural al mío, ya que hasta entonces solamente me había entendido con la tropa, a la que en caso alguno menospreciaba, sino que por el contrario, cada día admiraba más por su simpleza, su sabiduría, sus capacidades y su nobleza. Pero era muy agradable conversar con gente de mi edad y de ideas tan parecidas y así se fueron forjando grandes amistades, especialmente con Abelardo y Demetrio.

Abelardo era un poco más bajo que yo, pero de contextura más robusta y tenía en esa época unos veintidós años. Su medio hermano, que debe haber tenido en esa época unos cuarenta años, se llamaba José Urízar Garfias y era sargento mayor. Además, Abelardo tenía un hermano de padre y madre, llamado Pablo Urízar Corvera, que era oficial de artillería.

Adelantándome en mis apuntes, pero merece hacerlo, es triste recordar que ninguno de los tres hermanos Urízar volvió de la guerra. Pablo fue el primero en morir, a fines de 1879, a raíz de una bala en un hombro que recibió en San Francisco, la cual se le infectó terriblemente. José, el mayor, murió siendo teniente coronel en el año 82, cuando estaba a cargo de la División de Trujillo, a consecuencias de las pestes y enfermedades. El último en morir fue mi amigo Abelardo, en mayo del 83, en Lima, hasta donde llegó herido de bala, tras un combate con montoneros en Trujillo.

El otro gran amigo, con el cual nos reencontramos en Antofagasta, fue Demetrio Polloni. Era menudo, rubio casi colorín, de mirada alegre, muy simpático y, por sobre todo, sincero y leal. Siempre tratando de dejarse crecer barba, pero además de rala como era tan rubio no se le notaba, lo cual le daba rabia, ya que según decía "quiero verme con cara de malo y no de monaguillo". Era el único hombre entre

tres mujeres y contaba que cuando decidió enlistarse, el llanterío que causaron su madre, las hermanas y las criadas, se escuchaba en todo el barrio y que él, sin proponérselo, se tentó de la risa al ver al coro de lloronas. Cuando las mujeres lo vieron reírse, la primera en callar fue la madre que pasando del llanto al enojo lo persiguió a palmadas por los pasillos por las rabias y penas que les estaba haciendo pasar y que él se tomaba tan a la ligera.

Es cierto que la estadía en los páramos del desierto había cambiado en algo las fisonomías de Urízar y Polloni, y de la mayoría. Yo no estaba exento de esas transformaciones. Desde los dieciocho años usaba un bigote "alón", es decir de mostachos largos y retorcidos en almidón en las puntas, pero durante mi estancia en Antofagasta me estaba dejado barba. Mi rostro, blanco de por sí, estaba absolutamente negro, o mejor dicho, de un cobrizo oscuro, producto del incansable sol y de los ya más de mil kilómetros que a lomo de "Carboncillo" había recorrido por los desiertos y playas de Atacama escoltando caravanas. Las manos se habían encallecido, con las bridas, los ejercicios y los ensayos de armas.

A veces me miraba en el espejo y me desconocía de lo cambiado que estaba. Afortunadamente no tenía ningún problema de salud, excepto unos días que sufrí un poco de fiebre, después que a todos nos inocularon no sé contra qué enfermedades. Las vacunas eran una novedad y muchos se escondían cuando eran citados a las ambulancias para que los pincharan. No por miedo al aguijonazo, sino porque se decía que esto era algo que estaba recién siendo probado y que lo más seguro es que después de metida la sustancia en el cuerpo te vinieran las pestes a los pocos días. Pero nunca supe que sucediera aquello. Lo único que pasó es que algunos soldados –al igual que yo– tuvieron algo de fiebre o se les enconó el brazo.

Estábamos viviendo quizá la última semana de octubre de 1879, cuando nos llegó la orden de alistarnos para embarcarnos más al norte. En realidad esta noticia me alegró por el hecho de tener la oportunidad de ir a combatir. También por dejar esta vida de campamento que había afeado Antofagasta, llenando sus calles de hediondez, hacinamiento, borrachos de uniforme y de civil y demasiadas ramadas de remolienda.

Pero yo nunca pisé ni una cantina ni una ramada de remolienda, porque mi fuero interno me lo rechazaba fuertemente. Las pocas veces que me tomé un trago lo hice con mucho gusto pero con mis amigos. Como caballeros, en el hotel que estaba en la primera cuadra después del muelle salitrero y que era un lugar más que decente, podría decirse que casi elegante. Allí sostuvimos largas tertulias, se consumieron muchos cigarros y nos tomamos unas buenas botellas de vino, pero siempre con mucha decencia y tranquilidad.

En una ocasión nos atragantamos estando en plena y animada conversación, cuando el coronel Sotomayor, que era el jefe del Estado Mayor, entró al mismo salón del hotel. Nuestra inmediata reacción fue dejar las copas, pararnos y saludarlo militarmente, pero él nos hizo un gesto con la mano, como queriendo decirnos "no se preocupen" y nos dijo "sigan no más jóvenes". Aunque nos pareció bastante amigable su actitud, igual nos sentimos algo cohibidos y apuramos el trago y luego de despedirnos de él, nos marchamos rumbo a las oficinas o casas –no recuerdo bien– que nos servían de alojamiento y que estaban bordeando la costa hacia el norte, a unas seis cuadras del muelle salitrero y del terminal del ferrocarril.

Mordiendo la rabia

Uno de los últimos días de octubre me encontré en el puerto, junto a mi escuadrón, en medio de miles y miles de soldados, que nos aprestábamos a embarcar más al norte. Los rumores eran muchos. Se decía que nos tomaríamos Iquique, otros aseguraban que habían escuchado a un coronel diciendo que nos íbamos directamente al Callao, otros afirmaban que desembarcaríamos en Pisagua.

Sin embargo, me daba lo mismo, ya que hasta ese momento llevaba casi medio año en el Ejército –estando en guerra contra dos países– y jamás había participado en una batalla ni un combate y, es más, nunca había visto –ni desde la distancia– a un soldado adversario. Lo importante es que ya estábamos en marcha. A buen ojo, la empresa que se iniciaba era bastante grande, ya que en la bahía de Antofagasta, se veían unos veinte buques, entre ellos unos cuatro o cinco de la Escuadra y el resto de transporte, incluso algunos de estos últimos con barcas atadas a sus popas por gruesas espías.

En el muelle y en todos sus alrededores –haciendo preparativos para embarcar– habría unos diez mil soldados, más de mil caballos, dos o tres ambulancias completas con sus mulas, sus carruajes y todos sus baúles con los implementos médicos, además de infinidad de bultos de equipajes y vituallas de los regimientos y cuerpos que allí se concentraban. Todo estaba absolutamente copado y aunque desde la distancia parecía un espectáculo caótico, en realidad no lo era tanto, ya que la mayoría de los soldados permanecía cohesionado por unidades y el único desorden lo ponían aquellas mujeres –todas chilenas– que junto a sus hijos buscaban en medio de los típicos llantos de la gente de pueblo a sus maridos, para tratar de despedirse de ellos o para buscar la forma de encontrar un sitio en alguna de las embarcaciones y seguir acompañándolos.

Estas mujeres, contrario a lo que mucho se ha escrito, no eran en su gran mayoría prostitutas o trotonas. Eran mujeres buenas y simples, que residían con sus maridos en Antofagasta desde antes de la ocupación o que los habían seguido ocultas cuando salieron desde Valparaíso. Ellas no eran parte del Ejército, pero se las arreglaban para ser aceptadas por los jefes, ya que ayudaban en la preparación del rancho, lavaban la ropa de los soldados, se encargaban de reparar el vestuario y muchas otras tareas domésticas por las cuales recibían algunas monedas de parte de los soldados. Como los clientes eran tantos, lograban subsistir medianamente bien y –a la vez– cumplían con el objetivo de seguir realizando vida de familia, incluso durante la guerra. Tampoco eran diez o veinte. Yo diría que, al menos en los momentos del embarque desde Antofagasta, deben haber sido cerca de doscientas más unos treinta chiquillos de menos de diez años ya que los mayores de esa edad se las habían ingeniado para engancharse en los regimientos como cornetines de órdenes e incluso algunos de soldados. Recuerdo que algunas de estas "compañeras" habían sido aceptadas oficialmente en algunos regimientos. Éstas usaban quepí y guerrera sobre sus faldas. Ellas prestaban funciones más específicas dentro de la unidad, ya sea por sus habilidades y conocimientos y se les denominaba "cantineras". A las otras, se les decía simplemente "camaradas".

Ese era el panorama que observaba en esos momentos en el muelle de pasajeros y salitrero de Antofagasta. Nosotros, desmontados, cuidábamos nuestra caballada y nuestros equipajes y particularmente a los soldados para que no se nos dispersaran, ya que varios de ellos trataban de "arrancarse un ratito", como decían, para despedirse de alguna novia que habían conseguido en su estadía en esta ciudad.

Los caballos parecían comprender que estábamos por comenzar una nueva etapa. Se apreciaban nerviosos, ya que además de constantes relinchos, estaban encabritados, daban golpes con sus cascos sobre el piso o trataban de sacarse las cabezadas restregándose las cabezas unos con otros.

Ya sabía lo difícil que era embarcar caballada. Luego de bajarlos mediante tecles manuales a los lanchones venía la segunda fase que era la navegación hasta el buque, que generalmente era de unos quinientos metros más o menos, que se hacían interminables por los peligros que representaban los animales que por su nerviosismo se movían y todos debíamos hacer los mayores esfuerzos para mantenerlos quietos, ya que de lo contrario, el lanchón podía volcarse. Después venía el acoderamiento con el buque y allí nuevamente ponerle los arneses de tela y subirlos a cubierta con un tecle y luego bajarlos a las bodegas, situadas en las oscuras profundidades del buque, donde debían ir bien instalados y casi inmovilizados, para evitar que el navío se desestibara.

Sin embargo, en los momentos previos a embarcarnos, fui notificado de algo que me causaría pena y mucho descontento. Informaron que la Segunda Compañía no sería embarcada y que deberíamos marchar a Calama, para permanecer allí de guarnición vigilando los movimientos de las tropas bolivianas. Consternado y molesto, pude ver como la flotilla se alejaba de las costas de Antofagasta y, en esos buques, mis compañeros granaderos que iban a la aventura, mientras yo marchaba al inhóspito pueblo altiplánico.

Nuestra marcha se inició poco antes de la hora de cenar, para aprovechar la noche. Unas cuatro horas después hicimos nuestro primer alto, para gozar de nuestra ración, consistente en galleta (algo así como una tortilla de pan amasado de unos treinta centímetros de diámetro), charqui, una cebolla y algo más que no recuerdo. Pero ello fue suficiente hasta el día siguiente.

La marcha fue tranquila y los jinetes avanzábamos alejándonos de la costa en hilera de a uno, lo que se veía realmente impresionante por la soledad del desierto, la luminosidad que nos daba la luna y, horas más tarde, por la camanchaca que comenzó a poner un denso manto sobre hombres y caballos.

Nos detuvimos nuevamente cerca de las nueve de la mañana, para tomarnos un tacho de café y comer algo de charqui, pero antes de dos horas, una vez alimentados los caballos, estábamos nuevamente en movimiento hacia las alturas de Calama. A esa hora ya se notaba que íbamos subiendo, porque se apreciaban cerros cada vez más altos y resecos y el viento más helado y eso nos obligaba incluso a usar nuestros capotes.

No hablé casi con nadie durante la marcha, porque debo reconocer que iba muy molesto por haber sido desembarcado casi en el minuto que estaba a bordo del transporte que nos llevaría más al norte. Reconozco que me rebelaba contra el mando y pensaba si valía la pena hacer tantos sacrificios, como esas marchas demoledoras, sin tener ocasión de participar en la guerra propiamente tal, ya que si había decidido emprender voluntariamente esta campaña era porque quería ser un soldado y no un eterno arriero que terminara por conocerse todos los rincones del desierto.

En la madrugada del día 2 de noviembre llegamos a Calama, donde fuimos objeto de muchas bromas de los integrantes de la compañía que allí se habían quedado. En realidad era una vuelta de mano, ya que nosotros nos habíamos burlado de ellos diciéndoles que los dejábamos a cargo de los indios mientras nosotros marchábamos al verdadero combate. Pero allí estábamos de regreso, cabizbajos y avergonzados. Después de la extenuante marcha pasamos al descanso pero no podía dormir, ya que de golpe se vinieron a la cabeza todas las historias tantas veces leídas del glorioso combate de Iquique, las menciones a Prat, Serrano, Aldea

y cerrando los ojos, me aparecía en forma muy clara y detallada el suplemento del diario "La Patria", que tantas veces leí y repasé en el cuartel de Santiago.

Creo que el sentirme lejos de la guerra, cuya máxima expresión hasta el momento era la heroica jornada del 21 de mayo, hizo que los deseos que tenía de servir a mi país, se esfumaran por un tiempo. Pero igual seguí adelante disciplinadamente.

Nuestro cuartel en Calama, que más bien era un campamento, se componía de una casona de adobes y una serie de chozas y corrales, en los que dejábamos nuestra caballada. Nosotros dormíamos en las precarias viviendas de adobe y paja o simplemente en las tiendas que habíamos armados al oriente del pueblo. Hasta unos meses, Calama había sido una de las ciudades bolivianas de mayor importancia en la zona y allí se había desarrollado un combate a fines de febrero, semanas después de la ocupación de Antofagasta, en un lugar llamado "Vado de Topater", en el que aún quedaban algunas señas del enfrentamiento armado.

En Calama permanecí, junto a mi piquete algo más de un día, tiempo en el que solamente me dediqué a rumiar mi pena de haberme quedado en este solitario lugar altiplánico, mientras gran parte de mis compañeros estaba empeñado en épicas luchas en Tarapacá. El clima era muy agresivo, ya que en el día hacía un calor seco insoportable y apenas los rayos del sol se retiraban comenzaba a hacer un frío muy penetrante, que incluso escarchaba las techumbres y los muros de piedra, y eso que estábamos casi al borde del verano.

Todo lo solitario que me parecía Calama quedó chico cuando recibí la orden de irme con mi gente mucho más al oriente, casi en las más altas estribaciones de Los Andes, a un pueblito llamado San Pedro de Atacama.

Juez de Atacama

Los primeros días de noviembre de 1879 llegué con mis veinte jinetes a San Pedro de Atacama, luego de una agotadora marcha desde Calama, que me parece se prolongó por casi dos días completos. Esta cabalgata la hicimos formando parte de una agrupación de infantes del "Batallón Cazadores del Desierto", que iba al mando de su jefe el comandante Hilario Bousquet. Al llegar al pueblo, el comandante Bousquet me nombró juez civil de Atacama, con jurisdicción sobre Calama, San Pedro, Toconao, Peine y otros pueblos aledaños.

El citado oficial, luego de entregarme el mando de veinte infantes de su batallón, retornó al día siguiente a Calama, con lo que me convertí en jefe militar y juez de esta alejada plaza. Sin embargo, fue muy poco mi trabajo como magistrado,

ya que durante el tiempo que permanecí en la zona, no hubo mayores temas que juzgar, excepto triviales pleitos entre vecinos y algunas demandas por usura contra algunos comerciantes.

El poblado era pequeño. Se podía ver completo desde la pequeña cuesta que salía en dirección a Bolivia por su acceso nororiente. Desde allí se podían observar su templo, las casas principales, la ranchería de adobes y cañas que rodeaba las manzanas centrales y los vastos y hermosos potreros –donde pastaban algunos caballos, burros y muchos camélidos– y las grandes chacras plenas de verdor, que impactaba en medio de la sequedad del imponente paisaje.

San Pedro de Atacama había sido la capital de la provincia de Atacama, que dependía de la Prefectura de Potosí y, aunque pareciera extraño, desde ese antiquísimo poblado, las autoridades bolivianas dirigían políticamente toda la zona, hasta la misma Antofagasta. El pueblo mismo, sin contar las chozas diseminadas en los campos aledaños, debe haber estado conformado por unas cien casas de adobes y cañas embarradas con techos de paja, dominadas por una iglesia con un campanario que surgía al costado de la nave principal.

Destacaba también un edificio de un piso, pero de noble apariencia, que después supe había sido la Prefectura Boliviana. Allí establecimos nuestro cuartel en los meses que permanecí en San Pedro, lugar que terminó cautivándome por algo enigmático que poseía, que estaba presente casi en todo orden de cosas.

Luego de hacer un amplio reconocimiento de toda el área, me dediqué a organizar las guardias y rondas preventivas, que incluían largos, agotadores, sacrificados e interminables patrullajes hacia las alturas, recorriendo todas las sendas que podían llevar hacia Potosí, donde se habían replegado las tropas bolivianas después de la ocupación chilena.

Uno de los primeros grandes patrullajes lo emprendí una semana después de nuestra llegada. Me hice acompañar por cinco jinetes. Llegamos hasta las orillas de esa gran maravilla llamada Salar de Atacama, enorme lago muerto en pleno desierto, situado al sur de San Pedro. La primera vez que pisé el gigantesco lago de sal sentí una impresión inolvidable, ya que la vista se perdía en lo que debe haber sido casi un pequeño mar en tiempos de la prehistoria. No era para menos, ya que el majestuoso salar medía más de cien kilómetros por lado, mucho más que todo el valle de Aconcagua, pero con la diferencia que en esa inmensidad de sal costrosa y cristalina, no había una sola gota de vida animal ni vegetal. Era como estar parado sobre la muerte misma.

El segundo gran viaje, que duró en redondo unos diez días, lo hicimos hacia Toconao, pueblo colonial levantado en su totalidad con piedras volcánicas. Estaba

ubicado en la precordillera a una altura de unos dos mil seiscientos metros. Según nuestro cálculo había unos doscientos habitantes, que se dedicaban casi por entero a la agricultura y a la fabricación de utensilios de piedra, ya que la cantera estaba pegada al poblado. Al igual que San Pedro, el villorrio se veía desde la distancia por su iglesia, que era la edificación de mayor relevancia. Pero a diferencia de la de San Pedro, ésta tenía su torre lateral enteramente construida de piedra volcánica y según la gente vieja de la zona, su antigüedad era de más de trescientos años, ya que lo mismo que San Pedro, estos templos fueron levantados por los conquistadores españoles en su paso a Chile.

Toconao, al igual que Quebrada Jerez, eran oasis muy hermosos, situados en medio del más terrible de los peladeros que habría podido imaginar hasta entonces. Por doquier había grandes y generosas chacras con maíz, melones, tomates, cebollas, sandías y porotos. En el caso de Quebrada de Jerez, por su lado sur estaba limitada por un alto cerro rocoso, lleno de escrituras y gigantescos dibujos prehistóricos y otras más recientes, de unos quinientos años de antigüedad, atribuidas a los incas.

Nosotros y nuestros caballos notábamos la extraordinaria sequedad del aire, que según la gente de la zona, permitía que la visión fuera perfecta. Muchas veces, en patrullajes adelantados hacia Peine, desde una altura de unos tres mil quinientos metros, podíamos apreciar los techos de Calama, situados a más de noventa kilómetros de distancia. Pero esto tenía un problema, ya que esta "larga visión" impedía hacer un buen cálculo de las distancias y muchas veces uno miraba un cerro hacia el cual debía cabalgar y calculaba unos cinco mil metros y después resultaba, por el tiempo que se demoraba la marcha, que estaba a más de quince mil metros de distancia.

San Pedro, descontando a los bolivianos que habían huido a Potosí, estaba básicamente constituido por unos trescientos indios que allí tenían sus casas y chacras. Estos indígenas tenían ritos y costumbres que fui conociendo en aquellas interminables tardes en que no andaba de patrullaje.

Principalmente eran agricultores y por lo que fui aprendiendo, fueron los primeros indígenas sedentarios de toda esa gran zona. Como el suelo fértil era muy escaso, hacían terrazas de cultivo en los faldeos de los cerros y las regaban con un ingenioso sistema de acequias excelentemente niveladas. Los cultivos, además del buen riego y sol, eran abonados con guano de llamos, lo que les daba una fuerza y verdor que nunca había visto en Chile. Recuerdo que cosechaban siete variedades de maíz, además de deliciosas tunas gusto a miel, porotos, zapallos y papas rosadas, que tampoco conocía hasta entonces.

Desarrollaban además una interesante actividad ganadera, ya que tenían grandes masas de llamos y alpacas que usaban para el transporte de mercaderías y además utilizaban su generosa y fina lana para elaborar muy buenas prendas que realmente protegían del terrible frío que hacía por las noches. Pero además esos camélidos les proporcionaban una rica leche, que con el tiempo nos acostumbramos a beber y una carne muy buena, mejor que la de ternera.

Desde el primer momento tuve una excelente relación con el más viejo del pueblo, que ejercía como jefe luego de la retirada de los bolivianos hacia Potosí. Se hacía llamar Gaspar y no sé que edad tendría, podrían ser ochenta, noventa o más años. Él pidió una audiencia a los pocos días de establecidos nosotros en San Pedro y me dijo que ellos vendían muchas cosas en Calama y en Potosí y que si yo les prohibía esos viajes, entonces nosotros tendríamos que correr con la subsistencia de ellos.

Yo le dije que no había problemas que siguieran con sus viajes, pero que podían traernos algunos elementos que necesitáramos de Calama y también que nos podían ayudar con alimentos para mantenernos nosotros y los caballos. El hombre me estrechó la mano en señal de acuerdo y esa misma tarde llegó hasta nuestro cuartel en la casa de la Prefectura con diez animales, para que los fuéramos sacrificando en la medida que los necesitáramos. También nos ofreció porotos, papas y té, pero nos dijo que él nos avisaría para que los fuéramos a buscar a su casa, ya que no quería cansar sus auquénidos con esa carga. Creo que dos o tres días después estábamos con todos esas provisiones almacenadas en nuestro cuartel.

La primera semana de diciembre, una patrulla que había partido a recorrer el camino a Potosí volvió trayendo a un cura que habían encontrado marchando solo en su mula hacia San Pedro. Considerando que era un hombre de Dios, lo invité a mi despacho para que me explicara en que andaba por estos páramos, convertidos en territorios en guerra.

Me dijo que era el padre Marco, genovés de nacimiento y pertenecía a la Orden Franciscana de Potosí y que su ministerio –que ejercía en la zona hacía cinco años– lo obligaba cada tres meses a realizar una estadía misional en San Pedro de Atacama y en Toconao. Agregó que ahora había más necesidad que nunca de hacerla, tomando en cuenta que el cura de San Pedro se había ido para Potosí con las autoridades bolivianas ante el temor de la llegada de los chilenos.

Le expresé que para nosotros era muy agradable tenerlo en el pueblo, ya que con mis hombres éramos católicos y nos haría muy bien contar con un sacerdote

que nos ayudara y, sobre todo, que nos pudiera oficiar una linda Misa del Gallo para la Navidad. El padre Marco, medio en italiano y medio en castellano, me dijo que agradecía mucho mis palabras, pero que sería imposible pasar la Navidad con nosotros ya que según lo que habían dispuesto sus superiores tendría que estar dos semanas en San Pedro y otras dos en Toconao, razón por la cual pasaría allí la Navidad.

"Mire padre –le dije– está bien que respete las órdenes de sus superiores, pero puede invertirlas y no estará haciendo nada malo. Le propongo que descanse esta noche y se vaya mañana temprano a Toconao, cumpla sus dos semanas de ministerio y esté aquí de regreso para el día veintidós". El sacerdote se río y dijo que le parecía muy bien y me pidió que lo disculpara y se marchó a descansar a la casa del templo de San Pedro, que estaba al lado izquierdo de la iglesia.

A la mañana siguiente –muy temprano– pasó por el cuartel y se despidió, diciéndome que se había dado cuenta que los chilenos no eran tan terribles como los describían los bolivianos y que contara con que estaría de vuelta el veintidós de diciembre. Lo vi perderse en su mula hacia Toconao y me quedó la duda si volvería o no.

Sabiduría Indígena

Cuando decía que para mí el lugar y su gente me parecían enigmáticos, era porque con el correr de las semanas fui compenetrándome de la forma de vida de esa gente, entendiendo algunas pocas palabras del kunza, que era su idioma, y conociendo la extraordinaria adoración que hacían del majestuoso volcán Licancabur, que en su idioma significaba "Pueblo de Arriba".

Aprovechando la invitación del viejo Gaspar y acompañado solamente del soldado Acevedo, nos fuimos con el anciano y dos indios más a conocer el "pueblo de más arriba". Fue una marcha fatigosa ya que la altura nos afectaba a nosotros y a nuestros caballos. Sin apurar demasiado a "Carboncillo", al cabo de dos largas jornadas, llegamos a una altitud que estimo de unos cuatro mil quinientos metros, donde quedé deslumbrado.

De un golpe me di cuenta por qué para los atacameños era su montaña sagrada. A esa altura, en una amplia y árida ladera, había más o menos unas ciento cincuenta estructuras de piedra, como casitas de unos tres por tres metros, que según me explicó el viejo, servían de refugio para los peregrinos, cuando iban a adorar a

sus dioses. La construcción correspondía a un verdadero pueblo, pero según me dijo Gaspar, nadie podía quedarse a vivir allí, porque sería un desafío mal visto por sus dioses y que solamente podía ser empleado temporalmente durante las peregrinaciones que se hacían a ese santuario dos o tres veces por año.

Me dijo que más arriba, al borde del cráter del gigantesco volcán, existían otras treinta y dos construcciones, pero que ellas estaban reservadas solamente para los ceremoniales. El no sabía la antigüedad de esas construcciones, pero me dijo que en años de nosotros eran más de mil y que habían sido hechas y utilizadas desde "antes de los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos".

Me enteré –mientras bebía chicha de maíz con pusitunga– de antiguas leyendas que hablaban de bodas entre los atacameños en el Cerro Quimal, como a unos cien kilómetros hacia al poniente del Licancabur. También supe de los anuncios de desastres que hacía el Gran Volcán cada muchos años, manifestados cuando la sombra del Licancabur cubría por breve tiempo al cerro Quimal.

Cuando eso pasaba, miles de indígenas ascendían hasta el Licancabur y realizaban ritos, consistentes en el encendido de grandes fogatas en el cráter mismo y el sacrificio de un menor de cinco años de edad, que luego lanzaban a la laguna existente en el cráter mismo. A esas peregrinaciones –que aún se hacían– llegaban miles de atacameños desde lejanas tierras, porque ese era precisamente el lugar más sagrado de su cultura, que no había sido dominada por los Incas ni por los españoles que los habían conquistado más de tres siglos atrás.

Cuando el viejo miraba la cercana cumbre del volcán se le notaba como hipnotizado, vigorizado y eso me llevó a entender que estaba en esos momentos viviendo entre hombres pertenecientes a una milenaria y misteriosa cultura. De pronto me dijo: "usted señor jefe es de los antiguos y, si me cree lo que le digo, entonces cuando esté demasiado fatigado de la mente o del cuerpo, deténgase en estos páramos desiertos y lleve la mirada hacia las cumbres más altas, déjela fijada allí hasta que pierda la noción del tiempo y verá como vuelve a usted el vigor y la energía. Si me cree y alguna vez lo hace, se acordará de mí".

Descendimos calladamente hasta las planicies de San Pedro y creo que desde ese minuto ya no deseaba irme de allí, pues sentía una tranquilidad interior que me hacía sentir muy bien. El soldado Acevedo –en cambio– una vez que dejamos al viejo frente a su casa, me dijo "Mi alférez, este viejo habla puras gueadas". Preferí no decirle nada, porque la percepción que habíamos tenido de la experiencia era notoriamente muy distinta.

Navidad del 79

No me di ni cuenta de como llegó el 22 de diciembre, fecha que me fue recordada al divisar sonriente en su mula al padre Marco, que desde la distancia me saludaba y me decía que llegaba puntual, según lo que habíamos pactado. Deben haber sido como las seis de la tarde cuando llegó el cura, ya que hacía bastante frío y recuerdo que ya me había puesto el capote. Lo invité a desmontar en nuestro cuartel y le pedí que me acompañara a cenar. Había cazuela con carne de llamo y el cura la encontró deliciosa. Le expliqué que era el plato de la gente pobre de Chile, pero que a diferencia de la que recién se había servido, allá la hacíamos con carne de vaca o de buey.

Conversamos muchas horas y le relaté mi experiencia con el anciano en el Licancabur y le dije que a mí me parecía que ellos habían asumido el cristianismo pero que mantenían igual su antigua religión o creencia divina. El sacerdote me señaló que su percepción era coincidente y que sentía que aunque predicara cien años más la palabra del Señor esa gente seguiría aparentando que era cristiana, pero en realidad no lo era. A reglón seguido me dijo "pero debo seguir martillando, porque si se convierte uno entre mil, estaré cumpliendo con mi ministerio", a lo cual le encontré razón.

Después conversamos sobre la Misa del Gallo, que debería realizarse dos noches después y le expliqué que en Chile para esta fecha era costumbre adornar los templos y casas con ramos de albahaca. Le dije que sabía que los soldados ya habían conseguido las hierbas y estaban haciendo los manojos y que si él me lo permitía, el día veinticuatro después de almorzar, podíamos adornar la iglesia. El padre Marco dijo que él no tenía ningún problema y que contara con ello, pero que además me pedía que les dijera a los soldados que podían ir a confesarse entre las cuatro y siete de la tarde, insistiéndome que los estaría esperando. Cerca de la medianoche el cura se fue a la casa colindante al templo y yo me dormí muy melancólico por la importante fecha que se acercaba y que me pillaba perdido, solamente con un pequeño puñado de hombres, en los más alejados rincones de la cordillera de Bolivia, en un lugar que jamás habría imaginado que existía.

El día 24, a la hora convenida, seis soldados se encargaron de adornar las vigas, candelabros y los bajos del altar con unos cien ramos de albahaca y la antigua iglesia quedó impregnada con ese olor que más me hacía rememorar las navidades anteriores, especialmente aquellas de niño.

Fui el primero en llegar a la Iglesia para confesarme y cuando me paré del confesionario vi que tras mío estaba esperando la mitad de los granaderos y todos

los infantes del "Cazadores del Desierto", mientras el resto cumplía con sus roles de guardias.

Vi a los toscos hombres como niños, con los rostros curtidos por el abrasador sol y el límpido viento cordillerano. Sentí cariño y pena por ellos, ya que pensé que si para mí era difícil esta fecha, para ellos lo debía ser mucho más, ya que la mayoría de ellos eran padres y seguramente sentían una tremenda nostalgia por sus hogares.

Faltando una media hora para la medianoche y vulnerando los reglamentos, todos llegamos con nuestros mejores uniformes hasta la iglesia. La única precaución que adoptamos es que concurrimos con nuestras carabinas y dejamos a un soldado, que dijo que no era "muy cristiano", cuidando el cuartel, nuestras pertenencias y la caballada. Mientras permanecía en el exterior del templo miré largo rato hacia el cielo. Los miles y miles de estrellas se veían tan cerca que parecía que se podían pinchar con la punta del sable.

Sentí muchas emociones, tristeza, melancolía y recordé algunas navidades en Chile. Retrocedí en mi mente hasta la Navidad del 77 o 76, cuando fuimos con mi tío al centro de Santiago. Nos dimos una breve vuelta por La Cañada y luego asistimos a la Misa del Gallo en la Iglesia de San Francisco. Después nos fuimos a recorrer las fondas que se instalaban en el bandejón central de La Cañada. Allí se armaban toldos de lona y fondas de madera, entre las calles Dieciocho de Septiembre y de San Diego y la gente circulaba metiendo mucha bulla, expresando su alegría con pequeñas cornetas de cartón piedra, pitos y chicharras. En las fondas –todas adornadas con claveles y ramas de albahaca e iluminadas con chonchones de parafina y faroles de papel– se vendía de todo: dulces de Curacaví, brevas, duraznos, horchata con malicia, chicha y ponche de culén. Todo estaba absolutamente lleno de gente, que conversaba animadamente y que consumía estos productos. Pero volviendo a esta Navidad de 1879, estoy seguro que en San Pedro de Atacama debo haber derramado muchas lágrimas, pero al final me sentí feliz por estar aún vivo y entero, por lo cual le di muchas gracias a Dios y a la Virgen.

El padre Marco estuvo hasta mediados de enero en el pueblo y casi todas las tardes sosteníamos largas charlas, que algunas veces –cuando hacía mucho frío– las amenizábamos con té con ese aguardiente infernal de los bolivianos denominado "pusitunga". Para mantener nuestra seguridad, siempre le dejaba entrever al sacerdote –sabiendo que se iría el día 15– que el 18 de enero nosotros nos marcharíamos del pueblo, porque llegarían dos regimientos completos para quedarse por estos lados. Esta mentira se le echaba pensando que podía entregar información a los bolivianos cuando regresara a Potosí y que si ellos se enteraban que éramos poco

menos de medio centenar de hombres guarneciendo este importante territorio, de seguro que cualquier noche nos sorprendían.

El cura Marco se marchó el 16 de enero en su mula y la mentira que yo le echaba se tornó en realidad al día siguiente, cuando llegaron hasta San Pedro, una compañía del "Cazadores del Desierto" y un piquete del "Granaderos".

El 18 de enero de 1880 –después de casi tres meses de estadía– abandonamos San Pedro de Atacama, enfilando nuestra columna hacia Calama. No sé si sentía alegría o tristeza, pero lo único que tenía muy claro, es que la larga permanencia en estos páramos me había servido mucho en todo sentido.

El día 20 muy de madrugada llegamos a Calama y allí nos encontramos con la gente del "Granaderos" que permanecía en esa guarnición al mando del capitán Amador Larenas.

CAPÍTULO 3

BAJO EL RIGOR DEL DESIERTO

Seiscientos kilómetros por el desierto

Nuestra estancia en Calama no duró más que un par de días, tiempo que fue empleado para interiorizarse de los acontecimientos de la guerra y para herrar caballos y reparar aperos y sillas. Así fue como me enteré del gran desembarco en Pisagua, ocurrido los primeros días de noviembre del año anterior. Del heroísmo de Torreblanca y del marino Barrientos, y de cómo se trepó hasta la cima de los cerros. Nuevamente sentí envidia por haber quedado marginado de una gesta heroica y, mientras mis compañeros combatían bravamente, yo marchaba dando vueltas a ciegas por las altiplanicies de Atacama.

También me contaron de las otras batallas y combates sucedidos en el mismo mes, como la batalla de San Francisco –donde supe que había muerto el hermano artillero de Urízar– la batalla de Tarapacá, donde se habían batido bravamente los granaderos que estaban al mando del capitán Villagrán, cuya actuación en ese hecho de armas fue muy cuestionable lo que dio origen a un sumario que inexplicablemente se extravió de las manos de su padre, el general Villagrán, salvándolo así de una Corte Marcial por acusaciones de cobardía en combate. También supe del combate de Pampa Germania, donde nuestra caballería había destrozado a la enemiga.

Me enteré que Tarapacá había significado una verdadera carnicería para nuestro Ejército y también me contaron que en esa sangrienta batalla habían combatido los alféreces Barahona, Valenzuela y Hermosilla. También estuvo allí el doctor García, que no se perdía una. El doctor García era el cirujano del regimiento y pese a ser un hombre de contextura aparentemente débil era muy fuerte y además de ser alegre y circunspecto a la vez, demostraba siempre mucho humor, valor y entusiasmo.

Me informé asimismo que en Tarapacá habían muerto tres integrantes de nuestro regimiento, entre ellos el sargento Bustamante, que conocía muy bien por haber conversado largo rato con él en Antofagasta, además de un cabo y un soldado, cuyos nombres no retengo.

Trayecto realizado por la columna del Granaderos entre San Pedro de Atacama e Iquique en enero de 1880.

Sin embargo no hubo mucho tiempo para lamentarse ya que el 21 o 22 de enero nuestra unidad, al mando del capitán Larenas, inició una larga travesía hacia el norte, que sería una de las más fatigosas y extenuantes que soportaríamos con "Carboncillo". Antes de partir preparamos todo muy bien. Éramos poco menos de ciento cincuenta entre soldados y oficiales y llevábamos una recua de treinta y cinco mulas y diez caballos de carga, en la que iban nuestros equipajes y víveres.

Se tomaron todas las precauciones del caso para la cabalgata que alcanzaría casi a los seiscientos kilómetros, ya que deberíamos cubrir la distancia entre Calama e Iquique –que estaba ocupado por tropas chilenas desde fines de noviembre– pasando por Lasana, Quillagua, Huatacondo, Pica, Pozo Almonte y Alto Hospicio. Salimos como a las dos de la madrugada, con algo de camanchaca y lo hicimos en columna de a tres jinetes en frente, con una vanguardia conformada por once jinetes que se iba alternando cada dos horas y que marchaba unos quinientos metros antes del grueso de la formación.

Recuerdo que marchamos por casi cinco horas, hasta que amaneció y no seguimos porque la camanchaca se había hecho demasiado densa y podíamos perder el rumbo. En ese punto, en el cual no había nada, desensillamos, dimos de beber y comer a nuestros caballos y nosotros nos tomamos un tacho de café y comimos la mitad de una galleta.

Apenas se esfumó el denso manto de niebla, ensillamos y seguimos hasta Lasana, poblado al que llegamos poco después, ya que cuando la camanchaca nos detuvo estábamos prácticamente arribando a esta primera estación en nuestro largo viaje. Era un pueblo realmente extraño. Tendría más de mil años de antigüedad y estaba conformado por callejuelas muy estrechas con viviendas circulares construidas de piedra y todo ello rodeado por una alta pirca de grandes piedras, lo que daba la impresión de haber sido una fortaleza en tiempos inmemoriales. Era lo que los indios llamaban un pucará, es decir un cuartel para resguardar las rutas y a los viajeros y proteger la zona contra las invasiones de otros pueblos. Este singular villorrio estaba asentado en la parte alta de un farellón rocoso, bajo el cual corrían las aguas del río Loa. No había habitante alguno en la fortaleza precolombina y, entre esas ruinas centenarias, instalamos nuestro vivaque y permanecimos allí todo el resto del día.

Como ya estaba compenetrado del sentir de esas culturas, mientras reposaba tendido al interior de una de esas viviendas que ya no tenía techo, pensaba cuantas historias se habrían tejido en este lugar. Así, divagando hacia el pasado me dormí profundamente ya que habíamos cabalgado prácticamente toda la noche y estaba agotadísimo.

Como a las seis de la tarde, ya que todos durmieron con excepción de los centinelas, almorzamos y cenamos. La comida consistió en carne de buey cocida y sellada con sal que nos habían entregado en Calama, cebolla y ají.

Ya cayendo las primeras sombras, al igual que todos, me dediqué a preparar mi caballo. “Carboncillo” también se había dado una tremenda siesta y había comido y bebido en abundancia, ya que la caballada quedó en la ribera del Loa,

donde había unas grandes vegas. Mientras le ponía la silla, se mostraba muy ufano y no cesaba de dar vuelta la cabeza y mirarme y hasta dio varios relinchos, como entusiasmado con la idea de seguir.

La columna se puso en marcha un rato más tarde, esta vez en dirección norponiente, hacia Quillagua. No obstante que marchábamos de noche, la fatiga se hacía sentir y lo único que deseaba, después de haber cabalgado ya miles de kilómetros –lo que no exagero en lo más mínimo– era dormir en una muy buena cama y que nadie me molestara en dos días por lo menos.

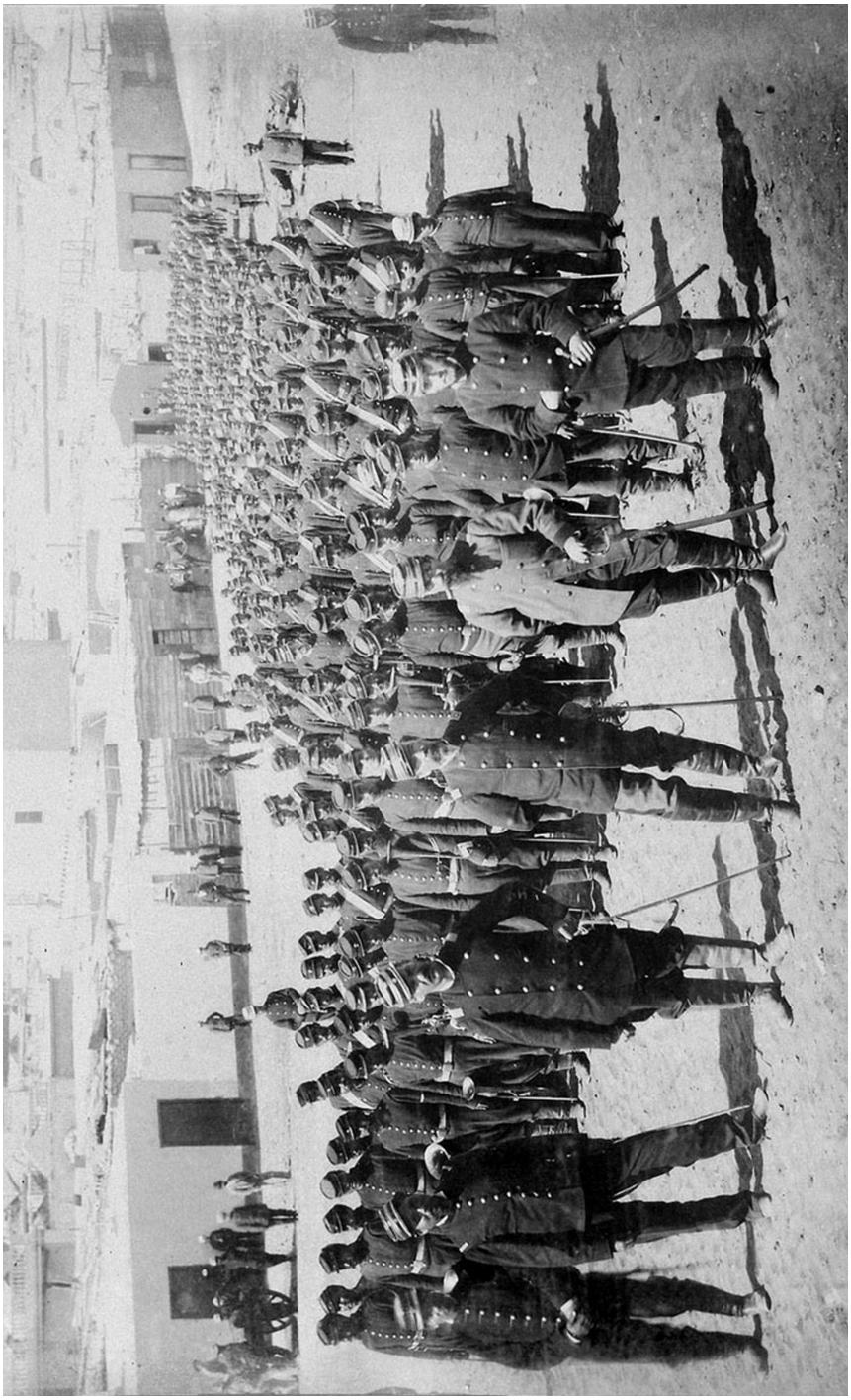
Pero "Carboncillo" era un fiel y buen caballo y sé que muchas veces me quedé dormido en esa interminable marcha entre Lasana y Quillagua y él mantuvo su paso y su ubicación dentro de la columna y nunca hizo un ademán brusco, como pareciendo que se cuidaba mucho para que yo pudiera dormir. Esto lo tengo muy claro, porque varias veces desperté y llevaba la cabeza pegada al cuello de "Carboncillo" y quizá cuanto rato atrás había soltado las riendas, que caían por delante de su cabezada... pero él se mantenía en la marcha. Cuando despertaba y me encontraba en esta poca digna actitud, junto con retomar las riendas le acariciaba la tusa y el cuello a mi caballo, que parecía revivir con mis cariños y comenzaba a caminar con mayores bríos, no obstante el agotamiento. Esa marcha no tuvo detenciones para aprovechar el frescor de la noche y seguimos casi hasta las diez de la mañana, unas catorce horas de cabalgata lenta pero regularmente sostenida.

A esa hora empezamos a divisar el verdor del lindo valle de Quillagua, situado al fondo de una profunda quebrada, por la que corría el generoso y vital río Loa, que era un río muy extraño, ya que se repartía en diversos brazos y hacía un recorrido totalmente atípico, por lo que aparecía por distintos valles o quebradas. Bajamos a Quillagua y nos establecimos en el pueblo cerca del mediodía. Estaba bastante habitado. Diría que repartidos por la quebrada había unos cien o más ranchos y era un verdadero vergel con gran actividad.

Quillagua era uno de los principales proveedores de alimentos frescos para los miles de trabajadores de las numerosas oficinas salitreras desparramadas por el desierto, como asimismo de forraje para la inmensa cantidad de bueyes, mulas y caballos empleados en las faenas de extracción y procesamiento del caliche.

Llevamos los caballos a unos potreros de alfalfa maravillosos, donde se dieron un gran banquete. Conversando con los lugareños y alabándoles la calidad de su alfalfa, uno de ellos me dijo muy orgulloso que ellos hacían nueve cortes al año, lo que no se lograba casi en ninguna otra parte.

Después de dejar la caballada en reposo y ordenar las guardias y patrullas, nos fuimos a dormir, porque ya no dábamos más. Pernoctamos en tiendas que



Regimiento Granaderos en formación a pie en 1879. En la primera fila aparecen de izquierda a derecha, alférez Vivanco, capitán Rodolfo Villagrán, sargento mayor David Marzán, teniente coronel Tomás Yávar, teniente coronel Francisco Muñoz Bezanilla y alférez Padilla. Fotografía: Clifford Spencer.

armamos junto a los potreros de alfalfa, las que constituyeron nuestro hogar mientras permanecimos en Quillagua.

Al día siguiente, acompañado por el soldado Acevedo salimos a recorrer el pueblo, si es que así podía llamársele por su escasa estructuración de villa.

Daba gusto caminar por el frescor que se sentía, ya que las pequeñas sendas estaban bordeadas por lindos árboles, especialmente pimientos y tamarugos. Pude observar que había ovejas, cabras, vacas y muchas gallinas. Detrás de cada casa se situaban chacras preciosas, con lechugas, tomates, cebollas, ajíes, porotos y también maíz.

Al pasar frente a lo que parecía un pequeño almacén nos detuvimos para observar hacia su interior. Salió una mujer joven acompañada por unos tres o cuatro chiquillos. Junto con saludarnos nos lanzó un largo rosario con las cosas que ofrecía para vender: tabaco, azúcar, papel de cigarros, licor de maíz, etc. Me entusiasmé con el tabaco, ya que llevaba su par de semanas sin probarlo, excepto los cigarros convidados por algunos compañeros y adquirí una bolsa y cuatro sobres de papel para cigarros. Como al parecer el soldado Acevedo no poseía dinero y lo vi con cara de fumar, le compré lo mismo, ante lo cual quedó feliz.

Los tres o cuatro días que estuvimos en Quillagua fueron muy agradables, con excepción de los patrullajes por fuera de la quebrada, que era pleno desierto y donde el sol golpeaba con fuerza la cabeza. Recuerdo que comimos ricas ensaladas de tomates con cebollas y ají verde y hasta un muy buen asado, ya que unos soldados llegaron un día trayendo de tiro una gran vaca que carnearon, sin pedir permiso a nadie.

Después de esta breve pero reponedora estadía en Quillagua, volvimos a la realidad del desierto árido, candente y sin rastro alguno de vida.

De noche, como era lo habitual, iniciamos la marcha hacia Huatacondo. Una noche entera de cabalgata, más la mañana completa del día siguiente –con un alto al amanecer para que hombres y caballos repusieran energías– se necesitaron para llegar al pueblo de Huatacondo, que pronto pasamos a llamar "Pueblo Hidalgo", ya que nos percatamos que a diferencia de otros villorrios de la zona, acá no había indios, sino que los pocos pobladores eran todos descendientes de españoles y la mitad de ellos llevaba el apellido Hidalgo.

Huatacondo estaba enclavado entre grandes cerros y poseía una abundante vegetación. Los cerros que rodeaban el pueblo estaban llenos de petroglifos prehistóricos hechos con piedras de tamaños similares en las laderas de los montes, representando llamos, leones y otros animales que no recuerdo, como también figuras humanas que podían interpretarse como pastores y otros como guerreros. Este poblado, que no tenía más de 50 o 60 habitantes, estaba prácticamente en

la mitad de nuestra extensa travesía, en la que ya llevábamos casi una semana. En Huatacondo, me parece, no pasamos más de una noche y de allí, a diferencia de otros viajes, salimos como a las siete de la mañana, ya que tuvimos problemas para abastecernos de forraje en la tarde anterior.

Esa jornada, que concluyó en Matilla dos días después, fue la más difícil de todo este recorrido por el desierto.

Como decía, salimos cerca de las siete de la mañana y ya a las diez el sol nos estaba matando, pero como estábamos en medio de la nada no podíamos detenernos. Cabalgamos hasta el mediodía, pero ya se notaba que los caballos estaban extenuados, sedientos y hambrientos, por lo que decidimos establecer un vivaque en pleno desierto, donde los únicos con vida hasta donde alcanzaba nuestra vista éramos nosotros. En ese entonces, llevábamos para esas marchas dos caramayolas de agua por hombre, más el fudre para el caballo, lo que representaba aproximadamente doce litros del precioso líquido, del cual se suponía que cuatro eran para el jinete y ocho para el caballo.

El mejor método que encontramos para darle agua al caballo era bien complicado pero eficaz. Consistía en sacarse la guerrera, tensarla entre dos hombres y sobre ella un tercer hombre echaba lentamente el agua, que por la densidad de la tela no alcanzaba a escurrir y el caballo la bebía rápidamente. Recuerdo que le di la mitad que quedaba en el fudre a "Carboncillo", pero por primera vez lo vi encabritado cuando se bebió la última gota, lo que demostraba que aún estaba desesperado por la sed. Abrí una de mis dos caramayolas y bebí unos once sorbos, que era mi medida, y sin titubear le di el resto a "Carboncillo" que quedó más calmado, pero se le notaba que todavía estaba dominado por la sed.

Seguidamente instalamos unos toldos y nos tendimos debajo para tratar de capear el calor, quedándonos la mayoría de nosotros en calzoncillos y camisa, pero igual era insoportable la alta temperatura y si soplaba un poquito de brisa, el aire llegaba caldeado y hasta se deseaba que mejor no corriera, porque provocaba más calor. Estuvimos allí unas cuatro horas, sin que nadie se animara a preparar comida, pero sí que tuvimos que hacernos los fuertes para sacar de la recua de carga fardos de alfalfa y darles de comer a los caballos, lo que fue una buena idea, ya que como la alfalfa estaba recién cortada, tenía mucha humedad todavía y eso ayudó a hidratar a la caballada.

Cerca de las cinco de la tarde buscamos las raciones de marcha y nos comimos lo que pudimos, que en mi caso fue una galleta ya bastante dura y con algo de hongos, dos cebollas que convertí en ensalada, más un par de naranjas de las que había cosechado en Huatacondo.

Con hambre, dolor de cabeza, el cuerpo maltratado y una sed de locos, reanudamos nuestra marcha cerca de las seis de la tarde, en dirección a Pica. La marcha se hizo mucho más lenta y desordenada, ya que los caballos estaban agotados y muchos de ellos de pronto se paraban y no querían seguir andando, lo que obligaba a los jinetes a descender y llevarlos de tiro.

Casi a medianoche, le tocó el turno a "Carboncillo", que se "chantó" como un macho y aunque no era mi costumbre usar las espuelas le di unas cuantas talonadas, pero no se movió y torciendo la cabeza me clavó una mirada, como queriéndome decir"entiende de una vez, ya no puedo más". No me quedó más que desmontar y traté de tirarlo, pero en vez de seguirme se echó en la reseca tierra. Me dio mucha pena y haciendo caso omiso a las instrucciones de racionar el agua, saqué la caramayola que me quedaba y se la di de beber directamente en el hocico, ya que estaba tendido. Después lo hice alzarse y lo obligué a seguirme y prácticamente el caballo iba a remolque mío, lo cual al par de horas ya me tenía extenuado, puesto que hacía el doble o triple de esfuerzo que en un caminar normal. Como todos iban más o menos igual, hicimos un alto antes del amanecer y en esa ocasión "Carboncillo" –como muchos otros corceles de la agrupación– durmió acostado y yo tendido a su lado, porque ni hombre ni caballo daban para más.

Ya había salido el sol cuando reanudamos la marcha, pero en esta ocasión todos los jinetes montados, ya que de algo había servido el descanso para los nobles caballos.

A paso muy lento seguimos hacia nuestro próximo destino. Sin embargo, el sol muy pronto estuvo aplomado sobre nuestras cabezas y continuamos cabalgando por el desierto remontando loma tras loma, sin ver nada de vida cuando llegábamos al punto más alto, lo que causaba una desazón terrible. Al mediodía, prácticamente todos llevábamos tirando a nuestros caballos, que se movían lentamente, con los hocicos espumosos por la sed, pero ya nadie tenía agua y Matilla jamás aparecía en nuestro horizonte.

Nos detuvimos una hora más o menos en medio del desierto, pero solo a descansar, ya que no quedaba ni de beber ni de comer. Nadie hablaba, todos estábamos rendidos y muy preocupados. Me estaba quedando dormido, con la cara cubierta con mi quepí, cuando de pronto me acordé de un par de naranjas que aún tenía en una de las alforjas. En segundos imaginé su sabor azucarado y su jugo. La boca se me llenó de saliva, lo cual me sorprendió ya que hacía horas que el paladar, la garganta y la lengua estaban resecos como una suela vieja.

Sigilosamente busqué las benditas naranjas y allí estaban, como esperándome. Las saqué y me fui al lado de "Carboncillo" que estaba echado exánime y cuando

me vio levantó sus orejas y abrió mucho los ojos, como asombrándose de mi descubrimiento. Fue en ese momento que reparé que él las deseaba tanto o más que yo. Pelé la primera naranja lentamente y le fui dando una a una las cáscaras, las que engullía con desesperación, ya que al triturarlas con su dentadura extraía ansiosamente el jugo. Después le fui dando los gajos, uno a uno y los saboreó con gestos que parecían humanos. La segunda naranja era para mí. Pero al ver la cara del noble caballo me dio mucha compasión y se la di igual como le había servido la primera y yo solo me contenté con un gajo, que dejé en mi boca hasta que se deshizo.

A los segundos, "Carboncillo" se puso de pie, con esfuerzo pero con energías, como queriéndome decir: "súbete, te portaste generoso conmigo y te quiero llevar". Esto coincidió con la orden del capitán de prepararse para reanudar la marcha, lo que hicimos unos minutos después, pero más lento aún, ya que solo la mitad íbamos montados y el resto seguía llevando sus caballos de tiro, porque ya no eran capaces de soportar al jinete.

Las ocho horas siguientes fueron un infierno. Aunque estaba de noche, era tanto el cansancio que los soldados comenzaron a tirarse al suelo, quedándose los caballos quietos a su lado. La única manera de que no quedaran abandonados era devolverse a su lado y empezar a convencerlos de buena manera. Pero como no reaccionaban se hizo necesario imponerse con toda la fuerza, si es que éstas quedaban, y a punta de garabatos y puntapiés lográbamos levantarlos y obligarlos a que siguieran caminando. Fue una noche eterna, que pareció un mes. Todos mis pensamientos se mezclaban desordenados, evocando escenas de mi niñez, otras de mi despacho de trabajo en Melipilla, de Concepción. Un caos mental total, sin pies ni cabeza.

Los oficiales y sargentos tuvimos que desplegar el máximo de energía y dureza para mantener la disciplina y con ella la formación, recurriendo continuamente a golpes para reincorporar a los soldados. Es necesario tener presente que no estaban acostumbrados a caminar como infantes y que además llevaban casi un día entero de a pie y por el medio del desierto y, más encima, tirando con todas sus fuerzas a su cabalgadura. Los hombres y caballos estaban irritables por la sed. Yo también, porque sentía que estaba reseco por dentro y casi no se podía articular palabras por la sequedad absoluta de labios, lengua, paladar y garganta, sumado a esa ilusión de ingerir un poco de líquido.

Recuerdo que un cabo nos dijo que a él se le había quitado la sed porque se había bebido sus orinas a las que había echado una pizca de sal. Lo encontré una cochinada, pero a medida que pasaban los minutos le hallaba cada vez más sentido a lo que había hecho. Vergüenza da decirlo, pero cuando sentí ganas de

orinar lo hice de pie junto al caballo y dentro de una de las caramayolas. Le eché un poco de sal del morral de raciones y bebí un sorbo con mucho asco, pero sentí tal alivio, que me la tomé de una zampada. Eso me ayudó, no sé si sicológica o fisiológicamente, pero creo que al final todos los hicimos y eso nos ayudó a soportar la terrible deshidratación que nos estaba afectando. La marcha continuó muy lenta, en desorden, con protestas, improperios y rebeldía, pero se logró contener todos estos arranques y mantener la penosa columna.

Recordándome del viejo Gaspar, y de su conversación en el Licancabur, me detuve en medio del desierto y llevé la vista a las cumbres de mayor altitud y allí me quedé como ido, sin mover un músculo varios minutos. No sé si fue sugestión o realidad, pero al poco rato sentí que la mente se me aclaró y que parte de mis fuerzas volvieron al cuerpo y reanudé con mayores bríos la marcha, compenetrado nuevamente de mi rol de oficial. Eso me dio inesperadas energías y como una hora después, cerca del mediodía divisamos a lo lejos el caserío de Matilla y la torre de su iglesia. Entramos como enajenados al pueblo, ya que los pastos fueron olfateados de lejos por los caballos, que sacando fuerzas de no sé dónde emprendieron el trote en dirección a la vida.

El pueblo estaba rodeado de chacras llenas de plantaciones de limones, naranjas, pomelos y mangos. Hasta allí no más llegamos y no fuimos capaces de seguir el par de kilómetros que nos quedaban hasta el pueblo mismo.

Incluso sin desensillar, soltamos los caballos en el primer potrero, con una alfalfa alta y tierna y cruzado por una amplia acequia empedrada. Los caballos enloquecieron y tomaron agua hasta hincharse y hubo que irlos desensillando antes que las cinchas se les incrustaran en sus ijares. Pero no solamente los caballos se lanzaron a la conquista de la acequia, ya que nosotros hicimos lo mismo y debe haber sido muy extraño el espectáculo de hombres y caballos entremezclados, uno al lado del otro, bebiendo esa agua tierrosa como si fuera el más delicioso de los néctares.

Después, los más fuertes se fueron a cosechar naranjas y comenzaron a comer con mucha alegría entre bromas y risotadas, mientras que los caballos se estacionaron en la alfalfa comiendo y comiendo sin parar. Estuvimos unas dos o tres horas allí en el paraíso, hasta que se decidió entrar al pueblo antes de que anocheciera. Entramos como verdadera formación militar, mitigada la sed y el hambre. Fue entonces que nos dimos cuenta que estábamos en un pueblo muy lindo y acogedor. Un idílico oasis en medio del más árido desierto que hubiéramos recorrido.

El pueblo se emplazaba en torno a una simpática plaza con centenarios pimientos y tamarugos, en la que la construcción principal era la iglesia de San Antonio, con un campanario de piedra de estilo medieval.

Hicimos un completo recorrido, siendo recibidos con gran indiferencia por su gente. Establecimos nuestro campamento en las afueras de la Iglesia, más bien en su parte posterior.

En la mañana muy temprano seguimos nuestra travesía hacia Pozo Almonte. La marcha, aunque fue a través del desierto, fue ordenada y sin mayores problemas, excepto en mi caso, ya que "Carboncillo" perdió una herradura. Afortunadamente aún guardaba un par en mi cartuchera de herraje y lo dejé con su mano como nueva en un abrir y cerrar de ojos.

Llegamos a Pozo Almonte por la noche de ese día, encontrándonos allí con una Compañía del "Lautaro", que se hallaba de guarnición en la zona. Compartimos con los infantes un asado de burro, que sabía extraordinariamente bien y luego pasamos al reposo en unas casas deshabitadas, tras la huida de sus habitantes más al norte.

Iquique

Estuvimos todo el día siguiente y partimos hacia "La Palma" en la madrugada del día subsiguiente, llegando hasta la gran oficina salitrera por la tarde. Allí alojamos, en los pabellones de los trabajadores de la calichera y a la mañana siguiente iniciamos el descenso hacia Alto Hospicio e Iquique, puerto al que llegamos al atardecer el 10 de febrero de 1880. Alojamos en unas casonas muy hermosas que había dos cuadras al norte de la Aduana, que eran ocupadas por el regimiento "Esmeralda".

El puerto de Iquique era realmente bello, con veredas de tablones, casonas muy bien diseñadas construidas con pino oregón de dos y hasta tres pisos con muchos balcones y muy suntuosas, producto de las grandes ganancias por el guano y el salitre.

Al día siguiente de nuestro arribo, un oficial del "Esmeralda" de apellido Alcalde nos llevó al cementerio y nos mostró las tumbas de los tripulantes de la gloriosa corbeta "Esmeralda". Allí yacían Prat y Serrano, en sepulturas modestas pero muy bien arregladas por los militares chilenos. Sentí una profunda emoción y respeto, ya que creo que el sacrificio de estos marinos fue el detonante para que miles de chilenos decidiéramos voluntariamente ser parte de esta guerra.

Después nos llevó a la Aduana, donde estaba instalado el gobernador militar de Iquique, el comandante Patricio Lynch y allí me enteré que ese había sido el edificio en que los sobrevivientes de la corbeta "Esmeralda" estuvieron prisioneros más de seis meses, hasta que la ciudad fue ocupada por tropas chilenas, a fines de noviembre del 79.

Me apresté a disfrutar mi estadía en Iquique. Sin embargo, solamente alcancé a ir a la peluquería de un español para cortarme el cabello y arreglarme la barba. De regreso a mi lugar de alojamiento pude darme un largo baño de agua caliente y jabón.

Casi recién concluido el ceremonial del baño jabonoso y cuando me preparaba a planificar mis próximos días libres en el puerto, se citó a reunión de oficiales y fuimos informados que de madrugada seríamos embarcados hacia Pisagua, nuestro nuevo destino.

Pisagua y Jazpampa

El desembarco en Pisagua no presentó ninguna dificultad, aunque por todas partes aparecían las muestras del duro combate registrado el 2 de noviembre del año anterior. Se podían apreciar las calles con casas semi destruidas por los incendios y los proyectiles de la artillería naval y el muelle chamuscado por el salitre que se inflamó con los tiros y ardió –según dicen– varios días.

Nuestros muertos habían sido sepultados en un pequeño e improvisado cementerio situado una media legua al norte del pueblo. Pero no hubo igual trato para los muertos enemigos, y aún era posible observar que habían sido enterrados solamente echándoles encima unas pocas paladas de tierra, por lo que habían sido carroña de ratas, perros y gaviotas. El sector en que estaban malamente inhumados olía terriblemente.

Subimos hasta Alto Hospicio, donde había una concentración de tropas de todos los cuerpos y pasado el mediodía iniciamos la marcha hacia Jazpampa que quedaba situada a unas nueve leguas al este de Pisagua, siguiendo el trazado de la línea del ferrocarril.

La marcha fue nuevamente extenuante, por la sequedad del aire y el sol aplomado sobre nuestras nucas. La ruta no fue difícil y la marcha se hizo en secciones por columnas, separadas cincuenta metros una de otra.

Hicimos un alto en una aguada que había en el trayecto. No era ni un estero ni un manantial sino una parada del tren, que no era estación sino que solamente un punto de reaprovisionamiento de agua para las calderas. No había nada más que un alto estanque cuadrado de fierro con cuatro patas, que en su parte inferior tenía una bomba de mano y un gran tubo de latón giratorio, por donde salía el agua que bajaba por declive del estanque. La bomba era para subir el agua hasta el depósito, que debe de haber sido de más de diez mil litros. Allí nos refrescamos hombres y caballos, siempre cuidando el agua, que estaba bajo la supervisión de

un oficial y tres soldados armados. Desensillamos los caballos y después de eso vino el rancho, que era de campaña y cada cual lo llevaba en su morral.

No había muchas variantes en el menú y, lo más probable, es que fuera el típico trozo de carne cocida de buey o vaca, que antes de entregarla la sellaban enteramente con sal gruesa para que no se descompusiera tan rápido. Esa resistente capa de sal había que rasparla con el cuchillo antes de comer. Eso se acompañaba con la típica galleta de harina horneada sin levadura, con sal y chicharrones, que era de una pulgada de grueso y de unos treinta centímetros de diámetro. Además siempre se entregaba a cada hombre un puñado de manteca, algo de charqui de caballo y un par de cebollas. Eso permitía que uniéndose varios amigos –en lo que se denominaba una carreta– juntaran sus raciones y pudieran hacer una especie de guiso, en el cual la manteca cumplía el rol del aceite. En esa etapa, la ración diaria de marcha, eran dos galletas, un paquete de manteca, un puñado de sal, algo de ají seco, unos atados de charqui equino, dos cebollas y dos caramayolas de agua con cuatro litros en total.

En esa ocasión, hicimos la típica "carreta" Polloni, Hermosilla, Valenzuela y yo. Rápidamente preparamos una especie de caldillo o cazuela, que engullimos con mucho apetito.

Llegamos a Jazpampa por la tarde de aquel día. El lugar era realmente aplastante. Marchando hacia el este, la quebrada de Jazpampa quedaba situada al lado izquierdo de la línea del tren, a una profundidad de unos sesenta metros. Hacia el noroeste se divisaban solamente cerros estériles, excepto por sus riquezas minerales y a lo lejos, con cielo despejado, se alcanzaba a divisar algo de la costa. Pero una vez dentro de la quebrada de Jazpampa no se veía más que cerros de tierra hacia todos lados, ya que la gran grieta era sinuosa, por lo que en las cuatro direcciones no se apreciaban más que farellones resecos.

Al centro de Jazpampa había un caserío de adobes, en muy buen estado de conservación, donde habían vivido hasta noviembre los peruanos que trabajaban en el tren. La estación ferroviaria, del mismo nombre, estaba situada en la parte superior al nivel del valle. También había algunas pequeñas vegas con pastizales, por lo que la caballada fue entregada al descanso y a la alimentación, con excepción de aquellos piquetes que debían vigilar y patrullar los bordes superiores de la quebrada, en previsión de la aproximación de enemigos, como también hacer un recorrido por las oficinas de la Pampa del Tamarugal, como Santa Catalina, San Antonio, Zapiga, Negreiros y Aguada de Dolores.

Nuestra misión era resguardar las estaciones y hacer patrullajes custodiando la línea del tren lo más adelantado posible hacia la pampa. Cada patrullaje duraba

una jornada completa. Generalmente –muy de madrugada– salía un oficial con unos veinte jinetes y el regreso era en las últimas horas del día. Ocho o más horas de cabalgata, con un par de horas de reposo para hombres y caballos entre medio. Eran agotadoras, pero además muy tensionantes, porque imaginábamos que el enemigo hacía lo mismo que nosotros y en cualquier momento podíamos encontrarnos frente a frente.

Por esos días llegó el coronel Sotomayor, al que ya había conocido en Antofagasta, y hubo muchas reuniones con los oficiales jefes y con los encargados de la Intendencia. Por esa fecha partieron hacia San Francisco varios cuerpos de infantería, artillería y caballería para reforzar la posesión de la Aguada de Dolores y continuar los adentramientos en la pampa en busca de restos del ejército enemigo.

La agrupación del "Granaderos" de la que formaba parte fue destinada a Zapiga. Era un poblado muy bonito, con casas amplias, confortables, abundante vegetación y una plaza con muchas palmas, que le daban un aire a pueblo chileno.

La misión que tenía mi reducida unidad era patrullar en la redonda, para evitar cualquier tipo de sorpresas y, por sobre todo, guarnecer las vías ferroviarias, que eran cruciales para las comunicaciones entre las tropas que estaban tanto allí como en el interior, con Pisagua, que era el punto de desembarco de vituallas y pertrechos como también de embarque de heridos y enfermos.

Pese a lo hermoso de Zapiga la estadía se me hizo desagradable al ver el ocio de las tropas, que excepto los ejercicios matinales por compañías –en que realizan avances por guerrillas, cargas de bayoneta y una o dos veces a la semana ejercicios de tiro– pasaban la mayor parte del día abúlicamente.

Cuando no estaba en patrulla, me iba a la meseta ubicada al norte de Zapiga a observar esos ejercicios para entretenerme en algo. Por las tardes era cuando el ocio se notaba con mucha fuerza. Los soldados se entretenían jugando cartas, rayuelas, dados, discutiendo y peleando entre ellos. Los menos, de cuando en cuando, dedicaban estas largas horas de tedio a escribir alguna carta. Pero como los que sabían escribir no eran más de tres cada diez, entonces junto a ellos se formaba una pequeña fila de soldados que dictaban sus cartas y el "escritor" las plasmaba en el papel. A veces, según el grado de amistad, la tarea del escribiente era gratuita, pero en otras había un cobro de por medio, que podía ser alguna moneda, charqui, tabaco o alguna prenda de vestir, por lo que recuerdo.

Del grupo de veinte granaderos que yo comandaba, solamente unos cuatro sabían leer y escribir, y no muy bien. Por esa razón, muchas veces escribí lo que mis soldados me dictaban. Me emocionaba la sencillez de sus palabras, por lo que sentían, por la visión que tenían de la guerra o por los recados que enviaban a sus

seres más queridos. En esos momentos yo me sentía casi como un confesor y con la obligación de mantener en el más estricto secreto las confidencias, de las cuales me hacía parte como intermediario entre sus palabras y el papel.

"Conde de Tiliviche"

Aunque no podría relatar lo que hacía el resto del Ejército, durante febrero de 1880 recibimos la misión de realizar largas travesías por los desiertos y quebradas, manteniendo el control de la zona y capturando grupos aislados de soldados peruanos y bolivianos que a veces pululaban por apartados caseríos y sosteniendo pequeñas escaramuzas con partidas guerrilleras que persistían en mantenerse en Tarapacá.

Considerando mis travesías desde la llegada a Antofagasta en octubre del año anterior, podría decir que llevaba ya cinco meses, con un calor espantoso, a lomo de "Carboncillo", en largas cabalgatas a diversos lugares.

Por entonces, el teniente Valdebenito me incorporó a su compañía y partimos en comisión de patrulla de combate hacia un pueblo llamado Turiza. Luego de una interminable marcha por los arenales, donde el agua había que cuidarla gota a gota y compartirla con el caballo, llegamos a Turiza. Solamente entonces me percaté que eso era simplemente "un lugar", ya que de pueblo no tenía prácticamente nada. Cinco o seis chozas de caña de maíz embarradas con techos de pajonal y algunos corrales.

Allí había como media compañía de "Granaderos" –unos cincuenta hombres– a cargo de un teniente que no era del regimiento sino que estaba temporalmente comisionado, quien era secundado por el alférez Hermosilla. El teniente Valdebenito asumió el mando de la unidad y luego de almorzar lo de siempre, nos dedicamos a preparar los caballos, revisar las herraduras y envolver nuestras ya consabidas raciones de marcha.

Como a las dos o tres de la tarde la unidad, dividida en dos hileras que marchaban paralelas separadas por una cuadra, inició la marcha hacia Suca. Tras una dura cabalgata de unas cuatro a cinco horas sin interrupciones, llegamos a dicho sitio cerca de las siete de la tarde, descubriendo que el villorrio estaba absolutamente abandonado. Allí hicimos descansar las cabalgaduras, nos comimos la ración que hacía las veces de cena y luego de ensillar y ajustar todo el equipo, siendo ya casi la medianoche, continuamos adentrándonos en esos inhóspitos parajes.

Tengo muy grabado el frío que hizo esa noche, aumentando por el hecho de la inactividad propia del jinete. Creo que todos nos pusimos los capotes e incluso

algunos, entre los que me cuento, nos colocamos encima el poncho y así y todo el frío calaba los huesos, en contraste con el sol calcinante que habíamos tenido durante todo el día. Luego de tres o cuatro horas de cabalgata, interrumpida solamente por una media hora de reposo para la caballada, avistamos un pueblucho llamado Milli Milli o Miñi Miñe.

Eran las cuatro o cinco de la madrugada y en rápida maniobra rodeamos fácilmente el pueblo y se dispararon unos tiros al aire. Los indios salieron en tropel de sus casas gritando, llorando e implorando como era su costumbre, que no los fusilaran, que eran gente pobre y que ellos no sabían nada de la guerra ni de los soldados. Mientras un grupo, especialmente de mujeres y críos, hacía estas lastimeras manifestaciones, otro grupo aprovechó la oscuridad y se esfumó corriendo entre las sombras. Pillarlos, rodearlos y traerlos de regreso al caserío fue tarea fácil para una sección de "Granaderos" mandada por Hermosilla.

Mientras tanto, yo había desmontado y con unos 20 soldados empecé a revisar, arma en mano, los ranchos y también a los fugitivos que traía Hermosilla. Sacamos paja de los techos de unos corrales y encendimos una gran fogata a un costado del pueblo y a la luz empezamos a observar a los "pacíficos pobladores". De pronto descubrí a un hombre de cabello crespo y de bigotes muy negros y de rasgos distintos a los de toda la gente del pueblo y al acercarme a él se puso muy nervioso. En este instante descubrí que vestía calamorros militares y que su pantalón, que ocultaba con un poncho multicolor, era de color cáñamo, es decir de campaña del ejército peruano. Al encararlo, el hombre se asustó mucho y me dijo que era cabo del "Batallón Arequipa" y entonces lo hicimos prisionero. En eso estábamos junto con el teniente Valdebenito, cuando llegó Hermosilla con otros tres soldados peruanos, que me parece eran de la misma unidad del que estábamos interrogando.

Revisamos muy bien el pueblucho y encontramos diez fusiles Comblain y unos seiscientos tiros. Los prisioneros y el armamento capturado fueron puestos a la retaguardia de la columna, que inició el largo regreso a Santa Catalina, como a las nueve de la mañana del día siguiente. Esa fue mi primera acción en la que algo hice. Al menos en esta ocasión había visto a los enemigos y había participado en su captura.

Por esos mismos días partió de expedición la Primera Compañía del Tercer Escuadrón del "Regimiento Granaderos". Fue hacia el caserío de Aroma y en los tres o cuatro días de recorrido que hicieron por el desierto solamente encontraron armamento y municiones escondidos en un tambo y a poca distancia de allí capturaron a un sargento peruano, que llevaron de regreso al campamento. En esos días yo permanecí de guarnición en Santa Catalina.

Patrullajes efectuados por Regimiento Granaderos en febrero de 1880 (línea segmentada señala trazado ferroviario).

Promediando febrero me tocó el turno nuevamente. En esta oportunidad en la unidad mandada por el capitán Larenas, con la que nos reunimos en el agradable poblado de Tiliviche. De allí salimos con los primeros rayos del sol. Nuestro destino era llegar lo más al norte que pudiéramos, observar la actividad del enemigo y entorpecer marchas de pequeños cuerpos.

Como decía, salimos de Tiliviche como a las siete de la mañana y tras unas tres horas de cabalgata llegamos a Tana, que estaba prácticamente deshabitado, solo mujeres, niños y algunos ancianos. La recepción fue servil, como era característico de los peruanos. Tras unas dos horas recorriendo y revisando los alrededores, montamos rumbo a Chiza donde llegamos a prepararnos el rancho como a las cinco de la tarde. En realidad en la quebrada de Chiza había muy poca gente y las ranchas estaban muy apartadas unas de otras, ya que se alineaban en el fondo de la gran hendidura siguiendo el curso de un esterito que corría por lo más profundo de la honda depresión. Fue un buen lugar para refrescarse, para que los caballos pastaran a su antojo e incluso hubo tiempo para que hombres y caballos se bañaran en las escasas pero limpias aguas.

Como a las diez de la noche, partimos rumbo a Camarones, llegando a sus proximidades al amanecer. Camarones era evidentemente mucho más grande y poblada que Tiliviche, Tana o Chiza. Había bastantes casas, algunas muy bonitas y grandes, al parecer de dueños de las tierras agrícolas que se extendían por la amplia quebrada hacia la cordillera.

Con mucho sigilo estábamos observando la quebrada desde sus laderas, cuando un soldado que había desmontado y llevaba a su caballo tirando de las bridas descubrió a un par de centinelas peruanos que conversaban y fumaban a unos cien metros del sitio en que nos hallábamos. Pero por mucho que fuera nuestro cuidado en no dejarnos ver ni oír, no hay que olvidar que andábamos con caballos –que inconscientemente hacen más ruidos que un ser humano– lo que llevó a los centinelas a descubrirnos y uno de ellos levantando su fusil nos apuntó y disparó un tiro, pero en segundos cayó fulminado por unos cuatro balazos que le disparó igual número de granaderos desde distintas direcciones.

El otro centinela, al ver a su compañero caído, lanzó lejos su fusil y corrió hacia donde estaban tres soldados apuntándolo con sus carabinas y se arrodilló ante ellos clamando piedad y diciendo que él no tenía nada contra nosotros. En realidad esas actitudes tan poco dignas –muy frecuentes en peruanos y bolivianos– en vez de generar compasión, solo lograban crear desprecio hacia ellos. Y este sentimiento no era solamente mío, sino que en muchas conversaciones en los años posteriores, la mayoría de los oficiales llegaba a la misma conclusión.

Bueno, volviendo a este peruano que se había rendido, un par de soldados avanzó para registrarlo y atarlo y justo, en ese momento, desde el fondo de la quebrada comenzó un nutrido fuego de fusilería.

Nuestra misión era explorar y no combatir y menos aún con fuerzas que desconocíamos. A la carrera, los soldados agarraron al prisionero y lo amarraron

con un lazo y salimos a la parte alta. En ese momento, el capitán Larenas ordenó parapetarse y hacer fuego a discreción, hasta treinta tiros por hombre.

Así lo hicimos y empezamos a disparar con nuestras carabinas hacia el lugar de donde provenían los fogonazos, lo que debe haberse prolongado por unos cinco minutos. No sé si le dimos a alguno, pero lo concreto es que el fuego desde abajo mermó bastante y ese fue el momento en que la columna se reagrupó y ordenadamente iniciamos el regreso hacia Tiliviche, sin bajas y llevando un prisionero y dejando varios muertos enemigos en el campo.

El camino de Camarones a Tiliviche se me hizo corto, no obstante que cabalgamos prácticamente todo el día. Iba contento, porque por fin había tenido real acción y hasta había disparado, no sé contra quien, pero lo había hecho. Sentía que me había probado a mí mismo, que no sentí miedo en la balacera y que solamente después, cuando ya habíamos iniciado la marcha, sentí un poco de temblor y nerviosismo, pero eso no me preocupaba, porque lo realmente importante era que no había sido presa de mis temores en el minuto de la acción.

Llegamos a Tiliviche ya casi de noche y nos alojamos en una gran casa, de dos pisos más altillos, con grandes balcones de madera que recorrían prácticamente todos los costados del segundo piso. El primer piso estaba protegido por amplios corredores, al estilo de nuestras casas de campo. La hermosa residencia, según supe después, era de un peruano muy rico, hacendado de esta quebrada, pero que además era el propietario de la Oficina Salitrera de San Antonio, ubicada cerca de San Francisco.

Se establecieron centinelas y se organizaron los relevos y luego nos acomodamos en la señorial casona. Los soldados en el primer piso y los oficiales en habitaciones del segundo.

Apenas amaneció tomamos un muy buen desayuno, incluso café con leche, ya que unos soldados recorriendo hacia el interior de la quebrada habían descubierto un pequeño establo y sin pensarlo más habían ordeñado un par de vacas.

La residencia estaba a nuestra entera disposición, ya que sus moradores habían huido como un mes antes a Arica. Los empleados se habían encerrado en sus casas dispersas por el angosto pero largo campo, que surgía como un oasis al interior de la quebrada, contrastando con los arenales y desiertos que la rodeaban por todos lados.

Mientras desayunábamos, el capitán Larenas me indicó que en menos de una hora iniciaría el camino hacia Santa Catalina, para informar de todas las observaciones hechas. Me dijo que se llevaría al prisionero y que estimaba conveniente que yo me quedara hasta nueva orden en Tiliviche, con tres cabos y quince soldados.

Cuando se retiró la columna del capitán Larenas, me reuní con mis dieciocho jinetes y les expliqué que allí permaneceríamos por tiempo indeterminado. Establecimos un amplio perímetro de seguridad y dispuse las rutinas. Y allí comenzaron para mí unas vacaciones que duraron unos diez días.

Cuatro centinelas en forma permanente las veinticuatro horas –todos visibles entre sí a señal de banderola que tenían que hacerse más o menos cada una hora– y una patrulla integrada por un cabo y dos soldados en permanente recorrido por la quebrada y sus alrededores durante las horas del día. Los restantes, es decir los once jinetes sin contarme a mí, debían procurar alimento para hombres y ganado y cuidar la caballada. El resto del tiempo, podían hacer lo que quisieran... bañarse, dormitar bajo los árboles, jugar, escribir, pero siempre atentos y con su carabina al alcance de la mano. En mi caso, las tres actividades juntas: revistar a los centinelas, mantener la organización de los patrullajes, supervisar al resto de la tropa.

Dispuesto todo esto, me aboqué a recorrer entero nuestro nuevo hogar, piso por piso y envié a un cabo y un soldado a buscar a las criadas. Era una casa amplia y linda. Todas las habitaciones tenían hermosas ventanas, los pisos eran de pino oregón al igual que los revestimientos interiores y el techo era de tejuela de calamina. En la planta baja había una amplia cocina con fogón de hierro y mesones de mármol y una despensa de unos treinta metros cuadrados con estantes empotrados en los que se guardaban cereales, aceite de oliva, frutas secas, harina, azúcar, un cajón grande de té y un saco de unos veinticinco kilos de café. También había unas pequeñas dependencias para la servidumbre, donde comían, que era como para unas seis personas.

A continuación venía un amplio hall de distribución al cual daba la puerta principal y de allí un pasillo, en la que la primera puerta daba a un señorial escritorio. La segunda puerta franqueaba la entrada a un salón con muebles muy finos y antiguos y al fondo del pasillo partía un pasillo transversal, que tenía varias puertas que daban a una sala de juegos, a un comedor como para veinticinco personas y a un dormitorio con una cama anchísima y mullida. En el segundo piso se distribuían cinco o seis dormitorios y un gran salón que al igual que todas las habitaciones tenía salida al balcón con barandas de madera torneada que rodeaba todo el segundo piso, con vista hacia el esterito que corría a unos cincuenta metros al sur.

Cuando regresaba de mi recorrido y estaba en el hall reparé en unas revistas francesas que estaban sobre un baúl. Las tomé para mirarlas más tarde y abrí el baúl por si habían más y, efectivamente estaba lleno de revistas y algunos diarios peruanos antiguos. Nunca se me olvidó ese baúl, por la lectura que me proporcionó, y cuando muchísimos años después me encontré con él en un

negocio de antigüedades, algo en mi interior me hizo reconocerlo de inmediato y sin pensarlo dos veces lo compré y quedó en mi casa, como permanente recuerdo de esos dichosos días de reposo en Tiliviche.

A las dos horas más o menos estaban de regreso el cabo y el soldado, que eran acompañados por una mujer de unos sesenta años, muy blanca y con el pelo en moño, quien era secundada por dos mujeres de unos cuarenta años, pero de rasgos indígenas. Ellas eran las empleadas de la casa y fueron traídas por los soldados desde las casas en que vivían al oriente de la quebrada. Aunque reticentes y muy calladas, las tres mujeres cumplieron con lo solicitado, que era prepararnos la alimentación, lavar y planchar nuestra ropa, hacer los aseos de la casa y, como no teníamos dinero, les pagaríamos con alimentos u objetos de la misma casa.

Tiliviche fue nuestro lugar de reposo por plácidos días en los cuales nunca vimos merodeando un enemigo. Comimos siempre muy bien, en la mesa del comedor de visitas, con mantel largo. Bebimos buen café y buen vino, estábamos siempre aseados, nuestros uniformes limpios y planchados y qué decir de los caballos, que pastaban hasta echarse a dormir y recuperaron todo su peso y bríos. "Carboncillo" estaba lustroso por la permanente ingesta de pasto tierno y fresco y, además, casi todas las tardes, cuando regresaba de mis rondas, nos íbamos al estero y allí lo bañaba muy bien.

Cuando estábamos disfrutando plenamente de las bondades de este oasis, llegó una patrulla de nuestro regimiento, portando una orden para que abandonáramos Tiliviche y nos dirigiéramos a Santa Catalina. Como los soldados llegaron cuando recién habíamos almorzado, dejamos que descansaran, que se asearan y luego fueron servidos a la mesa, lo que los puso muy incómodos en un principio.

Lo mismo hicimos a la cena y luego les indiqué cuales serían sus camas, con colchones de lana y sábanas blancas como la nieve. No creían tantas atenciones y bellezas. Se mostraban maravillados por la calidad de las comidas y por la forma de comer, ya que ocupábamos los cubiertos de plata de la casa.

Los soldados solamente sabían usar a medias el cubierto, pero en las dos semanas que allí llevábamos, habían aprendido a manipularlos bastante bien, ya que yo les enseñaba a hacerlo entre bromas y risas. Por supuesto que ellos, que apenas unos días atrás habían aprendido el protocolo y uso de los cubiertos, se apresuraron a tapar de tallas a los recién llegados y les comenzaron a enseñar, tratándolos de "brutos serranos".

También los granaderos que nos traían el mensaje de término de nuestras vacaciones, supieron lo que era tomarse un "aperitivo" y un "bajativo" y descubrieron que el café no era solo para desayunar, sino que también la parte final del almuerzo.

Yo me reía mucho con las bromas y los soldados que venían a buscarnos estaban asombrados, ya que jamás habían estado en un lugar así, ni habían tenido la ocasión de comer "como patrones".

En realidad, pasando por sobre las costumbres militares, durante los días que estuvimos en Tiliviche, los desayunos fueron individuales, pero el almuerzo y la cena fueron colectivos y en ellos estuvimos todos juntos sentados en la misma mesa, servidos por domésticas y a cuerpo de rey, quedando fuera solamente aquellos que estaban de centinelas y patrulla. Eso les llamó siempre la atención a los soldados, ya que las primeras veces que los llamaba a la mesa se negaban diciendo que "no nos corresponde sentarnos con usted, ya que usted mi alférez es un caballero" y nosotros no". Yo les respondía..."tienen toda la razón... pero pueden llegar a serlo".

Desde ese día todos se lavaban la cara y las manos y peinaban cuidadosamente antes de ir a sentarse y por sus conversaciones me di cuenta que ninguno de ellos, sin excepción, había antes sido servido por una criada. Esta actitud y los lujos que nos dimos, impresionaron mucho a los soldados, especialmente a los recién llegados.

Cuando volvimos a Santa Catalina, y nos juntamos con el regimiento, empezaron a circular sus comentarios, los que pronto llegaron a oídos de los oficiales, que terminaron poniéndome por sobrenombre el "Conde de Tiliviche", el cual duró varios meses.

Pero volviendo a nuestro último día en ese oasis, luego de un opíparo y ceremonioso almuerzo nos aprestamos para abandonar ese lugar de vacaciones, como lo fue Tiliviche. Antes de partir, cumpliendo con lo ofrecido, entregamos a las mujeres –en pago por su trabajo– gran cantidad de mercaderías. A la más vieja, que fue la más trabajadora y amable, le regalamos además de la mercancía, unos candelabros de plata y varios juegos de sábanas de seda. Ella no quería recibirlos diciéndome que eran cosas de sus patrones, ante lo cual le respondí que sus patrones habían huido y que jamás volverían, lo que pareció convencerla, ya que tomó las bolsas y partió para su casa.

La columna, que se había engrosado con los recién llegados el día anterior, se puso por fin en marcha en dirección a Santa Catalina. Yo marchaba muy contento, a la cabeza de mi unidad, ya que en esos días me había sentido "un pequeño comandante". Había mantenido la mejor relación con los soldados y había aprendido a ser líder, jefe y padre de hombres toscos, sufridos, aguerridos pero muy sanos y buenas personas.

Desde la perspectiva que da el ir a caballo, casi un metro más alto que el resto de los mortales que avanza por sus propios pies, miraba hacia todos lados. Pese que hasta unos meses atrás amaba el verdor de los campos del sur y centro de

Chile, ahora miraba el desierto y los cerros absolutamente áridos y multicolores de minerales, y terminé de convencerme que estas tierras aparentemente muertas me hacían sentir muy bien y completamente a mis anchas. También iba dichoso porque después de meses de deambular por cuarteles y campamentos formaba en un muy buen grupo de personas y me sentía totalmente parte de ellos y percibía que ellos me sentían totalmente parte suya. Y ese sentimiento era muy importante para mí.

La cabalgata a través del desierto fue larga y fatigosa, como todas, y el único alto lo hicimos a unas tres leguas de Santa Catalina, en medio de un oasis de tamarugos, en donde dejamos reposar un poco los caballos, estiramos las piernas, nos fumamos un cigarro y arreglamos los paquetes con nuestro botín. Este "infantil" botín de guerra, que cada uno llevaba empaquetado entre su equipo y ponchos, consistía en frascos de mermelada de melones y de alcayotas, café, azúcar, huevos duros, una que otra botella de aceite de oliva y sé –aunque me hice el distraído– que más de alguno también se hizo de alguna botella de vino o de algún cubierto.

Fue en estas travesías por el desierto en que aprendí que cuando hay comida hay que comer y cuando no la hay, simplemente aguantarse, aunque te pongas de mal genio. Así cobró en mí mucho valor la popular frase de la tropa que decía: "el soldado tiene que tener dos comidas y dos sueños adelantados, ya que te servirán cuando no tengas que comer ni tampoco puedas dormir". Y eso lo practiqué siempre, a contar de esos tiempos.

Y así, iniciando la última semana del mes de febrero del 80, volvimos a reunirnos con el grueso del regimiento en Santa Catalina. Cuando regresamos había una gran actividad en el vivaque, ya que varios hablaban que pronto volveríamos a Pisagua para embarcarnos hacia El Callao, ya que los peruanos y bolivianos estaban muy desunidos entre sí y que ambos países tenían nuevos gobernantes.

Enfermo a bordo

Ese mismo día me correspondió la salida a Jazpampa. En camino hacia allá con mi escuadrón pasamos por Dolores. No había estado en ese lugar, donde se libró la Batalla de San Francisco, e hicimos un recorrido divididos para revisar la zona. Grande fue mi repulsión cuando recorriendo hacia al noroeste de los cerros en que se verificó el terrible combate, divisé a decenas de perros vagabundos que se peleaban a mordiscos los cadáveres o restos de cadáveres de combatientes de los dos bandos, que habían logrado sacar de las sepulturas en que fueron enterrados tres meses antes.

Esta visión me provocó un gran malestar interior que hasta el día de hoy siento nítidamente. A partir de ese momento me comencé a sentir mal. No lo atribuyo a lo que vi, sino que debe haber sido el sol, que estaba mucho más fuerte que de costumbre. Hice a duras penas la cabalgata. A ratos me sentía con mucho calor y después con frío y muy mareado.

Al llegar a Pisagua –y mientras descendía en "Carboncillo" hacia la bahía– observé que casi todo seguía en el mismo estado calamitoso posterior al combate. Solamente los muelles habían sido reparados a la ligera, como asimismo la estación de trenes, lo que obviamente se había hecho para permitir el normal flujo de las tropas.

Seguía pensando en lo que había presenciado en San Francisco con los cadáveres de chilenos, bolivianos y peruanos, que eran disputados a pedazos por perros semisalvajes. Me preguntaba cuanto había detrás de esos despojos. Todos eran hijos, hermanos, muchos de ellos padres y sus seres queridos jamás habrían imaginado en lo que terminarían sus cuerpos. Esos pensamientos me perseguían como alucinaciones, pues ahora me doy cuenta que ya era presa de una fuerte fiebre.

Lo último que recuerdo es que mis compañeros me llevaron a una de las ambulancias de la Tercera División, a la que pertenecía el "Granaderos" y allí estuve uno o dos días, hasta que desperté muy debilitado, a bordo de un buque de transporte. Me enteré que el buque era parte de un convoy que iba más al norte, a desembarcarnos para una nueva aventura.

CAPÍTULO 4

DESEMBARCO EN PACOCHA

El peor enemigo: la imprevisión

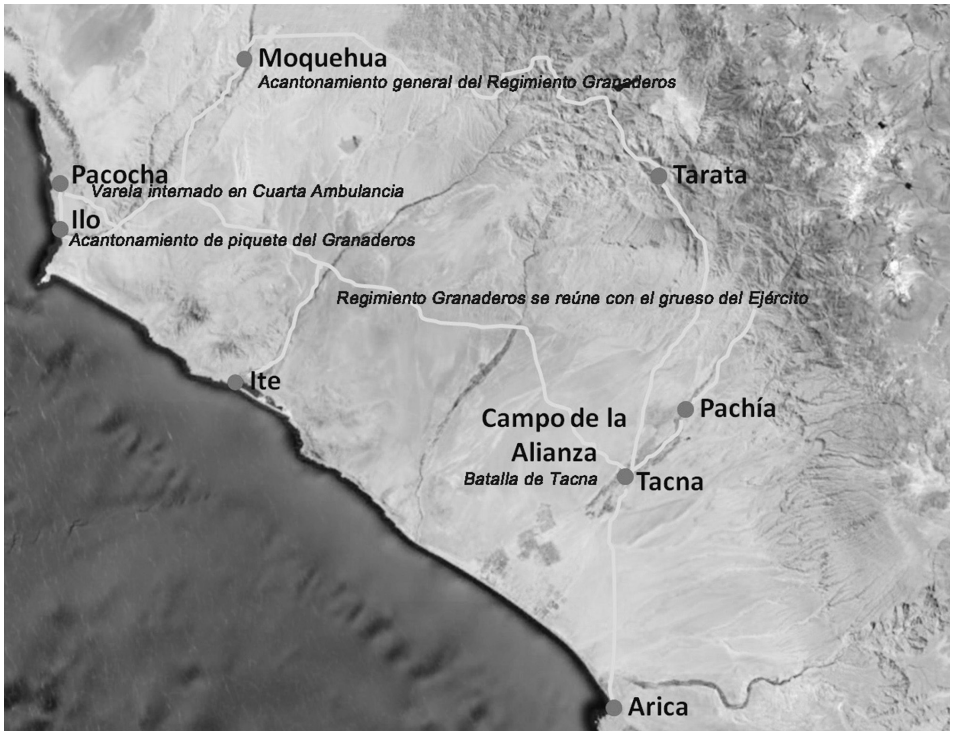
De la navegación y de mi bajada del buque en Pacocha no me acuerdo. Mi conciencia la recupero plenamente algunos días después, creo que los primeros días de marzo del 80, en la que se llamaba Cuarta Ambulancia, que más bien parecía un hospital de campaña.

Antes de una semana, ya recuperado de mi enfermedad, que diagnosticaron como "tercianas", vinieron Polloni y un cabo, trayendo de tiro a "Carboncillo", para llevarme al campamento del Ejército donde se hallaba mi escuadrón, cerca del puerto de Ilo.

Hicimos, sin embargo, un largo rodeo a la salida de Pacocha, ya que había centinelas que advertían que en un vallecito cercano se había instalado un lazareto, ya que algunos soldados se habían enfermado de viruela y allí los tenían aislados. Recuerdo que Polloni comenzó a dejar atrás su caballo y como se rezagó unos cinco metros yo le pregunté que pasaba y él riéndose me dijo que lo más seguro era que yo también tuviera viruelas y que me mantendría aislado. Pero dicho eso apuró el trote y se puso a mi lado, palmoteándome la espalda y diciéndome que aunque yo estuviera con lepra el no me dejaría solo, que todo era solamente una broma.

En Ilo terminé de recuperarme y aunque bajé algo de peso igual estaba bien tenido, creo que por la sobrealimentación que tuve en esas "vacaciones" en Tiliviche. No sé exactamente cuantos días pasaron, pero muy pronto ya estuve en las formaciones del "Granaderos", que estaba dedicado en esos momentos a tareas de herraje de la caballada y de remiendos de aperos y sillas.

Por esos días de marzo se inició para mí la primera aventura en esas nuevas tierras. Partimos de Ilo en procura de conquistar y asegurar posiciones en los valles de Moquehua. Esta operación la cumplía la Segunda División, integrada por los regimientos "Atacama", "Bulnes", "Santiago" y unos grupos de artillería de campaña, los que habían sido reforzados con los regimientos de caballería "Granaderos" y "Cazadores".



Movimientos del Regimiento Cazadores entre Pacocha y Tacna.

Los de caballería partimos un día antes que la infantería y la artillería ya que, según después me di cuenta, teníamos además la misión de ir tomándonos las estaciones de tren y enviando agua en carros cisterna a las tropas de infantería que nos seguirían.

Esta fuerza marchó al mando del general Baquedano, quien llevaba como segundo a José Francisco Vergara, oportunidad en que conocí a este excelente líder de la caballería. También esta fue la primera vez que vi al general Manuel Baquedano, que cabalgaba a lento tranco en un caballo negro. Tendría en ese entonces unos cincuenta y cinco años, con pelo cano y muy serio. Los vi pasar a unos diez metros, pero no me impresionó, ya que no era como lo había imaginado. Yo tenía la visión de un Baquedano alto y robusto y, en realidad, parecía ser bajo y delgado, aunque no podría decirlo bien, ya que iba montado.

Mi regimiento marchaba al mando del comandante Yávar, quien en muchas oportunidades cabalgó en animada conversación junto al jefe de los "Cazadores", el comandante Soto.

Tropas chilenas en reposo tras el desembarco en Pacocha.
Fotografía: Álbum Gráfico Militar de Chile.

Era la primera vez que veía a mi regimiento en una formación tan grande. Debemos haber formado parte de esa marcha unos trescientos cincuenta jinetes, ya que solamente faltaba un escuadrón, que se había quedado repartido entre Calama, Iquique y Pisagua, por falta de capacidad en los transportes, pero que seguramente en esos días ya debería haber llegado a Ilo o Pacocha o bien, podría estar en camino.

El avance entre Ilo y Moquehua, unos noventa kilómetros, lo hicimos en tres días, siendo la primera parada la estación de Hospicio, donde hicimos una amplia exploración del área. Recorrimos las vías férreas para ver su estado y luego instalamos un pequeño campamento, mientras los ingenieros adoptaban las previsiones para abastecer de agua a la infantería que nos seguía.

Todo era un arenal. En otras partes el terreno estaba cubierto de un polvillo suelto sin ninguna vegetación. En la medida que nos alejábamos de la costa el aire se tornaba seco y caliente y casi no corría brisa.

Nuestras paradas fueron en las estaciones de tren, de las que recuerdo Estanques, Hospicio y Conde, donde hombres y caballos se recuperaron con los breves reposos

y el agua, que inexplicablemente estaba intacta ya que a ningún peruano se le ocurrió vaciar los estanques o romperlos, lo que nunca entendí, ya que yo habría hecho eso si invasores extranjeros estuvieran en mi país.

Allí, según los planes, partió de Hospicio a Conde la locomotora con el carro cisterna para llenar el gran estanque con agua, ya que la existente en Hospicio había sido consumida casi en su totalidad por los hombres y caballada del "Granaderos" y "Cazadores". El depósito debe haber contenido unos veinticinco mil litros de agua y se secó rápidamente, considerando que éramos más de seiscientos hombres y unos ochocientos caballos y mulas, y aunque pareciera mucha agua, solo los "soldados de cuatro patas" se bebieron como veinte mil litros y casi todo el resto nosotros.

Pero la desgracia ronda a veces en las cosas que parecen más seguras y cuando el tren con la preciosa carga venía de regreso de Conde, descarriló a mitad de camino. Siguiendo con el plan de marcha continuamos hacia Conde, dejando en Hospicio una mínima cantidad de agua, insuficiente a toda vista para los más de tres mil hombres de infantería que venían marchando tras de nosotros.

Mientras marchábamos, un simple civil como yo preveía la tragedia que se provocaría por esta imprevisión del mando. Se lo hice saber respetuosamente a los oficiales jefes de mi escuadrón, pero recibí por respuesta un "Mi general sabe lo que hace, no se preocupe usted". Sin embargo los hechos posteriores demostraron que ni siquiera imaginaban lo que estaban provocando y, si lo vislumbraban, desde mi perspectiva de abogado estaban incurriendo en una omisión criminal.

Llegamos a Conde y acantonamos a la espera de la infantería. Allí estábamos cuando supimos el descalabro que se había producido en la infantería, ya que muchos de los soldados, para enfrentar la dura marcha, no habían llevado sus caramayolas y otros simplemente no las habían recibido. Para colmo, no recibieron las dos raciones de alimentos que reglamentariamente debían llevarse, porque se suponía que en Estanques y Hospicio serían esperados con rancho preparado, lo que no sé por qué tampoco se cumplió.

Esa marcha de los más de tres mil infantes por el desierto fue patética. El calor espantoso, sumado al aire reseco y el polvo que levantan miles de pies, hizo que las gargantas de estos estoicos soldados se pusieran resecas y fueran afectados por la deshidratación. Ya enloquecidos por la sed, muchos orinaban en las caramayolas y se bebían sus propios orines. Según pude constatar más tarde, la mayoría de los soldados caminaba descalzos, ya que las botas eran tan duras, que la mayoría de ellos tenía sus pies convertidos en llagas y producía menos dolor caminar así que con sus calamorros.

Durante la infausta marcha, el sol y la sed fueron tan fuertes, que murieron seis o siete soldados de los regimientos de infantería y un teniente del "Batallón Bulnes".

Creo que después de treinta horas de fatigosa caminata llegaron a Hospicio. Al no encontrar alimentos y sólo una escasa cantidad de agua, insuficiente siquiera para un cuarto de la agrupación, la desesperación de estos peones y campesinos convertidos en soldados se transformó en ira contra los jefes y las desfallecientes tropas iniciaron un amotinamiento, que tuvo que ser reducido a balazos, incluso con tiros de artillería al aire, para evitar mayores sublevaciones.

Pero por sobre estos sufrimientos primó el soldado que cada chileno lleva dentro. Luego de descansar un poco retomaron las formaciones y continuaron hacia Conde.

Gracias a Dios fue posible reparar el telégrafo, enterándose así el general Baquedano del gigantesco problema. Ante ello, envió a parte importante de la caballería llevando cuanto envase pudiera contener agua para socorrer a las sedientas y casi enloquecidas tropas. Me conté entre los que hicieron esta trágica cabalgata, que en el camino se cruzó con las mulas de la artillería que acompañaba a la infantería que iban a buscar agua a Conde.

Fue terrible nuestro encuentro con los miles de infantes, que delirantes nos apuntaban con sus fusiles para que les entregáramos el precioso líquido. Recuerdo claramente que dos soldados barbudos, sudorosos y muy desgreñados, se pararon frente a mi caballo y pasando bala me encañonaron con sus fusiles, sin ningún respeto, movidos solo por la desesperación. Me ordenaron a gritos que les entregara todas las caramayolas y botellas que llevaba colgadas de cuanta hebilla o broche había en mi montura. Yo saqué mi revólver y apunté en la cabeza al que estaba más cerca y le dije que se hiciera a un lado y bajara el fusil y si acataba mi orden les daba una botella de agua para que bebiera con su compañero y que si no me obedecía a la cuenta de tres lo dejaba finado. El hombre no obedeció mi intimidación y empecé a contar y cuando había contado hasta dos, bajó el fusil y lo mismo hizo su compañero. Entonces, sin dejar de apuntarlos con el revólver, les pasé una botella llena de agua y seguí avanzando al encuentro de más enloquecidos por la sed.

Finalmente, después de todas estas peripecias, siendo ya la segunda quincena del mes de marzo del 80, nos reunimos caballería e infantería en Conde y, desde allí, mucho más organizados, continuamos nuestra marcha, desviándonos hacia el este, bordeando aguas arriba el río Ilo.

Moquehua, paraíso de pestes

Y así llegamos a Moquehua, donde la exuberante vegetación, la cantidad de viñas y cañaverales, nos regalaban un paisaje diametralmente opuesto al camino que habíamos hecho desde Ilo.

Al par de horas de haber arribado a Moquehua, me tocó el turno de hacer un patrullaje hacia el interior, con veinte jinetes. Aunque había sido advertido que estos terrenos eran "malsanos", el patrullaje fue un verdadero recreo para la vista. Avanzamos unas seis leguas por la quebrada que sirve de lecho al río, cuyo nombre no retengo y con cada tranco que daba "Carboncillo" más admirado me sentía por la belleza del paisaje, comparando lo que veía en mi última cabalgata en medio del desierto.

El río era grande y torrentoso y aunque el color de sus aguas era entre café y verde, era tanto su caudal, que daba la idea de estar junto a uno de esos ríos que hay en Chile. Todos los sectores aledaños estaban conformados por campos muy bien cuidados y trabajados, con muchos árboles frutales, como tupidos y amplios olivares, palmas e higueras, además de frutales que no conocía hasta ese entonces y que por campesinos de la zona supimos que eran pacai, plátanos, guayabos y chirimoyos.

Con el correr de los días, esa bella visión que tenía de Moquehua y sus alrededores me cambió totalmente, al observar que no solamente era un paraíso de ricas y desconocidas frutas sino que también de infinidad de insectos que causaban enormes daños en las tropas. Los numerosos soldados picados por esos bichos caían enfermos de fiebres palúdicas y disentería. Los bichos, que eran una especie de zancudos, vivían en los cientos de pantanos que se formaron producto de recientes inundaciones producidas por las grandes lluvias, que hasta poco antes de la llegada de nuestras tropas habían afectado a la zona. Tanta era la insanidad de estas tierras, que el general Baquedano –al poco tiempo– prohibió a todo el mundo que se acercara a esa quebrada, que era como un pedacito de edén, pero con todos los riesgos del infierno.

De regreso de mi primer recorrido por la zona, en las conversaciones con los oficiales en la noche –mientras fumábamos un cigarro– me enteré que el general Baquedano junto con cuerpos de infantería y fuerzas de caballería, entre las que se contaba el comandante Yávar y parte del "Regimiento Granaderos", se enfrentaron con enemigos en la cuesta de Ángeles, donde se sostuvo un breve pero violento combate, en el que el fuerte se lo llevaron los "Zapadores", pero en el que también intervinieron "Granaderos" y "Cazadores".

Quiso el destino que siguiera ausente de los combates y que fuera despachado nuevamente en patrulla a los alrededores de Moquehua, lo que me privó nuevamente de participar en una acción propiamente tal, ya que hasta el momento solamente había sido protagonista de pequeñas escaramuzas, no obstante que estaba cumpliendo ya un año enlistado. Supe que –además del comandante Yávar y su plana mayor en la que estaba siempre presente el infaltable capitán Villagrán– allí estuvieron mis compañeros de grado Balbontín, Cox, Larraín y Valenzuela.

Valenzuela era un tipo muy callado, serio, muy recto y capaz. No se había perdido casi ninguna acción, ya que además de haber estado en el escuadrón que participó en San Francisco, también le tocó formar con el capitán Villagrán en la dura batalla de Tarapacá y ésta era, por consecuencia, su tercera participación en una batalla. Compañero de Valenzuela en los mismos hechos de armas era Balbontín, quien también por ser "número fijo" en el escuadrón de Villagrán se había batido en Dolores, Tarapacá y ahora había estado presente en este enfrentamiento en Ángeles. Balbontín era, por el contrario de Valenzuela, muy alegre y espontáneo, permanente "metedor de pata" por lo atropellado que hablaba, pero no por eso, dejaba de ser una persona muy íntegra y buen camarada.

En las mismas conversaciones, me informé que los planes no eran seguir marchando hacia el norte, sino que devolvernos por tierra hacia el sur, ya que en Arica y Tacna estaba el grueso del Ejército Aliado, que lo teníamos encerrado entre Arica y Moquehua. Se decía que primero había que destruir esas fuerzas, para luego continuar hacia el norte, quizá hasta Lima.

Poco a poco comenzaron a converger cada vez más cuerpos a Moquehua, que se fue llenando y así también se fueron repletando de enfermos los hospitales de campaña y las ambulancias, ya que el clima y el ambiente eran bastante dañinos para la salud.

Tengo muy presente todas las diligencias que tuve que hacer en la zona para conseguirme una barra de jabón de lavar del que llamaban "marinero". Una de esas tardes me fui a un arroyo que corría a unos mil metros del sector de ramadas de nuestro escuadrón, con la preciada barra de jabón y con un saquete de lona, llevando toda mi ropa, que estaba inmunda. Al llegar allí me despojé del uniforme y ropa interior y me puse el único calzoncillo limpio que me quedaba y me apresté a iniciar mis tareas de lavandero.

Desagradable fue mi sorpresa al darme cuenta que tenía pulgas entre las costuras de la ropa, por lo que con mucho asco me dediqué a lavarla muy bien, incluyendo todos los uniformes. No satisfecho con eso me desnudé absolutamente y me sumergí en el arroyo, restregándome la barra de jabón marinero por cada

rincón de mi cuerpo, lo que hice decenas de veces, ya que no podía salirme antes, puesto que tenía toda mi ropa interior y vestuario colgado de las ramas esperando que se secara.

En eso llegaron tres cabos de artillería para cumplir con los mismos quehaceres. Sumergido en el agua les conté de las pulgas que había sacado de mi ropa y lo que más me llamaba la atención que nunca sentí sus picadas. Uno de ellos me dijo que me fijara si tenía piojos y se ofreció para darme una mirada y me dijo "también lo invadieron los piojos mi alférez, pero nosotros andamos con el remedio". Dicho eso, pidió a uno de sus compañeros una lata de kerosene y diciéndome que cerrara los ojos me derramó abundante cantidad en el pelo y riéndose me dijo que me restregara bien el cabello, lo que por supuesto hice de inmediato, sintiendo como los bichos huían de mi cabeza. Después me lavé bien el pelo con el jabón marinero. Observé a los cabos y me percaté que cada uno de ellos hizo la misma faena en el pelo para ahuyentar sus propios piojos.

Una vez secada mi ropa, me vestí lo más decorosamente posible y guardé cuidadosamente todo el vestuario de repuesto, regresando muy feliz al vivaque, ya que me sentía muy limpio. Fue entonces que recordé que desde mi pasada por Tiliviche que no me hacía un aseo tan completo y prolijo. No era por flojera, sino que por la permanente carencia de agua.

En esos días recibí dos buenas noticias: una carta de Clarita que aunque no me decía nada nuevo, excepto los consabidos "cuídese mucho", "no se olvide que alguien le espera", etc., me alegró demasiado, después de tantos meses de campaña. Con mi inseparable pluma y papel que siempre llevaba consigo, me apresuré en responderle y entregarla rápidamente al correo que la llevaría hasta el barco que la transportaría hasta la Patria. La otra buena noticia, es que ese mismo día llamaron a pagos y recibí un suple de cincuenta y cinco pesos, lo que me caía muy bien tomando en cuenta que en esa campaña era habitual que dieran suples, a cuenta de tus haberes, cada dos o tres meses, ya que no existían los fondos o la buena costumbre de pagarles sus sueldos a los soldados ni oficiales. Y este mal se mantuvo por toda la campaña, dándose el caso que al cabo de un año enlistado, el hombre no había recibido, en forma de suples, más que uno o dos sueldos, de los doce que tenía que habérsele pagado en ese tiempo.

Me parece que mi paga era de sesenta y cinco pesos mensuales, que nunca los vi en la realidad, ya que como acabo de relatar, en esta ocasión quedé feliz con el diez por ciento de abono a la deuda que el Estado de Chile tenía conmigo por concepto de mis sueldos. Con mis cincuenta y cinco pesos me dediqué a recorrer la ciudad en busca de algo rico de comer.

"Carboncillo" se quedó pastando y yo a pie me interné por las calles de Moquehua que eran muy sucias y tortuosas, con muchas iglesias y casas muy antiguas, que debían datar del año 1600, pero en muy mal estado, ya que como diez años atrás había ocurrido allí un fuerte terremoto.

Pululaban por todos lados peruanos mal agestados, en grupos de tres o cuatro en las esquinas, la mayoría de ellos soldados hasta unas semanas. Por ello, llevaba el sable bien tomado en la mano izquierda y muy a la vista la funda de mi revólver.

En un portal de piedra había un anciano, que me pidió que le regalara un cigarro. Me detuve, se lo obsequié y luego se lo encendí. Entonces nos pusimos a conversar un rato y allí me enteré que la situación de los moquehuanos había sido muy ostentosa –por sus riquezas agrícolas– pero que desde unos cuatro años que estaban arruinados ya que las cosechas habían sido muy malas por numerosas pestes que afectaron los árboles.

"Justo ahora que nos preparábamos para la primera cosecha buena en mucho tiempo llegaron los chilenos, para comérselo todo y cometer el tremendo pecado de tirar miles y miles de barricas del mejor vino del Perú al río", me dijo el viejo. Y ese anciano tenía razón, ya que desde su llegada a Moquehua miles de soldados habían revisado y saqueado muchos bodegones de viñas y pasaban borrachos, lo que había llevado al general Baquedano a ordenar la requisición de todos los vinos y, en su presencia, vaciarlos al río.

Luego de esa breve y lamentosa conversación, seguí mi recorrido por la colonial ciudad. Me encontré con plazoletas adoquinadas y numerosos comercios de modas, de artículos para caballeros, provisiones, herramientas y de un cuanto hay, aunque la mayoría de ellos estaban con sus puertas a medio abrir y otros francamente cerrados. En la tienda de un italiano, muy afable, compré tabaco rubio, papelillos para hacer cigarros y cerillos. Más adelante, en el negocio de unas ancianas, me hice de una docena de pastelillos de merengue y miel de higos que se veían muy tentadores, además de una botella de aguardiente, regresando tranquilamente a mi campamento.

Esa noche invité a Urízar, Polloni y Valenzuela a comer los pastelillos, beber té frío con aguardiente y a fumar unos buenos cigarros. La reunión fue muy opípara ya que no recuerdo cual de los invitados llegó con un tarro de latón de galletas inglesas y más cigarros.

Durante nuestra tertulia, conversábamos de muchas cosas, pero siempre volvíamos a lo mismo: que nos parecía imposible estar tan lejos de Chile, en un lugar tan recóndito como Moquehua y sacábamos cuentas que, de acuerdo a nuestro medio de transporte que era el caballo, si quisiéramos irnos directo a Santiago,

nos demoraríamos como tres meses, con suerte. Claro que teníamos presente que existían los buques, que desde Ilo o Pacocha, nos podían tener en unos cinco días en Valparaíso. También comentábamos o más bien criticábamos la inamovilidad en que estábamos, ya que llevábamos varios días sin ningún preparativo para un nuevo avance y aunque el valle era fértil y no faltaba la comida, era insalubre desde todo punto de vista, ya que las tercianas estaban causando más daños a nuestros soldados que todas las batallas anteriores.

Y eso era verdad, ya que en esos días había más de mil enfermos de fiebres malignas entre nuestras tropas y los muertos sumaban decenas. Eso era atribuido a los mosquitos, que andaban por miles revoloteando en todo lugar donde hubiera una persona. Sus picadas en algunos casos eran tan malignas, que algunos soldados morían en las ambulancias a los dos días de haber empezado a sentirse mal.

A mediados de abril o finales de ese mes, sucedió un hecho que no tiene mayor importancia histórica, pero que por sus características quedó profundamente grabado en mi memoria.

Entre los heridos del combate de Ángeles, ocurrido unas semanas antes, había un soldado del "Segundo de Línea" que en el ataque fue impactado por una bala que le entró por el ojo derecho y se le detuvo dentro de su cabeza. El soldado quedó moribundo, no podía hablar y solamente movía su mano derecha. Debía permanecer acostado sin moverse, ya que si lo hacía daba tremendos gritos y empezaba a sangrar por los oídos. El pobre hombre, que tendría unos treinta años, daba muchísima pena y permaneció todo el tiempo en la ambulancia, hasta que murió por la fecha que antes indiqué. Como era un caso muy especial, por órdenes del general Baquedano fue puesto en un ataúd que se obtuvo en la funeraria de un francés y luego de ser velado en el vivaque se le hizo un funeral con honores. El ataúd fue cargado a pie por un teniente y tres soldados del "Segundo de Línea". Siguiendo al féretro, la banda de música y una compañía de su regimiento en formación, seguidos por un oficial y cuatro soldados de cada unidad acantonada en la zona. A mí me tocó representar a mi regimiento.

Mientras marchábamos por las calles de Moquehua se asomaban de sus casas peruanos y peruanas que en silencio contemplaban el triste cortejo, pero lo que daba una inmensa ira eran las sonrisas de todos ellos. Y así, en el cementerio de Moquehua quedó este modesto soldado del "Segundo de Línea", cuyo nombre borró el tiempo de mi memoria, descansando luego de padecer tantos sufrimientos durante prolongado tiempo.

A esas alturas, en los corrillos de oficiales, se hablaba que en el alto mando había grandes divergencias en cuanto ha como seguir enfrentando la campaña y el

comandante en jefe –el general Escala– no era visto desde hace varios días en los campamentos. Se rumoreaba que había viajado a Santiago para pedir al Presidente que le despejara el camino de todos los opositores que tenía en la alta oficialidad del Ejército y entre los civiles que estaban en la campaña, principalmente el ministro Rafael Sotomayor y el coronel José Francisco Vergara.

Después supimos que el general Escala terminó renunciando al Ejército y que nunca más volvió al norte y por esa razón la Comandancia en Jefe la asumió el general Baquedano y en su reemplazo, como comandante general de la caballería, quedó el coronel Vergara y toda la organización en manos del señor Sotomayor.

A los pocos días, se produjeron grandes movimientos e intercambios de mensajes a través de jinetes, además de los que seguramente se despachaban por telégrafo, entre Ite –donde se encontraban el general Baquedano y el ministro de Guerra junto con los cuerpos de la Primera y Tercera Divisiones– y los campamentos de Moquehua, donde estaban la Segunda División y la División de Caballería.

A mediados de abril del 80 llegó el coronel Vergara y asumió de hecho el mando de la caballería, que hasta ese momento estaba conformada, al menos en Moquehua, por los regimientos "Granaderos" y "Cazadores" y por el "Escuadrón Carabineros de Yungay N° 2".

Uno o dos días después salimos de Moquehua. Éramos en total unos seiscientos jinetes, ya que nuestro "Regimiento de Granaderos" marchaba con dos escuadrones reforzados al mando del comandante Yávar totalizando unos trescientos sesenta hombres. Del "Cazadores" serían unos ciento veinte jinetes y el resto del "Carabineros de Yungay N° 2".

La marcha fue de dos días completos con sus respectivos altos de reposo y alimentación. Salimos de Moquehua hacia Conde, donde había que tomar la ruta hacia Lucumba. El paisaje iba cambiando rápidamente. Las arboledas y grandes vegas iban dando paso a arenales con muchos pajonales y luego, en definitiva, solamente arenales.

Mientras cabalgaba pensaba lo terrible que sería hacer esta ruta para los infantes, la artillería y las carretas con víveres y municiones, ya que la arena era muy blanda y seguro que las ruedas de los carruajes iban a hundirse hasta casi los ejes.

Pasada la mitad de abril llegamos a Locumba y tras pernoctar proseguimos nuestra marcha al valle de Sama. Este peladero gigante era la antesala para encontrarnos con las grandes fortificaciones de la Alianza que, según decían, se habían emplazado como a unas dos leguas al norte de Tacna. Allí establecimos un campamento a la espera de la infantería y artillería que seguramente a esas alturas ya debían estar marchando desde Ite, una parte, y desde Moquehua, la otra.

En la noche –bajo un cielo nublado, pero que se despejó rápidamente por un rato, dejando ver miles de grandes y brillantes estrellas– rogaba porque esta vez la travesía de los esforzados infantes no tuviera los contratiempos que presencié en la marcha de Ite a Conde, donde hubo soldados que murieron enloquecidos de sed. Mis pensamientos esa noche no eran buenos. Me acuerdo que expresaban muchos sentimientos de soledad, de temor, de abandono y eso me quitó totalmente el sueño.

No pudiendo dormir, salí de mi nido formado por poncho, capote y una frazada y me puse los botas y la guerrera y salí a ver la caballada, con cuidado de no traspasar el perímetro de los centinelas. Así llegué hasta donde estaba "Carboncillo", que parece que solidarizando conmigo estaba muy despierto y comencé a acariciarle la frente y la tusa y él cerraba los ojos y aproximaba su cabeza a mi hombro. Tenía en un bolsillo un paquete de chancaca moquehuana y sacándolo comencé a darle de a pedacitos este sustituto del azúcar. Debo haber estado su par de horas así, compartiendo con este noble caballo que conocí en Calle Larga y que ya me había acompañado más de ocho meses, sin fallar nunca, soportándome en su lomo durante varios miles de kilómetros de largas y fatigosas marchas. Creo que el intercambio de emociones con "Carboncillo" fue un buen tranquilizante y ya de madrugada y con bastante frío, volví a mi tienda y logré dormir unas horas.

A la mañana siguiente llegó un jinete mensajero con una nota para el coronel Vergara y por él nos enteramos que ya venía en marcha desde Moquehua la Primera División. Lo que más me tranquilizó fue saber –por lo que dijo el soldado– que era notorio que se habían adoptado todas las precauciones para evitar los trágicos hechos sucedidos en la marcha de Ite a Conde y que era fácil apreciar que entre los cuerpos de infantería marchaban decenas de carretas con provisiones y barriles de agua, como también gran cantidad de mulas cargadas con odres y vituallas.

El estafeta traía una carta para don José Francisco Vergara, en la cual se le nombraba oficialmente comandante general de las fuerzas de caballería, al menos eso se comentó.

La jornada anterior a que comenzaran a llegar a Sama los primeros batallones de infantes, se dispuso un patrullaje hacia el villorrio de Buena Vista, situado unas dos leguas más al sur de nuestro emplazamiento. Esta misión estuvo a cargo de una partida del "Cazadores". Después supimos que llegando a los alrededores de ese lugar, se encontraron a boca de jarro con el jefe de guerrillas de la zona, que tenía a su cargo una fuerza de unos doscientos hombres, entre jinetes, infantes dispersos y gendarmes.

Se produjo un fuerte enfrentamiento, en el que nuestros jinetes debieron en momentos combatir desmontados entre los pajonales que cubrían el terreno.

Me parece que la unidad chilena alcanzó a ser reforzada por alguna fuerza del "Carabineros de Yungay N° 2", lo que les dio el poder para destrozar al enemigo y dejar en el campo a unos ciento veinte adversarios muertos y hacer unos treinta prisioneros.

Por parte nuestra, murieron dos soldados del "Cazadores" y uno del "Carabineros de Yungay N° 2", los que fueron traídos hasta el vivaque y luego sepultados junto a una pequeña loma que había a unos quinientos metros hacia el este.

Pasados estos hechos se levantó campamento y los casi seiscientos jinetes –más un arreo de unas noventa mulas que nos seguía con los equipajes, víveres, municiones y la cebada para el ganado– nos trasladamos hasta la desembocadura del Valle de Lucumba, donde días después vimos llegar, con asombro, al Regimiento "Carabineros de Yungay N° 1", que mandaba el comandante Bulnes.

La llegada de este cuerpo fue muy impactante y creo que un factor relevante para el posterior desempeño que tuvimos los de caballería en las grandes batallas que vendrían. Meses antes, este regimiento mientras viajaba de Valparaíso al norte en el "Rimac", fue capturado por el "Huáscar" y todos sus hombres hechos prisioneros. Por las conversaciones con ellos, supimos que los oficiales fueron llevados hasta Tarma, en plena sierra peruana, donde permanecieron prisioneros y sometidos a muchas humillaciones. Los sargentos, cabos y soldados –por su parte– fueron mantenidos en Arica, donde fueron sometidos a trabajos forzados, debiendo encargarse de trabajar más de doce horas diarias, a pleno sol, construyendo y mejorando las fortificaciones de ese puerto.

Contaban los soldados que los peruanos los trataban como esclavos. Que los insultaban permanentemente mientras hacían los pesados trabajos, que además eran humillantes, ya que estaban levantando defensas contra sus propios compatriotas. Decían que, por nada, les daban entre diez y veinte azotes, que los dejaban tan maltratados que luego no podían siquiera vestirse.

Cuando Chile capturó el "Huáscar" e hizo prisionera a su tripulación, se hizo una negociación –que estuvo a cargo del comandante Lynch– y los tripulantes del monitor peruano fueron canjeados por los carabineros.

Relataban que una vez liberados, los llevaron hasta Caldera, donde se reunió nuevamente la tropa con sus oficiales, se les equipó nuevamente y se les dotó de las nuevas carabinas Winchester, que nosotros poseíamos solamente desde el mes de octubre del año anterior, cuando las cambiaron por las antiguas Spencer.

Haciendo un paréntesis, recuerdo que las nuevas carabinas Winchester eran formidables, ya que tenían una capacidad para doce cartuchos y su recarga era extremadamente rápida y aunque no tenían el alcance de fusiles como el Comblain

o el Grass, eran de una efectividad muy respetable. Las llevábamos colgadas de un gancho al costado derecho de la silla y la munición de repuesto iba en un cinturón de género, tipo canana que, reglamentariamente, tendría que haber ido puesto en la cintura, pero por la incomodidad que ello representaba, lo usábamos atado al arzón de la montura.

Volviendo al tema de los carabineros, este regimiento, después de un tiempo en Caldera, fue trasladado a Antofagasta y desde allí a Calama. Cuando el ministro pidió más caballería el gobernador de Iquique, el comandante Lynch, lo envió a Pisagua, desde donde fue llevado en buque a Ite y desde allí sus jinetes cabalgaron directamente hasta Sama, donde nos encontramos como la última semana del mes de abril del 80.

Estoy seguro que todas las crueldades a que fueron sometidos estos soldados fueron un motor para que actuáramos, en los días venideros, con la máxima energía en contra de quienes les habían provocado tantos sufrimientos.

Los primeros días de mayo todo el Ejército estaba concentrado en Locumba y la próxima operación sería su emplazamiento en Buena Vista, a orillas del Sama. Eso nos colocaba a las puertas de la Gran Batalla, ya que Buena Vista no estaba a más de siete leguas de Tacna, donde se estacionaba una gigantesca fuerza enemiga muy bien fortificada. Y eso se cumpliría, ya que para la segunda semana de mayo del 80, todo el Ejército ya estaba en Locumba, Buena Vista y sus alrededores.

El 19 de mayo es un día que no se me olvidará por lo que sucedió después. Estando ya todo el Ejército con su artillería –que había sido estoicamente desembarcada por los marinos encabezados por Condell e izada a pulso y sudor a los grandes acantilados– llegó el ministro de Guerra, don Rafael Sotomayor. Esa fue la primera vez que lo vi. Aunque cansado mantenía su seriedad de abogado pero demostraba además de gran firmeza una amabilidad y caballerosidad innata.

El día siguiente, el 20 de mayo, el ministro acompañado del coronel Vergara, se reunió con parte de la oficialidad que estaba en el campamento y recalcó que mañana (es decir el 21) se celebraría el primer aniversario del glorioso Combate Naval de Iquique y que estimaba conveniente que los oficiales arengaran a las tropas, destacando la vital importancia de esta justa naval, ya que ello contribuiría a elevar su moral, lo que era necesario para enfrentar en muy buenas condiciones anímicas los próximos desafíos.

Sin embargo el día 21 no hubo celebración alguna del Combate Naval de Iquique, ya que el mismo día que nos habló, el ministro comenzó a sentirse mal y por la noche, cuando iba a cenar a la tienda comedor del Cuartel General, cayó desmayado por una apoplejía. Dicen que de inmediato los médicos lo atendieron

y que lo llevaron a su tienda, pero aunque le pusieron sanguijuelas para bajar la congestión, falleció a minutos de que comenzara el 21 de mayo de 1880.

A mediodía del 21 de mayo terminó el embalsamamiento del cadáver del ministro Sotomayor y su colocación en un féretro que nunca supe de donde salió con tanta prisa. Poco después de la una de la tarde todos los cuerpos estaban representados con guardias de honor, que hicieron una larga calle con hombres formados a sus dos costados, despidiendo el cortejo que partió rumbo a Ite, para ser embarcados hacia a la Patria.

Aunque nadie lo decía, mi intuición me hacía atisbar los verdaderos alcances que había tenido la gestión de don Rafael en el éxito de nuestras campañas. Si ese sentimiento era fuerte en el momento que contemplaba como se alejaba el cortejo, con el correr de los años se acrecentó, al comprender la verdadera obra y sacrificios del ministro de Guerra.

CAPÍTULO 5
BAUTIZO DE FUEGO

Se acerca mi primera gran batalla

Al alba del día siguiente salió una partida de caballería a efectuar un reconocimiento de las posiciones peruanas y bolivianas, en lo que ocuparon prácticamente el día completo.

Posteriormente me enteré por Polloni –que tenía un amigo que había participado en el reconocimiento– que las fuerzas aliadas estaban posicionadas en fortificaciones con zanjas y muros de sacos de arena y tierra, que ocupaban una extensa línea apoyada en un cerrito llamado Intiorco o Intorco. Según la versión de los exploradores, las tropas debían ser más de doce mil y hasta podían ser de catorce mil soldados y que había artillería moderna emplazada en las alas y centro de las fortificaciones.

Por un prisionero que interrogaron se supo que al mando de las fuerzas bolivianas estaba el propio Presidente de Bolivia, el general Campero, secundado por el general Camacho y las tropas peruanas las comandaba el almirante Lizardo Montero

Esa noche nos reunimos en torno a una fogata Polloni, Urízar, Polhamer, el teniente Ureta del "Esmeralda", que era amigo de Urízar, además del alférez Dueñas, del "Carabineros". Los seis estábamos poco comunicativos y se llevaron a cabo conversaciones dispersas entre unos y otros. Se habló de muchos temas, esquivando referirse a la batalla que inevitablemente se avecinaba.

Yo estaba como ausente a las conversaciones y mi cabeza estaba revuelta de pensamientos y sentía un cosquilleo en mi estómago. Uno de los pensamientos más fuertes era que por más de un año había lamentado mucho no haber estado en ninguna batalla y ahora, que ya nada parecía detener una de gigantescas proporciones, pensaba en todos los riesgos que debía afrontar y aunque estaba absolutamente decidido a ser parte de ella, el temor me invadía.

Al rato de desabrida y floja charla, el teniente Ureta sacó el tema, lanzando al aire una frase, que más que una pregunta era una carta de invitación a cada

uno para que empezara a hablar de ese incierto futuro que enfrentaríamos en uno o dos días. Su frase fue algo así como: "¿Y cómo están para la próxima pelea muchachos?".

Todos nos miramos y nadie empezaba a hablar y fue entonces cuando el alférez del "Carabineros" dijo que él sabía que el tema de la tertulia sería ese y que para poder hablar con franqueza y mucha tranquilidad había que calentar un poco el alma. Dicho eso, el carabinero sacó del bolsillo interior de su capote una botella de aguardiente y luego de retirar ceremoniosamente el corcho se la pasó al teniente del "Esmeralda" le dijo: "usted primero mi teniente, que es el más antiguo".

Luego que Ureta se tomara un trago, la botella comenzó a circular entre todos los presentes. Y vaya que sirvió el licor, ya que al menos yo sentí un calor fuerte que me quitó el frío del cuerpo y al dejar de tiritar sentí una comodidad que invitaba a la conversación. Creo que a todos les ocurrió lo mismo, ya que desde ese momento comenzaron las opiniones más diversas y dispares.

Sin embargo, aunque no me acuerdo quien hizo estas apreciaciones, lo principal que quedó dando vuelta en el grupo fue que nosotros, en cifra aproximada a los catorce mil hombres, deberíamos atacar buenas y extensas fortificaciones en las que se parapetaban cerca de quince mil soldados peruanos y bolivianos.

La otra idea coincidente era que, de acuerdo a lo que conocíamos del terreno, el combate sería durísimo, ya que la infantería y nosotros deberíamos avanzar por una inmensa llanura sin tener donde parapetarnos ni guarnecernos durante el ataque y quedando expuestos a las balas de miles y miles de fusiles y a los proyectiles de decenas de piezas de artillería y ametralladoras.

Polloni, que siempre hacía comentarios profundos, pero en un tono como de no darles importancia, dijo que "esta batalla será una carnicería, pero una batalla al fin y al cabo y seguro que en dos años más tengo una estatua en Santiago".

En la misma medida que íbamos adentrándonos en el tema de la próxima batalla, yo iba poniéndome muy preocupado. No es que fuera un cobarde ni mucho menos, sino que sentía el miedo y la inquietud que estimo que siente cualquier hombre ante una situación tan terrible como la que presentíamos. Mientras los demás intercambiaban ideas y opiniones yo me sentí invadido de malos presagios. Pero no por eso me arrepentí de estar en el lugar en que me encontraba, sino más bien tomé absoluta conciencia de lo que estaba haciendo.

Recuerdo muy bien que por unos instantes pensé que podía morir y también cómo me enterrarían y empecé a mirarme desde mis pies hacia arriba, a la luz de la fogata y las visiones se me vienen claramente. Andaba con unos botines de montar, muy parecidos a un zapato de huaso colchagüino; pantalones color cáñamo;

guerrera azul oscuro con doble corrida de botones plateados y encima el capote azul abierto con dos corridas de botones igual que los de la guerrera. Mi quepí, que lo tenía en la rodilla izquierda era el de fatiga, de brin de color cáñamo, sin insignia y con el cubrenuca que le había puesto cuando aún andaba en Tarapacá.

En eso estaba yo mientras mis compañeros y amigos seguían conversando cada vez en tono más bajo. De pronto uno de ellos se puso de pie y se cuadró militarmente y todos hicimos lo mismo en forma automática. Fue entonces que levanté la vista y vi al comandante Yávar con el capitán José Luis Contreras, que andaban recorriendo el vivaque. Él nos miró y nos dijo "siéntense no más muchachos y sigan, pero hay un olor a aguardiente que no me gusta sentir, a menos que me inviten con un poco". El comandante y el capitán Contreras se sentaron en las monturas que habíamos puesto en torno a la fogata y se sirvieron unos tragos de aguardiente.

Todos estábamos callados y de pronto don Tomás carraspeó y dijo "se nota que están preocupados por lo que se nos viene, pero no se preocupen miren que hay un viejo dicho campesino que señala que uno se muere el día que tiene que morirse y ni antes ni después".

Mientras el capitán Contreras observaba silencioso, el comandante Yávar siguió hablando y nos dijo que era muy bueno lo que estábamos haciendo, ya que eso soltaba las emociones y disipaba los miedos, agregando que tener miedo era natural, ya que el miedo era un instinto de protección del ser humano, pero que debíamos saber vencerlo, ya que tener miedo no era malo, lo malo era no saber dominarlo.

Después preguntó que era lo que más nos preocupaba y alguien le dijo que el terreno en que debíamos combatir y la inferioridad numérica nuestra para iniciar un ataque. Dijo que eso era verdad y que él también estimaba lo mismo. Añadió que había que pensar que nosotros sabíamos por lo que estábamos peleando y que habíamos demostrado nuestras capacidades y espíritu. "Y con eso damos vuelta la aparente superioridad del enemigo", afirmó.

Nos dijo que nos quedáramos tranquilos, que si queríamos siguiéramos conversando, pero que no se nos quebrantara el espíritu, ya que eso era lo peor para las personas, especialmente para los soldados. Después pidió un cigarro y yo se lo entregué junto con las cerillas y dándome las gracias me dijo que él no fumaba pero el capitán sí y riéndose se lo pasó y le dijo "toma, como sé que eres muy tímido yo hago de mendigo por ti", ante lo cual el capitán Contreras se río y le dio las gracias al comandante y a mí.

"Muchachos –dijo el comandante poniéndose de pie– traten de dormir y descansar y déjense de pensar tonteras, ya que vienen días muy inciertos, pero hay que enfrentarlos sin temores". Dicho esto dio las buenas noches y se marchó

caminando en la oscuridad acompañado del capitán Contreras. Seguimos la charla un rato más y luego dimos por terminada la tertulia y nos fuimos a las tiendas.

Al otro día –no obstante la trasnochada, el aguardiente y los cigarros consumidos– desperté al primer golpe de diana y con muchos bríos me incorporé de mi nido, que no era otra cosa que el poncho doblado haciendo las veces de colchón y sobre él la frazada y el capote y, por almohada, la guerrera y sobre ella el pellón de la montura.

Me vestí, o más bien terminé de vestirme –ya que dormía con los calzoncillos y la camiseta de algodón– y me fui al sector donde había unos barriles de agua y me lavé muy bien las manos, la cara y el torso. Me puse una camiseta limpia y luego me desnudé hacia abajo y continué con el prolijo aseo. Reparé que me quedaba muy poco jabón y anoté mentalmente en mi agenda que debía hacer lo posible para conseguirme un nuevo pan de jabón durante el día, ya que los bloquecitos que nos entregaban eran pequeños y duraba una semana más o menos, aunque a algunos les alcanzaba para todo el mes por no ser muy amigos de la limpieza.

Así transcurrió toda la mañana, en actividades de régimen interno y preocupándonos que todos repararan los detalles en su vestuario, cabalgadura y armamento y luego llegó la hora del rancho. Como a las tres o cuatro de la tarde llegaron unas patrullas que habían salido por la mañana en descubierta a observar las posiciones enemigas.

Cerca de las seis de la tarde hubo formación por regimientos y allí supimos que al alba siguiente atacaríamos a los aliados en los llanos del Intiorco o Campo de la Alianza, como le llamaban otros al escenario de la anunciada gran batalla. Desde ese momento se iniciaron febriles preparativos. Revisar las herraduras, el estado de las carabinas, de las sillas y repasar cientos de detalles de hombres, caballos y armas.

Al toque de retreta había concluido la inspección y los soldados pasaron a sus tiendas y ramadas. Esta vez los amigos no nos reunimos, ya que asimilando lo que había hecho el comandante Yávar con nosotros, nos dedicamos a recorrer las ramadas de los soldados y a conversar con ellos, dándoles lo que podíamos de tranquilidad y entregándoles aliento.

Tal como estaba dispuesto por la Comandancia, los soldados salían en grupos hacia las tiendas de los capellanes y allí hacían filas para las confesiones, a sabiendas que en unas horas más estarían cara a cara con la muerte. Era triste y emocionante ver esas filas de hombres rudos, negros por el sol, esperando para confesarse ante los cinco o seis capellanes que había, para dejar sus conciencias listas para la incierta jornada del día siguiente.

Después de unas dos horas de recorridos y conversaciones con soldados, algo me llevó a sumarme a una de las filas, que se extendían por la oscuridad. Estaba cabizbajo esperando mi turno cuando de pronto me di cuenta que tras mío estaba el teniente Gallinato, agregado a nuestro regimiento. Cuando me di vuelta a mirarlo él me dijo: "nunca he sido católico, pero en estos momentos no está de más conversar un ratito con Dios a través del fraile". Tras la confesión, caminé muy lentamente hacia mi tienda y al llegar estaban allí Polloni y Urízar. Uno de los dos, no recuerdo cual, me dijo "compadre, fumemos un cigarro, ya que podría ser el último". En realidad casi no hubo conversación en la media hora que estuvimos los tres juntos. Solamente monosílabos y un comentario sobre Ulises Barahona, que según Urízar, hacía un rato que lo habían trasladado a una ambulancia, ya que estaba con una fiebre que lo hacía alucinar y hablar solamente incoherencias.

Ulises Barahona era hermano de Telésforo Barahona, abanderado del "Segundo de Línea" que cayó en la batalla de Tarapacá. En esa misma batalla, por coincidencia, Ulises formó parte del escuadrón del "Granaderos" que tuvo participación en ese desgraciado hecho. Según se comentaba, nunca pudo sobreponerse a la muerte de su hermano, ya que él se enteró de su fallecimiento en plena batalla y –aunque trató– nunca pudo darle cristiana sepultura como era su mayor deseo.

No obstante la muerte de su hermano, era comentario de todos que Ulises destacó por su arrojo en Tarapacá, junto con Cox, por lo que ambos fueron felicitados posteriormente por el comandante Francisco Muñoz Bezanilla. Desde Tarapacá, Ulises siempre andaba taciturno y perdió el humor y chispa que lo caracterizaba antes de esa batalla.

Después de esta breve conversación, nos despedimos y cada cual a su nido.

En el Campo de la Alianza

El martes 26 de mayo de 1880 no hubo diana, sino que los centinelas y oficiales de servicio de cada cuerpo se encargaron de despertar a los sargentos, los que levantaron en voz baja a las tropas. Como a las cuatro de la mañana –ya que estaba absolutamente de noche y con mucha camanchaca– me sumé jarro en mano a una de las filas en que estaban entregando café y una galleta con dulce de membrillo.

A los quince minutos las carretas de la Intendencia se dispersaron entre los cuerpos, entregando una ración seca para dos días, que consistía en tres galletas grandes de harina sin levadura, con sal y chicharrones; cuatro cebollas; tres

atados de charqui; un puñado de manteca; otro de sal; un poco de ají seco y dos caramayolas de agua por persona. A excepción de las caramayolas que iban terciadas, las provisiones se cargaban en un morral de tela al costado izquierdo en el que además iban cuchillo, cuchara, tenedor y alguna comida extra que cada cual conseguía por su lado.

Esta tarea tardó hasta las cinco y media de la mañana y allí se inició la formación de los regimientos. Estando todos en sus puestos, las comisiones de amunicionamiento repartieron la dotación de tiros, que en el caso nuestro fueron ochenta por hombre y en el de los infantes ciento veinte balas, que se guardaban en cananas de tela color cáñamo puestas a la cintura o en bandolera al pecho.

Deben haber sido como las seis de la mañana cuando estábamos todos listos y comenzamos el avance hacia el Campo de la Alianza al son de las bandas de los regimientos que interpretaban una y otra vez el Himno de Yungay. La marcha debe haber durado un poco más de dos horas y allí nos detuvimos, tomando posiciones ante los aliados.

Ese fue otro momento muy emotivo, ya que sobre un pequeño promontorio en la planicie, frente al cual iban pasando los regimientos, estaban tres capellanes. Los curas, entre ellos el padre Ruperto Marchant Pereira, con sus brazos en alto iban dando la bendición a las tropas que pasaban frente a ellos. Los soldados, no recuerdo bien si por compañías o batallones, colocaban una rodilla en tierra mientras recibían la bendición y luego de persignarse se erguían y seguían avanzando a paso firme hacia el frente de combate.

Cuándo los granaderos pasamos frente al trío de sacerdotes, se escuchó el grito del comandante Yávar, repetido por los comandantes de compañías y secciones..."¡¡Descubrirse!!"... Nos sacamos los quepís y lo pusimos en la silla entre las piernas y todos los jinetes pasamos a tranco más lento en nuestros caballos, haciéndonos la Señal de la Cruz con la mano derecha, mientras que con la izquierda sosteníamos fuerte las riendas.

Ya serían como las ocho de la mañana, de ese martes medio nublado, que a ratos se despejaba, cuando tomamos nuestras posiciones.

Del resto del Ejército poco puedo decir, ya que desde mi perspectiva aparecían como confusos los movimientos de tropas, que se abrían hacia ambos flancos y el centro de la línea enemiga. Nosotros, mirando de norte a sur, quedamos por lado de la costa.

Nuestro regimiento, que formaba con unos cuatrocientos jinetes, se veía impresionante. Estábamos agrupados por escuadrones. El comandante Yávar, el segundo comandante, Francisco Muñoz, y el sargento mayor Marzán, junto a

los capitanes Villagrán y Donoso, permanecían agrupados, acompañados de los trompetas Montecinos, Vallejos y de un tercero que no recuerdo su nombre.

Quedamos en formación en la retaguardia, junto a un grupo de artillería compuesto de unas doce piezas Krupp, que habían sido tiradas por 5 parejas de caballos cada una, además de unas tres ametralladoras Gatling.

Cuando llegó el comandante Yávar y su plana mayor hasta nuestra compañía, supimos que nosotros estábamos agrupados junto a la Primera División, que estaba a cargo del comandante del "Esmeralda", el coronel Amengual, y que además de ese regimiento estaba formada por "Navales", "Valparaíso" y un cuerpo de "Pontoneros". Sin embargo, el comandante Yávar nos aclaró que nosotros no estábamos a las órdenes del jefe de la Primera División sino que del coronel Vergara, comandante general de la Caballería.

A los pocos minutos de esta breve exposición del comandante Yávar, que fue a repetírsela a la gente del Tercer Escuadrón –siendo ya cerca de las nueve de la mañana– nuestra artillería abrió el fuego contra el flanco derecho de las fortificaciones, es decir contra su ala izquierda. El cañoneo, que comenzó a ser contestado de inmediato por las piezas peruanas, se tornó infernal. Como estábamos al lado de ese grupo artillero, el ruido era ensordecedor y todo se fue llenando del espeso humo de la pólvora y de su penetrante olor.

Los caballos estaban muy nerviosos y encabritados con las detonaciones y había que hacer un enorme esfuerzo para mantenerlos en la posición. El mejor remedio para calmarlos era hacerlos girar en círculo casi sin desplazar sus patas traseras.

"Carboncillo" no estaba ausente de estos temores y junto con moverse y cabecear nerviosamente movía mucho su larga cola, pegándome a veces en la espalda. Sin desmontar, comencé a acariciarle la tusa, el cuello y luego, inclinado hacia adelante en la silla, la frente y la nariz y así lograba mantenerlo quieto. Y aunque logré calmar a mi querido caballo, no lo conseguí conmigo. Estaba invadido por el miedo, ese que hace temblar las piernas y las manos, que da taquicardia y que reseca la garganta hasta el punto que no se puede respirar y que cuando se desea hablar la voz no sale o, si sale, se escucha retumbar en los oídos como si fuera la de un desconocido.

Así me sentía, cuando de pronto pasa a pie por mi lado un capitán, cuyo nombre se me ha olvidado. Posiblemente me vio mal y para tranquilizarme me dio dos cariñosas palmadas en el pecho y cuando lo miré me sonrió, continuando su camino entre el escuadrón. Creo que eso me tranquilizó o me volvió a la realidad.

Es extraño y difícil tratar de describir estas sensaciones tan únicas y extrañas: miedo fundido con valor; confianza junto a incertidumbre; tristeza y entusiasmo. Todo junto, a borbotones, recorriendo el cuerpo y el cerebro.

No sé en qué momento sentí deseos de rezar y así lo hice, callado, pero con mucha convicción y con mis ojos perdidos en la extensa pampa al fondo de la cual se agrupaban a quienes mataríamos o nos matarían. El Padre Nuestro, el Ave María y otras oraciones que aprendí de niño por boca de mi madre, las repetí varias veces, no sé si en silencio o musitándolas, pero lo hice y con mucho recogimiento. Mientras rezaba metí dos dedos de mi mano derecha por entre los botones de la guerrera y tocaba mi escapulario de la Virgen del Carmen.

A esas alturas ya los cuerpos situados en el centro y el flanco derecho habían avanzado y se notaba a lo lejos el inmenso combate en que estaban empeñados. Con la ayuda de los prismáticos de Polloni los veía avanzar y retroceder y hasta era posible observar como caían los soldados.

Serían como las diez de la mañana cuando los infantes que estaban agrupados junto a nosotros, iniciaron su avance. Pese a lo curtido de la piel –casi negra con el sol– al iniciar el paso rápido hacia la batalla, se podía notar que la mayoría de ellos iba con la tez muy pálida, casi amarillenta, lo que creo que se debía al temor y los nervios. Allí iban peones, estibadores, profesores, campesinos, estudiantes, comerciantes, artistas, talabarteros, albañiles, caldereros, sastres, forjadores y cientos de otros civiles unidos bajo la misma bandera y vestidos de soldados, marchando con pie firme hacia el combate, buscando gloria para nuestra Patria y dispuestos a ofrendar lo más valioso que existe: la vida.

El primero que partió fue el "Batallón Valparaíso", desplegado en formación de guerrillas, es decir los soldados por compañías en línea de un solo hombre en fondo, agazapados y con sus fusiles enristrados. Los siguieron, a la carrera, los del Primer Batallón del "Esmeralda" y luego los "Navales".

A esas alturas, un sargento artillero me había facilitado unos muy buenos binoculares y a través de ellos pude apreciar que todas esas formaciones que habían partido estaban ya empeñadas en combate –ya absolutamente desordenadas– luchando cuerpo a cuerpo con peruanos y bolivianos, aunque en el sector que observaba la mayoría de las tropas eran de Bolivia.

No sé cuanto rato habrá transcurrido, pero de pronto se empezaron a escuchar voces de oficiales de infantería que volvían a todo galope del frente de lucha, gritando fuera de sí que las tropas se habían quedado sin municiones, diciendo que los únicos que disparaban lo estaban haciendo con los tiros que sacaban de las cananas de los muertos y heridos, que eran ya centenares.

Todo el ambiente estaba lleno de miles de gritos lejanos –como un murmullo permanente– pleno de disparos de todas las armas y el aire lleno de humo y del polvillo que levantaban las tropas.

Creo que yo seguía igual de nervioso, tenso, con el corazón casi saliéndose por la boca. Si no hubiese estado montado seguramente no me podría haber tenido en pie, ya que sentía como mis piernas temblaban, por mucho que cargaba fuertemente los zapatos en los estribos. "Carboncillo" no lo hacía nada de mal y entre los dos nos tranquilizábamos un poco, con los cariños que yo hacía en su cabeza y cuello.

En los minutos en que podía mirar por los prismáticos, veía como esas tropas seguían enfrascadas en un escalofriante combate y cayendo más y más hombres.

Sería ya más del mediodía y las carretas con las municiones no llegaban, porque estaban atascadas hasta los ejes en los arenales. Veía nuevas unidades bolivianas que encerraban a los diezmados chilenos, que a esas alturas estaban manteniendo las posiciones conquistadas con enorme sacrificio, casi solamente a punta de bayoneta.

Cerca de las doce y media –con la ayuda de los lentes ya que nosotros estábamos situados a unos mil metros del lugar– se veía como las fuerzas bolivianas corrían por el campo como cosechando, pero lo que hacían en realidad era ir rematando a la bayoneta a los cientos de heridos chilenos que estaban diseminados por todos lados.

La situación era muy crítica y escuché a un capitán, que me parece que fue Contreras, decir que la batalla se estaba perdiendo por culpa de la falta de municiones y por no usar la caballería.

En eso vimos pasar a los "Carabineros de Yungay N° 1". Galopaban por el centro del amplio campo de batalla hacia las posiciones enemigas llevando sobre sus piernas pesadas cajas con municiones para abastecer a los infantes, ante la imposibilidad de avance de las carretas de la Intendencia. Mientras los carabineros avanzaban al galope llevando los miles de tiros que necesitaban los desdichados infantes, vimos como los esmeraldinos y navales estaban envueltos por bolivianos, que los baleaban cual nubes de mosquitos, como esos de Moquehua. Lo mismo pasaba con los del "Batallón Valparaíso" y los tres cuerpos, o lo que quedaba de ellos, comenzaron a retroceder.

A esas alturas todo era insoportable. Estaba que ya no daba más, temblaba entero y "Carboncillo" también. El aire estaba impregnado de olor a pólvora y a vaho de sangre caliente y el ruido de los balazos y los gritos era enloquecedor. En eso estaba cuando llega Polloni al trote a pedir que le devolviera sus prismáticos y, con su típico humor me dijo: "capaz que te maten y se los deje como trofeo un boliviano".

Creo que en esos precisos instantes pasó por nuestro lado, al galope tendido, el coronel Vergara acompañado de un civil. Frenó en seco su caballo al lado de donde estaba el comandante Yávar con su Plana Mayor. Hablaron solo unos segundos y casi al instante se escuchó el sonido de los trompetas tocando "Apresto".

Al sentir el metálico llamado, el miedo se me fue de golpe y lo único que sentía era un tremendo cosquilleo, que me recorría desde el pecho hasta las piernas y, me parece, que hasta solté unas lágrimas. Todos callaron, se tomaron posiciones de escuadrones en línea. Estábamos en columna y se pasó a una formación de cincuenta jinetes de frente, por compañías y éstas separadas dos metros de la otra y los escuadrones separados diez metros uno del otro.

Y vino el grito de los capitanes, que tenientes y alféreces fuimos repitiendo cada uno en su unidad: "capotes a la cintura, ponchos en bandolera, carabinas al gancho, sables desenvainar". Ese fue el momento más electrizante, cuando los pesados, brillantes y filosos sables Chatellerault salieron de sus vainas metálicas haciendo un sonido tan especial, quedando luego tomados con la mano derecha con la cazoleta hacia delante apoyados en el hombro del mismo lado.

No sé si fueron segundos o minutos, pero hasta los caballos se calmaron. "Carboncillo" ya estaba quieto y eso me permitió llevar los dedos de mi mano izquierda –soltando las riendas un breve instante– al escapulario que llevaba meses y meses sin sacármelo bajo mi guerrera. Miré a mi piquete. Los soldados me observaban sonrientes y uno de ellos incluso me gritó "Ahora sí que sí mi alférez", sabiendo que nunca habíamos entrado aún en combate.

Las palabras del soldado se apagaron con el toque de las trompetas y vimos a lo lejos que el comandante Yávar levantó su mano derecha con el sable y apuntó la brillante hoja hacia las posiciones enemigas y en seguida gritó: ¡por Dios y Santa María, cargue la caballería, galope carrera mar!

Yo estaba en el Segundo Escuadrón, por tanto dimos los segundos suficientes para que el primero iniciara el galope y el aire se enturbió con el polvo levantado por los cascos de cientos de corceles. El corazón palpitaba como queriendo reventar con el sonido del galope de cientos de caballos y el gutural chivateo, aprendido por nuestra caballería en las Campañas de Arauco, que era el mismo que hacían los mapuches en sus cargas de a caballo.

Cuando mi escuadrón inició el galope, pese al infernal ruido, sentía los latidos del corazón en las sienes, pero ya estaba resuelto y sentía un calor muy fuerte que había reemplazado a los calofríos que tenía antes. Chivateaba como todos, y los salvajes gritos resonaban al interior de mi cabeza como si fueran ajenos.

Al galope tendido avanzamos por la amplia planicie hacia el sur poniente, en una desenfrenada carrera oblicua a las posiciones enemigas. Corríamos veloces como un rayo, lo más rápido que daban los caballos, acortando la distancia contra nuestros adversarios. Las visiones pasaban rápidas y de pronto me di cuenta que la tierra pelada que recorrimos en los primeros centenares de metros, ahora estaba plagada de muertos y heridos.

Una lluvia de balas caía sobre los granaderos y a corta distancia vi como del Primer Escuadrón rodaban diez o más caballos alcanzados por los tiros bolivianos. Sus jinetes saltaban diestramente del noble animal esquivando a los que venían atrás y luego se parapetaban tras el corcel caído y desde allí empezaban a hacer fuego con sus carabinas.

Los caballos llevaban sus hocicos llenos de espuma pero no aflojaban en el desbocado galope, y nuestro chivateo se escuchaba cada vez más fuerte y espeluznante. Tengo fugaces recuerdos de la loca carga. Visiones de infantes chilenos heridos que caminaban como sonámbulos hacia la retaguardia, sorteando nuestros caballos.

De pronto desapareció el Primer Escuadrón, que se abrió más hacia la izquierda empeñado en combate. La línea de jinetes en la que yo galopaba al extremo derecho se encontró frente a frente con cientos de bolivianos, que después supe eran de los batallones "Colorados" y "Zepita".

En segundos, que parecieron una eternidad, mis soldados y yo –sin saber lo que pasaba con el resto de los granaderos– estábamos embistiendo esas masas enemigas y sentía zumbar las balas por todos lados, con ese típico ruido de abejas. Sin embargo ya no tenía miedo, no tenía temblores en las piernas ni nada. Solamente sabía que estaba enfrascado en plena batalla.

Dábamos pechazos con los caballos a las compañías enemigas y movíamos nuestros sables como remolinos, con toda la fuerza de nuestro brazo y torso y se sentía como hacían su macabra faena. El daño que estábamos provocando se percibía claramente, porque cuando el sable caía iba rápido, luego se sentía chocar con una masa aminorando su velocidad continuando con su deslizamiento y después se notaba un fuerte tirón. En ese preciso instante era cuando había que levantarlo con toda la fuerza que uno tuviera, para no perderlo.

Ese era, más o menos, el escalofriante esquema de cómo se daba muerte a un enemigo y todo eso al galope y chivateando hasta quedar casi sin voz.

Minutos después infantes y jinetes bolivianos, ante nuestra suicida carga, comenzaron a retroceder y entonces escuchamos, en el fragor de la lucha, a los trompetas tocar nuevamente "A la carga". Allí me percaté que no éramos solamente

unos quince o veinte los que estábamos combatiendo, como era la imagen que relataba recién, sino que todo el regimiento.

Los escuadrones se reagruparon parcialmente e iniciamos la persecución a sablazos de los enemigos, empujándolos hacia la derecha. Creo que las bajas que les causamos fueron muchas y dejamos a nuestras espaldas el terreno sembrado de enemigos y –lo más triste– también de muchos soldados –especialmente del "Navales"– que permanecían anidados combatiendo entre los enemigos, pero la nube de polvo, la lluvia de balas, la embriaguez del combate, la falta de visibilidad y la sangre caliente, nos impidió distinguirlos.

Unos quinientos metros habrá durado nuestra persecución, hasta que los trompetas tocaron alto y reagrupe.

Los caballos estaban empapados en sudor como si vinieran saliendo de un baño en un río, sus hocicos semiabiertos permitían ver sus dientes entre la copiosa espuma que caía de sus belfos. Se les veía terroríficos, fieros, como animales salvajes y seguramente ellos habían sentido lo mismo que yo, al menos eso pensaba cuando los veía.

A esas alturas –como las dos de la tarde más o menos– la batalla estaba casi ganada y en varias partes altas de las fortificaciones se veía penetrar como cuncunas a las compañías chilenas que se estaban tomando los reductos.

El comandante Yávar se situó junto a una pequeña loma y los capitanes ayudantes ordenaron desmontar al Primer y Segundo Escuadrón, quedando el Tercero montado ante cualquier imprevisto.

Al desmontar y revisar a "Carboncillo" noté que tenía casi todo su pecho y la mano derecha llena de cuajarones de sangre y di un sobresalto, pensando que estaba herido. Al revisarlo bien me convencí que no tenía ninguna lesión y que fuera de agotado, estaba perfectamente. El teniente Silva que observó lo que hacía me dijo: "tu caballo no tiene nada. Esa es la sangre de los bolivianos a los que les cortaste el pescuezo".

Me sentí muy mal y seguramente el teniente Silva se dio cuenta de eso y me preguntó si me acordaba de cuando le partí el cuello a algún boliviano. Yo le respondí que de la cara o del hecho mismo no me acordaba, pero sí de la sensación del sable cortando. El oficial me interrogó si me acordaba de cuantas veces había "cortado" y yo le dije que me parecían hartas, pero que no podría darle una cantidad.

Él acotó que dentro de todo lo malo eso era lo bueno de la guerra, que uno olvidaba a los que había privado de vida, pero tenía que tener presente que nuestra carga salvó la vida de cientos de chilenos, que estaban condenados a muerte segura. Esas palabras me tranquilizaron un poco, pero no lo suficiente, ya que en

ese momento vi que la pierna derecha de mi pantalón estaba tiesa de sangre seca de soldados adversarios.

A todo esto, no teníamos idea de nuestras bajas, pero poco a poco –en el conteo– vimos que faltaban el alférez Aspillaga y como treinta soldados. Con el correr de los minutos las cosas se empezaron a aclarar. Unos veinte jinetes llegaron desmontados, ya que sus caballos habían sido muertos o heridos gravemente por las balas bolivianas y ellos –luego de sacrificar sus cabalgaduras– habían combatido a pie, carabina en mano. Se les veía magullados, con rasmilladuras producto de la caída, pero en condiciones de caminar aún.

De la decena faltante fue más difícil saber su suerte y creo que el cuadro completo quedó formado casi por la noche, tras el recorrido por las ambulancias, que estaban atestadas de cientos y cientos de heridos.

Como a las cuatro de la tarde, después que comimos algo de nuestros morrales y se dio cebada y agua a los caballos, llegó la orden de dispersarse por compañías para recorrer el campo en ayuda de los caídos, ya que las ambulancias eran absolutamente insuficientes. Mientras cabalgábamos por la inmensa llanura el panorama que observaba era horripilante. Muertos de los dos bandos desangrados por todos lados, los heridos –sin exagerar– eran miles, y nuestra misión era fundamentalmente agruparlos, acomodarlos un poco, darles agua y en el fondo hacer que se sintieran socorridos.

Formamos decenas de agrupaciones de heridos, abocados por cierto a los nuestros y rematamos a tiros a muchos caballos y mulas, nuestros y de ellos, que pataleaban agonizantes en la reseca tierra.

A los muertos chilenos que encontramos en el sector que nos asignaron los llevábamos a un punto de reunión, esperando que llegaran los practicantes o cirujanos de los regimientos para identificarlos para que luego fueran sepultados por las patrullas dispuestas para eso.

Fue un espectáculo simplemente horroroso y no me es agradable entrar en detalles, porque aunque han pasado ya muchos años, sigue siendo terrible en mi mente.

Después supe que a Luis Alberto Aspillaga lo encontraron en la Tercera Ambulancia, ya moribundo, puesto que tenía un tiro incrustado en la sien derecha y otro en un hombro, falleciendo poco después. Tendría, al momento de su muerte, unos veintidós años y era un muchacho alto, macizo y de nariz aguileña muy pronunciada. Tampoco era oficial de carrera y por lo que recuerdo trabajaba en negocios con su padre. No era de muchos amigos, pero sí que era por todos reconocido, como simpático, inteligente y con mucho coraje.

En esa y otras ambulancias encontraron como a once soldados del "Granaderos", algunos con fracturas, otros con balas. Todos ellos fueron evacuados y nunca volvieron al regimiento, por lo que no sé si alguno de ellos murió posteriormente.

También, en las visitas a las ambulancias, se logró saber que Ulises, que permanecía en la Primera Ambulancia desde la víspera de la batalla, seguía muy mal y prácticamente había perdido la conciencia y las tercianas estaban haciendo estragos en él. Según se dijo, contrajo la fiebre palúdica en el sector de Lucumba y se le vino a desatar días después, cuando ya nos encontrábamos en Buena Vista. Ulises Barahona nunca se recuperó, ya que cuando se ocupó Tacna fue llevado a un improvisado hospital, junto con cientos de heridos de la batalla, a la espera que se estabilizara un poco antes de embarcarlo a Chile, pero murió en tierra enemiga como dos semanas después.

Y, regresando al día de la gran batalla, recuerdo que así fue terminando esa terrible jornada, en la cual experimenté el miedo profundo antes de entrar en acción y el valor inconsciente durante el combate, para volver después a sentirme muy mal a las horas de culminada la acción.

Cuando nos juntamos con Polloni y Urízar –ya oscureciendo– no estábamos de humor para nada y prácticamente nos dedicamos a intercambiar cortas frases, interrumpidas solamente por una sentencia de Polloni que dijo: "lo único que estoy seguro es que hasta me oriné un poco cuando nos lanzamos a la carga, pero después ya estaba bien".

Esa noche, por las primeras noticias reunidas por aquí y por allá, supimos que nuestros muertos eran más de quinientos y los heridos llegaban a unos mil seiscientos, casi el veinte por ciento de nuestras fuerzas. Peruanos y bolivianos, habían perdido entre muertos, heridos y prisioneros, cerca de cinco mil hombres, es decir más del cuarenta por ciento de sus fuerzas.

Estábamos ya cercanos a la medianoche, cuando se nos ordenó marchar hacia la ciudad de Tacna. Por el camino fuimos encontrando soldados peruanos y bolivianos que huían, enterándonos que las tropas de Bolivia habían iniciado la retirada hacia su país. En las primeras horas de la madrugada, muy fatigados, llegamos a los suburbios de Tacna. Las calles estaban desiertas y no enfrentamos ninguna resistencia armada.

Al ingresar a la Estación de Trenes de Tacna vimos que estaba atestada de material ferroviario intacto. Recuerdo que eran unas cuatro locomotoras, una docena de carros estanques, unos quince carros de carga y seis o siete vagones de pasajeros. Inexplicablemente, permanecían en la estación varios empleados peruanos y en los pañoles estaban los juegos completos de herramientas.

Y allí, al costado poniente de la estación de Tacna, el "Granaderos" pasó su primera noche después de la Batalla del Campo de la Alianza.

Sin embargo esa noche no fue tranquila, ya que varias decenas de soldados del regimiento se embriagaron con vino y aguardiente que habían encontrado en una bodega de equipajes de la estación y estaban alborotando peligrosamente. Hubo que reducirlos incluso a golpes con los sables envainados y luego de desarmarlos quedaron encerrados en un bodegón, con seis centinelas a la vista, encabezados por un oficial, turno que recayó en Polloni.

Los cinco o seis soldados más sublevados fueron "encepados", que era una de las formas de castigo contempladas en los reglamentos. El "encepado" consistía en poner al castigado en cuclillas con la barbilla entre las rodillas, los brazos por fuera de los muslos y las muñecas atadas por delante de las canillas y, entre las corvas y los brazos el fusil, en nuestro caso la carabina Winchester.

Otros recibieron "bastonazos", que en este caso eran golpes dados con el sable envainado. Los únicos autorizados reglamentariamente para darlos eran un capitán o teniente, con la autorización de un sargento mayor y la cantidad de "bastonazos" no podía exceder de veinte golpes.

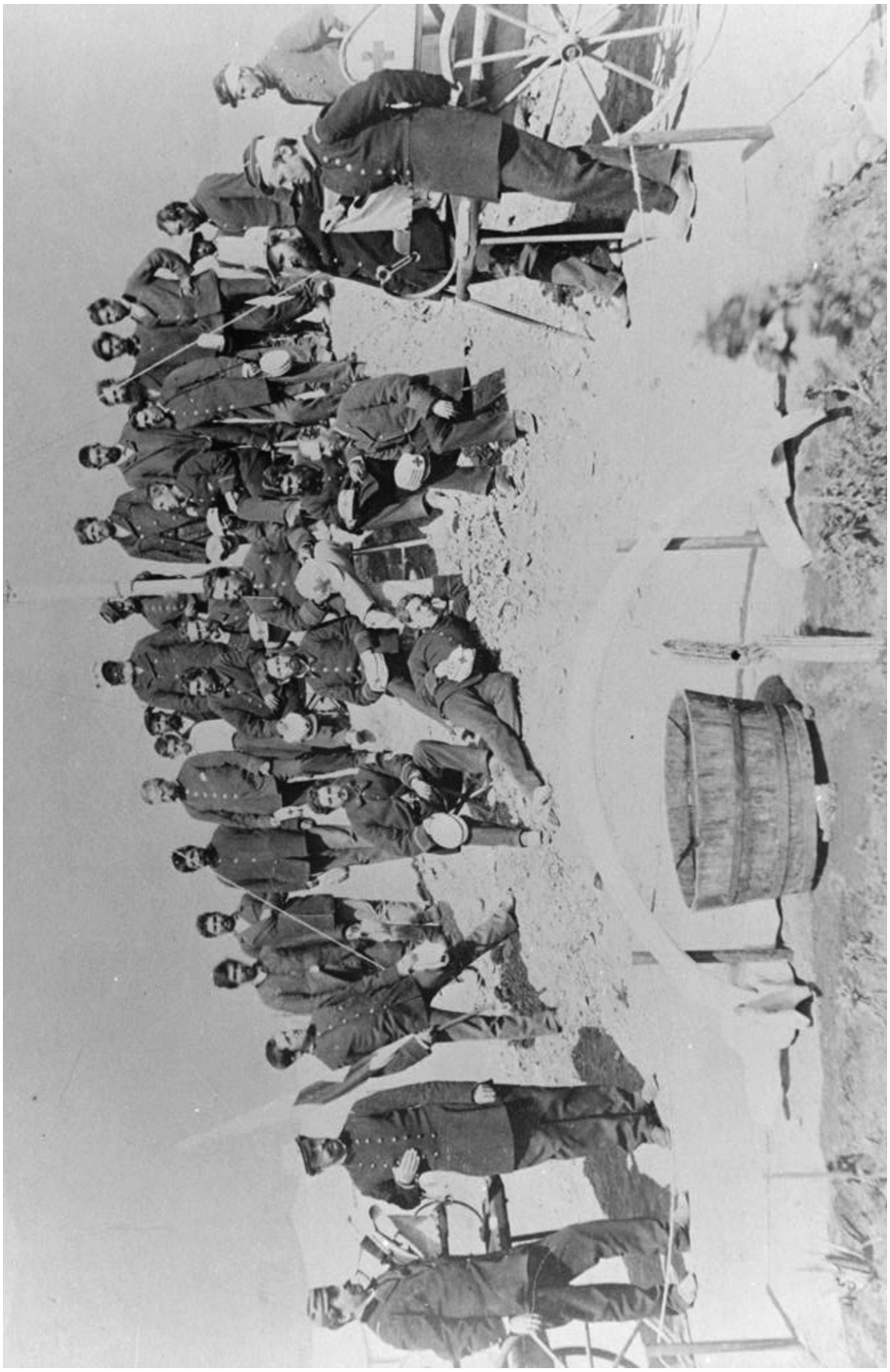
Dejando atrás esta aclaración de los castigos, que dominaba muy bien por mi interés en conocerlos debido a mi profesión de abogado, puedo decir que esta es mi modesta visión de la Batalla del Campo de la Alianza o de Tacna como se la he ido denominando con los años.

Obviamente es muy parcial y limitada, ya que mis relatos contienen solamente lo que mis ojos alcanzaron a ver desde la silla de "Carboncillo" y se refieren exclusivamente a lo que ocurrió en el sector en que actuó mi regimiento. Lo que pasó en otros lados, y que fue tan o más terrible, no lo vi, no lo viví y por eso, no lo puedo escribir.

Pero de lo que estoy absolutamente seguro es que, hasta el día de hoy, la Batalla del Campo de la Alianza cambió mi vida, que la comencé a ver con otros ojos y a valorarla inmensamente.

Ambulancias y Hospitales de Sangre

Al día siguiente de la gran batalla desperté muy temprano, aunque había dormido muy mal debido a pesadillas que me obligaban a despertar intermitentemente. En esos momentos de insomnio desfilaban en mi mente todos los recuerdos de la lucha. Además me sentía muy adolorido, creo que producto de la tensión y casi



Parte de los integrantes de la Ambulancia "Valparaíso". Fotografía: Álbum Gráfico Militar de Chile.

no podía mover mi brazo derecho, lo que era casi natural que ocurriera por el intenso uso del sable.

Recién había desayunado en uno de los cobertizos de la estación, cuando un teniente que venía con Cox, Polloni y Valenzuela me gritó de lejos "tú también", ante lo cual me levanté colgué el sable al tiro y lo seguí.

Nos llevó hasta donde se encontraba el capitán Contreras, quien nos ordenó que cada uno de nosotros escogiera 20 soldados y que volviéramos al campo de la batalla para ponernos a disposición del doctor Korner, para ayudar en la evacuación de los heridos que aún estaban tirados por todas partes y que permaneciéramos allí hasta que la tarea hubiese finalizado.

En cosa de minutos ya íbamos cabalgando hacia el norte en cuatro hileras de jinetes y después de una hora de paso muy rápido llegamos hasta el Campo de La Alianza. Al arribar al escenario de la matanza, me sentí muy impresionado por la cantidad de despojos humanos que había por doquier.

Fácil fue localizar a la Ambulancia N° 2 de Santiago, a cargo del doctor Víctor Korner. El médico tenía su largo delantal blanco, parecido a una sotana, lleno de sangre y se notaba que no había dormido prácticamente nada y estaba sentado en una silla plegable, bajo un toldo, bebiendo un tacho de café.

Luego de presentarnos y explicarles a lo que veníamos, nos dijo que lo esperáramos mientras descansaba un poquito, ya que era la primera vez que se sentaba en casi veinte horas. Allí nos relató que durante la batalla, como los carruajes de la ambulancia quedaron atascados en la arena, él y sus practicantes siguieron a pie a las tropas que combatían y que solamente habían emprendido la retirada cuando las fuerzas chilenas, al quedarse sin municiones, tuvieron que replegarse momentáneamente.

Desde ese momento, el doctor y sus ayudantes, comenzaron a formar grupos de heridos y levantaron un pequeño campamento en el cual para protegerlos del frío de la noche debieron despojar a los muertos de sus chaquetas. Pero como quedaron retirados y sin comunicaciones no se enteraron que la batalla había sido ganada por nosotros y, por esa razón, no durmieron y además de atender a los centenares de heridos, hicieron guardias con los fusiles de sus pacientes. Nos relató también que varios sanitarios resultaron heridos y que el practicante del "Batallón Atacama" murió de un balazo mientras vendaba a un herido en plena batalla.

Estuvimos toda la mañana recorriendo el extenso campo de muerte y entre los grupos de Valenzuela y el mío debemos haber transportado unos doscientos heridos, que encontramos dispersos, hasta la Ambulancia del doctor Korner. De

allí, apoyados por carretas de la Intendencia, iniciamos el traslado de los lesionados, muchos de ellos ya casi cadáveres, hasta la ciudad de Tacna.

Valenzuela y yo, con nuestros cuarenta hombres, nos encargamos de desembarcar de las carretas a cientos de heridos en el Mercado de Tacna, que fue acondicionado como improvisado hospital. Debemos haber terminado nuestra tarea como a las seis de la tarde y el espectáculo era sencillamente espeluznante, ya que se improvisaron espacios para colocar a más de cuatrocientos heridos en el amplio patio cubierto de ese centro de abastos.

El piso era pavimentado con pequeñas piedras de río y como casi no había camas, a la mayoría de los heridos los tuvimos que colocar en el suelo sobre sacos vacíos y algunas frazadas. Muy pocos pudieron ser puestos en camillas o angarillas. La congestión y hacinamiento era tal, que los médicos, para poder atenderlos, debían pasar por encima de sus pacientes. Los gritos y lamentos llenaban el amplio patio techado y dolía el alma ver a tantos hombres desangrándose y a los pobres médicos y practicantes haciendo esfuerzos sobrehumanos por tratar de salvarlos.

A esas alturas, con Valenzuela y nuestros jinetes, nos habíamos dedicado a algo más que el traslado de los heridos y siguiendo las instrucciones del doctor Korner, de otros médicos y de los practicantes, recorríamos las hileras de moribundos dándoles de beber agua o simplemente sujetándolos muy fuerte para que no se movieran mientras les hacían las curaciones o las terroríficas amputaciones, a cuchillo y sierra. Los hombres sangraban mucho y en el piso empedrado se formaban charcos de sangre. Recuerdo perfectamente haber escuchado a alguno de la ambulancia decirle a otro practicante que no le cambiara el vendaje a determinado herido, ya que debían hacerlo solamente cada dos días, porque no había más vendas.

Nos retiramos casi a la medianoche y llegados a nuestro vivaque, en el costado de la estación, nos encontramos con Cox y Polloni quienes relataron que a ellos les había tocado hacer casi lo mismo que a nosotros, y que los heridos los cobijaron en el Teatro Municipal de Tacna, donde se instaló otro hospital. Contaban que los tres pisos del teatro quedaron llenos de heridos.

Al día siguiente y por motu propio, aprovechando la mañana libre, me dirigí junto con Polloni al hospital instalado en el Mercado de Tacna. Apenas llegamos nos pusimos a cooperar hasta en los quehaceres más humildes y luego conversamos con un doctor, quien nos contó que en los próximos días se llevarían a un número importante de heridos a Valparaíso.

Por él supimos que los hospitales de Valparaíso y Santiago no tenían capacidad para atenderlos a todos y que familias adineradas habían establecido "hospitales de sangre". Me mencionó a varias, entre las que recuerdo que nombró el hospital

creado por don Domingo Matte en una antigua casa de asilo para sacerdotes en la calle de Lira a cargo del doctor Manuel Barros Borgoño, la que yo ubicaba perfectamente por ser casi vecina al cuartel en que estuve en Santiago. Nombró varias más en Santiago y Valparaíso, pero retengo solamente los datos de ésta y debe ser así por el hecho de conocer el edificio.

En estas eternas e imborrables horas ayudando a los heridos aprendí a conocer la inmensa tarea que hacía el personal de las ambulancias, en su gran mayoría voluntarios, como asimismo su organización.

Aunque no siempre tenían las dotaciones completas, cada una de las ambulancias debía tener un cirujano jefe, seis primeros cirujanos, doce segundos cirujanos (que eran alumnos de cuarto año de Medicina), un primer farmacéutico, seis ayudantes de farmacéutico, veinticuatro enfermeros o practicantes que en su mayoría eran alumnos de los cursos inferiores de Medicina. A ellos se sumaban el cocinero y sus dos ayudantes, el lavandero y sus dos ayudantes, los aproximadamente veinticuatro palafreneros –encargados de los carruajes– y los camilleros, que eran aproximadamente sesenta.

Así, en total, una ambulancia tenía una dotación de aproximadamente ciento ochenta personas, que se dividían en seis secciones, cada una al mando de un primer cirujano y con la sexta parte del personal mencionado. Por lo que recuerdo de los implementos médicos que se usaban, éstos eran avanzados para la época y logro retener los nombres de las cajas de amputación y resección, pinzas sacabalas y las sondas de Nélaton, que no sé para que se empleaban.

Luego de esta descripción de nuestras ambulancias, vuelvo al relato principal y rememoro que ese día, muy desanimados e impresionados por el estado de nuestros soldados heridos en la batalla, regresamos al vivaque del "Granaderos" justo a la hora del rancho, pero ambos nos contentamos con un trozo de galleta, ya que en realidad se nos había quitado el hambre.

Exploraciones hacia la cordillera

En los dos o tres días siguientes salimos de exploración con el capitán Villagrán, hacia las zonas altas de Tacna, en busca de grupos guerrilleros que se decía se estaban asentando en los villorrios precordilleranos.

La primera patrulla la hicimos siguiendo el curso seco del río Caplina hasta llegar a un pueblo llamado Calana, que en realidad estaba vacío de guerrilleros y era un lugar agradable y hasta podría decirse que bonito. Por lo que apreciamos

era de esos pueblos centenarios, con la mayoría de sus construcciones de piedra de cantera y pese a que era más bien pequeño, poseía una gran iglesia, seguramente de los tiempos de la colonia española, que se veía desde gran distancia. El templo era realmente impresionante por lo amplio y rebuscado de su arquitectura y diría que mucho más imponente que varias de las iglesias más connotadas de Santiago. Por el cura, que era un italiano que llevaba según dijo cuarenta años allí, me enteré que estaba dedicado a la Virgen del Rosario.

Luego de recorrer las seis u ocho manzanas que configuraban el centro de Calana, hicimos una minuciosa exploración por sus alrededores, quedando maravillados por lo exuberante de su vegetación y por la gran cantidad de hortalizas que allí se producían.

Armamos tiendas en las afueras del pueblo y allí estuvimos establecidos una noche, saliendo durante el día en pequeñas patrullas hacia distintas direcciones, sin lograr detectar nada respecto al adversario.

Cuando regresamos a Tacna lo hicimos cargados de lechugas, repollos, limones y naranjas, que fueron muy bien recibidos por los soldados encargados del rancho en nuestro regimiento.

Nuestra segunda exploración, al mando del capitán Amador Larenas, por los primeros días de junio del 80, fue hacia Pachia, unos veinte kilómetros hacia el noreste de Tacna. Se decía que aquí se encontraba el jefe de guerrillas Albarracín, con quién se habían batido los regimientos "Cazadores" y "Carabineros" cerca de Buena Vista.

Llegamos cerca del mediodía, en columna de unos ciento veinte jinetes, que nos abrimos en dos para hacer nuestra aproximación, que fue desde el sur y desde el norte. El pueblo se emplazaba a lo largo de una calle central, cortada por una linda plazoleta empedrada con una gran fuente en el centro y rodeada de añosos árboles.

En la segunda mitad de la larga y principal calle había una escuela y, al final, en una explanada, un magnífico templo, de tres torres y amplias naves, que después supe estaba dedicado a San José, patrón del pueblo. Las tierras agrícolas que rodeaban el pueblo eran de una fertilidad extraordinaria, con grandes plantaciones de limoneros, naranjos, paltos, nogales y zapallos.

Como nuestro recorrido resultó infructuoso, nos dividimos nuevamente en dos destacamentos y realizamos una marcha exploratoria más hacia el este, siguiendo los precarios caminos que conducían a Tarata y Ticaco, pero al caer la noche iniciamos el regreso a Tacna.

En los días siguientes ya se hacían los aprestos para la toma del puerto de Arica, indispensable para que el grueso del Ejército estuviera conectado a la flota

–y a través de ella a Chile– para su aprovisionamiento y también para el cada vez más imperioso embarque de los cientos de heridos que aún yacían en el teatro y en el mercado.

No sé en qué momento salí con "Carboncillo" a hacer un recorrido por Tacna y debo haber cabalgado un par de horas. A paso muy lento recorrí la ciudad, que creo que era la más bonita y grande de las que me había tocado conocer en Perú hasta ese momento. Se me quedó muy grabada la Catedral, con dos gigantescas torres. Sin embargo estaba a medio construir y se apreciaba que las obras estaban abandonadas al menos un par de años. Sin embargo, lo inconcluso de las obras no impedía apreciar su estilo neo renacentista y sus líneas arquitectónicas muy finas y todo lo levantado hasta el momento estaba construido con piedras de cantera.

A pocas cuadras de la inconclusa Catedral hacía una pila que me llamó mucho la atención por su majestuosidad, quizá demasiada ambiciosa para una ciudad como Tacna. Tendría unos seis o siete metros de altura. Sobre una base de granito se erigían cuatro fuentes de agua, sostenidas por cuatro esculturas, dos femeninas y dos masculinas y, según rezaba una placa de mármol, simbolizaban las cuatro estaciones del año.

Según me explicó un italiano que seguramente me observaba mientras admiraba el conjunto, la habían construido en Bruselas y la habían instalado allí hacía como diez años. Después de admirar por varios minutos la excepcional fuente, torcí mi paseo hacia calles más estrechas y menos céntricas.

De pronto, desde un negocio pequeño, salió una señora de unos sesenta años, quien me dijo que era española –y su acento así lo demostraba– y me invitó a desmontar y pasar un rato, añadiendo que tenía muy buenas cosas todas chilenas e inglesas y que me podía hacer un muy buen precio, ya que estaba muy contenta con nuestra llegada a la ciudad. Movido por la curiosidad bajé de "Carboncillo", que lo dejé afianzado a la vara que había en el frontis de la construcción de un piso. Al entrar me costó empezar a ver –ya que estaba bastante oscuro– pero a los segundos vi estantes llenos de cosas y un aroma a perfume muy agradable. Los recuerdos afloran nítidamente y veo clarísimo a la española, con un vestido café oscuro, un delantal blanco muy almidonado y su pelo mezcla de rubio y blanco con un gran moño atrás. Ella se apuraba en llenar el mesón de cosas, alabando sus calidades y precios y yo miraba todo y no sabía que hacer. Lo único que tenía claro es que en los bolsillos de mi guerrera me quedaban algo más de diez pesos de los abonos que recibí en Moquehua.

Había jabones, esencias de perfumes, fósforos, cigarros, velas y muchas cosas más, fabricadas algunas en Inglaterra y otras en Chile. No hallaba que comprar,

porque en realidad todo me parecía útil en esos momentos, pero después de un buen tiempo que me tomé en revisar todo y consultar los precios, me decidí.

Mi adquisición quedó constituido por una botella de perfume "Esencia para Caballeros Goeckel", que era la única que conocía ya que esa compraba en Chile; dos panes de jabón de la misma marca; diez o más cajas de fósforos Ellis fabricados en Rancagua; y media docena de paquetes de unos quince cigarrillos cada uno de marca "Napoleón", fabricados en Valparaíso y aún recuerdo su envoltorio que era en tonos de grises con la esfinge de perfil del general francés.

El total de mi compra sumaba como siete o más pesos y empecé a sacar cosas, comenzando por la esencia, pero la señora me dijo que no me hiciera más problemas y que me llevara todo por cinco pesos. Y así, con un paquete sobre las piernas, inicié mi retorno al campamento, luego de este paseo que hice por la ciudad de Tacna.

Desde entonces, esa ciudad quedó para mí siempre asociada con la Catedral inconclusa, la monumental fuente de agua, mi compra en el pequeño negocio de la española, los hospitales de sangre instalados en el Mercado de Abastos y en el Teatro y, por último, con la estación de trenes, que fue lo primero que conocí al entrar a la urbe tacneña y donde pernoctamos más de una semana.

La Toma del Morro

Lamento mucho no poder contar absolutamente nada –como protagonista o espectador– de la Toma del Morro de Arica ni de la ocupación de ese puerto, que cada vez era más necesario para la mantención del Ejército chileno.

Dos días antes de la acción, junto con veinte granaderos, fui enviado en reconocimiento a Pachia, donde había estado días antes. Nuestro recorrido fue rutinario, sin encontrarnos con ninguna sorpresa, con excepción de un soldado peruano que capturamos absolutamente ebrio, de uniforme y con su fusil caminando por la ruta a Pachia, más o menos a una legua hacia el este de Tacna.

Por lo que le pudimos sonsacar, dentro de su borrachera, era que se había escondido en Tacna después de la batalla y que allí estuvo en casa de unos amigos bebiendo y comiendo varios días. Esa mañana, al despertarse, decidió irse a Arica y para que no lo pillaran los chilenos, inició un rodeo por los "cerritos".

Aunque no le creímos mucho la historia, en realidad no nos quedaba otra que pensar que decía la verdad, porque nadie va en una misión de guerra tan borracho como él lo estaba. Como era para nosotros un estorbo llevarlo prisionero, lo

despojamos de su fusil, de su bayoneta, de unos tres o cuatro tiros que aún tenía en la cartuchera y de su guerrera y quepí, quedándose algunos de los soldados con estas pertenencias. Después lo correteamos con los caballos y lo huasqueamos con los rebenques. Dando tremendos alaridos, que parece que le espantaron totalmente la curadera, se perdió loma abajo hacia unos potreros.

Pernoctamos dos noches en Pachia y durante las horas de luz hicimos largos reconocimientos hacia los villorrios situados al oriente de este pueblo, los que no nos depararon ninguna novedad. Iniciamos el regreso a Tacna como al mediodía del 7 de junio, llegando a la ciudad como a las cinco de la tarde. Fue entonces que nos dimos cuenta que Arica había sido tomada por los chilenos y que nuestro regimiento se había trasladado a la ciudad de Arica. Ante esto, apuramos la marcha y cubrimos la distancia con Arica, siguiendo la vía férrea, llegando al centro de esa ciudad al anochecer.

Allí, en las animadas conversaciones de los oficiales, que establecieron una especie de casino en el edificio de la Aduana, supe los pormenores del brioso asalto chileno y del valor que habían hecho gala los infantes.

Desilusiona tener que hacer este relato de tan importante hecho de armas a través de lo que otros me dijeron, pero objetivamente así lo viví y así lo cuento. Para mí fue un día más, sin ningún peligro ni sobresalto, recorriendo tranquilos campos mientras cientos de compatriotas enfrentaban la muerte y peligros desconocidos hasta ese momento, como eran las minas o trampas de explosivos que se accionaban eléctricamente. Si mal no recuerdo, esos artificios explosivos también fueron usados por las fuerzas peruanas y bolivianas en la Batalla del Campo de la Alianza.

Las conversaciones duraron hasta bien avanzada la noche y no fueron solamente de alegría por la victoria, sino también de tristezas, ya que los caídos fueron muchos. Entre los fallecidos había varios oficiales y aunque ninguno de ellos se contaba entre mis amigos, sí que eran familiares a la vista.

Según se decía esa noche, casi todo el ataque chileno se realizó a corvo y bayoneta, ya que había pocas municiones luego de la batalla del Campo de la Alianza y los hombres no llevaban, como promedio, más de 130 cartuchos para sus fusiles.

Entre los que nos informaban de lo sucedido estaba un capitán de apellido Silva, que había participado en la batalla. Él relataba que los "polvorazos", como les decían a las trampas explosivas que estaban enterradas en los accesos, fueron activados desde el Hospital de Arica a través de cables con electricidad. El oficial explicó que estas explosiones causaron muchas muertes y mutilaciones entre los

chilenos que se enardecieron por la cobarde forma de combatir de los peruanos y por eso, cuando llegaron como verdaderas fieras a los fuertes, dieron muerte a cuanto peruano veían, estuviera combatiendo, rendido o herido.

Concluí que la Toma del Morro había causado como quinientos muertos en las tropas chilenas y una cantidad similar de heridos. Las bajas peruanas doblaron a las chilenas, ya que tuvieron casi mil muertos, y la cifra de prisioneros fue bajísima.

El combate que se inició al alba, no alcanzó a durar en total más de una hora y ya a las siete y media de la mañana, la bandera chilena flameaba en la cima del extraño cerro.

Decían que la resistencia peruana había sido muy fiera y que eso, sumado a los polvorazos, había enfurecido a tal punto a los infantes chilenos, que los oficiales relataban que los soldados parecían verdaderos demonios mientras trepaban en medio de la lluvia de miles de balas y las explosiones a ras de la superficie.

Los que se llevaron el peso del sacrificio fueron los del "Cuarto de Línea", que iniciaron el ataque y su comandante cayó herido de muerte en el combate que en total no involucró a más cuatro mil soldados, todos bajo el mando del coronel Lagos. Los otros fueron los del "Tercero de Línea", que atacaron por el lado del Fuerte Ciudadela, que cuando estaba siendo tomado por los "tercerinos", fue hecho volar por los peruanos, causando una enorme mortandad de chilenos y peruanos que estaban enfrascados en el combate. Allí me enteré que en ese episodio había muerto el subteniente Poblete, con quien habíamos compartido varias veces un vaso de vino, ya que era amigo del alférez Valenzuela.

El "Buin" también empleó sus hombres en la gloriosa y sangrienta batalla y perdió a muchos de los suyos.

Ese fue el panorama que pude armarme –ya terminando el 7 de junio de 1880– de la Toma del Morro de Arica, batalla de la cual quedé absolutamente ajeno.

Tres alféreces menos

El 8 de junio amanecimos con el puerto de Arica bajo la bandera chilena. En la mañana partimos de regreso a Tacna, quedando transitoriamente en Arica parte del Tercer Escuadrón.

Los granaderos que se quedaron en Arica se dedicaron –según supe después– en una revisión "casa por casa" para capturar a los soldados peruanos dispersos, en la que participaron junto con un Escuadrón del "Regimiento Cazadores" y varias compañías de infantes.

Los que regresamos a Tacna, tuvimos que cooperar en la penosa tarea de embarcar en el ferrocarril hacia Arica a gran parte de los heridos de la Batalla de Tacna, que seguían "hospitalizados" en el Mercado de Abastos y en el Teatro Municipal.

Los heridos de mayor gravedad, apenas llegados a Arica, comenzaron a ser embarcados con destino a Valparaíso y los menos graves fueron llevados al hospital ariqueño, que aunque pequeño, contaba con buenas instalaciones.

Durante el traslado, en el segundo piso del Teatro Municipal de Tacna, Polhamer ubicó a Ulises Barahona. Polhamer me llamó desde la distancia y concurrí a su lado, llenándome de pena y compasión el estado en que se encontraba nuestro compañero.

A esas alturas, Barahona –el otrora gigantón y macizo oficial– era solamente un atado de huesos, ya que había perdido por la deshidratación más de la mitad de su peso. Tenía las mejillas hundidas. Su color era igual que el de la esperma de una vela y sus ojos tenían como una tela opaca. No sé si nos conoció. Trataba de dar la mano huesuda, pero no era posible entender nada de lo que hablaba y creo que tampoco nos escuchaba ni veía. Estaba en una somnolencia delirante.

Con mucho cuidado y cariño, entre Polhamer y yo lo trasladamos a la estación de trenes y allí lo dejamos junto con decenas de heridos y enfermos con la esperanza que aguantara el viaje a Arica y de allí a la Patria, lo que nunca sucedió pues murió minutos después en ese mismo lugar. Esa fue la última que lo vi y con ese triste recuerdo me he quedado de ese hombre corpulento, vivaz y osado que conocí en los primeros tiempos en Jazpampa o Pisagua, ya que aunque sano de cuerpo, después de la Batalla de Tarapacá –en la que murió su hermano– su carácter cambió totalmente y se comportó siempre muy retraído.

Más de una semana continuamos dedicados a otra tarea muy ingrata, consistente en la sepultación de los miles de muertos peruanos y bolivianos que aún yacían en la planicie del Campo de la Alianza. Decenas de veces recorrimos palmo a palmo tan infesta llanura, pero como el tiempo transcurrido ya era mucho, era casi imposible tomar los cadáveres para sepultarlos, ya que se desmembraban por la natural descomposición.

Nunca sentí repulsión mientras cumplía la trágica tarea. Más bien me sentía invadido por una profunda pena de ver a tantos caídos, reducidos a despojos tan miserables. En esos días de sepulturero sentía permanentemente el cuerpo acalambrado, los ojos casi sin lágrimas y las mandíbulas rígidas. Solamente sentí un alivio de estos dolores cuando logré soltar el llanto en el abierto campo plagado de cadáveres. Nunca olvidaré que la pena más profunda la sentí cuando un grupo de hombres levantaba el cuerpo inerte de un infante chileno cuya chaqueta había

Militares chilenos sepultando a caídos en el Campo de la Alianza. Fotografía: Álbum Gráfico Militar de Chile.

quedado unos metros lejos del cuerpo, seguramente en un último intento de desvestirse para tratar de curar sus heridas. Algo me hizo revisar la chaqueta y encontré en la bocamanga un paquete muy chiquito de papel grueso y arrugado. Al abrirlo encontré unas tres o cuatro bolitas de colores y un pedacito de papel amarillento que decía "para que no se olvide de sus niños, ya que nosotros siempre lo estaremos recordando y esperando".

Creo que fue posible sepultar a unos cuantos centenares, pero después para evitar peligro de infecciones, vino la orden de apilarlos "como se pudiera" y rociarlos con kerosene y atracarles fuego. Así, durante unos dos días, ardieron en el Campo de la Alianza decenas de piras funerarias y por mucho que nos pusiéramos a resguardo del viento, el olor a aceite humano era muy fuerte y luego de penetrar en las narices se quedaba allí por semanas.

Por esa fecha, más o menos, se produjo un suceso importante, consistente en la recuperación del estandarte que el "Segundo de Línea" había perdido en Tarapacá, al caer todos sus escoltas defendiéndolo. Parece que a raíz de las confesiones de un prisionero se llegó hasta la Iglesia de San Ramón, en Tacna, no encontrándose nada en las naves ni altillos. Ante eso, los soldados pidieron al padre Ruperto Marchant, jefe de la Capellanía Militar, que revisara la Sacristía y allí, escondido entre un montón de ornamentos, estaba oculto el único trofeo que hasta ese momento habían logrado de nosotros los peruanos y bolivianos. Días después se hizo una gran ceremonia, en la cual se devolvió esta reliquia al "Segundo de Línea", en la cual no participé.

El grueso del Ejército permanecía estacionado en Tacna. En Arica estaban los regimientos "Buin", "Tercero de Línea", "Cuarto de Línea", una parte del "Lautaro", el "Cazadores" y parte de un escuadrón del "Granaderos".

El general Baquedano, que fue ascendido a general de división mientras estaba en Arica, regresó la última semana de junio a Tacna asumiendo el mando del grueso de las tropas.

Mi escuadrón, finalizando junio del 80, fue enviado a Arica, donde estuvimos acantonados unos días, en los que aproveché para conocer el ya mítico morro, de lo cual me arrepiento, ya que pasado casi un mes de la batalla, por todos los lados del gigantesco peñón salía un olor nauseabundo, que según decían eran de cientos de cadáveres aún insepultos que estaban en galerías subterráneas que unían a los fuertes peruanos.

Terminada esta breve estadía, el escuadrón quedó de guarnición en la Prefectura de Arica, pero destacados en Azapa, zona muy agradable y fértil, donde los caballos recuperaron su peso y estampa bien alimentados con pasto tierno y buena cebada.

"Carboncillo" otra vez se puso lustroso y su pelaje negro brillaba desde lo lejos. Si me acercaba cuando él estaba pastando, entonces inmediatamente levantaba la cabeza, dejaba de comer y trotaba a mi encuentro para comenzar a restregar su cabeza contra mi pecho, con mucha fuerza, y tenía que pararme bien firme para que no me botara con sus demostraciones de afecto.

Salvo algunos reconocimientos a Camarones y Lluta, nuestra estancia en Azapa fue relativamente plácida y nos permitió olvidarnos de las comidas secas, ya que mientras allí estuvimos nunca nos faltó la carne de cabro, buenos quesos, leche, lechugas, huevos, verduras y muchas frutas. Se aprovechó también ese tiempo para reparar sillas, estribos, riendas, atalajes, uniformes y para dejar todo el vestuario bien lavado y libre de pulgas y piojos.

Aquí comenzó otra etapa en la que percibí las falencias del mando que no supo programar futuras acciones –no necesariamente bélicas– para los miles de hombres acantonados en la zona. La inactividad fue haciendo mella en los espíritus. Después de tan grandes victorias, todo el Ejército estaba detenido, con su moral decayendo día a día, sin que se supiera de ningún nuevo avance, excepto algunas expediciones que se hicieron al norte hacia Chimbote, encabezadas por el comandante Lynch y en la que participó la compañía de "Granaderos" mandada por el capitán Larenas.

Se podría decir que todo ese tiempo, hasta comenzar julio, se aprovechó en la sepultación de los muertos y en despacho de heridos hacia Chile. Los cientos de heridos peruanos y bolivianos, eran enviados en vapores comerciales hacia el Callao. Fuera de estas actividades, todo el resto era simplemente el peligroso ocio.

La primera semana de julio de 1880 fuimos enviados a Pachia y estando allí supe por Valenzuela, que el General en Jefe visitó el infesto cantón de Pacocha, guardado por los novatos batallones "Valdivia" y "Caupolicán". Valenzuela me decía que de los dos batallones no se podía hacer siquiera una compañía, porque los soldados que no estaban tumbados por la fiebre estaban convaleciendo de ella.

En julio sucedió un hecho triste para nuestro regimiento. Todo comenzó cuando dos oficiales del "Lautaro", el capitán Chacón y un teniente cuyo apellido ignoro, acompañados por el cirujano del mismo batallón, se fueron a cazar guanacos hacia un lugar llamado Palca, en el camino a Tacora.

Dicen que al mediodía llegaron hasta una choza indígena para comerse sus raciones, siendo rodeados por una partida de guerrilleros encabezada por un cubano que llegó hasta allí por dato de un lugareño que vio aproximarse a los oficiales chilenos. Los guerrilleros dispararon en todas direcciones y el médico logró huir en su caballo y, aunque herido, pudo llegar a Pachia esa tarde dando aviso que los dos oficiales habían sido hecho prisioneros por la guerrilla. Esa misma noche

salieron de Pachia una compañía del "Granaderos" y otra del "Carabineros", en busca de los enemigos para liberar a los prisioneros. Una de las secciones del "Granaderos" iba a cargo de mi amigo Juan Esteban Valenzuela, con quien mucho había compartido en los últimos meses.

En el segundo día de búsqueda, Valenzuela desapareció y por más que lo buscaron por los valles aledaños, las quebradas, los montes y los cursos de agua, jamás apareció ni él ni su caballo. Se organizó entonces una segunda búsqueda, tanto de Valenzuela como de los oficiales del "Lautaro", en la que participamos unos doscientos jinetes, entre "Granaderos" y "Carabineros" y más de quinientos infantes del "Lautaro".

Estuvimos como una semana recorriendo todas esas serranías. Avanzamos con nuestros caballos por estrechos desfiladeros andinos casi inaccesibles, durmiendo a ratos durante el día y sin detenernos por las noches debido al intenso frío, ya que todas las cumbres estaban coronadas de nieve y hielo. Realmente nunca había pasado hasta ese entonces tanto frío como en esa semana, ya que aunque estábamos en invierno –que en Pachia casi no se notaba– al ir remontando la cordillera y en la misma medida que el aire se iba enrareciendo, no había poncho ni capote que protegiera y se vivía con las manos y la cara casi sin sentirlas.

Recuerdo haber llegado a villorrios que más parecían nidos de cóndores por las alturas en que se emplazaban, entre ellos uno llamado Estique, por donde arribamos creo que la tercera semana de julio. Sin embargo, el guerrillero cubano que se apellidaba Céspedes, había tomado una dirección opuesta a aquella en la que se le perseguía y se había retirado al poblado indígena de Ticaco.

Recorriendo senderos cordilleranos impensables llegamos hasta Turicachi, pequeña aldea situada en la cúspide de un gigantesco farellón rocoso. Con mucho sigilo rodeamos el mísero pueblo, situado casi entre las nubes, cuando de pronto fuimos recibidos a tiros. Allí había soldados peruanos que mientras huían disparaban desde la oscuridad. La lucha fue casi a ciegas, solamente alumbrados por la luna, en la cual los de caballería combatimos a pie, con nuestras carabinas Winchester, junto a los infantes. El tiroteo duró como dos horas y cuando amaneció vimos que había muerto un soldado del "Lautaro" y otros tres infantes estaban heridos. Los peruanos, por su parte, habían perdido unos treinta hombres, cuyos cadáveres se encontraban dispersos entre los roqueríos y se había logrado capturar a unos veinticinco entre ellos el jefe del destacamento, que se apellidaba Prado, igual que el Presidente de Perú.

Reunidos con el coronel Barbosa, regresamos a Tarata, donde paramos durante un día para dar descanso a hombres y caballos –afectados por la puna– y luego continuamos por caminos cubiertos de hielo a Ticaco, tras la huella de los fugitivos.

Oficiales del Regimiento Granaderos en Arica en 1880. Hilera superior, segundo de izquierda a derecha, alférez Tulio Padilla, cuarto alférez Cox, quinto alférez Balbontín, octavo alférez Vivanco y último de pie, alférez Varela. Hilera central de pie, primero alférez Urízar, segundo Dr. García, quinto alférez Polloni, sexto alférez Larraín. Sentados, de izquierda a derecha, teniente Temístocles Urrutia, capitán José Luis Contreras, sargento mayor David Marzán, coronel Tomás Yávar, teniente coronel Francisco Muñoz Bezanilla, capitán Rodolfo Villagrán y capitán Amador Larenas. Fotografía: Archivo Histórico del Ejército.

Como todos los reconocimientos fueron infructuosos, la columna inició su regreso a Pachia, con un alto a mitad de camino, en un vallecito muy fértil en el que pastaban cientos de ovejas, cabras, vacas y centenares de burros. En ese lugar estuvimos un día y realmente pudimos recuperarnos muy bien, ya que mientras los caballos pastaban con la alfalfa hasta la mitad de sus patas, los hombres comimos a destajo asados de ternera. Antes de partir hicimos un arreo muy grande, con al menos unas cien vacas unas treinta terneras, cientos de cabras y ovejas. Los quinientos infantes del "Lautaro" se hicieron de burros, y cual "Sancho Panza" cabalgaban tras los jinetes de "Granaderos" y "Carabineros".

El arreo fue obra de jinetes del "Granaderos" y de "Carabineros", que haciendo amplia gala de sus destrezas campesinas sacaron su fibra de huaso, guiando magistralmente el ganado hasta el campamento de Pachia, donde volvimos los últimos días de julio. Fuimos recibidos con algarabía por los soldados –que se mofaban de los lautarinos que montaban en burros– y que aplaudían el gigantesco arreo de animales que les servirían de alimentación en las próximas semanas.

Nuestra expedición había servido para expulsar por mucho tiempo a los peruanos hacia las serranías de Puno, también para traer alimento para todas las tropas por tres semanas. Además, habíamos dado muerte a una treintena de enemigos y capturado una cifra similar de prisioneros. Todo eso solamente con la pérdida de un soldado y cinco caballos. Sin embargo no pudimos develar el misterio del alférez Juan Esteban Valenzuela, de quien nunca más se supo.

Y así, el pequeño grupo de alféreces se había visto diezmado: Aspillaga en el Campo de la Alianza, Barahona en Tacna víctima de la fiebre palúdica y Valenzuela en las serranías al este de Tacna, extrañamente tragado por la tierra junto a su caballo.

CAPÍTULO 6

UNOS DÍAS EN CHILE Y DE REGRESO AL OCIO

Primer viaje a Chile

Apenas volví de esta expedición cordillerana fui citado por el comandante Muñoz, quien me informó que había recibido instrucciones del Comandante General de la Caballería para que enviara un oficial a Chile, para reunir cien soldados y ciento cincuenta caballos que se requerían con urgencia para las próximas campañas, considerando las bajas provocadas por la Batalla del Campo de la Alianza y las enfermedades.

El 12 de julio me embarqué en un vapor británico que hacía la travesía hasta Valparaíso. Como mi pasaje era de "cortesía" no tenían dispuesto para mi ningún camarote y, aunque era un oficial del país "dueño de casa", debí dormir en una toldilla de proa, pasando un frío terrible durante las tres noches que duró la navegación.

Cuando llegué a Valparaíso alcancé a darme una pequeña vuelta por el centro y muy pronto tuve que irme a la estación de Barón, para tomar el tren que luego de cinco o más horas me dejó en la Estación de La Cañada. Al pisar el centro de Santiago me sentí muy raro, ya que llevaba casi un año en el norte y creo que en mi imaginación había magnificado todas las bondades de la capital. Estaban los mismos pordioseros de siempre, los mismos vendedores de pequenes de toda la vida y parecía que nadie reparaba en este militar que venía llegando de la guerra.

Esa noche dormí en el cuartel de la calle Del Puente y muy de mañana, siguiendo las instrucciones, me fui a la Intendencia. Allí me indicaron que al día siguiente debería concurrir hasta el Cuartel de la Recoleta, donde me facilitarían los medios para el cometido de mi misión.

Al saber que disponía de un día libre pensé en ir a visitar a Clarita. No recuerdo claramente la razón por la cual deseché rápidamente la idea. Me fui al Mercado Central y almorcé una excelente cazuela y un congrio frito con ensalada de cebollas.

A medida que transcurrían las primeras horas de mi estadía en la capital me fui convenciendo que no me sentía bien en Santiago. El resto de la tarde la

pasé en el cuartel de la calle Del Puente que estaba ocupado por una sección de caballería cívica. Allí me entretuve mucho con los jóvenes soldados. Con respeto, pero atropelladamente, me tapaban a preguntas sobre mis experiencias en el norte y creo que disfruté mucho esa conversación con los reclutas.

Al día siguiente, tal como me habían señalado, me fui a La Recoleta y allí me explicaron que había problemas con la obtención de caballos y que en una semana me indicarían el método de conseguirlos. Respecto a los soldados, el empleado me indicó que estaban disponibles y que podría seleccionarlos la semana entrante en ese mismo lugar. Ante lo que consideraba una tremenda desidia, decidí irme a Melipilla ese mismo día, llegando a la casa de mi tío por la noche de un jueves. Debe haber sido el 18 o 20 de julio, lo que recuerdo porque estaba recién llegado a Santiago, cuando asistí a una misa especial en la Iglesia de la Veracruz por ser el día de La Señora del Carmen, que se celebra el 16.

Mi tío, su señora y los primos –que tenían diez y doce años– dieron extraordinarias y conmovedoras muestras de alegría cuando me vieron descender del coche de posta. Los chicos se apresuraron en ayudarme con mi maleta, otro me tomó el sable y el tercero mi quepí, mientras mi tío y mi tía me abrazaban llorando de alegría por verme. Fueron muy prudentes al preguntarme que es lo que quería que hicieran. Que estaban dispuestos a todo, desde una fiesta con todos los amigos y conocidos o simplemente dejarme tranquilo para que descansara. Les dije que me sentía tan bien, que estaba dispuesto a lo que ellos quisieran, siempre que no entraran en gastos desmedidos. Me llevaron al dormitorio que ocupaba antes de irme al Ejército y me mostraron que todas mis cosas estaban tal como yo las había dejado. Mi tía me trajo un baúl con mi ropa de civil, que tenía muy bien lavada y planchada y me pidió todos mis uniformes para dárselos a la lavandera. Me sentí muy raro vestido de paisano, ya que más de un año que vestía permanentemente uniforme militar, pero también me sentí muy cómodo y holgado.

Aunque estaba cansado con el viaje y quería dormir, los niños y también mi tío insistían en preguntarme atropelladamente miles y miles de cosas... qué se sentía en las batallas, lo que comíamos, de cómo dormíamos, de los paisajes... y cientos de otras preguntas. Traté de contestarles todo, pero siempre surgían más y más preguntas. Sin embargo, mi tío –que era un hombre muy criterioso– pidió que me dejaran tranquilo. Me dijo que si no estaba muy cansado, que me invitaba a dar una vuelta a caballo por el campo en la mañana siguiente, para que conversáramos.

Luego de una exquisita cena, en la que estuvieron también los chiquillos, pasé a mi dormitorio, siendo ésta la primera noche en un año que dormiría en una cama. El sueño se me espantó y pensaba en mis compañeros, en "Carboncillo",

al que había dejado muy bien recomendado a Polloni. Cuando pensé en Polloni me acordé que traía cartas para su familia, las que ya no podría entregarles hasta la semana venidera cuando volviera a Santiago.

Miraba todas mis cosas. Mis libros, mis recuerdos, mi ropa y pensaba que podría haber pasado con ellas si hubiera muerto en la batalla del Campo de la Alianza o en los otros combates en que había estado. No pude evitar pensar en esos cadáveres de San Francisco, siendo devorados por perros y me sentía muy agradecido a Dios y a la Virgen por estar vivo y bien de salud. Me recordaba de Valenzuela, de Aspillaga, de Barahona y de tantos otros que quedaron sepultados por esas resecas tierras nortinas, como también de los cientos de mutilados que vi padecer en los hospitales de sangre de Tacna.

Me costó mucho dormirme, pero al final lo logré y cuando desperté al día siguiente, vi el sol tan alto, que me asusté, ya que en el regimiento siempre me levantaba al alba.

Luego de asearme y vestirme salí hacia el comedor y allí encontré a todos sentados alrededor de la mesa que estaba servida. Pedí disculpas por la tardanza y mi tía me dijo que estaba muy contenta porque había podido dormir hasta las once de la mañana.

Más disculpas pedí al saber la hora, pero agradecí mucho el gesto de que todos me esperaran para desayunar y además me percaté que los chiquillos no habían ido a la escuela, para estar con el "tío que llegó de la guerra". Nuevamente me sentí invadido a preguntas y, calmadamente, traté de darles respuestas reales. Mi tío me dijo que considerando la hora no saldríamos a recorrer el campo a caballo. En el almuerzo no estuvieron los chiquillos, que comieron en la cocina con las dos empleadas de la casa. Tuve entonces la ocasión de poder responder a mis tíos aquellas preguntas a las que correspondían respuestas que por su crudeza no quise contestar antes delante de los chicos.

Y así transcurrieron los cuatro o cinco días que estuve con mis tíos en su campo al norte de Melipilla, sin olvidar el almuerzo de domingo, que fue un verdadero banquete, con una ternera asada al palo y con la asistencia de cuatro hacendados que eran mis clientes y que concurrieron con sus señoras. En esa ocasión mi tío me pidió que vistiera de uniforme, lo que hice con agrado, ya que estaba impecable, porque además de haber sido lavado, planchado con vapor y almidonado, olía exquisitamente... fueron las preocupaciones de mi tía con toda mi ropa.

Al lunes siguiente partí a Santiago, con mucha pena, ya que me di cuenta que esa era mi vida real ya que aunque no tenía ningún problema con la vida militar, la mía era ésta, la de un civil.

Llegado a La Recoleta cambió la mala impresión que me había dejado el empleado encargado de proveerme lo que venía a buscar a Chile. Este señor, que tendría unos cincuenta años, se apellidaba Sepúlveda, y era alto y gordo como un ropero. Fui descubriendo que era una excelente persona y muy gracioso además. Apenas nos reunimos empezó a buscar papeles y hacía unas anotaciones con su lápiz de carbón en lo que estuvo varios minutos. Finalmente me dijo: "mire amigo, le tengo cuatro lugares donde hemos reunido caballos. Yo mismo lo acompañaré y allí usted los elige y yo hago los papeleos para pagos. Vamos a ir al Llano del Maipo, después a La Dehesa y, si así y todo no ha completado la dotación, tengo dos buenos lugares en Colinas".

Al poco rato íbamos los dos cabalgando en dirección al Camino de Cintura para enfilar a los Llanos del Maipo, como llamaban a las tierras que van bordeando los faldeos de la cordillera hacia el sur. Llegamos hasta la hacienda "Bellavista", en la parte baja del fundo "Santa Sofía" del señor Walker en Lo Cañas. Allí había una serie de corrales con cientos de caballos recién domados y algunos más viejos.

Me metí a los corrales y comencé a mirarlos. Lo primero era ver su alzada y su estado de nutrición. A aquellos que me parecían bien les ponía un lazo en el cuello y los hacía caminar para ver si no tenían defectos en sus patas. Si pasaban esa primera prueba, ordenaba que lo sacaran del corral y lo echaran a un potrero que había al otro lado del camino.

Cuando hube apartado como sesenta caballos, me fui al potrero y pedí que me fueran ensillando cada caballo. Los montaba, veía su docilidad y su fuerza. Después les daba trotes, galopes cortos y también su capacidad de saltar, para lo cual empleaba como obstáculo una ancha acequia que cruzaba el potrero. De los sesenta dejé como la mitad y así seguí el resto del día hasta que cayó la noche y debimos interrumpir nuestro trabajo. Esa noche dormí en las casas patronales y muy de mañana, después de desayunar, ya estaba otra vez en mi trabajo de selección.

Antes de las cuatro de la tarde, ya tenía elegidos los ciento cincuenta caballos que se me había ordenado conseguir. Todos eran buenos y, por coincidencia, más de la mitad de ellos rocillos. Sepúlveda comenzó entonces a enlistar a los propietarios de los animales para efectuarles el pago en fechas posteriores y se procedió a marcarlos con el sello del Estado.

A la hora de la oración y con unos diez arrieros contratados por Sepúlveda, iniciamos el viaje al centro de Santiago, donde llegamos casi a la medianoche, dejando los caballos en el picadero y pesebreras del cuartel de la calle Del Puente.

Ya había cumplido la primera parte de mi misión, pero me faltaba entregar las cartas de Demetrio. Me fui a su casa, situada en la calle Del Molino, cerca del

cerro Santa Lucía. Su madre y sus hermanas se alegraron mucho y no me dejaron marchar sin antes invitarme a almorzar y muy bien, aunque no recuerdo con exactitud lo que comí.

Después se dieron su tiempo para escribir largas cartas y envolver pequeños presentes, que después por Polloni supe que eran camisas, jabones y lociones. La madre era muy simpática y las dos hermanas, que tendrían veinte y diecisiete años, eran bonitas, pero se mostraron demasiado tímidas, pero muy cariñosas y simpáticas.

En los días venideros, instalado en el cuartel de La Recoleta, me tuve que dedicar a la tarea más difícil, que era la selección de los soldados requeridos para llenar las plazas vacantes en los regimientos de Caballería que estaban en el norte. En esta tarea fue fundamental la ayuda de un estudiante de medicina, de apellido Saavedra, quien examinaba a los muchachos antes que yo los entrevistara, descartando así a los más débiles o que presentaban algunos problemas físicos o de salud.

Me fui dando cuenta, con el correr de las horas, que no tenían mucho entusiasmo por marchar al norte, por lo que me dediqué a motivarlos lo más que pude y traté de darle a cada uno un trato fuerte, pero cariñoso y amable.

Tardé como tres días en la formación del contingente, ya que a los seleccionados se les daban dos días para volver "ya despedidos de sus parientes" y pasar a la vida de cuartel. Sin embargo, cuatro de cada diez no regresaban al cuartel y había que continuar buscando nuevos reclutas.

Finalmente tenía a los cien reclutas acomodados en el cuartel y comenzó la instrucción militar básica a cargo de sargentos de infantería y luego la de caballería a cargo de cabos de escuadrones cívicos. Este entrenamiento mínimo duró como dos semanas, hasta después de la fiesta de la Asunción de la Virgen del 15 de agosto.

Yo permanecía todo el día observando la instrucción y dando mis opiniones y consejos y poco a poco empecé a distinguir a cada uno por su nombre y a conocer sus mañas y bondades. La mayoría eran campesinos de Colinas, Lampa, Batuco y Curacaví. Todos eran muy diestros para el caballo, por lo que el grueso de la instrucción se orientó a las formas militares, uso de armamento y disciplina.

El 20 de agosto partimos, cual compañía de caballería, hacia la Estación de Ferrocarriles de La Cañada, con nuestros caballos, equipajes y equipos, embarcándonos en un tren que salió a las siete de la mañana. Llegamos al puerto pasadas las tres de la tarde y, antes que anocheciera ya estábamos embarcados en el vapor "Santa Lucía".

Desembarcamos en Arica el 24 o 25 de agosto, siendo felicitado por el coronel Yávar por el buen cumplimiento de mi misión. Del total de soldados y caballos

que traje al norte, nuestro regimiento recibió treinta y cinco caballos y dieciocho soldados y los otros fueron destinados a "Cazadores", "Carabineros de Yungay" y a la artillería.

Al regresar, lo primero que hice luego de entregar a mis superiores el contingente de soldados y la caballada, fue ubicar a "Carboncillo". El noble caballo se alegró al verme y daba relinchos cuando todavía estaba a más de veinte metros de donde pastaba. Realmente Polloni me lo cuidó muy bien y creo que fue muy emocionante el reencuentro con mi corcel, que no cansaba de restregar su cabeza contra mi pecho en señal de cariño y amistad.

Desesperante inactividad

En conversaciones con los oficiales del "Granaderos", me enteré que salvo expediciones punitivas hacia el norte y las continuas exploraciones de las estribaciones cordilleranas al oriente de Arica y Tacna, las guarniciones chilenas estaban en una peligrosa inactividad.

Nadie sabía lo que se pensaba hacer. No había noticias oficiales de los planes del Gobierno y, además, escaseaban los víveres, el vestuario y rara vez se daban suples por todos los salarios adeudados a la tropa y oficialidad.

Todos esos miles de civiles reclutados seguían comportándose como gallardos soldados, cumpliendo todas las obligaciones de tales, mientras que el Estado –responsable de ellos– no cumplía las suyas, consistentes en pagarles sus míseros sueldos y darles adecuado vestuario, equipamiento y alimentación.

Así, las fatigas de las batallas, las heridas en el corazón y el ocio, fueron generando tensas relaciones entre los miles de hombres que ocupábamos las guarniciones de Arica y Tacna. Por charlas con algunos marinos que recorrían frecuentemente el litoral, me enteré que esto ocurría en todos los escenarios, desde Mejillones hasta Pacocha.

Eran "pan de cada día" las diarias y a veces fieras peleas entre los soldados, a golpes de puño o a cuchilladas, que muchas veces terminaban con heridos graves y en algunos casos hasta con muertos.

Uno de los sucesos más conocidos fue la muerte del capitán Barrera del "Cuarto de Línea", asesinado con un corvo por un cabo. Este oficial había sido felicitado por el general Baquedano por su heroísmo en la toma del Morro y al momento de su fallecimiento se estaba tramitando su ascenso a sargento mayor. El soldado fue fusilado luego de un Consejo de Guerra formado por comandantes de regimientos

y batallones acantonados en el distrito, en el que actué como secretario letrado, dada mi profesión de abogado.

Además de este tenso clima interno de las tropas, había que luchar contra la animosidad de los residentes peruanos de ambas ciudades, que no perdían ocasión de causar daño a los chilenos. Muchas veces se dio el caso de soldados que resultaron envenenados por comer en fondas peruanas y también muchos "asaltos" a soldados que andaban de franco, que en realidad más que asaltos eran verdaderas celadas que les tendían.

A eso había que sumar el constante insulto que las peruanas hacían a las tropas, tratando a soldados y oficiales de "mapochinos inmundos", "rotos" o "pililos". Las mujeres eran las que insultaban a viva voz, en todas partes y a toda hora, a sabiendas que por su condición femenina los soldados no las castigarían. Los hombres peruanos no se atrevían a hacerlo, ya que sabían que si lo hacían quedaban expuestos a ser molidos a golpes, atravesados por una bayoneta o, simplemente, recibir un tiro

Eso hizo que se redoblaran los patrullajes urbanos y las fuerzas de ocupación comenzaron a actuar con cada vez más dureza. Decenas de veces me correspondió el turno de estas "rondas de policía".

El Dieciocho del 80

Tanto debe haber sido el hastío que de esa época –salvo lo que he relatado– no conservo mayores recuerdos, los que retomo con las "Fiestas Patrias" de 1880.

El día dieciocho, muy de mañana, hubo Misa de Gracias en todos los acantonamientos, a los que asistieron la totalidad de los regimientos y batallones. Después de las misas, se realizaron desfiles en honor a nuestra Patria, en los que participaron todos los cuerpos, pero tanto en Arica como en Tacna, fueron opacados por los acosos, ataques, insultos y burlas provenientes de los peruanos.

Fui testigo como en algunas calles, donde había centenares de personas civiles observando los desfiles, desde los pisos altos lanzaban orina y huevos descompuestos sobre las tropas. En otros lugares, de más difícil control, las pedradas llovían sobre algunas compañías.

Y entre los malos recuerdos de aquella etapa, está el fallecimiento por una pulmonía el comandante del Regimiento "Chillán", Juan Antonio Vargas y Pinochet, que tendría a esa fecha unos setenta años. Este veterano oficial era un soldado hasta los huesos y se decía que llevaba en el Ejército más de cincuenta años y

que pese a su edad, había sobrevivido bien a los dos rozones de balas que recibió en el Campo de la Alianza, pero no se la pudo con la enfermedad. Su cuerpo fue embalsamado y despedido con honores para ser trasladado a Valparaíso.

Para matar el ocio y lo malo que de él proviene, a algunos empleados civiles de la Intendencia se les ocurrió organizar actos para entretener y distraer a las tropas. En un comienzo la idea fue muy resistida por los militares que se opusieron a "meter circos entre los soldados", pero terminó imperando esta propuesta, que hizo suya el Gobierno. Así fue como por ese tiempo comenzaron a llegar compañías artísticas de Valparaíso y Santiago que hacían representaciones de obras de teatro, títeres, acrobacia y recitaciones para las tropas.

A esas alturas de la guerra, ya llevaba casi veinte meses en el Ejército y justo un año en territorio enemigo. Con "Carboncillo" habíamos caminado ya más de cuatro mil kilómetros, habíamos participado en interminables marchas por campos, desiertos y altas montañas, como asimismo en varias escaramuzas y en una gran batalla.

También ya había perdido, arrancados por la muerte, a tres amigos y compañeros de grado y los recuerdos de la Patria eran cada vez menos frecuentes, ya que pareciera que por una autoprotección trataba de no sacarlos a flote y solamente pensaba en el hoy y rara vez en el mañana, pero nunca hacía planes que avanzaran más de una semana.

Estaba más flaco, pero más musculoso y mi bigote tradicional, que usaba desde poco antes de los dieciocho años, había sido reemplazado por una barba muy tupida con unos bigotes gruesos que caían con sus puntas hacia abajo. Mis manos estaban más callosas, gruesas y, al igual que mi cara, estaban negras por el sol que constantemente se derramaba sobre la piel.

Recordaba que en un año, con excepción de esos pocos días en Santiago, no había dormido nunca en una cama como Dios manda y que la mayoría de las noches las pasé en ese nido con el poncho, la frazada y el capote de diario, salvo una vez en Tacna, que lo había hecho sobre una cama de campaña.

Por esa fecha había recibido la décima o vigésima carta de Clarita y aunque todas las anteriores se las había respondido muy a voluntad, esa última que abrí poco antes del dieciocho, permanecía semanas en mi guerrera y algo me impedía responderle. Desde esa época, recibí una seis u ocho cartas más de ella, pero nunca le respondí. No sé lo que me pasaba. Probablemente quería cortar todo vínculo con lo que me agradaba o, quizá, ya no sentía nada especial por ella. Fue una tontera, pero así lo hice y eso ya no tiene vuelta atrás, sobre todo pensando en que jamás me perdonaría que hubiera ido a Chile y no la había visitado.

Recuerdo también que mis uniformes estaban gastados, especialmente en las sentaderas y en las entrepiernas, por el roce con la montura y ya no aguantaban más remiendos, ya que mi tía había hecho grandes esfuerzos para dejármelos lo mejor presentados posible, pero no pudo hacer milagros. Pero en mi caja de campaña mantenía siempre el uniforme de gala en inmejorables condiciones junto con un par de botas de monta prácticamente nuevas.

Y así llegó el 23 de septiembre. Esa mañana desperté nostálgico. La jornada transcurrió rutinariamente. Pasada la retreta me preparé para irme a acostar y, lo que más me llamó la atención fue que mi amigo Demetrio no me saludó sabiendo que estaba de cumpleaños. Estaba por acostarme cuando llegó a mi tienda Polhamer, diciéndome que el comandante Muñoz me necesitaba en su ramada. Me puse el quepí, el sable y partí rápidamente.

Cuando llegué al toldo del comandante Muñoz, vi a la luz de las velas y chonchones que había mucha gente allí y pensé que sería una reunión de emergencia. Al cuadrarme y solicitar "puerta franca" para ingresar, se escuchó el vozarrón carraspiento del comandante Yávar, quien me respondió algo así como "pasa hombre".

Al entrar vi que estaban todos los oficiales del "Regimiento Granaderos" y que había una mesa pequeña de patas plegables con vasos y jarros y unas botellas de vino y otras de aguardiente.

Yo no me atrevía a hablar y el primero que avanzó fue el comandante Yávar, quien me dio un abrazo y me dijo que la compañía de ellos en mi cumpleaños tenía que tomarla como la compañía de mi familia. Enseguida y mientras daba nerviosamente las gracias, todos me fueron abrazando y poco a poco comenzaron a circular los jarros y vasos con aguardiente y cuando todos estuvieron llenos el comandante Yávar hizo un brindis por mí, lo cual se lo agradecí muy emocionado.

Después venía la sorpresa. Habían preparado una cazuela de ave con todos sus ingredientes. La saboreamos lentamente, como si fuera el más preciado de los manjares, acompañando la deliciosa cena con vino tinto. Terminada la comida, el comandante Muñoz se acercó a mí con un envoltorio de papel blanco y me dijo que este regalo era a nombre de todos los oficiales del regimiento y me pidió que lo abriera. Era un magnífico pelero para la montura, de fieltro inglés muy grueso y de elegante color azul marino, con ribetes de hilo metálico y un pequeño sol dorado en los costados. Mientras daba las gracias, me explicaron que era un trofeo de guerra y que pertenecía al caballo de un coronel peruano que hicieron prisionero en Tacna.

La conversación duró hasta bien entrada la medianoche, momentos en los cuales conocí más de cerca a mis jefes. Yávar como Muñoz eran excelentes personas, de excelente trato y se podría decir que hasta cariñosos. Los dos eran buenos para los chistes, pero ambos con un vocabulario muy cuidado, pero afable, que permitía acortar las distancias naturales en la jerarquía militar.

Esa madrugada me retiré a mi tienda muy contento, llevando el hermoso pelero que "Carboncillo" usó desde la mañana siguiente. Después supe que fue Polloni quien contó de mi cumpleaños al capitán Contreras y él se encargó de prepararlo todo con el beneplácito del comandante del regimiento.

Para esa fecha, a fines de septiembre, mi ropa interior la tenía molida y percudida y, con un empréstito que me hizo Polloni, fuimos ambos a una cordonería de unos italianos en la Calle del Comercio de Tacna. Allí adquirí varias camisetas y calzoncillos, además de unas camisas blancas y varios pares de calcetines, que resultaron muy buenos, ya que me duraron bastante tiempo.

No obstante, me sentía muy cómodo en la campaña y en ningún momento reclamaba por la situación en que me hallaba ni me preguntaba cuanto faltaría para que terminara la guerra y creo que me daba lo mismo que durara unos meses o unos años más.

Me había hecho soldado en breve tiempo y al igual que los profesores, agrimensores, comerciantes, agricultores y estudiantes universitarios que conformaban más de la mitad de la oficialidad de mi regimiento, no sentía nostalgia de mi profesión ni de mi vida civil y me asimilaba perfectamente a la vida y obligaciones de un oficial de caballería. Tenía amigos de verdad, leales, sinceros, sin tapujos y podría decir que en el "Granaderos" se vivía como en una gran familia.

El "padre" bueno y autoritario era el comandante Yávar, los "tíos", duros pero juguetones y entretenidos, eran el comandante Muñoz y el sargento mayor Marzán y los "primos mayores", traviesos, a veces ostentosos de sus capacidades pero simpáticos y afables, eran los capitanes y tenientes más antiguos. Los tenientes más jóvenes y los alféreces formábamos una pandilla ávida de aventuras y emociones.

De nosotros dependía la gran parvada de hombres entre los dieciséis y cuarenta años de edad, la mayoría de ellos campesinos transformados en militares y el resto viejos soldados fogueados en las Campañas de Arauco. La tropa era tosca, a veces un poco rebelde, avezada, sin miedos, pero de corazón muy grande y noble. Esa era mi gran familia y me sentía muy a mis anchas en ella.

Nuestra alimentación

Por esos días comíamos mucho mejor que en los tiempos de Pisagua, Jazpampa, Catalina, Zapiga, Ite, Moquehua o Buena Vista. Excepto durante las misiones de exploración, casi no consumíamos las raciones secas de marcha.

En estos campamentos los almuerzos se servían entre las diez y once de la mañana y las cenas por lo general como a las seis y media de la tarde. Se llamaba a rancho mediante toques de corneta y se hacían largas filas de soldados por un lado y de oficiales, por otra, con sus platos de aluminio en las manos. Siempre se concurría a este ritual con la cara y las manos bien lavadas y a cabeza descubierta, lo más peinado posible.

La comida la preparaban empleados encargados del rancho y consistían en cazuelas, charquicán, porotos, lentejas, garbanzos y, al menos una vez por semana, los famosos "valdivianos", que eran unas sopas con papas y charqui, muy sazonadas, que caían muy bien especialmente por las tardes cuando empezaba a refrescar.

En esos largos días de campamento aprendí bastante respecto a la alimentación, ya que me correspondió durante varias semanas ejercer el rotativo cargo de "ecónomo" de mi regimiento. Esta función consistía en verificar la existencia de las raciones de campamento y de marcha para la gente de la unidad y también supervisar que se expendiera el rancho a nuestra gente, conforme a las disposiciones de la Intendencia.

Así fue como supe que había raciones "tipo", iguales para todos los oficiales y soldados del Ejército.

Recuerdo, por ejemplo, la denominada "Ración Diaria de Marcha", pero que por razones de escasez, no siempre se entregaba completa. Esta ración se componía de quinientos gramos de charqui, doscientos gramos de harina tostada, las famosas "galletas" en cantidad de quinientos gramos. Todo ello se complementaba con diez gramos de ají seco y ciento cincuenta gramos de cebolla.

Existía también en los reglamentos lo que se llamaba "Ración Diaria Seca de Campamento", que idealmente debía constar de trescientos cincuenta gramos de porotos burros, doscientos cincuenta gramos de charqui de caballo, doscientos gramos de harina tostada, una galleta de doscientos cincuenta gramos, diez gramos de ají seco, diez gramos de sal, cien gramos de grasa y ciento cincuenta gramos de cebolla.

El tercer tipo se denominaba "Ración Diaria Fresca de Campamento", que debía ser de quinientos gramos de carne, ciento veinte gramos de arroz, cien gramos de cebolla, cincuenta gramos de grasa, doscientos gramos de papas, diez gramos de ají

seco, diez gramos de sal, una galleta de doscientos cincuenta gramos, doscientos gramos de harina tostada, treinta gramos de azúcar y diez gramos de café.

Sin embargo, cuando se repartían las "raciones de marcha", nunca alcanzaban las existencias para entregar todo lo que correspondía y siempre faltaban uno o más artículos. También sucedía que para algunas expediciones se entregaban raciones para tres días y la marcha duraba cinco o diez días, lo que nos obligaba a recurrir a los productos existentes en la zona.

Era habitual entre la oficialidad y los soldados, la formación de "carretas", consistente en la reunión de grupos de amigos para servirse la comida que nos daba el rancho o las raciones de marcha, que en común eran mejoradas con lo que cada cual mantenía como "economía" o lo que había podido conseguir en los alrededores. Esta contribución iba desde unas hortalizas, frutas, un trozo de carne que asábamos en fogata, hasta una botella de vino.

Después de terminar, cada cual lavaba su tacho y utensilios y los guardaba en su morral. Los rancheros solamente se encargaban de lavar los cucharones y las grandes marmitas u olletones de fierro en los cuales se efectuaba la cocción.

Yo era un "carnívoro absoluto" y mis momentos de mayor dicha eran cuando había carne –y mucho mejor si era asada– aunque nunca le hice el quite a las otras comidas, ya que sabía que lo que podía despreciar hoy lo podría estar añorando mañana.

Para la caballada, el alimento diario reglamentario eran nueve kilos de alfalfa y tres kilos de cebada, aunque ésta última se reservaba más para las marchas, ya que con menor volumen tenía mayor valor alimenticio y daba más energía a los caballos.

A los caballos se les alimentaba por la mañana muy temprano y al atardecer y siempre se estaba pendiente de ellos, para que estuvieran en las mejores condiciones. Asimismo se les mantenía, en lo posible, con permanente agua fresca. Al igual que todos, yo cuidaba mi caballo casi más que a mí mismo, ya que existía conciencia que de él dependía nuestra vida.

A comienzos de octubre del 80 hice un prolijo herraje a "Carboncillo", dejándole sus pezuñas como de potrillo y consiguiendo que el herrero ajustara casi milimétricamente las herraduras a sus nobles cascos. También le tusé la melena y la cola, no en demasía, pero en realidad quedó precioso. Cuando lo ensillé parecía el caballo de un general con el pelero de fieltro azul marino ribeteado de hilos metálicos dorados que me había regalado la oficialidad del regimiento.

La segunda semana de octubre regresó al Cantón de Tacna y Arica el ministro don José Francisco Vergara, quien llevaba ya su par de meses en Santiago, seguramente

discutiendo el futuro de las operaciones. De ahí no tengo muchos recuerdos, solamente las grandes rondas en la ciudad de Tacna y algunas exploraciones a las estribaciones cordilleranas, en las que siempre teníamos la esperanza de encontrar aunque fuera el cadáver del alférez Valenzuela.

La vida en el campamento se estaba agitando poco a poco, ya que desde los primeros días de noviembre comenzaron a llegar más tropas de reemplazo desde Chile. La mayoría de estos reclutas tenía menos de veinte años de edad y casi la mitad de ellos provenientes del campo, ya que los de las ciudades se habían enganchado en los primeros meses de la guerra. Ellos venían a suplir las grandes bajas que los cuerpos –especialmente de la infantería– sufrieron en las batallas del Campo de la Alianza y en la de la Toma del Morro de Arica, como asimismo, la inmensa cantidad de enfermos, muchos de los cuales debieron ser devueltos a Valparaíso para siempre.

Muchos batallones fueron reforzados hasta alcanzar la categoría de regimientos, especialmente de los cívicos y comenzaron a llegar equipos, vestuario y pertrechos.

Los batallones cívicos no tenían más de un cinco por ciento de oficiales y sargentos profesionales y se componían casi en forma absoluta de civiles voluntarios y forzados al enganche. Esto se veía en menor proporción en los regimientos de línea, como el mío, en los cuales dos tercios éramos paisanos hechos soldados en forma más rápida que un huevo frito.

La mayoría de los regimientos recibió municiones, armas para completar sus dotaciones, caramayolas, morrales, fornituras y otras especies. También en esas semanas se unificaron las municiones de los fusiles Grass y Comblain que empleaba la infantería. Por su parte, toda la caballería y artillería quedó equipada con la carabina Winchester Modelo 1876 como arma reglamentaria, retirándose las Spencer y Winchester Modelo 1866 que aún quedaban entre las tropas, las que fueron entregadas a las unidades cívicas del Ejército del Centro.

Se comenzó a notar una preocupación gubernamental para sacar al Ejército de la inactividad casi total en que estábamos desde junio, con excepción de una expedición de combate que se hizo al norte, en la cual afortunadamente fui comisionado.

CAPÍTULO 7

BAJO EL MANDO DE UN GRAN MARINO

Preparativos

La segunda semana de noviembre regresó a Arica el Escuadrón que al mando del comandante Muñoz y del capitán Larenas formó parte de la expedición encabezada por el comandante Patricio Lynch al norte del Perú, por el lado de Chimbote, que causó mucho daño y temor entre los peruanos.

Fue apoteósica la llegada a Arica de la expedición de Lynch y de nuestros ciento y tantos compañeros del "Granaderos" que recorrieron toda la zona norte del Perú. Venían acompañados por centenares de "cullies" –esclavos chinos– que se habían plegado voluntariamente a la fuerza chilena, sirviendo en tareas auxiliares, los que con sus estandartes tan extraños daban un aire muy especial a la brigada.

Además traían un amplio botín, parte de él visible, como por ejemplo más de tres mil sacos de azúcar, unos mil sacos de arroz y medio millar de fardos de algodón. Pero su botín era mucho más valioso que lo que veíamos descargar en el puerto. Los oficiales del "Granaderos" que regresaron de dicha expedición comentaban que venían muchas cajas y canastas con cientos de piezas de platería, miles de libras esterlinas, muchos pesos de plata, millares de soles y documentos canjeables por su valor en oro, que serían enviados a las autoridades de Santiago para el sustento de la guerra.

A esa fecha se estaban juntando en el puerto de Arica muchos barcos, especialmente transportes, lo que dio respaldo a todas las conversaciones entre oficiales que hablaban de la continuación de la guerra hacia el norte.

Uno de esos días, que estaba franco, me fui en el tren de Tacna a Arica a mirar un poco la ciudad y comprobar con mis propios ojos los movimientos que se comentaban. Caminé hasta el embarcadero y cuando estaba distraídamente mirando los movimientos de descarga descubrí al general Manuel Baquedano que se detuvo a unos dos o tres metros desde donde yo estaba, reprendiendo a un capitán. El Comandante en Jefe se veía más bien menudo y el color bronceado de su cara contrastaba con su cabello que era absolutamente blanco.

El general le decía al capitán que no lo siguiera jodiendo para irse con unas semanas de licencia a Santiago cuando estamos a punto de empezar a darle a los cholos nuevamente. Pensé en las ganas que tendría ese oficial de ir a Chile que se había atrevido a hablar con el Comandante en Jefe y me dio pena al comprobar que a mí me había dado lo mismo el haber podido estar más de un mes allá.

Seguí mi paseo por el muelle y sus alrededores y todo estaba atestado de tropas y bagajes, al igual que en Tacna. En realidad tenía que ser así, considerando que nuestras tropas sumaban más o menos cuarenta mil hombres entre todas las guarniciones y en el cantón de Tacna y Arica debían haber más o menos unos treinta mil, contando a la gente de la Intendencia, de las Ambulancias, Bagajes y otros auxiliares.

Embarcados

La segunda semana de noviembre de 1880 nuestro regimiento tuvo una revista exhaustiva de todo el equipo, caballada, armamento y estado de la tropa. Allí, por boca del comandante Muñoz, supimos que a partir de ese momento quedaban caducados todos los permisos francos y que pasábamos a ser parte de la Segunda Brigada de la Primera División del Ejército, que estaba al mando del coronel Amunátegui.

Esta Brigada estaba formada además del "Granaderos" por los regimientos "Cuarto de Línea" y "Chacabuco"; por los batallones movilizados "Melipilla" y "Coquimbo" y por dos grupos de Artillería al mando del comandante Salvo.

Dos días después, muy de mañana, nuestro regimiento estaba formado en Arica y al acercarnos al puerto vimos un espectáculo majestuoso, ya que en la bahía habrían a lo menos treinta y cinco buques a la gira, para embarcar no solamente a nuestra Brigada sino que a todo el Ejército de Operaciones, que constaba de unos treinta mil soldados.

En los muelles, plazas, callejuelas y explanadas se apilaban las carretas, mulas y cientos de grandes cajones de los Servicios de Ambulancias, del Parque, del Servicio de Bagajes, los arrieros, bueyes, piezas de artillería, cientos de caballos y, por supuesto miles de hombres.

Para variar estábamos juntos con Demetrio Polloni admirándonos ante tal despliegue y de pronto se quedó callado y mirándome seriamente me dijo acaso yo no pensaba que podríamos ir derechito hacia la muerte, ya que él estaba convencido que los peruanos defenderían con fiereza su territorio central. Yo le respondí que creía que sí, que ese riesgo era muy grande, pero que sentía un presentimiento de

que todo andaría bien. Y Polloni me dijo, pregúntale a tus presentimientos acaso a mí me irá ir bien también. Le respondí que sí, que sentía que no le ocurriría nada malo, aunque para mis adentros presentía que el no terminaría vivo esta guerra. Y con su humor negro tan típico me respondió:"Qué va, y yo que pensaba llegar a Chile con una pata de palo para no tener que trabajar en nada, pero confío en lo que me dices, porque siempre eres muy acertado en tus presentimientos". Estábamos en esa conversación, cuando un civil de unos treinta y tantos años, con traje de viaje muy elegante y sombrero de tipo explorador, se acercó a Polloni y abrazándolo lo saludó muy efusivamente y le decía que le alegraba mucho verlo. Junto con responderle que estaba muy bien, Demetrio me presentó al recién llegado y me dio su nombre: Hermógenes Pérez de Arce.

Demetrio le preguntó a don Hermógenes que estaba haciendo en la guerra y él le contestó muy orgulloso que había dejado el cargo de intendente de Lebu y que ahora estaba a cargo de la Intendencia General del Ejército. Luego de ofrecernos su ayuda ante lo que pudiéramos necesitar se despidió cariñosamente de nosotros, diciendo que tenía miles de cosas por supervisar.

Cuando Pérez de Arce se hubo marchado, Demetrio me contó que él era un antiguo amigo de su familia y que era un empleado público muy prestigiado.

Ese día lo pasamos entero en los alrededores del muelle, pero durante la jornada solamente se embarcaron el "Atacama", el "Segundo de Línea" y parte del Parque, Intendencia y Ambulancias.

El general Baquedano, junto al ministro Vergara y los jefes de Estado Mayor, verificaban todas las actividades, mostrando satisfacción por la facilidad de embarque de los hombres a través de tres muellecitos adicionales que se habían construido para tal efecto. En esa larga espera y en los intercambios de opiniones con oficiales de otros regimientos, nos enteramos que la Primera División se embarcaba para Pisco y debía hacerse fuerte en la zona, mientras en un par de semanas más llegarían al mismo puerto las restantes divisiones.

Esa noche y la siguiente debimos vivaquear en una playa situada unos mil metros hacia el norte del pueblo, ya que en la segunda jornada de embarque se subieron a las naves los hombres del "Cuarto de Línea", del "Coquimbo" y del "Chacabuco" y eso que las faenas se realizaban desde las cinco de la mañana y hasta pasadas las nueve de la noche.

Por fin, al tercer día de operaciones portuarias, le tocó el turno al "Granaderos". Esta vez fue mucho más fácil el embarque de nuestros caballos, ya que habían diseñado unos lanchones planos que dejaban varados y a los cuales hacíamos entrar sin muchos problemas a nuestras cabalgaduras.

Fue al anochecer del 14 de noviembre cuando nuestro regimiento estuvo a bordo, produciéndose el zarpe de la flotilla al mediodía del día siguiente.

Nuestro "Granaderos" iba dividido en dos buques mercantes. El Primer Escuadrón y parte del segundo en el "Excelsior", donde se embarcaron el coronel Yávar y el sargento mayor Marzán. El resto del Segundo Escuadrón y el Tercer Escuadrón íbamos en el transporte "Julia" y con nosotros viajaba el comandante Francisco Muñoz Bezanilla, como oficial más antiguo.

Desembarco en Paracas

Un día y medio de navegación bastó para llegar, pero no a Pisco, sino que a Paracas. Allí desembarcamos dos compañías de "Granaderos" y la Artillería de Marina al mando del capitán Rojo.

Apenas ensillamos nuestros caballos, iniciamos una exploración divididos en tres grupos, siguiendo el litoral hacia el norte, hacia el sur y el otro grupo hacia el interior.

Paracas era en realidad una simple caleta pesquera y se usaba esa pequeña península, según supe después, para que los veleros se guarnecieran de los temporales, ya que tenía una bahía que aunque fangosa, era muy abrigada.

Cruzando ese desierto, cuyo nombre he olvidado, se podía llegar hasta el pueblo de Ica –que días más tarde conocí– que era pródigo en ricas viñas de las cuales sus habitantes destilaban el mejor aguardiente que probé en mi vida.

Pisco

Todo el recorrido que no tardó más de un día concluyó en Pisco, luego de una plácida cabalgata que me regaló mi fiel amigo "Carboncillo", que ya era un caballo experimentado y excelente soldado, aunque muy regalón ya que no perdía oportunidad de ser mimado por su jinete. Los defensores de la plaza huyeron a las primeras descargas de artillería de los buques de la Escuadra, dejando el campo abierto.

Pisco era muy bonito, amplio, con arenales pero también tierras muy fértiles, con viñas y palmeras hacia los cuatro puntos cardinales. Hacia el sur se extendía un amplio desierto muy arenoso, que no logró impresionarme después de llevar más de un año cabalgando por los más resecos páramos que Dios hubo creado.

Era un pueblo más bien pequeño, muy parecido en diseño y arquitectura a San Felipe o Melipilla, con la mayoría de sus construcciones de un piso, bastante antiguas y, sobresaliendo, tres o cuatro iglesias centenarias.

El puerto, propiamente tal, se emplazaba a unos mil quinientos metros de la urbe y se llegaba hasta él por un camino de tierra muy bien apisonada, bordeado de sauces y álamos, tal como los caminos campestres del centro de nuestro país. Al llegar al puerto era impresionante el contraste, entre las pocas y precarias construcciones que allí había con el muelle, que se perdía en el mar, ya que debe haber tenido casi unos quinientos metros de largo, debido a la poca profundidad de la mansa bahía.

Mientras recorría Pisco con mi sección, me enteré que los defensores de ese enclave peruano no aceptaron la petición de rendición ofrecida por nuestros jefes y declararon que lucharían hasta el último hombre, pero a la hora de los quihubos, cuando se dispararon los primeros tiros, huyeron despavoridos.

El desembarco de la Primera División duró hasta el día siguiente, cuando por la tarde se formaron todas las unidades en la larga playa. Los hombres del "Coquimbo" y del "Chacabuco", al mando del comandante de este último cuerpo, quedaron de guarnición en el puerto.

Mientras el general Villagrán acomodaba a todos los cuerpos y comenzaba la organización para asegurar la zona, el comandante de nuestra Brigada, el coronel Amunátegui, inició un avance hacia Ica. De esa partida fuimos el Segundo Escuadrón del "Granaderos", más dos batallones del "Cuarto de Línea" y algunas piezas de artillería de campaña.

Como el 23 de noviembre llegamos a Ica, pero contrario a lo que esperábamos, no encontramos resistencia, ya que llegando nuestras avanzadas al pueblo comenzaron a huir los defensores de esa plaza.

No sé mucho de lo que pasó en Pisco u otros lados mientras nosotros ocupábamos Ica, pero después me enteré que una compañía del "Granaderos", al mando de Padilla, ocupó el poblado de Cauca, regresando a Pisco con una pléyade de chinos que aprovechando la llegada de los chilenos se habían rebelado contra sus amos peruanos, que los tenían esclavizados. Estos chinos, que luego fueron sumándose por centenares al Ejército, realizaban tareas auxiliares y eran de mucha ayuda.

También me enteré que por fines de noviembre, el comandante Yávar, con un escuadrón reforzado ocupó los poblados de Chincha y la caleta de Tambo Mora, también sin encontrar mayor resistencia.

Supe que en Chincha, los "Granaderos" capturaron al prefecto de Pisco, que estaba escondido en unas casuchas y que fue hecho prisionero y trasladado a Pisco, pero por un descuido de los centinelas se suicidó degollándose con una cuchilla marinera que tenía escondida en su ropa interior.

A partir de los primeros días de diciembre yo estaba de regreso en Pisco y pude enterarme de la llegada de las demás divisiones, tanto a este puerto como a Chilca y luego a Curayaco. Impresionaba ver como se estaba reuniendo un ejército de más de treinta mil hombres en estos valles, que eran bastante mejores que aquellos de Moquehua, ya que eran mucho más sanos y libres de pestes y fiebres.

Con Patricio Lynch

El 13 o 14 de diciembre el regimiento se reagrupó en Tambo Mora y bajo el mando del comandante Lynch, los "Granaderos" con nuestro coronel Yávar a la cabeza, iniciamos una expedición hacia los aledaños de Lima.

El cuerpo expedicionario, además de nosotros, estaba formado por el "Segundo de Línea", "Atacama", "Talca", "Colchagua" y la "Artillería de Marina", con un total de unos cinco mil hombres.

La Brigada se dividió en dos destacamentos. El primero, con Lynch a la cabeza, lo formábamos nosotros, junto con el "Segundo de Línea", el "Talca" y parte de los artilleros navales. El segundo destacamento quedó al mando del coronel Martínez y se componía del "Atacama", "Colchagua" y los restantes artilleros navales.

Nada puedo decir de lo que fue la marcha del segundo destacamento, pero del nuestro recuerdo la sorpresa que sentí cuando nos designaron vanguardia de la columna que se adentraba en territorio enemigo, acercándose a su capital. Sin embargo éramos una vanguardia muy "sui generis", ya que llevábamos nuestra propia vanguardia, formada por los chinos que entusiastamente se plegaron a nuestras fuerzas.

Los orientales –en su mayoría– vestían pantalones y calzados normales, pero usaban sus chaquetillas de seda negra características de China. Muchos iban armados con fusiles Peabody y carabinas Spencer que habían arrebatado a los peruanos. Esta agrupación de chinos la mandaba, si así puede llamarse, un capitán honorario de apellido Villarroel.

El capitán honorario Villarroel

Recuerdo que Villarroel era un hombre muy especial. Era un civil con más agallas que el mejor soldado. Un aventurero con mil historias muy apasionantes. Estaba accidentado y usaba muletas, pero era el mejor desactivador de explosivos del Ejército y ese era su papel en la vanguardia de las fuerzas chilenas.

Hablaba fluidamente, además de leer y escribir correctamente los idiomas inglés, francés, portugués, alemán, italiano y mandarín y, por esta última razón, es que el comandante Lynch lo nombró jefe de la Brigada de Chinos, ya que era el único que podía entenderse con ellos.

En estas jornadas conversamos muchas horas y me maravillaba escuchar sus andanzas. Recuerdo que Villarroel –que ya había sido apodado por los periodistas como "Capitán Dinamita" por su habilidad en desactivar cargas explosivas– había nacido en Chiloé. En 1850 se fue al Perú, participando en la expedición militar al Ecuador, donde se quedó unos años dedicándose al comercio.

Después viajó por Estados Unidos, Europa, China, México, Brasil y Argentina. Se encontraba de regreso en Chile, cuando en 1863 ocurrió el incendio de la Iglesia de la Compañía. Salvó muchas vidas. Figuró entre los fundadores del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Refiriéndose al incendio del Teatro Municipal ocurrido en 1870, Villarroel contaba –con lujo de detalles– que el siniestro se había originado después de una función de la cantante lírica Carlota Patti, luego que el telón, al caer, rompió con sus extremos una cañería de gas de alumbrado, generándose gigantescas llamas que en poco rato se extendieron a todo el teatro.

Villarroel recordaba que estaba junto al teniente Germán Tenderini y Santos Quintanilla, empleado del Teatro, cuando se vino abajo el techo ardiendo. Cuando el incendio fue sofocado, los voluntarios pasaron lista. Los únicos que no respondieron fueron Tenderini y el teniente primero Villarroel. En la mañana siguiente, mientras removían los escombros, encontraron los cadáveres de Tenderini y Quintanilla... "y a mí a unos pocos metros de distancia, pero estaba atontado nomás", decía con sencillez Villarroel.

"Pero esto se lleva en la sangre –decía Villarroel– porque estando en Nueva York presencié cómo se declaraba un incendio en lo alto de un edificio. El fuego avanzó amenazando abrazarlo todo. De pronto, en una ventana de los pisos superiores apareció una mujer pidiendo socorro con dos niños en sus brazos. Los curiosos allí congregados, pese a su desesperación, miraban impotentes ese desgarrador cuadro, sin atreverse a tomar ninguna determinación. En ese instante, pedí un trozo de género, lo empapé en agua y con él me envolví el pelo e ingresé

al edificio llevando consigo en mi mano otro pedazo de trapo saturado en agua. Transcurrieron algunos minutos y cuando los curiosos comenzaban a temer lo peor, en medio de un grito de asombro, aparecí conduciendo, sana y salva, a la mujer y sus dos hijos".

"Como si eso fuera algo muy importante –contaba Villarroel– los diarios me calificaron como héroe civil y el condado me premió como ciudadano ilustre".

Bueno, saliendo de este paréntesis con "El Capitán Dinamita", con quien mantuve amistad por muchos años y que seguramente más adelante nuevamente recordaré, vuelvo a la descripción de los chinos que llevábamos en esta expedición.

Además de ir armados y de llevar extraños gallardetes y pendones de seda, arrastraban consigo mulas y bueyes, ya que voluntariamente se habían encargado de procurar el rancho para todo el destacamento.

Esos chinos eran un enjambre de abejas. Se movían rápido, hablaban entre ellos solamente en su idioma y eran muy solícitos con nosotros, ayudándonos en todo lo que podían. En varios de los descansos conversé con uno de ellos, cuyo nombre nunca retuve, que debía tener unos cuarenta años, aunque era bastante difícil calcularles su edad. Me decía que era nacido a las orillas del Yang Tze y que había llegado al Perú cuando tenía menos de quince años y que estaba muy contento de servir a los chilenos, porque los peruanos eran muy crueles con ellos.

Nuestra primera jornada terminó el día 16 o 17, en un lugar llamado Jahuey. Allí pernoctamos y descansamos toda la mañana del día siguiente, para reanudar la marcha luego de un suculento asado de toro, ya que en esa zona había muchos toros alzados, salvajes, varios de los cuales fueron cazados a balazos y sirvieron para nuestro deleite.

Era impresionante como los soldados sabían faenar un animal en pocos minutos, demostrando con ello que eran campesinos de tomo y lomo. En este caso, luego de sacrificar el toro, lo colgaron en una "pata de cabra" hecha con tres troncos y, entre cuatro, procedieron a descuerarlo y despostarlo con una habilidad increíble.

Recuerdo que cuando estábamos en el asado –que compartimos casi todos los oficiales del regimiento– Hermosilla, que por esos días formaba en la misma compañía que yo, dijo que le parecía tan extraño estar en esos parajes tan desconocidos, compartiendo con tan buenos amigos, que casi se olvidaba que estábamos peleando una guerra. Ante sus palabras me tranquilicé, ya que casi siempre –mientras cabalgaba– pensaba que yo era el único que tenía esos sentimientos, pero ahora me daba cuenta que eran compartidos.

Mientras disfrutaba de la dura pero sabrosa carne, miraba hacia donde vivaqueaba el destacamento, que serían algo así como dos mil seiscientos hombres

que se veían más bien como una caravana de gitanos, reconocibles como soldados solamente por los uniformes y las armas.

Esto, porque además de lo pintoresco de los chinos, que semejaban hormigas atendiendo a sus libertadores, por todos lados se veían toldos hechos con hojas de plátanos, ranchas levantadas en segundos con cañas de azúcar y los soldados llenando cuando canasto o bolso habían encontrado en la comarca, con todos los frutos, la mayoría de ellos muy poco conocidos en Chile.

Después de este rico alto, la tropa con el comandante Lynch a la cabeza inició su marcha, muy entusiasta, ya que se había logrado comer muy bien, refrescarse y hasta echar una siesta.

Durante toda la tarde y adentrada la noche continuamos nuestra ruta paralela a la postación telegráfica, avanzando hacia el norte, en dirección al valle de Cañete. Aprovechábamos las horas de frescor para avanzar, ya que por la época del año el calor y la humedad fatigaban mucho a la tropa y los caballos.

El régimen de marcha, para todos, era avanzar dos horas y veinte minutos de reposo.

Ya estaba por amanecer y había bajado la típica camanchaca. Nuestro escuadrón, con el comandante Yávar al frente, iba adelantado unos dos mil metros de los infantes, artillería y chinería, aproximándonos con mucho sigilo a los farellones rocosos, con angostos senderos que marcan la entrada sur del valle de Cañete, en un lugar llamado Herbay.

Combate en Herbay

En la adelantada en descubierta iba el alférez Daroch y unos quince soldados y nosotros cabalgábamos unos quinientos metros más atrás. Al acercarse a un paso muy estrecho, la sección del "Granaderos" fue atacada a balazos por peruanos que se ocultaban tras las gruesas pircas de piedra.

Las cerradas descargas mataron de inmediato cinco caballos, y repelimos a los ocultos atacantes con nuestras carabinas. Sin embargo, los infantes peruanos lograron herir a un soldado nuestro y luego se retiraron dejando tirados varios heridos suyos.

Fue en ese momento en que una compañía de caballería peruana se lanzó sobre nosotros en medio de la oscuridad, ante lo cual nos trabamos en un combate a ciegas debido a las tinieblas. Este enfrentamiento debe haber durado unos pocos minutos, ya que los adversarios huyeron en dirección a Cañete, dejando varios muertos en el campo.

Por los heridos hechos prisioneros, nos enteramos que nuestros adversarios eran guerrilleros y soldados del "Cazadores de Rímac". Cuando entramos en Cañete no quedaba soldado alguno por los alrededores, a sabiendas que no les perdonaríamos la emboscada que nos habían tendido.

En la casa de O'Higgins

Recorriendo ese fértil valle, sentí una emoción muy intensa cuando con una patrulla de exploración me aproximé a las casas de la Hacienda de Montalván, muy cercana al pueblo de Cañete, donde pasó sus últimos días don Bernardo O'Higgins.

Después de estar una media hora recorriendo los alrededores de las casas patronales y mientras observaba los amplios corredores con largas bancas de añosa madera de nogal, pensaba cuantas veces habría estado allí sentado O'Higgins, pensando en la ingrata y lejana Patria, mientras esperaba que le llegara la hora de irse de este mundo.

Vuelto al regimiento, Polloni me dijo "los cholos son unos maricas, porque en vez de pelear estaban inundando todo para que nos empantanemos". Y vaya que tenía razón, porque habían desviado todos los canales de regadío hacia el valle para impedir nuestro avance.

Sin embargo, la estratagema de los peruanos no les dio resultados, ya que parece que aún no nos conocían bien y, con el barro a veces hasta la cintura, seguimos avanzando toda aquella noche, llevando nuestros caballos de tiro, para que no se quedaran pegados en el lodo con el peso de nuestros cuerpos.

Por la madrugada del 21 de diciembre, término de la primavera e inicio del verano de 1880, llegamos a Cerro Azul y, sin ninguna oposición, nos tomamos el pueblo. Allí aprovechamos de limpiar nuestros caballos, monturas y uniformes del fango y nos dispusimos a esperar a los infantes, que deben haber comenzado a arribar como a las diez de la mañana.

Permanecimos todo el día en ese pequeño y pintoresco poblado y en la mañana del día 23 reanudamos nuestra marcha hacia un lugar denominado Bujama. Allí una compañía de infantes del "Talca" fue emboscada por la guerrilla y antes que alcanzaran a tomar sus posiciones, ya habían caído muertos un cabo y dos soldados nuestros y un auxiliar de bagajes agregado al "Granaderos" desapareció sin dejar rastros.

Siguiendo la usanza, los soldados fueron enterrados al borde del camino y el ayudante del comandante de la unidad a que pertenecían guardó sus especies personales principales, quizá para hacérselas llegar algún día a sus deudos.

Esos entierros eran sin ningún protocolo y, con el tiempo me fui dando cuenta que todos eran prácticamente iguales, aunque nunca supe de instrucciones al respecto. A los soldados se les dejaban las cananas, yatagán y algún objeto personal y se cavaba una fosa de un poco más de un metro de profundidad. En ella se les tendía de espaldas sobre su poncho, tratando de dejarlos con los brazos estirados como en posición de firmes y el quepí se les ponía sobre el rostro antes de comenzar a rellenar la fosa. No había ni honores ni ceremonia. A lo más, cuando los paleros estaban cubriendo la mísera tumba con tierra, se juntaban a su alrededor sus jefes y compañeros y rezaban mientras la tierra iba cubriendo el cuerpo del camarada caído.

El comandante Lynch se enfureció por la cobardía con que combatían los peruanos, ocultos tras las rocas por la noche y ordenó acciones de represalia, comisionando para ello al capitán Villarroel con sus chinos, que a esas alturas deberían sumar unos quinientos, con los que se agregaron en Cerro Azul. La represalia fue cruel, pero no la cuestioné pues la consideraba necesaria y consistió en destruir e incendiar dos aldeas: Cerro Azul y San Antonio.

Cuando los chinos estaban muy entusiasmados en su tarea incendiaria, dos soldados del "Granaderos" descubrieron a un guerrillero armado, vestido de paisano, que trataba de escabullirse. Fue capturado rápidamente y llevado a la presencia del comandante Lynch, quien dispuso que por tratarse de un soldado disfrazado de paisano había perdido su derecho a ser prisionero y ordenó su fusilamiento.

Todo esto pasaba el 23 de diciembre, casi en las vísperas de la Navidad. Al mediodía de esa jornada, una patrulla del "Granaderos" mandada por Hermosilla que exploraba hacia Bujama, divisó a lo lejos una sección de caballería enemiga que se aproximaba hacia nuestra ubicación, pero que al ver a nuestros jinetes se detuvo y tomó posiciones de cargar, haciendo lo mismo los "Granaderos".

Y ambas agrupaciones de caballería, en un llano que tendría unos dos mil metros de planicie sin árboles y abundante pasto, se lanzaron una contra otra, sables en ristre. Cuando se hallaban a menos de cien metros y dispuestos a despedazarse unos a otros, en ambos grupos surgieron gritos. Hermosilla gritó "¡Son del Cazadores!" y, por el otro lado, el teniente que los comandaba gritaba a sus hombres:"¡Son del Granaderos!".

Y así ambas fuerzas se cruzaron en la planicie en medio de bromas y muchas risas.

Según Hermosilla, esa patrulla del "Cazadores" al mando del teniente Almarza, había sido enviada desde Lurín, por el general Baquedano, para disponer que el comandante Lynch y su Brigada regresaran a esa localidad.

Salimos de Bujama por la noche y en la mañana del 24 de diciembre llegamos a Chilca, donde acampamos.

Segunda Navidad en guerra

Esa Navidad, a diferencia de la del año anterior que pasé en San Pedro de Atacama, no hubo Misa del Gallo, ya que no teníamos sacerdote que nos acompañara. Tampoco ramos de albahaca ni nada que pudiera hacer parecer nuestro campamento transitorio más navideño.

Se organizaron las guardias y como a las ocho de la noche se tocó reposo.

Me senté en una roca pequeña que había cerca del vivaque del regimiento y allí me llené de recuerdos melancólicos, especialmente de mi niñez.

El campamento estaba a escasos metros de la playa y sentía el ruido del mar en la oscuridad y pensaba que ese mismo océano era el que bañaba las costas de Chile y por el cual había navegado con mi padre, muy feliz, cuando era pequeño. Recordaba a mi padre, a mi madre y a mi hermana pequeña, cuando todos juntos nos íbamos a Concepción o Chillán por la tarde del día 24 y paseábamos por las calles de la ciudad, que para mí eran bonitas y elegantes.

Mi padre nos invitaba a comer helados de bote y luego recorríamos las fondas navideñas y nunca nos faltó una corneta o un pito para andar metiendo bulla, para "celebrar con alegría la llegada del Niño Dios", como decía mi mamá. Después nos íbamos a la "Misa del Gallo" y medio dormidos salíamos entre el tropel de gente y nos encaminábamos a la Plaza de Armas, donde había un hotel muy elegante y donde mi papá era al parecer muy conocido de sus dueños. Allí cenábamos y luego alojábamos en dos habitaciones: en una mi mamá y mi hermana y en la otra mi papá y yo. Al día siguiente iniciábamos el regreso al campo.

Todos esos recuerdos me invadían esa noche de Navidad, abandonado a mi suerte en Chilca, en pleno corazón del país enemigo que estábamos conquistando metro a metro.

Al amanecer del día 25 de diciembre iniciamos la marcha hacia Curayaco, donde nos detuvimos a comer algo de nuestras raciones de marcha.

Llegamos a Lurín como a las dos de la tarde y cuando nuestra Brigada enfiló por el sólido puente de fierro hacia el campamento chileno, las tropas allí acantonadas nos aplaudían y a la vez se reían mucho de nuestro aspecto. Y, no era para menos, ya que si bien éramos una columna militarmente probada, nuestra apariencia dejaba bastante que desear. La mayoría de los soldados habían guardado hacía muchos

días sus quepís y en reemplazo de ellos llevaban sombreros de pita, típicos de esa zona, que protegían mucho más del sol y del calor.

A eso había que sumar la larga caravana de burros y mulas y los casi ochocientos chinos, con sus estandartes con dragones y soles dorados que nos acompañaban, además de un impresionante arreo de bueyes, vacas, mulas con jabas con gallinas, cabras, ovejas y hasta perros que habíamos ido uniendo en nuestra pasada por tantos pueblos peruanos.

Los días siguientes fueron de febril actividad en Lurín, que estaba repleto de tropas, ya que siguieron llegando batallones y artillería que fueron desembarcados en Chilca.

Dentro del valle de Lurín, los regimientos se agrupaban más o menos de la siguiente forma: A la entrada, el primero a la izquierda era el "Cazadores", con un amplio campo para su caballada, y un poco más allá los "Carabineros de Yungay". A la derecha, los batallones "Aconcagua", "Valparaíso", "Navales", "Concepción", "Caupolicán", "Valdivia", "Bulnes" y "Santiago".

Mirando hacia el oriente, hacia el camino que conduce a las majestuosas ruinas incaicas de Pachacamac, estaban las casas de la Hacienda de San Pedro, y allí estaba el general Baquedano y los delegados del gobierno. Frente a esas casas y junto a unos galpones con maquinaria a vapor para faenas de madereo, se emplazaban las carpas del general Sotomayor y su Estado Mayor.

Caminando desde esas señoriales casas hacia el hermoso puente de hierro, estaban unas baterías de Artillería y a continuación los regimientos "Buin", "Chillán", "Granaderos", "Talca", "Segundo de Línea", "Artillería de Marina" y "Melipilla", es decir que, con excepción del "Buin", todos los que habíamos hecho la expedición a Cañete. Los otros cuerpos, que no recuerdo en que orden estaban, se habían acampado para el lado de las ruinas incaicas. Era una muchedumbre, casi incontrolable, ya que sobrepasaban los treinta y dos mil hombres contando los auxiliares y chinos.

La gran novedad para nuestros soldados era la caña de azúcar –desconocida casi en sus ciudades de origen– y los hombres salían en grupos a talarlas, para después comer hasta hartarse y enfermarse incluso.

Desde la Navidad en adelante se hicieron varias expediciones para observar y obtener antecedentes de las tropas peruanas que resguardaban los accesos a Lima. Recuerdo una que salió el último día del año, hacia Pampa Grande, en la que participaron unos ciento cincuenta jinetes del "Cazadores" y del "Carabineros de Yungay".

Otro reconocimiento, de los varios que se hicieron pero que no recuerdo con exactitud, fue el 5 de enero de 1881, hacia la quebrada llamada de Picapedreros.

Al día siguiente, el 6, se hizo un reconocimiento hasta pocos centenares de metros de las líneas de defensa de San Juan, que me parece que encabezó el propio general Baquedano.

Reconocimiento a Lima

El 9 de enero me tocó mi turno. Ese día, al alba, salió un escuadrón reforzado del "Granaderos" al mando del sargento mayor Marzán, además de una compañía montada del "Buin". Esa era la vanguardia, ya que más atrás nos seguían el "Tercero de Línea", un batallón del "Lautaro" y una batería Krupp mandada por un alemán que combatía como voluntario en nuestro Ejército. Probablemente se trataba del capitán Jorge Koeller Banner.

La columna, al mando del coronel Barbosa, llegó hasta Manchay cerca del mediodía, pero el pueblo estaba abandonado. Se hizo vivaque en ese lugar y se descansó hasta la medianoche. Me vi en apuros, porque "Carboncillo" llegó a Manchay cojeando de su mano derecha y tuve que hacer muchos esfuerzos para conseguir la herradura adecuada y, mientras la mayoría descansaba de la extenuante marcha, le arreglé su pezuña y lo herré.

Salimos de Manchay poco antes de la medianoche. Íbamos cabalgando uno al lado del otro con Vivanco y nuestro escuadrón era la vanguardia de la columna. Serían las dos de la mañana más o menos, cuando enfrentamos un pequeño valle, regado por el Rímac, que según unos de los guías chinos era el pueblo de Ate, dedicado principalmente a la producción de hortalizas para abastecer al mercado de Lima.

Combate de Ate

Al cruzar esta zona, el camino se estrecha y avanza muy encajonado por dos cerros. Dicho sitio es llamado "Portezuelo o Quebrada de Ate" y transponiéndolo se puede acceder a un pequeño cerro, desde el cual se divisa Lima. Ese era el objetivo de nuestro reconocimiento.

Comenzaba a amanecer cuando adoptamos todas las precauciones para entrar en la quebrada. Se adelantaron infantes en formación de guerrillas y nosotros como vanguardia. Sin embargo no había ningún puesto de observación enemigo, como era lógico suponer. Se podía observar el fuerte con anchas trincheras y profundos

fosos que cortaban la quebrada de lado a lado, dejando un estrecho sendero libre al costado izquierdo, seguramente para poder retirarse hacia Lima ante un eventual fracaso de su defensa.

En esos momentos, cuando reconocíamos el "Portezuelo de Ate", estalló una bomba oculta en la ladera del cerro, que mató a un soldado de infantería y dejó a otros dos heridos.

La infantería y artillería que nos seguía, al escuchar la gran detonación de la carga explosiva, apuró el paso, mientras que las tropas peruanas que dormían plácidamente en su campamento, al otro lado del morrito en que nos encontrábamos, salían a la carrera a tomar sus posiciones en la línea de trinchera.

Reunidas todas las fuerzas, el coronel Barbosa dispuso que tres compañías del "Tercero de Línea" avanzaran en formación de guerrillas hacia las posiciones peruanas, mientras que una cuarta compañía del mismo regimiento fue enviada a reconocer los cerros hacia la derecha del cañadón.

Recuerdo que en esos nerviosos momentos, cuando aún no se iniciaba el tiroteo, se detuvo a mi lado el teniente Ibarra, del "Buin", que formaba parte de ese extraño destacamento montado del legendario regimiento de infantería. A Ibarra lo conocía de Santiago, ya que habíamos compartido pensión en alguna época en la calle de Las Cenizas. Él estaba terminando su carrera de medicina cuando comenzó la guerra y se enroló de los primeros en el "Buin" como oficial, desechando la posibilidad que se le dio de integrarse como cirujano segundo en alguna ambulancia. "Hola carreta –me dijo Ibarra– parece que esto viene en serio. Cuídate mucho", y diciendo esto se perdió al galope hacia donde estaban sus improvisados jinetes.

De pronto se desató desde los parapetos peruanos un infernal tiroteo, que con toda seguridad se escuchaba en toda la ciudad de Lima.

Vimos como los del "Tercero de Línea" trepaban el cerro de la derecha y se veían nítidos pese a la penumbra, ya que todos iban con sus tenidas de fatiga, que en el caso de ellos eran mucho más blancas que la del resto del los batallones.

Los peruanos desperdiciaban sus tiros por millares y se notaba que su puntería era pésima, ya que al menos de donde yo estaba, no se veía que sus disparos causaran estragos en nuestras tropas.

A todo esto, ya empeñado el combate, me empezó a dominar la ansiedad y comencé a luchar contra los naturales miedos que invaden en situaciones como ésta. Sabía que del Campo de la Alianza había salido muy bien parado y trataba de convencerme diciendo que aquí había mucho menos gente combatiendo, pero también pensaba que una bala es una bala y si te llega, te friega. Estaba en esas

cavilaciones cuando el sargento mayor Marzán llega a mi lado y me ordena que vaya donde el teutón –como le decían al capitán alemán a cargo de la Artillería– y que le ayude a emplazarla.

Galopé con mis 30 jinetes y en cosa de minutos, tirando con nuestros lazos, colocamos los pesados cañones Krupp donde el alemán nos indicó y casi enseguida el rubio oficial estaba ya disparando certeramente contra las posiciones peruanas.

Mientras tanto, una compañía del "Tercero de Línea" había traspasado el cerro y se había lanzado contra el caserío de Ate en busca de enemigos, logrando la captura de un ingeniero norteamericano que trabajaba en las defensas de Lima y, por tanto, era un personaje importante por la información que podía darnos. Por su parte la gente del "Buin" avanzaba por el fondo de la quebrada, para intentar tomar las posiciones enemigas en combate cuerpo a cuerpo.

En ese preciso instante los cornetas de la infantería y los trompetas del "Granaderos" ordenaron "Avance General", empeñándose todas las tropas en el combate, contra fuerzas bien atrincheradas cuyo número no pudimos calcular, pero sí que eran bastantes.

Mientras los infantes cargaban a la bayoneta, el alemán de los Krupp seguía disparando con una puntería tal, que estoy seguro jamás desperdició un proyectil.

Como a la media hora de combate, se notó que el enemigo iniciaba su retirada hacia el valle de Lima, momento en el cual el coronel Barbosa ordena al sargento mayor Marzán que los "Granaderos" carguen sobre el enemigo, que ya se veía nítidamente, puesto que deben haber sido como las ocho de la mañana.

El toque de trompeta que nos anunciaba que nos aprestáramos para cargar nos electrizó a todos y el escuadrón, en línea por compañías se formó sobre la pequeña meseta y en segundos estábamos todos con los capotes a la cintura y los ponchos terciados.

El grito electrizante: "sables desenvainar" y en pocos segundos la trompeta ordenando la carga y partimos a galope tendido por la corta llanura en dirección noroeste, levantando una nube de polvo y llenando el espacio con nuestro chivateo y el sonar de cientos de cascos golpeando la tierra. En segundos estábamos llegando a los fosos que formaban la línea de defensa del enemigo. El sargento mayor Marzán, que galopaba al frente, levantó su sable y ordenó detenernos, porque recién en ese momento se percató que los fosos eran demasiado anchos para saltarlos con los caballos y no había forma de pasar.

Fue entonces que don David Marzán, empinado sobre los estribos, descubrió la estrecha vereda que había en un extremo de la línea de fosos, dejada ex profeso por los peruanos para permitir su propia retirada.

Las balas peruanas llovían sobre nosotros, pero ya nada nos podía detener y Marzán ordena que en hilera de un jinete pasen por la estrecha vereda y carguen al enemigo. La primera hilera que se lanzó por el estrecho callejón, que era una verdadera trampa, era la comandada por Vivanco y, tras él, me lancé yo con mi sección, sin hacer caso de los cientos de proyectiles que zumbaban muy cerca de las orejas.

Las compañías peruanas se retiraban disparando, tratando de ganar la segunda línea de trincheras, pero en cosa de segundos los hombres de Vivanco y los míos ya los habían alcanzado y en instantes habíamos dejado tendidos en el campo a una treintena de soldados.

Por mi cuenta dispuse una segunda carga con mi sección, directamente contra las pircas que resguardaban las trincheras y creo que esa maniobra no la repetiría, por lo temeraria que fue. Pero esta osadía dio el tiempo necesario para que el resto del escuadrón pasara la vereda y se lanzara en persecución del grueso de los enemigos.

En los minutos venideros, cuando ya el sol alumbraba con fuerza, cargamos varias veces, en bloques por compañías, destruyendo prácticamente a todas las tropas peruanas que trataban de parapetarse en el campo o decididamente huían haciendo disparos contra nosotros.

Durante toda esta acción de caballería no sentí nada especial. Creo que me olvidé de mí en esos largos minutos y solamente me encargué de guiar a mis hombres, de preocuparme que nuestros avances fueran eficaces y nada más que eso.

Cuando todo hubo pasado, comencé a sentirme invadido por un calor tremendo y allí comencé a experimentar las mismas sensaciones previas a la Batalla del Campo de la Alianza. Me temblaban las piernas, el corazón palpitaba demasiado fuerte y el temblor en las manos era visible, creo, que desde la distancia. Pareciera que todo lo que no experimenté antes, se me vino de golpe después.

Ya con experiencia en estas lides, me bajé de "Carboncillo" para examinarlo y al comprobar que tenía su pecho manchado con sangre y luego de descartar que estuviera herido, comprendí que esos manchones sanguinolentos provenían de los enemigos que había sableado, que en esta ocasión eran peruanos, ya que en Tacna habían sido bolivianos.

Llevé de tiro a "Carboncillo" hasta una acequia y, de paso, recogí un poncho blanco de un soldado peruano muerto. Con esa prenda limpié mi sable y luego muy bien a mi fiel caballo, que además bebió abundante agua, puesto que se había deshidratado con el infernal galope.

Terminada la faena de limpieza de rastros de muerte, me reuní con la gente del "Granaderos" que reposaba, con los caballos con las cinchas sueltas, a la sombra de una larga corrida de arbustos.

El sargento mayor Marzán se dirigió a toda la gente del escuadrón diciendo que quería felicitar a Vivanco y Varela, porque con su arrojo y valentía hicieron posible que el escuadrón pudiera atravesar la trampa y lograr lo ordenado. Después dijo que "los sureños son buenos en todo sentido y aquí tenemos a un profesor, señalando a Vivanco y a un abogado –refiriéndose a mí– que se las jugaron como los mejores jinetes y manejaron las riendas, el sable y a su gente como soldados de carrera. Creo que es bueno decirle a mi coronel que ya están sobrados para alféreces y se verían mucho mejor como tenientes"

Y así, con este combate –en el que junto con Vivanco fuimos felicitados– terminó esta exploración, que por lo que recuerdo costó la vida de unos cuarenta soldados de nuestra infantería, los que fueron sepultados en una tumba alineada con una pirca divisoria de potreros.

Cuando nos aprestábamos para regresar a nuestras líneas, un soldado del "Granaderos" divisó una linda vaca que vagaba desconcertada por el campo de batalla y rápidamente se lanzó al galope tras ella y la laceó diestramente, volviendo con ella de tiro. El coronel Barbosa, mirando la vaca, dijo que siendo cerca del mediodía era hora de almorzar y dicho esto, varios granaderos la sacrificaron, carnearon y antes de dos horas todos estábamos comiendo su carne asada. En ese momento comenzaron a bombardearnos los grandes cañones de uno de los fuertes que resguardaba los accesos a Lima.

Sin embargo, el estallido de los grandes proyectiles no logró inquietarnos, ya que los más cercanos explotaban a más de quinientos metros de nosotros. Terminado nuestro asado, iniciamos el regreso hacia nuestras líneas en el gigantesco campamento de Lurín.

CAPÍTULO 8

LA BATALLA DE CHORRILLOS

La salida de Lurín

Por fin llegó el miércoles 12 de enero de 1881, y poco después de las cuatro de la tarde fui testigo de la impresionante marcha de casi treinta mil hombres a través del hermoso Puente de Lurín, dejando el cómodo campamento para cubrir los aproximadamente treinta y cinco kilómetros que los separaban de las formidables defensas peruanas de San Juan, que guardaban las puertas de la ciudad de Lima.

Los hombres de todos los cuerpos marchaban con visible resolución, con la típica actitud del soldado: a veces preocupado y otras haciendo bromas de lo primero que se prestara para ello.

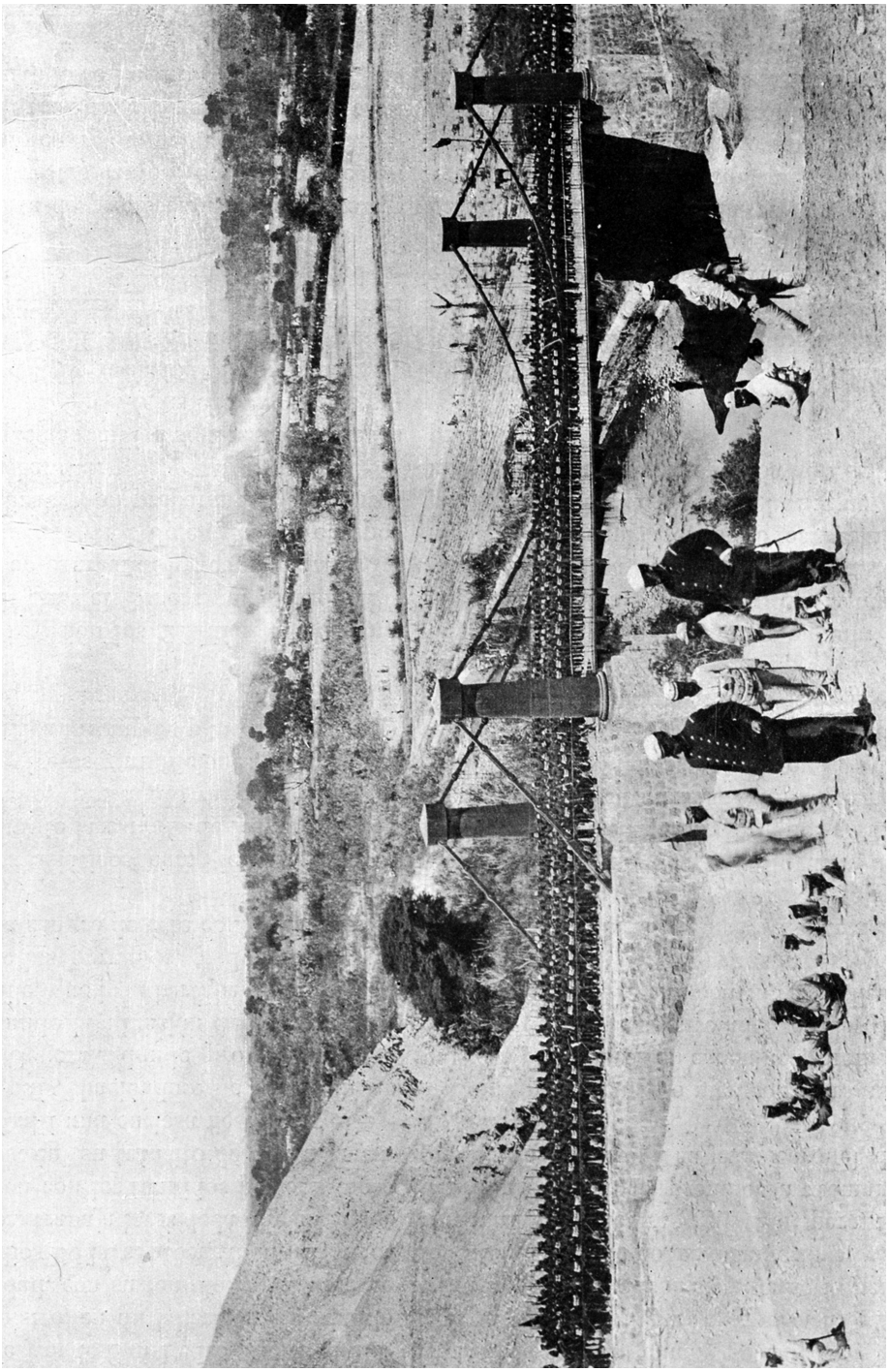
Las bandas militares se situaron en los estribos del puente y hacían retumbar el valle con sus compases del "Himno de Yungay", que ya se había hecho tradición interpretar cuando las tropas marchaban a la batalla.

Diez, veinte o cien veces escuché desde la montura de "Carboncillo" la inmortal melodía y veía pasar a miles y miles de hombres, la mayoría de ellos veteranos de batallas y combates librados a lo largo de casi dos años.

Pero también observaba rostros de chiquillos, de quince o dieciséis años, con uniformes mayores a los de sus tallas, con las caras muy blancas y pese a notarse asustados y muy nerviosos, dejaban ver el orgullo que sentían al ser soldados de Chile. Esos eran los miles de reclutas llegados en las últimas semanas desde la Patria, para llenar las grandes bajas dejadas por los enemigos y las enfermedades.

Los miraba pasar ante mis ojos y trataba de adivinar quienes se escondían tras esos uniformes e intentaba definir si eran casados o solteros, si eran campesinos, albañiles, zapateros, empleados, arrieros, talabarteros, forjadores, yeseros, mozos, etc.

Mientras sus anónimos rostros se perdían adentrándose tras los pilares del Puente de Lurín, pensaba que cada unos de esos miles de soldados era un hijo, un padre quizá, un trabajador, un mundo individual, pero que había sido capaz de dejar ese pequeño universo y ser parte de esta gran maquinaria de guerra con la



Tropas chilenas cruzando el Puente de Lurin hacia Chorrillos. Fotografía: Archivo Histórico del Ejército.

cual nuestro Chile pudo alzarse contra dos belicosos vecinos. Mientras los rostros desfilaban a unos veinte metros de donde estaba, reflexionaba muy emocionado pensando cuantos de ellos encontrarían la muerte o la invalidez en unas horas más. Y así, cruzando el sólido Puente de Lurín, los batallones y regimientos desembocaban hacia el Camino Real, que guiaba a las fortificaciones aparentemente impenetrables de la capital peruana.

Según se decía, nos esperaban más de veinticinco mil soldados, apoyados por fosos, murallones, muchos cañones artilleros y ametralladoras y, probablemente, los arteros "polvorazos", que eran esas grandes cantidades de explosivos enterrados a ras del suelo y que los harían estallar a nuestro paso desde la distancia a través de baterías de electricidad.

El largo tiempo que estuvimos sin movernos con "Carboncillo" viendo el cruce del Puente de Lurín, junto con traer a mi cabeza todos los pensamientos que he descrito, también me hicieron pensar en mí, en mi niñez, en las soledades que había sufrido en mi vida, pero el balance final me hacía estar satisfecho, agradecido de la vida y de la oportunidad de estar aquí, luchando por mi Chile y con tan buena gente como lo eran los del "Regimiento Granaderos".

Y así, mientras miraba los regimientos en perfecta formación enfilando hacia La Tablada, que era la extensión de tierra llana que nos separaba de nuestros adversarios, los pensamientos seguían bullendo de mi mente, desordenados pero a la vez coherentes, aunque esto resulte difícil de entender.

Estaba en eso cuando desde la distancia Polloni me grita que el capitán Contreras necesitaba hablar conmigo y saliendo de la meditación partí al trote hacia los potreros en que permanecía el "Granaderos". Al presentarme al capitán Contreras me dijo en forma muy lacónica: "Varela, tu te quedarás acá en San Pedro de Lurín, con una sección, formando parte de la guarnición de los enfermos que marchará al final de todas las tropas".

Sentí que aceptar esto después de estar casi dos años en guerra era traicionar mis propósitos, razón por la cual le dije que no estaba de acuerdo y que yo era un oficial de caballería y no un cuidador de enfermos y el capitán, medio enojado, me dijo que si estaba dispuesto a no acatar una orden que estaba dando el propio coronel Yávar, que tenía su permiso para ir a decírselo a él directamente.

Mi primera reacción fue echar pie atrás y obedecer lo que me transmitía el capitán, pero algo en mi interior me hizo encaminar los pasos de "Carboncillo" hacia la tienda del coronel. Desmonté unos diez metros antes de donde se encontraba don Tomás arreglando su caja de campaña y cuadrándome enérgicamente ante él, le pedí puerta franca y permiso para hablar.

Él siguió ordenando sus pertenencias y levantando la vista me hizo una seña para que me acercara. Respetuosa pero decididamente le dije exactamente lo que había señalado al capitán Contreras y mirándome a los ojos me dijo: "¿Sabes en lo que nos vamos a meter?"… "¿Sabes que mañana a esta hora podríamos estar boca arriba?".

Le respondí que tenía conciencia de ello, pero que insistía en formar junto con mis soldados en la batalla que se avecinaba.

"Está bien. Los jóvenes son así y algunos viejos también lo somos y si es tu deseo te lo respeto y te vas con nosotros y que se quede Padilla con los enfermos. Que Dios nos pille confesados y anda y dile a Contreras que yo dispuse estos cambios", señaló el veterano coronel Yávar. Luego de darle las gracias monté y me dirigí al galope a informarle al capitán Contreras lo que nuestro comandante había dispuesto.

No sé la ruta que siguieron los cuerpos que salían de Lurín en la tarde de ese 12 de enero del año 1881, como tampoco el orden de batalla. Los únicos recuerdos son del entorno inmediato.

Como a las siete de la tarde formó el regimiento y el comandante y su Plana Mayor pasaron exhaustiva revista a los hombres, caballos, armamentos y raciones secas. Llenamos nuestros morrales con vituallas para tres días, más cuatro litros de agua para los hombres y diez para los caballos, que se llevaban en un odre de cuero que se ataba sobre la parte posterior de la silla, siguiendo la forma de la montura.

Estos odres eran una novedad, ya que estaban hechos con el estómago de corderos y en el extremo llevaban unas amarras de cuerdas que impedían que el agua escurriera, pero al abrir la cuerda, aparecía una ancha boca en la cual cabía el hocico del caballo, pudiendo beber directamente del artefacto. Claro que esta agua había que utilizarla solamente cuando no existiera otra posibilidad.

La ración seca para los próximos tres días para oficiales y soldados, si mal no recuerdo, consistía en una docena de higos secos, cuatro galletas de soldado, unas cuantas cebollas, cuatro atados de charqui, ají seco, un puñado de café, un poco de sal y otro de azúcar rubia.

Saliendo de estos detalles domésticos, sigo recordando la revista, la que se extendió hasta cerca de las ocho de la noche.

El sol estaba aún alto cuando se ordenó desensillar y dar avena y agua a los caballos, mientras que la tropa pasaba al rancho, que consistió en una muy buena carbonada, que compartimos entre Polloni, Padilla, Vivanco y Polhamer, en lo que era ya nuestra "carreta". Todos nos engullimos la deliciosa carbonada, que estaba realmente rica, impresión que incluso no cambió cuando después supe que los

rancheros –con el fin de no sacrificar nuevos bueyes que debían transportarse por sí mismos tras las tropas para servirles de alimento en los días venideros– habían completado las porciones de carne con cuyes, que en realidad sabían casi mejor que las presas o tumbas de buey.

Padilla me recriminó que lo hubiese clavado con el cuidado de los enfermos, dejándolo sin la posibilidad de participar en la última batalla, pero yo le expliqué que yo no había propuesto su nombre, sino que lo indicó el propio comandante Yávar. Padilla estaba bastante molesto y el ambiente solamente comenzó a suavizarse con las bromas de Polhamer y Polloni, que nos felicitaron a Padilla, Vivanco y a mí, porque ya se hablaba que se estaban tramitando nuestros ascensos a teniente.

En eso estábamos cuando pasó el capitán Contreras y dirigiéndose a Padilla le dijo que no se preocupara, ya que con su sección se quedaría hasta el final con los enfermos, pero que esa ambulancia seguiría a las tropas y que a media marcha se debía reunir con nosotros para entrar todos en batalla. Eso alegró bastante a Padilla y así fue como terminamos de cenar esa deliciosa carbonada con carne de buey y cuye.

Después de la cena, fui a donde estaban las tropillas de los equipajes y abriendo mi caja saqué calzoncillos, camisa y calcetines limpios –en realidad casi nuevos– ya que a lo más tenían una postura y eran de esos que había comprado en Tacna. Guardé los zapatos de montar y saqué mis botas altas y me encaminé hacia un arroyo, donde estaba nuestro sector de aseo personal. Me bañé, me lavé el cabello con jabón y me vestí con toda la ropa impecable, incluyendo el pantalón lacre enguinchado al costado de gris y la guerrera azul de abotonadura doble. Regresé al sector de equipajes para guardar las prendas sucias que recién me había cambiado.

Se puede decir que quería ir muy bien presentado a la batalla. No sé por qué razón lo hice, pero así fue y tengo muy grabado que incluso me eché esencia para caballeros en la barba y en el cuello y también en un pañuelo nuevo que estaba desde hacía meses en el bolsillo interior de la impecable guerrera. Tenía un presagio y creo que el hecho de ir muy bien presentado a la batalla obedecía a una sensación de que podía morir y, si así ocurría, no quería verme como un pordiosero, sino que de la mejor forma posible.

Después me reuní con los hombres de mi sección y les pasé nueva revista y me dediqué a conversar con ellos, de temas relacionados con lo que deberíamos enfrentar en las próximas horas, como también de cosas familiares y personales. En eso estaba cuando se presentó un nuevo soldado asignado a mi sección, el que pidiéndome el permiso correspondiente, me dijo que quería hablar unas palabritas conmigo.

Era un soldado de esos que siempre había visto en el regimiento, pero que jamás había estado en mi sección. No recuerdo su nombre, pero su apellido era Catalán y debe haber tenido unos diecisiete años o quizá un poco menos, de nariz muy aguileña, delgado y de mediana estatura y destacaba por su cabello castaño.

"Mi alférez –me dijo– sabe que yo estoy en esto desde recién cumplidos los quince y nunca he tenido miedo, pero ahora estoy recontra asustado, como que me tiritan las piernas, siento dolor en la guata y ando todo tembloroso y no vaya a creer que soy un cobarde".

A unos cuatro metros había una pirca divisoria de potreros y le dije que fuéramos hacia allá y nos sentáramos. Estando allí, le pregunté si eso mismo lo había sentido antes de las otras batallas, a lo que me respondió que jamás le había pasado eso.

"Es muy raro que nunca te sintieras así como hoy –le dije– porque lo que es a mí, siempre que he sabido que vamos a entrar en batalla me ha pasado eso y hasta he llorado callado. Las únicas veces que no he experimentado estas sensaciones es cuando el combate surge de improviso y no hay tiempo previo para pensar en lo que me estoy metiendo, pero en esos casos la lesera me viene después, cuando ya todo ha terminado".

Él me dijo que no quería que yo fuera a pensar que estaba acobardado ni nada parecido y me dio las gracias por el consejo y poniéndose de pie me dijo:"Mi alférez, quiero pedirle que me autorice para ir acollerado con usted y si se da cuenta que me empiezo a acobardar le autorizo a que me pegue un tiro en la cabeza, porque prefiero ser un muerto que un cobarde".

Yo le puse una mano en el hombro y le invité un cigarro, ante lo cual se mostró muy agradecido. Cuando echamos las primeras bocanadas de humo me dijo que ya se sentía mucho más tranquilo y que ya le estaba dando lo mismo lo que pudiera pasar en unas horas más. Le hice algunas preguntas personales y allí me enteré que era aprendiz de sastre y que vivía al final de La Cañadilla, donde comenzaba el camino a Colinas.

Por razones de tiempo di por terminada la conversación y antes de despedirme le estreché fuertemente la mano y le dije: "ándate con tu caballo acollerado al mío, pero no para darte un tiro si te da la cobardía, sino para que nos protejamos los dos en el combate". Se puso muy contento y partió corriendo hacia donde estaba el resto de los soldados.

Inmediatamente me fui donde mis hombres, para realizar el último preparativo, consistente en el "repase" de los sables, que era una maniobra colectiva de toda la sección. Consistía en recorrer el filo de nuestros sables con piedra de asentar

y luego afinar la zona de corte con anchas correas de suela, que se entregaban a cada sección para ello.

Cerca de las nueve y media de la noche el "Granaderos" fue llamado a reunión y en pocos minutos estaban ensillados todos los caballos y en formación completa por escuadrones. La fuerza, si mal no recuerdo, eran quinientos sesenta jinetes, incluyendo al cirujano y su practicante.

La aproximación a San Juan

Aproximadamente a las diez de la noche nuestro regimiento, en columnas de tres jinetes en fondo, enfiló por el Puente de Lurín, con nuestro coronel Yávar a la cabeza, provocando un ruido rítmico y a la vez sobrecogedor sobre la rampa del puente. Enfilamos de inmediato nuestra marcha por el Camino Real hacia La Tablada, que era el tablero del mortal juego, que nos separaba de miles de enemigos.

Torcimos –sombríos, cabizbajos, pero muy fuertes y enteros– por el camino a la Hacienda de Manchay, haciendo un largo rodeo para no aproximarnos a las zonas de las casas.

El "Regimiento Granaderos" –mirando desde la silla hacia todos los costados– se veía completamente, ya que la planicie era alumbrada por una impresionante luna llena.

Cerca de la una de la mañana, la lóbrega caravana se detuvo donde salía el sendero para San Juan, ya que allí se hallaba durmiendo la infantería, que había salido de Lurín a partir de las cinco de la tarde. Miles de hombres dormían sobre los arenales, vestidos, abrazados a sus fusiles, cubiertos con los capotes a modo de frazada y protegidos por una gran guardia compuesta de un triple anillo de centinelas que velaban su sueño, tan necesario para estar en las mejores condiciones posibles para entrar en batalla en un par de horas más.

Pasamos unos quinientos metros más al norte del último anillo de centinelas y allí se hizo un descanso. Paralelo al "Granaderos" marchaban el "Carabineros" y "Cazadores", con algo más de cuatrocientos jinetes cada uno, con lo que según mi cálculo, la caballería constaría con cerca de mil quinientos centauros para esa batalla que se aproximaba a pasos agigantados.

No sé que hora sería cuando reanudamos la cabalgata. Esta última marcha se hizo muy calmadamente, para no agotar los caballos y evitar ruidos. Más parecía una procesión de fantasmas que centenares de jinetes dispuestos a guerrear hasta

la muerte. Finalmente, los tres regimientos se detuvieron y ordenaron desmonte manteniendo las formaciones.

Nuevamente me empezó a pasar mi vida por la cabeza. Minutos y minutos en los cuales veía escenas de muy niño y la más recurrente era ir arrebujado en el fino poncho beige de mi papá camino a la escuela. Veía nítidamente cuando él me llevaba sobre la parte delantera de su montura, apretado con sus piernas y sus cálidos brazos cual cómodas y acogedoras barandas. Recordaba lo feliz que dormía en ese trayecto, sintiendo que cabalgando en los brazos del papá nada me podría pasar.

Y entonces me fijaba en mi caballo, veía mi revólver, el pesado sable y la carabina pendiendo de la silla y la soledad absoluta en que marchaba hacia la batalla, que ya bien sabía como era, puesto que a esas alturas había estado en varias.

Trataba de dominar las nostalgias, temores y malos presagios. Me había convencido que era más fácil ir por primera vez a una batalla que a las siguientes, porque lamentablemente ahora sabía perfectamente con los horrores con que me iba a encontrar. Eso pensaba mientras gruesas y silenciosas lágrimas rodaban por mi rostro. Sin embargo, puedo asegurar que en ningún momento me arrepentí de lo que estaba haciendo y ni siquiera por un segundo pensé en la posibilidad de no estar ahí.

En esas cavilaciones me sorprendió lo que se llamaba el crepúsculo náutico matutino –es decir cuando la oscuridad de la noche empieza a ceder para dar paso a las primeras señales de luminosidad– que estaban marcando el inicio de ese jueves 13 de enero de 1881.

El "Granaderos", con el coronel Yávar al frente, torció hacia unas pequeñas lomas y, en ese instante, vi una imagen que me sobrecogió, porque ya era algo conocido para mí. Sobre un caballo blanco estaba un capellán, listo para bendecir a la tropa de jinetes que desfilaría delante de él.

El coronel Yávar hizo disminuir el tranco y transmitió la orden de descubrirse a través de los comandantes de compañías y en reverencial silencio pasamos todos muy lentos, sin quepí y con la cabeza hacia abajo en señal de humildad ante el cura, quien nos daba la bendición lanzándonos al mismo tiempo Agua Bendita. En los momentos que me persignaba sentí gotas de Agua Bendita en mi rostro, aunque nunca supe si fue eso o mis lágrimas.

En medio de una tupida camanchaca y siendo cerca de las cinco de la mañana, llegamos al punto que sería la línea de partida para el ataque.

La muerte acampa en Chorrillos

Con los primeros atisbos de luz comenzaron a recortarse a lo lejos los promontorios en que se emplazaban los extensos y erizados fuertes peruanos.

A las cinco y media se comenzaron a sentir los primeros y terroríficos estampidos de las grandes piezas artilleras de las imponentes fortificaciones que resguardaban la entrada a Lima por el lado de San Juan. Pese a todas las precauciones adoptadas por nuestro mando para caer por sorpresa sobre las poderosas defensas peruanas, algo los había alertado y comenzaron a descargar su metralla hacia donde suponían que avanzábamos. Después supe que la información de nuestro ataque la habían obtenido de un camillero de una de las ambulancias que se perdió en el descampado y que fue hecho prisionero por una patrulla peruana.

Nuestro regimiento estaba en formación, al lado oeste de un pequeño cerro, similar en tamaño al de Santa Lucía. A mitad del promontorio había una pequeña explanada. Ahí estaba el general Baquedano con su Estado Mayor y una escolta de unos treinta jinetes del "Cazadores".

Unos cien metros al oriente del descrito cerro, había otro más pequeño. En su cima se habían emplazado dos baterías de artillería de campaña y otras cuatro baterías se ubicaban a unas tres cuadras de nosotros hacia el noreste.

Poco antes de las seis de la mañana el tiroteo era infernal y los caballos se mostraban inquietos y chúcaros por los estampidos de los tiros de fusilería y artillería, acentuados terroríficamente por el de varias ametralladoras que hacían tupido fuego desde las posiciones peruanas.

Según un sargento de "Cazadores" que pasó cerca de nosotros llevando un mensaje, toda la División del capitán de navío Patricio Lynch ya estaba empeñada en combate, pero no tenía el apoyo de la División Sotomayor –que según los planes debía reforzarla– ya que estaba retrasada en su avance.

Mientras miraba desde la distancia a los miles de infantes que avanzaban en formación de guerrillas hacia los baluartes enemigos, comenzaron a desfilar en mi cabeza las similares imágenes del Campo de la Alianza, cuando nuestras tropas corrían hacia el frente y se mezclaban con recuerdos de las acciones de entierros e incineración de cadáveres y de traslados de los heridos después de esa batalla.

Pensaba en cuantos de aquellos –hasta muy poco tiempo atrás tranquilos trabajadores o estudiantes– que corrían agazapados hacia las posiciones adversarias, llenos de resolución, bajo una torrencial lluvia de balas, terminarían convertidos en cadáveres en unos minutos o agonizarían en los nidos de heridos durante horas.

Estaba absolutamente absorto en mis pensamientos cuando de pronto siento que a mi izquierda se apega un caballo y veo al muchacho Catalán, al soldado con que había hablado al atardecer del día anterior en Lurín. Lo miré sorprendido y a boca de jarro me dijo: "Mi alférez, usted me ordenó que en la batalla me mantuviera a su lado para protegernos en la carga y como me imagino que estamos por empezar a sablear, entonces aquí estoy". "Gracias –le dije– esperemos que sea luego, para que no nos entre más susto".

En eso llega Polloni, con su acostumbrado humor negro y deteniendo su caballo al costado del mío, me dice:"Carreta, que anda elegante. ¿Se puso así para el entierro o para impresionar a las limeñas?".

Yo le dije que ante cualquiera de las dos alternativas, valía estar como un caballero. Demetrio, mirándome con una desacostumbrada seriedad, me dijo que le contara la verdad por la que me había puesto "tan pije" y yo le insistí que era ante cualquiera de las dos opciones que él había señalado. Me replicó diciéndome "si no me lo quieres decir lo lamento mucho, pero tú mejor que nadie sabes bien por qué lo hiciste".

Cambiando el tema, le pedí sus potentes prismáticos y al observar la línea de batalla –que ya siendo cerca de las siete de la mañana se veía claramente– pude apreciar que los hombres de la División del comandante Lynch estaban combatiendo rodeados por todas partes, en el sector de San Juan.

Me imaginé que pronto darían la orden de que cargáramos para liberar a esos infantes de su funesta posición, pero al poco rato pude observar como varios batallones, entre ellos el "Buin", "Esmeralda" y "Chillán", se lanzaron hacia los faldeos del cerro de San Juan y, al parecer, su arremetida logró quebrar las defensas de los adversarios.

Otro tanto sucedía en lo que se conocía como Fuerte de Santa Teresa y como a las ocho y media de la mañana, las compañías de infantes chilenos, luchando en enconado combate a la bayoneta, empezaron a tomarse esas posiciones.

Ya llevábamos más de tres horas observando la terrible batalla, de la cual solamente pude ver –desde la posición que ocupábamos– lo que ocurría en el ala enemiga que se cargaba en San Juan.

En eso, el capitán Contreras –enviado por nuestro coronel Yávar– dio la orden de desmontar, dar avena y agua a los caballos y que los hombres consumieran algo de las raciones secas que portaban.

En menos de veinte minutos, en medio del diabólico tiroteo y cañoneo de la artillería, se cumplió la alimentación de ganado y hombres y pronto todos estábamos nuevamente listos para entrar a la acción en cualquier momento. Y el chiquillo

soldado permanecía siempre a mi lado, como buscando protección ante el miedo y el nerviosismo, sin saber que yo estaba igual o peor que él.

Comprobaba que los largos meses que llevaba de campaña me habían permitido superarme en los más variados e inesperados aspectos, pero el pánico previo a la batalla surgía igual que la primera vez. Sentía las piernas temblar como si yo no fuera su dueño, las manos debía tenerlas muy bien apoyadas para que no se notara su temblor. Permanentes calofríos me recorrían desde las mejillas hacia todas mis extremidades y sentía el corazón latir muy fuerte en mis oídos, pese a que el estruendo de las balas de miles y miles de fusiles, de decenas de piezas de artillería, ametralladoras y los traidores "polvorazos" de los peruanos, prácticamente obligaba a hablar a gritos, aunque se estuviera a dos metros del interlocutor.

Polloni llegó nuevamente a conversar a mi lado, como era su costumbre. Me dijo que aunque estaba muerto de sed, había tomado muy poca agua para no orinarse cuando nos lanzáramos a la carga contra el enemigo. Aproveché de pedirle nuevamente los lentes y vi como los soldados del "Buin" peleaban como verdaderos leones enceguecidos, rodeados por fuerzas dos o tres veces superiores a ellos, pero siempre avanzando hacia el morro de San Juan y dispersando a los enemigos hacia otros reductos.

Debe haber sido media mañana cuando los trompetas del regimiento comenzaron a tocar apresto, momento en el cual los nervios se me tensaron como cuerdas de violín, provocándome un tránsito del temblor a la rigidez.

Mortal carga de caballería

El coronel Yávar, acompañado por el capitán Contreras, recorrió al trote rápido los escuadrones, gritando que debíamos empeñarnos con toda nuestra fuerza y fiereza, ya que la batalla estaba muy difícil.

Se ordenó formación por escuadrones en línea y, de acuerdo a la posición en que estábamos, formó primero el Tercer Escuadrón, luego el Segundo y en la última línea el Primer Escuadrón.

El corazón llegaba a salirse por la boca en esos momentos previos al desenfrenado galope hacia las líneas enemigas. Fue el momento de revisar todas las hebillas, soltar el cierre de la funda del revólver, afirmarse bien el quepí y tratar de aquietar al caballo.

"Carboncillo" golpeaba el suelo con las manos y cabeceaba muy nervioso y hasta lanzó unos largos relinchos. Yo le acariciaba el cuello, la frente y la nariz y

así se calmaba un poquito. Todos los jinetes hacían lo mismo, para que los caballos se aquietaran y no se perdiera la formación.

Miré de reojo al niño aprendiz de sastre y vi que estaba temblando y acercándome con "Carboncillo", le di unas fuertes y cariñosas palmadas en su espalda y le dije que cuando termináramos de combatir, lo invitaba a un buen cigarro. Nervioso, se rió y me dijo que me agradecía mucho la compañía.

De pronto llegó en forma de rugido la esperada orden: "Capotes a la cintura... ponchos en bandolera... sables desenvainar". El ruido de más de quinientos sables saliendo de sus vainas casi al unísono es algo difícil de describir... algo así como la caída de un rayo, que hacía salirse el corazón por la boca.

Ya en esos momentos estaba absolutamente invadido por los nervios y lo único que quería era que todo comenzara pronto. Me llevé la mano izquierda al escapulario y luego me persigné y comencé a rezar el "Padre Nuestro", pero no alcancé a terminar, cuando los trompetas comenzaron a deslizar los primeros metálicos y bizarros sonidos de "A la carga".

Lo único que recuerdo es que el Tercer Escuadrón partió como un rayo, llenando la amplia llanura con su enloquecedor ruido de cientos de cascos golpeando el suelo y el chivateo de casi doscientas gargantas a todo dar. Segundos después nos lanzamos nosotros y justo cuando partíamos, le hice las últimas caricias a "Carboncillo" en el costado izquierdo de su negro cuello. Entonces volteó la cabeza y me miró, como queriendo darme ánimo, igual como yo se lo entregaba a él.

Cuando comenzábamos el galope hacia las líneas enemigas –siguiendo una ruta paralela al llamado Camino de la Palma– vi al general Baquedano en su caballo negro, a unos diez metros de nosotros, observando como iniciábamos nuestra carga.

Íbamos en un galope desenfrenado, desbocado, a lo máximo que podían dar nuestros nobles caballos. Percibía muy fuerte en la cara el viento con olor a mar. Sentía que "Carboncillo" y yo éramos solamente uno. Llevaba las bridas firmes con la mano izquierda y el reluciente sable ya casi completamente levantado, apuntando hacia el cielo en la mano derecha.

Igual que en el Campo de la Alianza el sonido de chivateo que yo hacía lo sentía como si fuera el de otra persona y lo mismo pasó con algunas voces de mando que grité a todo pulmón a mi sección, entre las que recuerdo "separados a dos metros"..."la dirección la marco yo"..."no se queden solos".

Como una tromba similar a la de diez trenes descontrolados, los caballos cubrieron en segundos los seiscientos metros que nos separaban de las tropas peruanas.

Carga del "Granaderos" en la Batalla de Chorrillos. Óleo de Juan Mochi.

El Tercer Escuadrón –luego del choque de bestias y sables contra los batallones enemigos– se abrió combatiendo hacia su costado izquierdo y nosotros, que veníamos inmediatamente detrás dimos el choque frontal contra los infantes, cargando hacia el fondo de sus posiciones.

El Primer Escuadrón, que era el último, cargó hacia el costado derecho.

Entrados en combate, los escuadrones no podían mantener su cohesión y se procuraba que se mantuviera la de "compañías en línea" y cada oficial era el responsable de lograr que esta formación homogénea avanzara en la dirección deseada en ese paseo por el mismo infierno. De reojo miraba hacia mi línea de soldados, chivateaba al igual que todos y arremolinaba mi sable, dejándolo caer sobre cuanto enemigo viera frente a mí. La trayectoria del sable era casi siempre la misma: hacia atrás hasta llevarlo a la parte más alta de la órbita y luego determinar el blanco. Después dejarlo caer con la velocidad de un rayo y cuando se percibía el tirón que daba al estar entrampado en la carne enemiga, había que subirlo con todas las fuerzas del brazo, para no perderlo... y todo esto al galope tendido.

De pronto, el aprendiz de sastre –de quien me había olvidado durante lo que llevábamos de combate– me grita que mire hacia mi izquierda. No entendí que es lo que quería mostrarme, pero de pronto vi a la distancia un caballo que corría desbocado hacia el noroeste, directamente hacia las líneas enemigas, llevando a su jinete colgando por la grupa, agarrado de un estribo y, tras del corcel enloquecido, dos oficiales al galope tendido, a los que reconocí como los capitanes Contreras y Villagrán. Cuando el caballo con su jinete caído estaba por embestir a un batallón enemigo, uno de los oficiales logró tomarlo de las riendas iniciando el regreso al galope hacia donde combatía el Tercer Escuadrón.

No tardó mucho en correrse la noticia a gritos. El caído era el coronel Yávar.

Siguieron varios minutos de combate, en que recuerdo claramente que la furia de los "Granaderos" rebalsó todo lo conocido. Los oficiales y soldados estábamos enardecidos con la suerte que había corrido nuestro jefe y eso nos llevó a hacer cargas suicidas pero tan decididas y avasalladoras, que los batallones peruanos creo que perdieron a centenares de hombres bajo nuestros ensangrentados sables.

Seguimos por detrás del Morro de San Juan y me hice el desentendido cuando mis soldados remataban a los peruanos que en señal de rendición lanzaban lejos sus fusiles y se ponían de rodillas en el campo.

Nada detuvo a mis jinetes. Parecía que los caballos también sabían de la caída de nuestro jefe y no demostraban agotamiento, pese a que estaban absolutamente bañados en sudor, espumantes los hocicos y muchos de ellos heridos.

Nuestra carga solamente se detuvo unos treinta minutos después, cuando comenzaron a ser escuchadas las trompetas con el toque de "Reagrupe". Cuando nos reunimos, hacia el lado de las casas de San Juan, nos dimos cuenta que más de cuarenta jinetes habían perdido sus caballos y que faltaban bastantes soldados en cada compañía.

A unos cincuenta metros desde donde se estaba reagrupando el regimiento, había un grupo de unos seis o siete oficiales y soldados. Sin desmontar, con Polhamer nos encaminamos hacia allá. Al llegar al lugar, vimos que en el suelo –sobre su capote– estaba el coronel Yávar. Tenía los ojos cerrados y estaba cubierto de sangre que le manaba por el estómago y por la espalda y que también le escurría desde su boca desfigurada por el dolor.

El doctor García estaba tratando de frenar las hemorragias causadas por una bala que le había atravesado la mano izquierda, penetró por el estómago y, antes de salir de su cuerpo, le reventó un pulmón. Al lado del moribundo coronel, estaba tendido uno de sus ayudantes –el capitán Contreras– con una bala alojada en el costado derecho del pecho hacia el hombro. Estaba consciente y preguntaba por nuestro coronel.

Volví a observar a nuestro jefe y vi que le faltaba todo el pelo en la parte posterior de la cabeza y que tenía desprendida una oreja. Por lo roto de su guerrera, imaginé que eso se debió al arrastre del caballo desbocado.

El capitán Larenas, acompañado de una sección, se llevó a los dos heridos a una casa que se encontraba a pocos metros. Antes de entrar la revisaron prolijamente ante el peligro que en su interior se ocultaran soldados peruanos.

Nosotros –a los enérgicos gritos del comandante Muñoz– volvimos a nuestro regimiento, comprobando que ya habían revisado las cabalgaduras, les habían dado de beber y también los soldados se habían refrescado un poco, ya que era pasado el mediodía.

La batalla aún seguía por distintas partes. En realidad yo no entendía hasta ese momento si nosotros éramos vencedores o derrotados.

No tuve tiempo de hacerme más preguntas, ya que a los pocos minutos recibimos la orden de cargar hacia unos potreros por los cuales huían unidades peruanas completas, replegándose hacia las líneas de la ciudad de Chorrillos.

El adolescente soldado había cumplido a cabalidad lo ordenado y andaba pegado al lado mío, pero ya se le notaba muy envalentonado y cuando íbamos al trote a tomar ubicación para arrasar a los enemigos que estaban cambiando de posiciones me preguntó "¿Se siente bien mi alférez?, porque yo al lado suyo podría ir a darle un sablazo hasta el propio don Sata y cortarle el pescuezo sin ningún temor".

Vino la segunda carga, que debo reconocer estuvo llena de furia de parte nuestra, ya que fuimos implacables y el Segundo Escuadrón –que fue el único que cargó en ese sector al mando del comandante Muñoz– dejó los potreros llenos de enemigos bandeados que al desangrarse iban tiñendo de rojo el pasto y las aguas de las acequias que marcaban los deslindes de esas chacras.

No sé cuanto rato estuvimos en eso, pero se ordenó el toque de "Reagrupe" y el escuadrón volvió al galope hacia San Juan, donde por órdenes del coronel Letelier, quedamos como reserva.

Allí comenzó el recuento y la revisión. "Carboncillo", como en otras ocasiones, había escapado milagrosamente a los miles de balas, pero su pecho y sus hijares estaban cubiertos de la sangre de los que habían caído bajo mi sable, que no puedo decir si fueron diez, quince o más enemigos... eso no lo sé y nunca lo sabré.

Se dejó una compañía como gran guardia y el resto desensillamos los caballos y les dimos agua y los dejamos encerrados en un bonito potrero, con alfalfa muy alta, para que se repusieran del enorme esfuerzo y desgaste a que habían sido sometidos.

Con el correr de las horas pudimos saber que el coronel Yávar, que cargó a la cabeza de nuestro regimiento, murió como a las tres de la tarde en la misma casona donde fue llevado herido. Asimismo, pudimos ir haciéndonos el cuadro de nuestras pérdidas. Murieron el coronel Yávar, un trompeta, el cabo Díaz y seis soldados.

Los heridos fueron el capitán Contreras, un sargento, dos cabos y veintidós soldados. Es decir que la Batalla de San Juan costó al "Regimiento Granaderos", nueve muertos y veintiséis heridos, treinta y cinco bajas en total. Siete de cada cien, lo que es mucho en la caballería.

A eso hubo que sumar la pérdida de cincuenta y tres caballos, entre los alcanzados por las balas peruanas y los que se fracturaron y debieron ser sacrificados. Los caballos fueron reemplazados esa misma noche, con los capturados a los peruanos.

El campo estaba plagado de muertos y heridos de ambos bandos.

Los caídos en esta batalla, la más grande en que me había tocado combatir, bordeaban los diez mil, de los cuales más o menos unos cuatro mil eran muertos y de éstos aproximadamente la mitad de cada bando.

Supe días después que las bajas chilenas llegaron a mil novecientos muertos y cuatro mil heridos. Una cantidad inmensa.

La Escuela de Cabos

Cerca de las diez de la noche, al menos en el sector de San Juan, la batalla estaba terminada y se escuchaban los incesantes tiroteos en la zona urbana de Chorrillos, donde continuaba la lucha "casa por casa".

A esa hora, por orden del sargento mayor Marzán, partí con un piquete de más o menos veinte jinetes al hospital de sangre instalado en la "Escuela de Cabos" de Chorrillos, para ver el estado de nuestra gente. Mientras nos acercábamos a la otrora hermosa ciudad balneario, parecía que la noche desaparecía con el resplandor de los incendios.

En medio de tiroteos de ventana a ventana, llegamos a la "Escuela de Cabos". No exagero para nada, cuando digo que el olor a sangre se sentía a más de cien metros del frontis del gran edificio. Entré con un sargento, dos cabos y dos soldados, entre ellos el aprendiz de sastre, que ya se había pegado como lapa. El resto del piquete quedó en las afueras al cuidado de los caballos.

Si había quedado impresionado con los hospitales de sangre de El Teatro Municipal y el Mercado de Tacna, esto era el infierno mismo. Todos los amplios salones, barracas de dormitorios, salas de estudio, oficinas y patios, estaban llenos de heridos y la sangre escurría por las baldosas y empedrados de los pisos.

Desesperados y lastimeros lamentos llenaban completamente el ambiente. Pienso que en los pocos minutos que estuve allí deben haber muerto decenas de soldados a causa de las heridas. El aire era caliente, denso. Se sentía un vaho pesado y pegajoso y los médicos y practicantes corrían de un lado a otro, haciendo lo que podían.

Los largos pasillos estaban repletos de heridos tendidos en el suelo. Entre ellos se veía a los cirujanos con sus túnicas blancas cubiertas de sangre, practicando amputación tras amputación, para evitar la temida gangrena. Encontré solo a tres de nuestros heridos, los cuales estaban muy mal, ya que tenían heridas de bala en el pecho y brazos.

Así me retiré de la "Escuela de Cabos", que era el escenario de una dantesca obra y donde miles de heridos graves eran atendidos por un puñado de valerosos y estoicos médicos y estudiantes de medicina que hacían todo lo posible por aferrarlos a la vida.

Dos días después –valga este paréntesis– de la entrada a Lima, se envió hacia Valparaíso el primer grupo grande de heridos, integrado como por cien oficiales y cerca de seiscientos soldados, los que llegados a Santiago fueron hospitalizados en un improvisado hospital en el Palacio de la Exposición en la Quinta Normal.

Los heridos de menor gravedad quedaron a contar del 18 de enero, instalados en hospitales de Lima y Callao, en mejores condiciones.

Una noche trágica

Regresé a las casas de San Juan, donde informé lo recabado al sargento mayor Marzán, quien estaba muy consternado con la muerte del coronel Tomás Yávar. El cadáver de nuestro jefe aún permanecía en uno de los dormitorios de la casona, mientras el doctor García y un médico de la Marina, cuyo nombre no recuerdo, le estaban extrayendo sus vísceras y realizando todos los procedimientos para la preservación de su cuerpo.

Estábamos esperando que los doctores terminaran su trabajo para pasar a rendirle los honores que merecía por caer combatiendo a la cabeza de nuestro regimiento. En eso me vino de golpe la imagen de la tarde anterior, en Lurín, cuando hablé con él para que cambiara la orden que pretendía dejarme al cuidado de los enfermos. Recree mentalmente la escena y el diálogo sostenido con el coronel, mientras arreglaba su equipaje y mis oídos escucharon nítidamente y en forma reiterada parte de una de las últimas frases que me expresó... "no te das cuenta que mañana a esta hora podríamos estar boca arriba"... y así le ocurrió.

Me quedé en la semi oscuridad del amplio corredor de la casona, donde varios oficiales permanecían descansando en los escaños. No pude contener las lágrimas y lloré un largo rato, ya que sentía que con el coronel Yávar se me iba un padre.

Estaba muy entristecido cuando llegó Polloni. Aunque esta vez no lanzó ninguna frase en son de broma y como no nos habíamos visto desde antes de entrar en batalla, me dio un fuerte abrazo y me palmoteó largamente la espalda, sin musitar palabra. Me invitó un cigarro y cuando me lo estaba prendiendo se quedó con el fósforo encendido suspendido a medio trayecto y mirándome fijamente me dijo: "putas la lesera y yo que te echaba bromas de que te habías puesto elegante para tu entierro y casi resulta verdad... anduviste muy cerca con tu presentimiento".

Diciéndome esto encendió otro fósforo y me mostró la parte superior de la manga derecha de mi guerrera, que estaba desgarrada por un tiro de fusil y con una gran mancha de sangre ya seca. Me hizo sacarme la guerrera y la camisa y observando mi brazo me mostró un pelón de unos diez centímetros de largo, como una quemadura, que era el rozón dejado por el proyectil en mi carne. Esta cicatriz ha permanecido siempre en mi cuerpo.

Entonces sentí que había estado aún mucho más cerca de la muerte de lo que había creído, ya que por un par de milímetros la bala no me atravesó el brazo derecho o me impactó directamente en el pecho. De haber ocurrido así, a esta hora estaría muerto en el campo o, con suerte, siendo amputado en la "Escuela de Cabos".

Estaba vistiéndome nuevamente cuando aparece el capitán Villagrán y nos dice: "ustedes dos tomen su gente y monten y me acompañan a Chorrillos, que los soldados borrachos están dejando la tremenda cagada".

En cosa de diez o quince minutos –como a las dos de la madrugada del día 14– unos ochenta granaderos, con el capitán Villagrán a la cabeza partimos al galope hacia el pueblo de Chorrillos.

Nos dimos cuenta que en algunos sectores aún había cuerpos con sus oficiales al mando haciendo una revisión "casa a casa" y que esporádicamente se sentían tiros y lamentos y luego salían soldados chilenos arrastrando a los soldados peruanos muertos o heridos y los lanzaban a las callejuelas. Eran los últimos defensores de Chorrillos que –parapetándose en cada casa que pudieron– dispararon a mansalva sobre las tropas chilenas que estaban empeñadas en eliminarlos sistemáticamente.

Sin embargo, al llegar al centro de la ciudad, el aspecto era dantesco. Las fastuosas casas y mansiones ardían por los cuatro costados y en los pórticos se veían cadáveres de hombres y mujeres civiles destrozados a bayonetazos.

Por el camino, el capitán Villagrán nos explicó que varios batallones, enardecidos por la batalla que se prolongó todo el día y por los disparos de francotiradores con que fueron recibidos en la ciudad, habían dado muerte a cuanto ser humano encontraron. Luego habían iniciado un saqueo del comercio y que se habían embriagado con vino y aguardiente, comenzando a cometer peores aberraciones, como violar a las mujeres. Agregó que esos soldados se habían sublevado y que no obedecían a sus oficiales y que sabía de varios tenientes, capitanes e incluso un comandante que habían sido asesinados por sus propios hombres al tratar de restablecer la disciplina.

Cuando llegamos al sector más conflictivo, me di cuenta que en realidad el capitán Villagrán no había exagerado en nada su relato. En una plaza había unos ocho soldados chilenos, totalmente borrachos, que trataban de desvestir a una mujer para violarla y la pobre daba unos alaridos que llegaban a romper el corazón.

Villagrán me gritó "páralos y si no te obedecen, mátalos". Me lancé con mis veinticinco jinetes –con Catalán a mi izquierda– contra los amotinados. Cuando íbamos a unos diez metros, uno de ellos se llevó el fusil a la cara, me apuntó y

lanzando groserías disparó, sin lograr alcanzarme. Catalán, que llevaba la carabina preparada le descerrajó un tiro que le dio en plena frente, destapándole la cabeza.

Los otros amotinados, que después supe eran del "Chillán", trataron de hacernos frente, pero fueron derribados y aplastados por nuestros caballos, quedando todos con fracturas. Luego de quitarles sus armas, los dejamos amarrados como fardos de pasto.

Estas escenas se repitieron decenas de veces en las casi cuatro horas que estuvimos recorriendo las calles de Chorrillos y creo que solamente mi sección debe haber dado muerte a unos siete soldados chilenos sublevados cual leva de perros salvajes.

Ya amanecido, supe que prácticamente todos los soldados del "Granaderos" y "Cazadores" estaban en la misma faena. En realidad nunca supe el balance final de esa vergonzosa noche, pero calculo que considerando las riñas entre los soldados ebrios y aquellos que fueron dados de baja por la caballería que se empeñó en sacarlos de la ciudad, deben haber muerto unos ciento cuarenta o ciento cincuenta soldados, que habiendo escapado de las balas enemigas en la batalla que duró casi diez horas, terminaron convertidos en cadáveres a causa del alcohol.

En la mañana del 14 de enero de 1881 Chorrillos estaba casi absolutamente destruida por el fuego y los cadáveres de soldados peruanos, chilenos y de civiles, se desparramaban por doquier.

En un elegante hotel de tres pisos que estaba en el acceso poniente del hasta hace dos días lujoso balneario –y que milagrosamente escapó de los incendios– se instaló la Comandancia en Jefe. Allí se realizaron antes del mediodía varios Consejos de Guerra, que dieron por resultado el fusilamiento de una veintena de soldados que durante la noche protagonizaron los deleznables sucesos de saqueos y violaciones. En una casa interior, en el mismo terreno del hotel, fue colocado el cadáver del coronel Yávar y durante el curso de la tarde los oficiales nos turnamos para hacer una guardia de honor en torno a la cama donde yacía.

Esa misma tarde –en un pequeño potrero situado entre San Juan y Miraflores– tras la muralla posterior de una capilla, sepultamos a los granaderos muertos el día anterior, en una ceremonia que dirigió el comandante Muñoz y a la que asistió formado el Primer Escuadrón, mientras el resto lo presenciamos desde nuestros caballos, ubicados en el costado norte del pequeño sitio.

Fue una ceremonia simple pero no por ello menos emocionante. A falta de ataúdes, los soldados fueron envueltos en sus ponchos, con su quepí colocado sobre el rostro y sepultados en fosas individuales. Cuando todos estaban dentro de la tumba en que se cobijarían para siempre, cuatro trompetas del regimiento lanzaron al aire la melodía de silencio.

Me fijé que todos los trompetas –mientras sacaban de sus bronces las lúgubres melodías– lloraban copiosamente, ya que a lo triste de la ceremonia se agregaba que entre los muertos estaba un compañero de ellos, uno de los trompetas de órdenes del "Granaderos", que cayó con la garganta atravesada por una bala peruana mientras hacía resonar el bronce llamando a la carga.

Antes que un grupo de soldados comenzara a lanzar las paladas de tierra, ocho soldados se acercaron trayendo de tiro a igual número de caballos, simbolizando a las cabalgaduras de los caídos, los que dejaron al borde de la fosa, mientras la tierra iba cubriendo los cuerpos de nuestros soldados.

Era impresionante ver como los caballos estaban quietos, sin mover ni un músculo, con las cabezas gachas, dando la sensación que entendían todo. Y mientras más conocí a los caballos con el correr del tiempo, más me convencí que lo entendían todo, incluso más que los perros.

Más tarde formó todo el regimiento, incluso los heridos leves, para proceder a la sepultación de nuestro coronel Yávar. Esta ceremonia se efectuó en un pequeño cementerio llamado Surquillo, cerca de la salida de Chorrillos hacia Miraflores. La urna de madera color caoba fue trasladada por el comandante Muñoz, el sargento mayor Marzán, el capitán Villagrán y tres soldados, mientras la banda interpretaba sones fúnebres.

Al llegar al lugar donde recientemente se había excavado la fosa, la urna fue puesta sobre la tierra, al lado de la excavación y un asistente condujo hasta el costado del ataúd el caballo del coronel, con todos sus aperos. En ese momento los trompetas de órdenes comenzaron a tocar silencio.

Después, el regimiento completo desfiló montado frente al ataúd, llevando la vista hacia el féretro mientras pasábamos –embargados por la tristeza– frente al que había sido nuestro jefe.

Una vez terminado el desfile, el Regimiento se formó por escuadrones al frente de la sepultura, mientras el ataúd era descendido a la fosa. Una vez que fue cubierta de tierra y colocada sobre ella una cruz de madera sin pintar, la unidad se retiró. Un par de semanas después, cuando ya Lima había sido ocupada por nosotros, los restos del coronel Yávar fueron trasladados hasta el Cementerio de los Británicos, en el camino a Callao, donde permanecieron un buen tiempo antes de ser llevados al Cementerio General de Santiago.

De esta forma terminaba un triste día, el primero después de la batalla más grande que hubo en toda la guerra. Lo que ni siquiera sospechaba era que junto con ser el día después de tan sangrienta jornada, era la víspera de otra. La última antes de entrar a Lima.

CAPÍTULO 9
BATALLA DE MIRAFLORES

La sorpresa

El sábado 15 de enero de 1881 amaneció nublado, con más camanchaca que la habitual, que al disiparse dejó un cielo cubierto de estratos nubosos, que permitían el paso del sol solamente a ratos. Sin embargo hacía calor y, desde San Juan –donde habíamos pasado la noche– percibíamos el olor a muerte que llegaba del campo de batalla donde miles de hombre de ambos bandos habían ofrendado sus vidas por sus banderas dos días antes.

Se veía a lo lejos a cuadrillas de jinetes e infantes que reunían a los muertos. También los carruajes de las ambulancias recorriendo la planicie, recogiendo a centenares de heridos que cuarenta y ocho horas después del combate aún permanecían tirados en la zona. Sin embargo, en esta ocasión no me correspondió ser parte de estas "patrullas de la misericordia" –como se les llamaba– y estaba junto con mi gente en los potreros en que vivaqueábamos, colindantes a una gran casona patronal.

En eso se me acerca el "soldado-niño" –como le decía a Catalán– y pidiéndome el permiso reglamentario me dice que yo le debo algo. Extrañado le pregunté que es lo que sería, porque no me acordaba. El adolescente –riéndose nerviosamente– me recordó que yo le había dicho antes de la batalla que si nos salvábamos le convidaría un cigarro. Me reí y le dije que tenía toda la razón y le di un fuerte apretón de manos, diciéndole que le agradecía mucho su lealtad, ya que no solamente estuvo pegado a mí en la batalla, sino que saltó como un puma cuando el soldado borracho me disparó, dándole muerte con su carabina. Bajo la sombra de unos árboles nos fumamos el cigarro. No recuerdo muy bien, pero creo que hablamos muy poco o casi nada, pero el chiquillo se sentía feliz al estar compartiendo ese momento... y yo también.

Estábamos muy tranquilos esa mañana, ya que se hablaba en los corrillos de oficiales que lo más probable fuera que la guerra terminara ese mismo día, ya que los cónsules europeos estaban negociando con el ministro Vergara y con el general Baquedano la rendición de todas las tropas peruanas y la entrega de Lima y Callao.

Además, ya se había firmado con los diplomáticos europeos una tregua que duraría hasta la medianoche, mientras se finiquitaban las negociaciones.

Todo ello daba cierta tranquilidad, relativa considerando que veníamos saliendo de la más cruenta de las batallas y que estábamos rodeados de muertos y heridos.

Pasado el mediodía se tocó a rancho y mientras los caballos libres de sillas y riendas pastaban libremente en los potreros, nosotros pasamos a nuestra primera comida caliente desde que salimos de Lurín, es decir tres días atrás. No recuerdo bien el rancho. Me parece que fue una especie de puchero de porotos, maíz, ají y charqui. Lo que sí tengo muy claro es que nuestra "carreta" fue integrada por Polloni, Polhamer, Vivanco y yo. Además de la comida, nos bebimos entre los cuatro una botella de vino tinto que Polhamer quitó el día anterior a uno de los soldados ebrios que asolaban Chorrillos.

Habíamos terminado de almorzar y estábamos en reposo, cuando cerca de las dos de la tarde sentimos los atronadores y reiterados disparos de la artillería peruana de Miraflores y –a los pocos minutos– el sonido de los cañones navales, que después supe que eran de nuestros buques blindados.

No hubo necesidad de orden alguna y todos se levantaron velozmente, se colocaron las guerreras y quepí, los que andaban descalzos se pusieron las botas y se hicieron de sus armas. Enseguida –a la carrera– cada cual ubicó su caballo llevando la silla a cuestas. Creo que no deben haber pasado más de diez minutos cuando se sintieron las trompetas de "formación" y el regimiento ya estaba listo, al mando del sargento mayor Marzán, ya que el comandante Muñoz se encontraba en Chorrillos.

El capitán Villagrán salió al galope, enviado por Marzán, hacia el cuartel general en Chorrillos, pero torció el camino hacia la vía férrea que se dirigía a Miraflores, porque allá divisó a lo lejos al general Baquedano y su escolta. Volvió en un rato y contó que los peruanos habían abierto el fuego contra el general Baquedano y su Estado Mayor, cuando efectuaban un recorrido observando las posiciones de Miraflores, borrando con el codo la tregua que habían firmado y que debía mantenerse hasta la medianoche mientras seguían las negociaciones.

Desordenada reacción

A los pocos minutos llegó el comandante Muñoz, que tomó el mando del regimiento y poco después llegó un ayudante del comandante general de la Caballería, el coronel Letelier, que nos dio la orden de avanzar hacia un alto que

había entre Chorrillos y Miraflores, denominado Barrancas. Allí estuvimos en pocos minutos, ya que avanzamos al trote rápido. En breve se sumaron a nosotros los regimientos "Carabineros" y "Cazadores".

Chorrillos y Miraflores estaban unidos por una vía férrea que corría paralela al viejo Camino Real, que no tenía más de tres metros de ancho y permitía con mucha dificultad el paso de dos coches en sentido contrario. En cosa de minutos el camino se atochó, ya que la batalla –que no estaba planificada para aquel día– fue desencadenándose rápidamente. El angosto camino colapsó con los miles de soldados de infantería y las baterías de artillería que desordenadamente corrían a tomar posiciones de combate.

Lo más complicado fue que en la mañana, antes que comenzaran a disparar los fuertes peruanos, la mayoría de las cantineras, gente de los bagajes y los chinos que se habían constituido en tropas auxiliares habían avanzado más allá de Barrancas, para vivaquear en las huertas existentes en esa zona. Al iniciarse las acciones, toda esta gente –al sentirse más adelante que los regimientos– inició su desordenado y vertiginoso repliegue hacia la retaguardia, copando la única vía.

Recuerdo que con Polhamer y Larraín, recibimos la orden de hacer despejar el camino y a empellones y pechadas tirábamos a toda esta gente hacia los costados, para que la vía quedara libre para los regimientos que corrían hacia el combate.

Antes de las tres de la tarde, ya estaban llegando casi todas las divisiones al frente y la batalla se había generalizado. El enfrentamiento se anunciaba como de grandes proporciones, considerando que en la última línea de defensa peruana que resguardaba Lima, había más de veinte mil soldados.

Nunca había estado en un combate –o más bien dicho en una batalla– tan improvisada, tan confusa, tan desordenada, ya que ella comenzó tan solo dos días después de esa trágica y sangrienta batalla de San Juan y Chorrillos y en momentos en que estábamos en plena tregua.

Nuevamente y cuando se podía, Polloni me facilitaba sus prismáticos y así pude ver que el combate era muy difícil. Para llegar a las líneas de defensa peruanas, los infantes tenían que avanzar por medio de chacras, huertas y quintas, que estaban divididas entre sí por murallones de adobes que debían escalar y, la mayoría de los nuestros que caía bajo las balas peruanas, eran alcanzados cuando estaban en la parte alta de los muros, ya que ofrecían un blanco excelente para los tiradores enemigos que estaban muy bien parapetados.

No puedo relatar los movimientos dispuestos por nuestros jefes y lo único que pude percibir era que el caos inicial en nuestras filas fue cediendo paulatinamente

a una organización de batalla –que aunque improvisada– fue haciéndose coherente, aunque se veía caer gran cantidad de soldados chilenos.

Desde nuestra ubicación observé llegar a la carrera a los "Navales" y a los del "Aconcagua", como también a una unidad de Artillería de Montaña, que emplazó sus baterías que comenzaron a hacer fuego a los pocos minutos contra las posiciones peruanas.

Mientras seguían incorporándose regimientos y batallones chilenos al inesperado combate, nosotros –junto a los "Cazadores" y "Carabineros"– permanecíamos en Barrancas y, desde ahí, pudimos ver el paso de las tropas. Recuerdo haber visto miles de hombres corriendo hacia el frente dispuestos a todo. Entre ellos a los del "Valparaíso", "Melipilla", "Bulnes", "Artillería de Marina" y de las baterías de artillería de campo, con sus modernas piezas Krupp, con mucho mayor alcance que las de montaña, que hasta ese instante estaban sosteniendo un estéril duelo artillero con los peruanos.

En ese instante, comenzaron a llegarnos los tiros de la fusilería peruana, porque no nos encontrábamos a más de seiscientos metros de sus fortificaciones, ante lo cual el comandante Muñoz ordenó desmontar y protegernos con nuestros caballos tras una gruesa tapia de adobes que había hacia el oriente de la vía férrea y me parece que lo mismo hicieron los otros dos regimientos de caballería.

Yo estaba muy inquieto, ya que pese a mi poca experiencia militar, notaba que esto más que una batalla, era una sorpresa. Sabía que nuestro Ejército estaba muy debilitado por la marcha desde Lurín y por tremenda batalla librada dos días antes que nos había costado casi seis mil bajas. Sin embargo, estaba empeñado en una brava y casi suicida lucha contra miles y miles de peruanos muy bien parapetados que en su mayoría eran tropas frescas y con el factor de la sorpresa a su favor. Estaba inmerso en esos pensamientos cuando llegó el soldado Catalán y poniéndose a mi lado me dijo "aquí me voy a quedar mi alférez, al lado suyo, ya que la cosa está demasiado fea".

En eso se acercó Polloni a pedirme sus prismáticos y me dijo algo así como: "Compadre, no entiendo nada, lo único concreto es que vamos a pelear y quizá hasta aquí no más nos llegue, porque hoy los cholos se pasaron para maricones".

Recuerdo nítidamente que el miedo comenzó a recorrerme con mucha fuerza y sentía los mismos "síntomas", como yo le llamaba: el corazón escapándose por la boca, las piernas y brazos débiles por el temblor, la propia voz que se oía como ajena y los latidos del corazón retumbando fuerte en las sienes.

Como estábamos desmontados y era tanto el temblor de las piernas me senté en el sobrecimiento de la pandereta y pegando mi espalda contra el muro traté

de relajarme, encendiendo un cigarro que compartí con otro oficial, que aunque hago esfuerzos no recuerdo quien era. Pensaba que estábamos en una batalla muy grande, que había emergido desordenadamente en cosa de minutos, pillándonos como se decía "con los pantalones abajo".

En esta oportunidad, a diferencia del Campo de Alianza y Chorrillos, no habíamos tenido ni bandas ni capellanes dándonos la bendición. Solamente desorden, agotamiento, cansancio y la pena de nuestros muertos de hace dos días, muchos de los cuales aún ni siquiera habían sido enterrados.

En eso estaba, cuando se sienten las trompetas de formación y –en medio de tiros que se incrustaban en los muros de adobes– los tres regimientos tomamos nuestro orden de batalla.

Los primeros en partir fueron los "Carabineros", que según las órdenes dadas a gritos por sus oficiales, deberían apoyar el flanco de la Primera División, que estaba siendo atacado por las tropas peruanas. Les siguieron los "Cazadores", hacia los flancos de la Segunda División.

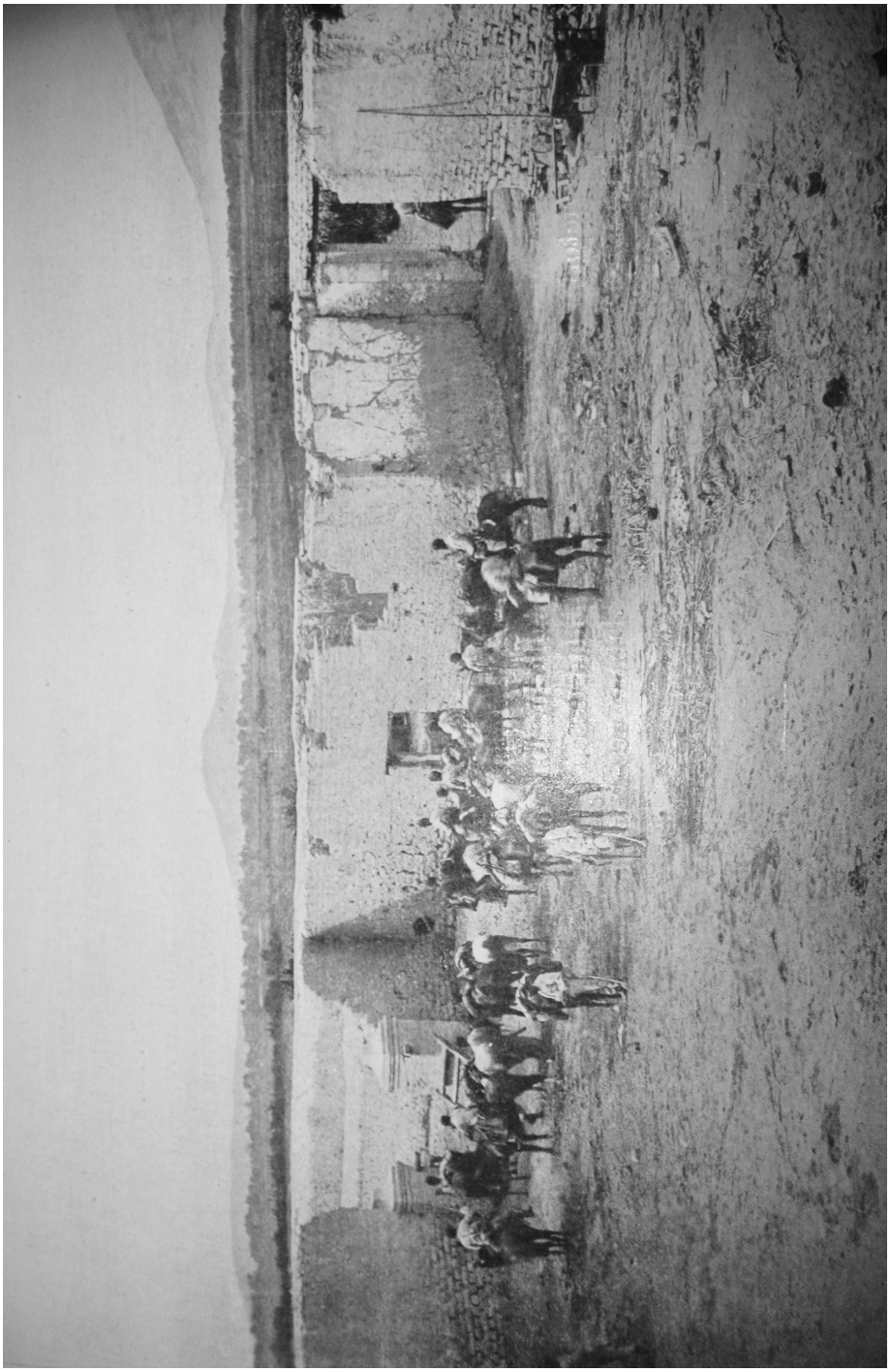
Casi en seguida, siendo como las cuatro de la tarde, nos pusimos en marcha los tres escuadrones del "Granaderos". Se nos dijo que nuestra misión era apoyar a la División del coronel Lagos, que estaba siendo amenazada en su derecha por fuerzas de caballería peruanas.

Combate atípico

Avanzamos en columnas a galope rápido. A medida que nos íbamos acercando donde combatían las tropas de la División Lagos, veíamos la enorme mortandad causada por los peruanos, ya que el suelo estaba tapizado de infantes chilenos muertos o heridos, algunos de los cuales tendidos seguían disparando contra las posiciones peruanas.

En realidad era poco lo que podíamos hacer, considerando que la serie de murallas que dividían los accesos a Miraflores impedían las evoluciones de la caballería y más aún hacer una carga por escuadrones. Ante eso, se ordenó la dispersión por compañías en línea y se realizaron diversas cargas contra unidades de infantería peruanas, ya que la caballería de ellos se replegó al ver llegar nuestro regimiento.

Nuestra forma de combatir no tuvo la espectacularidad ni la potencia avasalladora de Campo de la Alianza ni Chorrillos, pero puedo decir con toda objetividad que en la hora que estuvimos combatiendo, causamos muchas bajas a los adversarios.



Caballería chilena en Miraflores. Fotografía: Biblioteca Nacional.

El regimiento se dividió en piquetes de aproximadamente veinte jinetes, cada uno al mando de un oficial. Nos ocultábamos tras de las tapias, agachados sobre la montura para que no vieran nuestras cabezas y cuando veíamos que se producía un espacio entre nuestras fuerzas y las enemigas, salíamos al galope tendido, la mitad de los jinetes disparando con sus carabinas y la otra sableando a cuanto peruano alcanzábamos.

Estas incursiones las repetimos –al menos en mi sección– unas diez o doce veces y luego de asestar cada golpe, nos ocultábamos en la próxima serie de tapias de adobes, para seguir avanzando de la misma manera, dejando tras de nosotros un reguero de enemigos muertos.

Alrededor de las cinco de la tarde vimos que al menos el ala derecha de las líneas peruanas comenzaba a debilitarse. Era fácil apreciar, desde la corta distancia que nos encontrábamos, como las primeras compañías de infantes comenzaban a luchar cuerpo a cuerpo con los peruanos y paulatinamente comenzaron a aparecer banderolas de nuestros regimientos en aquellos sectores de los fuertes peruanos que ya habían sido tomados.

Poco más tarde, estando nosotros bastante extenuados con esta singular forma de combatir y casi sin municiones, recibimos las orden de reunirnos, convergiendo los tres regimientos de caballería hacia la entrada del pueblo de Miraflores, donde en un campo de unas cinco cuadras de largo nos formamos divididos por unidades.

El coronel Letelier –que era el comandante de la Caballería– dispuso el regreso a Chorrillos por el Camino Real de los regimientos "Cazadores" y "Carabineros" y a los pocos minutos hizo lo mismo con los "Granaderos", pero dejando en ese mismo lugar y hasta nueva orden, una compañía al mando del capitán Amador Larenas, de la que formé parte.

En esos momentos –ya cerca de las seis de la tarde– las tropas peruanas huían desbandadas, principalmente en dirección a Lima y Callao, cruzando a través de Miraflores, en cuyo acceso sur poniente estaba estacionada nuestra compañía.

A los pocos minutos, Miraflores comenzó a arder por todas partes.

El capitán Larenas nos dijo en esos momentos: "esos cholos no tienen Dios ni ley, están quemando y saqueando su propia ciudad, dejando sin techo a los suyos, para culparnos después a nosotros. Pero ustedes son testigos que ningún soldado chileno ha pisado Miraflores y ya está quemándose por los cuatro costados".

En esos momentos –que los recuerdo muy bien pues estábamos observándolo todo desde una privilegiada posición– ya no hacían fuego los cañones ni ametralladoras de los fuertes peruanos y solamente se escuchaban esporádicos tiros de fusil. Los

grandes fuertes de San Cristóbal y San Bartolomé, seguían disparando sus gigantescos cañones, muchas de cuyas granadas caían sobre el incendiado Miraflores.

Allí nos pilló la medianoche del 15 de enero de 1881, iluminados por los incendios de Miraflores, que poco a poco comenzó a ser ocupada por nuestras tropas.

Llegó el Primer Escuadrón de nuestro regimiento y nos unimos a ellos, iniciando una tarea de protección dentro de la ciudad, recorriendo las calles para impedir actos vandálicos como los de Chorrillos, ocurridos dos noches atrás. Las rondas no estuvieron exentas de riesgos, ya que fueron muchas las veces que nuestros jinetes fueron atacados a tiros desde el interior de algunas casas que permanecían en pie.

El procedimiento fue igual en todos los casos: desmontaban cinco o siete granaderos, mientras la otra mitad del grupo rodeaba la casa a caballo y un soldado de quedaba al cuidado de las cabalgaduras de los que habían desmontado. Se intimaba rendición y como generalmente no había respuesta, un jinete tiraba con su lazo la puerta principal y por allí se metían los soldados, haciendo fuego con sus carabinas, hasta dar muerte a los francotiradores.

Por la madrugada –muy agotados– nos reunimos en el mismo lugar en que habíamos permanecido al concluir la batalla y allí nos enteramos, por el capitán Larenas, que la batalla había sido muy sangrienta y que por un ayudante de Lagos había sabido que tuvimos más de seiscientos muertos y sobre los dos mil heridos. Entre los muertos –según nos dijo– estaban el coronel Martínez, comandante del "Atacama" y el comandante Marchant, jefe del "Valparaíso".

Si sumamos eso a nuestras bajas de cuarenta y ocho horas antes en Chorrillos, nuestros muertos llegaban a cerca de dos mil quinientos y los heridos superaban los seis mil. Realmente una carnicería y eso que las bajas peruanas eran prácticamente el doble que las nuestras.

Nosotros habíamos tenido suerte, ya que en esta ocasión –a diferencia de Chorrillos– no tuvimos ningún muerto que lamentar en nuestras filas, y terminamos la batalla con seis soldados heridos de bala, los que fueron llevados a la "Escuela de Cabos" de Chorrillos. No tuvo la misma fortuna el "Carabineros", ya que murieron tres soldados y más de diez quedaron heridos de bala. Los "Cazadores" tuvieron, según supe, un muerto y cinco heridos graves.

Después de enterarme de este trágico recuento, estaba tan agotado que luego de desensillar, limpiar y dar de comer y beber a "Carboncillo", me dormí tirado en la hierba, cerca de unas improvisadas ramadas de soldados de mi Escuadrón.

Desperté ya con el sol alto, tapado con mi poncho y con una guerrera que no era la mía como almohada. Minutos más tarde supe que mi asistente Catalán,

cuando me encontró roncando en el suelo, se preocupó de arroparme y la guerrera que tenía para apoyar mi cabeza era la suya.

El 16 de enero fue un día de muchos comentarios, informaciones entregadas por algunos con mucha seguridad y que luego se derrumbaban ante la llegada de nuevas noticias.

Lo único concreto fue lo que nos informó el sargento mayor Marzán. Nos dijo que ya no había resistencia peruana en Chorrillos ni Miraflores, que al parecer los fuertes de San Cristóbal y San Bartolomé habían sido volados por los mismos peruanos antes de huir y que en Lima había matanzas, saqueos e incendios.

Nos manifestó que los cónsules extranjeros estaban muy preocupados ante el caos que había en Lima, ya que los soldados peruanos que habían huido hacia la ciudad estaban saqueando los comercios y casas y habían violado a muchas mujeres. Además, junto a civiles, habían perpetrado la matanza de más de quinientos chinos residentes en Lima, como venganza por los orientales que se habían unido a nuestro ejército. Contó que se habían formado guardias de extranjeros en Lima que estaban combatiendo con esas turbas de soldados peruanos desertores. Agregó que la situación era inaguantable y que, por eso mismo, estaban pidiendo la entrada de nuestras tropas para restablecer el orden.

"Por esa razón –dijo– se dispone que a partir de este instante, se preocupen de remendar sus informes, pulir con ceniza botones y hebillas, limpiar sus botas con grasa y prepararse, porque en cualquier momento recibiremos la orden de entrar a Lima, algo que todos soñamos desde hace mucho tiempo".

capítulo 10

OCUPACIÓN DE LIMA Y EL CALLAO

Nuevamente en la vanguardia

Eso resonó magnífico en mis oídos y creo que todos dábamos gritos de alegría y hasta abrazos hubo entre las tropas. Con mucha energía comenzamos los preparativos para entrar, lo más dignos posible, a la Ciudad de los Virreyes.

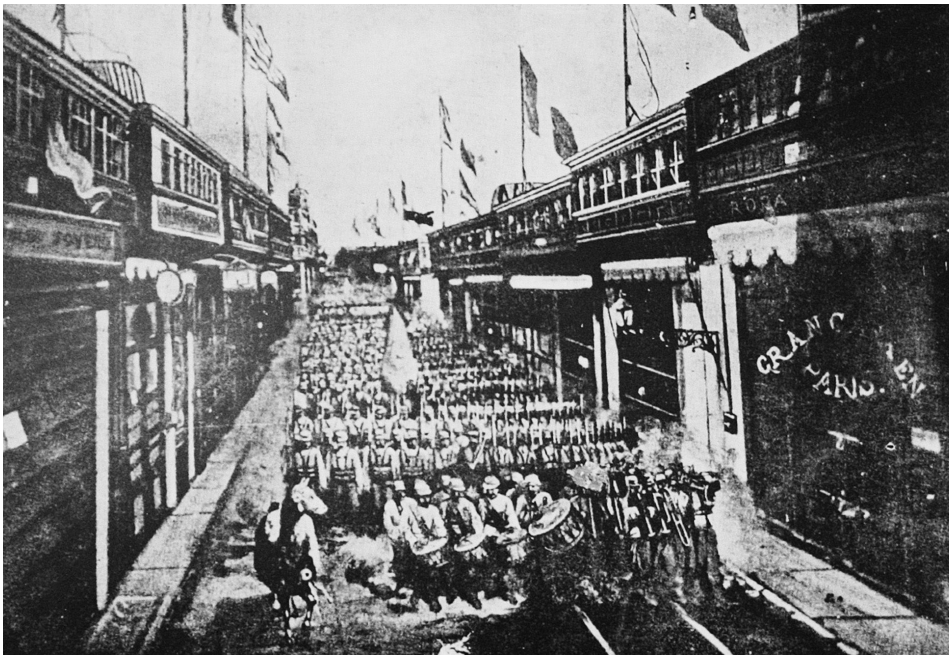
Estábamos saboreando nuestra victoria y la mayoría pensaba que con esto la guerra –que duraba ya casi dos años– llegaba a su término. Pero estábamos todos muy equivocados, como lo demostrarían posteriormente los hechos.

El 17 de enero de 1881 se tocó diana a las cuatro de la mañana y luego del aseo y desayuno, se ordenó formación para revista a las seis de la mañana. El regimiento lucía distinto. Todos estábamos lo mejor presentados posible y de lejos la gente se veía impecable. Al observar de cerca, se veían los zurcidos en los uniformes y las botas lustrosas, pero con sus suelas abiertas en las puntas, en muchos de los casos.

Siguieron más preparativos y pasado el mediodía se sirvió rancho caliente, lo que no veíamos desde hacía dos días, antes de la Batalla de Miraflores.

Después del rancho me bañé en un tambor de hierro y me cambié toda mi ropa interior, que me había puesto antes de salir de Lurín y que llevaba pegada al cuerpo casi una semana y con dos batallas entre medio. El excesivo sudor y las nubes de polvo ya se estaba convirtiendo en un cómodo refugio para las pulgas que plagaban los campamentos. Me saqué la guerrera que estaba perforada por una bala en el brazo derecho y me puse un uniforme que estaba casi como nuevo, aunque usé el pantalón azul, ya que el lacre estaba roto en la entrepierna. Aún me quedaba loción y jabón, así es que como a las tres de la tarde cuando terminé con estos menesteres, estaba impecable. Creo que lo mismo hicieron casi todos los oficiales y soldados, en mayor o menor medida dentro de sus posibilidades.

A las cuatro de la tarde se ordenó formar por escuadrones y enfilamos rumbo al Camino Real, donde esperamos la llegada de otros cuerpos, entre ellos recuerdo al “Buin”, “Zapadores”, “Bulnes”, “Cazadores” y la Artillería.



Ingreso de la vanguardia del Ejército de Chile a Lima. Fotografía: Álbum Histórico Militar.

Toda esta fuerza, al mando del general Cornelio Saavedra, se puso en orden de marcha. Era tanta la emoción que sentía que todos los detalles me quedaron profundamente grabados.

Formamos en un camino flanqueado por añosos sauces. Primero dos compañías del "Cazadores", luego las bandas de músicos del "Buin" y "Zapadores", reunidas en una sola. Tras ellos, el general Saavedra, sus ayudantes y el Estado Mayor. A continuación, dos escuadrones del "Granaderos" y, detrás de nosotros, batallones del "Buin", "Bulnes" y "Zapadores", seguidos por la banda de músicos del "Bulnes". Los infantes eran seguidos por parte de la artillería Krupp. Cerrando la formación marchaban otras dos compañías del "Cazadores".

Pasadas las cinco de la tarde, la columna comenzó a entrar por las calles de Lima. La música de las bandas sonaba mucho más fuerte y marcial, al encajonarse en las calles bordeadas por muchas construcciones de dos y tres pisos. Nuestro regimiento formaba con el comandante Muñoz a la cabeza, seguido por los capitanes Villagrán y Donoso. Más atrás el sargento mayor Marzán, seguido por los capitanes Doren y Urrutia y seis trompetas de ordenes. Después seguía el alférez García con el Estandarte y sus dos sargentos de escolta. Proseguían dos escuadrones, en su

orden habitual. Al frente del mío marchaba orgulloso –con su estampa y porte de gente de siempre– el capitán Amador Larenas.

Llegamos a una gran plaza, que después supe que se llamaba "De la Merced". Allí los cuerpos se detuvieron avanzando solamente una compañía del "Cazadores", el general Saavedra, su Estado Mayor y ayudantes.

Luego de unos minutos y a los sones del Himno de Yungay, nos pusimos en marcha, hacia el Palacio de los Virreyes.

Al enfilar por la amplia explanada vimos a lo lejos al general Saavedra, con sus oficiales detrás y en la última fila una compañía de "Cazadores", en posición de revista a las tropas que nos aproximábamos.

En forma disimulada miraba hacia las ventanas de las impresionantes mansiones y comercios, que en su mayoría estaban cerradas, salvo algunas en que había izadas banderas italianas, inglesas, francesas y de otros países, en cuyos balcones estaban grupos familiares completos, que aplaudían nuestro marcial paso. En el resto de las señoriales casas se notaban, detrás de los cristales, leves movimiento de cortinas, lo que demostraba que nos estaban observando.

En esos momentos –cuando nos encontrábamos detenidos enfrentando la plaza frente al Palacio de los Virreyes– se ordenó firmes y presentar armas. Todos, a las voces de nuestros capitanes, desenvainamos los sables usados en batallas y combates y quedamos en posición de atención.

"Carboncillo", después del aseo y prolijo cepillado que le había hecho en Miraflores, lucía precioso, negro brillante y estaba erguido como el mejor de los soldados. Mi fiel caballo –en el cual había cabalgado varios miles de kilómetros por desiertos y campos– permanecía quieto, duro como un mármol. En esos momentos le dije, casi en voz alta, "gracias mi querido amigo por acompañarme desde Calle Larga a Lima y por ser tan fiel y bueno". Él respondió solamente agitando su cola y dando una patada con su mano izquierda en la adoquinada calle... pero eso me bastó.

Entonces se escuchó el "presenten armas" y mientras colocábamos nuestros sables en posición de rendición de honores, el aire se estremeció con los sonidos de las bandas, interpretando nuestro Himno Nacional.

Allí vi –mientras los bronces y cajas interpretaban de la más bella manera que he escuchado nuestro Himno Patrio– cuando nuestra hermosa bandera comenzaba a alzarse en el Palacio de los Virreyes, la sede del gobierno peruano.

No me moví ni un milímetro y "Carboncillo" tampoco. Sentía el cuerpo recorrido por una intensa emoción, que parecía imposible de controlar, y las lágrimas rodaban por mi cara sin posibilidad alguna de contenerlas. Me acordaba de mis padres y

de mi hermana, de lo orgullosos que habrían estado si me estuvieran mirando. De mis parientes de Melipilla y de mis compañeros de Concepción.

Las lágrimas aumentaron –mientras el aire seguía siendo estremecido por los sones de nuestro Himno Nacional– cuando me acordé de Barahona, Valenzuela, Aspillaga, del coronel Yávar y de tantos otros que habían caído en Tarapacá, Campo de la Alianza y Chorrillos.

Terminado nuestro himno y ya afianzada nuestra bandera en el mástil más alto del Palacio de los Virreyes, se ordenó desfile ante nuestro general, el que fue el más marcial que he hecho en mi vida.

Ya eran casi las siete de la tarde de aquel inolvidable día y las unidades partieron en distintas direcciones, siempre al son de las bandas. Las baterías de artillería se fueron hacia el Cuartel de Santa Catalina; el "Bulnes" designado como servicio de policía y guardia de Lima, tomó posesión con dos compañías del Palacio de Gobierno y las otras compañías se adentraron en el Teatro Municipal, ubicado frente al palacio, el que sería por largo tiempo su cuartel. El "Buin" se dirigió hacia la vacía Cárcel de Lima, ya que los presos habían escapado en la noche anterior, y los "Zapadores" a su cuartel, que era el que había ocupado hasta hace algunos días la "Guardia Cívica de Lima". Nosotros marchamos hacia el "Cuartel de Barbones", en El Agustino, que había sido utilizado hasta unos días atrás por escuadrones de caballería peruana.

Cerca de las diez de la noche de ese memorable día dejé a "Carboncillo", por primera vez desde que partimos a la guerra, en una pesebrera con todos los lujos y comodidades imaginables y yo pasé al reposo. Lo primero que hice fue bañarme en una gran tina de loza floreada y aunque lo hice con agua fría, era incomparable la delicia de estar sumergido en el agua espumosa de jabón y sentir como me iba relajando, aunque tuve que hacerlo rápido, ya que tras de mí había muchos otros oficiales esperando su turno.

Después pasé a reconocer lo que sería nuestro alojamiento, que era una casa situada al interior del cuartel, de tres patios con cuidados jardines y con corredores a los que daban los dormitorios. Cuando me asignaron mi habitación, casi no lo creí. Una alta cama con un grueso y blando colchón, un velador con cubierta de mármol, una lámpara de alcohol, una cómoda de madera con cubierta de mármol y un elegante juego de porcelana para el aseo. Colgué mi sable y mis fornituras tras la puerta. Ordené un poco mis ropas y solamente con un calzoncillo recién puesto, me tendí en la cama, lo cual me parecía un sueño, después de llevar más de un año y medio durmiendo donde fuera.

Puse mi revólver bajo la almohada y empecé a recordar las emociones sentidas horas antes, durante la entrada a Lima y las imágenes pasaban una y mil veces por mi cabeza y me volvía a emocionar. No sé cuanto rato pasó, pero al final me dormí muy cansado en mi primera noche en la ciudad de los Virreyes, en Lima, a la que había ingresado con el primer grupo de ocupantes, ya que a esa hora, el grueso de nuestro Ejército continuaba vivaqueando en los campos de Chorrillos y de Miraflores.

Sin embargo el sueño fue muy breve. Cerca de las dos de la mañana fuimos despertados por toques de trompetas y golpes en las puertas y se ordenó alistamiento. En cosa de media hora, el regimiento estaba formado frente al imponente cuartel y dejando una guardia de treinta hombres, el resto enfilamos hacia el centro de la ciudad.

¿El motivo? Muy simple. Luego que las fuerzas chilenas que entraron a Lima pasaron al reposo, la ciudad quedó resguardada por los soldados del "Bulnes". Ello fue aprovechado por las turbas de derrotados soldados peruanos, para reanudar sus saqueos y destrucción de la propiedad.

Pese a la estación del año, hacía bastante frío esa madrugada y nuestro escuadrón se dirigió hacia el Mercado de Abastos, donde al llegar después de recorrer unas diez o doce cuadras, pudimos comprobar que había algunos extranjeros armados defendiendo a tiros los locales, ante los ataques de numerosa soldadesca peruana ebria y armada. Ante nuestra presencia los saqueadores intentaron resistir, pero pronto fueron apresados y trasladados en arreo hacia la vacía cárcel, donde pernoctaba el "Buin".

Esa fue mi única acción esa noche, pero sé que se repitió en muchos sectores de la ciudad. Cuando amaneció, los prisioneros sumaban cerca de medio millar, entre ellos unos doscientos delincuentes comunes que habían escapado de la cárcel el día 16.

Llegamos muy agotados al cuartel cerca de las siete de la mañana y luego de acomodar la caballada para el descanso, pasamos a desayunar, ya que nos esperaba un arduo día. Recuerdo que esa mañana me tomé un tazón grande de café y comí cuatro huevos fritos con picante, acompañado de un pan francés. El mejor desayuno en mucho tiempo, quizá desde mi estadía en Tiliviche, exceptuando algunos de los que disfruté en mi breve comisión a Chile.

A las nueve de la mañana el "Granaderos" salió, dividido por compañías, a patrullar la ciudad, en los sectores que nos fueron asignados por el mando.

Lima me parecía una ciudad muy hermosa, con grandes construcciones, amplias plazas, muchas esculturas y abundante comercio, aunque la mayoría estaba cerrado hacía dos o tres días por los saqueos de las hordas peruanas.

A diferencia de nuestra entrada a la Capital de los Virreyes la tarde anterior, ahora se veía gente caminando apurada por las calles, principalmente mujeres que procuraban hacer sus compras. Todas ellas avanzaban muy apegadas a los murallones de las casas, ocultando parcialmente sus rostros con sus mantillas y salvo una anciana, que se detuvo a mirarnos mientras pasábamos por la adoquinada calle, todas las demás evitaban dirigir sus rostros hacia nosotros.

Ingreso del general Baquedano

Pasada la hora de almuerzo comenzaron a sentirse a lo lejos las bandas militares, con los sones marciales del Himno de Yungay, que se desfasaba por la interpretación simultánea a cargo de bandas que desfilaban intercaladas entre los regimientos.

Con mucha emoción comenzamos a ver la aproximación de las fuerzas chilenas, en ese memorable 18 de enero de 1881, repitiendo lo que habíamos hecho nosotros veinticuatro horas antes. Fue emocionante, inolvidable, ver el paso de unos quince mil hombres por las calles limeñas y la sobria, pero demoledora, entrada del general Manuel Baquedano montando su caballo negro, flanqueado por sus ayudantes y seguido por su escolta de treinta "Cazadores". El general Baquedano enfiló directamente al Palacio de los Virreyes, siendo recibido con honores militares por la guardia del "Bulnes", que ya llevaba un día encargado de la protección del Palacio de Gobierno.

El general Baquedano desmontó en medio de la plaza y caminó hasta llegar a unos veinte metros de la entrada principal del imponente palacio. El comandante en jefe se plantó en medio de la explanada y mirando la bandera de Chile hacia lo alto, se cuadró y saludó militarmente con la mano en la visera del quepí, que me parece que se prolongó por mucho tiempo.

Era impresionante verlo allí, de estatura más bien baja, con los cabellos muy blancos, su rostro curtido por el sol, con su uniforme impecable, tomando posesión de la capital más importante de América del Sur.

Terminada la ceremonia, que revivió mis emociones del día anterior, mi compañía inició el regreso a nuestro transitorio cuartel.

Apenas comenzaba a desensillar mi caballo cuando recibimos la orden de montar y dirigirnos hacia el inicio del camino a Callao, para servir de escolta al

capitán de navío Lynch que marchaba a tomar posesión del gran puerto, la ciudad y sus gigantescas fortalezas.

Nuestra entrada a Callao fue sin ninguna oposición de parte de los peruanos y apenas el comandante Lynch se instaló en su cuartel –que era un fuerte cuyo nombre no recuerdo– fui convocado por el capitán Larenas para que lo acompañara junto con su compañía a una misión.

En el parador de ingreso a la ciudad había un centenar de extranjeros y peruanos, al parecer de alta sociedad. Desde hacía un par de días se hallaban refugiados en ese puerto, por temor a los saqueos de los peruanos y a nosotros, "los invasores". Allí estaban los empingorotados refugiados, todos vestidos con ropa muy fina y con maletas y baúles de viaje a sus pies. Se hallaban escoltados por una decena de marinos galos armados, de dotación de un buque de guerra de Francia surto en Callao.

Al vernos, se adelantó un oficial francés que sostuvo un diálogo con el capitán Larenas, sirviendo yo de intérprete. El capitán Larenas aseguró al oficial francés que protegeríamos a toda esa gente hasta que hubiesen llegado a sus residencias. Luego, mi jefe desmontó y se despidió del oficial de la Marina de Francia con un apretón de manos.

Estuvimos allí como media hora, arreglando el recorrido que haríamos, lo cual nos costó mucho porque no conocíamos Lima. Por fin la caravana se puso en marcha y fuimos repartiendo a cada grupo en sus casas. Terminamos este periplo en una linda mansión de la Alameda de los Descalzos, donde dejamos a un inglés de unos cincuenta años, con su mujer, varios hijos, secretario y criados. Antes de despedirse, pidió que lo esperáramos un momento y al cabo de unos segundos volvió a la calle y le entregó al capitán Larenas como seis cajas de cigarros, diciéndole que se los repartiera a su gente, porque todos habían demostrado ser unos reales caballeros llenos de disciplina.

Volvimos esa misma noche a nuestro nuevo cuartel del Callao. Todos los oficiales compartimos una elegante cena, atendida por sirvientes peruanos. Era una gran mesa, con largos manteles blancos bordados. Antes de que se sirvieran los manjares, cuyos aromas ya me tenían inquieto, el comandante Muñoz se puso de pie, lo que fue imitado por todos los presentes.

Tomó unas botellas de champagne, las descorchó y sirvió las copas que se encontraban en dos grandes bandejas de plata. Cuando todos estuvimos con nuestras copas en la mano, dijo que el primer brindis sería para Chile, el segundo para los muertos que habíamos dejado en el camino, incluyendo a nuestro coronel y el tercero por todos los del "Granaderos a Caballo", por el valor, disciplina, y

temple en casi dos años de combates. Los brindis fueron muy emocionantes y me fijé que, casi sin excepciones, por las mejillas de todos rodaban lágrimas. Después pasamos a una elegante cena, que debe haber durado hasta pasada la medianoche.

Conociendo Lima

Estuvimos dos o tres días muy atareados en patrullajes policiales por toda la ciudad de Callao, que ya estaba completamente calma. Los comerciantes y vecinos comenzaban ya a reponer los destrozos cometidos por las turbas, que enardecidas por sus derrotas no encontraron mejor forma de manifestar su ira que destruyendo lo suyo, ya que con nosotros parecían no atreverse.

A los destrozos ocasionados por el lumpen en Callao, se sumaron aquellos cometidos por los derrotados soldados peruanos, que luego de huir de Miraflores, entraron a Lima y tras emborracharse cometieron las peores tropelías contra las personas, los comercios y residencias.

Como al cuarto o quinto día de nuestra llegada a Callao, tuvimos puerta franca y acompañado de Polloni, Urízar y Polhamer, salimos en nuestros caballos a recorrer y conocer la gran y señorial ciudad de Lima. Estuvimos el día completo extasiándonos con casas, palacios, mansiones, plazas y grandes avenidas y parques.

Recuerdo la impresión que nos provocó la Plaza de Acho, monumental lugar en que se realizaban las corridas de toros. Debe haber tenido un diámetro de unos cien metros, rodeada de graderías de piedras para los espectadores.

Después estuvimos en la Alameda de los Descalzos, un hermoso paseo del año 1600, del tiempo de los virreyes, que seguramente recibió ese nombre por el convento de los Descalzos, situado en uno de sus extremos. La gran avenida, con un parque central, estaba ornamentada con muchas fuentes de agua y una serie de estatuas de mármol, de estilo griego, representando a cada una de las estaciones del año.

Casi en las tapias posteriores del convento de los Descalzos comenzaban los faldeos del cerro San Cristóbal, que era coronado por un gran fuerte, cuyos cañones de gran calibre nos hicieron fuego hasta ya terminada la batalla de Miraflores. No subimos al cerro, pese a existir una buena senda, pero lo hice en semanas posteriores comprobando la espléndida vista de toda la ciudad y sus campos vecinos.

Aprovechamos también de visitar, en ese mismo sector, los hermosos templos de Santa Libertad y del Patrocinio San José, también de mediados de 1600.

Anduvimos asimismo por el Paseo de Aguas, un lindo parque con decenas de fuentes de agua ornamentales de todos los tamaños y formas, que según nos dijo un francés que pasaba por allí, fue mandado construir por el virrey Amat, como homenaje a su mujer.

Así, en este periplo, llegamos a la Plaza Mayor de Lima, donde además de poder admirar con mayor calma el Palacio de Pizarro o Palacio de los Virreyes, donde estaba instalado el Cuartel General Chileno con nuestra bandera al tope, conocimos la Catedral. Ingresamos al hermoso templo que a sus costados poseía dos capillas. En la de la izquierda, en una cripta de granito, había una placa que señalaba que allí yacían los restos de Francisco Pizarro, el primer virrey del Perú.

Alrededor de la Plaza Mayor, y en sus inmediaciones, había grandes y numerosas casas de los tiempos de la colonia española, la mayoría de dos pisos, con hermosos balcones de maderas labradas y con delicadas terminaciones. Dicha plaza, la parte más importante de la ciudad, tenía en su centro una gran y centenaria fuente de bronce, que estaba equidistante del Palacio de los Virreyes, de la Catedral y del edificio del Cabildo.

A menos de tres cuadras estaba el grandioso templo de La Merced, frente a la plaza del mismo nombre, que fue el lugar de nuestra primera detención cuando ingresamos a ocupar Lima. Según nos dijo su sacristán, era uno de los templos más antiguos de todo el Perú y estaba formado por una inmensa nave principal y dos naves laterales de menor altura, separadas por voluminosas columnas de piedra. En el Altar Mayor estaba la Virgen de Las Mercedes, generala del Ejército del Perú, según señalaba una leyenda dorada en relieve a los pies de la hermosa imagen.

Ya bastante cansados, pero impulsados por la curiosidad y los deseos de conocer, llegamos al templo de San Francisco, de impresionantes dimensiones, con nave principal y dos naves laterales, cada una con siete altares. Por el costado izquierdo se accedía al convento.

Nuestra visita de conocimiento nos llevó después al templo de Santa Rosa de Lima, el con mayor afluencia de feligreses. En los primeros días de nuestra ocupación pasaba lleno de la mañana a la noche, seguramente invocando protección ante los "bárbaros invasores". El templo –según nos contó una anciana que vendía flores y velas en las graderías de ingreso– fue edificado sobre la casa donde nació Santa Rosa de Lima. Nos recomendó que visitáramos su patio, donde estaba una ermita y un pozo, que según nos relató la mujer, era el mismo en el cual la Santa lanzó la llave del candado con que cerró la gruesa cadena que ciñó a su cintura. Le hicimos caso y lo visitamos y allí pudimos darnos cuenta que la gente escribía peticiones en pequeños papeles que luego de plegar lanzaba al pozo.

Muy cerca de allí estaba la iglesia de Santo Domingo, de casi trescientos años de antigüedad ya que según las inscripciones en su frontis había sido construida en mil quinientos noventa y tantos. También era un lugar de peregrinaje de los limeños y de la gente de las provincias, ya que allí reposaban, en una cripta subterránea, los restos de Santa Rosa de Lima y de San Martín de Porres.

Mucho me impresionó –y esto lo conocí días después– el palacio Torre Tagle, de hermosa e imponente arquitectura, en la que sobresalía un mirador que, según decían, servía para observar la llegada de viajeros desde Callao.

En mis posteriores recorridos por la gran ciudad fui conociendo la fauna de vendedores, que a los pocos días de la ocupación chilena comenzaron nuevamente a llenar plazas y calles, como también los alrededores de nuestros cuarteles.

Fue en las casonas de la Universidad de San Marcos, transformadas en cuarteles de nuestras tropas, que conocí a las típicas "tisaneras", que eran mujeres que vendían una rica bebida refrescante, muy necesaria para el húmedo calor de Lima. La tisana la vendían generalmente muy helada y era el producto de cocción de agua con cáscaras de piña y limón. Para conservar su frescura, mantenían la bebida en grandes ollas de greda que protegían en una canasta de mimbre. Las tisanas de mayor calidad contenían nieve, que les daba una frescura exquisita. En esos tiempos me convertí en un adicto a las tisanas y era difícil que pasara un día sin que me bebiera alguna, aunque por higiene rechazaba el jarro que facilitaba la "tisanera" y ocupaba el mío, que siempre llevaba en una de las alforjas de la montura.

En mayor número que las "tisaneras", las calles de Lima siempre eran recorridas por "aguadores" y "lecheras". Los primeros eran generalmente hombres que guiaban una tropilla de burros, cada uno con dos barriles de madera con agua clara y limpia, que vendían en las casas para el consumo de la gente. Las "lecheras" eran casi todas mujeres que expendían a domicilio leche de vaca, cabra y burra. Andaban casi siempre con dos o más burros, con cangallas de carga, de las cuales pendían dos barriles de madera con la leche que traían desde los campos vecinos a la capital.

El personaje más cómico era el "mercachifle", generalmente de origen árabe, que andaba –según su nivel– en burro o en un carruaje, con grandes maletas de viaje que contenía infinidad de cosas. Recuerdo haberme hecho amigo de uno que recorría las calles de Callao, que decía que era de Damasco. Tenía unos cincuenta años y era muy simpático. No recuerdo su nombre, pero sí que muchas veces le compré tabaco, fósforos, jabones y hasta calzoncillos. Más bien dicho me fiaba esas cosas, ya que casi nunca recibíamos nuestra paga, y solo nos contentábamos con abonos a cuenta de lo que nos debía el fisco chileno.

En esta fauna de comerciantes ambulantes, que me interesaban mucho por lo goloso que era, recuerdo también a las "bizcocheras", con sus delicioso pastelillos, chancacas, maní y porotos tostados con picante.

En puestos instalados en las plazas se vendían también picarones, empanaditas de picado, alfajores, turrones, humitas, helados, frutas acarameladas, galletas dulces, y muchas otras comidas y golosinas que disfruté a menudo.

Pero poco a poco –mientras iba conociendo más la zona– fui ubicando las cocinerías de mejor calidad, la mayoría situada en el sector posterior del Teatro de Lima. Recuerdo que me encantaba el ajiaco, la pachamanca, que era algo parecido a nuestros curantos y los "picantes" que eran similares a la carbonada, pero elaborados con pescado, charqui y mucho ají rojo.

En cuanto a los postres, lejos prefería los helados de canela, los helados de chapuz (que no sé lo que sería pero eran agridulces y muy agradables) y los buñuelos con chancaca derretida.

Y así, en mis días de franco, fue conociendo cada vez más la hermosa Lima, que no obstante la animosidad de sus habitantes, me gustaba y me encontraba muy cómodo en ella.

Pero este paseo no me duraría mucho, ya que comenzando febrero, el comandante Muñoz me llamó y me dijo que por mis conocimientos, él me había ofrecido al Estado Mayor para que realizara un delicado y prolijo trabajo, para lo cual podía disponer de doce soldados para que me ayudaran. No me dio más luces y me dijo que luego me informarían de que se trataba.

CAPÍTULO 11

BIBLIOTECARIO EN LIMA

Bibliotecario de Lima

Al día siguiente fui presentado por el comandante Muñoz al coronel Pedro Lagos, quien me señaló que considerando mi profesión de abogado, a partir de ese momento asumiría una tarea encomendada por el mando superior. Debía trasladarme a la Biblioteca de Lima, instalarme allí con mi gente y seleccionar los libros que considerara de mayor interés, listarlos, embalarlos y despacharlos a Chile. Agregó que esos volúmenes eran parte de la retribución de guerra y pasarían al patrimonio de la Biblioteca Nacional de Santiago.

Se me informó que el nexo que tendría con la Comandancia en Jefe para esta misión sería don Hermógenes Pérez de Arce Lopetegui, jefe de la Intendencia General del Ejército. Al escuchar esto me tranquilicé un poco, ya que a este señor, destacado profesor y periodista, lo había conocido en Arica a través de Demetrio Polloni, ya que era amigo de su familia y me había parecido una persona muy culta y amable.

Con poco entusiasmo acepté la misión y luego de seleccionar a los soldados que me ayudarían en el embalaje de las obras –entre los que incluí a Catalán– nos trasladamos con todos nuestros bártulos desde Callao a la Biblioteca de Lima, que ocupaba un hermoso edificio de dos pisos y de muy bella arquitectura.

Grande fue mi decepción al ingresar al vetusto edificio y encontrarme en el hall de acceso con decenas de libros destrozados tirados en el piso de mármol, escena que se fue repitiendo en la medida que recorría los pasillos y salones.

Constatado esto, en una hoja con membrete de agua de la misma Biblioteca, redacté un informe dirigido al coronel Lagos y lo envíe con una pareja de soldados a la comandancia. En un acápite del informe sugería al coronel que informara esta situación al general Baquedano.

En la parte posterior de la Biblioteca había un patio con jardines y una casa que pertenecía al administrador, la que se encontraba abandonada, al igual que todo el edificio. Allí nos instalamos con nuestro equipaje y lo primero que dispuse ese día

fue un servicio de guardia a cargo de cuatro soldados, que se debían encargar de impedir el ingreso de cualquier persona y de mantener cerradas puertas y ventanas.

El resto de ese día lo dedicamos solamente a recoger los cientos de libros y documentos que estaban regados por todas partes, los que colocamos lo más ordenados posibles en los largos mesones de las salas de lectura.

Revisando los grandes estantes de madera, se notaba a simple vista que poco menos de la mitad de los libros no estaba en su sitio y, lo más probable, es que hayan sido robados por olas de saqueadores en los días previos a nuestra entrada a Lima.

Me sentía el dueño, amo y señor de ese gran palacio de la literatura y las ciencias. En la medida que fui adentrándome en el cumplimiento de la misión ordenada, me sentí cada vez más entusiasmado.

Al día siguiente de nuestra toma de posesión de la Biblioteca llegó don Hermógenes, quien me saludó en forma amable, pero al parecer sin recordarse de mí. Le dije que lo había conocido en Arica y que era amigo de Demetrio, ante lo cual cambió totalmente su trato, volviéndose muy amigable y conversador. Me dijo que él no estaba muy de acuerdo con esto, pero que en realidad correspondía hacerlo, ya que en conformidad a las convenciones internacionales el país vencido tenía que compensar los gastos en que había incurrido el vencedor y eso se estaba haciendo en todo orden de cosas. Me contó que el comandante Patricio Lynch, que estaba a cargo del puerto de Callao, ya había ordenado el desmantelamiento de grúas a vapor para ser trasladadas a Chile para que sirvieran en algún puerto y que lo mismo se estaba haciendo con material ferroviario.

"No creas que esto es lo único –me dijo– ya que hay otras personas que comisioné que están en la Universidad de San Marcos embalando varios laboratorios de física y química, que serán remitidos a la Universidad de Chile y, justamente, de allá vengo en estos momentos".

Las palabras del señor Pérez de Arce me terminaron de convencer de la legitimidad de mi tarea y me comprometí con él a hacerla de la mejor manera posible y, por sobre todo, en la forma más ordenada y protegiendo las obras, tanto las que se enviarían a Chile como las que permanecerían en la Biblioteca.

Dos o tres días después, estando en el gabinete del director hojeando joyas de la literatura, llegó un soldado a avisarme que había un peruano que ordenaba que se le dejara entrar, ya que decía que era el subdirector. Le dije que lo trajeran a mi presencia y cuando llegó pude observar que era un hombre de unos cuarenta y cinco años, más bien bajo y de lentes de montura. Saludándome en forma muy despreciativa me preguntó que quién me había autorizado a entrar allí y me gritó "váyase de inmediato con sus rústicos soldados y sus hediondos caballos".

Tratando de mantener la calma le dije que quien me había ordenado hacerme cargo de la Biblioteca era el general del Ejército de Chile que había vencido a los peruanos en todas las batallas y combates sostenidos entre Antofagasta y Lima, que era quien ahora mandaba no solamente a las tropas chilenas sino que a todos los peruanos, que estaban derrotados, sin poder, sin gobierno y con todo su territorio ocupado por nosotros. Dicho esto le consulté si tenía alguna otra duda y que por simple curiosidad quería saber con quien estaba hablando. Me respondió, ya en un tono de total sumisión, que se llamaba Ricardo Palma, periodista y escritor, además había sido designado subdirector de la Biblioteca. Lo que no me dijo y que después averigüé era que también había sido oficial de Marina y que había tomado las armas contra Chile en Chorrillos y Miraflores.

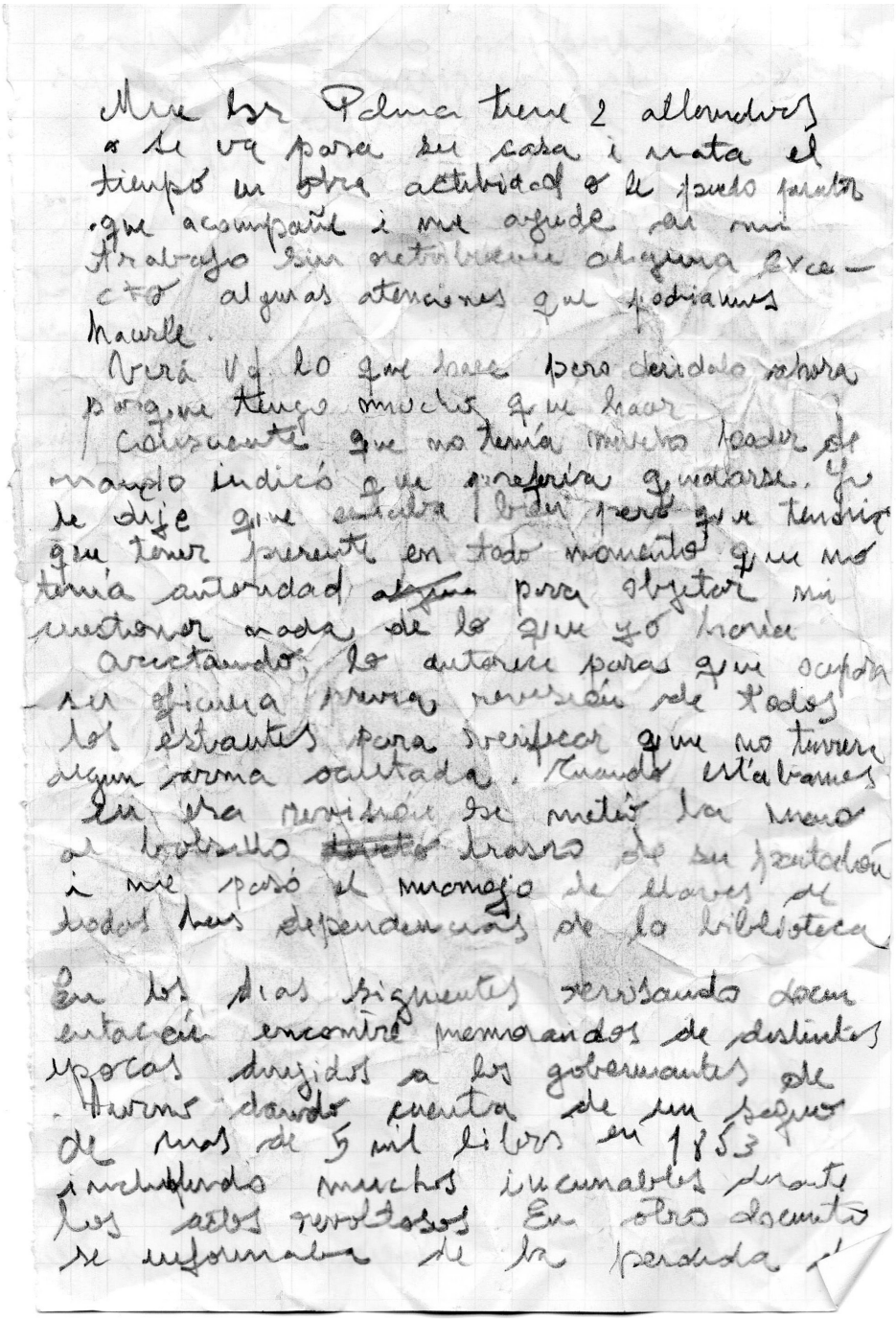
"Mire señor Palma –le dije– tiene dos alternativas. O se va para su casa y mata su tiempo en otra actividad, o le puedo permitir que me acompañe y me ayude en mi trabajo, sin retribución alguna, excepto algunas atenciones que podríamos hacerle. Vea usted lo que hace, pero decídalo ahora, porque tengo mucho por hacer".

El hombre, ya totalmente consciente que no tenía ningún poder de mando, me indicó que prefería quedarse. Yo le dije que estaba bien, pero que debía tener presente en todo momento que no tenía autoridad para objetar ni cuestionar nada de lo que yo haría.

Tras su aceptación, lo autoricé para que ocupara su oficina, previa revisión de todos los estantes y cajones para verificar que no fuera a tener alguna arma oculta. Cuando estábamos en esa revisión, se metió la mano al bolsillo trasero de su pantalón y me pasó el grueso manojo de llaves de todas las dependencias de la Biblioteca, diciéndome: "ahora el jefe es usted señor oficial".

En los días siguientes, revisando documentación, encontré memorandos de distintas épocas, dirigidos a los gobernantes de turno, dando cuenta de un saqueo de más de cinco mil libros en 1853, incluyendo muchos incunables, durante "los actos de revoltosos". En otro documento se informaba de la pérdida de "una cantidad no determinada, pero para nada despreciable de antiguos volúmenes", durante un incendio ocurrido en 1866, según me parece.

Si a estas dos hecatombes sumamos el saqueo previo a nuestra llegada, se podía entender la gran cantidad de estantes vacíos que encontraba en mis recorridos por el hermoso edificio de la Biblioteca, que databa de más o menos 1820 y que había reunido las principales colecciones repartidas a esa fecha en las bibliotecas de congregaciones religiosas.



Mr. Sr Palma tiene 2 allendados
o se va para su casa i mata el
tiempo en otra actividad o le pueda parecer
que acompañe i me ayude en mi
trabajo sin retribución alguna excep-
cto algunas atenciones que podiamos
hacerle.
Verá Vd. lo que hace pero decidalo ahora
porque tengo muchos que hacer
Consecuente que no tenía muchos poderes de
mando indicó que preferia quedarse. Yo
le dije que estaba bien pero que tendria
que tener presente en todo momento que no
tenia autoridad ~~alguna~~ para alegtar mi
mencionar nada de lo que yo hacia
Acertando, le entregue papeles que ocupaban
su oficina pues revisión de todos
los estantes para verificar que no tuviera
algun forma ocultada. Cuando estabamos
en esta revisión se metió la mano
al bolsillo ~~trasero~~ trasero de su pantalón
i me pasó el manojo de llaves de
todas las dependencias de la biblioteca

En los dias siguientes revisando docu-
entación encontré memorandos de distintas
pocas dirijidos a los gobernantes de
Haurne dando cuenta de un saqueo
de mas de 5 mil libros en 1853
incluyendo muchos incunables durante
los actos revolucionarios. En otros documentos
se informaba de la perdida

Original de los apuntes de conversaciones con Varela.

Durante las aproximadamente tres semanas que estuve en la Biblioteca de Lima, el señor Palma me cooperó en el listado y encajonamiento de libros, entendiendo que esto era una tarea oficial y que formaba parte de la política internacional vigente en esa época sobre reparación de los gastos de guerra del vencedor.

Muchas veces discutimos por libros que él no quería que seleccionara para mandar a Santiago, pero acepté que siguiera ayudándome, porque me cooperaba mucho en el trabajo.

Al final, lo que hacíamos era seleccionar de tal forma, que no se encajonaran dos obras iguales, dejando un ejemplar en la biblioteca y embalando el otro.

Palma, generalmente llegaba cerca de las nueve de la mañana y almorzaba con nosotros la misma comida que nos traían del cuartel del "Bulnes". Cerca de las seis de la tarde dábamos por terminado el trabajo y pasábamos al gabinete del director, que yo ocupaba. Ahí nos fumábamos un par de cigarros y conversábamos de literatura, ciencias, del mundo y la política en general.

Esas charlas –en las que fuimos adquiriendo familiaridad y mutuo afecto– me gustaban mucho, ya que Palma era un hombre extraordinariamente culto, que conocía bastante de Chile pues había estado algunos años asilado políticamente en nuestro país y había formado parte de sociedades literarias chilenas.

Sin embargo y durante la noche, cuando Palma ya se había marchado a su hogar, yo iba a su gabinete y revisaba todos los cajones, repisas y escondites posibles, encontrando valiosas obras que allí escondía durante el día. Nunca lo reproché por el ocultamiento que hacía de esos libros y él tampoco me reclamó nunca por esos allanamientos nocturnos. Era casi como un juego sin diálogos.

Recuerdo que en estas rebuscas, me encontré con valiosas obras como por ejemplo una biblia del siglo dieciséis, muchos incunables europeos, unos grandes libros empastados en cuero conteniendo toda la documentación manuscrita de los procesos de la Inquisición, memorias de los virreyes, documentos de la Compañía de Jesús, correspondencia de los virreyes con los reyes de España y muchas otras piezas de un valor incalculable.

Una inmensa emoción me embargaba mientras con el mayor de los cuidados hojeaba las centenarias páginas, a la luz de un par de lámparas de kerosén que había instalado sobre el escritorio que ocupaba.

Varios de estos valiosos libros y archivadores fueron depositados en los baúles que ofrecían mayor seguridad y envueltos previamente en papeles de periódicos, para preservarlos de la humedad durante la navegación.

Según me enteré mucho tiempo después, gran parte de estos libros y documentos pertenecientes al patrimonio histórico del Perú fueron devueltos por el Presidente

Santa María casi al término de su mandato. Esto se hizo como gesto de buena voluntad hacia el Perú tras de la firma del Tratado de Paz, el resto –cerca de seis mil libros– quedó en la Biblioteca Nacional de Chile.

El señor Pérez de Arce ya había tomado por costumbre pasar a la biblioteca los miércoles y viernes por la tarde. Veía el adelanto que llevaba, tomaba nota de los informes que le entregaba y luego me pedía que saliéramos a dar una vuelta y a conversar un poco. Nuestros recorridos eran generalmente breves. Un par de manzanas por los alrededores, para terminar sentados en un escaño que había en una pequeña plazoleta en la acera del frente de la biblioteca.

Don Hermógenes era valdiviano y allí había estudiado para preceptor. A la fecha de nuestra estadía en Lima ya había servido los puestos de gobernador de Lebu e intendente de Arauco. Una vez concluida la guerra siguió en el servicio público, desempeñándose como inspector general de Aduanas, ministro de Hacienda de los presidentes Domingo Santa María y Jorge Montt, director general de la Empresa de Ferrocarriles del Estado y uno de los fundadores de la Sociedad de Fomento Fabril, entre muchos otros cargos que ocupó y en los que dejó su sello personal de capacidad, honestidad y rectitud.

Por él me enteré que la ocupación del Perú no estaba bien manejada por los militares y que él había enviado una serie de cartas confidenciales denunciando la falta de experiencia en asuntos civiles de los generales encargados de la ocupación, especialmente de Lima.

"Cómo entiendes tú –me decía– que no hayan sido capaces en casi un mes, de traer gente de Chile para que se haga cargo de los servicios esenciales, que son de vital importancia y que siguen en manos de peruanos, como por ejemplo los servicios de aduanas, de correos, de telégrafo, ferrocarriles, hospitales, entre varios otros".

"Los peruanos no requieren tener espías –agregaba muy molesto– ya que saben por los directores de los hospitales, cuantos soldados tenemos enfermos; conocen nuestros mensajes por los encargados de correos y telégrafos; saben los movimientos de nuestros buques, por su gente de las aduanas".

"Está muy bien que la policía esté a cargo del "Bulnes" –decía iracundo– pero es el colmo que en todo este tiempo no se haya formado una Policía de Sanidad, integrada por peruanos y bajo el mando de chilenos, que se encargue de sacar las basuras que todos los habitantes de esta ciudad lanzan al frente de sus casas y comercios y que debe ser retirada por nuestros soldados cuando ya los montones no permiten el paso".

Y así le fui encontrando cada vez más razón, porque era la absoluta verdad lo que don Hermógenes denunciaba, pero como yo era en esos momentos un militar no podía avivarle mucho la cueca, aunque reconocía que estaba en toda la razón.

Y así llegaron los últimos días de febrero de 1881, tiempo en el cual concluí mi trabajo, lo que informé a don Hermógenes, quien dispuso de gente de la Intendencia General del Ejército para que retirara los cajones con los libros y los llevaran a Callao para ser despachados a Chile.

Al momento de retirarme de esta tarea, me despedí del señor Palma agradeciéndole su cooperación y me firmó un acta con el listado de las obras que habían sido despachadas a Santiago y también con las que quedaban en la Biblioteca de Lima, que eran algo más de veintidós mil libros.

Fuerza de Ocupación

Mientras hice mi trabajo en la Biblioteca de Lima se habían producido muchos movimientos de tropas, de las cuales solamente me enteré por una Orden del Día firmada por el general Baquedano el 10 de febrero de 1881, que disponía el regreso a Chile de cerca de seis mil hombres de nuestro Ejército.

A contar de esa fecha desfilaron hacia Callao, para embarcarse a Valparaíso, diversos batallones cívicos, entre ellos el "Atacama", "Coquimbo", "Aconcagua", "Quillota", "Melipilla", "Colchagua", "Curicó", "Victoria", "Chillán" y los de la "Artillería Naval".

Nos quedamos guarneciendo Lima, Callao y las comarcas aledañas los "Granaderos" junto con los "Cazadores", "Carabineros de Yungay" y los regimientos de Artillería N° 1 y 2, como también los del "Buin", "Zapadores", "Segundo de Línea", "Tercero de Línea", "Cuarto de Línea" y los batallones "Esmeralda", "Bulnes", "Chacabuco", "Lautaro", "Talca", "Concepción", "Valdivia", "Caupolicán" y "Maule".

Entre los cambios menores estaba el traslado del Primer Escuadrón del "Granaderos" desde Lima al Callao, abandonando el cómodo cuartel de Barbones para ocupar el colegio "Dos de Mayo", que desde enero servía de cuartel al Segundo y Tercer Escuadrón.

Con la partida del general Baquedano, el gobierno chileno nombró al general Saavedra quien no estuvo hasta más allá de mediados de marzo, para ser reemplazado por el general Lagos quien no debe haber permanecido más de dos meses al mando. Sin embargo, ambos oficiales que demostraron gran arrojo y entrega en los campos de batalla, no tuvieron la misma capacidad para administrar la ocupación militar,

encontrándole cada vez más razón a los comentarios de mi amigo Hermógenes Pérez de Arce.

Debido a estos graves problemas de administración, el gobierno chileno adoptó medidas al respecto y poco antes del segundo aniversario del Combate Naval de Iquique, en forma repentina y sin mayores ceremonias, Patricio Lynch –ya ascendido al grado de almirante– asumió como comandante en jefe del ejército de ocupación y jefe político y militar del Perú.

Volviendo a lo mío, en marzo de 1881 me reintegré al "Granaderos", que ya estaba instalado en Callao, pero solamente con dos escuadrones, ya que el Primero había sido enviado a Cañete, al mando del sargento mayor Marzán.

Marzo transcurrió sin grandes sobresaltos, dedicados principalmente a conformar pequeñas patrullas que resguardaban los accesos a Lima, teniendo como misión impedir el ingreso y salida de la ciudad de personas que no contaran con el pasaporte entregado por nuestro mando. También debíamos revisar las carretas y arreos, para verificar que no se llevaran armas hacia o desde Lima, ya que en esas semanas se comenzó a hablar de las montoneras que se estaban formando en los valles y en la sierra.

Por entonces, muchos de los soldados chilenos que ocupaban Lima se mostraban descontentos por su dilatada permanencia en Perú y estimaban injusto que muchos se hubiesen ido a Chile en febrero. Esta gente creaba frecuentemente problemas disciplinarios y muchos se fugaban de sus cuarteles por dos o tres días, los que aprovechaban en remoliendas. Generalmente eran capturados completamente borrachos por los policías del "Bulnes", que los devolvían presos a sus regimientos o batallones.

También se dieron muchos casos de deserciones. No recuerdo cuantos serían, pero sí tengo claro que la mayoría de ellos jamás volvió a sus regimientos y, lo más seguro, es que formaron familia en el Perú.

Todo ello llevó a un endurecimiento de la disciplina de las fuerzas de ocupación, que se tradujo en "cartas de pases", que eran documentos firmados y timbrados por el comandante de cada unidad, en que autorizaba expresamente al portador para salir de franco, indicando el tiempo de este permiso y los lugares en que podía estar o pasear.

Muchas veces nos tocó –como cooperadores de las funciones policiales del "Bulnes" en la ciudad de Lima o en el Callao– interceptar a grupos de soldados que vagaban por las calles limeñas y, en algunas ocasiones, detenerlos por la fuerza para ver sus "cartas de pases". Si dicho documento no se ajustaba a lo que estábamos constatando, debíamos tomarlos presos y entregarlos a sus cuarteles.

Estas acciones muchas veces desembocaron en hechos violentos, ya que si bien los soldados no portaban armas en sus salidas del cuartel, por reglamento siempre llevaban su yatagán, que no era para nada despreciable en cuanto a eficacia. Así fue como varias veces me vi envuelto con mi patrulla en duras riñas con estos grupos de soldados revoltosos. En una ocasión, un soldado alzado alcanzó a enterrar el filoso yatagán en el pecho del caballo de un granadero, causándole una profunda herida que obligó a su sacrificio en el mismo lugar. Ello derivó en una acción muy fuerte de nuestra parte, en que recurrimos a nuestros sables, dejando heridos a tres o cuatro revoltosos y logrando la captura del resto que serían otros seis o algo más.

Esto, en lo personal, me molestaba mucho, pensando que los sacrificios, fatigas y sufrimientos que todos habíamos experimentado para lograr el éxito en la guerra se estaban desmoronando por una inercia, un estado de abandono y falta de motivación. El Ejército –y me da pena decirlo– a los dos meses de la toma de Lima estaba absolutamente relajado y comenzaban a aflorar las bajas pasiones individuales, que no se habían visto en los años anteriores, por el fervor y espíritu que caracterizaba a nuestras fuerzas.

Tercianas y Montoneras

A comienzos de abril de 1881 cambió totalmente el clima de la ciudad. Comenzaron las lluvias, con un clima templado, que daba paso a uno o varios días de sol, incluso de calor y luego más lluvias y, por todos lados, se colaban miles de mosquitos que con su aguijón atacaban a nuestras tropas.

El clima de Lima era definitivamente maligno en esta época y las tercianas además eran claramente peruanas, ya que atacaban casi en forma exclusiva a los chilenos, dándose muy pocos casos entre la población local, porque ellos deben haber tenido ya defensas contra esta enfermedad. Poco a poco los hospitales comenzaron a abarrotarse de soldados y oficiales atacados por las tercianas.

Me recuerdo que a fines de abril en mi escuadrón había más o menos noventa hombres enfermos, de un total de ciento ochenta, proporción que se repetía en casi todos los regimientos, como el caso del "Buin" que tuvo en un momento más de cuatrocientos enfermos en forma simultánea.

Mal aconsejado, el general Lagos ordenó que los cuerpos se situaran en la zona precordillerana de Lima –especialmente en Chosica– donde se formaron "cuarteles-hospitales", con el propósito que el aire más sano de las alturas ayudara

a los enfermos y previniera de la enfermedad a los sanos. Sin embargo fue un gran error, ya que para empezar el clima no era más benigno ni ayudaba a prevenir las tercianas y, por otra parte, disgregó las tropas en forma muy peligrosa, ya que las guarniciones quedaron separadas en los mismos momentos en que comenzaron a surgir montoneras.

Estas montoneras –que fueron creciendo rápidamente– eran creadas en forma local y casi patriarcal por oficiales del ejército del Perú, que habían sido dejados en libertad por los chilenos previa firma de un compromiso de no volver a tomar las armas contra nosotros. Obviamente que este compromiso se lo echaron al bolsillo y lo primero que hicieron, una vez salidos de Lima, fue reagrupar a oficiales y soldados dispersos y armarse con la gran cantidad de armas que permanecían ocultas hasta en los más apartados poblados.

A estas unidades sumaron gran cantidad de aborígenes, que armados de hondas, lanzas y sables viejos, dieron a cada montonera la necesaria "carne de cañón" para enfrentarse con las dispersas unidades chilenas.

Volviendo a las temidas tercianas, recuerdo que la enfermedad comenzaba a manifestarse con calofríos, que antes de un día daban paso a fiebres tan altas que la gente se retorcía en su lecho, hablaba incoherencias y a veces hasta había que forcejear con ellos para que no se fueran como enloquecidos.

La sudoración era increíble, ya que vi a enfermos que en minutos tenían mojada su ropa, sus sábanas y hasta el colchón, como si le hubiesen tirado agua con baldes. La fiebre se trataba de controlar con compresas de paños mojados, vinagre y nieve y cuando no cedía, los médicos les hacían sangrías, para impedir que les "explotase el cerebro", como decían. A todo ello se agregaba que la persona no resistía nada en su estómago, salvo agua, y vomitaban todo los alimentos.

En una persona fuerte la fiebre duraba de tres a cinco días y luego quedaban tirados como estropajos, flacos y muy pálidos y sin fuerzas ni para pararse por al menos una semana. En los menos fuertes las fiebres los atacaban hasta por diez días y se convirtió en algo frecuente que muchos fallecieran en la fase de la mayor fiebre, ya que la garganta se les estrechaba y hacía imposible hasta darles algo de agua.

No sé cuántos soldados habrán muerto de tercianas en toda la guerra, pero sí recuerdo que en el invierno del 81, fueron más de doscientos cincuenta los que fallecieron en Lima y sus alrededores de este desgraciado mal.

Fuera de los fallecidos, muchos quedaban inservibles como soldados y se les licenciaba y enviaba hacia el sur –hacia Chile– para que se recuperaran, aunque me consta que una gran parte de ellos jamás lo consiguió y murieron meses después en sus casas o en hospitales de Copiapó, Coquimbo, Valparaíso o Santiago.

Los últimos días de abril nuestro escuadrón fue enviado, a las órdenes del capitán Larenas, hacia Chorrillos. Sin embargo, no tenía el poder de antes –el del Campo de la Alianza, Miraflores o Chorrillos– ya que creo que éramos como quince los que manteníamos nuestra vitalidad, ya que los otros ciento sesenta integrantes estaban aún convalecientes de las tercianas. Todos los soldados se veían flacos, pálidos y desganados y era que no, considerando que esta enfermedad era realmente devastadora.

Y así, con este escuadrón de "medios enfermos" –como ellos decían que se sentían– iniciamos la marcha desde el Callao hacia Chorrillos, para encargarnos de reforzar la presencia chilena allí y en Miraflores.

No tengo muchos recuerdos de las semanas posteriores, lo que atribuyo a que no ocurrieron cosas importantes o interesantes. Volví a los pocos días a El Callao. El regimiento se encontraba completamente fraccionado, ya que algunas compañías habían sido enviadas a Cañete, otras a Trujillo y otras continuaban en la zona de Lima.

Recuerdo claramente que por esos días de invierno había muchos enfermos y la gente sana del regimiento no alcanzaba a trescientos cincuenta hombres, estando unos trescientos afectados o convalecientes de las tercianas.

Mejor administración

Aunque no tengo recuerdos globales de la situación en Perú, sí que mantengo nítidamente la imagen que a fines de mayo de 1881 se había logrado un reordenamiento administrativo en Lima y Callao, gracias a la visión, capacidad y cualidades personales del jefe de las fuerzas de ocupación, el almirante Patricio Lynch.

Eso lo tengo bastante claro, ya que luego de esa corta estancia en Chorrillos y Callao, fui enviado nuevamente a Lima, para cumplir funciones de policía, tomando en cuenta el retiro de parte del batallón "Bulnes" hacia el puerto de Iquique.

Las direcciones y servicios más importantes de aduanas, correos, telégrafos y ferrocarriles fueron puestos en manos de competentes ciudadanos chilenos, entre los que figuró mi amigo Hermógenes Pérez de Arce, que asumió la dirección de Aduanas del Perú.

Sin embargo, todos los laureles obtenidos en las grandes y dolorosas batallas libradas entre Tarapacá y Lima, se habían opacado en parte por la falta de previsión de los antecesores de Lynch, lo que permitió a los peruanos reagruparse hacia las

zonas orientales del país, formando unidades principalmente en la sierra y en Arequipa.

Si a ello sumamos que en febrero de ese año regresaron a Chile numerosos regimientos, que fueron disueltos a su llegada a la Patria, y los que quedaron en Perú fueron reducidos y convertidos en batallones, se puede concluir que se estaba actuando imprudentemente y, con ello, abriendo el camino para una reanudación de la guerra. Fue en ese invierno del 81 cuando fui percatándome que algo andaba mal, que no se estaba procediendo como correspondía y que eso traería cierto tipo de consecuencias negativas.

A todo lo anterior, habría que añadir las presiones desvergonzadas de Estados Unidos para poner fin de inmediato a la guerra, negociando en forma autoritaria entre las autoridades chilenas y el gobierno peruano títere que se había formado con la anuencia de Chile en la desmilitarizada villa de La Magdalena. En esos momentos pensaba que todo lo ganado en combates podíamos perderlo con la simple firma de un papel.

Estados Unidos había nombrado a un ministro plenipotenciario que se instaló en Perú, quien buscaba favorecer a la nueva administración peruana, que en realidad no tenía ningún peso político. Era claro que lo que buscaban era amarrar a este gobierno títere a través de su descarada ayuda, que seguramente deberían pagarle en los próximos cien años, cediéndoles el salitre y otros minerales existentes entre Arica y Antofagasta.

Aunque se piense lo contrario, quien más se opuso a los burócratas del gobierno de Chile que parecían estar entusiasmados con la propuesta de Estados Unidos, fue el almirante Lynch, quien en varias ocasiones tuvo fuertes intercambios epistolares con el Presidente de la República, quien terminó siempre frenando a los negociadores chilenos.

En resumidas cuentas, a mediados de 1881 Chile había desmovilizado a más de la mitad de su gran ejército, se había dejado el territorio peruano guarnecido con pocas, dispersas y menguadas unidades que ya nos se llamaban regimientos sino que simples batallones. Ello significó, en esos momentos, renunciar a una ocupación militar real y eficaz, no obstante que a comienzos del año Chile había poseído las fuerzas necesarias para dominar sin contratiempos todo el territorio peruano.

Sin embargo, se habían contentado con mantener el control del Perú costero además de Lima, pero la zona oriental, la de los Andes quedó en manos de dos caudillos peruanos, el general Cáceres en la Sierra Central y el almirante Montero en Arequipa.

Si a este poco feliz panorama le adicionamos las epidemias de tercianas y paludismo que afectaban a nuestras disminuidas tropas, se puede concluir que no estábamos en la mejor posición.

Hermógenes Pérez de Arce

Al menos así lo veía yo en esa época, seguramente influido en muchos aspectos por las conversaciones con Hermógenes Pérez de Arce, con quien nos reuníamos continuamente a charlar, lo que me agradaba, ya que era un hombre muy culto y además sencillo y afable.

La mayoría de las ocasiones en que estaba franco, nos encontrábamos con Hermógenes Pérez de Arce en los salones del hotel Maury, que era uno de los mejores de Lima, que estaba ubicado a una media cuadra de la Plaza Mayor. Se podría decir que este hotel era el centro de la actividad social limeña. Sus salones recibían a los oficiales chilenos y a la aristocracia peruana.

Recuerdo que en su primer piso –de los tres que poseía– había cuatro salones, que me llamaban la atención por su piso de parquet de cinco tipos de maderas en distintos tonos, que formaban hermosos ornamentos decorativos.

Los muebles eran muy finos y en la sala de café había unas doce a quince mesas para unas seis personas cada una, más una cantidad similar para tres personas. Las mesas eran circulares, con mantelería color marfil muy fina y las sillas eran con tapicería burdeos y brazos acolchados.

Ese era el hotel Maury que frecuenté en esos tiempos. Siempre me imaginaba lo elegante que deberían ser sus habitaciones, que estaban en el segundo y tercer piso, pero que nunca llegué a conocer.

Allí, compartiendo un café o una jarra de cerveza, intercambiábamos opiniones sobre la guerra, lo que me permitió irme formando esta visión que he relatado.

En esa fecha, Hermógenes Pérez de Arce era ya director de las Aduanas del Perú y mantenía una estrecha comunicación con Patricio Lynch. La estratégica información que manejaba y que me comentaba en esas tertulias fue la que me posibilitó formarme este otro cuadro de la guerra, que era desconocido por la mayoría de los oficiales, que estaban preocupados de las tareas propias de sus unidades.

Ya ni sé cuantas horas compartimos en esas veladas, que generalmente eran en días sábados o domingos, a partir de las seis de la tarde y hubo veces en que nos sorprendió la medianoche conversando. En algunas ocasiones llegaron a los

salones del Hotel Maury comandantes y coroneles –conocidos de Hermógenes– que se arrimaron a nuestra mesa, pero entonces él no hacía este tipo de comentarios, demostrando que no tenía con ellos la confianza que poseía conmigo.

Polloni –que había sido el nexo para conocerlo– nunca estuvo en estas reuniones, ya que su compañía durante todo ese tiempo estuvo destacada en el Valle de Cañete y yo prácticamente me manejaba independiente con mi sección, ya que estaba asignado a las tareas de patrullaje urbano en la capital peruana.

El mismo hotel Maury fue escenario de largas conversaciones con quien también llegué a forjar cierta amistad, el teniente de navío Michelle Le Leon, de la Armada de Francia, quien había estado agregado como observador en nuestro Ejército, desde poco después de la Toma de Arica. Aunque nos habíamos topado muchas veces durante las campañas e intercambiado escasas palabras, él no perdía ocasión de buscar conversar conmigo, considerando mi buen dominio del francés.

Este idioma yo lo había aprendido bastante bien solamente a través de las clases en el liceo y lo perfeccioné leyendo muchas obras en francés, especialmente las de Lamartine, que era uno de los poetas más de moda en los salones de Concepción en la década de los setenta. Además siempre busqué entablar diálogos con las pocas personas que hablaban galo en esa ciudad, entre los que recuerdos a Charlotte, una de las hijas del cónsul de Francia.

Con Le Leon hablábamos solamente en francés y nuestros temas iban de la visión que él tenía como observador europeo de las contingencias de esta guerra, hasta temas muy variados de política e historia, bastante controversiales, ya que mientras él era un furibundo admirador de Napoleón Bonaparte, yo era su detractor. Pero aún así, era muy agradable compartir con este oficial de la Marina de Guerra de Francia, ya que se notaba que era un ferviente partidario de nuestra causa y tenía una excelente impresión de las capacidades y disciplina de nuestros jefes y tropa.

Este marino había participado en varias expediciones a Egipto y sus relatos de la cultura, monumentos, forma de vida y pasado de ese país eran muy amenos e interesantes y eso hacía que estas veladas fueran muy entretenidas e instructivas. Con Le Leon nos seguimos viendo esporádicamente hasta mayo del 81, cuando regresé por un largo período a Santiago. Cuando volví a Lima me enteré que ya se había marchado de regreso a Francia y jamás volví a saber de él.

Fue en esa época en que conocí a una peruana de muy buena familia, muy buenamoza, que se llamaba María del Rosario De Rozas. Fue un día sábado que estaba en las afueras del hotel Maury, cuando ella pasó acompañada de una empleada y me miró fijamente, lo que me incomodó bastante, ya que no estaba acostumbrado

a eso. Junto con mirarme me esbozó una sonrisa, lo que me sorprendió aún más. Sin embargo –debo reconocer– era buenamoza, muy bien proporcionada, de unos veintitrés años, de rasgos finos y atractivos y, por su vestimenta, se notaba que era de muy buena familia.

Aunque me incomodó su forma de actuar, igual me quedó dando vueltas en la cabeza, aunque al rato se me olvidó, ya que esa tarde había invitado a Polhamer a beber una cerveza al salón del Maury.

Al domingo siguiente –continuando mi costumbre de asistir a misa a distintos templos– fui a la iglesia de Los Descalzos. Cuando salía de la misa, entre los cientos de feligreses, me topé a boca de jarro con ella en la mampara de la parroquia. Nos miramos casi al mismo tiempo y ella algo habló al oído de su empleada y, cuando iba descendiendo los escalones de piedra, me di cuenta que estaba sola y que la empleada permanecía observándola atentamente desde unos diez metros.

Mi intención fue hacer que no la había visto, pero con gran desplante se me acercó y me dijo que le parecía un atrevimiento que yo me hubiese averiguado a que iglesia iba de misa dominical.

Lo que me dijo me sorprendió mucho más y casi saliéndome de mis casillas, le dije, creo que lo recuerdo casi textual: "Mire señorita. Mi costumbre es asistir a misa dominical en cualquier templo de Lima, porque habrá usted de saber que como oficial del ejército de ocupación, mi parroquia es grande y soy libre de ir a misa donde yo quiera sin darle explicaciones a nadie, porque por lo demás no tengo ningún interés en usted, ya que no la había visto nunca ni sé quien es".

Creo que decirle que no la había visto nunca –aunque yo tenía muy grabada la sonrisa que me regaló en las afueras del Maury– fue como clavarle un puñal en el pecho y me respondió que era "un insolente y engreído".

Al escuchar estas palabras le dije: "con su permiso, queda bastante aún del día domingo y no lo quiero echar a perder. Hasta luego". Diciéndole esto me marché en dirección a la Alameda para tomar hacia la Plaza Mayor, donde estaba "Carboncillo" esperándome en las pesebreras del "Bulnes", en el costado del Teatro Municipal. Mientras caminaba, me decía a mí mismo que había sido un tonto, pero luego pensaba que no podía seguirle el juego a esa chiquilla y hacerle creer que era irresistible.

Tres o cuatro días después me tocó de jefe de patrullaje y mientras iba al frente de mi agrupación por la calle de San Ildefonso, una mujer anciana vestida de negro me hizo señas para que detuviera a "Carboncillo" y acercándose me entregó un papel doblado, retirándose de inmediato sin decir palabra alguna. Pensando que sería una denuncia anónima de algún vecino, me apresuré a abrir el papel,

dándome cuenta con mucha sorpresa que era una carta escrita con lapicera de caligrafía, con letra de mujer.

La comencé a leer y, aunque no recuerdo exactamente su redacción, decía más o menos así: "Desconocido amigo, aunque usted fue muy agresivo conmigo en la salida de la iglesia, deseo expresarle que en realidad le creo que no se recordara de mí y que, por lo mismo, no me estaba siguiendo. Por esta poderosa razón es que le debo una disculpa por mi osadía y espero que la acepte. Su forma de actuar es distinta a la mayoría de los hombres y quiero decirle que cuando pase con sus soldados por esta calle y si está de buen humor, deje un mensaje en el número 38 a nombre de Laura y ella me lo entregará. Reiterándole mis disculpas. María del Rosario De Rozas".

Me quedé de una pieza con el papelito y me apresuré a guardarlo en el bolsillo de mi guerrera, mirando de reojo a mis soldados, que parecieron no darse cuenta de esta situación. Seguí la marcha y al pasar frente al número treinta y ocho observé que se trataba de una gran y elegante casona.

El tema me quedó rondando en la cabeza en forma casi permanente en los siguientes días que permanecí en Lima, pero después di vuelta la hoja cuando tuve que estar unos días en el puerto de Callao. Cuando volví a Lima estuve varias veces dispuesto a escribir un papelito y dejarlo en la casa de esta peruana, pero después me arrepentí y me dije a mí mismo. "Con ésta no voy a andar con recaditos, porque si ella lo quiere así. No le voy a dar en gusto".

En otro de estos tediosos patrullajes me correspondió cubrir el barrio de San Ildefonso. Al pasar frente a la casa detuve a "Carboncillo", desmonté y mientras uno de mis soldados me tenía el caballo, toqué la campanilla de la casa, saliendo a los pocos segundos una criada distinta a la que me había entregado el papel. Me preguntó asustada que era lo que deseaba y le dije que quería hablar con la señorita María del Rosario. La empleada me hizo pasar a un recibidor y a los pocos minutos apareció roja como una manzana y muy nerviosa, contrastando su actitud con el desplante que había exhibido en la Plaza Mayor y en la iglesia.

"Le dije que me enviara un recado escrito, no entiendo cuál es la razón de esta irrupción", fue lo primero que me dijo, ante lo que respondí: "no estoy para los jueguitos suyos. Dígame lo que me quiere decir que la escucho atentamente".

Se sentó en un sillón de terciopelo negro y me ofreció asiento, pero yo permanecí de pie esperando la respuesta que no llegaba aunque los minutos pasaban, creando una incómoda situación. De pronto le dije: "Bueno, veo que no tiene nada que decir y entonces me despido". Se levantó y al momento que yo salía del salón me dijo de golpe, muy roja de vergüenza: "usted me parece muy simpático y su aire de indiferencia me es muy atractivo. Eso es lo que quería decirle".

Yo, por cortesía, le dije que la encontraba muy bonita, aunque en realidad parecía una niñita por sus chiquillerías y si quería conversar conmigo la podía invitar a un café con buñuelos o a unos helados al Maury. Me respondió que con mucho gusto lo haría, pero que iría acompañada por una criada porque no podía salir sola.

Dos días después llegó puntual a la cita en el salón del Maury. La empleada se quedó sentada en un escaño que había en la acera y allí conversamos de nosotros, para conocernos algo. Así supe que era la mayor de tres hermanas y que tenía un hermano de treinta años que trabajaba la hacienda de sus padres en Cañete. Después de servirnos unos bizcochos ya la encontré más simpática y me di cuenta que en realidad era muy bonita.

La historia es larga en detalles sin importancia, pero remitiéndome a lo importante, recuerdo que tuvimos un romance que duró poco menos de un mes, con encuentros a la salida de Misa, un par de idas a tomar café o refrescos, dos o tres veces que fuimos a caminar por la Alameda y nada más.

Paulatinamente fui dándome cuenta que era una mujer consentida, altanera y muy llevada por sus ideas y yo no estaba para eso. Preferí decírselo claramente y dimos por terminada la relación. Desde ese momento, cuando mis amigos me preguntaban por ella, yo respondía: ¿te refieres a la peruana altanera?

capítulo 12

REGRESO A CHILE

Dejo mi regimiento y mi caballo

Los últimos días de mayo fui citado a la Comandancia del Regimiento y fue el capitán Amador Larenas quien me informó que se había recibido la orden de que fuera transferido temporalmente a la Plana Mayor del Regimiento de "Cazadores a Caballo". La noticia me apenó, considerando que todos mis amigos quedaban en mi querido "Granaderos".

Esa noche me ofrecieron una cena en un hotel, en el lugar llamado Bellavista, que era el sector de veraneo de las familias de la sociedad limeña en Callao. Fue una cena muy linda y antes de sentarnos a comer –luego de los brindis de rigor– el capitán Larenas emitió elogiosos comentarios hacia mi persona, lo que sacó aplausos de todos, ya que si había algo que caracterizara a la oficialidad del "Granaderos" era la amistad y la ausencia de envidias.

Sin embargo no alcancé a presentarme al "Cazadores" –aunque oficialmente formaba parte de esa unidad de caballería desde la segunda quincena de mayo del 81– ya que a comienzos de julio de ese año fui informado que se me trasladaba a Santiago, para que me repusiera de los dos años de campaña.

Más que alegrarme, me entristecí con la noticia. Sin embargo, finalmente me entusiasmé con la idea de hacer lo que quisiera por tan buen periodo, que en realidad eran mis primeras vacaciones después de veintiocho meses seguidos en la guerra, con excepción de las pocas semanas que estuve en Chile el año anterior, pero que las trabajé duro recolectando caballos y reclutando soldados.

Armé todo mi equipaje en un baúl que compré en el puerto de Callao. Encargué mi querido "Carboncillo" al alférez Urrutia y me apresté a esperar la orden de embarcar, que me llegó por allí por el día 8 de julio. Antes de irme al puerto, estuve casi una hora con "Carboncillo" en su pesebrera. Lo cepillé lenta y cuidadosamente, le hice muchas caricias, le di de comer de mi mano y le expliqué que no podía llevarlo, pero que estaría pendiente de él y que en dos meses nos veríamos nuevamente.

Parecía que el inteligente animal entendía todo y me dolía mirarlo a sus grandes ojos café, porque en ellos veía la pena que parecía sentir por mi alejamiento. Varias veces me despedí de él, pero sus patadas en el suelo me hacían volver y así me mantenía a su lado por otros minutos, siempre comunicados los dos por el pensamiento, porque nadie me va a contradecir cuando aseguro que los caballos son muy inteligentes y que exteriorizan perfectamente su lealtad, fidelidad y cariño. Fue muy dolorosa la partida y la última vez que lo divisé yo caminaba por el centro del galpón, a unos veinte metros de su pesebrera cuando me di vueltas y allí lo vi, con su negra y lustrosa cabeza asomada, mirándome y con su manchita blanca en la nariz que relucía por la brillantez de su pelaje.

En esos momentos la emoción me embargaba. Esa fue mi última visión –borrosa por las lágrimas– que tuve de mi fiel camarada "Carboncillo", aquel que conocí el año 79 en Calle Larga y que ahora dejaba abandonado mientras regresaba a la Patria dos años después. Nunca más lo volví a ver.

Viajamos juntos con Urízar y Polhamer, en un vapor cuyo nombre borró el tiempo de mi mente. Luego de cuatro días de tranquila navegación, con una breve parada de algunas horas en Antofagasta, estábamos desembarcando en Valparaíso.

De vuelta en Chile

En Valparaíso debimos apurarnos mucho para desembarcar, ya que no disponíamos de más de una hora para tomar el tren que salía hacia Santiago. No me recuerdo bien la hora, pero lo único concreto es que el tren debe haber partido poco después del mediodía y se suponía que llegaría hasta la Estación de La Cañada cerca de las seis de la tarde.

Sin embargo, cuando estábamos por llegar a Quillota, el desprendimiento de una biela de la locomotora tuvo detenido el tren hasta poco antes de las siete de la tarde, cuando los maquinistas y fogoneros lograron ponerlo nuevamente en movimiento.

Como esta inesperada detención fue en medio del campo, no había donde comprar algo para comer y la verdad es que estábamos muy hambreados, ya que ni siquiera habíamos desayunado en el barco, en nuestro apuro por bajar luego a tierra y no perdernos el tren.

Polhamer dijo que lo mejor era dormir y se tumbó en uno de los asientos laterales y muy pronto comenzó a roncar. Con Urízar seguimos conversando en cómo aprovechar al máximo estas inesperadas vacaciones. Estábamos en eso

cuando se acercó una señora de unos sesenta años, acompañada de dos chicos de unos diez y doce años –que después supimos que eran sus nietos– y nos ofreció un par de grandes y frescos panes amasados en casa y un trozo de carne mechada.

La señora nos dijo que le daba mucha pena darse cuenta que teníamos hambre y que pensaba que no era justo que estos caballeros vinieran desde la guerra a hambrearse a Chile. Se los aceptamos dándoles nuestros agradecimientos y en realidad estaban deliciosos y ella nos dijo que tenía reservado un pan y otro trozo de carne para nuestro amigo cuando despertara.

Los niños –que se notaba que eran de cierta posición social– adquirieron algo de confianza con nosotros y nos empezaron a preguntar de la guerra y nosotros les contamos aquellas cosas que podían ser entretenidas para ellos, obviando todo lo terrible por lo que habíamos pasado.

Llegamos a la estación de trenes de Santiago pasadas las nueve de la noche. Estaba muy oscuro y lloviendo en forma torrencial. En los andenes nos despedimos de la amable señora y de los niños y nos pusimos los gruesos capotes para enfrentar el temporal que a esas horas caía sobre la capital. Polhamer dijo que pasaría la noche en casa de una hermana que vivía cerca de los Padres Franceses y que al día siguiente viajaría al campo donde vivían sus padres en el Valle del Maipo. Urízar se iba directo a su casa cerca del Club Hípico y me ofreció que me fuera con él. Sin embargo, considerando la hora y las molestias le agradecí, pero preferí irme al cuartel del "Granaderos" en la calle San Isidro para pasar la noche allí, ya que si bien ese cuartel estaba ocupado por una unidad cívica, seguía siendo nuestra casa.

Contratamos un coche de arriendo y con nuestros baúles cargados sobre el techo, avanzamos por La Cañada hacia arriba, hasta dejar a Polhamer a un costado de la cervecera casi colindante con los Padres Franceses. Le ayudamos a bajar sus bártulos y la despedida, en la lluviosa noche, fue muy emocionante y con fuertes abrazos. Después seguimos hacia el sur hasta una callejuela cerca del Depósito de la Artillería. Antes de bajar del coche, Abelardo Urízar me insistió que me quedara en su casa, pero ante mi negativa no siguió adelante con su oferta de hospitalidad. En la acera nos dimos un largo y fuerte abrazo y quedamos de encontrarnos en un par de semanas más.

Continué solo en el coche, mientras el temporal arreciaba, hasta el cuartel de San Isidro. Fui, extrañamente, muy bien recibido. No obstante la hora, se esmeraron en darme un buen cuarto, me ayudaron con mi equipaje y me prepararon una blanda cama con sábanas recién puestas. Eso es lo que me recuerdo de mi llegada a Santiago, a gozar de las primeras vacaciones en casi dos años y medio.

Reencuentro con la familia

Al día siguiente muy temprano pedí que me ubicaran un coche que me llevara hasta la Quinta Normal, desde donde salían los carruajes posteros hacia Melipilla.

El viaje fue largo y tedioso, ya que además viajaba un matrimonio con una chica de unos diez años muy mal criada. La niña insistía en sacar su cabeza por la ventanilla y en jugar con la correa para alzar y bajar el cristal de la ventana, ante lo cual su padre la retaba y la madre regañaba al padre porque le llamaba la atención a la chica.

Me quedé dormido muy luego y no me di cuenta de los recambios de caballos que hicieron en las cuatro paradas que había para ese efecto. Solamente desperté cuando estaba en la Plaza de Melipilla y allí tuve que negociar con el cochero para que por unas monedas más me llevara hasta el campo de mis tíos, unos seis kilómetros más al poniente de la ciudad.

Llegué a casa de mis tíos cerca de las tres de la tarde, con hambre para variar, pero ésta se me disipó por los gritos de alegría de mi tía y de los chicuelos que venían llegando de la escuela, a los que se sumaban los de las dos empleadas de la casa y del mayordomo del fundo.

Entre todos bajaron mi equipaje y no me di cuenta cuando estaba sentado a la mesa y mi tía –nerviosa y contenta– me puso un tremendo trozo de carne asada con ensalada y un plato de humeante cazuela. No sé cómo me comí todo en unos minutos, mientras respondía las preguntas que me hacían atropelladamente.

Me enteré que mi tío estaba en Santiago y que volvería esa noche, ya que andaba donde un abogado, por un pleito que tenía con uno de sus vecinos desde hacía unos meses por una controversia de deslindes de tierras.

Después de unas horas de conversación, en los que les dejé en claro que no sabía por cuanto tiempo estaría en Chile, me fui a bañar y me vestí de civil y me dispuse a esperar el regreso de mi tío, conversando con los niños y, recuerdo, que incluso les ayudé con unas tareas de gramática y otra de geografía.

Mi tío llegó entrada la noche y al verme en el corredor de la casa, dio una carrera y me abrazó con mucha ternura y por muy largo tiempo, diciéndome que estaba feliz de volver a verme y que esperaba que ahora me quedara definitivamente en la casa, ya que no era justo que siguiera en la guerra, porque muchos –que incluso habían partido después que yo– ya había regresado hacía bastantes meses. Le expliqué que venía en comisión y que luego debía volver al Perú, ya que mi regimiento se mantenía entre las fuerzas de ocupación y que además estaba muy diezmado con los enfermos.

Después de cenar nos fuimos al salón y creo que debemos haber conversado con mi tía y mi tío hasta bien entrada la madrugada y allí los puse al día de todas mis aventuras transcurridas en el año que había pasado sin vernos. Me preguntaban de Lima, de las batallas de Chorrillos y de Miraflores, de cómo había sido la entrada a la capital peruana, de la gente de la zona que ellos conocían y que había muerto en esas grandes batallas, etc.

Con mucho gusto les respondí todo lo que me consultaban y me explayé en todos los aspectos que me daba cuenta que les interesaba conocer y finalmente, antes de irnos a dormir, le ofrecí a mi tío que yo le iniciaría el juicio por el límite de tierras, para que no incurriera en gastos innecesarios, considerando que yo estaba desocupado por el momento.

Se negó a que yo lo hiciera, alegando que necesitaba distraerme y descansar, pero ante mis enérgicas reiteraciones terminó aceptando muy contento y quedamos de ver al día siguiente el problema.

Otra vez a la abogacía

Al día siguiente –después del desayuno– nos reunimos con mi tío a ver el problema, con todos los documentos en mano y luego nos fuimos a caballo a ver en terreno el tema de los deslindes, que no era menor. El vecino del lado sur del fundo, alegando infantiles descripciones de límites, había corrido las alambradas y tapias más de cien metros, dejando un tremendo paño de potrero muy bien regado –de unos ochocientos metros de largo por más de una cuadra de ancho– bajo su propiedad.

Estudié las inscripciones de las tierras, la descripción de límites y por la tarde me dediqué a redactar un escrito dirigido al juez de letras de Melipilla pidiendo la restitución de las tierras usurpadas y un pago indemnizatorio por el tiempo que el legítimo propietario no había podido hacer uso de ese campo.

Me costó mucho trabajo buscar entre mis papeles mi licencia de abogado, pero al final la encontré y acompañado de mi tío partimos dos días después al tribunal para hacer la presentación. El juez me preguntó lo que había sido de mi vida, me estuvo consultando de mis andanzas en la guerra y se interesó mucho al saber que había ejercido como juez civil de Atacama. Luego, en forma muy paternal, se dedicó a leer la presentación.

Al terminar su lenta lectura me dijo que me felicitaba, ya que los dos años que había dejado de ejercer no habían hecho mella en mis conocimientos. Indicó que

estaba muy bien redactada y apegada a los códigos y que la daba por acogida para iniciar el juicio contra el demandado, que se llamaba Esteban Maluje.

La semana que siguió fue para mi de absoluto relajo y entretención, ya que me dediqué a acompañar a mi tío en la supervisión de los trabajos del campo, que eran pocos en esa temporada de invierno, a jugar muchos con los chicuelos, a comer muy bien, a conversar hasta tarde y a completar mis escritos de mis recuerdos de la guerra, aunque escribía por las noches antes de acostarme y me cundía poco, ya que terminaba el día cansado de no hacer nada y de pasarlo bien.

Días después que presenté la demanda contra el vecino de mi tío, llegó la citación del tribunal para un comparendo de avenimiento, con presencia de magistrado.

En la fecha indicada, vestido para la ocasión, concurrimos con mi tío al tribunal, encontrándonos a boca de jarro con el famoso señor Maluje. Este sujeto, mirándome de arriba abajo, le dijo al paliducho y esmirriado abogado que lo acompañaba: "Y desde cuando hay abogados negros en Chile", ante lo cual el miope y enclenque abogado se rió con muchas fuerzas.

Eso me irritó demasiado y saliéndome de mis casillas, le dije:"Señor, no soy negro. Estoy negro por el sol del norte ya que vengo de dos años de estar en guerra, a diferencia del abogado que lo acompaña, que parece que lo viene sacando del ropero donde lo dejaron escondido para que no lo fueran a mandar a pelear con los peruanos. Pero no se preocupe, que personas tan debiluchas como este colega, no son consideradas nunca para nada importante".

Maluje y su abogado se quedaron callados y rojos y no intercambiamos ni media palabra en la media hora o algo menos que esperamos en la antesala del juez.

Cuando pasamos al despacho, el magistrado con mucha circunspección leyó en voz alta mi presentación y señaló que la daba por acogida por ajustarse a derecho y que además fue corroborada in situ por un empleado del tribunal que hizo una inspección al terreno en cuestión, comprobando que lo que se señalaba en el escrito era verídico. Le explicó a Maluje y a su abogado que en rigor correspondía la restitución de las tierras disputadas y el pago de cinco mil pesos como indemnización que señalaba el demandante, pero que existía la posibilidad de que se llegara a un acuerdo entre las partes antes de ir a un juicio y que, para ello, daba una hora para que demandado, demandante y sus abogados conversaran respecto del tema de la indemnización y, si no había acuerdo, entonces proseguiría el juicio.

En realidad los cinco mil pesos que yo había pedido de indemnización eran una barbaridad, porque a lo más mi tío habría perdido unos dos mil pesos por no haber podido emplear esas tierras.

Cuando quedamos a solas, sin el juez, el abogado de Maluje sentado frente a mí al otro lado de un escritorio, me dijo que yo era un sinvergüenza y que me fuera con mucho cuidado con él, porque si acaso yo no lo sabía, era de Santiago y con amigos muy influyentes.

Una cosa era discutir sobre la indemnización y otra era tratarme de sinvergüenza y amenazarme con sus amigos influyentes.

Yo dije en voz alta que estábamos allí para discutir el pago de la indemnización no para ofendernos y menos entre abogados, pero que aprovechaba de aclararle "a mi minúsculo y tísico colega", que yo también tengo amigos muy influyentes, pero que no los necesito, porque a diferencia de él no requiero que me cuiden las espaldas y que si persiste en ofenderme, me hará enojar y si me enojo, le voy a moler la cabeza de un puñetazo, ya que ningún desgraciado me trata a mi de sinvergüenza.

El irritante abogado, que era medio afeminado, se río burlescamente. Ante sus burlas, me paré lo tomé de las solapas y lo levanté hasta dejarlo con sus pies en el aire y hablándole con mi cara casi pegada a la suya, le dije "sigue hueviándome y te voy a torcer el pescuezo al igual que a una gallina" y soltándolo me fui a sentar a mi silla como si nada hubiese pasado.

Fue santo remedio, porque se acabaron las burlas y se discutió durante una media hora lo excesivo de la indemnización. Recuerdo nítidamente, que cuando el abogadito hablaba, la voz apenas le salía y se notaba que aún estaba temblando de susto.

Finalmente, Maluje convino en retirar los cercados al lugar que correspondía hacerlo y de cancelarle a mi tío la cantidad de cinco mil pesos, en diez cuotas mensuales. Entramos al despacho del juez y le comunicamos el avenimiento y dio su conformidad y un plazo de una semana para retirar las cercas y fijó para una semana más el pago de la primera cuota y las fechas de las otras. Salimos felices del tribunal, porque jamás mi tío se imaginó que nos iría tan bien y que sacaría esa cantidad de dinero y, antes de irnos al campo, me invitó a almorzar a una linda posada que había en el Camino Real.

Cuando llegamos por la tarde a la casa, mi tío casi no me dejó abrir la boca, ya que contaba a mi tía y al administrador todos los pormenores de mi actuación y describía con lujo de detalles los encontrones que tuve con Maluje y su abogado. Se notaba que mi tío estaba feliz, porque jamás habría soñado con esa indemnización tan alta, que era evidente que la necesitaba mucho, ya que los últimos meses habían sido muy malos para él en lo económico y, aunque en el campo no se pasa hambre, se apreciaba que el dinero no le sobraba y, por el contrario, diría yo que escaseaba bastante.

Mi tío dijo que había perdido la esperanza de recuperar su terreno y además recibir tal cantidad de plata y que consideraba muy justo que mis honorarios fueran mil pesos, ya que así y todo, con los cuatro mil pesos que le quedarían se consideraba doblemente indemnizado. Para formarse una idea, lo que me ofrecía de honorarios equivalía más o menos a dos años de paga en el grado de teniente y, por cierto que representaban para mí un dineral, pero le dije que por ningún motivo aceptaría.

Estuvimos mucho rato en tiras y aflojas, pero finalmente me impuse diciéndole: "Mire tío, si insiste en esto me va a obligar a irme. Yo quiero quedarme el mes y fracción que me resta de licencia y la única forma de que permanezca acá será que se olvide de este pago, ya que jamás se me pasó por la cabeza cobrarle siquiera un centavo". El tío se puso de pie, me dio un abrazo y salió de la habitación, volviendo al poco rato con una botella de vino tinto de muy buena calidad que descorchó con gran parsimonia. Hicimos salud y cuando estábamos terminando la copa, me dijo que yo era igual que un hijo para ellos y que respetaba mi voluntad, pero que no podría oponerme a que el próximo sábado hiciera una fiesta en mi honor, a lo que no me pude negar.

Ese sábado, después de almorzar, mi tía me dijo que sería bonito que estuviera de uniforme en la fiesta y que sobre mi cama me había dejado uno listo. Después de bañarme, me afeité la barba que aún conservaba y me dejé el bigote que usaba antes de irme a la guerra. Cuando fui a vestirme a mi habitación, me encontré sobre la cama con el uniforme de gala que se veía realmente como nuevo. Al acercarme y mirarlo con detención me di cuenta que era nuevo y luego me enteré que mis tíos me habían sacado del ropero mi uniforme y lo habían llevado a un sastre de Melipilla, que con tela inglesa me había hecho uno exactamente igual, utilizando solamente los botones e insignias del antiguo, ya que no tenía donde conseguir otras iguales. El uniforme era realmente precioso, de mejor calidad que el original y en cuanto al quepí, eligieron el mejor y le cambiaron el forro, lo desmancharon y plancharon al vapor, por lo que se veía flamante.

Así, poco después de las seis de la tarde, salí al salón muy elegante y los chicuelos se reían de mí, porque me encontraban raro sin barba, ya que no me veían así desde antes de marzo del 79.

En la cocina la actividad era frenética, ya que además de las dos empleadas de la casa y del mayordomo, habían traído a cuatro más para que ayudaran. Las ollas hervían, por todos lados picaban ensaladas y los fuegos de las dos cocinas de hierro calentaban los hornos de los que manaban exquisitos aromas.

El primero en llegar fue Matías Ariztía con su señora, que era uno de mis clientes. Me saludó muy efusivamente y trató de acapararme para conversar

de mis experiencias en la guerra y a cada instante me decía que me quedara, ya que teníamos muchos negocios que ver en común y que me necesitaba. Después llegaron Virgilio Vega y Pedro Pablo Toro –también clientes míos– con sus señoras y también otras personas que conocía de vista y que ahora no recuerdo, que eran amigos de mis tíos.

Cuando en la casa había ya unos quince o veinte invitados, llegó don Juan, el papá de Clarita. Me dio un largo y sentido abrazo, igual que el que me brindó en la última ocasión que nos habíamos visto, cuando fue a despedirme a la estación de Los Andes. Me dijo que él no era nadie para preguntarme por mi alejamiento de su hija, pero que había aceptado gustoso asistir, por el gran cariño que me tenía y que había venido solo porque su señora se había quedado acompañando a Clarita en Santiago.

De pronto mi tío me llamó para que saludara a otros invitados que venían llegando. Se trataba de José Manuel Garcés, su señora y su hija, como de veinte años. Este señor era de El Monte y también se contaba entre los hacendados a los cuales prestaba mis servicios de abogado. De la chica apenas me acordaba, pero hicimos buenas migas y como era muy simpática y espontánea me entretuve mucho con ella.

La comida estuvo exquisita, elegantemente servida, con vinos y licores de la mejor calidad. Finalizada la cena, las mujeres se fueron al salón principal y todos los hombres nos reunimos en la sala que había al otro costado del pasillo, con una gran chimenea encendida. Salieron los cigarros, los bajativos y la conversación fue muy entretenida, ya que hablamos de todo. De la situación política y económica de Chile, de las próximas elecciones presidenciales, de la economía y de copuchas de la zona. Yo debí responder muchas preguntas sobre la situación militar y política del Perú, quedando todos muy impresionados con mis respuestas, que ciertamente eran bastante completas gracias a todo el bagaje adquirido en mis largas conversaciones con Hermógenes Pérez de Arce en Lima.

Uno de los hacendados –me parece que Pedro Pablo Toro– dijo que había conversado con varios oficiales que habían vuelto recientemente de la guerra, pero que no tenían la claridad que yo poseía de la actualidad peruana, diciéndome que eso se debía a que "además de ser abogado tú siempre has sido muy buen observador y mientras los parlanchines como nosotros nos peleamos el turno de hablar tu escuchas, digieres, analizas y decantas".

En realidad hasta allí yo estaba feliz, porque jamás me habría imaginado una fiesta tan bonita en homenaje a mi regreso. Ya estaba pensando que todo llegaría hasta allí, cuando entró un pequeño cuarteto de cuerdas e instalándose en un

extremo del salón principal, comenzó a tocar música de moda, principalmente los valses de Viena.

En cosa de minutos se organizó el baile y aunque a mí nunca me había gustado mucho, no pude desairar a mi tía que me pidió que la sacara a bailar y, en realidad lo hice con mucho cariño, pese a mi torpeza en la danza. Bailé con todas las señoras y luego lo hice con la hija de José Manuel Garcés, que me divirtió mucho. Ella trataba de enseñarme los secretos del baile y como yo reiteraba mis errores, se reía a carcajadas contagiándome con su risa.

La fiesta terminó muy tarde, quizá a las dos o tres de la madrugada y cuando se fue el último de los invitados me quedé conversando con mis tíos y les agradecí con todo el corazón el tremendo esfuerzo que habían hecho.

Y así seguí pasando esas lindas vacaciones, que según mis cálculos deberían prolongarse hasta fines de agosto.

Los primeros días de agosto viajé a Santiago y desde allí me fui inmediatamente a Concepción, para visitar algunos amigos. Como las noticias circulaban lentamente en esos tiempos, los tres amigos que pensaba visitar no estaban, ya que dos de ellos habían sido reclutados unas semanas atrás y estaban en Quillota y el tercero había fallecido el año anterior debido a una neumonía.

Mi desafortunada visita a Concepción se vio acortada a un par de días, en los que visité a la dueña de la pensión en que había vivido mientras estudiaba allí y luego me volví a Santiago.

Seguí en Santiago una semana y en ese tiempo nos juntamos con Urízar y nos fuimos a cenar al hotel Inglés, en la Plaza de Armas. Abelardo me dijo que estaba "cansado de descansar" y yo le contesté que algo parecido me pasaba y que lo más que extrañaba era no tener mi caballo y tener que movilizarme a pie y en coches a las partes más lejanas, igual que una señora. Hicimos muchos recuerdos de nuestras aventuras y desventuras en el norte y él se entristeció mucho cuando recordó a su hermano Pablo, muerto en la batalla de San Francisco, en Dolores.

Después de esta cena con Urízar estuve unos dos días más en Santiago. Pasé muchas veces frente a la casa de Clarita, pero nunca sentí deseos de visitarla ni de verla.

Vuelto a la casa de mis tíos, recuerdo que pasaba más en el campo. Disfruté mucho enseñándoles a los niños a hacer piruetas en caballos y como eran chicos se impresionaban mucho con los saltos que daba con mi cabalgadura y los galopes tendidos. Armé con unos huasos del fundo una "carreras a la chilena" y creo que gané casi todas las competencias, hasta que salió un huaso bajito y de unos veinte años que mirándome a los ojos me dijo: "veamos quien es mejor".

Elegimos caballos y, "en pelo" –sin montura como es la tradición– nos lanzamos a galope desbocado y el campesino me ganó como por un metro. Cuando me acerqué a felicitarlo, me dijo: "Es que yo también soy de la caballería y me acordaba de usted allá en el Perú. Soy soldado del "Carabineros de Yungay" y vengo llegando del norte". Nos dimos un abrazo y esa tarde lo invité a Melipilla a tomarnos unas sangrías y se sintió muy importante en compartir con un oficial. Al poco tiempo dejé de verlo y al preguntar por él, me enteré que se había ido a trabajar a San Bernardo.

En el "Cazadores"

Los primeros días de septiembre viajé a Santiago para presentarme en el "Cazadores" y averiguar la fecha de mi regreso al Perú, ya que estaban por concluir los dos meses de descanso que me habían dado en el norte.

Fui bienvenido en la unidad, pero cuando consulté por mi fecha de regreso al norte, se me dijo que sobre eso no había nada y lo único claro es que yo estaba asignado a la plana mayor del escuadrón que estaba de guarnición acá en la capital.

Pensé que ya no volvería al Perú y lamentaba no haber tenido la oportunidad de despedirme de mis compañeros, de mis soldados y de mis jefes. Más pena sentí cuando pensé en "Carboncillo" que lo había dejado engañado diciéndole que volvería en dos meses y el noble bruto que me había acompañado en los peores momentos de mi vida quedaba allá, en Perú, abandonado a la suerte del amo que asumiera su propiedad. Me sentí mal, muy apenado.

Al fin de semana siguiente fui a Melipilla, donde mis tíos a quienes conté todo lo que me había sucedido. Mi tía me consolaba diciéndome que era lo mejor, que así no tenía que volver a la guerra y a esas inhóspitas tierras. Insistía en que además de cumplir con el regimiento en Santiago, en la zona tenía trabajo y buenos clientes y que ella estaba segura que me iría muy bien. Mi tío decía que era verdad eso, aunque me encontraba razón de que estuviera apenado y enojado.

En los fines de semana siguientes me dediqué a visitar a mis antiguos clientes y antes de quince días ya estaba nuevamente dedicado a llevarles sus asuntos legales.

En realidad el trabajo en el escuadrón y de mi profesión me llenaba los días, pero en todo momento pensaba en mis compañeros de regimiento, en qué andarían,

que suerte estarían corriendo. Era una constante preocupación por saber lo que seguía ocurriendo en Perú, donde en realidad yo quería estar. Pero una de las cosas que más me entristecía era pensar en "Carboncillo", ya que no sabía nada de él.

En esos días escribí una carta bastante extensa al comandante Francisco Muñoz, quién estaba a cargo del "Granaderos". En ella le explicaba mi frustración y pena por la forma que habían tenido de cambiarme de regimiento, sin haber tenido la ocasión de despedirme de mis camaradas de guerra con los que compartí los dos años más marcadores de mi vida.

Los días posteriores fueron de muchas distracciones, ya que se realizaron las elecciones presidenciales y fue electo Domingo Santa María, un abogado y juez de mucho prestigio. Como era la tradición, la transmisión del mando se realizó el 19 de septiembre y me correspondió formar entre las tropas montadas que rindieron los honores correspondientes. El pueblo aplaudió con sincera alegría al Presidente saliente Aníbal Pinto, quien fue el artífice –junto con sus asesores– de la serie de grandes victorias obtenidas en todas las campañas de la guerra.

Pasadas las fiestas patrias, llegando un día al cuartel, me encontré con una carta. Al abrirla me di cuenta que era del comandante Francisco Muñoz Bezanilla, quien me explicaba que él sentía mucho mi alejamiento del "Granaderos", añadiéndome que siempre estuvo muy conforme conmigo y que al igual que el sargento mayor Marzán y los capitanes tenían el más alto concepto de mí. Me contaba que necesitaban con urgencia oficiales y que le parecía el colmo que me hubiesen dejado en Santiago en éstos momentos y máxime cuando yo había sido siempre un excelente militar que estaba pronto a ascender a teniente.

Finalizaba su carta enviándome saludos de toda la oficialidad y asegurándome que haría las gestiones para que revocaran esa insólita decisión y que me trasladaran a los escuadrones de "Cazadores" que estaban en Perú o que me convocaran de nuevo al "Granaderos", puesto que me necesitaba verdaderamente.

Estando en la plana mayor del "Cazadores" en Santiago y en mis constantes visitas a Melipilla, pude gozar de la primavera chilena, puesto que la última que había pasado en Chile fue la del 78, tres años antes. Disfruté mucho comiendo los "primores" de duraznos, ciruelas, damascos, sandías y melones y las "fuentadas" que nos dábamos con mi tío, que no eran otra cosa que unas tremendas ensaladas de tomate con cebolla acompañadas de choclos cocidos que comíamos con mucha mantequilla.

Los primeros dos meses de vuelta en el "Cazadores" disponía de bastante tiempo, por lo que viajaba frecuentemente a Melipilla y –sin pedir autorización a mis jefes– continué trabajando como abogado. Esto me permitió hacer algunos

ahorros, ya que mis tíos –aún muy contentos por el pleito que gané a Maluje– no me dejaban aportar nada para la casa. Sin embargo, permanentemente compraba mercadería en Melipilla, juguetes o libros para los chiquillos y varias veces regalé a mi tío y mi tía cortes de tela inglesa, que eran muy caros y de excelente calidad.

CAPÍTULO 13

VUELTA AL PERÚ COMO CIVIL

Inesperada Comisión

A mediados de noviembre de 1881 fui citado a la Comandancia General de Armas. Pensé que ya se estarían apiadando de los nueve meses de sueldo que me adeudaban e hice todos los preparativos para ver en que los invertía. Llegué muy desganado pensando que me pagarían a lo más un sueldo y que me darían una larga espera para cancelar los otros ocho salarios que me debían y, por eso, la visita la tomé como un trámite más.

Al presentarme al primer oficial que encontré, éste leyó la carta de presentación y me llevó ante un teniente coronel, de apellido Ríos. Este oficial me recibió en una estrecha oficina en la que apenas cabía tras el enorme escritorio. Yo me acomodé lo mejor que pude en una silla de madera que entorpecía el acceso al pequeño despacho.

A este comandante jamás lo había visto, pero resultó bastante simpático y me preguntó cómo habían sido mis experiencias en el norte y si ya me había acostumbrado a mi nueva vida en Chile. Yo le respondí con poco entusiasmo pero en forma cortés. Le expliqué que la vida me había enseñado a acostumbrarme rápidamente a todo. Que en la guerra me las había arreglado de lo más bien y ahora también. Le informé que estaba paulatinamente retomando mi profesión. Le dije que en general yo no me hacía problemas con nada y que eso me permitía disfrutar los buenos momentos y pasar rápido los malos.

El oficial me convidó un café y nuestra charla sobre generalidades se debe haber extendido por casi una media hora. Al cabo de ese tiempo le dije que le agradecería que me explicara el motivo de la citación, que me imaginaba que era para ver como el gobierno arreglaba la deuda que tenía conmigo por mis sueldos impagos.

"Bueno –me dijo– eso creo que lo vamos a solucionar pronto. El motivo de la citación es más complicado de explicar para una persona que estuvo dos años en la guerra. El Ejército lo necesita nuevamente en Perú, ya que la situación está cada vez peor y se necesitan personas con mucha experiencia".

"Eso no es un problema. Es una buena noticia la que me está dando, ya que estaría muy contento de volver, puesto que allá tengo muy buenos amigos y ustedes me tienen acá en Santiago aburriéndome", le dije.

El comandante se mostró muy relajado por mi respuesta, ya que al parecer esperaba que me resistiría a volver a la guerra y eso le provocó un alivio que se le notaba a simple vista. Seguidamente me preguntó si había seguido por los periódicos las novedades del conflicto, ante lo cual le respondí que prácticamente nada, ya que mi abrupto regreso a Chile me había hecho perder el interés en saber de ello.

Me comenzó a explicar que a contar de la segunda quincena de noviembre se había comenzado a hacer un nuevo llamamiento a las armas en Chile, ya que el ejército peruano se había reorganizado bajo los mandos del general Cáceres y del almirante Montero. Agregó que cada vez era más amenazante el panorama para las fuerzas chilenas que permanecían en Perú.

Me contó que varios de los regimientos que se habían disuelto tras su regreso a Chile ya se habían reorganizado y recuerdo que me mencionó a los regimientos "Atacama" y "Coquimbo" y añadió que se habían creado cuerpos nuevos, como el "Batallón Miraflores", que es el único que retengo entre otros que me mencionó.

Después de esta conversación, me dijo que ahora debíamos ir a lo práctico y que considerando las necesidades existentes en territorio peruano, había sido convocado para servir directamente bajo las órdenes del almirante Lynch, jefe del Ejército de Ocupación.

Eso me irritó bastante y le dije que prefería servir en un regimiento, pero él me respondió que para todos los efectos legales yo seguiría en el "Cazadores" y que debía considerar un honor esta petición.

Entre lo óptimo y lo bueno, me quedé con lo bueno y acepté, quedando en que viajaría en un par de semanas más. Recuerdo muy bien las fechas y días de la semana, ya que me dijo que tenía que estar donde mismo en una semana más, es decir el próximo jueves. Agregó que la notificación al "Cazadores" la entregarían ellos y que hasta la fecha de presentación me considerara con licencia. Sin embargo al preguntarle si estaba seguro, ya que el próximo jueves era 8 de diciembre –Feriado de la Virgen– me pidió excusas y me dijo que al lunes siguiente, es decir el 12 de diciembre.

Muy contento, regresé a Melipilla tomando un carruaje que salió de la Quinta Normal, llegando a casa de mis tíos casi al crepúsculo, donde les relaté muy contento que volvía al Perú en diez días más.

Vacaciones en la costa

Mis tíos parecieron no alegrarse mucho con la noticia, pero lo ocultaron. Cuando estábamos en la sobremesa, mi tío contó que había hecho un muy buen negocio con la compra y venta de unos cien novillos y que tenía deseos de ir a la costa a pasar algunos días.

Mi tía y los chiquillos se entusiasmaron de inmediato y entonces mi tío explicó que tenía un amigo con un fundo al norte de San Antonio, con una casa de alojados que había construido hace poco y que se la había ofrecido.

El día siguiente lo dediqué a visitar a mis clientes y a explicarles que volvía a Perú.

Muy de madrugada, salimos hacia la costa. Mi tía, los niños y las dos empleadas en el coche de la familia, tirado por cuatro caballos y mi tío y yo montados en los mejores potros del fundo. Al mediodía hicimos un alto para que descansaran las cabalgaduras, para que todos estiráramos las piernas y para comernos un pollo fiambre. El lugar en que nos detuvimos era de bastante secano y no recuerdo su nombre. Sin embargo a mí me parecía maravilloso, después de haber andado por los desiertos nortinos.

Cerca de las dos de la tarde reanudamos el viaje por la senda de carretas y recuerdo que serían como las cinco cuando desde lo alto de las lomas en que se trazaba la huella, divisamos el mar y los techos del puerto de San Antonio. Antes de las siete de la tarde, aún con luz, llegamos al fundo del amigo de mi tío. En un dos por tres estábamos instalados en la casa de huéspedes, que estaba situada en un pequeño lomaje y desde sus corredores de divisaba todo el mar.

Fueron muy bonitos los días que pasamos en la playa. Por las mañanas yo salía con los niños al mar y como sabía nadar les trataba de enseñar. Buscábamos conchas, luchábamos en la arena y hacíamos competencias de carreras en la extensa planicie.

Comimos en abundancia, ya que mi tío se encargaba de ir a una caleta que estaba como cinco kilómetros hacia San Antonio y volvía con sartas de pescados y también con bolsas de mariscos. Lo acompañé un par de veces en estos entretenidos menesteres. Otras veces hicimos asados en el campo y, por lo que recuerdo, fueron unas vacaciones breves, pero muy lindas y divertidas.

Volvimos al campo de Melipilla un sábado al atardecer y el domingo siguiente lo dediqué a preparar todas mis cosas y de dejar ordenada mi habitación.

El lunes 12 de diciembre tomé el primer coche de posta que salía hacia Santiago llevándome todos mis bártulos militares. Toda la familia –pese a ser las siete de

la mañana– quedó en las tranqueras del fundo despidiéndome. Por el cristal de la ventanilla trasera veía como sus figuras de empequeñecían con la distancia, mientras agitaban sus manos.

Llegué al Cuartel de la Artillería a las dos de la tarde. Más bien dicho a unas construcciones habilitadas como oficinas militares cerca del mencionado cuartel que estaba parcialmente abandonado por los destrozos del incendio que lo afectó en el verano del año anterior. Ingresé solamente hasta el Cuerpo de Guardia para dejar mi equipaje y me dirigí a almorzar a una pequeña cantina a la calle "Dieciocho de Septiembre".

Luego del almuerzo me presenté en la oficina a la que había sido convocado en noviembre. Lo primero que me informaron fue que el 7 de diciembre, junto con ser transferido oficialmente al "Cazadores", había recibido mi ascenso a teniente de caballería.

Ya estaba comenzando nuevamente mis aventuras militares. Lo que no sabía es que estaría en el Ejército por los próximos nueve años.

Regreso a la guerra como "proveedor"

Estuve en Santiago, en el cuartel de Calle de la Maestranza 142, poco menos de una semana y el 18 de diciembre, con mis bultos a cuesta y sin siquiera pensarlo más de la cuenta, ya estaba en el tren hacia Valparaíso. Viajé como un pasajero más y mis despachos señalaban que debía presentarme ante la Comandancia del Ejército en Lima.

Debí esperar dos días el zarpe de la nave, que se llamaba "Santa Lucía". La navegación fue bastante más encabritada que todas las anteriores que había realizado. Llegué a El Callao antes del mediodía del 24 de diciembre, luego de escalas en Caldera, Antofagasta y Arica.

Como se vivía ya el día de la Navidad, decidí alojarme en el cuartel del "Granaderos" en el colegio "Dos de Mayo" de Callao. Fui recibido con mucha alegría por todos mis compañeros, ya que no nos veíamos desde hacía más de cinco meses. Había muy poca gente en el cuartel, que estaba a cargo del sargento mayor Marzán, ya que el comandante Muñoz se encontraba en Trujillo con un escuadrón y además había otro escuadrón en Cañete al mando del capitán Villagrán.

Del escuadrón que quedaba en Callao, solamente había dos compañías, ya que la tercera estaba estacionada en Chosica. Me encontré con Abelardo Urízar, que había regresado antes que yo y estaba esperando marchar a Trujillo para

reunirse con su compañía. Polloni, según supe, estaba en Cañete y Polhamer aún permanecía en Chile.

Conversamos muchas horas, con gran entusiasmo, el que se enfrió un poco al saber que yo venía destinado a otras funciones en Lima.

Cerca de las once de la noche –de a pie y con nuestros mejores galas– nos fuimos a la iglesia que estaba a tres cuadras del cuartel, para asistir a la Misa del Gallo. Quizá por el hecho de venir llegando de Chile, no me sentí muy nostálgico y esta fue la tercera Navidad que pasé lejos de la Patria. Sin embargo sentía a Chile muy cercano, considerando el tiempo que había pasado allá, con la gente que yo quería.

Terminada la misa nos encaminamos al cuartel y compartimos una deliciosa cena, que se prolongó hasta muy tarde. Durante la conversación me respondieron por fin mis insistentes consultas por "Carboncillo", que habían sido evadidas antes por los oficiales.

Una enorme congoja se apoderó de mí al enterarme que a mediados de septiembre en una expedición al suroriente de Chosica, "Carboncillo" fue facilitado a un oficial del "Batallón Santiago", quien lo dio por perdido, sin explicar si fue alcanzado por balas enemigas en alguna emboscada, si fue sacrificado por alguna fractura o bien se extravió en las serranías. Eso me entristeció mucho y me fui a acostar muy apenado y me costó mucho conciliar el sueño pensando en mi querido caballo, que fue mi fiel compañero en las más terribles etapas de la guerra.

Me daba vueltas y más vueltas en la cama, recordando todas las cualidades de "Carboncillo", sus gracias, sus capacidades, la nobleza que le caracterizaba y su resistencia. Desfilaban por mi mente los cientos de lugares por los que habíamos andado y todas las penurias que habíamos vivido juntos. Lo veía nítidamente con sus enormes e inteligentes ojos, cuando me observaba desde su pesebrera cuando me despedí de él antes de marcharme a Chile.

Creo que me dormí con los ojos llenos de lágrimas por esta pérdida. Uno de los últimos pensamientos que tuve antes conciliar el sueño fue que, desde mañana, debía continuar la guerra sin mi gran camarada.

La semana siguiente a la Navidad fue para mí de muchas novedades, ya que me incorporé a la oficina política del Cuartel General del Ejército, en un sucucho en los altillos del palacio de los Virreyes.

Junto con cambiar mi uniforme por el traje de paisano, me asignaron un caballo, que debo reconocer me costó demasiado empezar a querer, ya que siempre lo estaba comparando con mi fiel "Carboncillo". Se trataba de un potro mulato de muy linda figura, de unos cinco años de edad, que tenía las crines sobre la

frente un poco encrespadas –lo que le daba un aire divertido– y las manos y la nariz con unas manchas blancas. Además tenía unas manchitas blancas en los cuartos traseros. Ya tenía nombre –porque pertenecía al regimiento "Cazadores"– y provenía, según me explicaron, de una hacienda de San Clemente cerca de Talca. Se llamaba "Refrán".

A poco andar, me di cuenta que era un caballo muy disciplinado, brioso y además muy inteligente, aunque terminé por aceptarlo solamente un par de meses después, ya que aún me penaba "Carboncillo". "Refrán" parecía darse cuenta que no contaba aún con mi cariño y se esmeraba por caerme bien y hacía prodigios para demostrarme que en él tenía a un muy buen caballo y que él estaba esperando un muy buen amo. Cuando me acercaba a la pesebrera, relinchaba y al liberarlo se ponía inmediatamente a mi derecha y caminaba justo a mi lado, ni un paso más ni un paso menos, mirándome de reojo atento a las instrucciones que podría darle. Con el tiempo, logramos una complementación muy intensa y se ganó todo mi cariño.

Volviendo a mis recuerdos, en la víspera del año nuevo fui citado a una reunión con el almirante Lynch, quien me solicitó que al día siguiente, es decir el 1 de enero de 1882, debería agregarme como proveedor a una división que subiría a la sierra y mi misión sería observar la situación en los pueblos y las falencias de aprovisionamiento para las tropas e ir entregando informes al mando.

Al día siguiente, equipado con ropa de paisano apropiada para viajes, mi revólver y una carabina Winchester 76, me sumé a la unidad indicada. Cuatro días más tarde, es decir el 5 de enero del año 1882 –montando a "Refrán"– salí de Lima, agregado a la "División Gana". Esta unidad tenía unos dos mil hombres, entre un escuadrón del "Cazadores" y los batallones "Lautaro", "San Fernando" y "Aconcagua" y dos baterías Krupp de montaña, transportadas a lomo de mula.

No obstante que se vivían los primeros días del año –que en Chile claramente es lo mejor del verano– en la sierra peruana este es el peor tiempo, caracterizado por incesantes lluvias y tupidas nevazones a partir de los tres mil metros de altura sobre el nivel del mar.

Nuestra ruta siguió paralela a la vía férrea hasta Chilca, ubicada a unos ciento veinte kilómetros de la estación Montserrate de Lima. Pernoctamos en las estaciones de Cocachacra y San Bartolomé, que eran de reciente construcción, ya que por lo que averigüé este ferrocarril no tenía más de diez años de antigüedad.

Luego de una larga marcha, por senderos que cada vez se hacían más estrechos, empinados y resbalosos por las torrenciales lluvias, llegamos a Chicla, el 8 o 10 de enero.

Me desplazaba con absoluta libertad y observaba, hacía preguntas a los lugareños, realizaba registros de los estados de caminos y vías férreas, de las posibilidades de abastecimientos y, por supuesto, de cuanto podía detectar respecto a la presencia de adversarios.

Con mucha rabia nos percatamos que las tropas del general Cáceres se habían retirado apresuradamente del pueblo, a lo más un par de horas antes que nosotros llegáramos. Por el camino que daba al nororiente del villorrio vimos decenas de bultos tirados. Al seguir avanzando nos percatamos de la existencia de fardos con uniformes, cajas de municiones, sacos con provisiones y unos treinta o cuarenta enfermos que fueron abandonados por sus compañeros a la vera del camino.

Este poblado –que era un montón de chozas con excepción de unas cuatro casas grandes y de buen aspecto– destacaba por su estación de trenes, que era lo único que le daba un dejo de civilización. El aire era muy distinto al de Lima, ya que según las cartas topográficas estaba situada a casi cuatro mil metros de altura.

Al segundo día de llegado a este pueblo hice una exploración avanzada, llegando hasta un hermoso lago situado en lo más alto de los cerros, que después supe que se denominaba Lago Nevado.

A este majestuoso lago llegamos por un camino muy empinado, que en partes tenía escalones de piedra construidos en épocas inmemoriales. Siguiendo esa huella de alta cordillera accedimos a una extensa planicie, que por los monumentos y símbolos de piedra, me imaginé que se utilizaba para celebraciones indígenas. Después venía la "verdadera subida", que había que hacerla a pie tirando los caballos, hasta llegar a una laguna, que debimos bordear por su costado derecho hasta casi topar con un enorme cerro de roca granítica, que estaba habitado por miles de vizcachas. Por el costado izquierdo de dicho cerro corría un pequeño riachuelo, muy torrentoso debido al enorme desnivel de su cauce. Allí pudimos volver a montar y luego de una media hora de cabalgata llegamos hasta el borde del Lago Nevado.

Pese a estar en tierra enemiga y con bandas de montoneros y batallones peruanos escondidos en los cerros, al contemplar el enorme lago con trozos de hielo flotando en sus calmas aguas, experimenté una tremenda paz interior, solamente comparable con lo que sentí cuando fui al volcán Licancabur.

Esa fue la primera de unas cinco exploraciones o reconocimientos que me correspondió hacer mientras estuve en Chicla, donde permanecí unos diez días, de los cuales tuvimos lluvia y nevazones la mitad del tiempo.

Salí de Chicla el 18 de enero y llegué a Casapalca después de una jornada completa a caballo, pasando altas montañas que se empinaban por sobre los cuatro mil quinientos metros.

En Casapalca –luego de hacer un estudio de la comarca– dormí una noche y salí al otro día, junto a una compañía del "Cazadores". Con esta unidad hice otros dos días de esforzada marcha, con un aire muy enrarecido que causaba mareos y vómitos, síntomas al que se llamaba "soroche".

Dos días después estábamos en La Oroya, ubicada a poco menos de cuatro mil metros de altitud. Este pueblo tenía una vital importancia considerando que era un centro de bifurcación de rutas que unían Tarma, Jauja y Huancayo, entre otros pueblos y ciudades serranas. Recuerdo que hacia la izquierda estaba el camino que conducía a Tarma, Cerro de Pasco y Huanuco. Si se tomaba la huella de la derecha se podía llegar al Valle del Mantaro, pasando por Jauja y terminando en Huancayo.

Las montañas que rodeaban a La Oroya estaban llenas de piques, que según supe correspondían a pequeñas minas de oro y cobre que comenzaron a ser explotadas hace muchos siglos por los indígenas que habitaban la zona y que luego pasaron a manos de los conquistadores españoles.

La última semana de enero, junto a una columna de bagajes y equipajes, salí de Oroya y al día siguiente entré a Tarma, descubriendo con desazón que el general Cáceres y sus tropas se habían retirado de allí solamente horas antes.

Nuestras fuerzas ocuparon Jauja el 1 de febrero y allí se realizó cambio de mando, asumiendo la jefatura de la división el coronel Del Canto y el general Gana regresó a Lima, debiendo yo acompañarlo para rendir un acabado informe al almirante Lynch.

Una semana más tarde estaba de regreso en Jauja, acompañado por cuatro soldados del "Cazadores" vestidos de arrieros.

Haciendo mis averiguaciones respecto a los posibles levantamientos que podrían surgir en las serranías y de los recursos con que podrían contar nuestras tropas, efectué un exhaustivo recorrido por esta ciudad.

Durante mis caminatas entré a la Catedral y revisando sus registros me enteré que Jauja fue la primera ciudad que el conquistador Francisco Pizarro fundó en Perú. Estaba situada a un poco más de tres mil metros de altura y según se decía el clima tenía extraordinarias cualidades curativas para los tísicos, lo que sumado a la tranquilidad del pueblo, a la belleza de sus paisajes, al clima frío y seco y la abundancia de ganado y cultivos, la hacían aparecer como "lugar ideal". De allí viene el dicho "estar en Jauja" –refiriéndose a una vida fácil y cómoda– y que fue traído a Chile por nuestros soldados al término de la guerra.

Recuerdo con nitidez su Plaza Mayor –pequeña pero muy bonita– en la que destacaba su iglesia, que según señalaba la tradición, fue el primer templo católico que se construyó en todo el Perú. Además de la iglesia, la plaza estaba rodeada

por dignas y muy bien mantenidas casonas de dos pisos con techos de tejas, con estucos pintados de colores fuertes y los breteles de ventanas y puertas hechos de piedra de cantera. Para el lado que se mirara por sobre las torres de la iglesia o los tejados de las casas, se veían las montañas que rodeaban Jauja.

El 14 de febrero –junto con las tropas– abandoné Jauja y marchamos por un valle largo y estrecho con una altura de unos cuatro mil metros sobre el nivel del mar hasta Huancayo. Creo que fue el mejor lugar de la sierra en que estuve en esa larga expedición. Tenía un buen clima y había abundancia de alimentos para hombres y caballos. Este ancestral pueblo se ubica al sur del amplio Valle del Mantaro, donde comienzan a disminuir las altas cumbres de la Cordillera de Los Andes, para abrir una senda hacia el oriente, donde se ubica el desconocido y misterioso territorio amazónico.

Su altura no debe superar los tres mil metros –bastante menor que la que tuvimos que sufrir en los otros pueblos que pasamos antes de llegar a este vergel– donde hombres y animales se repusieron de las duras marchas vividas en las semanas anteriores.

Esta ciudad, basada en un antiguo poblado incaico, debe estar a unos trescientos cincuenta kilómetros de Lima y, en las semanas que aquí estuve buscando material para mis informes, me pude enterar que tenía un gran significado histórico en la vida peruana. La ciudad estaba cruzada de norte a sur por el Camino de los Incas, que pasaba por el centro de la ciudad en donde había una plaza que llamaban Huamanmarca, que decían que era el punto preciso en que los conquistadores españoles fundaron la ciudad en 1572.

Caminando hacia el poniente estaba la Plaza Del Comercio, que era el lugar en que se había jurado la Primera Constitución del Perú, en 1812. Junto a ella estaba la capilla La Merced, levantada por los jesuitas en los primeros años de la conquista española. Me enteré –en las conversaciones con el sacerdote que estaba a cargo– que en vocablo indígena Huancayo significa "lugar de la roca". Me explicó el religioso, que él creía que el origen del nombre estaba en que antes de la llegada de los españoles, junto a una enorme roca situada en el camino del Inca hacia Jauja, había un tambo, que para identificarlo le llamaban "Lugar de la Roca" o "Huancayo", en su idioma.

En los alrededores de Huancayo se ubicaban los poblados de Cotocoto, Ocopilla y Huari. En esta última aldea, a comienzos de la conquista hispánica, los misioneros establecieron una capilla llamada de la Santísima Trinidad, para reemplazar el adoratorio indígena que allí existía. Algunos años antes de mi paso por Huancayo –en 1876– un gran terremoto asoló los Andes peruanos y la mencionada capilla

se vino al suelo. Sus pinturas, esculturas y documentación fueron llevadas a La Merced por el padre que me instruyó sobre la historia del lugar.

Sin embargo, en mis constantes recorridos por la ciudad, conocí el Templo Matriz, que tendría una antigüedad de unos cincuenta años y que podría decirse que era el más grande de la ciudad y se veía nítidamente desde "El Cerrito", un promontorio aislado parecido a nuestro Santa Lucía, que hacía las veces de "mirador de la ciudad" y donde siempre hubo centinelas chilenos mientras allí estuvimos. Junto a algunos oficiales, me alojé en una señorial casa que me parece pertenecía a un connotado político peruano de apellido Pardo.

En esta zona debo haber estado más de un mes, que lo ocupé en constantes exploraciones por pueblos pobres, sucios, atrasados y en los cuales no había con quien dialogar, ya que o no hablaban castellano y, si lo hacían, no nos dirigían las palabra.

Recuerdo que por esos días se registró el combate de Pucará, en la que fuerzas chilenas se enfrentaron con tropas de Cáceres, quedando unos ochenta peruanos muertos y unos cincuenta heridos. Por lo que me parece, nuestras fuerzas perdieron a seis hombres. Esto lo supe semanas después de sucedido el enfrentamiento.

Así, en medio de una tremenda hostilidad de la población y amenazados por las guerrillas que se diseminaban por toda la sierra, transcurrieron los meses de febrero y marzo, que recuerdo como de tensos e interminables reconocimientos que se extendían desde Cerro Pasco por el norte hasta Marcavaye por el sur, cubriendo la serie de pueblos de la alta sierra, entre los que recuerdo Jauja, La Concepción, Huancayo y, más al sur, Zapalenga, Pucará y Marcavaye.

Correo con malas noticias

En marzo, a través de los arriesgados correos que mantenían las comunicaciones entre Lima y las guarniciones dispersas en la sierra, me enteré de dos malas noticias, que me tocaron muy profundo.

La primera de ellas fue la muerte del comandante del "Regimiento Granaderos", don Francisco Muñoz Bezanilla, quien asumió el mando de la unidad luego de la muerte del coronel Tomás Yávar en la Batalla de Chorrillos. Supe que estando a cargo del Primer Escuadrón en Trujillo, se enfermó de fiebre amarilla y que no pudo recuperarse, no obstante que lo trasladaron al Hospital de Santa Sofía de Lima. Sin embargo, el veterano jefe tuvo la suerte de ver a su mujer, doña María Celinda Briseño, que había viajado desde Chile para pasar unos días con él. La

pobre, en vez de disfrutar de un reencuentro familiar, debió asistirlo en sus últimos momentos. El comandante Muñoz Bezanilla, que ya había recibido sus despachos de coronel, falleció el 22 de febrero.

Por los mismos días, también en Lima, murió el coronel Silvestre Urízar, medio hermano de mi gran amigo Abelardo Urízar. Este oficial estaba a cargo las tropas chilenas de ocupación en los departamentos de La Libertad y Lambayeque, al extremo norte del territorio Perú, hacia la frontera con el Ecuador. Lo que no pudieron los sables ni las balas en las fieras batallas de Tacna, Chorrillos y Miraflores, lo pudo la tenebrosa fiebre amarilla. De esta forma moría el segundo de los tres hermanos Urízar que habían partido a la guerra, recordando que Pablo, el capitán de artillería, cayó alcanzado por una bala en la Batalla de San Francisco. No pasaría más de un año para que mi gran amigo Abelardo se fuera también de este mundo durante un combate en Cañete.

La otra triste novedad, de la cual me impuse por aquellos tiempos, fue la muerte de mi inseparable amigo y gran carreta Demetrio Polloni, quien falleció el 31 de marzo de 1882, también a causa de la fiebre amarilla, mientras estaba de guarnición con una sección del "Granaderos" en Huacho.

Así llegamos al 5 de abril, aniversario de la Batalla de Maipo, que justo cayó para Viernes Santo. Rememoro nítidamente que para esa época yo nuevamente estaba en Jauja.

Pasé más de un mes a lomo de caballo, recorriendo las sendas utilizadas por las líneas de abastecimiento de las pequeñas guarniciones, no superiores a un centenar de hombres cada una, que se desplegaban en todos los villorrios y pueblos de la sierra, entre ellas Cerro Pasco, Jauja, Concepción, Chicla, Huancayo, Zapalenga, Pucará y Marcavaye.

La caballería escoltaba a los cada vez más menguados convoyes de mulas que transportaban vestuario de reposición, alimentos, municiones y medicinas, y que además se encargaban de trasladar a los enfermos y heridos hasta Chicla, donde eran embarcados en tren a Lima.

Todo esto se hacía en medio de un clima cada vez más inclemente, con lluvias permanentes que daban paso a feroces granizadas para concluir el día nevando copiosamente.

Ya para esa época nuestras fuerzas estaban diezmadas por las enfermedades, ya que –como indiqué recién– comenzó a nevar casi todos los días y empezaron a escasear los alimentos, el forraje y la leña. Prácticamente no nos llegaban provisiones ni municiones desde Lima, ya que las columnas de abastecimiento o eran destruidas por las montoneras o simplemente se desbarrancaban en las sendas

cubiertas de nieve y barro. Los soldados eran verdaderas almas en pena, soportando fatigosas marchas a veces de hasta cuarenta kilómetros diarios. Prácticamente todos caminaban con los pies desnudos, ya que de las botas no quedaban más que las cañas y nunca llegaban las de reposición.

Cuando me topaba en los caminos con las compañías de infantería se me sobrecogía el corazón de pena. Si bien una buena parte de los soldados eran –al igual que yo– veteranos de las terribles jornadas del desierto, proporción importante de ellos eran bisoños, reclutados a partir de fines del año 81, sin mayor experiencia guerrera y sin el temple que los "antiguos" habíamos adquiridos en las campañas anteriores. Casi todos se veían desgreñados, con barbas muy tupidas, con los uniformes convertidos en andrajos luego de seis meses continuos en las montañas. Pocos andaban con sus botas de reglamento y se protegían los pies con ojotas, a las que sobreponían las cañas de sus calamorros. Sus capotes estaban raídos y se veían muy arrugados y manchados por los hongos, ya que se mojaban y secaban varias veces al día.

Estos fueron los argumentos que vertí en mis informes para explicar las numerosas deserciones que hubo en esa etapa de la guerra. Los soldados simplemente no aguantaban más y en grupos de tres o más, con todo su equipo, se encaminaban hacia los valles orientales, hacia la Amazonía, y nunca más se sabía de ellos.

Recuerdo que a mediados de junio del 82, de los seis mil hombres que aproximadamente operaban en la sierra, habían desertado alrededor de cuatrocientos, lo que es una cifra extraordinariamente elevada. Este fenómeno no lo habíamos experimentado en las campañas de Antofagasta, Tarapacá ni Lima, pero poco es lo que se podía hacer.

En mis modestos análisis, atribuía este trágico cuadro –de soldados en harapos, desmotivados y mal alimentados– a cuatro factores: la presión constante de los ataques montoneros, el clima cada vez peor, las terribles dificultades del terreno de montaña y, por último, las enfermedades.

Por los días de estos recuerdos, los enfermos de tifus y viruela sumarían casi quinientos. Más los convalecientes de tifus, que tardaban en recuperarse casi un mes, período en el cual no podían prácticamente valerse por sí mismos, ya que durante semanas –debido a lo debilitado que quedaban– debían caminar apoyándose en bastones o lisa y llanamente debíamos transportarlos al anca de nuestros caballos o bien a hombro de sus propios compañeros.

La nieve impedía durante semanas la evacuación de enfermos hacia la última estación del ferrocarril, porque eso se había intentado antes con desastrosos resultados. Ocurrió que los enfermos, especialmente de tifus, se trasladaron en angarillas hechas con dos maderos y una tela, que eran arrastradas sobre la nieve

por sus propios compañeros o por caballos, si es que los había disponibles. Pero como no paraba de nevar, la nieve se iba acumulando sobre los enfermos que al estar inmóviles sucumbían ante el frío.

En una ocasión de cincuenta enfermos que se trató de trasladar murieron congelados más de veinte, razón por la que hubo que devolverse al punto de partida, tomando en cuenta que cuando se percataron de esta tragedia, aún no se había recorrido un cuarto del trayecto.

Por otra parte, era raro cuando llegaba correo, lo que llevaba a la mayoría de los soldados a pensar que estaban totalmente abandonados y olvidados en esas inhóspitas alturas, tanto por sus familiares, como por la superioridad.

La verdad es que la preocupación de los mandos en Lima era constante, pero no había forma de dar más apoyo a los miembros de estas unidades, que morían de a poco en medio de los altos cerros y valles nevados.

No se podían mandar mayores refuerzos, porque las rutas eran estrechas y casi intransitables en esa época y las montoneras atacaban en cualquier sitio y sin previo aviso. Paulatinamente comencé a descubrir los lugares que empleaban para sus emboscadas y la forma de pensar que tenían nuestros adversarios.

Una noche –cuando trataba de espantar el hielo que se había adueñado de mis huesos junto a una miserable fogata en las afueras de un pequeño granero– descubrí que desde hacía varios días yo pensaba permanentemente como el enemigo.

Esta forma de actuar comencé a percibirla mientras me hallaba en lo que se conocía como Callejón de Huaylas, en los más recónditos parajes de la Cordillera de Los Andes, que debe haber estado ubicado a más de cuatrocientos kilómetros de Lima y que me impresionó por la gran cantidad de montañas de una altitud que jamás habría podido imaginar. Esta zona la consideré, en esos momentos, como un auténtico capricho de la naturaleza, por su impresionante escenario de paisajes agrestes, por su colorido valle formado por las cordilleras Blanca y Negra, entre las que corría con una fuerza indescriptible el río Santa.

Vale la pena aquí hacer un alto para contar lo que sentía en esos lugares, sobre todo pensando que cuatro décadas atrás habían llegado hasta aquí nuestros soldados, durante la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana y que sobreponiéndose a todo habían vencido en la ya mítica Batalla de Yungay.

En la que se llamaba "Cordillera Blanca", plagada de montañas de cuarzo, sobresalían majestuosas cumbres que se empinaban muy por arriba de las nubes. Recuerdo, entre estos enormes cerros graníticos, el "Huascarán", que haciendo un cálculo de su altura respecto al valle en que nos hallábamos, debe haber superado largamente los seis mil metros de altitud sobre el nivel del mar.

En los extensos recorridos por esa mágica y misteriosa zona, buscando montoneras, conocí diversos pueblitos, como Recuay, Carhuaz, Caraz y, con mucha emoción, la villa de Yungay, que había sido el escenario de la batalla del mismo nombre y que terminó con una aplastante y definitiva victoria de Chile.

Retomando el hilo central, estando en Huaylas y mientras cabalgaba en "Refrán" –que se comportó excelentemente en todo momento– iba observando los cerros, los roqueríos, las quebradas y los riachuelos y pensaba como si fuera un peruano, es decir desde qué lugar podría atacar con mayor ventaja a la columna chilena que se aproximaba. Miraba con recelo todas las rocas de gran tamaño con forma redondeada que observaba en lo alto de los desfiladeros o en las faldas de las montañas. Ya había aprendido que detrás de esas "piedras" de cinco mil o más kilos, generalmente se ocultaba una docena de indios premunidos de palancas, que lanzaban estas rocas –que llamaban "galgas" en su idioma– sobre nuestras tropas, causando una inmensa mortandad.

Esto no me lo propuse, sino que fue el resultado de la tensión que nos invadía a todos en forma permanente. De esta manera logré, en varias ocasiones sacar ventaja a nuestros enemigos, adelantándome a sus movimientos y acciones.

Recuerdo que en una ocasión en que avanzaba por una profunda quebrada, escoltado por una partida de caballería de unos veinte jinetes, comencé a mirar hacia los bordes altos. No se veía ni un alma, pero había decenas de rocas que seguramente siempre estuvieron allí, prendidas del borde del acantilado, pero se notaba tierra removida en sus bases. Detuve la columna y le indiqué a mi asistente, el soldado Laureano Acevedo, a quien conocía desde el "Regimiento Granaderos", que sin aspavientos ordenara a la gente que desmontara para aparentar que descansaríamos un rato, y que luego corriera hacia la retaguardia, donde venía otra agrupación de unos doce jinetes y les transmitiera mi orden, consistente en devolverse un par de cuadras, trepar al borde superior de la honda quebrada y hacer un reconocimiento desde arriba.

Todo se hizo como lo dispuse y grande fue mi sorpresa cuando como a la media hora comenzamos a sentir un fuerte tiroteo. Eran las carabinas de los "Cazadores", que habiendo llegado desde atrás hasta el borde de la quebrada, descubrieron a unos cien indios que estaban agazapados tras las rocas, esperando que avanzáramos para empujarlas y reventarnos.

Como los curas de Oroya y Ocopa –que eran feudos de los sacerdotes peruanos– habían adoctrinado a los indios diciéndoles que si morían peleando contra los chilenos se iban sin trámite alguno al cielo, estos salvajes aborígenes no se detenían nunca.

Siguiendo este fanatismo, los indios al darse cuenta que no sacaban nada con empujar sus "galgas" hacia la quebrada –porque no nos alcanzarían ya que nos habíamos detenido fuera de su mortífero radio de acción– se lanzaron enceguecidos contra los jinetes que hicieron el rodeo, agitando sus grandes hondas, lanzas y picas. Los soldados, a sabiendas que nada pararía a esos desquiciados, abrieron fuego y como los que venían más atrás pasaban corriendo sobre los cadáveres de los indios caídos, siguieron disparando hasta que todos los aborígenes quedaron tendidos en las rocosas lomas.

Esta era la cotidiana situación que vivíamos en la sierra al llegar a su mitad el año 1882, cuando ya llevábamos más de seis meses en medio de la mayor hostilidad posible de imaginar, tanto de nuestros enemigos, como del entorno.

Mis amigos, el cura y el doctor

En esos tiempos me hice muy amigo de un médico militar que tendría mi edad. Recuerdo que se llamaba Ricardo Cortés-Monroy. Era delgado, de pelo castaño y usaba un bigote de tipo mostacho. Había nacido en México donde estudió Medicina, pero viajó a Chile en 1880 para terminar sus estudios en la Universidad de Chile y decidió hacer su internado en las ambulancias militares, llegando a Lima a fines del año 81.

Por él me enteraba de la cantidad de enfermos, de las escasas medicinas existentes y de la gran mortandad que se producía entre nuestras tropas.

Entablamos una larga amistad que duró varios años después de la guerra ya que cuando recién me había retirado del Ejército –por 1890– nos reencontramos en Angol, cuando él estaba dedicado a socorrer a los enfermos de una peste de viruela que se registró en el sur por esos años.

Asistí a su funeral, que se realizó en Santiago a fines de la década de los noventa.

Volviendo a nuestra época en la sierra peruana, mi amigo médico me contaba que los doctores de las ambulancias –que acompañaban a las tropas que perseguían a las guerrillas peruanas– debían avanzar igual que los batallones, franqueando altos valles y empinadas cordilleras, afectados por el soroche provocado por la gran altitud. Muchas veces los médicos atendían solamente con su maletín personal, ya que fueron incontables las ocasiones en que las tropillas de mulas en que se cargaban los elementos sanitarios se desbarrancaron completas hacia las profundidades de las gargantas de un río o a quebradas tan hondas que si uno tiraba una piedra no la escuchaba cuando golpeaba con el fondo.

Las principales enfermedades que atacaban a las tropas eran los "entumecimientos" provocados por la nieve, además de tifus, fiebres y, en algunos casos, brotes de viruelas. Durante el primer semestre de 1882 se produjeron más de doscientas ochenta muertes solo por tifus, las que en agosto de ese año totalizaron más de cuatrocientas.

En esa larga e interminable estadía en la tenebrosa, inhóspita y salvaje sierra del Perú, conversé largas horas –secando mi ropa junto a una fogata– con uno de los nobles capellanes que acompañaba a nuestra división. Recuerdo que era bastante joven, no debe haber tenido más de treinta y cinco años y, a esas alturas, llevaba como cinco años de sacerdocio. Era el padre Enrique Christie, quien se había enrolado voluntariamente como capellán de la Marina, pero que estando en Callao y ante lo escaso de sacerdotes que estaba el Ejército, se ofreció para acompañar a las fuerzas que subieron a la sierra.

Era una persona muy especial, ya que a diferencia de la mayoría de los curas, él era muy divertido y jovial y sabía ganarse la confianza de la gente. Eso creó lazos de bastante confianza, que nos permitían conversar de todos los temas libremente y él fue el primer y único sacerdote que escuché en esos tiempos hablarme de los grandes errores cometidos por la Iglesia, como por ejemplo de las atrocidades de la Santa Inquisición.

De eso platicábamos horas y horas, por las noches o tardes en que las tupidas nevadas no permitían ni siquiera moverse. A él le interesaba mucho el tema, ya que el año anterior, cuando estuve en la Biblioteca de Lima, me leí miles de páginas de los archivadores de la Santa Inquisición del Virreinato del Perú y muchas veces debí hacer enormes esfuerzos mentales para poder responder las decenas de sesudas preguntas que me hacía mi amigo capellán sobre lo que él llamaba "atrocidades de los hombres de Dios".

El padre Enrique o "mi capellán" –como le decía– era muy especial, ya que era hijo de anglicanos y se había convertido a la fe católica cuando tenía trece años. Antes de la guerra, pertenecía a la Arquidiócesis de Santiago y había estado a cargo de una capilla que se llamaba La Verónica, de la cual no tengo ningún otro recuerdo, salvo las constantes menciones sobre ella hechas por el padre Enrique.

Yo quise mucho a este cura tan entretenido, fortachón, juvenil y con una dedicación tremenda para socorrer, reconfortar, alentar y ayudar en todo sentido a estas "almas en pena" que eran nuestros soldados.

Sobre su negra sotana siempre usaba un grueso capote de oficial, sin grados, y en el bolsillo derecho de ese capote portaba un revólver de gran tamaño, que le había regalado un oficial de la Marina. Contaba que andaba armado porque,

según decía, "no es pecado defenderse de estos enemigos. Es mejor morir peleando contra ellos que ser despedazado vivo y terminar con la cabeza clavada en la punta de una lanza, como acostumbran los indios a hacerlo con nuestros soldados que caen vivos en sus manos".

No obstante su fortaleza, a fines de julio de 1882, cuando estábamos terminando esta larga expedición a la Sierra, se enfermó de tifus y llegó muy grave a Lima, donde murió el 11 de septiembre.

La sublevación de la sierra

Así llegamos a fines de junio, con un invierno que poco a poco comenzó a ceder, ya que en esa zona la peor época es entre enero y mayo.

Informé de los cambios climáticos, señalando que al comenzar a mejorar el tiempo podrían ser más transitables los caminos y huellas y, de este modo, tener un abastecimiento más expedito, lo que indudablemente ayudaría mucho para recibir municiones, comida, medicinas, uniformes y reemplazos que llenaran los cientos de bajas que habíamos tenido en estos meses.

Con esta visión mucho más optimista comenzamos el mes de julio, que resultó terrible, porque fue entonces cuando las montañas explotaron por todos lados y vino lo que podría llamarse la "sublevación de la sierra".

Batallones peruanos, descansados y conocedores absolutos del terreno, pertenecientes al Ejército de Cáceres y dirigidos por oficiales muy experimentados, sumados a miles y miles de indios salvajes y azuzados por los curas del Ocopa, iniciaron ataques a todas las pequeñas guarniciones chilenas dispersas por las cordilleras.

Los primeros días de julio cerca de trescientos soldados peruanos que llevaban como vanguardia o "carne de cañón" a un millar de indios, atacaron la guarnición chilena de Marcavalle. Los infantes chilenos, no obstante todas sus penas y al estado de abandono en que se encontraban, se agrandaron como leones –lo que siempre vi en la guerra– dejaron de lado el hambre, el frío, las enfermedades y la melancolía y actuaron en forma fiera, ordenada y muy coherente. Por lo que investigué en ese momento, la pequeña guarnición chilena tuvo que lamentar como seis o siete muertos y una veintena de heridos, pero después de varias horas de desigual combate los peruanos huyeron hacia los cerros, dejando en el campo casi un centenar de muertos y otra cantidad parecida de heridos.

Ante este ataque, se ordenó reagrupe para desplazarse a Chicla, lo que comenzaron a hacer todas las unidades de la división en la primera semana de

julio, con el fin de evitar ataques a las pequeñas unidades chilenas que guarnecían los pueblos de la sierra. Pero las comunicaciones eran lentas y así fue como el 9 julio fue atacada la guarnición de "La Concepción", a cargo de una compañía del "Batallón Chacabuco", en la que también había algunos hombres del "Batallón Lautaro", mandada por el teniente Ignacio Carrera Pinto, quien nunca supo que había sido ascendido a capitán con fecha 30 de junio.

Está de más que relate lo que fue el Combate de La Concepción, que por sus características es ampliamente conocido por todos y del cual no puedo aportar nada nuevo, ya que de lo sucedido allí me enteré solamente por relatos. Lo que sí puedo recordar es mi entrada a La Concepción, al promediar la tarde del 10 de julio, solamente unas horas después de haber terminado el épico combate.

Marché agregado junto a la caballería al mando del comandante Alcérreca, integrada por unidades de "Cazadores" y "Carabineros de Yungay", que entraron al pequeño poblado de poco más de diez manzanas en torno a la plaza.

El cuadro que vi era dantesco, ya que los soldados peruanos habían huido al observarnos a la distancia, pero habían quedado en el pueblo cientos de indios, enceguecidos por la sangre y el alcohol, que no solamente se habían contentado con descuartizar cada uno de los cadáveres de nuestros compañeros de armas, sino que corrían como enajenados por las calles del pueblo con las cabezas de nuestros compañeros ensartadas en las puntas de sus lanzas.

Las dos mujeres de soldados del "Chacabuco" que lucharon bravamente al lado de sus maridos –como también el recién nacido de una de ellas durante la noche del combate– fueron profanados de la manera más brutal posible y estaban colgando de los árboles de la plaza peor que trozos de carne en los ganchos de una carnicería. Era terrible la brutalidad de esos indios salvajes.

Una parte de la caballería fue enviada en persecución de las montoneras que huían hacia los cerros, llevando las cabezas de nuestros compañeros de armas como sangrientos trofeos ensartados en sus lanzas. Los alcanzaron al llegar al Tambo de San Lorenzo. No sé cuantos serían, más de cien de todas maneras, pero lo único que recuerdo es que no dejaron a ninguno vivo. Sacaron las cabezas de los soldados del "Chacabuco" que estaban ensartadas macabramente en las lanzas y las envolvieron en ponchos de los indios que recién habían enviado al cielo –siguiendo la lógica que les enseñaban sus curas– y regresaron al trote al pueblo de Concepción.

La otra parte de la montonera indígena fue descubierta por el resto de la agrupación de caballería en el pueblucho de Antaura, donde estaban bebiendo y celebrando su matanza. La caballería chilena cargó a sable sobre ellos y no quedó

ninguno para contar el cuento. Sin haberse puesto de acuerdo en nada, "Cazadores" y "Carabineros de Yungay" hicieron lo mismo y volvieron a La Concepción con las cabezas y otros despojos humanos de los compañeros del "Chacabuco".

Mientras los de la caballería daban de baja a las montoneras dispersas por los montes cercanos al pueblo, las tropas de infantería que ocuparon La Concepción, al mando del coronel Del Canto, pasaron por las armas a todos los que consideraron involucrados con los montoneros –que fueron cerca de ochenta– y a los que sorprendieron ebrios con objetos pertenecientes a los soldados del "Chacabuco".

El coronel Del Canto dispuso que se arriara la pequeña bandera chilena que aún flameaba en lo alto de la torre del templo, ordenando a uno de sus ayudantes que fuera conservada como reliquia, para lo cual procedió a estampar su firma sobre la estrella. Posteriormente se hizo una fosa en el centro de la nave del templo y en ella se depositaron los cadáveres de todos los chilenos caídos en el largo combate, colocándose también en ella los restos humanos que lograron arrebatar a los indios.

No sé en que momento, el comandante del "Batallón Chacabuco" ordenó que extrajeran los corazones de los oficiales y los guardaron en sendos frascos con alcohol que el teniente Bissinger consiguió con el boticario del pueblo.

Luego que todos los cadáveres fueran enterrados con los honores de reglamento, el coronel Del Canto dispuso que se rociaran los restos de la iglesia con kerosene y que le aplicaran fuego, para que al derrumbarse dejara más segura la tumba de los héroes, evitando nuevas profanaciones a sus cuerpos.

Aunque nunca he escuchado mayores comentarios al respecto, recuerdo con nitidez que al atardecer de ese 10 de julio de 1882, mientras íbamos ascendiendo el camino que salía de La Concepción, el pequeño pueblo estalló en llamas por sus cuatro costados, lo que atribuyo a una orden del jefe de nuestras fuerzas.

Siguiendo con esta sublevación de la sierra, el 22 o 23 de julio fue atacada la guarnición de La Oroya –de lo cual no tengo mayores recuerdos– pero que fue rechazada por nuestras tropas, que si bien sufrieron fuertes bajas, quedaron dueñas de la plaza que se les había ordenado mantener.

Así a fines de julio de 1882, luego de siete meses de lucha contra enemigos, la nieve, las pestes y la falta de recursos, la división inició el repliegue a Lima.

Al volver a Lima redacté y entregué al almirante Lynch un informe completo, que abarcaba la situación de las fuerzas insurgentes, las reacciones de la población local ante nuestras tropas, las vías de desplazamiento, las posibilidades de sobrevivencia con recursos de la comarca y algunos aspectos sanitarios.

Me enteré que para ese entonces el número de enfermos del ejército de ocupación –que tenía un poco más de quince mil hombres– llegaba casi a tres mil. De estos

tres mil enfermos había mil quinientos hospitalizados en Callao, Lima, Cañete, Arica, Tacna e Iquique y una cifra similar o un poco mayor permanecía enfermos en sus cuarteles. Los muertos en esta larga permanencia en la Sierra superaron los seiscientos, de los cuales no más de doscientos murieron en combate y el resto por causa de tifus, viruela o malaria. A todo lo anterior, se debían sumar cerca de cuatrocientos desertores confirmados, de los cuales jamás se tuvo noticia alguna, excepto que se fueron a vivir hacia las fronteras con Ecuador o al Amazonas.

Una de las primeras cosas que hice en Lima, fue botar toda mi ropa de paisano –incluyendo camisas, medias, levitas, chalecos, pantalones, levitón, sombreros y ropa interior– que usé en la sierra, ya que todas las prendas estaban hirviendo en piojos. Seguidamente me lavé el pelo con kerosén y, concluida esta "matanza de piojos", me di el más largo y pulcro baño que recuerde. Al vestirme a la mañana siguiente y ponerme uno de los uniformes que había dejado guardados en Lima, me di cuenta que me sobraba tela por todos lados, calculando que en los meses que permanecí en la sierra, debo haber bajado unos doce kilos, que recuperé prontamente.

Al día siguiente concurrí a una barbería situada en el centro de Lima y pedí que me cortaran el cabello a solo dos dedos de longitud y que me rasuraran la larga y tupida barba que me protegió del frío en los nueve meses en la montaña, dejándome solamente mi bigote de siempre.

Después de esta expedición a la sierra, de casi medio año de duración, permanecí –por lo que recuerdo– un breve período en Lima en el que continué recabando información y haciendo análisis de la situación para el Cuartel General del almirante Lynch.

Agradeciéndome los sacrificios y mi óptimo trabajo, el almirante Lynch dio por terminada mi extraoficial comisión y me emitieron las credenciales para volver a Chile y reincorporarme al Tercer Escuadrón del "Cazadores", que permanecía de guarnición en Santiago.

CAPÍTULO 14
EN EL SANTIAGO QUE SE MODERNIZA

Cuartel lleno de fantasmas

En agosto de 1882 ya estaba de retorno en Santiago, ocupando de inmediato mi puesto de teniente de la Segunda Compañía del Tercer Escuadrón del "Regimiento Cazadores a Caballo".

En ese entonces el escuadrón al que fui asignado ocupaba un vetusto cuartel usado como tal desde los tiempos de la Independencia. Era el "Cuartel de la Maestranza", situado en la calle del mismo nombre –hoy avenida Portugal– que partía desde La Cañada y culminaba en el Camino de Cintura Sur, hoy avenida José Antonio Matta.

El inmenso y mal tenido recinto había sido una casa de ejercicios de los Jesuitas, que quedó abandonada luego de la expulsión de América de la Compañía de Jesús, siendo desde esos tiempos empleada como fábrica artesanal de ollas de hierro fundido, cobre y greda. Esto hizo que por muchos años –hasta poco después de la Independencia– a este lugar se le llamaba "La Ollería".

Con el advenimiento de la lucha contra España –a contar de 1811– este conjunto de edificios fue transformado en la Maestranza Militar para la producción de armas y equipos para el Ejército Patriota, siendo entonces bautizada como calle De la Maestranza.

Como no había mucho por hacer en el primer tiempo de mi estadía en este cuartel, me designaron a cargo de una comisión que tenía por objetivo buscar los recursos para arreglar el edificio de la mejor forma que se pudiera, ya que en realidad estaba casi insalubre considerando los usos que había tenido en los últimos doscientos años.

Así, registrando pabellones y cuerpos anexos al edificio principal me enteré que por casi treinta años había funcionado allí la Escuela Militar y también, durante un período, la Escuela Naval. Respecto a esto último, un carpintero que llevaba varias décadas como empleado del cuartel, me mostró la sala de clases y el banco –arrumbado en una pila de muebles dados de baja– en que había estudiado

durante su breve pasada por ese cuartel el capitán Arturo Prat, que a esas alturas ya estaba convertido en un personaje legendario y respetado y admirado por la gente de todas las clases sociales.

En esos largos recorridos por los oscuros y húmedos pasadizos, corredores, aulas y otras dependencias, me fui formando una idea de cómo había sido el edificio en el siglo diecisiete, cuando servía de Casa de Ejercicios de la Compañía de Jesús.

Pude ir distinguiendo dormitorios abandonados con diversas transformaciones para adaptarlos como talleres en los tiempos en que funcionaban la ollería o la maestranza militar. Eran las típicas celdas de los religiosos, con estrechas ventanas y puertas de gran grosor, en las que dormían y hacían sus meditaciones.

Una gran sala –empleada también como fundición de cañones en la primera década del siglo diecinueve– denotaba que en tiempos anteriores había sido el oratorio o capilla, ya que incluso en una de sus paredes se notaban las huellas que había dejado el alto altar, que fue retirado en su oportunidad y probablemente trasladado a algún nuevo templo.

Sin embargo, mi comisión fue suspendida al cabo de unas semanas, ya que se nos informó que el gobierno había dispuesto, en ese mismo sitio, la construcción de un moderno cuartel.

No obstante mi curiosidad por seguir explorando el edificio me llevó en mis momentos libres a continuar rondando por los lugares más recónditos y abandonados. En una ocasión, mientras me desempeñaba como Oficial de Guardia, acompañado de un sargento llegué hasta un pabellón adosado al viejo murallón de adobes que separaba el cuartel del hospital San Francisco de Borja. Había una serie de puertas, todas cerradas con candados de vieja data absolutamente enmohecidos. La curiosidad pudo más que la disciplina y armados de una barreta lidiamos bastante rato, hasta que el mecanismo de apertura cedió.

Con gran inquietud me disponía a abrir la puerta cuando ambos escuchamos un fuerte ruido en el interior del pabellón, lo que atribuimos a ratas que se habrían asustado por nuestra irrupción y que en su huída habrían volcado lo que allí supuestamente se almacenaba. Al abrir la pesada puerta salió un penetrante olor a humedad y encierro y nos dimos cuenta que el lugar estaba en plena oscuridad, por lo que desistimos de ingresar hasta no contar con una lámpara que nos permitiera al menos ubicar los postigos de las pocas ventanas y abrirlos y así poder observar que es lo que allí había. Como nos esperaban otras tareas, cerramos nuevamente la puerta y dejamos el reconocimiento para cuando fuera posible hacerlo con el detenimiento que ameritaba.

Tres o cuatro día después, cuando las obligaciones de cuartel lo permitieron me reuní en las primeras horas de la tarde con el sargento, cuyo apellido era Sanhueza, y partimos hacia la misteriosa construcción, equipados con un par de lámparas de kerosene. Esta vez no nos fue difícil abrir la añosa puerta y entramos con los faroles ya encendidos, logrando alumbrar la pieza, que debe haber tenido unos seis metros de fondo por aproximadamente unos diez de frente y una altura superior a los cuatro metros.

Apenas cerramos la puerta tras de nosotros, pudimos ver que había decenas de olletones nuevos de hierro y cobre de todos los tamaños. Estaban totalmente oxidados por el tiempo transcurrido desde que dejaron de operar allí los talleres artesanales de ollas. Estaban apilados, según forma y tamaño en rumas que casi llegaban hasta techo. Estábamos recién formándonos una idea del contenido de la bodega, cuando sentimos que alguien se movía entre las altas pilas de ollas abandonadas en uno de los rincones. Nos acercamos para ver que se trataba y al alumbrar de cerca nos dimos cuenta que no podía haber nadie, ya que era posible ver hasta las paredes del fondo entre los ordenados apilamientos de utensilios. Pero sentíamos claramente los jadeos de un ser humano, como de un moribundo, percibidos cada vez con mayor fuerza y después se sumaron a ellos unos lamentos muy nítidos. El natural temor a lo sobrenatural nos invadió, pero no atinábamos a reaccionar y salir al exterior, sino que continuábamos escuchando y sintiendo.

El sargento –hombre práctico como la mayoría de la gente de campo– empezó a lanzar lejos los pesados olletones en un intento pueril de descubrir quién se ocultaba y las ollas de todos los tamaños comenzaron a rodar con un tremendo ruido por el piso de ladrillos.

Yo le dije –para tranquilizarlo a él y a mi– que aprovecharía de sacar varios fondos y ollas que se veían muy buenas para después de limpiarles el moho, usarlas en las cocinerías del escuadrón. Así lo hice, llevando al corredor exterior poco menos de una decena.

Mientras tanto el sargento seguía en el interior de la pieza y al entrar lo vi agachado en un rincón alumbrando con mucha atención el piso.

Los lamentos y jadeos habían cesado y me acerqué a mi acompañante, dándome entonces cuenta que el motivo de su preocupada observación era una calavera con restos de cabellos en su parte posterior y un trozo de lienzo negro. Los restos habían aparecido junto al zócalo, uno de cuyos ladrillos se había desprendido con los golpes de los pesados fondos.

No me salieron palabras y entonces el sargento tomó el cráneo, lo envolvió en el lienzo y lo puso dentro de una olla de cobre. Fue en ese momento en que

los ruidos se hicieron insoportables y fuimos testigos con estupor como algunas ollas de hierro que estaban en el piso se movían como si alguien las levantara y después eran lanzadas con brutal fuerza hacia las paredes.

El sargento salió de prisa y yo –por supuesto– lo seguí pisándole los talones. Nos quedamos afuera unos minutos escuchando como continuaban los golpes contra las paredes en el interior de la bodega.

El sargento me dijo: "Mi teniente, usted comenzó esto y ahora ayúdeme para que lo terminemos bien, ya que sino la fatalidad nos perseguirá"." ¿Qué quieres que hagamos?", le dije. "Consiga puerta franca y acompáñeme", señaló lívido.

Y se echó a andar delante de mí llevando en su mano derecha la olla que contenía el cráneo.

Conseguí de inmediato el permiso y salimos a pie del cuartel por una puerta pequeña que había por el "Callejón del Hospital" y nos encaminamos hacia La Cañada, sin cambiar palabras. Yo seguía al suboficial que caminaba muy rápido y al llegar a la capilla de la Veracruz entró sin titubear –y yo tras él– se aproximó al altar y sacando la calavera y el lienzo de la olla los colocó respetuosamente a los pies del crucifijo, persignándose a continuación. Seguidamente, con la olla sacó toda el agua bendita que pudo de las pilas y sin cambiar palabras volvimos al cuartel. Continuó hasta la extraña bodega y en tono muy bajo me dijo "terminemos", a lo que yo asentí con la cabeza.

Entró a la oscura pieza, ya que en esta ocasión no estábamos con los faroles de kerosén, y mientras rezaba un Padre Nuestro, rociaba a ciegas todos los rincones con el agua bendita. Culminado el rito, dejó la olla en el suelo y salimos. "Ahora sí que ese pobre finado va a descansar en paz", me dijo. Y pareciera que así fue, ya que en las próximas tres o cuatro semanas volvimos una decena de veces al recinto y nunca más percibimos ruidos ni movimientos, aunque nunca pudimos averiguar a quien pertenecían esos restos ni en que circunstancias había sucedido la muerte.

Soldados bandoleros

El año 1882, el primero de mi estadía en Santiago luego de regresar de la guerra, continuó sin mayores sobresaltos. La vida en el cuartel era monótona y sin mayores emociones.

Mi pieza estaba situada en el costado sur poniente del cuartel, con una pequeña ventana que daba hacia La Maestranza. A medida que avanzaba la primavera,

me costaba cada vez más conciliar el sueño y en esas horas previas a dormir, mi mente se atiborraba de recuerdos de las campañas en el norte.

Me acordaba de mis amigos del "Granaderos", de los que continuaban vivos y de los que habían muerto por las balas enemigas o por las enfermedades. Recordaba a "Carboncillo" en que hice prácticamente toda la guerra y del perfecto entendimiento que logramos en el duro recorrer de miles de kilómetros por salobres y desoladas pampas, del miedo que ambos sentíamos cuando nos encontrábamos en combate, de cómo compartíamos el agua cuando la sed nos mataba a ambos.

La mente se llenaba de visiones de los momentos más cruentos de los combates y batallas. Apreciaba nítidamente en ellas los rostros de los muertos que enterrábamos al concluir la lucha.

Había caído en un estado de conformismo y apatía que sin afectar mi comportamiento como militar, me estaba lesionando como persona. A veces pensaba en pedir mi licenciamiento y retornar a mi profesión, pero luego y ante cualquier noticia que llegara de la guerra, decidía no hacerlo, considerando que aún no era el momento. Durante ese año salí muy poco y en los ratos libres me dediqué a la lectura y a instruir a unos treinta reclutas que habían sido recientemente llamados al servicio.

En noviembre, aproximadamente, recibimos una petición de la Comandancia de Policía para atrapar a unos bandoleros que habían cometido muchos asaltos y varios asesinatos en la zona de Paine.

El jefe del escuadrón, el capitán Calderón, me comisionó junto a veinticinco jinetes para cumplir con esta misión, que si bien no me entusiasmaba en lo más mínimo, al menos serviría para salir al campo y recordar en parte mis días de campaña.

Partimos de madrugada, enfilando nuestra columna por La Maestranza hasta el Camino de Cintura Sur y, desde allí, hacia el poniente hasta tomar el callejón de San Diego, desde donde proseguimos por la ruta que llevaba hacia el sur.

Después de tres o cuatro paradas para alimentarnos y descansar nosotros y nuestros caballos, llegamos al río Maipo, el que traía muy poca agua, ante lo cual decidimos vadearlo para acortar camino, instalando nuestro vivaque en su ribera sur.

A media mañana del día siguiente estábamos entrando al villorrio, cuyos habitantes se apresurarnos a rodearnos contándonos atropelladamente las desgracias sufridas a manos de los bandidos, que principalmente atacaban a campesinos que vivían más aislados. Ordené que la gente se calmara y luego dispuse que el alférez que me acompañaba, de apellido Soto, indagara qué personas tenían información de mejor calidad y que luego los llevara a mi presencia en la improvisada oficina

en que me instalé, que era la del administrador del predio situado inmediatamente hacia el poniente de la salida de la calle del pueblo.

De este modo nos enteramos que la banda estaba formada por una decena de delincuentes, con edades entre los veinticinco y cuarenta años. La comandaba un sujeto que se hacía llamar Bernardino y estaban armados de carabinas, que –por las descripciones que nos hicieron los campesinos– dedujimos que se trataba de Winchester 76, iguales que las que usábamos nosotros.

Dividí la agrupación en dos piquetes, uno a cargo del alférez Soto y el otro bajo mi responsabilidad, repartiéndonos la tropa en partes iguales. Planificamos un patrullaje de tres días tratando de cubrir toda la zona y en el cual revisaríamos especialmente aquellos lugares más alejados en que hubiera agua, ya que esos eran los sitios más propicios para permanecer a buen resguardo. Creo que anduvimos más de una semana en varios patrullajes consecutivos, sin encontrar ningún indicio.

Cuando ya estaba pensando en enviar un emisario a San Bernardo para que a través del telégrafo diera a conocer al jefe del escuadrón el fracaso de la misión, un campesino nos informó que en horas de la mañana mientras cabalgaba desde Huelquén, divisó a los criminales que andaban cerca de la subida de Chada.

Aprestamos la unidad y emprendimos la marcha al trote hacia sur oriente, con la esperanza de encontrarlos y poderlos atrapar. Después de una hora o algo más de cabalgata y mientras nos acercábamos a los galpones de Huelquén, vimos a tres hombres armados –a una distancia de unos trescientos metros– subiendo a caballo una pequeña cuesta. Nos dividimos en tres grupos y nos lanzamos al galope tendido, desenganchando nuestras carabinas y aprestándolas para disparar. Los desconocidos se dieron a la fuga al galope y así se inició esta persecución, en la que nosotros avanzábamos en forma de abanico.

De pronto comenzamos a escuchar disparos y noté que los proyectiles rebotaban en las piedras y pircas a pocos metros de nosotros y luego nos dimos cuenta que quienes nos disparaban no iban a la carrera, sino que estaban parapetados en unos roqueríos a media ladera del pequeño cerro.

Inmediatamente ordené al alférez que avanzara con su gente dando un rodeo, y yo me lancé de frente contra el reducto, acompañado por unos doce jinetes.

Mientras galopábamos lo más apegados posible a la cabeza del caballo para ofrecer menos blanco, hacíamos fuego con nuestras carabinas. Pero llegó el momento en que ya era imposible seguir así e hicimos la "desmonta de combate", consistente en dejar los caballos al cuidado de un par de soldados –que inmediatamente los retiraban hacia retaguardia– mientras nosotros avanzábamos a pie en formación de guerrillas y haciendo fuego.

Así llegamos a unos cincuenta metros del conjunto de rocas en que se habían fortificado los individuos y nos parapetamos lo mejor que pudimos, generándose un nutrido intercambio de disparos que duró unos diez minutos. En esos momentos, la patrulla del alférez Soto se colocó en similar posición a la nuestra pero por el sector norte, con lo que los fuegos se duplicaron por parte nuestra.

Un cuarto de hora más tarde en el reducto enemigo fue levantado un pañuelo blanco atado en el cañón de una carabina, ante lo cual ordené suspender el fuego y a viva voz conminé a los sujetos que salieran desarmados y con las manos tras la nuca. Tres lo hicieron, ante lo cual insistí en que debían salir todos, pero uno de los cuatreros me gritó que no quedaban más en pie. Entonces les ordené avanzar lentamente y cuando estaban a unos diez metros de nosotros, acompañado de tres soldados avancé apuntándolos hasta que los redujimos.

Mientras, el alférez avanzó desde el otro costado al castillo de rocas y desde lejos me hizo una seña indicándome que todo estaba controlado.

Caminé hasta el improvisado fuerte y allí comprobé que había siete bandidos muertos y otros cuatro estaban seriamente heridos. Tenían en su poder unas cinco escopetas, cuatro carabinas Winchester y ocho carabinas Spencer, además de una media docena de revólveres del 44.

Interrogamos a los sobrevivientes que habían resultado ilesos, estableciendo que el tal Bernardino era uno de los fallecidos. También comprobé con mucha tristeza, que cinco de los bandidos –dos de ellos heridos y otros dos muertos– eran veteranos de las campañas del norte. Si mal no recuerdo, los había del "Batallón Talca" y del "Regimiento Buin".

Eso me entristeció mucho, ya que pensé que tanto ellos como yo, en un momento determinado, habíamos estado juntos, con mutua confianza, luchando codo a codo y desafiando los riesgos del combate y ahora nos habíamos enfrentado entre sí con la mayor de las violencias.

Luego de un reposo, que nos sirvió para recabar mayor información, buscamos los caballos de los delincuentes dispersos por los alrededores y sobre ellos cargamos a muertos y detenidos, junto con sus armas.

Cerca de las dos de la tarde iniciamos la marcha hacia San Bernardo. Llegamos cuando estaba cayendo la tarde y obviamente que nuestra columna llamó mucho la atención de la gente, ya que no era un cuadro habitual para los habitantes de esa tranquila ciudad ver un piquete de caballería llevando a tiro caballos con muertos cruzados sobre las monturas y prisioneros atados a las sillas.

Entregamos muertos y prisioneros el Juzgado, debiendo esperar al juez que llegara a recibirlos, ya que por la hora que era se había ya marchado a su casa.

Mientras un grupo de guardianes y vecinos se hacía cargo de los capturados vivos y muertos, entregué al magistrado un pormenorizado informe de lo ocurrido. Luego y por indicaciones del secretario del Juzgado, despaché la tropa hacia el antiguo cuartel que había sido empleado por parte del "Regimiento Chacabuco" antes de irse a la guerra.

Acompañado de dos cabos, me dirigí a la Oficina de Telégrafos, situada junto a la estación de tren y de allí envié la noticia a mi escuadrón en Santiago.

Pernoctamos en el edificio antes mencionado y a la mañana siguiente partimos hacia Santiago, llevándome de recuerdo un ejemplar de un diario local que daba cuenta de nuestra "hazaña" y destacando que esta banda había dado muerte en los últimos meses a más de diez personas y cometido una treintena de asaltos.

Por la noche estábamos entrando al cuartel de La Maestranza, luego de casi dos semanas de campaña policial.

Navidad y año nuevo

La segunda quincena de diciembre recibí dos semanas de feriado y me dirigí a pasar unos días, incluyendo con ello la Navidad, donde mis tíos en Melipilla.

Recuerdo que fueron días muy placenteros. Disfruté muchos con los preparativos de las fiestas, ya que las tres anteriores las había pasado fuera de Chile, durante la campaña. Mis sobrinos estaban felices con su tío de regreso a la casa, ya que recordaban con mucha nostalgia las vacaciones que pasamos juntos, en las cuales los entretuve con mil juegos y travesuras y no porque sus padres no fueran cariñosos, sino porque era yo el que estaba desocupado para dedicarles todo el tiempo que quisieran.

Participé con mucho entusiasmo en todos los quehaceres para esperar la celebración del nacimiento de Jesús. Me dediqué a preparar los ramos de albahaca con que adornamos todas las entradas de la casa, el zaguán, los corredores y el largo parrón. Después hicimos los "paquetes de claveles", consistentes en colocar maceteros envueltos con papel grueso, los que se colocaban en todas las ventanas, escalones y muros divisorios, como también demarcando los caminos de entrada a la morada.

Los últimos días estuvimos hasta altas horas de la noche haciendo las figuras de cartón, tales como siluetas de pájaros y de ángeles, que luego pintamos con esmaltes blancos, azules y celestes. Cuando estuvieron listas, las colgamos con hilos de las vigas del techo de los salones, comedor y corredor exterior.

De esta forma, muy contento, entretenido y olvidado por unos cuantos días de las situaciones críticas y tristes que había vivido en años anteriores, nos pilló el día 24. Como era costumbre, había que asistir a la primera misa de la mañana y luego confesarse. Después todos juntos –ya que ese día no se trabajaba– un almuerzo muy bien servido y los comensales vestidos con los mejores trajes.

Después de la siesta, montamos todos en el carruaje de la familia y nos fuimos hacia la Plaza de Armas de Melipilla, donde estaban instaladas los "tenderíos navideños". Allí, tal como ocurría en todas las ciudades de Chile, se vivía un ambiente muy especial y con olores muy diversos y agradables, que al mezclarse dejaban un inconfundible "aroma de navidad".

Las ramadas se extendían por las calles de los cuatro costados de la plaza, armadas con maderas, telas, y tablas. Materiales muy diversos y rústicos, pero eso no se notaba por lo uniformemente adornadas que estaban con cientos de ramos de albahaca y miles de claveles rojos y blancos, que eran los que más contribuían al "aroma de navidad". El complemento de este especial y delicioso olor estaba dado por lo que se expendía en estas ramadas: ponche de culén, néctares de duraznos y ciruelas –solos y con malicia– alfajores con dulce de leche y de guindas, fruta seleccionada, manzanas revolcadas en almíbar, entre muchas otras populares exquisiteces.

Además se vendían campanas de latón, matracas, cornetas de cartón, muñecos de trapo rellenos con paja y figuras de madera. En una que otra ramada se aprovechaba de vender camisas de lino, corbatines de seda, echarpes de lana y otros complementos de vestuario, cuyos clientes eran en su mayoría gente muy humilde que con alguna de estas prendas lograba arreglar la indumentaria navideña. Todo este ambiente era amenizado por grupos musicales que cantaban cuecas y tonadas, algunas relativas a la navidad y otras sin ninguna relación con la festividad. Además, la mezcla de cantos se matizaba con un desafiatado coro de señoras que entonaba villancicos en latín, que seguramente ninguna de ellas entendía y probablemente por eso, cada una iba por su lado en cuanto a las letras y notas.

Chicos y grandes engullimos pastelillos y jugos. Mi tío y yo varios vasos de ponche de culén, además de sabrosas tortillas de rescoldo untadas con mantequilla y pebre.

Y así se pasó el resto del día 24, hasta que una media hora antes de la medianoche comenzaron a replicar las campanas de la iglesia, llamando a la feligresía a prepararse para la Misa de Nochebuena.

Este oficio era muy especial, con adoración al Niño Jesús y diversos ritos previos de más de una hora, para luego seguir con la misa propiamente tal que culminó

cerca de las dos de la madrugada. A esa hora, todos nos subimos al carruaje y regresamos a casa, al igual que muchas familias. Sin embargo, gran cantidad de gente se fue de la iglesia a las ramadas para continuar la fiesta.

El día de la Navidad, el 25, había desayuno a las diez de la mañana, con tortas, chocolate con leche caliente para los niños y café con aguardiente para los más grandes. Después del desayuno se colocaba el Niño Dios dentro del pesebre que se armaba sobre la mesa más grande del salón principal y toda la familia de rodillas procedía a su adoración. La fiesta, como era la costumbre del campo, culminaba en un almuerzo al aire libre, consistente en asado de res, muchas ensaladas y postres de tortas.

Entre navidad y fin de año, regresé al cuartel de Santiago, ya que mis días de permiso estaban concluyendo. En el cuartel no había más de veinte hombres, entre oficiales y tropa, ya que se les había dado permiso para pasar las fiestas con sus familias. Por esos días mi única obligación consistió en organizar los servicios de guardia y cuidado de la caballada, por lo que hubo bastante tiempo libre.

El último día del año, el alférez Soto, que era de Coquimbo, me invitó para que el día 31 celebráramos el término del año con unos amigos suyos en una cena que estaban organizando en el hotel Inglés, ubicado en el costado sur de la Plaza de Armas.

Concurrimos vestidos de paisanos. Los amigos del alférez eran todos más jóvenes que yo, el mayor tendría unos veintiún años. Ninguno de ellos había estado en la guerra y el tema comenzó a centrarse en infinidad de preguntas acerca de las campañas, pero en un tono muy despectivo que paulatinamente comenzó a molestarme, especialmente por el aire de superioridad con que ellos opinaban sobre situaciones y hechos que a lo más conocían por los periódicos.

De diversos modos les pedí que habláramos otras cosas, pero apenas comenzada la cena –cerca de las nueve de la noche– nuevamente volvieron a esta charla que francamente me estaba irritando. Dejé que Soto dialogara con ellos y me fui marginando rápidamente de la conversación, dedicándome a comer. Fingiendo que los escuchaba, mi mente divagó por muchas partes, menos en lo que se hablaba.

Al calor de los bajativos –que yo no probé– los pijes se pusieron más deslenguados en sus juicios. Ante la molestia que esto me provocaba, les pedí disculpas y me retiré, cuando faltaba una media hora para el término del año 1882.

Muy enojado, me encaminé por la calle de Ahumada hacia La Cañada, pensando en regresar al cuartel. Sin embargo al llegar a La Cañada divisé la serie de tolderías iluminados con lámparas de kerosén, chonchones y faroles de papel, llenos de música y con una multitud que llenaba los senderos entre las ramadas.

Sin dudarlo me dirigí hacia allá y mezclándome entre el gentío comencé a recorrer los puestos y a observar a la gente, lo cual disipó mi enojo. De pronto un hombre de unos cuarenta años se me acercó y tomándome del brazo me pasó un vaso de horchata con malicia y levantando el suyo me dijo "patrón, brindemos por el regreso del norte y por el año que está comenzando". Brindamos y luego me dijo que se acordaba de mí porque habíamos estado juntos en Cerro Azul, con la expedición del comandante Lynch.

No recuerdo si ese ex soldado me dijo su nombre. El hecho es que lo pasé muy bien con él, su mujer y unos parientes, participando en los juegos de las anillas, viendo unas burdas representaciones de marionetas y escuchando a los cantores. Nos despedimos con grandes abrazos ya bien entrada la madrugada y muy tranquilo empecé la caminata hacia el cuartel, distante unas diez cuadras del lugar.

Por el camino pensaba en el desagrado experimentado en la elegante cena en el hotel Inglés con un grupo de imbéciles petulantes y el contraste con la humilde pero entretenida y cálida celebración que tuve la dicha de compartir con gente sencilla, pero que claramente demostraba una sabiduría muy superior.

CAPÍTULO 15

OFICIAL Y PROFESOR

1883: PROFESOR EN LAS MONJAS

En enero de 1883, regresando un domingo de misa de La Merced noté que delante de mí caminaba una monja llevando a duras penas un pesado paquete. Le ofrecí ayudarla y le pregunté para donde iba, diciéndome que al Colegio del Sagrado Corazón ubicado en La Maestranza. Le dije que yo iba justamente para allá y que le cargaría el paquete con mucho gusto.

Mientras caminábamos me preguntó muchas cosas sobre mí y le conté que ahora estaba en el escuadrón del "Cazadores" que permanecía en Chile y que era abogado.

La monja, que se llamaba Carmen, hablaba con acento francés y le pregunté sobre el tiempo que llevaba en Chile a lo que me contestó que treinta años. Le conté con yo hablaba su idioma y se mostró muy interesada en seguir conversando conmigo, sin decirme para qué. Me preguntó si en la semana podía ir a entrevistarme con ella, después de la hora del almuerzo, a lo que respondí afirmativamente. Y así llegamos hasta el hermoso colegio, de moderna y señorial arquitectura construido de ladrillo y rodeado de galerías con pilares de madera, que se situaba en la tercera cuadra de La Maestranza. "Venga a hablar conmigo oficial, no se olvide", me dijo luego de despedirse y agradecerme la ayuda.

Algunos días después, llegué hasta el claustro y en segundos estaba trasponiendo el hermoso patio inundado de flores y con una imagen de la Virgen en su centro.

La madre Carmen me esperaba en un recibidor y allí me planteó que requerían con urgencia un maestro de historia nacional que dominara además el francés, "y que cobre poco". Le dije que me interesaba como experiencia, pero que tenía que solicitar autorización a mis superiores. Me pidió que tratara de darle una respuesta en el plazo más breve posible porque las asignaturas comenzarían a dictarse en marzo y, si mi respuesta era negativa, debía contar con tiempo para buscar a otro preceptor.

A la media hora de conversación, la monja me ofreció que la acompañara a un te con bizcochos y así lo hicimos. Conversando con ella me enteré que esta

Cerro Santa Lucia desde La Cañada o Alameda. Fotografía: Pedro Emilio Garreaud 1881, Archivo Biblioteca Nacional.

congregación había llegado a Chile en 1853 y que el primer año vivieron en el antiguo convento de Las Clarisas.

La religiosa me contó, con mucho entusiasmo, que apenas llegaron al país el Presidente Manuel Montt –enterado de la obra que realizaban en Francia– les solicitó establecer una escuela normal para formar preceptoras, que el gobierno necesitaba con mucha urgencia para educar a las niñas chilenas.

La madre Carmen –muy orgullosa de sus logros– continuaba su relato, indicándome que la superiora había aceptado la petición del gobierno y en pocos meses ya estaban instaladas en un edificio que se les entregó en la Plazuela de San Isidro. Recibieron un importante aporte estatal, consistente en biblioteca, mobiliario y los fondos necesarios para poner en marcha el colegio, que inició sus clases en marzo de 1854, con el nombre de Escuela Normal de Preceptoras Primarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Con mucha sorpresa me di cuenta que el edificio de San Isidro que me describía era el cuartel al que llegué cuando recién me enlisté en el "Granaderos".

Decía que partieron con cerca de cincuenta alumnas, con edades que fluctuaban entre trece y quince años, con régimen de internado. Pero el alumnado fue en constante aumento hasta que el edificio no podía contener la escuela y en 1861 se trasladaron al nuevo edificio de La Maestranza, en el que ahora nos encontrábamos conversando la posibilidad que me desempeñara como maestro en el año que estábamos iniciando.

Después de esta larga pero entretenida descripción que hizo del colegio, nos despedimos y quedé de darle una respuesta lo más pronto posible, considerando su urgencia.

En realidad no tuve ningún problema con mi jefe y al cabo de dos o tres días volví a entrevistarme con la madre Carmen y contarle que estaba dispuesto a probar en esta nueva actividad. Ella se alegró mucho y, desde ese momento, tuve varias reuniones con ella y otras hermanas para irme interiorizando de las materias, sistema y reglamento de estudios y otros pormenores que era necesario manejar antes del inicio de las clases. Así supe que las materias que se impartían eran, religión, latín, historia sagrada, historia universal y de Chile, geografía, aritmética, música y canto y tareas domésticas.

La primera semana de marzo, vestido de uniforme, concurrí a la escuela, para asistir a la ceremonia de inicio de clases. Todos me miraban con extrañeza, primero por ser hombre –después me di cuenta que solamente éramos dos y el resto de los profesores eran todas monjas– y segundo por ir vestido de militar.

Los padres o tutores bajaban de carruajes que se detenían en el frontis del colegio y otros venían caminando, acompañados de sus hijas. Todas las chiquillas vestían de riguroso negro, con un vestido con cuello subido que les cubría desde el mentón hasta los zapatos. La tétrica vestimenta se complementaba con una capa negra y una especie de cofia del mismo color con ribetes grises. Las alumnas llegaban con sus valijas y a todas se les notaba tensas y apesadumbradas, ya que el escenario no tenía nada de alegre, muy por el contrario, era bastante lúgubre.

Después que las niñas acompañadas por sus papás o familiares encargados de su tuición instalaron su equipaje en los dormitorios, todos pasamos al segundo patio, en donde había un estrado. Sor Carmen se instaló sobre una tarima, mientras que los profesores estábamos en el mismo lugar pero varios centímetros más abajo, sentados en bancos de iglesia. Ella habló de la importancia de la educación para las mujeres y que las familias debían confiar en la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, que haría todos los esfuerzos para formar a sus niñas como preceptoras, que a su vez tuvieran la capacidad de inculcar las enseñanza primaria en las escuelas de niñas del país, con devoción y virtuosismo.

Con posterioridad a este discurso, que fue larguísimo, se ofició una misa y finalmente pasamos a unos salones en los cuales se sirvió chocolate caliente. Entre silenciosas lágrimas llegó el minuto de la despedida y los padres comenzaron a marcharse, mientras las alumnas, que eran unas cien, comenzaron a ser separadas por los niveles correspondientes.

Ese día no había dictado de clases y todos los profesores, precedidos de la madre Carmen, fuimos al aula principal. Allí nos presentaron ceremoniosamente a las pobres niñitas que miraban con ojos de espanto a cada monja o profesor que daba un paso al frente luego de que se le anunciara. Cuando tocó mi turno, todas me observaban con extrañeza. Recuerdo que una chica con cara de traviesa, hizo un ademán de ir galopando a caballo, como mofándose de mi calidad de oficial de caballería.

Después de esta presentación, la "monja en jefe" explicó a las niñas el alto nivel de exigencia del colegio, recalcándoles que todas las alumnas egresadas habían obtenido las máximas distinciones en el examen de normalistas que tomaban los comisionados de la Universidad de Chile, siendo hoy brillantes preceptoras en escuelas de niñas de Santiago, Valparaíso, La Serena y Concepción.

Cerca del mediodía regresé al cuartel, situado a una cuadra, meditando si sería capaz de enfrentar este desafío, para el cual me consideraba aún no suficientemente preparado.

Cuando llegué al cuartel estaba todo revolucionado, ya que esa mañana había llegado la orden que el escuadrón se trasladara a los antiguos galpones situados al oriente, lindantes con el Camino de Cintura. Valga explicar que el Camino de Cintura partía de la Plaza Pirque, (hoy Plaza Baquedano), continuaba por lo que ahora es Vicuña Mackenna, seguía por la actual avenida Matta y luego tomaba paralelo a la Calle de Gálvez hasta desembocar en el ingreso norte del Parque de los Cousiño.

Regresando al tema del cuartel, el asunto es que se había dado orden de desocupar todos los edificios principales y alojarnos en ese pabellón del lado oriente, porque el insalubre conjunto de edificaciones empezaría a ser demolido para la construcción de un nuevo y moderno cuartel.

Quedamos todos apiñados en los viejos bodegones y cientos de peones armados de palas, combos, picotas, barretas y demás herramientas, comenzaron la demolición, que se extendió por meses, en el transcurso de los cuales encontraron decenas de osamentas. Sobre estas osamentas, recuerdo que un día apareció un esqueleto completo, con sotana de cura y con un manojo de flores secas sobre el pecho. Cerca había una placa de plomo con el nombre del religioso y la fecha

de su muerte, que no recuerdo bien si era 1706 o 1716. A diferencia de otras osamentas, que eran cargadas en las carretas junto con los escombros que se iban a tirar para el lado del Mapocho a la altura de la Plaza de Yungay, estas fueron retiradas por sacerdotes que se la llevaron dentro de una urna hacia una de las iglesias del centro.

En abril, en medio de tenues y cotidianas lluvias, comenzaron a levantarse las paredes del nuevo cuartel, que iba tomando forma mientras yo dividía mi tiempo entre mis funciones en la Segunda Compañía del Tercer Escuadrón y mis clases de historia patria, que dictaba en las mañanas de miércoles y jueves en el Colegio de Preceptoras.

Desde el primer día que me correspondió hacer mis clases sentí una sensación extraña y poco agradable, ya que percibía muy claramente que las niñas no eran felices en su estadía en el internado y que casi todas ellas habrían preferido estar en sus casas, cumpliendo con las tareas y recreaciones propias de señoritas de su edad. Por esa razón trataba de dar más amenidad a mis enseñanzas y muchas veces recurría a bromas livianas para hacer más agradable no solamente mi clase sino que la vida de esas pobres prisioneras, porque a mi juicio las monjas se comportaban más como carceleras que como educadoras e incluso en los momentos de recreo estaban siempre pendientes que las niñas no gritaran, que no rieran, que no tuvieran contacto físico entre ellas, etc.

Y esta visión que me formé de la excesiva disciplina creo que habría sido más fuerte proviniendo de otra persona, considerando que yo era oficial del Ejército y que había dirigido hombres rudos y fieros en muchas acciones de guerra y, así y todo, consideraba los regimientos como un paraíso al lado de este convento.

Por lo señalado, es que me sentía obligado a hacerles más grata la vida a las pobres estudiantes, por lo cual me fui ganando el aprecio y cariño de ellas, que esperaban con ansias mis clases para pasar un momento más cálido, aunque no por eso dejaba de enseñarles con gran preocupación todas las materias estipuladas.

Al comenzar julio fui llamado al recibidor de la madre Carmen, quien con mucha delicadeza me reprochó mi forma de actuar, diciendo que no tenía quejas a mis condiciones de maestro y a mis capacidades, pero que yo era un quebrantador de la disciplina, que era su mayor preocupación, ya que consideraba que todas las demás virtudes se cimentaban en ella.

Yo le dije que tratara de no ser tan severa, que ni en el Ejército las cosas funcionaban así. Eso molestó mucho a la monja, que poniéndose de pie y en forma airada me señaló que las normas las ponía ella, respetando las de la fundadora y que nadie tenía derecho a hacerle observaciones en este sentido.

Le repliqué que si ese era su pensamiento me marchaba de inmediato y no volvía más, considerando que este empleo no me reportaba ningún beneficio económico significativo. Ante estas palabras se ablandó y terminó implorándome que al menos terminara el año, a lo que accedí. Desde ese momento nuestra relación se quebró y seguí haciendo mis clases en la forma que yo estimaba lógica, a pesar de los muchos mensajes que me envió la monja en los meses que siguieron, de los que nunca acusé recibo.

Mientras, la construcción del cuartel avanzaba lentamente, aunque eran varios cientos de trabajadores los que laboraban de lunes a sábado en la obra. Primero se construyeron los subterráneos, luego comenzaron a levantarse los sobre cimientos de piedra de cantera y, sobre ellos, los muros de ladrillo del edificio principal con frontis a La Maestranza y seis grandes naves, destinadas a las cuadras de la tropa y a las pesebreras de los caballos. Parecía que en cualquier momento estaría terminado, pero en realidad tardó un par de décadas en estar completamente construido.

Poco antes de las Fiestas de la Independencia, un gran acontecimiento sucedió en Santiago, el que recuerdo con total nitidez.

Deslumbrado por la electricidad

Una o dos semanas antes del 18, con gran pompa, se inauguró el servicio de alumbrado eléctrico en la Plaza de Armas.

Por supuesto –como lo hizo casi todo el mundo– asistí al encendido inicial de los faroles con bombillas de vidrio instalados en el centro y vértices de la plaza.

Cuando ya estaba oscuro, cerca de las nueve de la noche, unos ingleses que eran al parecer los dueños de la Compañía Eléctrica, se instalaron en una gradería colocada frente al Municipio, mientras un par de bandas militares interpretaba pasos dobles.

Todos los espacios disponibles estaban colmados de gente venida de todos los rincones de la capital y la ceremonia adquirió formalidad cuando hizo su ingreso al estrado el Presidente Santa María, acompañado de sus ministros y otros funcionarios del gobierno.

En un momento determinado, una decena de guardianes procedió a apagar los faroles de gas que hasta ese momento constituían la iluminación de la Plaza de Armas, al igual que de las calles más importantes de la ciudad.

Se hizo la oscuridad y el silencio total y, en ese instante, se conectó el sistema y se encendieron unos veinte faroles eléctricos, que entregaron una luz artificial desconocida por todos los chilenos hasta ese momento. La multitud emitió un

espontáneo y sincronizado suspiro de admiración al momento del encendido de las bombillas y luego surgieron cientos de gritos de aprobación y aplausos que se extendieron por varios minutos.

Después el Presidente y su séquito –guiados por los ingleses de la Compañía de Electricidad– recorrieron y observaron cada uno de los faroles que contenían las bombillas, colgados de la parte superior de postes de hierro fundido. Posteriormente el Presidente con su gente se retiró en medio de la ovación de los presentes en dirección a la calle de Ahumada. Fue entonces que la multitud se desbordó y se formaron grandes grupos en torno a cada poste y llovían comentarios sobre el funcionamiento del sistema de alumbrado y sus ventajas, paralelos a otros comentarios pesimistas sobre su escasa duración, etc.

Yo también fui uno de los que contempló de cerca los faroles eléctricos hasta quedar casi encandilado por completo y aunque otro oficial me explicó cuales eran los principios de la electricidad, me marché sin entenderlo. Esa, podría decir, fue la noche en que Santiago se deslumbró.

A partir de ese momento, en forma paulatina, los servicios de iluminación eléctrica se fueron extendiendo a otras calles del centro de la ciudad y, unos meses después, se produjo otra gran novedad.

El palacio Matte –ubicado en la calle de La Compañía– fue el primer edificio privado que contó con luz eléctrica, incluso antes que el propio Palacio de La Moneda. Cuando la noticia se publicó en los diarios, todas las noches durante casi un mes, numerosos grupos de personas de apostaban en la estrecha calle, en la acera de enfrente del palacio, esperando que las luces se encendieran.

Los empleados del palacio, siguiendo instrucciones de sus patrones, procedían a encender todas las luces durante una hora, tanto las interiores como las exteriores, situadas en el frontis, escalinatas y terrazas. La iluminación total se mantenía por una media hora y después se dejaban encendidas solamente aquellas luminarias que se requerían. Sin embargo quedaba gente hasta que se apagaba la última bombilla. Realmente era todo un espectáculo.

En octubre de 1883 llegó a Santiago, después de cinco años de permanencia en la guerra, el "Regimiento Buin". Como su cuartel de la calle Borja estaba siendo reparado, los casi seiscientos hombres del Buin se instalaron en las naves de nuestro cuartel de La Maestranza, que aún estaban inconclusas.

Realmente me apenó mucho el estado en que llegaban los soldados, luego de estar varios años en continua guerra, en especial los dos últimos, en esos siniestros combates de la sierra peruana. La mayoría de la tropa se notaba agresiva, cabizbaja, ensimismada y con permanentes rencillas entre ellos. Sin duda esas

eran las mutilaciones del alma producidas por una guerra tan prolongada, que yo consideraba más graves que las mutilaciones físicas.

Se licenció a casi la mitad de la gente, la mayoría con sueldos impagos y cuatro compañías permanecieron allí mientras esperaban ser trasladas a la calle Borja.

Los jefes y oficiales, tanto del "Cazadores" como del "Buin" se mostraban muy preocupados por el futuro de estos veteranos y, como una forma de prepararlos en mejor forma para su retorno a la vida civil, se creó la Escuela Primaria del Batallón Buin. Tenía por objeto que todos los soldados pudieran concluir su periodo militar con conocimientos básicos, como leer, escribir, sumar y restar. A sabiendas que yo hacía clases en la Escuela de Preceptoras del Sagrado Corazón de Jesús, fui rápidamente designado para organizar la escuela del batallón. Formé un grupo de diez oficiales, cinco para enseñanza de aritmética y cinco para gramática, quedando yo en este último grupo.

Fue una difícil pero hermosa tarea enseñar a esos veteranos. En un comienzo se mostraban sin interés y muy reacios a abrirse al estudio, pero poco a poco, los que ejercíamos como profesores fuimos interesándolos en aprender al menos a leer y escribir y realizar las dos operaciones básicas de la aritmética. Costaba mucho esfuerzo que lograran un estado de apertura a aprender y cuando lo lograban, no obtenían la concentración necesaria. Ante esta difícil receptividad de los "alumnos", decidí dividir a los casi trescientos alumnos en diez grupos, cada uno a cargo de un oficial, que sería su profesor de lectura, escritura y aritmética. De esta forma los volvimos a su esquema militar, con un oficial permanente que era el padre, juez, guía y jefe.

Esto nos dio mucho mejores resultados y culminamos nuestra escuela a fines de ese año, con prácticamente todos los soldados y cabos leyendo, escribiendo y sabiendo sumar y restar.

Es increíble como la consecución de este logro les subió su autoestima y los sacó de su estado de agresividad y de ensimismamiento. Volvieron a reír, a hacerse bromas, sentirse capaces y, por lo que recuerdo gran parte de ellos continuó en el Ejército. Paralelo a estas clases, continué con mis tareas de preceptor con las niñas de la normal de las monjas, aunque casi ya no cruzaba palabras con la madre Carmen.

Las actividades finalizaban una semana antes de Navidad y cuando llegó mi última clase le comuniqué a mis alumnas que el próximo año ya no seguiría como preceptor en el colegio, lo cual generó gran pena entre las chiquillas, empezando a rodar lágrimas por las mejillas de casi todas, logrando contagiarme sus emociones. Una de las niñas, cuyo nombre no recuerdo, se puso de pie y avanzó hasta mí y me regaló su pluma de caligrafía y luego de darme un tímido abrazo volvió a su

puesto muy nerviosa. El gesto fue imitado por casi todas, que me entregaron su cariño expresado en un abrazo. La pluma que me regaló esa alumna la conservé por mucho tiempo.

Regresan los últimos

La primera mitad de 1884 fue quizá la más tediosa del tiempo que pasé en Santiago, pero a la vez la más triste, ya que a medida que avanzaban los meses seguían llegando a la capital los últimos escuadrones y batallones que habían permanecido en Perú hasta los finales de la guerra, luego de cinco años de duras campañas. Era lastimoso el estado en que llegaban los hombres y, peor aún, en la situación que quedaban luego que eran licenciados.

Recuerdo con mucha emoción la vuelta del "Granaderos", disminuido a unos ciento ochenta jinetes a lo sumo –y que en sus mejores tiempos contó con más de seiscientos hombres– con caballada flaca y desgarbada. Igual desfilaron gallardamente al mando de su comandante, el coronel Manuel Bulnes, ex jefe de los "Carabineros de Yungay" e hijo del general Manuel Bulnes Prieto, vencedor de la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana y ex Presidente de la República.

Mis amigos se veían menguados, ausentes, todos más delgados y avejentados. Los últimos dos años habían sido duramente golpeados por pestes y enfermedades, que causaron más bajas en mi querido regimiento que las balas y sables peruanos y bolivianos en Pisagua, Dolores, Tarapacá, Campo de la Alianza, Ate, El Manzano, Chorrillos, Mirafores y durante la ocupación del Perú.

En efecto, el "Granaderos" había permanecido en diversas guarniciones en los departamentos de La Libertad y Trujillo, infestados de mosquitos y montoneras y había perdido durante la guerra a sus dos comandantes, uno por las balas enemigas y el otro por la peste. Así sus filas se vieron mermadas, pero jamás vencidas ni por el enemigo ni por la desazón.

El "Granaderos", apenas descendió del tren en la Estación de La Cañada, marchó en marcial columna hasta el Palacio de La Moneda, donde el coronel Bulnes, montado al frente de la maltrecha unidad rindió honores al Presidente Santa María, que se asomó al balcón principal del edificio. Seguidamente, se dividió en dos fracciones, dirigiéndose una de ellas a su cuartel de calle del Puente y la otra al cuartel situado frente a La Moneda. A los pocos días, la Guardia del Palacio Presidencial, volvió a estar –como antes de la guerra– a cargo del "Regimiento Granaderos".

Cuartel del Regimiento Cazadores en calle La Maestranza 142 (hoy calle Portugal), a fines del siglo diecinueve. Fotografía: Archivo Histórico Nacional.

En mayo de ese mismo año se culminó la construcción de la primera etapa del cuartel de La Maestranza, que se constituiría en el más moderno y hermoso de todo Santiago. Ese mismo mes llegaron el Primer y Segundo Escuadrón del "Cazadores" que luego del término de la guerra habían permanecido unos meses más en el norte.

Apenas el Regimiento "Cazadores" estuvo completo en Santiago, fui nombrado como teniente de la Primera Compañía del Segundo Escuadrón.

CAPÍTULO 16
AL SUR

Mi encuentro con La Frontera

La segunda mitad de 1884, teniendo aún veintisiete años de edad, fui enviado en comisión de servicios a La Frontera, específicamente al fuerte de "La Victoria".

La zona era prácticamente salvaje y los que deseaban trabajar allí debían enfrentarse a numerosas bandas de asaltantes y mapuches alzados en armas.

No viajé junto al escuadrón, sino que lo hice un par de días después, en forma particular. Nunca había hecho un viaje tan largo en tren. La estación lucía muy bella e impresionante, ya que estaban concluyendo los trabajos de ampliación y modernización. En la gran explanada que daba a La Cañada, había decenas de carros de servicio público de pasajeros, además de berlinas y calesas de gran elegancia, con sus cocheros prestos para transportar a los viajeros a sus destinos. Además, hasta el frente de la estación llegaban los "tranvías de sangre", que eran vagones con capacidad de hasta cuarenta pasajeros, que se desplazaban por rieles tirados por dos o cuatro caballos, según fuera su tamaño.

La estación constaba de dos grandes naves de hierro de mucha altura que daban hacia La Cañada, flanqueadas por dos edificios de albañilería –aún en plena construcción– para albergar a las oficinas administrativas y los telégrafos de la recién creada Empresa de los Ferrocarriles del Estado, que había tomado el control de todas las líneas de trenes que hasta el año anterior estaban en manos de privados y con muy mala atención.

Esta nueva Empresa de Ferrocarriles del Estado estaba a cargo de mi amigo, el profesor valdiviano que grandes servicios había prestado a nuestro Ejército en la Campaña contra Perú y Bolivia, Hermógenes Pérez de Arce.

Volviendo al viaje, mi boleto era de primera clase, lo cual me permitió acomodarme muy bien en un coche de lujo prácticamente nuevo, con asientos suaves y blandos como el mejor sillón de salón. Jamás olvidaré su fabricante, debido a que la placa de bronce de la maestranza donde fue hecho el vagón estaba puesta

justo frente a mi asiento y la observé infinidad de veces durante las dieciocho horas que finalmente duró el trayecto: "Hardie & Cía".

El convoy se puso en marcha lentamente casi a las ocho y media de la mañana, en medio de una gigantesca nube de humo negro que empañaba la vista a través de los cristales del carro. Sentí tristeza por lo que estaba dejando en Santiago, pero con todo lo que me había tocado vivir y experimentar en mi vida, se podría decir que el estoicismo era ya parte de mi forma de ser.

Los asientos eran enfrentados y ninguno de los otros tres que conformaban mi sección fue ocupado durante el viaje. Por una parte fue aburrido, pero por otra me permitió más comodidad y la tranquilidad de dormir cuantas veces quise.

En Rancagua el coche fue inundado por una manada de vendedores que pregonaban de todo: gallinas fiambres, carne cocida, arrollados, alfajores con dulce de leche, panes y tortillas. Como no tenía hambre no compré nada, de lo cual me arrepentí horas después. Debí soportar hasta San Rosendo, donde el tren se detuvo por casi una hora, lo cual aproveché para servirme una cazuela de ave en una cocinería situada junto a la estación.

San Rosendo –donde lo único que se veía hasta donde alcanzaba la vista era la estación, un par de negocios de provisiones y comida– marcaba aproximadamente la mitad del camino. Allí los coches eran enrielados en otra vía, que seguía hasta Angol, siendo tractados por otra locomotora, que correspondía al servicio de trenes de ese tramo.

Al reanudar el viaje pensaba que cada vez que me empezaba a afincar en alguna parte, el destino me llevaba a otra. Sin embargo, terminé consolándome con la emoción que despierta lo desconocido y paulatinamente la melancolía se transformó en entusiasmo.

En ese tramo del viaje, en el que iba semidormido, empecé a recordar una tonada popular que se refería a los primeros trenes que empezaron a circular hacia el sur un par de décadas antes. Así, tarareando esta popular canción, adormilado por el monótono traquetear de los carros en las vías, cayó la noche y el tren siguió avanzando raudo hacia el destino final, Angol.

Según los anuncios, el tren debía llegar a la medianoche a Angol, donde terminaba la vía férrea. Sin embargo, aunque no hubo fallas ni otro percance, el tren entró bufando estrepitosamente a la estación de Angol a las cuatro de la madrugada.

Con mi equipaje a cuestas, a tropezones por la absoluta oscuridad reinante, caminé hasta las débiles luces que señalaban las casas de la estación. Luego de dormir en Angol y recibir transitoriamente un caballo de cargo, al día siguiente

me sumé a una pequeña caravana que viajaba a La Victoria, para reunirme con mi escuadrón.

Durante una reunión que se hizo ese mismo día, un oficial nos explicó la situación, enfatizando que la actual ciudad de Angol había sido refundada hacía unos veinte años, a poca distancia de la antigua ciudad construida por los españoles en el siglo diecisiete –llamada "Los Confines"– y arrasada por los mapuches a fines de 1600. Agregó que hacía poco más de diez años el Ejército había reconstruido la ciudad de Cañete y se había creado el fuerte y villa de Collipulli.

Escaramuzas en la montaña

Salí de Angol acompañado de dos sargentos y unos veinticinco soldados, para pagar los haberes a los destacamentos de La Victoria, Curacautín, Lonquimay y Liucura.

Hicimos sin mayores novedades las tres jornadas de a caballo hasta Lonquimay, que en idioma mapuche significa "bosque tupido. A media mañana del día siguiente, una vez terminada la inspección del destacamento de Lonquimay y pagados los haberes de todo el personal, seguimos hacia el oriente en procura de Liucura. Llegamos a este desolado paraje, situado casi justo en la frontera con Argentina pasada la hora de almuerzo. Allí, en medio de la nada, estaban los galpones del destacamento, desde los cuales se veía el río del mismo nombre, cuyas aguas torrentosas corren en pos del gran Biobío. Lo único con vida que encontramos fue infinidad de chingues, que al asustarse con nuestra presencia expelían un terrible mal olor a manera de defensa.

Muy extrañado por la ausencia de soldados, hicimos una completa revisión del campamento, pero todo estaba normal, como si se el destacamento hubiese salido a una actividad programada, lo cual me pareció aún más raro, ya que el alférez a cargo sabía perfectamente que en esos días los visitaríamos, sumado ello a que no habían dejado ningún centinela al resguardo de las instalaciones.

Dispuse que la mitad de la tropa tomara posesión del fortín con cuatro centinelas permanentes y con un sargento y doce hombres, salí hacia unos montes que se veían al norte, de los cuales podríamos hacer una mejor observación de la zona. Con hambre y mucho frío iniciamos esta cabalgata. Unas dos horas después, situados en la parte más alta de ese cerro pude observar con mis binoculares una formación de unos veinte hombres que cabalgaba hacia Liucura.

Hicimos un atajo y bajamos a su encuentro, el que se produjo una media hora más tarde. Los soldados, que venían al mando del alférez, se veían sucios y muy cansados. El oficial se me presentó y al pedirle cuenta, me relató que en las primeras horas del día, habían visto a un grupo de unos quince soldados argentinos montados que avanzaban hacia Lonquimay.

Ellos salieron a su encuentro y como los soldados se dieron a la fuga hacia el norte, los persiguieron por las montañas varias horas y que cuando se hallaban cerca del límite, los argentinos comenzaron a dispararles a matar. "Ante esto –me informó el oficial– ordené desmontar y hacer fuego sobre ellos y todo terminó con un sargento y un soldado argentino muertos y nosotros sin novedad mi teniente", me señaló.

Consultado sobre los cadáveres de los argentinos, me dijo que quedaron como a un kilómetro del límite hacia el lado chileno y que "para evitar problemas los enterramos allí", dijo. Le pregunté por el resto del destacamento a lo que me respondió que se habían quedado en la guarnición de Liucura. Se puso pálido cuando le dije que allí no había absolutamente nadie.

Iniciamos rápidamente la cabalgata de regreso a Liucura, con la esperanza de encontrar al resto de la guarnición, pero más grande fue nuestra sorpresa cuando solamente fuimos recibidos por los hombres que yo había dejado allí. Ya estaba prácticamente de noche y, ante la situación que se vivía, dejamos a la mitad de los soldados apostados en una gran guardia, mientras el resto pasaba al reposo, para poder resolver al día siguiente lo que se debía hacer.

De madrugada tenía a treinta hombres montados y con todo su armamento dispuesto para salir en dos columnas, una al mando del alférez y la otra al mío, para registrar la difícil zona en direcciones opuestas. Yo tomé hacia Icalma y al cabo de unas tres horas de avance, me encontré con dos soldados, con sus uniformes cubiertos de barro y con sus cabalgaduras casi reventadas.

Uno de los soldados, al solicitarle cuenta, contó que mientras el alférez había salido ayer en persecución de los soldados argentinos, ellos se quedaron en el fortín y poco antes de la hora del rancho sintieron un galope de caballos y al mirar se dieron cuenta que un grupo de unos cincuenta indios huía llevando en las grupas de sus bestias a soldados amarrados, que después se dieron cuenta que eran tres. Esos tres hombres fueron sorprendidos por los mapuches mientras se encontraban lavando ropa en un riachuelo que corría tras el fortín.

Atropelladamente, ambos soldados contaron que todos –al mando de su sargento– montaron y salieron en busca de los mapuches y sus rehenes y que lograron ubicarlos ya caída la noche. Se encontraban en unos de los bordes de la laguna Icalma. Los mapuches al verlos, les dijeron que si acercaban más degollarían

a sus prisioneros. "Ante eso, mi teniente –me dijo uno de ellos– mi sargento se quedó con quince hombres rodeando a los indios y nos mandó a nosotros al fortín a pedir refuerzos e instrucciones".

En realidad no había más tiempo para volver a buscar al resto de la tropa, así que guiado por ambos soldados recorrimos el trayecto hasta que llegamos al lugar señalado.

Allí, en la espesura, el sargento había dispuesto muy bien a su tropa y luego de tomar el mando y felicitarlo por su proceder, dispuse que la mitad de mis hombres reforzara dicho cerco. Acompañado de unos cinco soldados, con nuestras carabinas Winchester listas para abrir fuego, enfilamos silenciosamente en dirección al tolderío, observándolo todo minuciosamente.

Los mapuches eran más de cien. Unos diez estaban armados con viejos fusiles Minié y el resto con hondas y lanzas. Me acerqué lentamente a parlamentar con el jefe que en tono seco me dijo:"Tu no tienes nada que hacer acá. Si no nos dan cien vacas y cien caballos no te entregamos vivos a tus hombres".

Yo, de la manera más conciliadora, le dije que no teníamos de donde sacar ni siquiera una vaca y que los únicos caballos que teníamos eran en los que andábamos. Pero mis palabras no tuvieron ningún efecto y entonces una docena de mapuches comenzó a rodearme amenazadoramente. Era fácil darse cuenta que estaban ebrios y, en ese estado, eran extremadamente peligrosos. Ante esto me retiré y le dije que luego conversaríamos y el me dijo que lo haríamos solo después que le entregara lo que me exigía a cambio de los soldados.

Me reuní con todos mis hombres y les dije que aguardaríamos que se emborracharan más para atacarlos por sorpresa por todos los flancos, escogiendo a los mejores tiradores para que al momento de nuestro ataque dispararan sobre los que mantenían cautivos a los soldados.

La tensa espera se vio rota por un disparo proveniente del rancherío mapuche y, con espanto, pudimos comprobar que uno de los soldados había sido asesinado de un tiro en la cabeza. Ante esto, iniciamos de inmediato nuestro ataque, que fue realmente sangriento, ya que los indios no se detenían ante nuestros sablazos y corrían hacia nosotros lanzando grandes piedras con sus potentes hondas y tratando de derribarnos con la lanzas.

El sargento que me secundaba, en forma muy hábil, se abrió paso entre la indiada con unos seis o siete soldados, a galope tendido, y logró asegurar a los dos rehenes que aún permanecían con vida.

Al darse cuenta de esto, los mapuches redoblaron sus ataques y nos obligaron a abrir fuego contra ellos. La escaramuza terminó unos veinte minutos más tarde.

En nuestro poder teníamos el cuerpo del soldado asesinado y sanos y a salvo a los rehenes rescatados. Dispersos entre árboles y matorrales contabilizamos más de quince cadáveres de indios. No sé cuantos de ellos resultaron heridos, ya que en su huida, sus compañeros se los llevaron.

Esa noche la pasamos en el fortín de Liucura y al día siguiente inicié el descenso hacia Angol llevando en un caballo el cadáver del soldado fallecido.

Tres días más tarde estaba de retorno en el cuartel y después de entregar detallada cuenta de los dos incidentes se me pidió que hiciera un informe escrito pormenorizado de ambas situaciones. A la mañana siguiente –junto a mi jefe– entregamos el informe de varias páginas que yo había redactado. Al cabo de unas dos horas, el coronel dijo que a su juicio se había procedido correctamente en ambos casos y pidió a su ayudante que redactara una felicitación para mí y para todos los hombres participantes en estos hechos.

A mediados de septiembre me enviaron a Santiago, para participar en la ceremonia que se realizó el día 18 en el Teatro Municipal de Santiago, en la cual el Presidente Domingo Santa María nos hizo entrega a los oficiales que combatimos en la Campaña de Lima de la Medalla de Honor y del diploma correspondiente.

Fue una ceremonia breve, amenizada solamente por una banda de la Guarnición de Santiago y luego la Filarmónica ofreció varias piezas a los homenajeados.

Después de este breve viaje a la capital regresé al sur y los meses de octubre y noviembre se pasaron volando, entre tormentas primaverales, inundaciones y el incesante quehacer que significaba vivir en una zona en permanente conflicto.

Los mendigos de Santiago

Estaba llegando así el mes de diciembre y se me concedió permiso para viajar a Santiago. Al regresar a la capital fui testigo como aquellos civiles que siendo soldados lo dieron todo por Chile en los campos de batalla, estaban en la indefensión más triste y terrible. Con sueldos impagos, muchos de ellos con graves mutilaciones y sin ningún reconocimiento oficial, fuera de algunas medallas que de nada servían para subsistir.

Se convirtieron en verdaderos parias de la sociedad. La mayoría sin empleo y muchos de ellos sin familia, ya que sus mujeres luego de cinco años de ausencia buscaron otro hombre que las sustentara y las protegiera.

Desde esos tiempos, era frecuente ver a hombres de edades entre veinte y cuarenta años, mendigando en las esquinas unos centavos o algo que comer. Se

distinguía de lejos que eran veteranos de la guerra, ya que muchos de ellos, a modo de conservar algo de su dignidad, seguían usando sus raídas guerreras o el quepí rojo y azul que emplearon en las campañas del norte.

Me parece que el primero que se apiadó de estos tercos soldados fue un comerciante del Mercado Central, quien tomó la costumbre desde septiembre del 84 de dar almuerzo a veinte veteranos desvalidos diariamente. Los hombres en un comienzo de peleaban por conseguir el anhelado cupo, pero poco fueron organizándose y elaborando listados que entregaban al dueño de la cocinería, cuyo nombre por desgracia no puedo retener.

La segunda gran ayuda provino de la señora Victoria Subercaseaux, la mujer de Benjamín Vicuña Mackenna, quien en esa época residía en una hacienda en las afueras de Santiago. La bondadosa señora organizó en Santiago varias hospederías para estos ex soldados menesterosos, donde se les procuraba un techo y alimentación mínima. Ella, personalmente, dirigía a las señoras de sociedad que se encargaban de atender estos puestos de socorro, que en la medida que otros veteranos fueron solicitando su ayuda fueron creciendo.

Mucho se habló en 1884 de los almuerzos y desayunos que diariamente se expendían en la casona de la familia Vicuña, en el Camino de Cintura. A ellos asistían cientos de ex soldados desamparados. La denodada y desinteresada labor de la señora Victoria Subercaseaux, se vio recompensada con el apoyo y fervor que le brindaron los "Veteranos del 79", cuando un par de años después falleció su marido, don Benjamín. Fueron varios cientos de ex soldados los que se sumaron al impresionante cortejo fúnebre, algunos vestidos con harapientas tenidas, pero todos ellos engalanados con las medallas ganadas en el campo de batalla.

Lo que más vergüenza me daba era que muchos de ellos, los más jóvenes, al verse rechazados por una sociedad que cada vez se apartaba más en sus clases sociales, se dedicaron al bandolerismo.

Al igual como me había correspondido hacerlo en Huelquén, muchos oficiales y soldados que continuaban en el Ejército, fueron enviados en partidas para enfrentarse con feroces bandas de criminales, principalmente cuatreros, que empezaron a asolar casas y campos en los sectores de las Colinas, Pirque, Lo Espejo y Lampa, entre otros lugares. Los soldados encargados de hacer cumplir la justicia sufrían en cada una de estas incursiones, pues sabían que estaban persiguiendo y que incluso en muchas ocasiones requerían matar, a hombres que hasta un tiempo atrás habían sido sus camaradas de armas, compartiendo alegrías, triunfos y tribulaciones.

Por esos días me enteré que el 5 de diciembre de 1884 se sintió una tremenda explosión hacia el poniente de la ciudad. Se informó en un comienzo que había

explotado la caldera de una locomotora en la Estación Central de Trenes, pero poco después de rumoreó que había volado un polvorín. La explosión fue en la calle Intendente Bascuñán, en la tercera casa desde La Cañada hacia adentro, que era la residencia de mi buen amigo el capitán Arturo Villarroel. Con este peculiar oficial honorario, como relaté anteriormente, trabamos buena amistad en la época previa a la Batalla de San Juan, a fines del año 1880.

Villarroel ya era un personaje legendario, que había sido apodado por la prensa y la gente en general, como el "Capitán Dinamita", ya que no obstante sus limitaciones físicas, se encargó de todas las riesgosas tareas de retiro de minas terrestres con que los peruanos intentaban detener nuestras tropas.

Supe que el gobierno –como una forma de ayudarlo luego de su retorno de la guerra– le había encomendado el trabajo de vaciar cargas de artillería que no alcanzaron a ser usadas en el combate, con el propósito de poderlas almacenar con seguridad.

Villarroel había montado un pequeño taller en su casa y con la ayuda de vecinos se dedicaba a este temerario oficio. Por razones que no se conocieron en ese momento, el detonador de un proyectil Krupp que estaba siendo desactivado hizo explosión, matando en el acto a tres mujeres que se encontraban en la habitación y quedando graves un par de niños chicos. El "Capitán Dinamita resultó herido en sus brazos pero sin mayor peligro.

Lamenté mucho que un hombre con toda la cultura y trayectoria que tenía, tanto en Chile como en los más lejanos países, incluyendo Estados Unidos donde había sido declarado "héroe civil", tuviera que estar en tan mortales menesteres para poder comer. En realidad le había sucedido lo mismo que a tantos miles de soldados, que luego de terminada la guerra fueron completamente relegados al olvido, sin pensiones y empujados a ganarse la vida de la peor forma posible de imaginar.

Así, entre sorpresas y amarguras, se fue acercando la Navidad de 1884, que fue muy especial para mí, al menos por unos días.

Cuando dudaba entre irme a Melipilla a pasar estas fiestas con mis tíos y sobrinos o quedarme solo como la del año pasado, cuando lo único especial que hice fui ir a la Misa del Gallo y darme luego un paseo por las ramadas de La Cañada, me di cuenta que había una tercera alternativa.

Un tónico para el alma

Faltaban dos o tres días para tan importante festividad y estando en el picadero, vi a dos señoritas que me hacía señas con sus manos. Eran las hermanas de mi malogrado amigo Demetrio Polloni. Después de un rato, supe el motivo de su imprevista visita: su madre y ellas me invitaban a pasar la Navidad en su casa.

Me pareció un poco raro, pero sin dudarlo acepté, lo cual hice en memoria de mi amigo Demetrio, que había fallecido por la malaria en 1882 en las infestas tierras de Huacho, en el Perú. Quedamos de acuerdo en que estaría el día 25 al mediodía.

La noche del 24 asistí a Misa en San Francisco y luego de darme una corta vuelta por las ramadas, me devolví al cuartel y me dormí enseguida. El día 25 me desperté muy temprano y luego de dar un paseo en el picadero al nuevo caballo que me habían asignado, me bañé y vestí con mis mejores ropas de paisano, que era un traje café moro con camisa de cuello blanco alto y corbatín de seda del mismo color. Saqué unos presentes que había comprado para la ocasión, que eran unos estuches de latón bronceado con cuatro corridas de chocolates finos cada uno.

Así llegué hasta la puerta de la casa de los Polloni, situada en las proximidades del cerro de Santa Lucía. Salió a recibirme la criada y me hizo pasar al salón donde se encontraban las dos hermanas y su madre, a las que había conocido cuatro años antes. Eso fue la primera vez que vine a Chile durante la guerra, cuando les llevé un paquete que les envió Demetrio y a su vez ellas me dieron unos regalos para llevarle hasta Arica, donde nos encontrábamos en esa oportunidad.

Me recibieron con grandes muestras de afecto, sobre todo las hermanas que con el tiempo transcurrido parecían haber vencido la timidez con que me trataron cuando las conocí. Celebraron efusivamente los regalos y abrieron las cajas de chocolates, encontrándolos exquisitos.

La mayor se llamaba Matilda y tenía como veintitrés años y según supe después estaba comprometida con un agricultor de Rinconada y que esperaban casarse en unos seis meses más. La otra, Eugenia Magdalena, tenía veintiún años, y era menuda y muy alegre.

El almuerzo fue muy entretenido, aunque por momentos la conversación era algo forzada y evitando en lo posible hablar de Demetrio, para no abrirles nuevamente su pena. Como a las seis de la tarde, luego del té, salí con las hermanas a recorrer las ramadas de La Cañada, a instancias de Matilda. Luego comprendí las razones de sus insistencias, ya que cuando íbamos caminando pasada la calle de La Bandera, se encontró con su novio, que "casualmente" paseaba por allí.

Matilda se fue del brazo de su novio, que era muy simpático y no me quedó otra que ofrecerle mi brazo a Eugenia, quien aceptó muy sonriente.

Anduvimos como tres horas entre las ramadas navideñas, desde la iglesia de San Francisco hasta la Calle del Dieciocho de Septiembre y lo pasamos muy bien, especialmente Eugenia y yo, que congeniamos muy bien.

Regresamos a la casa, pero la madre de Demetrio me pidió que no me fuera, que ella quería que cenáramos y, como me di cuenta que su invitación era sincera y no palabras de simple compromiso, acepté.

Eugenia había estado dos años interna en la Escuela Normal de Preceptoras del Sagrado Corazón, lo que nos dio mucho tema de conversación muy entretenida. Desde un comienzo me gustó y sentí mucha emoción cuando en un momento en que me hablaba con mucha elocuencia, puso una mano sobre la mía, ambos nos sentimos nerviosos, pero con ese nerviosismo agradable que da la atracción con otra persona.

Tras quedar invitado a pasar las fiestas de año viejo con ellos, me despedí con mucho agrado de todos, ya que lo había pasado excelentemente. La madre de Demetrio me insistió que los visitara para el 31 de diciembre, señalando que su presencia le traía recuerdos de su hijo, que siempre hizo las mejores referencias de mí.

Caminé presuroso al cuartel y me quedé dormido con una agradable sensación.

En realidad no tuve ninguna duda en que allí estaría, pero los días que faltaban para la fecha se me hicieron interminables y me costaba dormirme por las noches pensando en esa niña, de la cual reconocía que me estaba enamorando.

Así llegó el 31 de diciembre del memorable año 84. Estuve puntual en la casa de mi fallecido amigo Demetrio y todos me recibieron con el cariño de siempre, pero cuando saludé a Eugenia, era notoria su alegría y emoción y, me imagino, que también la mía.

Cenamos en forma muy agradable y acogedora y hasta las dos criadas que atendían la mesa me parecían simpáticas y alegres. Después nos fuimos al salón principal y Eugenia se sentó en el sillón que estaba junto al mío y entre la conversación general, nuestras miradas se cruzaban plenas de emociones.

Cuando llegó la hora de despedir el año, comenzaron los abrazos dobles, el primero para despedir el año que terminaba y el segundo para dar la bienvenida a 1885. Cuando tocó el turno del abrazo con Eugenia, lo sentí maravilloso y lo único que pensé en ese momento fue no soltarla nunca, pero debí hacerlo.

Alguna de ellas dijo que sería bueno hacer un brindis con ponche de culén, como lo hacía la gente del pueblo y Matilda sugirió que lo sirviera yo, para que me sintiera más de la casa, agregando que el brebaje se estaba enfriando entre

unos trozos de hielos en unas cubetas que había en la cocina. "Y para que no te pierdas, que te acompañe Eugenia", dijo.

Partimos hacia la cocina y empezamos a preparar la bandeja y a destapar las ollas en que se hallaba el ponche. En ese momento no me pude resistir y me volví hacia Eugenia la abracé y la besé en los labios, sin pensar en las consecuencias que ello pudiera traer. No hubo ninguna sorpresa, ya que fui correspondido y luego de unos maravillosos segundos nos separamos, nos miramos y le dije que me haría muy feliz si aceptara ser mi novia.

Ella se rió y me dijo que no podía darme un "sí", porque eso era poco, que me daba "muchos sí".

Volvimos al salón y los minutos transcurrieron rápidamente y de pronto noté que Eugenia se sentó al lado de su hermana y hablaron en voz baja. Sentía un calor que me subía por toda la cara y Eugenia se acercó a mí y se sentó en el brazo del sillón, tomándose de mi brazo.

Desde ese momento visitaba todas las tardes la casa de Eugenia y luego de tomar el té todos juntos, salíamos a dar una vuelta por La Cañada o la Plaza de Armas. Los domingos íbamos todos a la misa de San Francisco y pasaba el resto de la tarde en la casa. Fueron días muy hermosos. Sin embargo este tónico para el alma se desvaneció a mediados de enero, cuando solemnemente y teniendo veintiocho años de edad, recibí mis despachos de capitán de caballería, acompañados de la mala noticia que me iba trasladado al "Escuadrón Húsares", de guarnición en la ciudad de Angol.

Ante el inminente término de estos días maravillosos de los inicios del verano del 85, hice presente al comandante del regimiento mi deseo de no aceptar irme al sur, para lo cual presentaría una solicitud de licenciamiento. "Cómo se le ocurre –me replicó– tiene una linda carrera por delante y además esta destinación será solamente por unos meses, porque el "Húsares" pronto será trasladado a la zona central. Aguántese un poco capitán y ya estará de vuelta en la capital".

No obstante, para mi fue muy emocionante mi destinación al recientemente reactivado "Escuadrón Húsares", ya que desde muy niño, por boca de mi padre, me extasiaba con las historias de Manuel Rodríguez, quién creó este regimiento bajo el nombre de "Húsares de la Muerte". Esos recuerdos, muy bien grabados, se agolparon en mi cabeza en esos minutos, minimizando la pena que me provocaba la nueva destinación. Viéndolo de ese modo acepté.

Cuando esa noche se lo conversé a Eugenia, se le llenaron los ojos de lágrimas. Me dijo que ella confiaba que durante el período que debiera permanecer en el sur podría volver a Santiago varias veces y, además, escribirnos mucho y que eso

era suficiente para sortear la pena, sobre todo tomando en consideración que esto no era algo definitivo.

Viéndonos casi todos los días, incluso en los horarios de almuerzo, ya que me ausentaba del cuartel a almorzar a su casa, pasaron veloces los días. Falté a estas citas solamente dos veces, ya que hice un viaje relámpago a Melipilla, para despedirme de mis tíos.

Salí en el primer coche de posta de la mañana, llegué donde mi familia cerca de las cuatro de la tarde. Después de una extensa y cordial conversación cenamos y me acosté en la habitación que ellos decían que era la mía. Al otro día desayunamos, hicimos una breve sobremesa y cargado con dulces y otras exquisiteces preparadas por mi tía, partí de regreso a media mañana hacia Santiago.

Los últimos días de enero de 1885 tenía ya todo listo para mi viaje a Angol. Mis pertenencias –que no eran muchas– ordenadas en el mismo baúl de campaña que había empleado desde que ingresé al "Regimiento Granaderos".

La víspera de la partida, la oficialidad del "Cazadores" me ofreció un almuerzo de despedida en el salón del cuartel, que nunca esperé que fuera tan hermosa, ya que todos los oficiales hicieron uso de la palabra, lamentando mi alejamiento de esa unidad. Sin embargo uno de ellos, sin mala intención, dijo que él había percibido que nunca me sentí totalmente parte del "Cazadores", ya que había notado que mi afecto había quedado puesto siempre en el "Granaderos". Agregó que cuando estuviera en esas tierras indómitas, me daría cuenta de lo buena que era la tropa de "Cazadores" y de las huellas que allí había dejado, que eran muy profundas.

El mismo oficial, cuyo nombre no recuerdo, destacó lo bien que había dejado puesto al regimiento cuando fui preceptor de la Escuela Normal del Sagrado Corazón y del importante trabajo que había hecho al organizar la enseñanza de la lectura, escritura y aritmética a los toscos veteranos del "Buin" cuando volvieron de la guerra, ya que con eso había contribuido a recuperarlos como personas.

Salí bastante emocionado de aquel almuerzo de despedida, ya que en realidad fue una gran sorpresa lo que allí se dijo de mí. Guardé con gran satisfacción el obsequio que me entregaron, consistente en una fina cartuchera de herrajes, de color negro, del mejor cuero muy bien trabajado y lustroso con el cierre de bronce con el Escudo Nacional y mi grado y nombre grabado en dorado en la parte superior, con una leyenda en letra más pequeña que decía más abajo:"De todos los oficiales del Regimiento Cazadores a Caballo".

Esa tarde, cerca de las seis y media, estaba entrando a la casa de los Polloni, donde era esperado por la familia completa.

Con Eugenia permanecimos unos minutos a solas en uno de los saloncitos de recibo. Estuvimos disfrutando esos últimos momentos juntos, tomados de la mano, intercambiando algunos besos y caricias en las mejillas y, por mi parte, tratando de traspasarle optimismo.

Cenamos en medio de una conversación en la que se mezclaron los recuerdos de nuestra estadía en Perú con Demetrio. Hablamos también de la situación que se vivía en La Frontera, de las inmensas posibilidades que ese territorio aún virgen ofrecía a quien estuviera dispuesto al sacrificio y otras cosas por el estilo.

Aunque todos me insistían en que me quedara unos momentos más, pasada la medianoche vino la despedida plena de efusividad, quedando para el último Eugenia. Me dio un abrazo interminable, muy apretado, luego me entregó una navaja muy linda, con mango de nácar, que había comprado especialmente para mí.

Antes de abrir la puerta de salida, con los ojos llenos de lágrimas, me regaló un cofrecito de madera labrada, que me dijo era para que guardara la infinidad de cartas que ella me escribiría. Nos volvimos a abrazar y a besar y la puerta se cerró, iniciando entonces muy apesadumbrado mi regreso al "Cazadores", para pasar mi última noche en Santiago, ya que a las ocho de la mañana del día siguiente debía estar en los andenes de la Estación Central de Trenes.

Para siempre al sur

Volví a Angol a finales de enero de 1885 y pese a estar en pleno verano, hacía un frío penetrante, con el cielo encapotado de nubes negras que se dejaban ver tímidamente por los resplandores de una luna llena. Todo estaba muy húmedo y plagado de grandes charcos, lo que demostraba que había estado lloviendo intensamente.

Cuando llegué al alero del edificio de la estación, me salieron al encuentro dos cabos de caballería, que se cuadraron marcialmente, con un "buenos días mi capitán, bienvenido a La Frontera", pronunciado al unísono. Eran los encargados de ir a esperarme a la estación, que obviamente tenían una cara de sueño espantosa, por la interminable espera del tren, que como ya era habitual se había atrasado en casi cuatro horas. Por sus ponchos, me di cuenta que no habían perdido el tiempo y habían dormido a pierna suelta en las bancas de madera.

Me tomaron el equipaje y avanzamos hasta la calle –si es que así puede llamársele a esa huella barrosa– que pasaba por el frontis de la estación. Allí tenían tres caballos de silla y dos de carga. Tardaron unos minutos en amarrar mi baúl

y las dos maletas y luego uno de ellos, con mucho respeto, me indicó un caballo alazán, cuya capa muy rojiza contrastaba con un lucero muy blanco en su frente que se extendía hasta los ollares y crines muy negras, y me dijo: "este será su caballo mi capitán, es de los mejores del escuadrón y se llama Aguijón". Monté por primera vez en el caballo que me acompañaría en los próximos seis años de mi carrera militar.

En unos minutos llegamos al cuartel situado a un costado de la plaza del pueblo. Era sólo un conjunto de casas como de fundo y galpones, con unos grandes potreros de ejercicio hacia el poniente, cerrado con una alta empalizada de troncos.

En el "Escuadrón de Húsares" fui recibido por el alférez Larenas, que estaba de Oficial de Guardia, quien junto con un soldado de apellido Castro a quién me presentó como mi asistente, me condujo hasta una casona con corredores, al cual daba una serie de puertas. Una de esas correspondía a la que sería mi habitación.

Castro encendió un par de lámparas de kerosén que iluminaron parcialmente la amplia pieza y me ofreció algo de comer, pero yo le agradecí y le dije que prefería dormir. Le autoricé para retirarse y nos despedimos. La habitación disponía de una cama de hierro, con respaldar muy bajo y con perillas redondas de color plata, un velador con varios cajones, un espejo, un mueble de aseo, una pequeña mesa escritorio y un armario de tres puertas. Observando este nuevo paisaje, cerré los ojos unos minutos más tarde, pensando en Eugenia.

Me parecía no haber dormido prácticamente nada cuando el primer golpe de diana me avisó que era hora de despertar. Me quedé unos minutos tratando de ubicarme mentalmente de la disposición de la pieza, ya que aún estaba todo a oscuras, cuando sonó el segundo golpe de diana. Ahí me levanté. Me lavé con los utensilios que habían dejado dispuestos para mí y luego de unos minutos salí al patio con mi uniforme del "Cazadores".

Afuera me esperaba mi asistente Castro, quien me dijo que el comandante del escuadrón me esperaba en su oficina y que él me guiaría.

Grande fue mi sorpresa, ya que en Santiago nadie me dijo que quien comandaba esta unidad era el teniente coronel Alberto Novoa Gormaz, a quién había conocido en Perú cuando yo estaba en el "Granaderos" y él en el "Cazadores". Me recibió en su pequeña oficina en forma muy efusiva y me preguntó si prefería desayunar allí con él, para aprovechar de conversar más tranquilamente. Aunque no lo hubiese deseado, no podía decirle que no, ya que era un subalterno y más encima recién llegado. En pocos minutos entró un soldado con una bandeja con un gran tacho de café humeante, dos tazones, pan amasado y mantequilla.

El comandante Novoa, que era muy caballero y cordial, me contó que el "Escuadrón Húsares" había sido creado recién el 10 de enero, es decir que aún no tenía un mes de funcionamiento y que debía cubrir las guarniciones de Angol y de Lonquimay. Agregó que estudiando mis antecedentes se había enterado que yo era abogado y que por eso había decidido nombrarme "capitán ayudante del escuadrón", puesto que eso le facilitaba en gran medida su labor.

Alberto Novoa había llegado a la zona –según dijo– a comienzos de diciembre, con el propósito de preparar todo para el funcionamiento del nuevo escuadrón. "En las semanas que llevó acá, me he entrevistado con varios oficiales de otros cuerpos y con funcionarios del gobierno incluido el gobernador de esta zona que vive aquí en Angol. Ellos me han contado todo lo que le estoy informando. No es que yo sea un erudito", manifestó riéndose.

Y así, en forma distendida, prosiguió con su disertación puntualizando que desde poco antes del inicio de la guerra comenzó, por parte del Estado, la venta de grandes terrenos en toda la zona llamada "De la Frontera", estableciéndose infinidad de haciendas al amparo de las guarniciones militares, ya que los mapuches les daban permanentes combates.

"Los más recientes avances que se han hecho, son la fundación hace menos de cuatro años del Fuerte Recabarren en Temuco junto al río Cautín y Villa Traiguén, que no tiene más de cinco o seis años. De esta manera se ha logrado controlar, aunque solo parcialmente, la inmensa zona comprendida entre el río Malleco, por el norte y el Toltén, por el sur", indicaba mostrándome una gran carta de la zona que tenía clavada en una de las paredes de su oficina.

"A todo esto le llaman "territorio de colonización", y hay muchos italianos, suizos, ingleses, belgas, alemanes y algunos rusos también, además de chilenos por supuesto, que están trabajando la tierra. Son varios millones de hectáreas con haciendas muy dispersas y con miles de mapuches que atacan a los colonos y a las guarniciones cuando se les da la gana. Bueno, esto no es precisamente un lugar de descanso, pero más que mal, ambos venimos de la guerra del norte y no tendríamos razón para tener problemas", dijo con su característica cordialidad.

Después de una media hora más de conversación en la que me preguntó sobre los regimientos en que había estado antes, sobre el ejercicio de la abogacía, la familia y otras cosas personales, me dijo que lo primero que tenía que hacer era retirar los uniformes del escuadrón y que mi asistente me llevaría a una sastrería donde les harían las modificaciones correspondientes. Junto con eso, me pasó las insignias del "Húsares" que eran un par de sables cruzados unidos con una corona

de laureles. Estas nuevas insignias reemplazarían a la trompeta que representaba al "Cazadores", y que aun exhibía en mi guerrera.

En el momento de despedirse me dijo que tenía el resto de la mañana libre y que necesitaba una reunión a las cuatro de la tarde en su oficina, para que nos dedicáramos a ver en detalle lo que era la unidad y que allí me presentaría al resto de la oficialidad.

Angol

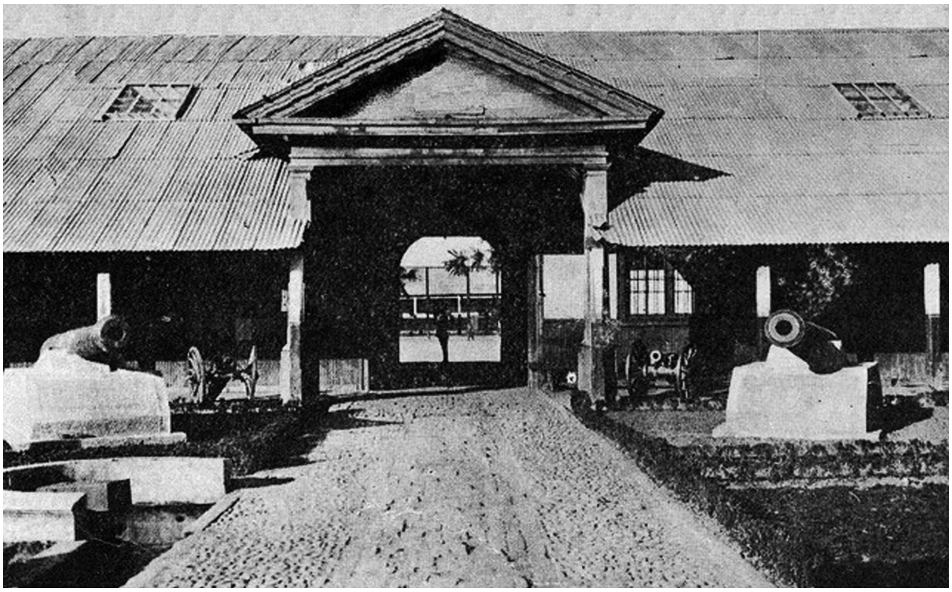
Este sería mi primer paseo por Angol, ya que en los meses anteriores cuando estuve en comisión con el "Cazadores", rara vez tuve tiempo libre.

Lo primero que me llamó la atención en una ciudad situada en medio de una zona tan salvaje y agreste, fue su Plaza de Armas ubicada frente a nuestro cuartel. Según me explicó el soldado Castro, había sido construida por el señor Bunster, un rico hacendado y empresario. Estaba rodeada por una doble hilera de jóvenes y hermosos tilos. Al centro una gran pileta y junto a ella una glorieta y kiosco para bandas de música, flanqueado por olmos. Además, en cada esquina de la plaza, que era como excesiva para tan pequeña ciudad, había cuatro árboles exóticos distintos entre sí.

De acuerdo a la acabada información que me iba entregando mi guía a medida que recorríamos las callejuelas de la ciudad –que se notaba muy pujante, pero con todos vicios de las grandes urbes– me enteré que Manuel Bunster era uno de los hombres con mayor poder de la zona, que además de los extensos trigales que se perdían en el horizonte, de molinos y viveros de frutales, era el dueño del único banco que por entonces operaba en Angol, que llevaba su apellido.

Y así, caminando con lentitud, llegamos hasta unas callejuelas más tranquilas donde estaba el taller de sastrería, en el que me entallarían mis uniformes. Desde la puerta del taller, que a la vez era la vivienda del sastre, se divisaba a lo lejos la iglesia y el convento de los Franciscanos llamado San Buenaventura, que según supe tiempo después había sido edificado casi junto con la refundación de Angol, siendo así el primer templo de toda "La Frontera".

La ciudad, que en esa época debe haber tenido unos tres mil quinientos a cuatro mil habitantes, estaba ubicada en los faldeos de la cordillera de Nahuelbuta a orillas del río Vergara, en el cual funcionaban varios lavaderos de oro. Además este curso de agua ancho y de poca corriente, era absolutamente navegable y por él se desplazaban grandes lanchones a vapor cargados con trigo, cebada y otros productos de la zona hacia el Biobío.



Cuartel del Regimiento Húsares en Angol, aproximadamente en 1890.
Fotografía: Archivo Histórico Nacional.

En Angol existía, además de una decena de molinos entre los que destacaba el de Bunster, tres grandes empresas elaboradoras de cebada malteada y cerveza, todas ellas de colonos alemanes, recordando tan solo el apellido de uno de ellos, Kind. Producían muy buena cerveza, gran parte de la cual se enviaba para su venta a Concepción y Chillán. Sin embargo, los angolinos disfrutaban en exceso de esta cerveza, lo que explicaba la gran cantidad de ebrios que se veían por las noches y que para mí pasaron a ser parte del paisaje urbano. La ebriedad era motivo de riñas y otros delitos y eso me lo recordó el soldado Castro, cuando me mostró la pequeña cárcel, "la que está atiborrada y ya no cabe un cristiano más", según comentó mi asistente.

"Escuadrón Húsares"

Después de este paseo que se extendió por varias horas, regresamos al cuartel, ya que se acercaba el momento de la reunión con el comandante Novoa.

Sin mayor formalismo, el comandante Novoa me presentó a la oficialidad del escuadrón que permanecía en Angol, ya que un capitán y dos tenientes junto a

una compañía estaban destacados en la otra guarnición que cubría la unidad, en Lonquimay.

Consulté el motivo de tener destacada una compañía de caballería en esa zona montañosa, con tan pocos habitantes, en circunstancia que en este lugar era visible que nuestras fuerzas eran insuficientes para contener los ataques de los mapuches.

"Acá peleamos contra mapuches y bandoleros. En Lonquimay contra los argentinos", me dijo el comandante. Añadió que eran frecuentes –desde hacía un par de años– las incursiones de tropas argentinas hacia territorio chileno, destruyendo ranchos y matando a colonos y que lo que pretendían era despoblar esas tierras para después ocuparlas.

Por esa razón, el gobierno de Chile había dispuesto la presencia de unidades militares entre Lonquimay y Villarrica, para impedir estas asonadas de los argentinos. Fue entonces que me di cuenta que aquel enfrentamiento que me sorprendió cuando estuve en comisión de servicios con el "Cazadores" no había sido un hecho aislado, sino que correspondía a una seguidilla de incursiones protagonizadas por tropas argentinas a nuestro territorio.

Así supe que el "Escuadrón Húsares" contaba con un total de cuatro compañías de setenta y seis soldados cada una, más la plana mayor conformada por dos oficiales, cuatro sargentos, dos trompetas y dos soldados. Así el total de la fuerza de mi nueva unidad era de aproximadamente trescientos treinta hombres. De ellos, ochenta estaban destacados en Lonquimay desde la semana anterior a mi llegada.

Luego de la cena me fui a mi habitación y le escribí una larga carta a Eugenia, relatándole lo mejor que pude el viaje y lo que había visto de Angol. Esa carta partió al día siguiente, muy temprano, en dirección a la Oficina de Correos que estaba adyacente a la estación del tren. Así culminó mi primer día al regreso a La Frontera.

Dos o tres días después de mi llegada, mi asistente Castro me entregó las tenidas que había ido a retirar donde el sastre. El quepí, dormán y pantalones eran de paño azul oscuro. La guerrera tenía los ribetes en rojo y las insignias plateadas y el pantalón con doble franja roja en los costados. Las botas eran negras de caña alta con espolines plateados.

Guardé mi uniforme del "Cazadores" y desde ese día y hasta mi retiro del Ejército, varios años después, usé este tipo de uniforme, pero siempre con mi sable Chatellerault que había recibido cuando ingresé al "Granaderos" y mi revólver Galand, que me había obsequiado el padre de Clarita poco antes de partir a la guerra en 1879.

Las próximas semanas estuve muy ocupado en hacerme cargo de mis labores de capitán ayudante, ya que como la unidad era nueva había que crear y organizar todo, lo que me consumió el resto del mes en tareas administrativas. Durante muchos días ni siquiera tuve oportunidad de montar a "Aguijón" y pasaba de la mañana a la noche en las oficinas de la Comandancia y en las reuniones con la tropa.

Segundo comandante del "Húsares" era el sargento mayor Abel Ilabaca. En jerarquía yo ocupaba el tercer lugar. Me seguían los capitanes Idelfonso Álamos y Vicente del Solar. El escuadrón tenía solamente dos tenientes: Luis Marín y Rafael Casanueva. El grado de alférez lo ostentaban Demófilo Larenas, Manuel Luque, Manuel Valenzuela, Nicolás Gómez y Pedro Trizano, quién era el portaestandarte de la unidad.

El comandante Novoa dejaba que yo hiciera el trabajo en forma muy independiente y cuando le consultaba alguna materia determinada, él siempre preguntaba cual era mi opinión. Muy pocas veces me hizo rectificar lo planteado y, las ocasiones en que lo hizo, fue con mucho respeto y dándome todas las explicaciones del caso.

La correspondencia con Eugenia era frecuente y las cartas demoraban entre cuatro y siete días, siempre y cuando fueran entregadas directamente en la oficina ferroviaria. Ella me contaba, además de sus sentimientos, cosas entretenidas de Santiago y en realidad las disfrutaba mucho. Paulatinamente fui comprendiendo que las ocupaciones serían muchas y era muy remota la posibilidad que había manejado en un principio de viajar frecuentemente a Santiago. Por otra parte, interiorizándome de los planes de la unidad y de la situación que se vivía en la zona, me di cuenta que el "Húsares" continuaría indefinidamente en este lugar, contrariamente a lo que me habían dicho en la capital en el sentido que pronto sería trasladado hacia el área central.

Nuevamente mis romances de desvanecían, al igual como había ocurrido con Clarita seis años antes. Sin embargo, con Eugenia seguimos escribiéndonos regularmente, aunque paulatinamente por el contenido de las cartas –tanto de las que iban como de las que venían– era fácil apreciar que ya no éramos más que dos grandes amigos. El darme cuenta que ella no sufría por mi alejamiento me hizo mantenerme más tranquilo y fui dedicándome cada vez con más interés a mis tareas.

En mis visitas de inspección al cuartel para verificar inventarios y estados de las dependencias, me enteré que desde la fundación de esta ciudad y hasta el comienzo de la Campaña del Norte, este había sido el cuartel del "Regimiento Granaderos" y que las oficinas de la Comandancia que hoy ocupaba el comandante Novoa, habían sido antes del coronel Yávar, fallecido mientras encabezaba la gran carga de caballería que dimos en la Batalla de Chorrillos.

Consejo de Guerra

A fines de marzo o comienzos de abril del 85 debí acompañar al comandante Novoa a una reunión con el comandante en jefe del Ejército del Sur, que en esa época era el general Alejandro Gorostiaga. Este oficial había sido el jefe de las fuerzas chilenas que dieron el golpe de gracia a las tropas peruanas en la última batalla de la Guerra del Pacífico, en Huamachuco.

Allí también encontré al coronel Gregorio Urrutia, inspector delegado del Ejército del Sur. Era un hombre rudo de apariencia y había hecho todas las campañas de La Araucanía hasta el comienzo de la Guerra contra el Perú y Bolivia. Yo lo ubicaba muy bien desde aproximadamente 1880 cuando trabajaba estrechamente con el ministro de guerra Rafael Sotomayor. La última noticia que había tenido de él era de unos dos años atrás, cuando estaba como gobernador de Tacna y Arica. Era un excelente oficial de caballería, pero además hombre de gran intelecto, pues hablaba tres idiomas y había cursado tres años de Derecho, carrera que nunca pudo terminar.

Lo saludé antes del inicio de la reunión y por él me enteré que David Marzán, el sargento mayor que me recibió en el "Granaderos" y al cual guardaba gran afecto, había sido ascendido a teniente coronel y nombrado en esos días como comandante del "Cazadores". Esta noticia me apenó bastante, ya que pensaba que de haber continuado en el "Cazadores" habría tenido la suerte de volver a las órdenes de una persona tan correcta y agradable, como lo era don David Marzán.

En esa reunión –o "Consejo de Guerra" como se le llamaban– se hizo una descripción de la situación que nos esperaba en el próximo invierno, que se veía que vendría muy duro.

El coronel Urrutia recordó que en los últimos dos años habían llegado a estos territorios más de tres mil quinientos colonos europeos, casi la mitad de ellos suizos, seguidos en número por franceses, alemanes, españoles, rusos, italianos e ingleses. Ellos, según señaló en su exposición, no llegaban por su cuenta, sino que eran enganchados en Europa por los agentes del Gobierno chileno y que se les estaban entregando veinte hectáreas a cada uno, para que las trabajaran.

"Esta rápida irrupción de colonos extranjeros –dijo Urrutia– está creando más problemas de los que esperábamos, ya que si bien son gente buena, ordenada y trabajadora, su presencia está provocando cada vez más resquemores de los mapuches, que los asaltan y roban apenas comienzan a establecerse en las tierras que se les asignan".

"Pero además del problema de los araucanos –agregó– tenemos el problema de cientos de bandoleros, muchos de ellos licenciados del Ejército que han venido desde el norte, que actúan con mucha fiereza y que comienzan a matar a estos colonos, robarles lo que traen y secuestrar sus mujeres casi del momento mismo en que desembarcan de Talcahuano e inician sus viajes en caravanas de carretas hacia acá".

"A todo lo anterior, tenemos que añadirle a nuestras preocupaciones las frecuentes invasiones en pequeña escala que hacen tropas argentinas en Lonquimay, Conguillío y Malalcahuello. Estos soldados argentinos, para complicarnos más la existencia, arrasan cualquier vestigio de asentamiento, sean de mapuches o colonos y no bastándoles con quemar sus ranchos y arriar sus animales para la Argentina, matan a todos por igual, niños, mujeres y hombres", explicó ante el Consejo el coronel Urrutia.

Posteriormente habló el comandante en jefe, el general Gorostiaga, quien nos hizo saber que las plazas del Ejército del Sur eran en esos días de aproximadamente seis mil hombres, de los cuales cerca de tres mil eran de unidades cívicas que se habían concentrado en los batallones fijos de las villas y fuertes que se habían logrado extender en los últimos años por estas tierras, principalmente en Traiguén, Los Sauces, Llaima, Collipulli, Lautaro, Nueva Imperial, Pucón, Temuco, Traiguén y Victoria.

Destacó que de las unidades cívicas, las que estaban en mejores condiciones de empeñarse en operaciones eran las brigadas cívicas de Angol, Collipulli y de Traiguén. Calificó como un desastre la organización y equipamiento de las brigadas de Lumaco, Purén y Temuco.

En cuanto a las unidades de línea, dijo que éstas se encontraban bien organizadas y con soldados y oficiales veteranos de la guerra contra el Perú y Bolivia, pero que lamentablemente eran insuficientes, ya que no eran más que los batallones de infantería "Zapadores"; "Segundo de Línea Tacna"; "Cuarto de Línea Arica"; "Quinto de Línea Santiago" y "Séptimo de Línea Esmeralda".

En lo que respecta a la caballería dijo que la única unidad que reunía todos los requisitos, aunque era muy pequeña, era el "Escuadrón Húsares", pero que las compañías cívicas de caballería que había diseminadas en el territorio, parecían más una tropa de arrieros que una unidad militar. Confidenció que había enviado una nota al Ministerio de Guerra, pidiendo aumentar la dotación del "Regimiento Cazadores", para trasladarlo a la guarnición de Temuco, pero que no había recibido respuesta aún.

Fue en ese momento en que pude comprender claramente la situación que viviría en el próximo tiempo. Una tierra inmensa, plagada de praderas y bosques, con cientos de ríos, en la cual había muchos enemigos que combatir para permitir que se pudiera seguir poblando y prosperando.

Días después cayó en mis manos un ejemplar de un periódico que se editaba en Angol, llamado "El Eco del Sur". En un extenso artículo –cuyo autor no recuerdo– se aseguraba que esta tierra nunca podría ser civilizada y que lo más probable era que en unos años más el gobierno decidiera retirar las tropas desgastadas por esta guerra invisible, quedando el territorio a merced de indios y bandoleros.

Ese artículo me causó mucho desánimo, pero con el correr de los años comprendí que había sido muy alejado de lo que realmente se logró con los años.

En la cordillera

Los siguientes meses pasaron muy rápido y me di cuenta que me había ambientado excelentemente en la zona, lo cual era una de mis principales cualidades,

Sin embargo por las noches, antes de dormirme, meditaba sobre lo que había hecho hasta el momento y llegaba a la conclusión que yo, en la medida que avanzaba por el camino de la vida, iba dejando muchas personas atrás. Eso lo atribuía a mi constante ir y venir por diversas ciudades: Concepción, Melipilla, Santiago, Perú, Santiago nuevamente y ahora acá, en la ciudad de Los Confines.

Creaba nuevas amistades, lo pasaba bien la mayoría de las veces, pero los amigos de antes quedaban en otros lugares y excepto de mantener con ellos una correspondencia esporádica no había una mayor relación. Además, sentía que la vida me llevaba por donde ella quería, aunque no estaba disconforme con lo que se me entregaba. Había decidido ser abogado y luego de ejercer un par de años, llevaba seis años en la milicia y ya era un capitán. No era lo que había elegido, pero me gustaba.

Sin embargo, en este tiempo no estaba muy de acuerdo con lo que hacía en el Ejército. La actividad administrativa no era de mi total agrado y pasaba prácticamente todo el día redactando oficios, órdenes, partes, y solucionando los más diversos problemas con la tropa, los habitantes de la zona y con la Comandancia de Armas. Quizá por esa razón, es que una mañana conversando con el comandante Novoa, le conté lo que sentía. Me escuchó con mucha atención y me dijo que me entendía perfectamente, porque a él le pasaba lo mismo. "Venimos de la guerra y no estamos hechos para el escritorio", me dijo.

Fue entonces que me dijo que por esos días –junio o julio del 85– era necesario hacer un relevo de la tropa acantonada en Lonquimay y que estaba pensando que para salir del letargo, lo mejor sería que fuera él a establecer la nueva compañía y retirar la otra, "por supuesto que con mi ayudante", indicó.

Y así fue como en menos de una semana íbamos saliendo de nuestro cuartel con una compañía hacia la cordillera de Lonquimay, que desde Angol se veía majestuosamente nevada recortada contra un cielo celeste intenso.

Me sentí revivir con los primeros trancos de mi caballo "Aguijón" y comencé a recordar las largas travesías por las nevadas sierras peruanas cuando luchábamos contra las montoneras.

Según lo planificado, eran más de 150 kilómetros que debíamos cubrir, en tres jornadas y media, si el clima así lo permitía. La primera jornada larga sería de Angol al fuerte de La Victoria, donde pernoctaríamos. Al día siguiente, hasta el fortín de Curacautín y el día tercero hasta Lonquimay, si no había nieve muy alta.

Durante el trayecto, en el que me sentí muy bien, disfruté del hermoso paisaje, muy límpido con las recientes lluvias. Me llamó mucho la atención la gran actividad que se apreciaba en los pantanosos caminos, ya que era muy frecuente irse cruzando con pequeños convoyes de dos a cinco carretas, tiradas por dos yuntas de bueyes, cargadas con cereales, leña o fruta. Muchos de los conductores de estas carretas lucían igual que nuestros campesinos con pantalón arremangado a media pierna, ojotas de cuero sin curtir y poncho, pero eran rubios y pecosos y cuando nos saludaban lo hacían con acento francés, alemán o italiano. Incluso algunos aún ni siquiera hablaban nuestro idioma y nos saludaban muy efusivos en el suyo.

A lo lejos se observaban ranchos aislados, con sus chimeneas humeantes y con febril actividad en su alrededor, que incluía a hombres, mujeres y niños de todas las edades. Era fácil apreciar que en medio de tan hostil territorio, había muchas familias creando riquezas de la tierra.

Salvo una parada de dos horas para que arrancharan hombres y caballos, continuamos sin cesar nuestra cabalgata, aprovechando que el clima estaba dando una tregua. Arribamos a La Victoria cuando estaba empezando a llover suavemente. El cuartel era grande, como para alojar a unos mil quinientos hombres, ya que constaba de siete cuadras de alojamiento, un par de grandes naves para las pesebreras y una casona como de hacienda para oficinas y alojamiento de los oficiales. Todo estaba construido de madera y aunque era de muy reciente data, los maderos y tablones se veían plomizos y llenos de musgo, a causa de la abundante lluvia que caracterizaba a la zona.

Fuimos recibidos con un buen rancho caliente, café con malicia y pan recién horneado. Como el día de cabalgata había sido agotador, muy pronto todos pasamos al reposo.

Casi de madrugada, con un cielo increíblemente despejado, la columna abandonó marcialmente el cuartel de La Victoria en pos de la meta de esa nueva jornada de marcha que era Curacautín.

A medida que los jinetes avanzaban el paisaje iba cambiando notoriamente. Se veían menos ranchos y prácticamente desaparecían las grandes praderas y todo estaba cubierto de bosques impresionantes. Esos bosques hasta unas décadas cubrían toda La Frontera, pero los colonos los iban desmontando por dos razones: en procura de madera para construir y leña y, por otro lado, la necesidad de contar con terrenos despejados para siembras y cultivos y para que el ganado pastara.

Miles de araucarias, roble gualle, roble pellín, ñirres, coihue y mañíos, que por el grosor de sus troncos y su altura demostraban tener varios siglos, poblaban todas las llanuras, laderas y montes. Eran bosques muy tupidos, ya que además entre árbol y árbol, crecían frondosas matas de colihues de cuatro a cinco metros de altura, que hacían de la foresta un bastión casi impenetrable.

La angosta huella comenzó a hacerse cada vez más resbaladiza con la intensa lluvia que comenzó a caer sobre la compañía.

Seguimos la marcha casi sin detenernos, temiendo que se desatara alguna tempestad, ya que fuertes truenos y relámpagos estallaban en las montañas, que cada vez teníamos más cerca de nosotros. Casi al anochecer y cuando el frío arreciaba, hicimos nuestra entrada al pequeño fuerte llamado de Curacautín, que según me enteré era el nombre que los mapuches le habían dado hace muchos años a ese lugar –que significaba "piedra de reunión"– dado con toda seguridad por la enorme roca que se apreciaba colgando de un cerro.

El fortín –por el que había pasado una vez estando en comisión en el "Cazadores"– tenía como guarnición una compañía de infantería cívica al mando de un capitán. Correspondía a la serie de fortificaciones y villas que se crearon a partir del año 81 para asegurar la presencia del Estado chileno en la zona. El cuartel era grande, constaba de tres pabellones de madera y de una torre de observación de unos doce metros de altura, con un par de extensos patios de tierra apisonada. Todo el conjunto estaba rodeado por una empalizada de más de tres metros de alto.

Esa noche no hubo vida social y después del rancho dormimos en uno de los galpones, arrebujados en nuestros ponchos, mientras que la caballada quedó a buen resguardo en una gran nave de madera, bien alimentada y con agua fresca.

Realmente en ese momento comencé a darme cuenta de los grandes atributos de mi caballo "Aguijón", pues además de tener un muy buen tranco, era fuerte y dócil. No había tenido oportunidad de conocerlo hasta ese momento, ya que desde mi llegada de Santiago había estado metido de cabeza en asuntos de oficina y no había salido al campo desde entonces.

A la mañana siguiente estaba nuevamente despejado y nos propusimos tratar de llegar ese mismo día al fuerte El Naranjo en Lonquimay. Era la jornada más agotadora y difícil ya que había que comenzar a repechar los grandes cerros, coronados por el volcán Lonquimay, que sobresalía sobre los nevados picachos que constituían el telón de fondo de la huella por la que avanzábamos.

Por el camino, el comandante Novoa me comentaba el enfrentamiento ocurrido unos meses antes en Lonquimay entre soldados nuestros y argentinos y de lo oportuna que había sido ese día mi arribo a la zona cuando andaba pagando sueldos.

Me decía que consideraba imbécil el tratado suscrito en 1881 con Argentina, ya que teniendo el Ejército y Marina más poderosos de América, les habíamos permitido a los argentinos apropiarse de toda nuestra Patagonia sin necesidad de disparar un solo tiro.

"Pero como estos caballeros son ambiciosos y arrogantes –señalaba mi superior– no se contentaron con eso y en esta zona están desconociendo el acuerdo de divisoria de aguas". Seguidamente fue explayándose en el tema, explicándome que por pertenecer toda la zona del Lonquimay y los valles vecinos a la olla hidráulica del Biobío, es decir, a los ríos que corren hacia el Océano Pacífico, es incuestionable que este territorio nos pertenece. "Sin embargo, como explicó mi general en el Consejo de Guerra, ellos hacen muchas y violentas incursiones hacia acá", agregó.

El comandante Novoa, en tono muy severo, me señalaba "Lo más grave ocurrió el 16 de febrero del año antepasado, cuando una unidad argentina bajó de la cordillera por el lado chileno del río Ricalme, casi a la sombra del volcán Lonquimay, apoderándose de un rebaño de ovejas de los indígenas locales".

"No satisfechos con este atropello, los soldados argentinos siguieron avanzando hacia laguna Galletué, donde continuaron atacando gente, quemando un par de ranchos y abusando de mujeres", añadió.

"Los descarados, sin respeto alguno, instalaron unos tolderíos en los bordes de la laguna, encendieron fogatas y comenzaron a darse un tremendo festín asando una de las reses robadas", dijo.

El caique Liucura –continuaba el comandante– advertido por su gente de esta invasión, informó lo sucedido a un destacamento de caballería de cincuenta hombres, al mando de un teniente, que patrullaba a una jornada de camino

del lugar de los hechos. Al llegar al sector de Rucanuco, la columna chilena fue atacada a balazos por la unidad argentina, que constaba más o menos de la misma cantidad de hombres.

"En medio de los bosques, casi sin poseer campo de tiro, se produjo un enfrentamiento que duró varias horas y que concluyó con una carga de nuestras tropas. Dos cabos y cuatro soldados chilenos murieron, y tres soldados nuestros quedaron heridos. Los argentinos huyeron hacia su país en medio de la espesura de los bosques dejando diez soldados muertos y llevándose a una docena de heridos", contaba con voz muy airada Novoa.

La primera mitad de la marcha, amenizada por estos interesantes antecedentes que iba absorbiendo, se hizo muy corta. Cerca de la una de la tarde hicimos un alto, desensillamos caballos y almorzamos bastante bien, aunque el frío era cada vez mayor. Luego de este reparador descanso reanudamos nuestro viaje, que estuvo bien hasta como las cuatro de la tarde, cuando empezamos a avanzar por terreno recientemente nevado.

Me acordé de mis travesías en las altas montañas de Perú, especialmente del callejón de Huaylas y, desde ese instante, mi mente se agolpó de recuerdos de la guerra del norte. Me acordaba de Antofagasta, de mi ascensión al Licancabur, de la Batalla de Tacna, del comercio de Moquehua, de los hermosos días en Tiliviche, de Lurín, de las terribles batallas de Chorrillos y Miraflores, de nuestra entrada triunfal a Lima. Aparecían también los rostros de los heridos en los hospitales de sangre de Tacna y de la Escuela de Cabos en Chorrillos. Asimismo, se me venían muy nítidas las imágenes de las columnas de soldados harapientos, descalzos, enfermos y desanimados por los mortíferos senderos de las serranías peruanas cubiertas de nieve.

Así, navegando en medio de miles de imágenes, llegó la noche y justo cuando estábamos pensando en que lugar podríamos pernoctar a mayor resguardo de la nieve, aparecieron a lo lejos los resplandores del fuerte "El Naranjo", que era nuestro destino final.

La compañía del "Húsares" guarnecía esa zona junto a una compañía de infantería cívica fija. Obviamente que se alegraron mucho de vernos, ya que sabían que al día siguiente o subsiguiente estarían iniciando su regreso a Angol, quedando en su reemplazo la compañía que encabezábamos.

Permanecimos tres días en Lonquimay. En esa oportunidad tuvimos la ocasión de compartir con los pehuenches que vivían allí en medio de milenarias araucarias. Ellos tenían muy buenas relaciones con la guarnición chilena y se prestaban mutuos favores con los soldados. Mi primer contacto con los mapuches fue cuando combatí

contra ellos y esta era la primera en que compartí con una comunidad indígena y mi impresión de ellos fue muy buena.

La visión que tenía de los araucanos desde que llegué a La Frontera era la de aquellos que andaban ebrios armando bochinche, o los que veía encepados camino del cuartel de policía por haber cometido delitos, o esos absolutamente entregados al huinca, trabajando como peones en las haciendas de la zona.

Al cuarto día iniciamos nuestro descenso, que se realizó en tres jornadas de marcha. Cuando llegué al cuartel de Angol, aunque estaba muy cansado por los seis días de cabalgata, me sentía muy bien y contento de haber podido reconocer tan bellos territorios.

Peor que los bandidos

El último trimestre de 1885 el bandidaje en todos los territorios de colonización estaba llegando a peligrosos límites. Aún siendo tan poca la población existente del Biobío al Toltén, era raro el día que no se supiera de asaltos, asesinatos o de violaciones.

Lamentablemente, la mayoría de las bandas, que fluctuaban entre diez y veinte forajidos cada una, estaban integradas por ex soldados que se habían comportado honrosamente en la Guerra del 79, pero que luego por poderosas razones, debieron dedicarse a delinquir, para lo cual contaban con una experiencia de varios años de cruentos combates y todos eran muy diestros en el uso de las armas.

Cuando digo "poderosas razones", me refiero a otra ingratitud del Estado contra estos reclutas que luego de prestar valiosos y heroicos servicios como soldados fueron desechados como material inservible. Otra muestra más de la desidia de las autoridades administrativas y políticas que dejaron abandonados a su suerte a miles de veteranos, muchos de ellos inválidos, al negárseles el pago de sus sueldos adeudados de años o las pensiones que les correspondían, llevándolos a convertirse en mendigos.

Vale la pena precisar que en los inicios de la guerra con Perú y Bolivia, antes del fervor que causara la Gloriosa Epopeya de Prat y sus heroicos marinos en Iquique, la gente evadía el enganche y los hombres –que el Ejército requería para crear las nuevas unidades y reforzar las existentes– se escondían en gran medida.

Por esa razón, el gobierno recurrió inicialmente a la mayoría de los procesados que estaban encarcelados en los presidios de Santiago, Valparaíso, Los Andes, Talca y Concepción, entre otras ciudades. En ese tiempo, entre marzo y abril del

79, las autoridades les ofrecieron a los procesados la eliminación de sus juicios y a los condenados la remisión de sus penas, a cambio de que prestaran sus servicios a la Patria, tal como consta en diversos documentos hechos llegar a los penales.

Que yo recuerde, ninguno de ellos desertó ni creó problemas serios de indisciplina y, muy por el contrario, se comportaron heroicamente tanto en las penosas marchas por el desierto o por las gélidas sierras peruanas, como en todas las batallas y combates libradas contra peruanos y bolivianos.

Sin embargo, cuando estaban siendo licenciados se enteraron que mientras combatían por Chile, los tribunales en forma solapada continuaron con sus procesos y en la mayoría de los casos se falló en su contra, por lo que la mayoría de ellos debía volver a las cárceles a cumplir sus penas. Incluso –según me enteré estando aún en Lima– en algunos casos se condenó a soldados que habían muerto en combate meses antes.

Esto, como es natural, provocó una airada reacción entre los cerca de mil quinientos soldados que estaban en esa situación y que habían sobrevivido a la guerra. Se pusieron en rebeldía y se arrancaron para esta zona, donde se organizaron militarmente, iniciando sus fechorías. Esa es la verdad, que hasta el día de hoy los sucesivos gobiernos ha ocultado cobardemente.

Por esa razón, yo sentía antipatía a las redadas que el Ejército hacía contra ellos, aunque tenía plena conciencia que había que hacerlas, porque eran sujetos extremadamente peligrosos y crueles.

En varias ocasiones –cabalgando por las calles de Angol– me topé con escuadras de caballería que traían prisioneros engrillados. Muchas veces algunos de los prisioneros me saludaron con un respetuoso "Cómo está mi alférez", haciendo referencia al grado que tenía cuando combatí en el norte. Ante esos saludos, siempre detuve la columna, desmonté y conversé con ellos saludándolos de mano, porque aparte de que fueran unos sanguinarios bandidos, yo los había conocido como bravos y gallardos soldados y así quería tratarlos.

Esta actitud mía llegó a los oídos del alférez del "Húsares", Pedro Trizano, que estaba a cargo de una sección del escuadrón dedicada a tareas policiales.

Este tipo, que nunca me cayó bien –y que con el correr de los años se transformó en una leyenda en la zona– era muy vehemente, altanero y hasta agresivo. Cuando no andaba de cacería de bandidos, practicaba tiro y esgrima en los potreros de la parte posterior del cuartel y siempre andaba en busca de un soldado maceteado para desafiarlo a combatir a mano limpia, ya fuera con golpes de puño, lucha o cualquier otra forma de combate sin armas. Eso le gustaba, porque siempre terminaba venciendo y haciendo alardes de su fortaleza y capacidades. Aunque era

Unidad del Ejército en exploración cerca de Lonquimay, en 1885.
Fotografía: Archivo Histórico Nacional.

un hombre más bien bajo, era muy musculoso y cuidaba demasiado su apariencia, especialmente un largo bigote.

Una tarde, en la primavera del 85, Trizano se acercó a la pesebrera en que me hallaba revisando mi caballo y me dijo que él estaba en guerra contra los bandidos y que encontraba el colmo que yo confraternizara con algunos de ellos, agregando "se lo digo con el respeto debido mi capitán".

Yo lo miré de pies a cabeza y lo primero que le respondí fue que se pusiera firme, que pidiera permiso para hablar y que si se lo concedía, recién podía hacerlo.

Se puso rojo, sus facciones se endurecieron y gritó "soy vehemente por mi sangre italiana". Eso me terminó de sacar de mis casillas y le grité: "Aún no se ha cuadrado ni ha pedido permiso para hablar…¡¡cállese!!".

El alférez Trizano se mordió las palabras que aparentemente se amontonaban en su boca y adoptó la posición firme y me solicitó permiso para hablar. Ante eso le respondí que permaneciera cuadrado y que no tenía permiso para hablar, pues era el momento de escucharme. Se quedó en posición firme como una estatua y su rostro cambiaba de rojo a azul y tenía las venas del cuello hinchadas, como a punto de reventar.

Entonces vino mi discurso. No lo recuerdo con exactitud, pero le hablé muy golpeado, diciéndole que era un altanero, atrevido y carente de respeto y que me importaba una chaucha su sangre italiana.

"Casi todos los que conformamos este escuadrón –le dije muy molesto– venimos de la guerra y todos hemos matado muchos adversarios, pero como somos gente civilizada no sentimos placer por ello y, muy por el contrario, los sentimientos son otros. Me parece el colmo que usted viva jactándose de los bandoleros que mata y que crea que esto le da privilegios como por ejemplo increpar a un superior, como lo ha hecho hoy conmigo".

"Y aunque usted no merece una explicación, se la doy de puro caballero que soy. Saludo y continuaré saludando a los prisioneros que fueron correctos soldados en la campaña del norte, porque lo último que haría sería ignorarlos", casi le grité.

"No se crea el hombre modelo de este Escuadrón, porque usted no es nada más que un cazador de bandidos. Desde hoy, váyase con mucho cuidado conmigo y, a partir de este momento, cuando quiera practicar tiro solicíteme autorización y tiene prohibido andar peleando con soldados para entrenarse. Ahora puede retirarse".

Ese fue mi primer encuentro directo con el famoso Pedro Trizano, a quien ignoré durante toda mi permanencia en el "Húsares", como también en otras guarniciones en la que servimos juntos. Sin embargo, los problemas entre nosotros dos recién estaban comenzando, ya que en los años venideros tuve muchas y fuertes discusiones con este hombre, que desde mi punto de vista era un despiadado, peor que los mismos bandidos que se dedicaba a perseguir con tanta satisfacción.

capítulo 17

CREANDO RAÍCES

Mi amigo Balmaceda

En los últimos meses del 85 llegó a Angol José Rafael del Carmen Balmaceda Fernández, uno de los "siete josés", que conformaban el clan Balmaceda, ya que todos los hermanos llevaban por primer nombre José, distinguiéndose solamente por el segundo. A la fecha debe haber tenido unos cinco o seis años más que yo –es decir unos 35– y nos conocimos en una reunión social a la que asistí acompañando al general Gorostiaga y al comandante Novoa.

Nos entendimos muy bien desde el comienzo de la cena, ya que teníamos en común la amistad con Hermógenes Pérez de Arce, quien se desempeñaba aún como director general de la Empresa de Ferrocarriles del Estado y se rumoreaba que pronto sería nombrado ministro de Hacienda del Presidente Santa María.

En medio de toda la charla, me atreví a preguntarle que es lo que llevaba a un hombre como él –doctor en Ciencias Políticas de una universidad de Bélgica– venir a radicarse a esta salvaje zona. Me dijo que precisamente eso: la política, ya que pensaba hacerse conocido en estos territorios para postular a una diputación en las elecciones del año subsiguiente.

Desde ese día, muchas veces asistí invitado a cenar a la quinta que arrendaba en la calle Caupolicán y allí conocí a su señora, que se llamaba Ana y a sus siete hijos.

A diferencia de su hermano José Manuel –que estaba de candidato para la Presidencia de la República– José Rafael del Carmen (más conocido como José del Carmen) no había estudiado en los Padres Franceses, sino que en el Instituto Nacional, lo que quizá había contribuido en su posterior elección por la masonería, de la que era destacado miembro.

Nuestra amistad se hizo cada vez más fácil y entretenida y fue él quién me impulsó a adquirir un pequeño terreno en Angol, adquisición que formalicé al año siguiente.

Mi amigo Balmaceda compartía su vida entre Angol y Santiago, ayudando a su hermano José Manuel que estaba en plana campaña presidencial.

José Rafael Balmaceda Fernández, hermano del Presidente Balmaceda y amigo de José Miguel Varela. Fotografía: Leblanc.

Los primeros días de diciembre del 85 me invitó a almorzar a su quinta. Fue entonces que me contó que se irían a pasar las fiestas de fin de año a su residencia de Santiago y que volvería al término del verano pero sin su señora y los niños, ya que ellos deberían quedarse en la capital para seguir sus estudios en buenos colegios, como no los había en la zona por entonces.

A sabiendas que yo pasaría cuatro semanas en Santiago, me invitó a compartir las fiestas con ellos, a lo que le respondí que le agradecía mucho la atención y que le avisaría si me era posible.

Navidad en Santiago

Cuatro o cinco días antes de la Navidad de 1885 viajé a Santiago, autorizado por el comandante Novoa, en el expreso que salía de Angol a las diez de la noche. Esta vez el viaje fue más corto, ya que antes de las dos de la tarde estaba descendiendo

en la Estación Central de trenes de La Cañada o "Alameda de Las Delicias", como le llamaban ahora a esa avenida.

Eugenia, con quien había mantenido correspondencia durante todo mi primer año en el sur, sabía de mi viaje y me había invitado a su casa, "para que no anduviera buscando alojamiento por cualquier cuartel", según me dijo en su carta. Sin embargo, no lo consideré prudente y me acomodé a mi llegada a Santiago en el "Cazadores".

El día 23, cuando todo Santiago estaba preparado para celebrar la llegada del Hijo de Dios, tomé el coche hacia Melipilla, porque sentí que era allí donde debía pasar tan importante festividad.

Me emocionó la alegría y efusividad con que fui recibido por mis tíos y por los muchachos, aunque me apenó ver a mi tío rengo, ya que fue entonces que me enteré –puesto que nunca me lo dijeron en sus cartas– que en el invierno se había caído del caballo y se había fracturado su pierna derecha, la que le quedó recogida debiendo caminar con la ayuda de un bastón.

Yo les llevaba obsequios a todos, de cosas que estimaba les gustarían. A mi tía le regalé un lindo juego de té de plata fina fabricada por los mapuches. A mi tío un poncho de fina lana y a los muchachos unas mantas, que les gustaron mucho.

La Navidad la celebramos como en años anteriores y lo pasé muy bien, haciendo largas sobremesas con mi tío, que en el caso de las cenas se extendieron hasta la madrugada.

Esperé en casa de ellos la noche del cambio de año y dos o tres días después partí a Santiago. No consideré correcto irme a la casa de Eugenia y me alojé en el cuartel del "Cazadores", en La Maestranza. Estuve más de una semana allí y por las tardes tuve bastante actividad social, ya que fueron varias las ocasiones en que nos juntamos con Polhamer en el hotel Inglés, en Papa Gagé o en un nuevo restaurante que había en la calle de La Compañía. También visité un par de veces la casa de Demetrio y nos reímos mucho con Eugenia.

Una de las últimas tardes de mis vacaciones en la capital fui a la casa de José del Carmen Balmaceda, en la primera cuadra de la calle "Dieciocho de Septiembre". Fui excelentemente recibido por mi amigo y luego de fumarnos unos cigarros y bebernos un coñac en su despacho, pasamos a la cena, que fue muy agradable y entretenida. La velada estuvo muy distendida y amena, atendida exquisitamente por un verdadero escuadrón de sirvientes. Me contó que su hermano José Manuel tenía muchas opciones de convertirse en el próximo Presidente de Chile y que él estaba dejando su postulación al Congreso para el año 88, pero que seguiría viajando cada dos meses a Angol por un período de tres a cuatro semanas cada vez.

La casa de dos pisos, era grande y muy elegante. El mobiliario muy fino, ya que lo había traído prácticamente en su totalidad de Europa cuando regresó de sus estudios superiores. Por eso sentí mucha pena cuando después de la Guerra Civil observé esta residencia completamente incendiada y saqueada por las turbas, mientras José del Carmen y su familia permanecían en el exilio en Buenos Aires, donde se dedicó a escribir sobre la triste revolución.

La segunda semana de enero, luego de cumplir el ritual de despedirme en casa de los Polloni, partí en el tren expreso a Angol, que de expreso tuvo muy poco ya que el convoy tardó casi un día en llegar a esa ciudad. Volví al escuadrón antes de que finalizara mi permiso. Sin embargo, el comandante Novoa se alegró mucho de que hubiese regresado antes, ya que había bastantes cambios por hacer.

Así pasé el verano muy ajetreado, organizando las nuevas guarniciones que debía cubrir el "Húsares", por disposición de la Comandancia en Jefe del Ejército del Sur.

Se mantuvo a Angol como base de la comandancia de la unidad y también la guarnición que una compañía debía cubrir en Lonquimay. Se agregaron otras cuatro guarniciones que personal del "Húsares" debía servir en forma permanente. Estas nuevas guarniciones fueron en La Victoria, Ercilla, Liucura y Curacautín. Para esto fue necesario aumentar a 600 las plazas del escuadrón, manteniéndose más o menos doscientos cincuenta hombres en Angol, sesenta en Lonquimay, ochenta en La Victoria, sesenta en Ercilla, ochenta en Curacautín y sesenta y cinco en Liucura.

Esto generaba muchos problemas, tanto de abastecimientos, de disciplina y de pago de salarios. Por esta razón, los próximos meses se me fueron volando, ya que –por mi puesto– era el encargado de visitar permanentemente las tropas, ya fuera acompañando al comandante Novoa o en su representación, tanto para velar por el buen funcionamiento de ellas, como para pagar los sueldos de oficiales, suboficiales y soldados.

Entre febrero y junio de 1886 anduve cientos de kilómetros entre todos estos destacamentos.

Recuerdos aislados

El resto del año 86 fue bastante tedioso, ya que pasé los meses siguientes en el "Escuadrón Húsares" y en la Comandancia de Armas de Angol.

En mi unidad desempeñaba mi puesto de ayudante de la comandancia y en el otro sitio, estaba cumpliendo el rol de auditor y fiscal, considerando que

era abogado. Llevé en ese tiempo numerosos casos de quebrantamiento de los reglamentos militares y debí proponer penas a los acusados.

Las fiestas patrias de ese año se celebraron muy en grande y todas las fuerzas participamos en un brillante y gallardo desfile que se efectuó en la Plaza de Armas. Por la tarde estuve –junto con gran parte de la oficialidad, autoridades del gobierno y vecinos connotados– en una fastuosa fiesta con que se inauguró el Club Social de Angol en la calle Caupolicán.

Muchos discursos y brindis para luego pasar a una gran cena en la que habíamos más o menos unos doscientos comensales. Esa rimbombante recepción, que culminó bastante pasada la medianoche, fue presidida por el intendente de Malleco, Luis Vergara Correa y por el presidente del Club Social, el juez de Angol, Manuel Cruz.

Al día siguiente asumió la Presidencia de la República José Manuel Balmaceda, lo que de manera simbólica quedó sellado en un telegrama que llegó a la Oficina de Telégrafos que señalaba: "Desde este momento todas las autoridades civiles y militares quedan bajo la dependencia de quien suscribe. Firmado. José Manuel Balmaceda".

Fue el trimestre de las inauguraciones, que demostraban el explosivo crecimiento e importancia que iba cobrando la ciudad. A todas ellas debí asistir, puesto que el comandante Novoa era invitado junto con su ayudante. Entre otras, recuerdo un teatro, un gran negocio de mercancías generales de un árabe, la sede de la Cruz Roja, etc.

Igual como lo había hecho el año anterior, viajé a Santiago en el mes de diciembre, estuve unos días alojado en el cuartel de La Maestranza en los que aproveché de reunirme con mis amigos del "Granaderos", pero en especial con Eugenia y su familia. Así me enteré que la primera semana de enero se casaba Matilda, la hermana de Demetrio y que la ceremonia y fiesta serían en casa del novio –al que conocía desde un par de años– en San Felipe.

Eugenia me pidió que fuera su acompañante y ante mis titubeos, las mujeres me dijeron que no podía fallarles a ellos y menos a Eugenia.

Me fui a Melipilla a pasar las fiestas de fin de año, encontrándome que mi tío se había prácticamente recuperado de sus lesiones en la pierna, lo que logró por los masajes y aplicaciones de yerbas y otros tratamientos por parte de una "meica" de Talagante.

Como era habitual, las fiestas las disfrutamos mucho, aunque ya los muchachos no eran los niños de antes y eran unos mozalbetes con otros intereses, aunque jamás dejaron de demostrarme en todas las formas el inmenso cariño que me tenían y los hermosos recuerdos que guardaban de nuestras andanzas.

Pasada la fiesta de año nuevo me fui a Santiago a preparar todo para asistir al matrimonio de Matilda. El segundo jueves de enero en la Estación Central tomamos el tren a Valparaíso. El grupo lo integrábamos la señora Genara, la novia, Eugenia, una empleada y yo. Yo vestía de paisano, pero de acuerdo a la usanza llevaba en la maleta mi uniforme de parada para la fiesta.

Cerca de tres horas después, bastante cansados, descendimos en la Estación Llay Llay. No era más que un caserío, en el que destacaba un par de iglesias. La estación era pequeña pero con aires de grandeza y sus andenes estaban cubiertos con corredores para evitar las inclemencias, en este caso el sol que caía a plomo. Dos o tres horas debimos esperar la salida del tren de Llay Llay a Los Andes, el que tras un agradable trayecto que no hacía desde que partí a la guerra en 1879, hizo su entrada a la Estación de San Felipe, donde bajamos. Allí nos esperaba un carruaje de la familia del novio que nos llevó unos cinco kilómetros –a través plácidos caminos de tierra suave y apisonada bordeados de árboles muy frondosos– hasta un lugar llamado Almendral, donde estaba la hacienda del futuro marido de Matilda.

Al día siguiente, que fue viernes, nos levantamos muy temprano, ya que la ceremonia religiosa era al mediodía. Era un templo ubicado muy cerca de la residencia. Era precioso, recientemente construido. Sin embargo, recuerdo claramente que el mobiliario y ornamentación eran extremadamente antiguos –doscientos o más años– de lo que deduje que había sido trasladado desde alguna iglesia antigua de la misma zona.

La ceremonia fue muy emotiva, pero demasiada larga para mi gusto. Estábamos sentados en unos sillones de alto respaldo que se habían colocado en las primeras filas, por ser familia directa de la novia. Recuerdo con absoluta nitidez que estábamos en el costado derecho del pasillo central. Al lado del pasillo la mamá de los Polloni, luego Eugenia –que se veía preciosa– y yo. Terminado el casamiento, partió una larga columna de carruajes hacia las casa de la hacienda, donde se realizó el almuerzo en el que había unas trescientas personas. Se sirvió en los amplios patios con glorietas que había en el frontis de la colonial casona y, cuando estaba oscureciendo, se inició el paso a los salones, donde se realizó un baile. Ese fue mi momento de más bochorno, ya que nunca fui un buen bailarín y Eugenia se empecinaba en bailar todas las piezas que tocaba una orquesta traída desde Santiago. Aunque lo pasé muy bien con ella, sentí un tremendo alivio, cuando bien entrada la noche se dio inicio a la cena.

Regresé solo a Santiago al día siguiente, ya que los Polloni habían sido invitados a pasar unos días en ese campo, invitación que se extendió a mí, pero aunque me habría gustado muchísimo quedarme ya estaba en la fecha de regresar al sur.

Al Estado Mayor

Llegué a Angol los últimos días de enero de 1887, encontrándome con la sorpresa que me habían destinado como segundo ayudante del Estado Mayor del Ejército del Sur, debiendo dejar el "Húsares".

Fueron días bastante atareados, ya que además de preparar la entrega de mi puesto, se produjo cambio de comandante en el "Húsares", asumiendo el mando el teniente coronel Mateo Doren, en reemplazo del teniente coronel Novoa.

Por esa misma fecha salió un decreto del Presidente Balmaceda que unió definitivamente a Chile –al menos en lo administrativo– el hasta entonces llamado "Territorio de Colonización". Se crearon las provincias de Malleco, con capital en Angol y de Cautín, capital Temuco. La Comandancia en Jefe y el Estado Mayor del Ejército del Sur se mantenían en Angol y en el Cuartel General estaría el comandante Novoa, con quien seguiría trabajando casi en forma directa.

Los tres primeros meses del año fueron muy agitados, producto de la reorganización de todos los cuerpos militares, ya que varios procedentes del centro del país fueron llevados a Temuco y otras ciudades de la zona.

Las fuerzas militares en La Frontera se incrementaron notoriamente con la llegada de nuevas unidades. Entre el Bio Bio y el Toltén estaban el "Batallón Cívico Angol" y los batallones "Zapadores"; "Segundo de Línea Tacna"; "Cuarto de Línea Arica"; "Quinto de Línea Santiago" y "Séptimo de Línea Esmeralda". Además, las brigadas cívicas "Collipulli" y "Traiguén", los escuadrones "Húsares", "Cívicos de Curaco", "Lumaco" y "Sedentarios de Purén". A Temuco había llegado un batallón del "Tercero de Línea" y un escuadrón del "Regimiento Cazadores a Caballo".

Poco, sin embargo, me duró el puesto de segundo ayudante, ya que a mediados de abril fui nombrado "capitán ayudante de la Comandancia General de Armas de Cautín".

El mismo día que supe de mi traslado a Temuco, me encontré con mi amigo Balmaceda, a quien no veía desde antes que su hermano asumiera la Presidencia de la República. Me saludó con su acostumbrada efusividad y me invitó a cenar esa noche al Club Social, para que conversáramos tranquilos, según me dijo. Durante nuestra reunión me contó que su hermano tenía grandes planes para esta zona, entre los que destacaba el inicio de la construcción del ferrocarril de Angol a Temuco, para lo cual ya estaban destinados los fondos para el tramo hasta Collipulli.

"Además –me dijo– tiene varios proyectos muy interesantes para el asentamiento definitivo de la gente de acá y para el saneamiento de las tierras. Le hablé de ti y de

tus capacidades y no te extrañe que sea la Presidencia que te solicite en comisión de servicios para un trabajo bastante importante".

"En la conversación que tuve con mi hermano –agregó Balmaceda– estaba uno de sus edecanes, el comandante Barahona y cuando José Manuel le preguntó si te conocía, dio excelentes referencias tuyas".

Y así, en medio de estas promesas –que por provenir de políticos me las tragaba solo a medias– nos despedimos esa lluviosa noche de abril, unos días antes de mí partida a Temuco.

Por ese entonces había pedido un préstamo en el Banco Bunster para iniciar la construcción de mi casa en el terreno que había comprado el año anterior. Cabe hacer presente que ese terreno, que había pagado en dos cuotas, era de dos hectáreas, con acequias de riego y servicio por el frontis y junto al deslinde trasero. No poseía más que un pequeño rancho con dos dormitorios, un comedor y cocina y con la letrina en el exterior. Tenía muchos árboles muy añosos, todos nativos, entre los que recuerdo unos ñirres y un par de robles chilenos muy fornidos. El resto era maleza.

En ella vivía un matrimonio de ancianos que oficiaba de cuidadores. Ellos al saber que yo había comprado ese sitio, fueron al escuadrón a hablar conmigo y a preguntarme si necesitaba quien cuidara el terreno. En realidad no había nada que robar, pero como me contaron que no tenían en donde vivir, les permití el uso de la casita.

Volviendo a la actualidad, decidí que no tenía sentido contraer una deuda para construir una casa en esos momentos, cuando debía irme a casi ciento ochenta kilómetros de distancia. Concurrí al Banco Bunster y anulé la solicitud, pese a las recomendaciones del encargado de empréstitos, que –en pos de su comisión– no se cansaba de tratar de demostrarme la conveniencia de levantar una buena casa. No le hice caso y allí quedó el sitio con la humilde casa de madera.

Y así, a fines de abril de 1887 puse término a mi primera estadía en Angol, ciudad que seguía expandiéndose, ya que cuando llegué a inicios de 1885 debía tener un poco más de tres mil habitantes y en dos años ya congregaba a unas cinco mil personas.

Temuco en 1887

Acompañado de mi asistente Castro llegué a Temuco tras cuatro extenuantes jornadas a caballo, por supuesto que en "Aguijón".

El primer día llegamos hasta Ercilla, donde alojamos en la guarnición militar y salimos al día siguiente muy temprano hasta el fuerte –que ya parecía ciudad– de La Victoria. Como ya había estado muchas veces allí, no perdimos el tiempo en hacer ningún recorrido especial y tras pernoctar partimos a media mañana en demanda de nuestro próximo objetivo que era Lautaro, que aún no conocía. A media tarde llegamos a Lautaro, que muchos aún llamaban "Fuerte Aníbal Pinto", que era el núcleo del pueblo que a esa fecha tendría unos setecientos habitantes.

Alojamos en el fuerte y al día siguiente, junto al soldado Castro, salimos a recorrer el pueblo, que aunque muy pequeño, me impresionó por sus calles limpias y muy bien trazadas y por el buen comercio que poseía. Recuerdo una hermosa tienda, que debe haber tenido solamente un par de meses de funcionamiento, llamada "Casa Francesa". Era de madera y de un piso, pero poseía de todo: cortes de tela, perfumería, calzado, herramientas, revólveres, arados, artículos de paquetería, sombreros, etc. Este atractivo negocio, situado en uno de los costados de la Plaza de Armas de Lautaro, era el orgullo del pueblo y hasta él llegaban a surtirse los colonos diseminados en los campos aledaños.

Casi al lado de la "Casa Francesa" había un almacén de alimentos y herramientas llamado "Francoise", bastante grande, al que entré a comprar un juego de herraduras, un par de libros para apuntes, cigarrillos y cerillas. Sin embargo me quedé mucho rato mirando los inmensos estantes, llenos de todo lo imaginable. Artículos de aseo, ropa para mujeres, niños y hombres, herramientas, latas de kerosén, revólveres, escopetas, carabinas, municiones, sombreros de todos los tipos, etc.

Los habitantes de Lautaro eran en su mayoría chilenos, pero por sus calles transitaban a caballo o en carretas infinidad de alemanes, suizos y franceses que constituían la principal parte de la población rural no indígena.

Después de este paseo por la pequeña Villa Lautaro continuamos nuestra cabalgata hasta Temuco, ahora capital de la Provincia de Cautín.

Desde el momento en que entré a Temuco, no obstante que se veía un pueblo grande y completo, sentí una sensación rara. Como se decía en el campo "no me hallaba ahí". No entendí la razón, ya que la ciudad que para ese tiempo ya tenía unos seis años, se notaba que se estaba estableciendo ordenadamente. Del primitivo fuerte militar "Recabarren" –fundado en 1881 por el ministro de ese apellido– Temuco ya se esbozaba como una ciudad. Sus manzanas de cien por

cien metros exactos y sus calles habían sido delineadas por el ingeniero alemán Teodoro Schmidt, agregado como empleado en el Ejército.

A mi llegada, recién se le había nombrado capital provincial y la Intendencia, mientras se construía su edificio en el costado oriente de la Plaza de Armas, estaba funcionando en la Comandancia de Armas.

Intendente era Alejandro Gorostiaga y comandante de armas el coronel Alcérreca, de quien había sido designado su ayudante.

El trabajo que realizaba el ingeniero Schmidt era a todas luces muy eficiente. Hizo un ordenado loteo y por entonces se estaban numerando los terrenos en forma lógica. Además, se estaba ejecutando un gran trabajo de nivelación del terreno céntrico, con el fin de que la ciudad tuviera un buen escurrimiento de aguas ante las intensas lluvias que la azotaban desde abril a octubre, aproximadamente.

Con el correr de los días fui conociendo Temuco y me di cuenta que existían barrios o sectores divididos por nacionalidades. Los chilenos venidos del norte y los colonos franceses estaban establecidos hacia el sector nororiente de la ciudad. Los suizos y españoles hacia el lado sur y los alemanes en el área poniente, ordenados a la vera de una senda que se alejaba hacia el oeste de la ciudad, que llamaban "Camino Alemania".

En total, a abril o mayo de 1887, la ciudad debe haber tenido una población urbana y semirural de cerca de tres mil quinientos habitantes.

La Comandancia de Armas estaba ubicada en la calle O'Higgins y era una casona de madera, de muy buena construcción, que poseía dos pisos. En el primero estaban las oficinas del comandante, su estado mayor y los ayudantes y en el segundo piso los dormitorios de los oficiales. Después venía un patio y al fondo de éste otra construcción en que se alojaba la Compañía de Servicio. A ésta se podía acceder por la puerta peatonal que se usaba para ingresar al edificio principal o a través de un portón de dos hojas que estaba en el costado izquierdo, el que se empleaba para el ingreso de los caballos, que se alojaban en las pesebreras ubicadas en el segundo patio. Colindante, hacia el río Cautín, había una serie de galpones y dos casonas grandes. Una de ellas –de dos pisos– era el cuartel del "Tercero de Línea", que había llegado unos meses atrás a esta guarnición.

Desde el sitio en que uno se encontrara se veía el cerro Ñielol, en cuya cumbre había otro cuartel apoyado por una batería de campaña Krupp. Desde la cumbre del Ñielol –en una helada noche de junio– observé junto a otros oficiales durante un par de horas la impresionante erupción del volcán Lonquimay, que duró más de quince días.

El gran volcán –en cuyas faldas había estado un par de veces en años anteriores– estalló como un polvorín y no obstante estar situado a unos doscientos kilómetros de Temuco, las explosiones se veían nítidas y el cielo estaba alumbrado como por un gran incendio. En esos momentos pensé en el destacamento del "Húsares" que estaba casi en el mismo volcán, aunque después supe que a los primeros grandes temblores y ruidos subterráneos inició el repliegue hacia Curacautín.

Con el correr de las semanas me fui dando cuenta que ese primer pálpito negativo que tuve al ver Temuco no era errado, ya que la ciudad pese a su orden y creciente prosperidad, era triste y apagada. Cuando digo triste y apagada no me refiero ni a la vida nocturna ni a los lugares de entretención, que nunca fueron para mi algo importante. Me refiero con ello a semanas enteras de constante lluvia que en invierno hacía que las calles quedaran sin vida a contar de las seis de la tarde.

También el ambiente de inseguridad que se vivía por los bandidos y mapuches y por una serie de tugurios en que mataban con alcohol a los indígenas, que desde la tarde hasta bien entrada la mañana deambulaban ebrios por los arrabales del pueblo, dando un triste espectáculo. Cuando los mapuches no tenían dinero para comprar alcohol, nunca faltaba el sinvergüenza que les pasaba unas pocas monedas a cambio de animales, tejidos, provisiones y hasta sus tierras, para lo cual contaban con los solícitos servicios de un tránsfuga que oficiaba como notario, que atendía las veinticuatro horas del día, de lunes a domingo.

Pese a la aparente melancolía que inspiraba la ciudad, sus habitantes buscaban diversas formas de entretención. Una de los motivos más recurrentes para hacer fiestas o tertulias eran los onomásticos de las personas. Sin aviso previo, los amigos del festejado comenzaban a llegar a su casa a partir de las siete de la tarde, llevando tortas, licores, cecinas y carne mechada. Así, rápidamente se iba armando la fiesta. En todas estas reuniones, la mayoría de los asistentes eran militares, por ser Temuco una ciudad que podría calificarse de "militarizada".

A contar se septiembre, la entretención se desviaba a la isla Cautín, cercana a la Comandancia de Armas, donde se efectuaban masivos paseos campestres después de almuerzo. Estas grandes reuniones duraban hasta que empezaba a oscurecer y durante ellas los niños elevaban volantines o jugaban a las bolitas o al trompo, mientras los adultos bailaban los muy de moda valses de Strauss que interpretaba la banda militar de servicio dominical. La gente de mayor alcurnia realizaba paseos similares al cerro Ñielol.

Mi dormitorio –que estaba en el segundo piso de la Comandancia– era pequeño para la época. Tendría unos seis metros de largo por unos tres de ancho. El mobiliario

era de buena calidad pero extremadamente sobrio y triste y no constaba más que de la cama, dos veladores, un armario grande de dos puertas y una mesa pequeña con una silla. Muros, cielo, piso y muebles era todos de la misma madera, lo que constituía un panorama extremadamente monótono, igual que la ciudad.

Como ayudante del coronel Alcérreca, me correspondía llevar toda la documentación de la jefatura y acompañar a mi superior en las inspecciones a los cuerpos situados dentro de la ciudad y en los territorios de la provincia, que incluían hasta Villarrica por el oriente, el río Toltén por el sur, el mar por el poniente y los deslindes con la provincia de Malleco por el norte.

Era una decena de fuertes militares –en torno a los cuales se iban agrupando los colonos– que era necesario supervisar constantemente, por la baja moral de los soldados de las compañías cívicas que los guarnecían en su mayoría.

Recordando nuevamente lo que era la ciudad de Temuco, cuando llegué existían dos boticas, seis curtiembres, una cervecería y seis destilerías. Además había varios talleres de forja, un taller donde se hacían atalajes y un par de fábricas de zapatos a pedido.

Durante meses, un centenar de mapuches –al mando de capataces chilenos– trabajó en el despeje y nivelación de la Plaza de Armas y las calles aledañas, desmontando grandes troncos, restos de los gigantescos bosques que hasta pocos años cubrían este valle. Desde el río Cautín traían carretas con ripio y arena, para formar la base de las calles evitando así que se empantanaran con las lluvias.

Hablando de mapuches, tengo nítido el recuerdo de aquellos que llegaban por las mañanas de sus campos a vender sus productos a la ciudad y que vadeaban el Cautín en una gran balsa operada por la Intendencia. Traían verduras, hortalizas, gallinas y huevos que llamaban la atención por su color azul, que eran característicos de la raza de gallinas araucanas.

Estos productos los entregaban en los almacenes y también los vendían directamente en una explanada que había tres o cuatro cuadras al sur de la Plaza de Armas. El transporte de huevos era muy divertido, ya que para evitar que se rompieran tenían largos trozos de tela que ellos mismos hilaban, como de medio metro de ancho por unos diez metros de largo. Ponían un huevo, lo enrollaban hacían una amarra y luego el otro huevo, formando así unos “rosarios” gigantes de siete u ocho metros que transportaban entre dos mujeres.

En la costa de la Araucanía

A fines del invierno de 1887 me correspondió inspeccionar las guarniciones establecidas hacia la costa.

En unas cuatro o cinco horas de cabalgata llegué a Carahue. Era una villa pequeña, donde la mayoría de la población era indígena. Los colonos eran fundamentalmente chilenos e italianos. La guarnición, compuesta por una compañía cívica, estaba en muy mal estado y debí redactar un largo informe por sus carencias de vestuario y equipo, pero principalmente por la falta de mando y motivación.

Además de la agricultura, la segunda actividad en importancia eran los lavaderos de oro, lo cual atraía mucho bandidaje, existiendo varias bandas que asolaban saqueaban y mataban impunemente, mientras la guarnición militar se dedicaba a la buena vida.

Después de un par de desagradables días en Carahue, embarcamos con nuestros caballos en una lancha a vapor en dirección a Nueva Imperial, situada en la margen del río del mismo nombre, a medio camino entre Carahue y Puerto Saavedra.

Nueva Imperial, también había sido refundada hacía pocos años a escasas cuadras de la antigua ciudad creada en 1552 por Pedro de Valdivia y arrasada por los mapuches hasta hacerla desaparecer en 1600. En "La Imperial" –como algunos insistían en llamarla– la vida era más apacible y más ordenada y no estuvimos más de unas horas, para retomar nuestra navegación por el río en demanda de su desembocadura en el Océano Pacífico, donde se erguía la recién creada Puerto Saavedra.

Me impresionó la belleza de la caleta de Puerto Saavedra, que cuando fue establecida por los españoles se llamó inicialmente "Misiones" para pasar a llamarse "Bajo Imperial" casi a fines del siglo dieciséis. Puerto Saavedra era –en la época de mi primera visita– una pequeña caleta de pescadores, pero además deambulaba gran cantidad de chilenos, rusos y suizos dedicados a lavaderos de oro que se extendían desde Carahue hasta el mar. Tiempo después me fui dando cuenta que el oro que de allí se extraía aunque era de muy buena ley estaba en escasa cantidad, por lo que nunca fue un gran negocio.

En este puerto, término de la navegación fluvial, estuve unos cuatro o cinco días. Aunque mi trabajo lo hice en dos o tres días, decidí quedarme un poco más para disfrutar del bello paisaje y la paz que se apreciaba, muy distinta a la que experimentaba en Temuco.

Fiestas patrias 1887

Sin hechos de mayor importancia llegó septiembre y con el las fiestas patrias, que se celebraron en forma muy entusiasta en Temuco y en todas las guarniciones de la zona.

Como era tradición, se realizó una misa de campaña en el sector de isla Cautín, donde estaba uno de los fuertes militares, a la que asistieron todas las autoridades y vecinos más connotados, formando éstos últimos un heterogéneo conglomerado de nacionalidades, ya que además de chilenos, había suizos, franceses, italianos, alemanes, ingleses, rusos y un par de loncos mapuches que estaban del lado nuestro en forma incondicional.

Cerca del mediodía, los actos se trasladaron a la Plaza de Armas, donde se efectuó un desfile de las fuerzas acantonadas, en el que participó un batallón del "Tercero de Línea" que ese año había llegado a la zona.

También hizo su debut el "Escuadrón de Carabineros de la Frontera", que en realidad –por la cantidad de efectivos– no pasaba de ser un par de compañías. Mirando el desfile montado en mi caballo tras mi jefe el coronel Alcérreca, me causó gran malestar ver el paso de una pequeña unidad de caballería, encargada de funciones policiales al mando del teniente Trizano, a quien no le guardaba ninguna simpatía y, muy por el contrario, gran antipatía.

Terminado el desfile, el general Gorostiaga hizo una alocución, en la que destacó la importancia de este nuevo aniversario de nuestra Independencia, que era el primero que se celebraba en Temuco como Capital Provincial. Hizo presente la importancia del trabajo mancomunado entre colonos y militares para hacer progresar esta rica zona.

Después de agradecer todo el apoyo brindado durante su gestión como intendente, señaló que el gobierno lo había destinado a un alto cargo en el Ejército y que dejaba esta zona en pocos días más. Señaló que este era el momento propicio para hacer entrega de su cargo al nuevo intendente designado por el Presidente Balmaceda, el coronel José Francisco Pérez Marín, de destacada trayectoria en la campaña contra Perú y Bolivia.

Y así, antes de ir al banquete, asumió el nuevo intendente de Cautín, a quien yo jamás había visto hasta el día anterior cuando lo recibimos en la Comandancia de Armas. Fue un gran almuerzo de campo, ya que serían más de quinientas personas las que se congregaron en decenas de largos mesones situados bajo unas carpas de tela de buque que se instalaron en unos solares situados dos cuadras al poniente de la Plaza de Armas.

Se trataba de algo muy ceremonioso, pero campestre, ya que a la vista de los comensales estaban unas cinco vaquillas y una infinidad de corderos asándose en grandes braseros de hierro. Lo que más me llamaba la atención era la presencia, como invitados, de unos quince mapuches que eran los loncos amigos de los chilenos.

Ellos vestían a la usanza nuestra, con traje y corbatín, pero seguían calzando ojotas con calcetas de lana. Hablaban entre ellos en mapudungún y los más viejos –que eran los jefes– hablaban español con algunos de los otros asistentes al banquete.

Cuando terminó el almuerzo se organizaron juegos de rayuela y se formaron grupos para ver las competencias. En uno de esos grupos quedé junto a uno de los mapuches que hablaba español y me presenté: "Soy el capitán Varela, ayudante del coronel Alcérreca", le dije. El me observó de arriba abajo y me dijo: "mirando tu uniforme se que eres soldado y también viendo tus galones sé que eres capitán, me podrías haber dicho solamente que eras Varela".

Aunque me pareció poco amistoso el inicio de nuestra plática, me reí con sus palabras y le respondí que tenía razón. Después de algunos intercambios de palabras sin mayor importancia, le pregunté que era para él esta fiesta y me dijo lacónicamente que era simplemente una fiesta de los huincas, que celebraban haberse librado de los ladrones españoles, pero que ahora estaban haciendo lo mismo que esos desalmados con los mapuches.

"Pero yo estoy con ustedes –me dijo– porque creo que estando al lado de ustedes puedo hacer algo por mi gente y hasta ahora ustedes me han tratado bien y no me estoy quejando de nada". Después de un rato de intercambiar deshilvanadas frases, observando las carreras a la chilena que se estaban desarrollando en ese momento, me fui escurriendo a otro grupo, al darme cuenta que era muy poco lo que se podía profundizar en una conversación con este lonco.

Así, bajo un cielo que amenazó todo el día pero que no soltó el agua en respeto a la fiesta, terminó esta jornada.

Se desata la violencia

Por octubre de 1887 una serie de sucesos comenzaron a desarrollarse en Temuco y en otros pueblos de la Provincia de Cautín, que causaron preocupación en el nuevo intendente puesto que a todas luces demostraba que la violencia estaba desatada en la zona.

No recuerdo el orden de estos hechos, pero me parece que comenzaron en Carahue, cuando un grupo de malhechores atacó a unos suizos que trabajaban en

un lavadero de oro para robarles el metal reunido. Como ellos se resistieran con sus revólveres, los tres o cuatro bandidos se dieron a la fuga. Sin embargo regresaron horas después en un número superior a veinte y atacaron a los europeos con una crueldad terrible. No les bastó con dar muerte a siete de los mineros y robarles el oro y colgaron los cadáveres en unas estacas que podían verse desde el camino.

En la misma fecha, una indiada integrada por unos cien mapuches, atacó uno tras otro, una decena de ranchos entre Pillanlelbán y Temuco. El saldo fue terrible, más de treinta colonos asesinados entre chilenos y extranjeros, unas diez mujeres violadas y todas las casas saqueadas e incendiadas. A ello se agregó una decena de asaltos, sin tanta espectacularidad, pero que sumándolos daban un triste balance. Grupos de mapuches alzados atacaron tres o cuatro ranchos para el lado de Nueva Imperial mientras que bandas de bandidos asaltaron y mataron a unos siete colonos más, incluido un comerciante francés, en Villarrica.

Todo esto dejó un trágico saldo de unos cuarenta agricultores y comerciantes asesinados, varias decenas de heridos, mujeres raptadas y gran destrucción en las propiedades. Ello movió al intendente a solicitar al Comandante de Armas un despliegue de las fuerzas en toda la provincia, para perseguir a los autores de estos crímenes y juzgarlos y también para dar protección a los habitantes de la extensa zona.

No fue tarea fácil dar con algunos de los criminales, fueran éstos chilenos o mapuches, ya que los extensos y casi impenetrables bosques, lo accidentado del terreno y las fuertes lluvias que cayeron a fines de octubre y comienzos de noviembre, dificultaron enormemente el desplazamiento de las tropas.

Nuestras incursiones trajeron como consecuencia una serie de enfrentamientos con las experimentadas bandas de delincuentes y con los mapuches más violentos, generándose infinidad de escaramuzas en casi la totalidad de los territorios de la provincia, con excepción de Toltén, donde la paz y la tranquilidad reinaban permanentemente.

Junto a mi jefe y acompañados por una compañía de "Carabineros de La Frontera", recorrimos todos los asentamientos entre Temuco y Villarrica y desde Villarrica hasta Lautaro. Así nos pudimos enterar de la captura de una veintena de bandoleros que fueron trasladados engrillados en carretas hasta el presidio de Temuco. También de la muerte de unos quince bandidos en diferentes tiroteos y de un centenar de mapuches en diversos sectores aledaños a Lautaro.

Esto último generó un estado de insurrección de la población araucana, lo que las autoridades a toda costa querían evitar. Por esta razón llegamos hasta diversos poblados mapuches con la intención de dialogar con ellos y explicarles que las

tropas estaban tratando de buscar a los culpables de asesinatos y que no estaban en guerra contra ellos.

Sin embargo la situación era muy difícil, ya que recuerdo que al acercarnos a un grupo de rucas a unos veintitrés kilómetros al oriente de Temuco, fuimos recibidos a piedrazos lanzados con poderosas hondas, para luego ser atacados con lanzas de madera y garrotes. Hombres, mujeres y niños nos atacaban y era imposible defenderse sin evitar matar a más de uno de ellos, pero el coronel Alcérreca fue inflexible en prohibir el uso de armas de fuego y tratamos de imponernos a golpes con los sables envainados.

Bastante esfuerzo costó conseguir que los mapuches se calmaran. Los soldados estaban muy ajizados por no poder atacar, ya que de los casi cien jinetes que integraban la compañía, no menos de quince estaban seriamente heridos por los ataques. Yo había recibido un garrotazo en mi rodilla derecha y la sentía muy hinchada, adolorida y apenas podía moverla. Esa fue la razón por la que no quise desmontar y permanecí sobre mi caballo las dos horas que duró el parlamento con los mapuches, al cabo de las cuales iniciamos nuestro retorno a Temuco, llevándonos prisionero a un indígena que –según pudimos saber por soplo de otro– era uno de los que había encabezado ataque a ranchas de colonos alemanes.

No fui testigo del resto de los incidentes, ya que debí permanecer un par de semanas en descanso por mi maltrecha rodilla. A fines de 1887 había dos doctores en Temuco –uno que era cirujano primero del Ejército y el otro un alemán–. Por razones que ignoro, cuando me sucedió este percance ninguno de los dos estaba en la ciudad, por lo que fui atendido por un boticario alemán que me preparó ungüentos especiales.

Como el problema en vez de disminuir aumentaba, mi asistente Castro consiguió un componedor, que me hizo ver estrellas de todos los colores cuando con sus fuertes y hábiles dedos "puso todos los huesos en su lugar", según sus propias palabras. En realidad el procedimiento del "componedor" surtió muy buenos efectos y casi cuando estaba ya por "darme de alta" llegó un médico que mandaron a buscar a "La Victoria".

Cojeando aún acompañé a mi jefe a una ceremonia en fue inaugurado en un buen edificio de madera de dos pisos el Colegio Alemán, que comenzó a impartir sus clases en marzo del año siguiente.

Por motivos personales hice un breve viaje a Santiago, razón por la que no pude hacerlo para Navidad, como quería, porque no tuve la autorización del comandante de armas. La negativa se basaba en que yo, por esos días, estaba haciendo las veces de abogado del Ejército del Sur, debiendo llevar muchas causas en calidad de auditor.

CAPÍTULO 18

ASCENSO Y NUEVOS DESAFÍOS

Profesor del Liceo de Temuco

El año 1888 comenzó con muchas novedades, tanto en cambios de jefe y de nuevas autoridades. Paulatinamente, mientras avanzaba el año, me di cuenta que eran muchos más los cambios, incluso personales, que relataré con mayor detalle.

La primera novedad fue el regreso del coronel Alcérreca a Santiago, a un puesto de mayor importancia dentro del Ejército, siendo reemplazado por el teniente coronel Pedro Cartes, comandante del Escuadrón "Carabineros de La Frontera". Este cambio se hizo por febrero del 88 e inmediatamente asumido, el comandante Cartes me confirmó como su capitán ayudante.

La primera quincena de abril de ese año se creó el Liceo de Hombres de Temuco, en una ceremonia a la que –como era la costumbre– se invitó al comandante de armas, el que acompañé en mi calidad de ayudante.

La puesta en marcha del primer liceo de la ciudad fue bastante espartana, ya que solamente consistió en la bendición del nuevo edificio, que era íntegro de madera, con bastante estilo, ubicado justo en el costado oeste de la Plaza de Armas. El edificio, que hacía esquina, era de dos pisos y en los extremos del frontis tenía, parecido a torreones, un tercer piso.

Luego de la bendición, hizo uso de la palabra el rector del establecimiento, don Plácido Briones, quien agradeció al Presidente Balmaceda su interés en hacer crecer las escuelas y liceos de Chile y por haber proporcionado en forma muy diligente los fondos para construir este establecimiento y aprovisionar los recursos para su primer año de funcionamiento.

Como la inauguración fue tan pobre, el comandante Cartes invitó al rector a almorzar al cuartel de la Comandancia de Armas. En ese almuerzo estuvimos los tres más un profesor cuyo apellido no recuerdo. En la conversación salió el tema que yo además era abogado y que había sido profesor de historia y francés en el Colegio de Preceptoras del Sagrado Corazón de Santiago y de castellano y aritmética en el cuartel de La Maestranza.

El rector Briones abrió descomunalmente sus ojos –que por primera vez se los vi debajo de sus gruesos lentes– y dijo con mucha alegría: "Señor comandante, si usted me autoriza, converso inmediatamente con su capitán ya que necesito con urgencia un profesor de francés para el liceo, que comienza sus clases la semana entrante". El comandante Cartes me miró y me dijo "Yo no tengo problema. Depende solamente de usted capitán".

Sin ni siquiera transar los honorarios, me comprometí para ser parte del primer grupo de profesores del Liceo de Temuco y sellamos el encuentro con un fuerte apretón de manos.

Una semana después, de uniforme, llegaba caminando hasta el nuevo liceo. El rector Briones se destacaba desde lejos en medio de sus profesores que, en el acceso al establecimiento, recibían a los estudiantes que llegaban a su primer día de clases acompañados por sus padres. Me recibió con un fuerte abrazo y me hizo incorporarme al grupo y, así, de una semana para otra, ya estaba nuevamente convertido en maestro y con el orgullo de formar parte del primer equipo de preceptores de este nuevo liceo.

El resto del mes de abril se me esfumó por lo rápido, ya que además de dedicarme a las seis horas semanales de clases que impartía, tenía mucha actividad en la Comandancia de Armas. Este gran trabajo se debía también al hecho que mi jefe –el teniente coronel Cartes– estaba en abril de ese año de candidato a regidor para elegir la primera municipalidad que tendría la ciudad de Temuco.

No es que esté equivocado. Recuerdo muy bien que en esos años no existía la famosa Ley de Incompatibilidad de Empleados Públicos y por esa razón él podía ser oficial de Ejército, comandante de armas de la ciudad y también tenía el derecho de ejercer otros cargos públicos incluso de elección popular. Lo mismo regía para mí, que siendo capitán de Ejército ya había sido contratado como profesor en un liceo fiscal.

Y volviendo a las primeras elecciones municipales realizadas en Temuco, "las cosas se dieron como Dios quería", según el dicho popular, dando a entender con ello que era como esperaba la mayoría.

Sin embargo y siguiendo la efervescencia política que se podía apreciar a través de los periódicos, las elecciones municipales en Temuco no estuvieron exentas de fuertes ataques entre las distintas candidaturas, que enrarecieron mucho el ambiente. En realidad yo no había tenido oportunidad de apreciar estas enconadas luchas políticas, ya que en la última campaña presidencial estuve muy ajeno a este acontecer y me limité a emitir por primera vez mi voto.

Desde antes de la guerra, creo que desde 1873 o 1874 se había cambiado el sistema electoral que regía desde el inicio de la Constitución en 1833. Hasta ese entonces, eran los municipios los encargados de organizar y controlar las votaciones, en las que podían sufragar solamente los contribuyentes. Pero a partir de la reforma fue el gobierno central el encargado del control de las elecciones y además se amplió el derecho al voto a todos los hombres casados mayores de veintún años y solteros mayores de veinticinco años, siempre y cuando supieran leer y escribir. Este último requisito tenían que demostrarlo en el momento de emitir su sufragio, escribiendo alguna frase que le dictaba un miembro de la mesa y leyendo algún párrafo de algún libro que para esos menesteres se mantenía en cada mesa.

Esta universalización del voto –que amplió más o menos de cincuenta mil a casi ciento cincuenta mil la masa de votantes en todo el país– fue la principal generadora de los conflictos pre y post electorales, pues la lucha por la conquista de cada preferencia fue enconada y muy amañada.

Volviendo a la elección de Temuco, como primer alcalde fue elegido José del Rosario Muñoz, como segundo alcalde y regidor mi jefe, el teniente coronel Cartes; como regidor permanente Víctor Manuel Estay, que era un buen conocido mío y yo fui elegido secretario municipal. Este cabildo regiría los destinos municipales de Temuco desde abril de 1888 hasta abril de 1891.

Ascenso a sargento mayor

En julio de 1888, con treinta y un años de edad, se me comunicó mi ascenso a sargento mayor de Ejército. El primero en darme la noticia fue el comandante Cartes y enseguida me llevó al despacho del coronel José Francisco Pérez, quien luego de felicitarme me invitó a cenar esa noche a su casa junto a su familia.

Cuando llegué a la casa del coronel Pérez me encontré con una tremenda sorpresa Estaba mi amigo José del Carmen Balmaceda, flamante diputado por Angol y hermano del Presidente de la República. Todos fueron muy efusivos conmigo, especialmente Balmaceda y noté un ambiente de complicidad entre los comensales, pero de una complicidad simpática hacia mi persona.

Mientras cenábamos, pensaba que posiblemente me tendrían algún obsequio por mi ascenso. También pensaba que nunca había soñado llegar tan lejos en el Ejército, ya que solamente en nueve años había pasado por los grados de alférez, teniente, capitán y ahora sargento mayor.

Muy tarde, cerca de la medianoche, el coronel Pérez pidió atención y dijo que el señor Balmaceda quería dirigir algunas palabras.

José del Carmen se puso ceremoniosamente de pie y dirigiéndose a mí dijo que le alegraba mucho que yo hubiese llegado hasta el lugar que había alcanzado y que eso tenía gran valor desde su punto de vista, puesto que lo había hecho sin la ayuda ni apoyo de nadie.

"Pero aunque mi amigo José Miguel no lo crea, tiene amigos que aún cuando no se vean por largos meses, ahí están", dijo Balmaceda. Agregó que "desde que nos conocimos en Angol he tenido la mejor impresión de ti y antes de que te vinieras a Temuco te dije en una cena que te ofrecí en el Club Social que había hablado con el Presidente de la República acerca de ti y que te tenía reservado un importante puesto".

"Bueno –señaló– ha pasado bastante tiempo, pero aunque dices que los políticos rara vez cumplen, en esta ocasión te demuestro que sí cumplimos. Mi hermano, el Presidente de Chile te ha nombrado jefe de la Comisión Repartidora de Tierras de La Frontera".

En ese instante el coronel Pérez, el comandante Cartes y las señoras de ambos aplaudían con mucha espontaneidad y alegría.

No sabía que responder, porque estaba muy emocionado, pero expresé mis agradecimientos con mucha sinceridad y le hice presente a mi amigo Balmaceda que no le fallaría.

Pregunté al coronel Pérez que pasaría con mi carrera. El me dijo que el comandante en jefe del Ejército del Sur ya sabía de este nombramiento y que por orden presidencial yo continuaba en el Ejército, pero dependiendo jerárquicamente del ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización y del Presidente de la República.

"Tu seguirás en el Ejército, adscrito a la Comandancia en Jefe del Ejército del Sur, con tu sueldo, uniforme, equipos fiscales, asistente, caballo y armamento, pero te dedicarás solamente a esta tarea impuesta por el señor Presidente", aseveró el coronel Pérez.

"Y ahora prepárate, porque en una semana tienes que estar en Santiago en una reunión con el Presidente de la República y el ministro", me dijo el coronel. "Pero no te preocupes –dijo Balmaceda– haremos juntos el viaje y yo te presentaré ante mi hermano".

Así, invadido por una tremenda alegría, terminamos esa inolvidable reunión, que recompensó –a mi modesto entender– años de sacrificios en guerra y "guerritas", como yo llamaba a lo que se vivía en La Frontera.

Cuando entré en mi dormitorio me saqué las botas y la guerrera y me tendí en la cama. Tenía deseos de pensar y pensar, disfrutando ese momento. Mi mente volaba por la habitación oscura. Estaba por cumplir treinta y dos años años. Había terminado hacía diez años mi carrera de abogado. Había decidido irme de voluntario a la guerra, como un simple soldado, pero me habían hecho oficial y combatí en las más grandes batallas. Recordaba que había tenido el honor de entrar a Lima en la primera avanzada del Ejército, el día anterior que lo hicieran todos los regimientos. Volví de la guerra sano y salvo y no me dejaron licenciarme y continué en el Ejército, en buenos cargos y haciendo una rápida carrera.

En poco más de nueve años había recibido mi ascenso a sargento mayor, un "oficial jefe" como se le llamaba, lo que jamás habría pensado cuando como simple alférez me embarqué desde Valparaíso hasta Antofagasta. Y ahora, hace poco rato, me comunican que el Presidente de la República me ha designado en un puesto de su exclusiva confianza y que seré en pocas semanas una autoridad en toda la zona con jurisdicción en las dos provincias a que el gobierno está dando más importancia.

"¿Qué hago?" –me preguntaba– "¿renuncio a mi cargo de profesor del liceo y a mi puesto de oficial de caballería?".

"No –me respondía enseguida– seguiré con estas tres cosas si es que me la puedo, porque no puedo rechazar este tremendo cargo que me concede el Presidente Balmaceda y tampoco quiero dejar las clases porque me gustan y menos el Ejército, porque se ha convertido en mi forma de vida".

Y así, divagando, abordé asuntos más profundos. Me di cuenta de golpe, porque con anterioridad siempre eludía pensar en ello, que estaba muy solo. Tenía pocos pero muy buenos amigos pero a cientos de kilómetros de distancia y una familia a la que con suerte podía ver durante una o dos semanas al año y mi verdadero hogar eran las espartanas piezas de oficial en los cuarteles. Esto, en gran medida opacaba los éxitos que había logrado en la carrera militar y de preceptor.

Así –pensando mucho hasta el punto de terminar muy triste una jornada plena de buenas nuevas– me quedé dormido sobre la cama vestido con mi uniforme de húsar.

Con el Presidente Balmaceda

Desde ese momento me debí esforzar en dejar al día todos los papeles de la Ayudantía de la Comandancia de Armas de Cautín y hacer entrega de mi puesto al capitán que me reemplazaría.

José Manuel Balmaceda Fernández, a cuyas órdenes sirvió Varela en las filas del ejército presidencial. Fotografía: Leblanc.

En forma muy franca, el comandante Cartes me decía que se alegraba mucho por el alto cargo que me habían dado, pero que también este hecho le causaba cierta inseguridad, ya que él contaba conmigo para que llevara todos sus asuntos tanto en la Comandancia de Armas como en el trabajo que tenía que ejercer como regidor y segundo alcalde de Temuco.

"Pero bueno –señaló un par de veces– no hay que pensar en forma egoísta. Yo quería que siguieras conmigo como mi ayudante y secretario municipal, pero me alegra mucho que ahora vayas a ser un importante jefe con dependencia directa de un ministro y del señor Presidente de la República"

En esos escasos días que restaban para mi viaje a Santiago, me entrevisté con el rector Plácido Briones y le expliqué mi situación, pero él me dijo que mi nombramiento ya estaba tramitado y que mientras yo anduviera en Santiago él me reemplazaría en la asignatura de francés.

En realidad me daba un poco de melancolía tener que dejar mis clases en el liceo, a solo tres meses de su puesta en marcha, porque el grupo de alumnos que tenía era muy simpático. Hacía clases tres días a la semana, por dos horas cada vez, y en el salón se agrupaban los alumnos de los seis cursos de humanidades, que no serían más de treinta en total, y les impartía enseñanzas y prácticas escritas y orales del idioma en grupos por nivel.

"Como usted estará muy ocupado –me señaló Briones– podemos hacer varios ajustes y dejar todas las clases de francés para un solo día de la semana y así usted dispondrá del tiempo necesario para realizar las tareas que pronto asumirá".

Más tranquilo por todos estos arreglos, un par de días después de haber recibido mi ascenso y con mis nuevos galones, inicié –junto a mi asistente Castro– el viaje a caballo a Angol, donde me reuniría con José del Carmen Balmaceda para tomar el tren a Santiago.

El viaje a Angol fue cansador. Salimos de Temuco tipo cuatro de la mañana y viajamos todo el día con el mínimo de paradas por una huella que conocía Castro, llegando entrada la noche a Traiguén. Al día siguiente, también de madrugada, salimos de ese fortín y cruzamos numerosas montañas tupidas de vegetación. Cuando faltaba poco para que oscureciera se desató una lluvia torrencial, que nos caló hasta los huesos y eso que sobre nuestros ponchos nos pusimos las mantas de hule. Esto nos hizo demorar un par de horas más y cerca de las dos de la madrugada llegamos al cuartel del "Húsares", en Angol.

Dormí rendido de cansancio y me levanté a la hora de diana, encontrándome con mi fiel asistente que ya estaba listo para lo que yo dispusiera. Me fui a desayunar al comedor del escuadrón y un oficial que no conocía se me presentó y me dijo "Mi comandante Doren desea desayunar con usted mi mayor".

Desayuné en las oficinas de la Comandancia y el jefe del escuadrón me dijo que no había querido perder la oportunidad de saludarme para felicitarme por partida doble: por mi ascenso y por el nombramiento de jefe de la Comisión Repartidora de Tierras. Le agradecí mucho el gesto y conversamos de muchas otras cosas y cuando pedí permiso para retirarme me dijo que él y su escuadrón quedaban a mi disposición para lo que yo necesitara en el futuro.

Durante la mañana fui a visitar mi terreno y a conversar con el matrimonio de ancianos que allí vivía y luego de almorzar envié a Castro a sacar los boletos para Santiago, en primera clase.

El soldado al darse cuenta recién que también estaba incluido en la visita a Santiago, exclamó muy alegre: "¿Yo también voy a la capital mi mayor?".

"Sí, ya está bueno que la conozcas –le dije– además, por si no te recuerdas, un oficial jefe no puede andar sin su ordenanza". "Esta si que está buena jefe –replicó– pero me lo podría haber dicho antes para arreglarme un poquito".

Le dije que tenía el tiempo necesario para acicalarse lo mejor que pudiera y le pasé dinero para que fuera a la barbería a cortarse el cabello y arreglarse el bigote y para que adquiriera en la pulpería de la Comandancia de Armas un uniforme nuevo. Se fue feliz, sacándole trote a su caballo. Cuando lo volví a ver, como a las cuatro de la tarde, parecía un hombre nuevo, ya que el barbero le había dejado el cabello, patillas y bigotes a la última moda y además lucía un uniforme impecable, con unas botas altas de montar que daban envidia.

"Puchas, voy a parecer tu ordenanza", le dije al verlo y él me respondió que como además tenía varios pesos guardados, se había comprado dos uniformes en vez de uno.

A las ocho de la noche, después de haber entregado nuestras cabalgaduras a un par de cabos del "Húsares" que nos acompañaron a la estación, subimos al tren junto a José del Carmen Balmaceda, que viajaba acompañado de su secretario.

"Los secretarios nos vamos en otra corrida de asientos", le dijo Castro al ayudante de Balmaceda. El se rió y le dijo que encantado. José del Carmen me miró muerto de la risa y me dijo:"con suerte sabe sumar y juntar las letras y ya se ha puesto al nivel de mi secretario que es abogado, pero en vez de molestarme me cae muy simpático tu ordenanza"

El tren se puso en movimiento lentamente, con las típicas bocanadas de humo lleno de hollín mezclado con las nubes de vapor. El monótono traqueteo lo sentiríamos durante casi dieciséis horas.

Llegados a la Estación Central de Santiago, José del Carmen me dijo que nos fuéramos a su casa a refrescarnos y asearnos, ya que aún disponíamos de un par de horas antes de la audiencia con el Presidente. Después de haber estado cerca de una hora en la casa de Balmaceda, tiempo en el que me bañé, cambié de uniforme e incluso alcanzamos a comer una ensalada y un trozo de carne fría, partimos en el elegante carruaje de mi amigo, junto a nuestros "secretarios", por La Cañada en dirección al Palacio de Gobierno.

Descendimos del carruaje en el frontis de La Moneda, por el lado de la calle de La Moneda y los guardias del "Granaderos" me presentaron armas al ingreso al edificio, por corresponder esta rendición de honores al nuevo grado que tenía. Uno de los soldados que estaba en posición firme, mientras yo respondía los honores con un saludo de mano en visera de mi quepí, rompiendo el reglamento me dijo en voz baja "gusto de verlo mi alférez… perdón mi mayor". Era uno de

los jinetes del "Granaderos" que había integrado el Segundo Escuadrón durante la campaña del norte.

Guiados por un teniente del "Granaderos" llegamos hasta la oficina del secretario del Presidente, un joven abogado llamado Guillermo Rivera. Esperamos solo unos segundos y luego se abrió una puerta situada en el fondo del despacho del secretario y apareció por ella el teniente coronel Manuel Barahona, uno de los edecanes del Presidente de la República. Saludó cortésmente a José del Carmen Balmaceda y luego de que nos saludamos militarmente, me dio un gran abrazo, ya que nos unían viejos lazos de amistad generados a través de su hermano Ulises, alférez del "Granaderos" y gran amigo mío, que murió en Arica víctima de fiebre.

Precedidos del comandante Barahona, entró José del Carmen Balmaceda y luego yo. Era la primera vez que veía al Presidente, que estaba vestido con un traje negro, de pie tras el escritorio. Me cuadré militarmente y luego de dar un fuerte apretón de manos a su hermano, me saludó efusivamente.

"Aquí estamos con Demetrio Lastarria, que es mi ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, para informarle sobre la tarea que le he encomendado, para sanear de una vez por todas la tenencia de las tierras en Malleco y Cautín", señaló el Presidente.

Luego de estas palabras iniciales y de los saludos al ministro, el Presidente nos invitó a sentarnos en las butacas de un pequeño salón que había en un extremo del despacho. "Mi hermano me ha informado que usted es la persona ideal para el cargo, lo que ha sido refrendado por el comandante Barahona, porque me han dicho que además de ser un muy buen oficial es también abogado y eso para mi es muy importante", continuó.

Después dio la palabra al ministro Lastarria, quién se explayó sobre el tema de la colonización, de los mapuches, de la construcción del ferrocarril y de tantos otros aspectos que aunque no dominaba en profundidad los conocía bien, de manera tal que logramos entablar un diálogo fluido, que por lo que me di cuenta agradó al Presidente Balmaceda. Esta charla o más bien exposición del ministro se extendió por una media hora, con frecuentes intervenciones del Presidente.

De pronto, José Manuel Balmaceda se puso de pie y dijo que ya habría tiempo para ir viendo cada tema en forma detallada, que lo importante ahora era entregarme una copia del decreto que me nombraba jefe de la Comisión Repartidora de Tierras y las cartas para los intendentes de Malleco y Cautín en las cuales él les ordenaba entregarme todos los medios para el cumplimiento de las funciones encomendadas.

En forma respetuosa, le pregunté al Presidente si consideraba necesario que renunciara al Ejército, respondiéndome que por ningún motivo, ya que eso me

daba una autoridad adicional para el uso de recursos militares en caso que se requirieran.

"Usted fijará residencia en Angol y Temuco y la renta de las casas serán de cargo de las respectivas intendencias. Además se le cancelará sueldo equivalente al de jefe de servicio y conservará su sueldo militar… y felicitaciones", dijo el Presidente, dándome la mano. Luego me entregó el decreto y las cartas selladas para los intendentes y dándome las gracias se despidió con "ya nos veremos".

Me cuadré y dándome la media vuelta, salí muy contento del despacho del Presidente Balmaceda. José del Carmen se despidió de mí en las oficinas del secretario, para reingresar a la oficina del primer mandatario.

Junto al soldado Castro –que me había esperado en la secretaría– salimos por calle La Moneda y nos fuimos al hotel Inglés de la Plaza de Armas, donde alojaríamos. Por el camino miré varias veces el decreto, que llevaba como fecha el 15 de julio de 1888.

Autoridad de gobierno

La penúltima semana de julio de 1888 estaba de regreso en Angol, como flamante jefe de la Comisión Repartidora de Tierras. Aquí comenzó para mí una tarea que se prolongó por dos años y medio, en la cual cambió drásticamente mi manera de enfrentar los desafíos que este trabajo me demandaba.

Comencé un largo estudio destinado a verificar la situación de la tenencia de la tierra, que era disputada a balazos entre colonos e indígenas. Así me percaté que existía un sistema de repartición de las tierras en las recientemente creadas provincias de Malleco y Cautín. Partía de la premisa de desconocer la propiedad indígena y de otorgar al Estado la supremacía en cuanto a la comercialización o asignación de los terrenos.

Se trataba de evitar, a toda costa, que los particulares ya fueran chilenos o extranjeros, adquirieran en forma directa terrenos pertenecientes u ocupados por mapuches.

Prevalecía la política de efectuar periódicos remates, en los cuales el gobierno –o mejor dicho el Estado– se reservaba un tercio de las tierras para poder materializar los planes de colonización, en los que los beneficiados eran casi en partes iguales familias europeas y chilenos venidos de la zona central.

Sin embargo y contradiciendo las políticas aconsejadas por el Presidente Balmaceda, se había favorecido en todo momento a los chilenos y extranjeros,

desplazando a los mapuches hacia territorios de menor calidad, radicándolos en pequeñas parcelas que no superaban las ocho hectáreas por jefe de familia.

Pero había un problema aún mayor. En los remates de las tierras las familias más poderosas de la zona se las ingeniaban mañosamente para adquirir a costos ridículos grandes paños, de aproximadamente trescientas hectáreas cada uno, a nombre de familiares directos. De esta manera, había familias, como los Bunster, en los cuales el padre, cada uno de los hijos, los sobrinos, las nueras y otros parientes, remataban tierras aledañas o colindantes, generando tremendos latifundios, rompiendo de esta manera el espíritu de la repartición equitativa de las tierras.

Así, al asumir mis funciones me percaté que había en resumen tres grandes asuntos que resolver en la distribución de las tierras: Lo primero, el arrinconamiento de los mapuches a terrenos pequeños y de baja calidad. Segundo, entrega a colonos de tierras de buena calidad pero limitadas a cincuenta y hasta cien hectáreas por familia. Tercero, creación de latifundios generados a partir de los remates de paños de terreno, de muy buena calidad, que eran adquiridos por familiares que luego los reunían en uno solo.

Siguiendo las instrucciones del Presidente Balmaceda, me instalé en una casa situada a dos cuadras de la Plaza de Armas de Angol, que fue arrendada por la intendencia de la provincia. Allí, además de adquirir los muebles propios de una morada, como dormitorio, comedor y recibo, dispuse de la habitación más próxima a la puerta de entrada como mi oficina de trabajo.

Contraté al matrimonio de ancianos que cuidaba mi "rancha", que quedó a cargo de una de sus hijas, para que vivieran conmigo y se encargaran de todos los menesteres. Allí sentó sus reales mi asistente Castro, quien por esos días me pidió un par de semanas de permiso para ir a ver a sus padres y hermanos a Concepción.

Mientras estudiaba todos los pormenores de la "repartija de tierras" –como yo la denominaba por la serie de irregularidades que encontraba– viajé a Temuco, donde la Intendencia de Cautín arrendó una hermosa vivienda en la calle Francia. Esta pertenecía a un matrimonio de alemanes que se había trasladado a vivir a su campo y estaba completamente amoblada y alhajada, con dos empleadas incluidas.

Así, a fines de agosto de 1888 ya estaba funcionando plenamente y en directa coordinación con mi jefe directo, que era el ministro Lastarria.

Como me fui haciendo enemigos

Se podría decir que venía saliendo de dos guerras: la del norte con Perú y Bolivia y la del sur, contra mapuches y bandoleros.

Sin embargo en esas dos guerras no me había hecho de enemigos y solamente tuve adversarios. Pero en esta etapa de mi vida supe lo que era hacerse de enemigos por doquier.

Recuerdo que a fines de septiembre de 1888 realicé un completo informe que envié al Presidente Balmaceda y al nuevo ministro, que era Augusto Matte, en el que hice presente mis aprehensiones en la forma en que se estaban distribuyendo las vastas tierras de estas dos provincias.

Un par de semanas más tarde recibí una carta del Presidente en la cual me decía que él y su ministro coincidían plenamente conmigo y que para eso me había designado, para que corrigiera todos los vicios y errores y realizara esta importante tarea en forma justa y que me autorizaba para llevar adelante lo que estimara conveniente, "incluso la denuncia pública de esta situación".

A comienzos de 1889, estando en Temuco, llegó un cronista del periódico santiaguino "El Ferrocarril", que me pidió le informara sobre el problema de los gigantescos latifundios que se estaban formando.

Yo estaba un poco reticente a "tirarme al agua" con un tema tan delicado y además considerando que este diario era crítico al Presidente Balmaceda. Sin embargo, el cronista me dijo que altos funcionarios del ministerio de Relaciones Exteriores le habían pedido que conversara conmigo. Para asegurarme, me fui a la oficina de telégrafos de la Comandancia de Armas y mandé un telegrama al ministro haciéndole presente mis dudas. Por la tarde, un soldado llegó hasta mi oficina portando un telegrama del ministro, en el que me decía escuetamente: "Yo lo mandé. Dele con todo no más. El Presidente lo sabe y si tiene dudas telegrafíele".

Ante esta contundente respuesta, hice ubicar al periodista y lo cité para el día siguiente a mi oficina. La entrevista duró casi la tarde completa, en la que relaté todo lo que había descubierto y como lo estaba remediando y ante las insistencias del cronista de saber quienes eran los nuevos latifundistas, que habían adquirido tal cantidad de hectáreas mediante argucias, me atreví a darle los nombres, recordando esa frase del telegrama del ministro… "Dele con todo no más".

Hoy, pasado tanto tiempo, no recuerdo todos los nombres de dueños de predios con avalúos superiores a los cien mil pesos que le di al periodista. Cien mil pesos era una cantidad gigantesca a fines de 1888, considerando que equivalían a cinco mil "Cóndores", que era una moneda de oro de más de 11 gramos.

Volviendo al listado que entregué al redactor de "El Ferrocarril", contenía los nombres de bastantes personas, y estaba respaldado por los cerros de documentos que había reunido en los últimos meses. Refiriéndome a la provincia de Malleco, mencioné a las familias Jarpa, Benavente, De la Maza, Alarcón, Ríos, Bunster y Anguita, entre otros.

En cuanto a la provincia de Cautín, cité las familias McKay, Anguita, Bunster, Lavanderos, Subercaseaux y Romero, a modo de ejemplo, ya que hay una decena más que no recuerdo.

Unos diez días más tarde, "El Ferrocarril" publicaba esta denuncia y varios periódicos de la zona reproducían el artículo. Ese fue el inicio de la guerra más enconada que debí afrontar, ya que varios de los citados en la crónica comenzaron a realizar gestiones en los niveles más altos para lograr mi destitución.

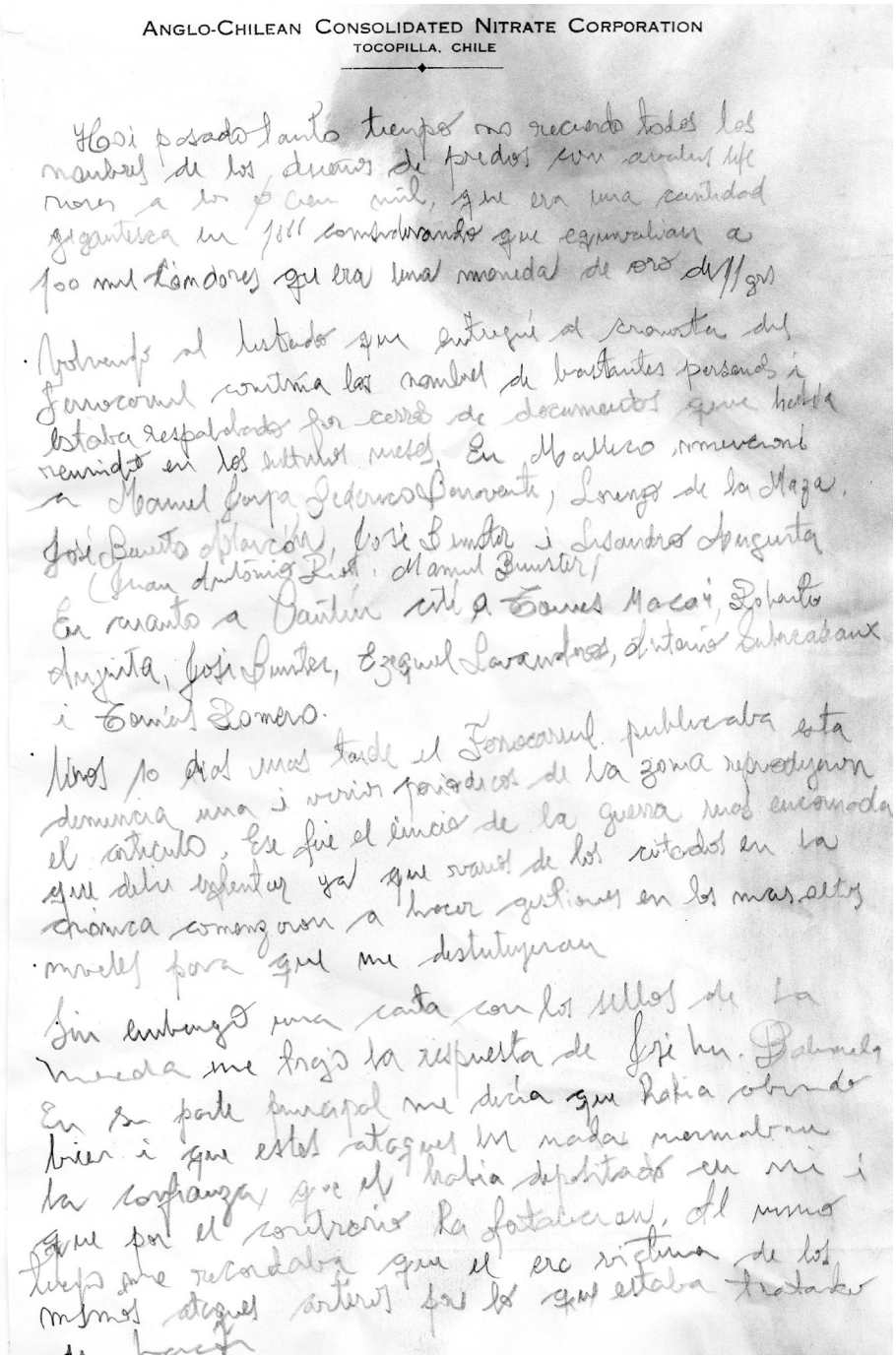
Sin embargo, una carta con los sellos de la presidencia me trajo la respuesta de José Manuel Balmaceda. En su parte principal me decía que había obrado bien y que estos ataques en nada mermaban la confianza que él había depositado en mi y que, por el contrario, la fortalecían. Al mismo tiempo, me recordaba que él era víctima de los mismos ataques arteros por lo que estaba tratando de hacer en las más diversas áreas.

Sin embargo, las presiones de los "ofendidos" por mis declaraciones iban en aumento. El primer triunfo lo lograron cuando convencieron al matrimonio de alemanes que me arrendaba la casa de Temuco para que pusiera término anticipado al contrato. Al no encontrar otra vivienda digna que pudiera cumplir además las funciones de oficina, debí instalarme en el edificio de la Intendencia y me fui a vivir en la misma pieza que antes ocupaba en el cuartel de la Comandancia de Armas.

Semanas más tarde, cuando cabalgaba junto a mi ordenanza desde Carahue a Temuco, fui asaltado por un piquete de sujetos con los rostros cubiertos y armados de carabinas. Esto no fue un vulgar salteo, pues en momento alguno los sujetos intentaron robarnos nuestras cabalgaduras o armas, sino que divididos en dos grupos intentaron envolvernos al galope para hacernos una encerrona y matarnos.

Afortunadamente para nosotros, los malhechores eligieron mal el sitio para su emboscada, ya que al lado izquierdo del camino, casi junto al río, había un gran hoyo rodeado por promontorios de tierra dejado por los lavadores de oro. Allí nos lanzamos al galope con nuestros caballos y desmontando velozmente tomamos posiciones. Castro y yo, que andábamos de uniforme, además de nuestros sables teníamos las carabinas y, en mi caso, un revólver.

Los atacantes desmontaron y tomaron posiciones al lado contrario del camino, pero obviamente que nosotros estábamos mejor parapetados y, por esa razón, ellos



ANGLO-CHILEAN CONSOLIDATED NITRATE CORPORATION
TOCOPILLA, CHILE

Hoy i pasado tanto tiempo me recuerdo todos los nombres de los dueños de pedos sin avales life nores a los 20 cien mil, que era una cantidad gigantesca en 1911 considerando que equivalian a 100 mil Libradores que era la mas moneda de oro de 11 grs

Refiriendo al listado que entregué al cronista del Ferrocarril contenia los nombres de bastantes personas i estaba respaldado por cerca de documentos que habia reunido en los últimos meses. En Mejillones mencionaré a Manuel Loyola, Federico Bonvente, Lorenzo de la Maza, José Benito Olivares, José Bunster i Lisandro Augusta (Juan Antonio Ríos, Manuel Bunster)

En cuanto a Caliche cité a Tomas Macaí, Roberto Augusta, José Bunster, Ezequiel Lavandero, Antonio Subercaseaux i Tomás Romero.

Unos 10 días mas tarde el Ferrocarril publicaba esta denuncia una i varios periódicos de la zona reproducieron el artículo. Ese fue el inicio de la guerra mas encomoda que debí enfrentar ya que varios de los citados en la crónica comenzaron a hacer gestiones en los mas altos niveles para que me destituyeran

Sin embargo una carta con los sellos de la Moneda me trajo la respuesta de José Ma. Balmaceda. En su parte principal me decia que habia obrado bien i que estos ataques en nada mermaban la confianza que el habia depositado en mi i que por el contrario la fortalecian. Al mismo tiempo me recordaba que el era víctima de los mismos ataques sinteros por los que estaba tratado

Apuntes de conversaciones con Varela.

se llevaron la peor parte. Efectivamente, de los seis bandidos, tres cayeron muertos como consecuencia de nuestros disparos, dos lograron huir hacia el campo y otro quedó malherido con un tiro en el estómago y lo llevamos detenido hacia Temuco, pero no alcanzó a entrar con vida en la ciudad.

Este incidente fue muy comentado en todos los círculos de la ciudad y, desde ese momento, cada vez que me desplazaba por los campos, conté con una escolta de seis jinetes del regimiento de "Carabineros de La Frontera", que me proporcionó el comandante de armas de Cautín. Otra protección similar me fue concedida, por instrucciones de la Presidencia, por la Comandancia de Armas de Malleco.

Y hablando de Malleco, unos meses después –también por presiones de los grandes terratenientes– me vi desalojado de la casa que arrendaba en Angol y ante la negativa de otros propietarios de rentarme una vivienda, debí comenzar a alojar en la casa que poseía en esa ciudad José del Carmen Balmaceda y que él utilizaba durante su constantes visitas a la zona.

En este caso, el cabecilla de las presiones hacia mi persona fue Manuel Bunster y su familia, las que incluso lograron que no fuera admitido en el Club Social de Angol.

Mi segundo gran pecado

Mi segundo "gran pecado" lo cometí en febrero de 1889, cuando se realizó un nuevo proceso de repartición de tierras en la zona costera de Cautín.

De acuerdo a mensajes enviados por los terratenientes a través de un oficial del Ejército, me recomendaban que en el saneamiento de las tierras de Chol Chol, tomara en cuenta dejar las planicies irrigadas para remate público y que no se me fuera a ocurrir favorecer con esos terrenos a Domingo Coñuepán, que era el lonco y cacique de las comunidades que poblaban hasta el momento esa zona.

Yo tenía una muy buena relación con Coñuepán, ya que él siempre había mantenido una actitud de colaboración hacia el Ejército y hacia mi persona, razón por la cual se había hecho acreedor de mi admiración y respeto. Por esa razón, llegado el momento en que debía iniciar la distribución de las tierras de esa zona, propuse al ministerio la asignación a Coñuepán del mismo terreno en que residía y que era ocupado por sus antepasados.

Mi propuesta, que finalmente fue aceptada por el ministerio, consistía en un paño de trescientos cincuenta hectáreas para Domingo Coñuepán y la asignación de parcelas de diez hectáreas a cada uno los mapuches subordinados al distinguido

Cacique, bajo el régimen de "comunidad". Pero además, las parcelas asignadas a cada familia indígena dependiente de Coñuepán, eran colindantes, de manera tal que los mapuches de Chol Chol quedaron como propietarios legales de las tierras en que habían habitado durante cientos de años.

Era una forma que yo había encontrado de contrarrestar el latifundio que trataban de imponer con artimañas los colonos chilenos y algunos extranjeros.

Todo el proceso se realizó en forma reservada, pero los problemas comenzaron algunos días antes del anunciado remate del resto de las tierras, cuando emisarios de los latifundistas comenzaron a recorrer el área sujeta a repartición, para elegir los mejores terrenos agrícolas. Obviamente que las primeras exploraciones las efectuaron al área habitada por Coñuepán y los suyos, encontrándose en ese momento con la ingrata sorpresa que los mapuches tenían en su poder copia de los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores Culto y Colonización que los acreditaban como legítimos propietarios. Esto causó tal ira en los terratenientes, que llegaron en un numeroso grupo hasta mi oficina de Temuco.

No me pude negar a recibirlos, dejando entrar a mi despacho sólo a cinco o seis de ellos. En forma insolente me dijeron que esto me costaría la cabeza, ya que estaba "favoreciendo a un puñado de indios flojos, borrachos y asesinos en perjuicio de agricultores pujantes y honrados".

Yo les repliqué que estaba actuando de acuerdo a instrucciones del gobierno y totalmente apegado al derecho, ya que la ley indicaba claramente que lo primero que correspondía al sanear un territorio, era asignar los terrenos a los mapuches, luego delimitar la reserva para la colonización y, por último, los terrenos sobrantes de ambos procesos, debían ser licitados mediante remate público. Y eso era lo que había hecho. "Por si no se han enterado aún, les comunicó que ya se dictó en Santiago el decreto que fija el área de colonización y en estos momentos procederé a informarles del territorio que quedó disponible para remate, por si aún les interesa". Dicho eso, les pasé un documento en el que se explicaba la forma en que se había distribuido la tierra en la zona de Chol Chol, el que luego de ser leído fue roto por uno de ellos.

Inmediatamente todos se pusieron de pie y comenzaron a abandonar mi oficina, lanzando improperios de todo tipo y frases tales como "esto es lo último que harás"... "el Presidente, cuando sepa esto, te va a sacar de un puntapiés en el culo"… "hasta aquí no más llegaste".

Ciertamente que trataron de cumplir con sus amenazas ya que se movieron muy rápido a través de sus contactos políticos para tratar de ponerme mal con el Presidente, pero sus tratativas se vieron nuevamente frustradas con un telegrama

que me llegó un par de días más tarde de don José Manuel Balmaceda, que decía "Muy bien, siga así". Semanas más tarde recibí una extensa carta del nuevo ministro de Relaciones Exteriores Culto y Colonización, Mariano Sánchez Fontecilla, dándome instrucciones de seguir con las mismas políticas de distribución de la tierra que había llevado desde los inicios de mi gestión, "porque eso es lo que quiere el Presidente".

Otra vez Trizano

Cada día me encontraba más solo, ya que me había ganado la animosidad de los más ricos agricultores de las dos provincias y de sus súbditos.

Mis más cercanos y leales colaboradores eran mi asistente Castro y mi secretario, que había contratado a fines del 88. Éste se llamaba Augusto Moreno, era de Concepción y se había titulado recientemente de abogado.

Me sentía enormemente presionado desde todos los flancos, ya que los ambiciosos generadores de latifundio movían todas sus influencias para sacarme de su camino. Parlamentarios, sacerdotes, latifundistas y connotados dirigentes políticos de la zona y de Santiago, se las arreglaron para entregarme sus mensajes plenos de amenazas por la forma en que estaba llevando el proceso.

Sin embargo, la visita más indignante la recibí entrando en el invierno de 1889.

Siendo media mañana, mi secretario entró a mi oficina y me dijo que un capitán del Ejército deseaba hablar conmigo. Sin preguntarle el apellido, le dije que lo hiciera pasar al recibidor y que por favor me esperara unos diez minutos, mientras terminaba de redactar un informe para el ministro.

Apenas concluí lo que estaba escribiendo avisé a Moreno que hiciera pasar al oficial que me esperaba. Inmensa fue mi sorpresa cuando advertí que se trataba de Pedro Trizano, por entonces a cargo de las policías rurales de Malleco.

Aunque ese día yo vestía de civil, Trizano se cuadró militarmente y tras el consabido "Permiso mi mayor", de muy malas ganas lo invité a tomar asiento, preguntándole a boca de jarro, que es lo que lo traía ante mí.

Me explicó que no era fácil para él acercarse hasta mi despacho, a sabiendas que estaba consciente que él no era santo de mi devoción. Cuando comenzó con ese discurso –mezcla de respetuoso y altanero– le dije que ahorrara palabras y que fuera a la médula del asunto.

"Si así lo desea mi mayor, así lo haré", dijo con voz ruda.

"Vengo a hablarle como jefe de la policía rural de Malleco para representarle el problema que usted está causando con los títulos de merced de tierras que está entregando a demasiados indios, ya que al sentirse dueños de la tierra se han puesto más atrevidos y peligrosos. Yo creo que usted debiera recapacitar y entregar más tierras a los agricultores chilenos, y arrinconar a la indiada a las partes más alejadas".

Hasta allí nada más llegó la frase del displicente y fanfarrón Trizano, ya que se la interrumpí con un seco y airado grito: "Que se cree usted, soldado de juguete, que viene a decirme lo que tengo que hacer. Soy superior suyo dentro del Ejército y también si no fuera militar, porque dependo de un ministro y del Presidente de la República. Si acaso pretende intimidarme, está muy equivocado –añadí– y lo único que me resta por decirle es que se mande a cambiar de acá y le diga a sus patrones que le fue mal con el mayor Varela". Trizano se cuadró de malas ganas y salió raudo de mi casa, es decir de la casa de José del Carmen Balmaceda.

Ese fue el más desagradable emisario que recibí para que desistiera de la forma en que estaba cumpliendo con mi tarea.

Digo desagradable por dos razones. La primera porque en realidad Trizano no era "santo de mi devoción" por su forma de ser; altanero e irrespetuoso con sus jefes y por considerarlo yo un sujeto enfermizo que disfrutaba al máximo cada bandido o mapuche que caía bajo sus balas o las de sus hombres. La segunda razón, porque este incidente con Trizano me valió una reprimenda de un coronel del Ejército, que me hizo presente la necesidad que tuviera una mejor colaboración con las policías rurales, sobre todo tomando en cuenta que yo era un oficial del Ejército.

Ese fue el detonante de una idea que desde ese momento no se desprendió de mi cabeza. Abandonar el Ejército y dedicarme con más independencia y tranquilidad a estas funciones.

"De allá y para acá"

Valga recordar que, paralelo al trabajo que desarrollaba en la Comisión Repartidora de Tierras, yo continuaba con mi titularidad en la cátedra de francés del Liceo de Hombres de Temuco.

Mensualmente, me establecía durante veinte días en Temuco y poco más de una semana en Angol. Durante mi estadía en Temuco aprovechaba entre lunes y miércoles de concretar todas las visitas a terreno, los jueves los dejaba para el trabajo administrativo y los viernes realizaba las clases de francés a todos los cursos del Liceo de Hombres de Temuco.

La verdad es que este oficio lateral de maestro me agradaba mucho, ya que siempre mantuve las mejores relaciones con los demás preceptores, con los alumnos y también con sus padres. Era increíble lo que me servía el trabajo en el liceo para reconfortarme de las ingratitudes que sufría por mi tarea en la Comisión Repartidora de Tierras.

Era algo difícil de explicar, ya que existían hacendados que lo único que deseaban era que yo desapareciera del mapa y que se trababan en violentas polémicas conmigo en la Comisión, pero algunos de ellos eran padres de alumnos míos del Liceo y cuando nos encontrábamos en los accesos del establecimiento me saludaban cortésmente e, incluso algunos, amablemente. Eso nunca lo comprendí, porque yo era la misma persona.

Así pasaron rápidamente los meses, entre Angol y sus alrededores –Victoria, Ercilla y Lautaro– y Temuco y los pueblos que la rodeaban como Villarrica, Chol Chol, Carahue, Nueva Imperial y Saavedra.

También con mis alumnos, que constantemente demostraban el afecto que sentían hacia mi persona.

De este modo, "a carreras para allá y para acá", casi no me di cuenta como llegó a su fin 1889, dedicándome las últimas semanas que restaban para terminar la década, a la redacción del informe al gobierno de mi gestión anual en la Comisión Repartidora de Tierras y a las evaluaciones finales de mis alumnos.

1890, adiós al Ejército

El verano de ese año transcurrió sin mayores sobresaltos, como ocultando que 1890 sería un año extremadamente complicado en lo político.

Para poder actuar con menores presiones, en febrero de 1890 pedí voluntariamente mi baja del Ejército, luego de once años de servicios. Junto con ser licenciado se me confirió el grado de teniente coronel de Guardias Nacionales, quedando autorizado para el uso del uniforme y nuevo grado en forma permanente. En poco más de una década –y sin proponérmelo– recorrí los grados desde alférez a teniente coronel, en mucho menor tiempo que la mayoría de mis compañeros.

No obstante mi completa entrega al Ejército, mi alejamiento de las filas fue sin pena ni gloria, ya que no fui motivo de despedida alguna y todo se redujo solamente a trámites administrativos.

En realidad era previsible que esto pudiera ocurrir, ya que algunos de los más altos oficiales del Ejército del Sur estaban del lado de los grandes terratenientes

y, obviamente, en mi contra. Este hecho me apenó por un corto tiempo, ya que paulatinamente fui concibiendo la idea que estos oficiales no eran el Ejército, una institución a mi juicio noble y muy por encima de las cabezas de estos individuos.

Las grandes acciones armadas de Tacna, Ate, Herbay, Chorrillos y Miraflores, mi entrada triunfal a Lima en la vanguardia del Ejército chileno, la amistad forjada con grandes camaradas, los amigos que quedaron sepultados en suelo adversario y tantos otros nostálgicos recuerdos, pasaron a constituirse en mi visión de mi paso por las filas militares. Preferí quedarme con mis lindos y emotivos recuerdos del "Granaderos", del "Cazadores" y del "Húsares", en vez de aquellos provenientes de los despachos de oficiales intrigantes y envidiosos.

Así, silenciosamente, me alejé de la milicia, llevándome solamente lo bueno de ella y las medallas ganadas en los campos de batalla.

Desde el mes siguiente a mi licenciamiento y considerando mi condición de "veterano de guerra", comencé a recibir mi pensión correspondiente al último grado logrado dentro del Ejército: sargento mayor.

Conservé a mi ordenanza Castro y mi caballo fiscal "Aguijón. Por orden ministerial se me asignó una escolta permanente integrada por un sargento, un cabo y nueve soldados de caballería.

Epidemia de viruela

En marzo se expandió desde Chillán al sur una tremenda y cruenta peste de viruela. Los territorios más afectados fueron la provincia de Malleco y ciertos sectores de Cautín.

Era la primera peste de este tipo que –de acuerdo a las informaciones disponibles– se registraba en la zona. Por ello los estragos que produjo fueron tremendos, especialmente entre los mapuches, que no tenían ninguna defensa contra el mal.

Aunque muchos reportes de la época señalaban que "extrañamente esta epidemia no afecta a los araucanos", yo me percaté en terreno de los efectos casi catastróficos que provocó en la población mapuche.

Como yo manejaba datos y estadísticas de los sectores de mayor densidad de población mapuche a los que realizaba periódicas inspecciones, pude elaborar mi propio catastro de los indígenas muertos de viruela. Según los cálculos que obtuve, los mapuches fallecidos fluctuaron entre tres mil quinientos y cuatro mil, solamente en los primeros meses de 1890.

A mediados de abril, en unos de mis rutinarios viajes a Angol, tuve la grata sorpresa de encontrarme con el doctor Ricardo Cortés-Monroy. Se trataba del mexicano que concluyó sus estudios de Medicina en la Universidad de Chile y a quien conocí cuando realizó su internado en las ambulancias del Ejército en la campaña de la sierra peruana.

Fueron momentos muy gratos y emocionantes los que compartimos con Ricardo, quien había sido enviado a la zona por las autoridades de salubridad para coordinar los lazaretos para los enfermos de viruelas. Hicimos infinidad de recuerdos de nuestras peripecias en la sierra peruana y de los muchos amigos que quedaron para siempre en esas tierras.

En las reuniones que sostuvimos durante los días que pasé en Angol, el doctor Cortés-Monroy confirmó mis aprehensiones acerca de la alterada información que se estaba dando sobre los efectos de la viruela en la población mapuche. Me contó que él se había dado cuenta que "la gente con poder que tiene mucha influencia en los periódicos, está propagando esta idea, de manera tal que la peste cunda entre los mapuches y cause la más alta mortandad posible y después apropiarse de sus tierras".

Ello me motivó a redactar un informe bastante detallado sobre las gravísimas consecuencias de la viruela entre los araucanos, el que me aprestaba a enviar por correo a Santiago, cuando recibí la noticia que debía dirigirme a la capital para una entrevista en La Moneda. Guardé el informe para entregarlo personalmente.

En La Moneda

Permanecí en Angol una semana más de lo acostumbrado y los primeros días de mayo de 1890, acompañado de Castro y mi secretario, me embarqué en el tren a Santiago, acatando el llamado del Presidente Balmaceda y su nuevo ministro de Tierras y Colonización, Juan Mackenna.

No recuerdo la fecha exacta, pero fue a mediados de mayo cuando llegué a la Estación del Ferrocarril en Santiago. Recién entonces me di cuenta que había pasado largo tiempo sin que visitara la capital, advirtiendo que ésta había cambiado notoriamente, ya que la modernidad se notaba en muchas partes.

Un par de hermosas y grandes escuelas y liceos en la Alameda, otras en el Camino de Cintura, muchas calles con alumbrado eléctrico, buenos empedrados en las principales avenidas y una serie de nuevos y grandes almacenes en el sector céntrico de la capital.

Como ya era habitual, me hospedé en el hotel Inglés, en la Plaza de Armas, y más grande fue mi sorpresa cuando me di cuenta que en la recepción había una terminal de teléfonos. No pude resistir la tentación de ir a interiorizarme de ese modernísimo sistema de comunicación, que solamente conocía hasta entonces a través de los diarios y magazines.

Así me pude enterar, a través de la detallada explicación del telefonista, de la gran maravilla que esto representaba. Con solo levantar un auricular se podía entablar un diálogo con una persona que estaba en una oficina ubicada a varias cuadras y, a través de ella, indicando su nombre o número de abonado, lo comunicaban con personas ubicadas incluso en Valparaíso, pudiendo mantener una conversación que se oía prácticamente como si se estuviera hablando con alguien situado a unos diez metros de distancia.

Después de un corto paseo por la ciudad, regresé a cenar al hotel y me acosté muy temprano, considerando que al día siguiente debía estar a las nueve de la mañana en el palacio de gobierno.

Concurrí vestido de paisano –aunque podía usar el uniforme de teniente coronel del Guardias Nacionales– y traspasé el portón de La Moneda minutos antes de la hora de mi cita.

En realidad debí esperar casi una hora, porque según la explicación del secretario, el Presidente estaba en una reunión con sus ministros fijada a último minuto.

Concluido este consejo, el ministro Mackenna salió del despacho del primer mandatario y luego de saludarme me invitó a pasar a la oficina de Balmaceda. Esta era la segunda vez que veía al Presidente, pero lo noté mucho más envejecido y agotado, y eso que no habían pasado dos años desde nuestro primer encuentro.

Me recibió con mucha amabilidad y luego de invitarme a tomar asiento, me ofreció un té. "Las cosas no están tan bien como querríamos amigo Varela", dijo a modo de introducción de la conversación.

Aprovechando que el Presidente estaba bebiendo un sorbo de té, le respondí que lamentaba mucho que mi gestión no fuera de su entera satisfacción, pero que estaba haciendo todo lo posible. Levantando su mano derecha, el Presidente Balmaceda me interrumpió y me dijo que no se refería a lo que yo estaba haciendo, sino que al país en general.

"Esa arrinconada permanente que los grupos de terratenientes le hacen a usted, me la están haciendo a mi casi desde el día en que asumí", señaló. Con tono calmo añadió que "a la oposición le molesta y preocupa mucho mi política de hacer obras, porque temen que con esto no podrán acceder al poder en las próximas elecciones,

ya que la gente que vota no tiene ni un pelo de tonta y se dará cuenta que con nosotros hay obras, con ellos solamente promesas y cohechos".

Sin alterarse en minuto alguno, me dijo que me haría una breve exposición de las obras que tanto asustan a la oposición.

Señaló la creación del Ministerio de Obras Públicas como la herramienta para infinidad de avances, entre los que me citó la completa canalización del río Mapocho, la construcción del dique seco de Talcahuano, cientos de kilómetros de caminos, malecones en Valdivia, Talcahuano, San Antonio, Coquimbo y otros puertos menores, nuevos edificios para intendencias, gobernaciones, cárceles, hospitales y escuelas primarias.

"Además –agregó– he cometido el pecado de iniciar el tendido de más de mil quinientos kilómetros de líneas férreas, incluyendo el proyecto del tren a Mendoza. Hemos construido nuevos y modernos puentes para el tren en los ríos Ñuble, Laja y Bio Bio y muy pronto estará terminado el puente sobre el Malleco, que será la obra de ingeniería más monumental de toda América".

"Pero he seguido pecando, ya que en mi gobierno más de quince ciudades han visto llegar a sus casas el agua potable y muy pronto habrá otros treinta y seis pueblos con este moderno servicio. Se están terminando los nuevos edificios de las escuelas de Medicina, Militar, Naval, Normal de Preceptores, Internado de Santiago, del Ministerio de Industria y Obras Públicas, de la Escuela de Artes y Oficios… y muchas otras grandes obras que solamente están destinadas al surgimiento del país", añadió.

"A la oposición –continuó– le molesta profundamente que esté aprovechando este momento histórico de Chile, por las grandes riquezas generadas por el salitre, para engrandecer a Chile. A ellos les gustaría que se hiciera más poderosos a los mismos de siempre y no les faltan pretextos para criticarme y atacarme de la forma más fiera y baja que a usted se le pueda ocurrir"

En su larga y detallada exposición de la situación política –durante la cual el ministro Mackenna y yo no lo interrumpimos en momento alguno– el Presidente Balmaceda expresó que él estaba consciente que las cosas se iban a enrarecer mucho más, "porque además estos caballeros, están apoyados por la Iglesia y por la Corona Británica, que vela por los intereses de sus súbditos que son dueños de oficinas salitreras y que han visto mermadas sus ganancias por el control de impuestos que ha aplicado mi gente y se sienten amenazados por mi permanente idea de que el Estado chileno pueda adquirir por ley un porcentaje de cada salitrera, para que queden más ganancias para el país".

"Desde octubre del año pasado tenemos en plena acción a esa coalición política que se hace llamar "Cuadrilátero", la que tendrá muchos recursos para realizar las más grandes campañas, considerando la plata que le llega de Londres, de los salitreros y de los frailes", dijo.

"Ellos me quieren llevar al desgobierno y los parlamentarios opositores han recurrido a todas las argucias para tratar de desmantelar mi gobierno. Allí tiene usted todos los cambios de ministros que me han obligado a hacer…vea solo su caso, en el Ministerio de Relaciones", concluyó el Presidente. "¿Y cómo están las cosas por allá?", me preguntó.

Sintiéndome autorizado para hablar, le expuse en la forma más escueta posible, los avances en la repartición de las tierras en Malleco y Cautín, la gran oposición que enfrentaba y la forma en que me estaba manejando con las autoridades.

"Esos ambiciosos nunca lo van a dejar tranquilo y no van a quedar satisfechos hasta que le saquen los dos ojos", me dijo, añadiendo que "yo le agradezco mucho su lealtad y lo único que quiero pedirle es que continúe en la forma en que lo ha hecho hasta el día de hoy".

Luego de casi una hora de conversación, el Presidente me dijo que el motivo de su llamado era, por un parte, explicarme como marchaba todo, por otra pedirme que siguiera al frente de la Comisión y, por último, avisarme que a mediados de año iría por la zona a inaugurar el puente del Malleco y que quería pedirme mi ayuda para que le organizara un grupo grande de mapuches que pudiera asistir voluntariamente a los actos, como "un tapabocas a los futres".

Me comprometí a cumplir con lo solicitado y al ver que el Presidente se ponía de pie, procedí a solicitar su venia para retirarme.

Me fui directamente al hotel junto a mi secretario, que me había esperado en la antesala del despacho presidencial. Todo lo que me relató el Presidente Balmaceda me bajó mucho el ánimo y decidí regresar esa misma tarde al sur, para lo cual envié a Castro a comprar los pasajes.

Buena oportunidad para pensar

Nos embarcamos en el tren que salía a las veinte horas y que se suponía que llegaría a Angol a las diez u once de la mañana. Sin embargo el viaje, como ya se consideraba habitual, tardó tres horas o más, por lo que las aproximadamente dieciséis horas de traqueteo por los rieles se convirtieron en una muy buena oportunidad para pensar.

Casi no conversé con mis acompañantes, excepto hasta San Bernardo, donde comencé a fingir que dormía. Sin embargo no lo hice en toda la noche, tiempo en el cual mi cerebro trataba de adivinar en que concluiría toda esta pesada efervescencia política por la que atravesaba Chile entero.

En forma recurrente, a manera de corolario de cada análisis que hacía de la situación, aparecía la frase que me dijo Balmaceda… "no descansarán hasta que le saquen los dos ojos". Y cada vez le encontraba mayor razón, ya que estaba consciente de los grandes poderes que se movían en mi contra, por el solo hecho que yo estaba aplicando la ley y no había cedido a sus presiones para favorecerlos con más fuentes de riquezas.

Hasta ese momento yo nunca había tomado mayor conciencia de la política y no tenía simpatías claras por ningún partido. De los presidentes de Chile, cuyos Gobiernos recordaba, siempre los observé –equivocadamente– como por sobre la contingencia política. Esa era la visión que tenía de José Joaquín Pérez, Federico Errázuriz, Aníbal Pinto y Domingo Santa María. El caso de Balmaceda fue distinto desde el principio, ya que comencé a interiorizarme de su actividad política desde que estaba en campaña y voté por él en las elecciones de junio del 86. Además de la natural afinidad y cercanía que me daba el contar con su confianza para un importante puesto, gozaba de la real amistad de uno de sus hermanos.

Pero dejando aparte estas consideraciones, durante mi meditado viaje de regreso al sur, cada vez se iba fortaleciendo en mi interior mi adhesión e incondicionalidad al Presidente Balmaceda, ya que comprendí que en realidad estaba haciendo una estoica tarea para ayudar al desarrollo del país, lo cual lo tenía sumido en una brutal guerra de acusaciones, burlas y ataques, que nunca antes se habían dado de igual forma, al menos en los últimos treinta años de la historia política chilena.

Decidí, en ese momento, luchar por este gobierno hasta las últimas consecuencias, desde el puesto que la ocasión me brindara, no importándome el que muchos no se quedarían tranquilos "hasta que me sacaran ambos ojos". Al descender del tren me sentí fortalecido.

CAPÍTULO 19
EL FANTASMA DE LA GUERRA CIVIL

Recrudecen los odios

El invierno de 1890 fue crudo en lo climático, pero muy tórrido en lo político.

A raíz de un par de oficios que envié al ministro de Relaciones Exteriores, en que hacía presente la inoperancia del protector de indígenas designado por el gobierno para velar por los derechos de los mapuches, me gané la completa enemistad de este personaje, cuyo nombre no recuerdo, pero sí su apellido, Zegers.

En los informes planteaba que el protector de indígenas había permanecido durante meses sin moverse de Angol, sin realizar ninguna visita a las comunidades de la zona y mucho menos aún había sido su ocupación por la situación de los mapuches a la provincia de Cautín. Como resultado de mis comunicaciones, esta persona fue removida de su cargo, que quedó vacante. Desde ese momento, Zegers se dedicó, además de supervisar sus extensos campos, a denostarme y perseguirme en forma permanente.

Pero como yo ya había tomado mi decisión –de regreso de mi viaje a La Moneda– de continuar apoyando a Balmaceda hasta el último, seguí adelante con mis funciones sin tomar en cuenta las calumnias y amenazas en mi contra.

Era tanta la animosidad que los cabecillas de los grandes agricultores sentían hacia mí, que por julio de ese año trataron de emboscarme, cuando cabalgaba desde Los Sauces a Angol. En esa ocasión venía de visitar un levantamiento topográfico que se estaba haciendo para preparar las radicaciones de indígenas y remates de tierras fiscales a realizarse entre febrero y marzo de 1891.

Eran como las siete de la tarde y ya estaba muy oscuro y llovía fuertemente. Viajaba acompañado de cuatro soldados del "Escuadrón Collipulli". Al ingresar a un recodo del camino, fuimos objeto de varios disparos desde unos grandes peñascos situados unos cincuenta metros delante de nosotros. Desmonté de inmediato y lo mismo hicieron los soldados que me custodiaban. Tomamos posiciones tras unos troncos caídos junto a la ruta y comenzamos a disparar guiándonos solamente por los fogonazos de los tiros que ellos nos hacían, pues la oscuridad ya era total.

Tres de los soldados estaban armados con carabinas Winchester 76 y uno de ellos con un fusil Grass. Yo solamente andaba con mi revólver, el mismo que había usado en la guerra contra Perú y Bolivia. El fuego que ellos nos hacían era demasiado intenso y uno de los soldados, que era la primera vez que me acompañaba, cayó fulminado de un tiro en plena frente. Una tremenda mala suerte considerando que ellos disparaban a azar. Tomé su carabina y ayudé a los soldados que quedaban a repeler el ataque y, en medio del infernal tiroteo, se escuchó un grito "Soldados, entreguen al Varela y no les pasará nada".

Los disparos se intensificaron de nuestra parte, hasta que nos percatamos que las descargas habían cesado de parte de ellos. Avanzamos con mucho sigilo, encontrando a uno de los atacantes agonizante con dos tiros en el pecho. De los otros ni luces, ya que se escabulleron velozmente entre las sombras. Nada nos pudo decir el sujeto herido, ya que expiró minutos después.

Desde ese día nunca más salí al campo sin llevar en la silla de montar mi carabina Winchester y una buena provisión de tiros. Muchas otras veces tuve que hacer largos recorridos hacia el río Malleco, para cumplir los encargos de verificación del terreno que me había encomendado el Presidente. Cada vez que salía al campo me acordaba de la frase que me dijo Balmaceda: "no descansarán hasta arrancarle los ojos". Pero esto, en vez de atemorizarme, me infundía más valor y fuerza para seguir adelante.

El Presidente Balmaceda en mis tierras

Como señalaba, durante dos o más meses trabajé en la preparación de un acto de adhesión al Presidente para cuando concurriera a inaugurar el viaducto sobre el río Malleco.

A través de diversas cartas selladas que me envió Balmaceda, me hizo saber que desconfiaba de algunos jefes militares de la zona y que temía por su seguridad. Me solicitaba informes de la topografía del terreno para que los altos oficiales del Ejército del Centro que lo acompañarían a la gran inauguración pudieran desarrollar sus planes de protección de la comitiva, que estaría a cargo de tropas santiaguinas.

Por esa razón debí visitar muchas veces, entre julio y octubre del 90 a la zona donde se trabajaba aceleradamente en la construcción del gigantesco viaducto, que la creencia popular atribuía al ingeniero francés Eiffel, pero que en realidad era obra de otros franceses. Conversando con los ingenieros y constructores a

cargo de las obras pude saber que los planos y diseño eran creación del ingeniero chileno Aurelio Lastarria y que, una vez aprobados por el gobierno, se hicieron las cotizaciones en Francia para la construcción de los módulos de acero.

Es cierto que se cotizó con Eiffel, pero su presupuesto casi dobló al de otra compañía francesa denominada Creuzot, que fue la que finalmente ganó el contrato e inició la fabricación de las partes del monumental puente a comienzos de 1887. Las fundaciones y estribos del puente comenzaron a ser construidas a mediados de 1887 y a finales de ese año comenzaron a llegar las primeras secciones de acero, que eran traídas en barco desde Amberes a Valparaíso y de allí en tren hasta casi el borde mismo del río.

El transporte y montaje de las tremendas estructuras fue a mi juicio una epopeya de la ingeniería y de los trabajadores chilenos, ya que las casi mil quinientas toneladas de piezas encajaban milimétricamente unas con otras. Los rieles quedaron a una altura de ciento cinco metros sobre el lecho del río y sus arcos de veían majestuosos, extendiéndose por los casi trescientos cincuenta metros de extensión del monumental puente.

El ver los afiebrados y precisos trabajos de jornaleros, capataces e ingenieros y junto con ello como el gigante de acero iba tomando su forma final, fue para mí una experiencia maravillosa, que por algún tiempo me hizo pensar que en vez de haber sido abogado o militar podría haber escogido la profesión ingenieril.

Por fin el día llegó y jamás se me olvidará su fecha: el 26 de octubre de 1890. Siguiendo instrucciones de Santiago, concurrí vestido con mi uniforme de teniente coronel y tenía reservada una ubicación en el palco de las autoridades, que se levantó en el acceso norte al viaducto.

A las diez de la mañana llegó lentamente hasta la explanada un tren blindado, consistente en una locomotora con planchas de acero que protegían al maquinista y carbonero, que tiraba cuatro carros, todos con sus ventanas blindadas, que en el centro tenían pequeñas mirillas y troneras para el uso de las armas por parte de los soldados que viajaban en su interior. En los techos del primer y último vagón, se habían instalado casetas de acero, que protegían a los sirvientes de sendas ametralladoras Gatling.

Inmediatamente detrás de este tren llegó el convoy presidencial. Apenas se detuvo, de los últimos carros comenzó a bajar una unidad de caballería, maniobra que tardó unos quince minutos hasta que estuvieron montados y en formación. Terminada esta actividad, se abrieron las portezuelas del carro del Presidente, descendiendo los ministros y, en último término, don José Manuel Balmaceda acompañado de sus hijas.

El Presidente se dirigió al estrado, rodeado por sus edecanes y entre los altos jefes militares que le acompañaban pude distinguir al general Alcérreca.

Balmaceda pronunció un emotivo y encendido discurso, quedándome grabada la frase "aunque me destrocen por crear progreso, aquí estoy, ya que esta es una obra para todo el país y no para un partido o coalición".

Mirando hacia el centenar de mapuches que me acompañaban, algunos en sus cabalgaduras y otros a pie, Balmaceda dijo "una obra de adelanto para todos, y cuando digo todos también me refiero a los amigos mapuches que hoy nos acompañan, a disgusto de un puñado de ambiciosos".

Una vez culminado su discurso, encabezando una larga comitiva se acercó al estribo norte del puente y cortó la cinta y repartió a sus ministros las medallas conmemorativas, para luego recorrer a pie de ida y de vuelta las casi cuatro cuadras de extensión del viaducto.

Cuando volvió, medio en broma, dijo "y para los agoreros que dicen que este puente es de tramoya, ahora lo cruzaré de ida y de vuelta en el tren", y así lo hizo.

Ese fue el momento en que terminó el acto, dirigiéndose ambos trenes, el presidencial y el blindado, hacia la estación de La Victoria, que era por esa fecha la última parada hacia el sur, cruzando en forma solemne el moderno puente.

Fui invitado a abordar unos de los coches del tren presidencial por mi jefe, el ministro de Relaciones Exteriores Culto y Colonización, Domingo Godoy Cruz, que había asumido un par de semanas antes como resultado de las constantes crisis de gabinete generadas por la oposición.

Así, precedidos por el tren blindado, entramos a la estación de La Victoria. La estación y toda la ciudad estaban engalanadas con arcos de ramas de sauces y flores muy coloridas. Había numerosos grupos de colonos vitoreando al Presidente. Sin embargo era notorio que los más ricos terratenientes de la zona estaban marginados de todas las celebraciones.

La guardia de caballería del Presidente se mantuvo permanentemente en alerta y expectante, incluso durante el banquete en el que participamos. Casi al término del acto y cuando el Presidente se aprestaba para iniciar su viaje de regreso, me hizo llamar a través de uno de sus edecanes.

Luego de saludarme en forma muy cordial, me apartó hacia una sala contigua al gran salón en que se había verificado el banquete y me dijo: "Muy bien Varela, muchas gracias por todo, cumplió muy bien. ¿Se fijó que los futres se hicieron humo?". Se despidió con un fuerte apretón de manos y me despedí de él cuadrándome, ya que como señalé ese día vestía de militar.

Tensión máxima

Mientras se acercaba el verano el ambiente general se iba tensando como la cuerda de un arco y yo veía cada vez más escollos para el cumplimiento de mi trabajo.

Quizá por esa razón en los meses de noviembre y diciembre dediqué más tiempo que nunca a mis actividades docentes en el Liceo de Temuco, ciudad en la que permanecí en forma continuada hasta mediados de diciembre. Esto ayudó mucho para que lograra una relación aún mejor con mis alumnos, que eran muchachos bastante aprovechados y muy correctos y disciplinados.

A la mayoría de ellos les interesaba mucho escuchar historias de la guerra contra el Perú y Bolivia, a lo que yo raramente accedía. Sin embargo, en este tiempo, llegué al acuerdo de conversar de estos temas, pero en francés, lo cual entusiasmó mucho a los alumnos. Esto contribuyó enormemente para que avanzaran a grandes pasos en el conocimiento del idioma, terminando sus materias con calificaciones máximas.

En cumplimiento de una promesa que les había hecho, cuando terminaron los exámenes hicimos un paseo campestre a Carahue, que incluyó hasta una breve navegación en vapor por el río. Allí durante el viajecito, tres de mis alumnos me confesaron que ellos se sentían muy bien conmigo, porque aunque era estricto, era entretenido y muy correcto. Agregando que eso sí lamentaban mucho que sus padres no pensaran lo mismo de mí, ya que me veían como "un desgraciado al que hay que carnear".

Yo los tranquilicé diciéndoles que yo sabía lo que muchos pensaban de mí, pero que eso no me preocupaba, ya que tenía mi conciencia muy tranquila por todo lo que había hecho en mi vida. En realidad, la confidencia de estos tres jóvenes de modo alguno me tomó de sorpresa, pero me sirvió como una nueva alerta de los graves riesgos que corría por ser un "balmacedista".

Última navidad con la familia

Pasados estos episodios de fin de año, mi asistente Castro y la consabida escolta me acompañaron a La Victoria para tomar el tren a Santiago, donde llegué como una semana antes de la Navidad.

Ya en Santiago, me dirigí hasta la Quinta Normal y tomé un carruaje para Melipilla. Una tremenda emoción me embargaba durante el largo y moledor viaje, ya que con mis tíos y primos había mantenido una regular correspondencia, pero no estaba con ellos desde hacía cuatro años.

Muy difícil es expresar la alegría que explotó cuando nos encontramos. A los muchachos los encontré ya convertidos en hombres y a mis tíos bastante avejentados. Sin embargo, todos éramos los mismos de siempre, con la misma confianza mutua, la misma excelente comunicación y con un cariño que se había mantenido inalterable a pesar de la lejanía.

La Navidad la celebramos como era nuestra tradición, igual como lo hacíamos antes, incluyendo la decoración con los angelitos de cartón pintado y los maceteros con flores de la temporada por todos lados.

Fueron unos días que de tan lindos se pasaron muy rápido. La última noche, el 26 de diciembre 1890, me hicieron una cena de despedida. En ella mi tío, tomando como base lo que yo le contaba en mis cartas, me advirtió que estaba corriendo demasiados riesgos y que era el momento de dejar el cargo y la zona. "Váyase a Santiago o véngase para acá y trabaje como abogado y trate de decidirse pronto antes que sea demasiado tarde", me dijo. Le respondí que no le prometía nada, ya que sentía un fuerte compromiso con el gobierno y en particular con la persona del Presidente Balmaceda y de su hermano José del Carmen, pero que no desecharía del todo sus consejos.

Pero ya era demasiado tarde, como lo comprobaría unos días después, cuando regresé al sur.

Camino sin retorno

A mi vuelta a Angol, me fui a la casa que ocupaba en esa ciudad, que pertenecía José Rafael del Carmen Balmaceda. Grande fue mi sorpresa cuando fue el propio diputado quien me abrió la puerta. "José Miguel, qué alegría, necesitaba urgente hablar contigo", me dijo a modo de saludo.

Pasé a dejar mi equipaje a mi dormitorio y aproveché de refrescarme y cambiarme ropa luego del largo viaje desde Santiago.

Antes de media hora ingresé al despacho privado de Balmaceda, quien me esperaba aprovisionado de dos mates y un paquete de cigarros, lo cual me hizo presagiar que tendríamos una larga conversación.

"Esto entró a un camino sin retorno", me dijo a modo introductorio.

En forma muy mesurada, aunque su rostro tenso no podía disimular su tremenda preocupación, José del Carmen hizo una descripción bastante objetiva de la situación por la que estaba atravesando su hermano, como Presidente de Chile.

Le escuché decir que el Presidente mantenía su interés en generar los medios para aumentar la exportación del salitre, incrementando así los ingresos fiscales, para tener los recursos necesarios para seguir financiando los grandes planes de obras públicas del gobierno.

"Pero los grandes salitreros encabezados por el gringo North lo están boicoteando –señaló– y para eso cuentan con el apoyo de la fronda aristocrática y de sus representantes en el Congreso, y se dice que han acordado disminuir la producción –aunque ganen menos– para pagar menos impuestos".

"La oposición ya no cederá ni un ápice y seguirá avanzando en su intransigencia, porque además a la aristocracia le ha dolido mucho que mi hermano les haya hecho perder poder y más aún que haya nombrado a ministros no pertenecientes a su fronda", agregó en tono muy solemne.

A reglón seguido señaló que en estos momentos lo estaban acusando de dictatorial y se estaban uniendo contra él cabecillas de partidos que hasta hace poco eran acérrimos enemigos, como radicales, nacionales, liberales y congresistas. "A esto debemos sumar –me dijo en tono grave– las maquinaciones de la Iglesia, que acusa al Presidente de disminuirle sus atribuciones y de dar al estado funciones que los frailes habían cumplido por siglos".

Seguidamente me dijo que lo que más aterraba a la oposición era el arrastre que tenía Balmaceda en el electorado, lo que podría hacer que la oposición no pudiera acceder al poder y que para inmovilizarlo, le habían vetado la Ley de Presupuesto, ante lo cual ponían al gobierno en la disyuntiva de tener que prorrogar por un año el aprobado para el año 90.

"Bueno –señaló– además de darte una información lo más completa posible de lo que nos espera, mi hermano quiere pedirte otro gran favor. Desea que vayas urgente a Iquique y sondees con tus oficiales amigos que están en la zona y que están muy bien relacionados con los magnates del salitre, hasta qué punto están dispuestos a reducir las cuotas de producción de salitre y que cantidad de oficinas se plegarán hasta las últimas consecuencias a esta confabulación".

"Está bien –le dije– dime cuando quieres que viaje". "Ahora mismo, si no es mucho abusar, porque mientras antes vuelvas con la información mejor será", me respondió.

Gran sorpresa en el norte

A la mañana siguiente, por ser el medio más rápido, tomé uno de los pequeños vapores que navegaban por el río Vergara y que a través del Bio Bio, llegaban hasta Talcahuano. Allí me embarqué en un vapor de la Sudamericana, pasando la noche de año nuevo cuando el buque navegaba a la cuadra de Antofagasta.

El 1 de enero de 1891 estaba descendiendo en Iquique, reconociendo estos antiguos territorios que no pisaba desde la guerra, hacía por lo menos diez años.

En realidad antes de que concluyera el primer día de mi estadía en Iquique, ya había conversado con cuatro oficiales que había conocido durante la Campaña, que por tener grados de sargento mayor o teniente coronel, poseían muy buena información. Conversando con uno y con otro, pude corroborar la veracidad de la información, que coincidía en que los empresarios del nitrato habían resuelto disminuir la producción a un tercio de la actual a contar de febrero y llegar hasta un cincuenta por ciento en abril y mantener esta bajísima cuota hasta noviembre o diciembre del 91.

Envié por telégrafo la información a mi amigo Balmaceda y me fui al hotel en que estaba alojado a esperar que pasara la tarde, ya que al día siguiente muy de mañana tomaría el vapor hacia Valparaíso. En el salón de té del hotel me dispuse a beber una cerveza para paliar el tremendo calor que hacía.

Pensaba en lo que podría pasar, ya que algunos de los oficiales me habían dicho que los marinos estaban dispuestos a levantarse en armas contra el Gobierno y que lo primero que harían sería ocupar la zona salitrera. Noté que los oficiales no se mostraban muy decididos a defender al Presidente de la República y que aunque no me lo dijeron en ningún minuto, hasta simpatizaban con las maniobras de los salitreros.

En eso estaba, cuando de pronto levanté la vista y mis ojos se encontraron con los de una hermosa mujer que me contemplaba a una distancia de unos cinco metros. No pude contener mi sorpresa. Era Clarita, mi novia de 1879, a la que sumí en el olvido sin razón alguna. Quedé paralizado de emoción. Por supuesto que estaba cambiada, pero para mejor y se notaba que los doce años que habían pasado desde nuestro último encuentro, habían sido muy benevolentes con ella.

Me puse de pie y ella se acercó muy nerviosa. Nos abrazamos y le di un beso en la mejilla y ella me lo correspondió. En seguida la invité a tomar asiento. Le dije que era un gusto enorme volver a verla y que en realidad quería que no tomara como un atrevimiento el que le dijera que estaba más linda que nunca.

"Lo único que me interesa José Miguel –me dijo– es saber los motivos que te llevaron a relegarme. Me dejaste de escribir al año que partiste a la guerra y yo lloré mucho pensando en ti y en el amor que te tenía. Te escribí decenas de cartas, muchas veces pensé que habían muerto en alguna batalla, pero después supe que volviste sano y salvo. No tenías derecho a darme este sufrimiento", me dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Como no encontré respuesta coherente que darle, guardé silencio durante un tiempo que se hizo eterno. Para romper ese hielo, le pregunté que estaba haciendo por estas tierras.

Me dijo que su marido era administrador de una salitrera en Negreiros y que ahora estaban de paso en Iquique, alojados en este mismo hotel, por unos trámites que él estaba haciendo. Me enteré, además, que tenían tres niños y también que el padre de Clarita había muerto hacía un par de años.

"Me gustaría volver a conversar contigo José Miguel, pero creo que me haría muy mal, por lo que desisto de ello desde ya", musitó.

"No te preocupes, no te haré pasar por ese trance –le dije– me voy mañana a primera hora a Valparaíso".

Nos despedimos con un abrazo en que se me fue el alma y que recuerdo en todos sus detalles hasta el día de hoy. Esa noche no pude dormir y muy temprano estaba en el muelle listo para embarcarme.

Ambiente de guerra

En tres días estaba a bordo del tren de Valparaíso a Santiago, llevando además la impresión de que la guerra entre chilenos era inminente, por los aprestos que había visto tanto en Valparaíso como en el norte.

Hice una espera de un par de horas en el café del hotel situado junto a la Estación Central de Ferrocarriles y luego me embarqué en el tren a Angol, pues presentía con claridad que no había ya tiempos para paseos o divagaciones y debía volver lo antes posible a mi puesto.

Cuando nos encontramos con José del Carmen me contó que la situación estaba al rojo vivo. "Han pasado muchas cosas mientras viajabas –dijo– ayer mi hermano entregó un manifiesto dirigido al país, en el que señala que siéndole imposible gobernar por la intransigencia del Congreso, se ve en la dura obligación de formular los gastos públicos sin una Ley de Presupuestos, ya que de lo contrario el país quedaría paralizado".

"Esto –señaló alarmado– generó la inmediata respuesta de Waldo Silva, vicepresidente del Senado, quien hoy ha declarado que mi hermano se ha colocado fuera del régimen constitucional y que por esta razón el Congreso ya no considera al Presidente como legítimo y hará todos los esfuerzos necesarios para restablecer la legalidad, recurriendo a las fuerzas de mar y tierra".

"¿Te das cuenta de lo que esto significa? Es el inicio de una guerra civil", afirmó. "Los militares han reiterado su apoyo a mi hermano, pero los marinos encabezados por el capitán de navío Jorge Montt, declararon su apoyo al Congreso", añadió.

Seguidamente me dio muchas veces las gracias por la información que había enviado desde Iquique y dándome un fuerte y largo abrazo me reiteró su alegría por mi constante lealtad, diciéndome que esa misma noche viajaría a Santiago para reunirse con el Presidente y para quedarse junto a él para darle su apoyo en este duro trance. Una hora después se marchó hacia la estación de trenes.

Viendo que la situación en la zona se mantenía tensa, pero sin grandes movimientos, continué con mi trabajo, hasta que un par de semanas después recibí una carta del nuevo ministro de Relaciones Exteriores, el señor Aldunate. En ella me decía que, dada la situación que vivía el país, suspendiera todos los trabajos de la Comisión, incluidos los remates de tierras que correspondía hacer y que me pusiera a disposición de la Intendencia de Malleco o de Cautín.

Justo por esos días se realizó la elección de alcaldes y regidores de la Municipalidad de Temuco, siendo yo elegido como regidor con la primera mayoría de los votos del consejo, junto a Teodoro Schmidt.

Considerando que la Intendencia de Malleco estaba en Angol, donde tenía contacto con Santiago a través del tren, decidí presentarme al intendente de esta provincia, el señor Vergara Correa. Eso fue la segunda semana de febrero y al momento de concurrir al despacho del intendente con la carta del ministro Aldunate, la máxima autoridad de la provincia me dijo que recién le había llegado por el telégrafo la información que el gobierno había clausurado el Congreso.

A esas alturas ya la suerte estaba echada.

La Armada ya había desarrollado una serie de operaciones, consistente en la captura de naves mercantes para sumarlas a su flota de transportes. En Talcahuano había logrado embarcar en el crucero "Esmeralda" al general Gregorio Urrutia, que traicionando al Ejército se unió a los marinos y congresistas en contra del Presidente, llevándose con él a dos batallones de infantería que guarnecían Talcahuano y tres de Concepción.

El Congreso con su presidente Ramón Barros Luco se había constituido a bordo del blindado "Cochrane", nave de guerra que por esos días se hallaba en

Iquique, puerto que al igual que Pisagua, estaba bajo el control de las fuerzas militares congresistas.

En realidad a fines de febrero, casi todo el norte, de Taltal hasta Tacna, estaba ocupado militarmente por las fuerzas de la Marina, además de aquellas del Ejército que se habían pasado al bando contrario y por numerosos regimientos que se habían formado en esas ciudades. Se habían producido ya combates en el norte, de los que en esos momentos tenía vaga información.

De vuelta al Ejército

Llevaba unos días cooperando en los trabajos de la Intendencia de Malleco, cuando recibí una carta proveniente de Santiago que me entregó un oficial del "Escuadrón Húsares". En ella se me llamaba al servicio activo en el Ejército, con el grado de teniente coronel.

En la misiva se me ordenaba presentarme a la brevedad a la Comandancia en Jefe de la "Séptima División Concepción", donde debía "asumir el puesto de secretario y ayudante del comandante de la División, con retención de los puestos de jefe de la Comisión Repartidora de Tierra y profesor de francés en el Liceo de Temuco".

La carta, que conservé en la bocamanga de mi guerrera por varios meses, estaba firmada por José Manuel Balmaceda, Presidente de la República y José Velásquez, general en jefe del Ejército y ministro de Guerra.

Viendo que las cosas estaban pésimas, me di el resto del día y todo el día siguiente para dejar ordenados mis asuntos de trabajo y personales. Esa misma tarde, con la ayuda de Castro, desarmé la oficina que tenía en la casa de José del Carmen Balmaceda y trasladé todos los documentos a la Intendencia de Malleco.

Mis libros, vestuario y muebles los llevamos a mi propiedad y los guardé en la habitación más segura. Sabiendo que los viejos árboles me iban a extrañar les dediqué unas cuantas horas para hacerles unas buenas tazas y dejarlos muy bien regados.

De regreso al centro de Angol pasé por la Oficina de Telégrafos y despaché un telegrama a mi secretario que permanecía en Temuco. Le pedía que se mantuviera a cargo de la Comisión, pero que empaquetara toda la documentación de la oficina y la dejara a resguardo en la Intendencia de Cautín. En esa ciudad no tenía bienes personales, ya que allí ocupaba aún la pieza de oficiales en la Comandancia de Armas.

Dejé aparte mi inseparable baúl, que me había acompañado desde mi juventud, en el que aún conservaba mis más preciados recuerdos, a los había agregado las medallas y los diplomas obtenidas en la guerra contra el Perú y Bolivia.

Al día siguiente, a primera hora, fui donde un comerciante francés dedicado a la joyería. Allí invertí como cuatro mil de los casi seis mil pesos que tenía ahorrados en adquirir diversas alhajas de oro, varios relojes de plata con gruesa cadena y una decena de monedas de oro de la mejor ley. Dejé para mi bolsillo algo así como dos mil pesos para enfrentar los imprevistos con los que me pudiera encontrar en los tormentosos tiempos que se avecinaban.

Hecho este trámite, envolví en varias calcetas de lana el tesoro que recién había comprado y lo coloqué en el fondo de mi baúl. Luego lo embalé muy bien y lo envié como encomienda por el tren en dirección a Santiago. La destinataria era Eugenia Magdalena Polloni, a quien pedía en una carta que me lo guardara a toda costa, hasta que volviera la paz y la mesura a nuestro país. Lo que yo no sabía y me enteré años después, es que a esas alturas de la vida, Eugenia Magdalena ya se había casado con Ramón Serrano Montaner, oficial de la Marina de Guerra y partícipe del bando contrario a Balmaceda. Ramón era hermano del teniente Ignacio Serrano que acompañó a Prat en el inmortal abordaje del Huáscar.

Así, quedé nuevamente sin cosas materiales que me estorbaran en tiempos tan inciertos. Sin más equipaje que mis uniformes, mi sable Chatellerault, mi revólver y acompañado de mi fiel asistente Castro y mi caballo "Aguijón", que ya estaba bastante entrado en años, partí por tercera vez a la guerra.

Viajamos hasta Concepción en el vaporcito que lo hacía por el río Vergara y los primeros días de marzo me presenté ante el coronel Daniel García Videla, que ejercía el mando de la "Séptima División Concepción". Al día siguiente ya estaba en posesión de mi cargo, como teniente coronel de Ejército y con mi ordenanza movilizado con el grado de cabo, lo cual lo tenía muy entusiasmado.

Presentía que en esos momentos estaba levantándose el telón de la etapa más triste de mi vida, ya que los malos augurios rondaban a toda hora por mi cabeza.

Recién asumido, me informé que el Ejército se había reorganizado, dejando su tradicional orgánica de Ejército del Norte, del Centro y del Sur. Se había fraccionado en divisiones, cada una al mando de un comandante en jefe, con un Estado Mayor y con unidades de las tres armas, Infantería, Caballería y Artillería, más las respectivas unidades de Pontoneros y de Intendencia.

Marzo del 91 pasó velozmente. Las principales actividades de la división eran formar nuevos batallones cívicos y completar las dotaciones de los existentes, la mayoría de los cuales se encontraban muy raleados. La gran fuente de reclutamiento

fueron los miles de carrilanos, como se denominaba a los jornaleros que estaban trabajando en el tendido de la vía férrea en diversos tramos, tanto del longitudinal como de las decenas de ramales proyectados. Como consecuencia de la guerra, casi todas las obras fueron paralizadas y miles de obreros perdieron su empleo, por lo que fue tarea fácil engancharlos para el Ejército.

Una visión distinta

Como secretario y ayudante del comandante en jefe de la "División Concepción", tenía acceso a mucha información, tanto de la zona, como la que llegaba desde Santiago. En realidad yo llevaba toda la documentación, planes y archivos secretos y reservados del coronel García Videla.

Así pude comprobar, mediante las decenas de oficios que pasaban por mis manos, que los revolucionarios poseían el completo apoyo de la Marina, que estaba circunstancialmente a cargo del capitán de navío Jorge Montt. A la oficialidad de la Armada se habían sumado varios altos oficiales de Ejército, encabezados por el general Estanislao del Canto, quien fue ascendido a general de división y nombrado comandante en jefe del Ejército Revolucionario.

Las primeras acciones armadas se registraron en el norte, fundamentalmente en Tarapacá, casi en los mismos sitios que se habían librado grandes batallas en la campaña del norte. Entre las que recuerdo figuran las batallas de Zapiga, Dolores, Huara, Iquique y Pozo Almonte.

Sin embargo, a diferencia de la Guerra del Pacífico, ahora no me interesaba mayormente el cuadro general de la situación. Me embargaban sentimientos muy distintos. En todo momento sentía una gran tristeza por lo que estaba ocurriendo, ya que ahora nuestro enemigo no eran soldados extranjeros, sino que chilenos como nosotros. Lo peor de todo –considerando los regimientos que se plegaron a la revolución y las nuevas unidades creadas por el Ejército Congresista– es que nos estábamos enfrentando soldados que hace una década éramos camaradas y habíamos luchado codo a codo contra peruanos y bolivianos.

La documentación que manejaba indicaba que los nuevos cuerpos del Ejército del Congreso creados en el norte se completaron con civiles que trabajaban entre Tacna y Antofagasta. La mayoría de ellos eran ex oficiales y ex soldados de la Campaña del 79.

Por nuestro lado –donde se concentraba el noventa por ciento del Ejército que se mantuvo leal al Presidente– todos los sargentos, la mayoría de los cabos y casi

un tercio de los soldados eran veteranos de la Guerra del Pacífico, como también todos los oficiales del grado de capitán hacia arriba e incluso los tenientes de mayor antigüedad.

Eso era lo que me ensombrecía. Que estábamos combatiendo ferozmente entre camaradas.

Se rompen las lealtades

Lo que más me asqueaba eran aquellos oficiales que estando en el Ejército –que como institución se mantuvo leal al Presidente Balmaceda– se pasaban al bando contrario llevándose incluso a las unidades bajo su mando.

Mucho más legítima y correcta encontré la actitud del teniente coronel Sofanor Parra, quien ostentaba el mando de los "Granaderos" y dadas sus profundas diferencias políticas con Balmaceda, optó por solicitar su retiro y se abstuvo de participar en esta guerra fratricida. Algo similar sucedió con el general Baquedano, que aunque se encontraba retirado en esa época, fue tentado por ambos bandos para que asumiera la conducción de sus fuerzas, pero él mantuvo una posición de neutralidad hasta el final de la contienda.

Entre los altos oficiales que desertaron del Ejército de Línea para unirse a los revolucionarios, encabezados por Estanislao del Canto, estaban Alejandro Gorostiaga, Adolfo Holley y Gregorio Urrutia, por citar a los más connotados.

Holley –ex comandante del "Regimiento Esmeralda" y de destacada trayectoria en la Guerra del Pacífico– tras unirse a los revolucionarios, fue ascendido por ellos a general de división y nombrado ministro de Guerra de los Congresistas.

Más criticable fue la actitud de personas como el teniente coronel Abel Ilabaca, quien se mantuvo en el Ejército, pero actuando secretamente a favor de los enemigos, terminando por pasarse oficialmente al bando contrario en la víspera de la batalla final.

Una actitud similar adoptó el sargento mayor Belisario Campos, a quien yo mismo tramité su nombramiento de comandante del "Regimiento de Caballería Concepción". Aunque era un secreto a voces que Campos era fiero enemigo de Balmaceda, cándidos oficiales jefes lo defendieron, asegurando que estas acusaciones eran una infamia. Los hechos demostraron posteriormente que era una realidad, ya que en los últimos días de la guerra desertó con todo su regimiento, se plegó a las fuerzas revolucionarias y peleó contra nosotros.

Otro de los que traicionaron a sus camaradas de armas, fue el sargento mayor Tulio Padilla, también de la "División Concepción", quien al mando del "Escuadrón Húsares de Collipulli", se pasó con toda la unidad al adversario, luchando fieramente contra sus compañeros de armas.

No puedo dejar pasar la traición de dos personas que yo estimaba mucho: los coroneles Soto Aguilar, jefe del "Cazadores" cuando serví en esa unidad y Novoa, quien estaba de comandante del "Húsares" cuando llegué a ese escuadrón en Angol.

En cuanto a los marinos, muchos de ellos en servicio y otros en retiro, no se plegaron al movimiento subversivo de la Armada, liderado por el capitán de navío Montt. Varios de éstos, indiscutidos héroes de la Guerra del Pacífico, se mantuvieron leales al Presidente de la República, prestando valiosos servicios a la pequeña Escuadra Gobiernista, que se encargó de los transportes de tropas y de las flotillas de torpederas. Entre ellos recuerdo las figuras del retirado almirante Juan Williams Rebolledo y de los comandantes Juan José Latorre y Oscar Viel.

Mirando el panorama de nuestro lado, la Comandancia en Jefe del Ejército estaba a cargo del general de división José Velásquez, quien era secundado por los generales Orozimbo Barbosa y José Miguel Alcérreca, ambos de gran actuación en la Guerra del 79 y con quienes me unían fuertes lazos, ya que con los dos había trabajado directamente durante mi permanencia en el Ejército del Sur.

Comandante General de la Caballería de nuestro Ejército era el coronel David Marzán, bajo cuyo mando yo había servido en el "Regimiento Granaderos" en la Guerra del Pacífico. Mi respetado coronel Marzán, a mediados de abril, fue nombrado diputado en el Congreso Constituyente creado por el gobierno para reemplazar al Congreso que se había declarado en rebeldía y que estaba sesionando en Iquique.

Otros distinguidos oficiales –de los que conocía– que se mantuvieron fieles al Presidente legítimamente constituido, eran el legendario comandante del "Séptimo de Línea", el general Santiago Amengual; el héroe del Combate de Sangra, el teniente coronel José Luis Araneda; el coronel Emilio Gana y Diego Dublé Almeida, otro heroico oficial de la contienda contra el Perú y Bolivia.

Mención aparte hago del coronel Eulogio Robles, quien al comenzar la revolución, fue nombrado secretario y ayudante del Estado Mayor General del Ejército. Debió trasladarse al norte donde dirigió los combates contra los revolucionarios en Dolores y Huara, los días 15 y 17 de febrero, infligiéndoles duras derrotas.

Días más tarde, el 7 de marzo, comandó las fuerzas leales al Presidente en la batalla de Pozo Almonte. Recibió cinco o seis impactos de bala y fue retirado gravemente herido por el personal de la Cruz Roja y trasladado a una ambulancia de ese organismo, a cargo de médicos y practicantes europeos. Mientras era atendido,

las tropas revolucionarias –sin respetar la bandera de la Cruz Roja– irrumpieron en la tienda en que estaba siendo intervenido y lo sacaron a una explanada donde lo destrozaron a bayonetazos y sablazos, sin que el personal médico pudiera detener a la soldadesca congresista. Luego sus restos fueron fraccionados y colgados amarrados con alambres de la trompa de la locomotora de un tren que estaba pronto a partir a Iquique.

Otro de los viejos oficiales que se mantuvieron leales al Presidente era el coronel Marcial Pinto Agüero, de la "División Valparaíso", quien combatió hasta el último minuto, sufriendo luego de la derrota penosas humillaciones, incluyendo un largo encarcelamiento.

Ese era el panorama de división existente en mi querido Ejército en los primeros meses de 1891.

Una de las mayores preocupaciones nuestras entre abril y junio fue la fortificación del litoral, especialmente del puerto de Talcahuano. Ello, a sabiendas que las fuerzas revolucionarias ya se habían hecho fuertes en el norte, el que dominaban completamente, y que disponiendo de los buques mercantes y de guerra necesarios, podían desplazar a gran parte de su ejército hacia el sur.

Difícil era, por esos días, pensar que pretendieran invadir a través de Valparaíso y puertos aledaños, considerando la gran cantidad de efectivos que el gobierno tenía en esa área. Por esta razón, se pensaba que era factible que la Escuadra Congresista y parte de su Ejército, intentaran tomarse Talcahuano y Concepción. De esta forma podrían avanzar sobre la capital desde el norte y el sur, lo cual dificultaría mucho la defensa de Santiago.

Estuve, durante casi dos meses, supervisando los trabajos de construcción de caminos, fuertes y otras obras para la instalación de grandes piezas de artillería de defensa de costa. Esta faena fue ejecutada por soldados que hasta hacía unos meses trabajaban en los tenidos de las vías férreas del longitudinal y ramales de ferrocarriles, dirigidos por oficiales de artillería, que eran los que habían diseñado el sistema de defensa, consistente en el emplazamiento de aproximadamente quince baterías.

Desconfianza en el jefe

El grueso de mis actividades en ese período se remitía a lo administrativo, en el Cuartel General de la "Séptima División Concepción". Sin embargo, a diferencia de la relación que había mantenido con otros jefes, en este caso mantenía escasa comunicación con mi superior directo, el comandante de la División.

El coronel Daniel García Videla, que por esa fecha debe haber tenido unos cincuenta años, era un hombre bastante hosco, de pocas palabras y sin mayor brillo intelectual. Yo sabía que le causaba molestia el hecho que yo fuera abogado, ya que era una persona que se resentía ante aquellos que poseían más conocimientos que él.

También me percaté que le desagradaba la especial relación que yo tenía con el Presidente Balmaceda. Incluso en una ocasión me dijo que para él resultaba incomprensible que un subalterno pudiera "tener más influencias que las que poseía su jefe". En esa oportunidad yo le respondí enérgicamente, pero manteniendo el debido respeto, que no se estaba expresando bien. "Usted podría decir, mi coronel, que le molesta que un subalterno se haya relacionado o se relacione con el Presidente de la República, pero eso no tiene nada que ver con las influencias que usted señala, ya que él no me nombró en este puesto por ser su amigo, sino que porque aquí me necesitaban y, para que le quede claro de una vez, este cargo es para mí un juego de chiquillos comparado con lo que he venido haciendo en los últimos años".

No obstante estas diferencias, nunca tuve mayores problemas con este oficial, aunque mi intuición me llevó a desconfiar completamente en él. Siempre lo percibí como un hombre enigmático, retraído, que se cuidaba permanentemente de exteriorizar lo que realmente pensaba y sentía. Aunque con el correr de los años nunca supe de un hecho concreto que me demostrara que "no era de los nuestros", muchas situaciones que me llamaron profundamente la atención me llevaron a mantener mi teoría.

Es cierto que no desertó del Ejército Presidencial, como también es cierto que acató las órdenes de marchar con el grueso de la "División Concepción" a Santiago. También es un hecho que luchó al mando de estas tropas en las batallas de Concón y Placilla, al igual que su hermano que era comandante del "Séptimo de Línea".

Nada me ha demostrado hasta ahora que el coronel Daniel García Videla fuera un infiltrado en el Ejército Presidencial, pero a mí nadie me quita de la cabeza que así fue. Eso, a mi modo de ver, también explica la molestia que le causaba que yo fuera una persona de confianza del Presidente.

Ambiente irrespirable

Por esos días, recibí una carta del teniente coronel Pedro Cartes, comandante del Escuadrón "Carabineros de La Frontera", quien además de relatarme muchas situaciones referidas a la guerra civil, me contaba sobre su quehacer como alcalde de Temuco.

También me contaba que la Intendencia de Cautín la había asumido el coronel Alberto Gándara, que gozaba de un tremendo respeto y adhesión entre los habitantes de la provincia, que en términos generales se mantenía muy cohesionada en torno al Presidente Balmaceda, debido a la gratitud que le guardaban por las grandes obras realizadas en Cautín.

Sin embargo, el ambiente que se respiraba en la ciudad de Concepción era muy distinto. Era realmente tenso, ya que la población estaba dividida casi en partes iguales entre "congresistas" y "balmacedistas". Esto había llevado a un cambio absoluto en las costumbres de la gente. Los partidarios de ambos bandos casi no se hablaban entre sí y eran muy frecuentes las reyertas en lugares públicos derivadas de discusiones de índole política.

A comienzos de julio la situación se caldeó mucho más y comenzaron a ser frecuentes los ataques de un bando hacia el otro. Grupos pagados por "congresistas" incendiaron varias residencias y negocios de reconocidos "balmacedistas", lo que llevó a éstos a sumarse a la escalada de terror, replicando con atentados similares a comercios y casas de connotados personajes partidarios de la revolución.

Todo este clima –a mi juicio– era alimentado por la prensa de la ciudad, que dividida en dos bandos –al igual que todo Chile– se lanzaba feroces ataques e incitaba a la sociedad a destrozarse entre sí. Por el lado "congresista" en Concepción la batuta la llevaba el diario "El Sur" –posteriormente clausurado– y por el sector "balmacedista" lo hacía el "Bio Bio".

Por esa fecha, aproximadamente, me correspondió participar junto al intendente Sanfuentes y el coronel Daniel García en diversas reuniones con el vicecónsul de España en Concepción, a raíz de un reclamo presentado contra la Intendencia y Comandancia de Armas por la prohibición de zarpe de un mercante español cargado con trigo destinado a Perú.

Efectivamente, las autoridades habían prohibido que el buque español "Alfredo" iniciara su navegación al norte. Esta medida no se había adoptado por ninguna razón en particular contra la nave ni el capitán, de apellido Ibiñaga, sino que por su carga, puesto que se temía que fuera interceptada durante su navegación por el litoral norte por buques revolucionarios y el cargamento fuera a servir de alimento a las tropas "congresistas".

El vicecónsul de España nos trató en tono muy altanero y dijo que ni el capitán de la nave ni él se harían responsables de los gastos derivados de la demora del zarpe, por lo que deberíamos costearlos nosotros. Lo único concreto es que el buque zarpó unos días después, sin su carga de trigo.

En este impasse con los españoles, contamos con la valiosa ayuda periodística de Salvador Smith, redactor de "La Discusión" de Chillán, un ardiente partidario de Balmaceda. Yo lo conocía de antes de esta situación, pues había estado como corresponsal en la guerra del norte. Smith se encontraba en Concepción a la fecha de este impasse con los hispanos y nos ayudó mucho explicando a los lectores que nuestra medida no tenía nada en particular contra España ni sus súbditos, sino que obedecía a una simple medida de no permitir que el adversario llenara sus bodegas de alimentos.

Al epicentro del conflicto

A fines de julio recibí la orden de dirigirme a Santiago, para hacer entrega de tropas de los batallones "Traiguén" y "Mulchén", y del "Regimiento de Caballería Concepción", que deberían agregarse a las fuerzas del centro.

La caballería iba al mando de Belisario Campos, el "Mulchén" a cargo del comandante Figueroa y del "Traiguén" no recuerdo quien era el oficial al mando.

El viaje en tren a la capital tardó casi dos días, porque en muchos tramos desembarcaba del convoy una sección de caballería que marchaba delante del ferrocarril revisando la línea, ya que se temía un descarrilamiento tal como habían sucedido en las últimas semanas, consecuencia de la acción de saboteadores.

Llegué a la capital el 1 o 2 de agosto, llevando siempre a mi asistente Castro y a mi caballo "Aguijón", con quien habíamos compartido ya más de cinco años de cabalgatas por la indómita Frontera.

Entregué personalmente las tropas que traía conmigo al general José Miguel Alcérreca, comandante en jefe de la "División Valparaíso", quien por esos días se encontraba en Santiago. Alcérreca, luego de unos minutos me reconoció y me preguntó hasta donde llegaba mi comisión en la capital, respondiéndole que terminaba en ese momento, con la entrega de las tropas que había traído de Concepción y que tenía instrucciones de mi superior de regresar de inmediato.

"Comandante, quédese acá que es más necesario –me dijo– yo telegrafiaré a Concepción para informarles de mi decisión a García".

"Por el momento usted quedará agregado a la "División Valparaíso", así que dispone de la tarde libre y mañana a las ocho de la mañana nos encontramos en la estación para irnos al puerto", señaló sin darme ninguna otra oportunidad. Pero esta decisión del general Alcérreca me provocó bienestar, ya que me sacaba del mando del coronel García, a quien seguía teniendo gran desconfianza.

Dejé mi caballo y mi equipaje en el cuartel del "Cazadores" y luego de darme un buen baño me marché a cenar al restaurante "Los Hermanos", que quedaba en el centro. No visité a nadie conocido, ya que el ambiente que se respiraba en la ciudad era terrible y a esas alturas del partido no se sabía quién era amigo o enemigo.

A la mañana siguiente, montado en "Aguijón" y acompañado por el cabo Castro, estaba a las siete en las afueras de la estación esperando al general Alcérreca. El general llegó acompañado de sus ayudantes y de una escolta de caballería y poco después arribaron cerca de mil hombres de infantería, entre los que figuraban los batallones que había traído desde el sur.

El viaje a Valparaíso tardó aproximadamente seis a siete horas, ya que los dos trenes en que se transportaban las tropas se detenían a cada instante para que patrullas de exploración revisaran las líneas, especialmente en las zonas de curvas, cuestas y puentes. Estas medidas preventivas debieron extremarse especialmente en los túneles y desfiladeros de Punta Gruesa, Las Cucharas, Centinela, Los Maquis y Los Loros, que eran lugares ideales para emboscadas de las partidas congresistas que se desplazaban por la zona.

Cuando llegamos a Valparaíso el ajetreo era impresionante, ya que se apreciaba movimiento de tropas por doquier, tanto en el plan como en los cerros. Había rumores que el Ejército Revolucionario se había embarcado en Iquique rumbo al sur. Algunos jefes aseguraban que el desembarco sería en Coquimbo y que desde allí marcharían hacia el centro. Sin embargo la mayoría, entre la que se contaba el general Alcérreca, tenía la convicción que la invasión del ejército adversario –de casi doce mil hombres– sería en el centro, lo más seguro que en alguna playa próxima a Valparaíso.

Alojamos en unas casas desocupadas frente a la dársena y, desde allí, pude apreciar a centenares de jornaleros y decenas de yuntas de bueyes, que subían gigantescas piezas de artillería Armstrong hacia las alturas del puerto, para situarlas allí para repeler a la Escuadra Revolucionaria.

Esa noche nos tomamos un trago con el general Alcérreca y dos de sus ayudantes en una de las oficinas de la Intendencia de Valparaíso. En esa oportunidad, el general se refirió al "mercenario", haciendo referencia al oficial alemán Emilio Kôrner, quien ejercía como jefe de Estado Mayor del Ejército Revolucionario.

Supe, pues esa información no la había escuchado en Concepción, que gran parte del Ejército del Congreso se encontraba acantonado en Caldera y Copiapó, ciudades que se habían tomado la segunda quincena de julio y que los primeros días de agosto habían arribado a esa zona las últimas tropas congresistas. De este modo, estaban a menos de un día y medio de navegación de nosotros.

Durante esa charla, que no se prolongó por más de media hora, comprendí que faltaba aún lo peor de esta guerra fratricida y que, para variar, estaba justo parado en el epicentro de este conflicto.

El gobierno de Balmaceda había cifrado sus esperanzas en que los revolucionarios tardaran unas cuantas semanas en reorganizarse en la zona de Copiapó, de manera tal de ganar tiempo para que alcanzaran a llegar los modernos cruceros "Pinto" y "Errázuriz" que habían sido adquiridos en Europa y que podían hacer frente con grandes posibilidades de éxito a la Escuadra Revolucionaria. Pero la llegada de estos nuevos buques también era ampliamente conocida por los congresistas, razón que los llevó a apurar el ataque a la zona central.

Las dos semanas siguientes estuve bajo las órdenes del coronel Marzán, jefe de la Caballería, y la pasé al mando de escuadrones del "Cazadores", de aquella parte del "Granaderos" que se mantuvo leal al gobierno y de algunos cívicos. Nuestra misión era proteger las vías férreas a Santiago y las líneas de telégrafos, que eran frecuentemente cortadas por saboteadores pertenecientes a los comités revolucionarios.

Me instalé con mi cuartel de campaña en la Estación de Quillota, que era un magnífico edificio de un piso construido solamente unos meses antes, con amplios corredores techados, que ofrecía mucha comodidad. Dejé avanzadas hacia el oriente y poniente, en las estaciones de San Pedro y La Cruz. Desde allí despachaba diariamente las unidades a proteger ambas vías de comunicación hacia Valparaíso y hacia Santiago. En cada patrulla estaba agregado un empleado de los telégrafos, que llevaba un equipo portátil de transmisión con el que verificaba la continuidad de las comunicaciones. Cuando éstas estaban interrumpidas, los soldados de caballería recorrían toda la postación hasta encontrar el lugar del corte. Entonces se hacía concurrir al empleado telegráfico y este procedía a reparar el cable.

En la madrugada del 20 de agosto, el coronel Marzán entró en mi tienda y me despertó. "El Ejército Revolucionario está desembarcando en Quintero desde hace una hora. Levántate y prepara a la caballería, porque marcharemos de inmediato a tomar posiciones", dijo enérgicamente.

De esta forma ya estaba marchando de nuevo hacia la batalla y mientras daba apuradas órdenes de mando para la organización de los escuadrones, comencé a sentir el mismo miedo y ansiedad que sentía en la guerra del norte. En ese entonces tenía veintitrés años de edad o un poco más. Ahora estaba por cumplir treinta y cinco años y la sensación era exactamente la misma.

Sin embargo no combatiría en esa batalla, ya que fui despachado a Valparaíso con dos escuadrones de caballería movilizados para reforzar las labores de los

guardianes de policía, ante la posibilidad que los "comités revolucionarios" atacaran por la espalda a nuestras tropas.

Llegué al puerto poco antes de las ocho de la noche y allí me informé que aún no concluía el desembarco de las tropas revolucionarias, pero que ya estaban en tierra cerca de nueve mil soldados que avanzaban lentamente hacia Concón, para vadear el río Aconcagua. También allí supe que en la ribera sur del río se había montado el dispositivo de defensa de nuestro Ejército y se decía que la batalla era inminente.

Batalla de Concón

En la madrugada del 21 de agosto, acatando órdenes de la Comandancia de Armas de Valparaíso, me embarqué en un tren en dirección a Quillota. Lo hacía al mando de dos escuadrones de caballería de unidades cívicas de la "División Concepción".

Arribamos a Quilpué aproximadamente a las cinco de la mañana y luego de una detención de casi una hora seguimos hacia Quillota, lugar al que llegamos antes de que amaneciera. Como allí no había acción, luego de montar el dispositivo de seguridad y patrullaje, me encerré en la oficina del telegrafista, interiorizándome minuto a minuto de los pormenores de la batalla que se estaba desarrollando en Concón.

La batalla comenzó cerca de las siete de la mañana, con un nutrido y demoledor duelo de artillería y un par de horas después se produjo el primer quiebre de nuestras líneas.

El desbande se generó en el llamado "Vadeo de Verdejo", debido a las graves bajas provocadas a nuestras tropas por la artillería de campaña y los cañones del crucero "Esmeralda" y de la corbeta "O'Higgins". Esto permitió a parte de las tropas revolucionarias iniciar el cruce del río Aconcagua, mientras el grueso de su ejército atacaba frontalmente con todo su armamento para ablandar nuestra resistencia e iniciar el vadeo generalizado.

A través de las decenas de telegramas que volaban en dirección a la oficina telegráfica de La Moneda y que leía nerviosamente en la estrecha oficina telegráfica de Quillota, no podía hacerme un cuadro real de la batalla, ya que por momentos se podía deducir que los triunfadores serían ellos y a ratos, nosotros.

Ya cerca de las cinco de la tarde llegó un telegrama que señalaba "Del Canto y sus tropas cruzaron el río. Nuestras fuerzas en retirada desorganizada hacia Viña del Mar, Quilpué y Quillota".

El último telegrama que leí ese día, proveniente de la Intendencia de Valparaíso, decía "más de seiscientos soldados revolucionarios muertos en el campo, otros ochocientos heridos. Nosotros dejamos más de dos mil muertos y heridos y cerca de dos mil hombres se pasaron al ejército enemigo".

Aún no anochecía cuando llegaron dos trenes provenientes de Valparaíso, trayendo a maltrechos batallones y centenares de heridos, que fueron temporalmente acomodados en los andenes, a la espera de otro tren que los llevaría a los hospitales de sangre instalados muy de prisa en Santiago.

capítulo 20

MI ÚLTIMO ENCUENTRO CON BALMACEDA Y DESASTRE EN LA PLACILLA

Presidente llega a Quillota

Estuve dirigiendo parte de las tareas de atención de los cientos de heridos graves que llegaban a la estación, muchos de los cuales fallecieron tendidos sobre ponchos en los fríos andenes. No pude evitar llenarme de recuerdos de los hospitales de campaña atiborrados de moribundos y mutilados después de las batallas de Tacna, Chorrillos y Miraflores.

Recuerdo perfectamente que cerca de la medianoche del 24 de agosto, cuando estaba muy atareado cooperando en brindar algo de auxilio a estas víctimas de la guerra, escuché el silbato de un tren proveniente de Santiago. Me imaginé que el convoy era de uno de los tantos que habían arribado en los últimos días para retirar los heridos y por ello permanecí en los andenes para colaborar en el embarque.

Me quedé de una pieza cuando momentos después que el tren se detuvo, entre una nube de vapor, del segundo vagón descendió el Presidente José Manuel Balmaceda.

Nunca se me olvidará su estampa. Su rostro estaba muy pálido y destacaba más que nunca su frondoso bigote. Vestía un capote negro, botas de montar y un sombrero tongo, también negro. Le acompañaban, entre otros oficiales, el coronel Castro y el teniente coronel Gándara, que ejercían en esos momentos como sus ayudantes personales. La escolta la integraban una compañía de infantería y cincuenta jinetes del "Cazadores".

Momentos después llegó desde Viña del Mar el general Alcérreca, quien me pidió que le acompañara en mi calidad de ayudante en su reunión con el Presidente. A ese encuentro, además de Balmaceda y el general, asistieron el coronel Castro y yo.

El general Alcérreca le explicó al Presidente pormenores de la batalla que habíamos perdido, haciéndole presente que varios jefes habían desertado y se habían pasado al bando contrario, con prácticamente la totalidad de las fuerzas bajo sus mandos.

Me entristecí mucho al escuchar en el informe que se le daba a Balmaceda que los escuadrones "Húsares de la Frontera", al mando del coronel Soto Aguilar, y

"Húsares de Collipulli", al mando del sargento mayor Tulio Padilla, se había pasado completo al bando congresista. Para evitar ser atacados por los revolucionarios, los traidores se sacaron las guerreras azules y luego de darlas vuelta se las pusieron al revés, quedando los dormanes con su forro blanco hacia fuera. De este modo, desde la distancia, sus chaquetas se veían del mismo color blanco invierno que usaban los congresistas, pudiendo acercarse hasta sus filas sin ser atacados. Se integraron a las filas enemigas y días después lucharían contra nosotros en Placilla. Así nació el dicho "darse vuelta la chaqueta", que significa cambiarse de bando.

El general Alcérreca relató actos similares efectuados por un escuadrón completo del "Cazadores" y por batallones de infantería, cuyos nombres me los oculta la lejanía del tiempo.

El Presidente escuchó la totalidad de la cuenta que le rindió el general sin emitir ningún comentario. Una vez que hubo terminado la exposición de Alcérreca, el Presidente dijo –como pensando en voz alta– "si hubiese estado aquí el general Velásquez, quizá el resultado habría sido mejor, pero está imposibilitado de caminar debido al accidente que sufrió hace unos días mientras dirigía unas maniobras".

"Alojaré aquí para ver que acciones tomamos mañana y usted general váyase a Quilpué para que reorganice las tropas y si se topa con el general Barbosa dígale que nos encontremos mañana a primera hora en Quilpué", dijo en voz baja Balmaceda.

Alcérreca, acatando la orden presidencial, pidió permiso para retirarse y me pidió que le acompañara. Fue en ese momento en que el Presidente Balmaceda dijo "Déjeme acá a Varela, por favor".

Una vez que el comandante de la "División Valparaíso" se hubo retirado, el Presidente me pidió que le buscara alojamiento para esa noche. Lo único que logré conseguirle fue el humilde dormitorio del jefe de estación. Allí en una modesta cama y alumbrado por un par de velas, dejé al Presidente de Chile.

En ese momento le dije "buenas noches señor Presidente", respondiéndome: "Buenas noches José Miguel y, por favor, dile al coronel Castro que junto con el comandante Gándara se preocupen de las tropas que nos acompañan y tú busca gente de tu confianza para que me resguarde"

Entendiendo de inmediato que el Presidente desconfiaba de sus custodios, me preocupé de organizar una guardia de treinta hombres de mi mayor confianza –dentro de lo que podía escoger– y me quedé en vela toda la noche resguardando la modesta morada circunstancial del primer mandatario.

De madrugada arribaron dos trenes de Santiago, con tropas de la "División Concepción" que se dirigían al puerto. Horas más tarde, cuando faltaba poco para el crepúsculo matutino, los trenes venían vacíos de regreso del puerto y se

detuvieron en Quillota por casi una hora para embarcar a los heridos que aún quedaban en los andenes.

Cerca de las siete de la mañana el Presidente salió del dormitorio del jefe de estación. Yo me encontraba al igual que durante toda la noche, a pocos pasos de esa habitación, en el andén que tenía un corredor con pilares de madera y techado con calamina. Al verme, Balmaceda me agradeció el haber permanecido allí y me pidió que le acompañara a Quilpué, junto con la escolta que él traía y mis hombres.

Sin haber desayunado, nos embarcamos en el tren que minutos después se puso en marcha hacia el lugar indicado, mientras caía una persistente lluvia.

Pasando la estación El Sol, ya era posible observar desde las ventanillas del vagón a grupos de soldados en desorden que huían a través de los campos en dirección a Santiago. De reojo miraba al Presidente Balmaceda que iba sentado a mi lado y notaba como fruncía su ceño. Sin embargo no me hizo ninguna pregunta ni comentario y yo por supuesto que guardé silencio.

El panorama en Quilpué era más desolador que en Quillota, ya que por estar situado a un paso del campo de batalla, estaba copado de cadáveres insepultos, que correspondían a los heridos que habían logrado ser trasladados hasta allí y que habían fallecido desangrados. El oficial más antiguo que allí se encontraba era el general Barbosa, quien –según supe mucho tiempo después– fue nombrado en esa ocasión por el Presidente como comandante en jefe, en reemplazo del general Velásquez que estaba imposibilitado en Santiago.

El general Barbosa estaba acompañado de su Estado Mayor, entre los que recuerdo a su jefe de estado mayor, el coronel Ruiz y a los coroneles Marzán, comandante de la Caballería; Fuentes, a cargo de la Artillería; Martínez, de la Infantería y León, de los Ingenieros.

Apenas bajamos del tren y luego de saludarlo, el general Barbosa le representó al Presidente el riesgo que corría al llegar hasta este lugar.

Balmaceda le replicó que su interés era continuar hasta Viña del Mar para observar la disposición de las tropas que –de acuerdo al plan trazado– mantendrían una línea de defensa desde las estribaciones orientales de los cerros hasta las alturas de Recreo.

"Su excelencia –le dijo– usted no puede seguir. Ni siquiera permanecer acá. Tiene que regresarse de inmediato a Santiago, porque desde hace un rato las tropas enemigas están llegando al puente Las Cucharas. Mire para los cerros y verá a sus avanzadas", le expresó firmemente el general Barbosa. El Presidente levantó la vista y observó los cerros, en los que efectivamente era posible observar patrullas de la caballería enemiga.

Ante esta complicada situación, el Presidente desistió de su intento y se despidió con un fuerte apretón de manos del general y de cada uno de sus oficiales.

Luego se dirigió hacia mi y me dio un fuerte abrazo, diciéndome "Muchas gracias por todo José Miguel, veo que mi hermano no se equivocó contigo. Que el Supremo Hacedor te proteja". Se dio vuelta y custodiado por el coronel Castro y el comandante Gándara, además de la escolta, se dirigió hacia el tren. Era el 25 de agosto de 1891 y esa es mi última imagen del Presidente Balmaceda.

Apenas se fue el tren presidencial, se embarcó a todos los heridos en un segundo tren que permanecía en la estación, el que partió con destino a Santiago una media hora después que el convoy del primer mandatario.

"Ahora nos espera un largo camino Varela –dijo el coronel Marzán– ordene a los oficiales que la caballería monte con todo su equipo y nos vamos hacia Valparaíso por el valle de Casablanca, ya que si nos vamos por el camino, nos harán pebre"

Cambio en la línea de defensa

Una vez en marcha, le consulté al coronel Marzán la razón de irnos al Alto del Puerto en vez de unirnos a la línea de defensa establecida en Viña del Mar.

"Ya mi general le informó al Presidente. Nos estamos trasladando hacia el puerto con todas las tropas que estaban en Viña. Así cortaremos cualquier intento de paso de los revolucionarios a Santiago a través del Camino Real, mientras que nuestras fuerzas desplegadas en Quillota harán lo propio si intentan continuar a la capital por este lado", me señaló el coronel en forma muy escueta.

Nuestra marcha, bajo una intensa lluvia, nos permitió llegar a Valparaíso a través del camino de Los Placeres en las primeras horas del día 26, que amaneció absolutamente primaveral.

En los precisos momentos en que ingresábamos a las primeras calles de Valparaíso, iban saliendo de la ciudad varias unidades, siguiendo el antiguo Camino Real, para tomar posiciones en la meseta de Placilla.

Eran en total unos dos mil hombres y unos doscientos jinetes, entre los que pude distinguir al "Tercero de Línea", "Décimo de Línea", con una vanguardia de "Cazadores" y una retaguardia de "Carabineros".

No había desmontado aún, cuando divisé al coronel Marcial Pinto Agüero, jefe de Estado Mayor de la "División Valparaíso" que mandaba el general Alcérreca. "No pierda tiempo, desayune rápido, porque mi general Alcérreca le ordena que se presente ante él a la brevedad", me gritó desde la distancia el coronel Pinto.

No alcancé desayuno –puesto que las cocinas de campaña ya habían sido desmontadas– y me dirigí rápidamente a la Comandancia de Armas de Valparaíso, presentándome ante el general Alcérreca.

"Usted y yo nos conocemos bastante y por eso le ordeno que se agregue a mi Estado Mayor como ayudante y secretario, desde ahora y hasta nueva orden", me dijo en tono sereno como era su costumbre. Desde ese momento quedé subordinado al jefe de Estado Mayor de la "División Valparaíso", el coronel Pinto.

Al mediodía del 26 de agosto fui testigo de la primera reunión que sostuvo el general Barbosa, en su calidad de comandante en jefe con sus comandantes de divisiones. Allí estaban el general Alcérreca, jefe de la "División Valparaíso", el coronel Ramón Carvallo, jefe de la "División Coquimbo"; el coronel García Videla, de la "División Concepción" y la "División Santiago", representada por el coronel Ruiz, ya que en realidad se mantenía bajo el mando del general Barbosa.

Allí se expuso el plan de defensa del Alto del Puerto, señalándose que desde las primeras horas del día se estaban desplazando las tropas hacia la meseta de La Placilla, explicándose que esta llanura de unos cuatro por cinco kilómetros, ofrecía bastantes seguridades para lograr la victoria. Se habló descarnadamente de las bajas sufridas en Concón, que por lo que recuerdo se redondearon en cuatro mil hombres, contando cerca de dos mil entre muertos y heridos y una cantidad muy similar de desertores, que según lo que se había podido averiguar no habían sido hechos prisioneros, sino que agregados a las fuerzas revolucionarias.

"De esta manera –dijo el general Barbosa– ahora ellos tienen cerca de once mil hombres en actitud de combatir y nosotros con suerte llegamos a los diez mil quinientos, contando las últimas unidades llegadas anoche desde Concepción".

Se acordó establecer la línea de defensa en La Placilla, en dirección nororiente, con las espaldas hacia el mar y el frente de batalla orientado hacia el Camino Real. Entre muchas otras disposiciones de unidades, me vienen a la memoria los emplazamientos artilleros, quedando la artillería de la "División Concepción", al mando del comandante Fernández, en el ala izquierda; la artillería de la "División Santiago", al mando del coronel Fuentes, en el ala derecha y la artillería de la "División Valparaíso" en las espaldas para hacer frente a los buques de la Marina. También recuerdo que la caballería debía situarse en la quebrada nororiente de la meseta de Placilla, junto al Camino Real, al igual que las reservas.

Luego de esta reunión, a la que concurrí como secretario del Estado Mayor de la "División Valparaíso", me fui a un pequeño patio de luz existente en el edificio de la Comandancia de Armas, donde completé las anotaciones tomadas durante

el consejo y elaboré en un par de hojas de mi libreta, el resumen de lo tratado. Minutos más tarde entregué copia de estos apuntes al coronel Pinto y luego logré conseguir una tortilla con chicharrones y una cebolla, los que me comí "mascada de uno y mascada del otro", ya que el hambre arreciaba, considerando que no había ingerido ningún alimento en casi dos días, excepto un tacho de té que me había tomado la jornada anterior.

Estaba terminando mi "banquete", cuando fui advertido por mi asistente Castro, que era requerido en el Estado Mayor. Al presentarme en la oficina en que estaban sus oficiales, se me ordenó embalar toda la documentación reunida hasta el momento y enviarla a resguardo donde estimara más conveniente, informando posteriormente al coronel Pinto del lugar en que había quedado.

No fue tarea difícil, con la ayuda de un par de capitanes y unos tenientes, guardar los oficios, memorandos y comunicaciones breves, lo mismo que los telegramas enviados y llegados, los que quedaron embalados en ocho cajones fruteros.

El problema residía ahora el lugar en que los dejaría a resguardo, lo cual me complicaba bastante, ya que no conocía casi nada Valparaíso. Buscando por todos lados y con la ayuda de un teniente que era porteño, dejamos los cajones muy ocultos en la residencia de una tía del oficial, que se ubicaba frente de la Iglesia de la Matriz. Terminado este trámite, que nos llevó un par de horas, volví al Cuartel General, encontrándome que ya había sido evacuado y quedaban solamente algunos soldados que recogían los últimos implementos.

Uno de ellos me dijo. "Mi comandante, si usted es el comandante Varela, mi coronel Pinto le dejó dicho que se fuera para el Alto del Puerto".

Así, junto a mi asistente, el cabo Castro, con varios días sin cambiarnos ropa, prácticamente sin haber comido ni dormido en tres días, iniciamos al atardecer del 26 de agosto la cabalgata hacia el Alto del Puerto, específicamente a La Placilla, a unos ocho kilómetros de Valparaíso.

El estado en que me encontraba me hacía recordar aquellos días de la guerra del norte, aunque tenía diez años más que entonces y el aguante no era exactamente el mismo.

Batalla de La Placilla

Llegamos casi a la medianoche a La Placilla, que no era más que un pequeño poblado ubicado en el extremo nororiente de la planicie del mismo nombre.

En una pequeña casa de adobes se había instalado el Cuartel General del Ejército Presidencial. A esa hora la mayoría de las tropas dormía, protegida por una gran guardia, integrada por infantes y jinetes.

En pocos minutos desmonté frente a las casas y me enteré que el coronel Pinto estaba inspeccionando la instalación de las baterías en el extremo poniente, aquellas que resguardaban las posiciones hacia el mar. Tardé una media hora en llegar hasta ese sitio, del cual se contemplaba toda la bahía de Valparaíso y algunas luces de los faroles del alumbrado de las calles. Como espectáculo era muy bonito, lo que me hizo olvidar por unos segundos la crítica situación en que nos encontrábamos.

Me presenté ante el coronel jefe del Estado Mayor de la "División Valparaíso" y le informé del lugar en que había sido ocultada la documentación de la división, entregándole un papel con la dirección y el nombre de la mujer que era la dueña de la casa.

El coronel Marcial Pinto guardó la hoja de libreta de apuntes en uno de sus bolsillos y luego me ordenó que me fuera a descansar y que nos reuniéramos a las ocho de la mañana en la casa que ocupaba el general Barbosa.

Regresamos con Castro hacia la parte baja de La Placilla y tratamos de encontrar alojamiento en alguna de las casitas aledañas al Cuartel General, pero como nos fue imposible por la hora, desensillamos los caballos y los dejamos asegurados a una vara y luego, junto a nuestras cabalgaduras extendimos los ponchos y dormimos profundamente. Despertamos como a las seis de la mañana absolutamente mojados, ya que estaba cayendo una densa llovizna sobre la zona.

Con suerte me tomé un jarro de café y un par de galletas de marinero que conseguí con unos oficiales y luego de un aseo que me hice en un arroyuelo que corría tras las casas, cambié mi ropa interior, camisa y calcetas, botando la sucia, ya que presentía que mientras menos cosas anduviera cargando sería mejor.

La reunión se efectuó a la hora prevista, con la asistencia de los generales Barbosa y Alcérreca, los comandantes de divisiones y los estados mayores respectivos. Se nos informó que las tropas congresistas venían avanzando por la parte oriental de la cadena de cerros que rodea Valparaíso y que lo más probable es que estuvieran tomando posiciones frente a nosotros al atardecer.

Se revisaron los planes de batalla, se hicieron algunos ajustes menores y se puso mucho énfasis en el bombardeo que sufriríamos de los buques de la escuadra sublevada, que según se había podido observar estaban ya en posiciones entre Laguna Verde y Barón.

Se indicó que Valparaíso estaba bajo control de dos batallones nuestros que estaban a cargo del orden y que a ellos se habían sumado durante la noche

los voluntarios de las compañías de bomberos de Valparaíso, que habían sido armados.

Supe asimismo que, por razones inexplicables, varios regimientos de las tropas revolucionarias estaban a la altura de Las Salinas, pero que no se sabía la razón por la cual habían detenido su marcha hacia Valparaíso.

Después de éstas y muchas más consideraciones que he olvidado, se dio por terminado el consejo y abandonamos la casona. Debí esperar alrededor de una hora en las afueras, ya que el general Alcérreca y el coronel Pinto continuaron la reunión con el general Barbosa. Cuando mis jefes salieron, hice con ellos un largo recorrido por todas las posiciones, revisando el estado de las tropas, de su armamento y repasando con los oficiales a cargo de ellas las instrucciones recibidas.

De esta forma nos dieron las cuatro o cinco de la tarde. A esa hora, el general Alcérreca, mostrando un bosquecillo de boldos y eucaliptos que había hacia el lado sur de La Placilla, dijo que allí nos instalaríamos en forma definitiva.

Aunque ya estaba por oscurecer aún no habíamos almorzado, así que aprovechando una fogata, junto al coronel Pinto, otros de sus ayudantes y nuestros ordenanzas, asamos unas papas y unos trozos de carne. De algún lado salieron unos panes amasados y de otro una botella de vino tinto. Fue la última comida en muchos días.

Luego se ordenó pasar al reposo, ya que al día siguiente la diana era a las cinco de la mañana. Me acomodé en una tienda de campaña de los oficiales del Estado Mayor de la "División Valparaíso". Sin embargo, el nerviosismo me impedía dormir, por lo que me levanté y fui a cepillar a "Aguijón", que pastaba con toda tranquilidad, ya que la zona estaba muy verde dadas la estación de lluvias. Después de estar una media hora con mi caballo y de haberme fumado un par de cigarros, me fui a dormir. Así estaba terminando el día 27 de agosto, víspera de la batalla final.

El 28 de agosto de 1891 amaneció lleno de nubes oscuras que hacían presagiar lluvias. Tal como se había ordenado, a las cinco de la mañana, con el cabo Castro, estábamos tomando un tacho de café acompañado de un par de galletas de campo. Media hora después salimos en columna, siguiendo al general Alcérreca que se dirigía a revistar las tropas de su división. Yo diría que tipo seis de la mañana todo el Ejército estaba desayunado, equipado y listo para entrar en acción.

En ese momento los batallones comenzaron a tomar las posiciones designadas con anterioridad. El ejército adversario ya era visible, pues durante la noche se había apostado hacia el norte de La Placilla.

Eran instantes de indescriptible tensión. Recuerdo que fue entonces cuando verifiqué mi armamento. Revisé que mi sable Chatellerault estuviera bien afianzado, que mi revólver Galand tuviera su carga completa de munición y después mi carabina

Winchester, para la que tenía doce tiros en su cargador y cerca de doscientos tiros en una canana.

Aproveché igualmente de revisar cincha, cabezada, estribos y bridas de mi caballo, aprovechando de acariciar al noble bruto en el que llevaba cabalgando casi seis años por todo el sur y ahora en estas tierras.

Serían como las siete con quince minutos, cuando la artillería del comandante Fuentes, abrió los fuegos contra las tropas congresistas, que iniciaron el avance hacia nuestras posiciones.

Desde donde nos hallábamos con el general Alcérreca vimos que apenas comenzaron a caer nuestros proyectiles de artillería en las posiciones adversarias, los revolucionarios iniciaron la carga en batallones en formación de guerrillas, a la vez que su artillería empezaba a bombardearnos.

Desde ese momento, el general Barbosa comenzó a recorrer toda la extensa posición, animando a las tropas para el combate que ya se había iniciado con gran violencia. Recuerdo perfectamente que montaba un brioso caballo bayo, vestía su uniforme de gala y era acompañado en todo momento por tres ayudantes.

Lo divisé en dos o tres oportunidades y estuve al lado suyo cuando se acercó al general Alcérreca, dándole instrucciones respecto a los movimientos de unidades para parar los avances de los soldados revolucionarios que se hacían muy fuertes en nuestra ala izquierda.

Serían aproximadamente las nueve de la mañana cuando el flanco izquierdo del enemigo empezó a ceder y las tropas congresistas retrocedían desordenadamente hacia el norte. Sin embargo fueron reforzados con un par de batallones de infantería y redoblaron sus ataques con inusitada energía, recuperando el terreno perdido e incluso avanzando un par de cuadras más hacia nuestras posiciones.

Como a las diez de la mañana la situación era muy incierta, porque con la experiencia que me daba haber estado en grandes batallas como las de Tacna, Chorrillos y Miraflores, me daba cuenta que en esos momentos era imposible vaticinar ningún resultado. Ambos ejércitos se batían furiosamente, pero en forma muy pareja.

Ya nuestro campo estaba por todas partes lleno de muertos y heridos, resultado del fuego de fusilería y de los proyectiles de artillería.

Cerca de las diez y media, pudimos observar con profunda tristeza e ira, como unidades completas de nuestro ejército comenzaron a avanzar hacia las tropas revolucionarias llevando sus fusiles en alto tomados con ambas manos. Eran recibidos con gritos de júbilo y abrazos e inmediatamente se sumaban a las filas congresistas y comenzaban a disparar contra los que hasta unos minutos éramos sus camaradas.

Fui testigo –estando al lado del general Alcérreca– cuando desertó en forma completa la reserva, integrada por cuatro batallones de infantería y dos escuadrones del "Cazadores". El jefe de la "División de Reserva" era el coronel Valenzuela, quien encabezó la deserción.

Fue en esos momentos en que cayó muerto el comandante de las baterías de artillería, que habían quedado desguarnecidas, ya que los infantes que las protegían habían desertado tras el coronel Valenzuela. Para evitar que la artillería fuera tomada por el enemigo, el general Barbosa llegó al galope tendido, sumándosele el general Alcérreca y, por supuesto, yo al igual que los otros ayudantes de los jefes.

Las balas llovían sobre nosotros y fue en esos momentos en que el cabo Castro, mi fiel ordenanza, cayó muerto fulminado de un tiro que le impactó en el rostro.

No tuve tiempo de nada, solamente rogar por su alma, porque por todos lados estábamos siendo rodeados de soldados de la infantería adversaria, que trataban de dar de baja a nuestros generales.

Antes de las once de la mañana ya había caído nuestra ala izquierda, completamente destrozada por el ímpetu del avance enemigo.

Barbosa y Alcérreca intentaban reorganizar las fuerzas y cuando galopábamos en dirección poniente, mi jefe –el general Alcérreca– fue alcanzado por un proyectil en el brazo derecho y otro en el estómago, quedando doblado sobre el cuello de su caballo. Tomé las bridas de su cabalgadura y al galope emprendí la carrera hacia una de las ambulancias situada en el extremo sur de La Placilla, donde había unas dos o tres casitas de barro. Iba muy mal herido y cuando en la ambulancia lo desmontaron de su caballo y lo tendieron en una angarilla, con su serena altivez de siempre me dio las gracias y me pidió que volviera donde se encontraba el general Barbosa y me pusiera a sus órdenes.

En medio de las explosiones de las granadas de artillería y de los zumbidos de miles de proyectiles de fusiles y carabinas galopé junto a algunos capitanes y tenientes hacia el ala izquierda, reuniéndonos unos diez minutos después con el general Barbosa, que seguía dirigiendo personalmente las acciones, sable en mano.

Recuerdo perfectamente que me sentía muy mal, por la mortandad que se estaba produciendo entre hermanos, por la muerte de mi asistente y por la forma en que dejamos muy malherido a mi jefe, el general Alcérreca.

En esos momentos sentí que un comandante gritó: "Mi general, ahí viene la caballería a ayudarnos".

Todo miramos hacia el Camino Real y vimos a dos escuadrones de caballería que avanzaban ordenadamente hacia nosotros. Uno de los coroneles comenzó

a gritarles que se apuraran, haciéndoles señas con las manos para que clavaran espolines y galoparan hacia donde nos hallábamos.

Pero siguieron al paso. Cuando estaban a unos doscientos metros de nosotros comenzaron a galopar ordenadamente. Al acortarse la distancia vimos con estupor que eran los escuadrones del "Húsares" y del "Cazadores" que habían desertado antes de la batalla, que avanzaban al mando del sargento mayor Tulio Padilla. Ya era tarde cuando comprendimos que no venían a ayudarnos y, por el contrario, venían a atacarnos. El general Barbosa se encolerizó y mostrándoles su sable les gritaba "Traidores, cobardes. Vengan a pelear como hombres".

En pocos segundos estábamos envueltos por la masa de jinetes enemigos, seguidos por infantería revolucionaria, que acometían con una fuerza y saña increíbles.

Barbosa recibió un par de disparos en el estómago y pecho y cayó de su caballo. Nosotros tratamos de ir en su auxilio, pero fuimos rodeados por decenas de enemigos. Mientras peleábamos con todas nuestras energías pudimos ver como la soldadesca se había abalanzado sobre el general Barbosa, que yacía herido sobre la hierba y lo comenzaron a destrozar a bayonetazos y sablazos.

La sed de venganza de quienes nos tenían rodeados los hizo abandonarnos como presa y se lanzaron a la carrera hacia el tumulto que estaba descuartizando al general, lo cual nos permitió retirarnos hacia el costado sur de La Placilla.

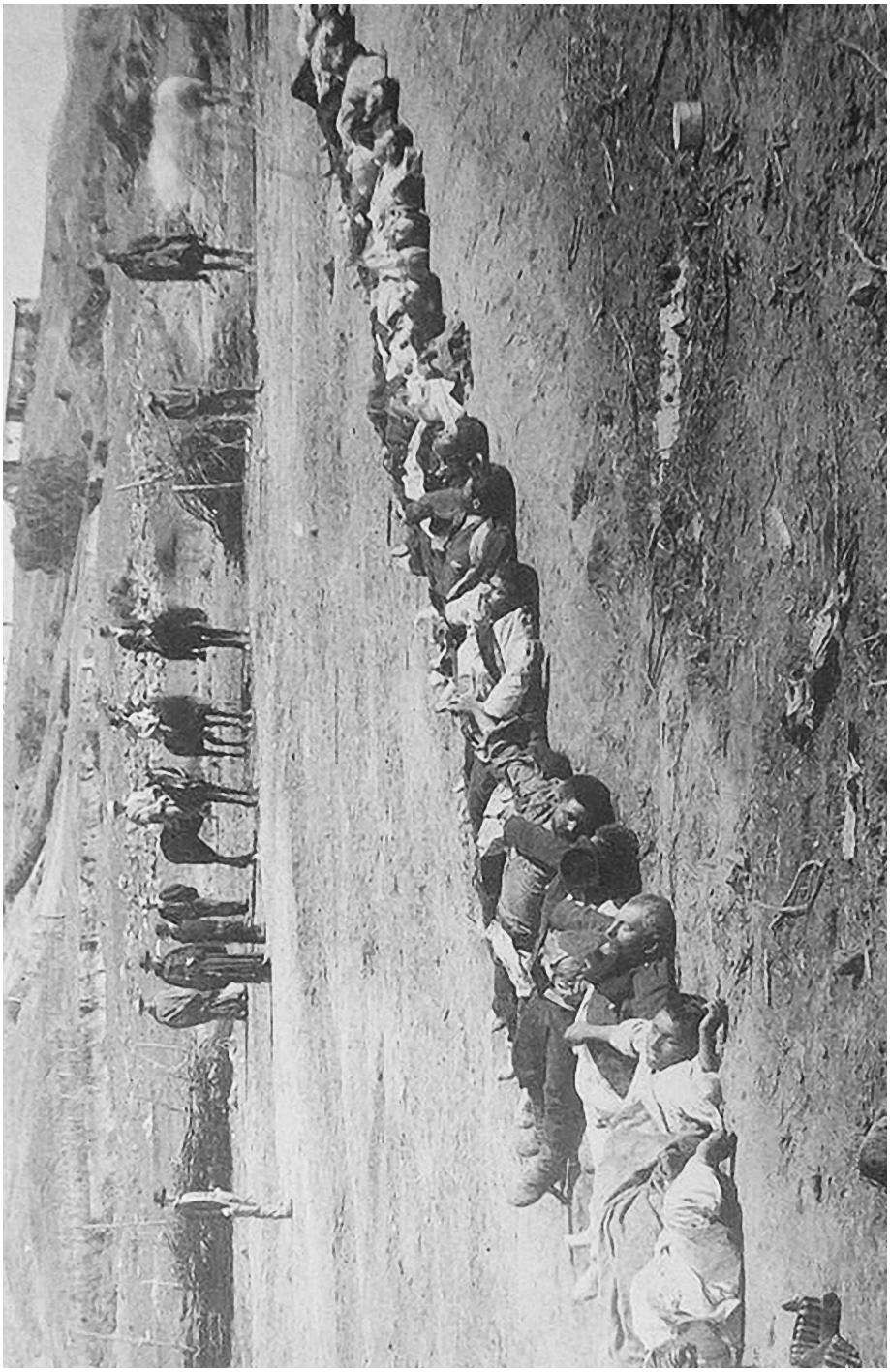
Alcancé a ver –mirando hacia atrás mientras galopaba– como la cabeza del general Barbosa era paseada por un jinete que la llevaba ensartada en un sable, ondeando al viento la típica barba blanca de nuestro general.

Los enemigos, al ver que tres o cuatro oficiales tratábamos de escabullirnos, se lanzaron en nuestra persecución. Ante eso nos dividimos en distintas direcciones y galopamos a la mayor velocidad que podían nuestros caballos.

El ruido de los disparos, los gritos de los heridos y los cañonazos de la artillería me parecían una pesadilla, pero seguía al galope tendido, sin darme cuenta que iba solo. No sé si los otros oficiales cayeron bajo la lluvia de balas. El hecho es que logré meterme en un bosque bastante espeso que daba hacia la aldea de La Placilla y allí desmonté para dejar que "Aguijón" se repusiera en algo de la tremenda fatiga que tenía.

Me di cuenta que me quedaban solamente diez tiros en la canana y ninguno en la carabina. Recargué la carabina, revisé mi revólver y luego de unos minutos monté nuevamente, para intentar llegar al sector de las ambulancias en que se encontraba el general Alcérreca.

Me fui al trote, bordeando la quebrada y ocultándome en la vegetación. De pronto escuché muchos gritos y disparos. Desmonté y me acerqué a mirar hacia la



Sacerdotes y civiles en tareas de sepultación de caídos en la batalla de Placilla. Fotografía: Garreaud-Leblanc.

planicie viendo a unos cien metros la ambulancia, que estaba rodeada por soldados enemigos que disparaban desde todas las direcciones en contra de la veintena de soldados que la resguardaban.

Volví a montar y al galope hice un rodeo y llegué por la parte sur a las tiendas de la ambulancia, para tratar de sumarme a la defensa. Disparé sin desperdiciar ninguno de los diez tiros que tenía en la carabina y luego seguí disparando con mi revólver hasta agotar la munición que tenía en el tambor y otros veinte tiros que guardaba en la cartuchera.

Las tropas revolucionarias estaban ebrias de venganza y como en esos momentos no éramos más de diez los que seguíamos resistiendo, pronto pudieron copar la ambulancia.

A esas alturas yo estaba combatiendo desde mi caballo solamente con mi sable, ya que no tenía más municiones. De pronto me vi rodeado por unos seis soldados de infantería que me atacaban con sus bayonetas. Yo daba sablazos con desesperación a diestra y siniestra, poniendo el máximo de las fuerzas que me quedaban en cada golpe.

De pronto sentí algo caliente en mi costado izquierdo e instintivamente, apreté los espolines a "Aguijón", para que avanzara por sobre los atacantes.

Al llevar la vista al lado izquierdo alcancé a ver cuando un soldado, de bigotes pequeños y sin quepí, retiraba sonriendo su fusil tras haberme enterrado la bayoneta.

Casi simultáneamente se formó un grupo que daba gritos de victoria y pude ver como estaban destrozando al general Alcérreca, a quién habían sacado de su lecho de herido, al igual como lo habían hecho con el coronel Robles en Pozo Almonte al inicio de esta guerra.

El descuartizamiento del general herido distrajo a los enemigos que me rodeaban, lo que aproveché para romper a pechazos su cerco. Cuando había logrado galopar unos cincuenta metros hacia el lugar en que aún se veían algunas compañías nuestras combatiendo desorganizadamente, mi caballo "Aguijón" cayó fulminado a tierra, producto de dos o tres disparos.

Me puse de pie como pude, saqué la vaina del sable de la silla y comencé a correr hacia el lugar en que aún se divisaba a parte de mi Ejército, unos cuatrocientos metros hacia el sur oriente. Creo que alcancé a correr más o menos unas dos cuadras en medio de la granizada de balas que me disparaban. De pronto me encontré con un gran tronco caído y cuando me aprestaba a sortearlo me fui de bruces al suelo. Pensé que había sido alcanzado por una bala y me quedé tendido boca abajo, casi sin poder moverme.

CAPÍTULO 21
HERIDO Y PERSEGUIDO

Aparece un ángel

Desde allí vi como mi caballo daba sus últimos movimientos, intentando ponerse de pie y arqueando mucho el cuello en medio de lastimeros relinchos, que alcanzaba a escuchar desde el lugar en que me encontraba caído.

Con la vista nublada por la fatiga y el dolor observé cuando mi querido "Aguijón" quedó quieto, mostrando el pelero que había pertenecido a un coronel peruano y que me habían obsequiado mis compañeros del "Granaderos".

Después de unos minutos me di cuenta que no me había llegado ninguna bala y que la causa de mi caída había sido la gran pérdida de sangre de la herida que tenía en el costado izquierdo, entre las costillas, causada por el bayonetazo que me dio ese soldado enemigo, cuyo rostro jamás olvidaré.

Mi guerrera estaba impregnada de sangre, al igual que todo el costado izquierdo del pantalón. Sentía como los dedos del pie izquierdo se resbalaban en la plantilla de la bota, inundada de sangre.

Deben haber sido como las dos de la tarde cuando me hallaba tendido junto a ese gran tronco caído. Al ver que no había enemigos cerca, me senté en una piedra, me saqué con mucha dificultad el cinturón y las fornituras y luego la guerrera. Me levanté la camisa y con mucha preocupación miré mi herida. Parecía una boca, ya que los bordes se abrían como labios y al separar un poco estos bordes con mis manos, me di cuenta que era muy profunda, ya que entre la sangre que brotaba se veía el hueso amarillento de una de mis costillas.

Saqué un pañuelo para el cuello que tenía en un bolsillo de la guerrera y me lo introduje en la herida como un tapón, en una maniobra desesperada de detener la abundante hemorragia.

No tenía más que hacer por el momento, así que me tendí y saqué uno de los tres cigarros que me quedaban y me lo fumé con mucha parsimonia, pensando que tal vez podría ser el último de mi vida.

Sin darme cuenta me dormí. Desperté cuando ya estaba oscureciendo y fue en ese momento en que decidí empezar a caminar hacia Valparaíso para buscar a alguien que me atendiera. El dolor era muy fuerte y comencé a avanzar apoyándome en mi sable envainado a manera de bastón.

Traté de irme por el lado de Laguna Verde, para evitar cruzar por el campo de batalla, que se veía lleno de muertos y de enemigos que se estaban encargando del "repase", es decir matando a los heridos. Avancé, no se si en la dirección correcta, en forma muy lenta y deteniéndome a recuperarme en forma muy frecuente, ya que el dolor era muy agudo y además me sentía demasiado debilitado. No sé en que instante caí y me desvanecí.

Cuando desperté ya había amanecido el 29 de agosto y vi que un teniente del "Tercero de Línea" estaba inclinado sobre mí y me estaba tratando de dar agua con una botella de vidrio color ámbar. Cuando abrí los ojos me dijo "Soy el teniente Arellano".

Le di las gracias y luego de darle mi nombre y grado, le pregunté en qué había terminado todo. Me relató que los revolucionarios habían arrasado nuestro ejército, que estaba totalmente derrotado y disperso y que habían actuado con mucha saña, matando a cientos de heridos.

Dijo que él había alcanzado a llegar hasta Valparaíso con algunos de sus hombres, pero habían tenido que esconderse, porque las tropas congresistas habían saqueado las casas de los balmacedistas y habían matado a más de quinientas personas dentro de la ciudad, entre soldados que habían buscado refugio y civiles partidarios del Presidente Balmaceda.

"Lo peor fue esta madrugada. Cuando yo venía saliendo de Valparaíso, iba entrando al puerto una turba de soldados tirando dos carretones de la basura. En ellos llevaban los cadáveres descuartizados de los generales Barbosa y Alcérreca, para exhibirlos en el Almendral", me dijo.

"Y yo que pensaba ir a curarme a Valparaíso", le dije. "Por ningún motivo mi comandante, yo me voy a Santiago y me ofrezco para ayudarle si se anima a hacer el viaje conmigo", me dijo el teniente.

Por supuesto que ante los relatos que me hacía desistí de continuar bajando hacia el puerto y acepté la generosa ayuda que me ofrecía el oficial.

Observó por un rato mi herida y afirmó luego que aunque no sabía nada de medicina, la lesión le parecía muy fea y profunda. Dijo "Voy a buscar algunas cosas, espéreme aquí no más mi comandante", y se perdió caminando hacia el campo de batalla.

Pasaron dos o tres horas y cuando ya me había convencido que no volvería, lo divisé caminando hacia mi cargado con algunos bultos al hombro. Cuando llegó a mi lado, se tendió y empezó mostrarme lo que había traído. Eran seis o más camisas blancas, dos ponchos de lana cruda, un par de pantalones de arriero, dos cantimploras con agua, un corvo y dos sombreros de paja.

"Me costó trabajo conseguir esto, porque lo tuve que hacer arrastrándome entre los muertos para que no me vieran los soldados revolucionarios que están por todos lados de La Placilla apilando cadáveres para quemarlos", me dijo.

"Total estas prendas son de finaos que estaban tendidos boca arriba y ya no las iban a usar más", señaló como justificando su acción.

Dijo que se habría tardado mucho menos de no ser por los ponchos, pantalones y las chupallas, ya que había abundancia de muertos con uniformes, pero le costó mucho dar con algunos arrieros para sacarles estas prendas. Después me explicó que para poder iniciar la larga marcha a Santiago no debía notarse que éramos militares y para eso había traído esas prendas.

"Las camisas son para hacerle vendas a usted y dejarlo bien fajado para que pueda caminar bien", añadió, mientras comenzaba su faena de cortar en tiras las blancas camisas. Me hizo luego una curación lo mejor que pudo y me fajó muy apretado.

Boté mi quepí, pantalón y guerrera, olvidando que en la bocamanga iba el decreto que me había reincorporado al Ejército meses atrás, puse los rústicos pantalones fuera de las botas de montar –para tratar de ocultar mi apariencia de oficial– y me cubrí con el poncho y la chupalla.

Arellano hizo lo propio y a los pocos minutos empezamos a caminar hacia el suroriente, para evitar el Camino Real, que debía estar plagado de soldados enemigos.

Comienza la huida

Desde ese día mis recuerdos son muy aislados y confusos. Me viene a la memoria la lenta marcha, ya que la herida me impedía caminar por más de media hora y debía reponerme por unos diez minutos antes de seguir a un tranco bastante más lento que lo normal.

Mi vida se la debo al teniente Arellano, del "Tercero de Línea", que en forma absolutamente desinteresada desechó el camino más fácil, que era el tratar de escapar de la zona en forma rápida, como se lo permitía su juventud y su salud. Sin embargo, este valeroso oficial optó por la senda difícil, cargando con un herido

y preocupándose de mí en todo instante. Es necesario dejar en claro que no nos conocíamos ni siquiera de vista, hasta que me encontró desvanecido cerca del campo de batalla de La Placilla.

Caminamos en forma intermitente por lo menos dos días, es decir hasta el 30 o 31 de agosto, ocultándonos en la vegetación por los campos situados al sur del Camino Real, sin que viéramos a nadie en esas dos largas jornadas.

En la noche del 31 de agosto, cuando nos aprestábamos a dormir, el teniente Arellano al revisar mi herida me dijo que estaba totalmente infectada y lo pude comprobar cuando me cambió los vendajes, que salían impregnados de un líquido entre amarillento y verde. Sin embargo, ya sabía que estaba sufriendo una infección muy fuerte, por lo afiebrado que me sentía.

Mi sable, que era el único armamento que había conservado para defenderme en caso de ser sorprendido, lo llevaba enrollado en unos gangochos de sacos paperos y lo usaba como bastón para ayudarme, ya que estaba muy debilitado por la hemorragia y por la infección. Sentía que con cada paso que daba todo el costado izquierdo del tórax me punzaba y eso me causaba un dolor difícil de describir.

Como decía, cuando Arellano se dio cuenta de lo mal que estaba mi herida, me preparó una cama con el poncho entre unos pequeños boldos y espinos y me pidió que no me moviera de allí por ningún motivo. Se fue a buscar agua cuando estaba ya totalmente oscuro.

Tenía visiones, producto de la fiebre. Se me entremezclaban imágenes de cuando era un niño, con las de batallas, jardines muy bonitos y una playa larga y soleada. Mi cerebro era como un caleidoscopio, en que giraban imágenes, luego se desvanecían y se convertían en otras distintas.

Veía a mi ordenanza Castro muerto en el campo de batalla, que me hablaba y también a mi general Alcérreca, de quien veía su cabeza decapitada sobre la hierba que daba instrucciones de manera muy serena.

Cuando desperté el sol estaba a plomo sobre mi cara y pese a mi estado de delirio pude deducir que era el mediodía y seguía solo. Pensé que allí moriría, porque el miedo me hizo situarme en el tiempo y deduje que llevaba ya más de doce horas solo. Traté de incorporarme, lo que me costó mucho dolor y esfuerzo, pero al final logré sentarme sobre el poncho que me había servido de cama toda la noche.

Entonces me di cuenta que tenía puesta una chaqueta color café, de esas que usaban los hombres de pueblo los días domingos. Estaba muy ajada, pero me calzaba muy bien. No recuerdo en que momento el teniente Arellano me la puso y tampoco sabía de donde la había sacado.

Me abrí la levita y la camisa y comencé a soltar mi fajado de vendas para ver con mis propios ojos la herida. Casi pierdo el sentido al verla, ya que todo el costado izquierdo lo tenía terriblemente hinchado, como inflado, y la herida se encontraba como en la punta de este globo a punto de estallar, que era de un color amarillento.

En un intento por aliviar la dolorosa presión que sentía, puse la palma de mi mano izquierda en la parte baja de este globo y la derecha en la parte superior. El leve contacto de mis dedos me provocaba unas punzadas horrorosas. Tomé descanso unos segundos, respiré profundamente y luego recurriendo a las pocas fuerzas que me quedaban apreté violentamente la horrorosa hinchazón. El dolor fue tan fuerte que creo que perdí el conocimiento por unos instantes. Al recuperarme miré mi costado y observé una tremenda bolsa de piel desinflada y el pasto lleno de esa sustancia putrefacta que había salido de mi cuerpo.

Me sentí mucho más aliviado y estaba tratando de vendarme nuevamente cuando sentí ruido entre los matorrales y casi de inmediato apareció mi buen teniente. Miró lo que había hecho y me dijo que yo tenía mucho valor, ya que él había pensado el día anterior hacerme ese procedimiento, pero que no se atrevió por el sufrimiento que me podría causar.

Me explicó que había tardado demasiado, porque logró llegar hasta unas casas de campesinos ubicadas como a siete kilómetros y cuando estaba aproximándose vio una patrulla de caballería revolucionaria que entró al villorrio. Relató que tuvo que quedarse escondido entre la vegetación el resto de la noche y varias horas de la mañana, hasta que se fueron los soldados.

"Estamos en el valle de Curacaví. Ya hemos hecho más de la mitad del camino y si Dios lo permite y le da salud, en dos o tres días podríamos estar llegando a Santiago", me señaló.

Traía panes amasados, un trozo de queso, una botella de vino, las caramayolas con agua y otro poncho bastante raído.

Los días siguientes fueron de sufrientes caminatas a través del campo, ya que no recuerdo nunca hacer avanzado por el Camino Real. La tremenda fiebre que me afectaba me ha hecho olvidar prácticamente todo de esta penosa marcha, pero no los infinitos cuidados que me brindó este buen samaritano, a quien le debo el medio siglo que he logrado vivir después de esta odisea.

No sé en que parte de nuestro viaje me dejó nuevamente solo varias horas –oculto entre arbustos– y regresó con un balde de hierro lleno de agua y sacos harineros vacíos. Hizo una fogata e hirvió los sacos, que previamente había seccionado en tiras. Con esos trapos casi hirviendo limpió mi herida y luego me vendó muy bien.

Varias jornadas más tarde, tras remontar la cadena de cerros de Lo Prado, torcimos hacia el nororiente y divisamos las primeras casas de campo de Renca. Allí, en un pequeño bosquecillo, esperamos que estuviera bien avanzada la noche para entrar a las callejuelas de ese pueblo. Caminamos hasta la Quinta Normal, donde me dijo que podríamos tomar un coche, pero que no tenía dinero. Fue entonces que, en medio de mi fiebre, me acordé que en un bolsillo interior de mi calzoncillo tenía un rollo de billetes. Se lo pasé y le dije que tratáramos de tomar un carruaje, pero que no sabía donde me podría ir a dejar, porque aunque tenía un lugar al cual llegar en Santiago lo consideraba riesgoso porque me podrían ubicar fácilmente.

Estaba amaneciendo cuando subimos a un coche. Arellano le preguntó al cochero sobre lo que estaba ocurriendo. El le contó que el Presidente Balmaceda había renunciado al día siguiente de la derrota en La Placilla y que estaba asilado en la Legación Argentina y que antes de dimitir le había entregado el gobierno al general Baquedano. Nos contó que la ciudad estaba llena de muertos por todos lados, ya que se habían producido numerosos incendios y saqueos a casas y comercios de balmacedistas.

El coche rodaba por Las Delicias casi al llegar a Dieciocho de Septiembre y de pronto torcí la vista hacia el costado derecho y pude ver la otrora hermosa casa de mi amigo José del Carmen Balmaceda completamente incendiada y en la calle restos de muebles y ropas. Me dio mucha tristeza, sobre todo porque conocía muy bien a la familia y esa residencia, ya que había estado en varias ocasiones allí. Avanzando hacia el oriente pude ver muchas otras casas y comercios arrasados de la misma forma, lo cual me dio una idea de lo fiera que había sido la venganza.

Le pregunté al cochero que fecha era y me dijo que era el 7 de septiembre. Eso quería decir que la travesía a través de los campos desde el Alto del Puerto hasta Santiago había demorado nueve días, aunque a mí me parecían semanas.

Arellano le pidió al cochero que nos llevara hasta el Camino de Cintura con la calle de San Isidro. Luego de pagarle el viaje me ayudó a descender y caminamos unas tres o cuatro cuadras, por calles que no recuerdo. “Es para despistar”, me dijo Arellano.

Llegamos finalmente a una casa de dos pisos, donde tocó la campanilla varias veces, sin recibir respuesta. Cogió el cordel con más fuerza y siguió tocando casi sin parar hasta que una mujer joven entreabrió la puerta y asomó un poco su cara. Dio un tremendo grito de impresión y enseguida abrió la puerta de par en par. Era la casa de Arellano.

A los gritos de la mujer, que después supe era empleada de la casa, salieron su madre, dos jovencitas que eran sus hermanas y otra sirvienta. Las mujeres abrazaban sollozando a Arellano y daban gracias a Dios porque había regresado sano y salvo.

En realidad nuestro aspecto era horroroso, ya que estábamos con ropas pobres y muy sucias al igual que nuestros cuerpos y se notaba la fatiga de la larga marcha.

"Este señor –les dijo Arellano– es un comandante que encontré muriéndose en La Placilla y nos hemos venido caminando a través de los campos y cerros para evitar ser hechos prisioneros y fusilados". Fue entonces que la madre, ayudada por las sirvientas, me llevó hasta un dormitorio donde me tendió en una cama y escuché que calentarían agua para darme un buen baño.

Tratamiento médico

No retengo detalles, ya que nuevamente fui doblegado por la fiebre y desperté en la tarde de ese día. Estaba acostado en una muy buena cama, vestido con un albo camisón de dormir y un circunspecto médico me estaba comenzando a examinar.

El doctor, en la medida que iba observando bien la herida, movía la cabeza con signos negativos. Me hizo un completo lavado –que me causó gran dolor– con agua de árnica y luego estuvo apretando las hinchazones para que expulsara el pus acumulado. Después me inundó la herida con ácido fénico, lo que me provocó mayor dolor aún. Dijo que como la herida estaba infectada no la podía suturar para esperar que la infección cediera y que vendría dos veces por día a cambiarme los vendajes y tratar la lesión con la solución de ácido fénico.

En los días que siguieron me levantaba a ratos y me sentaba en el jardín del segundo patio de la casa. En una de esas oportunidades fue que recordé el baúl que había enviado a Eugenia. Le pedí a Arellano si lo podía ir a buscar. Para ello escribí una carta a Eugenia explicándole que estaba imposibilitado de ir y que tuviera la bondad de entregárselo a mi amigo. No sé si fue el mismo día que se lo solicité o al siguiente, pero finalmente Arellano volvió con mi baúl, que estaba intacto. Arellano me contó que había sido mal recibido, pensando que sería porque desconfiaban de él, pero después se percató que eran enemigos de Balmaceda.

Todas mis cosas estaban tal cual las había dejado en Angol. Saqué uno de los relojes de plata y algunas alhajas y se las pasé a Arellano para que las vendiera y las convirtiera en dinero. Fue al centro y regresó con algo más de ochocientos pesos, que era bastante dinero en esos tiempos. Le pasé seiscientos pesos y le dije que eso era para ayudarle a costear los gastos que estaba ocasionando y también para

pagar las frecuentes visitas del doctor. No los quiso recibir y entonces lo amenacé con irme y, al ver mi resolución a cumplir con lo que decía, terminó aceptando.

Arellano trataba de no salir a la calle, ya que era un reconocido balmacedista y ahora entiendo el tremendo esfuerzo que hizo cuando fue a buscarme el baúl y luego cuando debió ir a vender las joyas al centro.

Con las constantes limpiezas que me hacía el doctor y el tratamiento con ácido fénico, mi herida comenzó a cerrar y se fue pasando el mal olor que tenía cuando comencé a recibir atención médica, casi dos semanas después de ser herido.

Las fiestas patrias pasaron sin pena ni gloria, encerrados en la casa y enterándonos de las malas noticias que traían las empleadas respecto a saqueos, asesinatos y ataques de turbas a los partidarios de Balmaceda.

A esa fecha el general Baquedano –que poco pudo hacer para detener la barbarie revolucionaria no obstante las numerosas fuerzas que tenía bajo su mando– había entregado el poder al capitán de navío Jorge Montt, que ya llevaba varios días instalado en La Moneda.

El día que comenzó la primavera de 1891, el 21 de septiembre, conversamos largo rato con Arellano luego del desayuno. Me dijo que había decidido marcharse a Argentina apenas le fuera posible, ya que en Chile su vida corría peligro y que además no tendría ninguna posibilidad de trabajo. Yo aproveché de reiterarle todos mis agradecimientos por lo que había hecho por mi y le comuniqué que ese mismo día me marcharía, pues me sentía bastante recuperado.

La empleada mayor me averiguó de una pequeña casita que rentaban en la tercera cuadra de la calle de San Francisco y esa misma tarde fui a verla y como tenía muebles, decidí arrendarla de inmediato, para lo cual pagué dos meses adelantados de arriendo con sesenta de los doscientos pesos que me quedaban en efectivo.

Cuando estaba por anochecer me despedí y di mis más sinceros agradecimientos a Arellano y toda la familia y al poco rato llegó el cochero de una golondrina tirada por un solo caballo que había tratado para mi modesta mudanza. Me marché sentado en la plataforma de carga del carruaje, llevándome mi baúl y una bolsa en la que estaban mi sable y botas de oficial, que era lo único que me quedaba de mi carrera en el Ejército.

Me instalé rápidamente en la casita, que estaba bastante bien aseada y escondí mi baúl, botas y sable en el entretecho de la vivienda. Después salí a buscar donde comprar algo de comer y me encontré con un pequeño emporio de un italiano en la misma calle de San Francisco, casi al frente de templo del mismo nombre. Adquirí un par de panes de jabón, toalla, una navaja de afeitar y algo de comida. Cuando iba a pagar me di cuenta que vendían ropa para peones y decidí comprarme unos

pantalones de lona color cáñamo y unos botines como los que usaban los pampinos, además de una camisa blanca sin cuello y un sombrero negro de ala corta.

Al día siguiente, lo primero que hice por la mañana después de cambiarme mis vendas, fue afeitarme la tupida barba que me había crecido, ya que no me rasuraba hacía más de un mes. Cuando estaba terminando de afeitarme la barba decidí sacarme los bigotes, que llevaba desde los dieciocho años y que me daban un aire característico por el tipo alón que tenían. Ese fue el único período de mi vida adulta que estuve sin mis bigotes.

Me vestí con el traje de jornalero y me fui caminando lentamente hacia el centro… era el 22 de septiembre. Me impresionaba el estado en que se encontraba el centro de Santiago, ya que había numerosos negocios incendiados y casas destruidas. Recuerdo haber visto el restaurante de "Los Hermanos" el que conocía de antes de irme a la Guerra del Pacífico. No quedaba nada del otrora grande y distinguido negocio. Estaba incendiado, sin puertas ni ventanas y su interior lleno de escombros conformados de restos de mesones, mesas y sillas.

En La Catedral esquina de Morandé se emplazaba el palacio de la familia Edwards, que había sido terminado solamente un par de años atrás, es decir por allí por 1889 o 1890. Esa era la residencia, hasta donde yo sabía, de doña Juana Ross, viuda de Arturo Edwards quién había fallecido poco antes de concluir la construcción de tan hermoso edificio. Era de dos pisos, con una reja baja de fierro fundido que lo aislaba de la calle La Catedral, a la que daba su fachada. El palacio estaba con sus ventanas fracturadas, el frontis lleno de impactos de bala y parte del primer piso demostraba haber sido incendiado. Los escalones de mármol del acceso principal estaban cubiertos de charcos de sangre reseca, lo cual demostraba que allí se habían producido terribles sucesos.

En realidad ahí se había parapetado un grupo de jóvenes balmacedistas para defenderse de las turbas enardecidas, pero fueron atacados ferozmente muriendo prácticamente todos en ese palacio.

Cómo supe de la muerte de Balmaceda

Estaba contemplando el palacio Edwards cuando se pronto veo a un capitán –o más bien dicho a un ex capitán– del "Esmeralda" que andaba en las mismas que yo. Aunque creo que ninguno de los dos se acordaba del nombre del otro, ambos nos reconocimos casi de inmediato y empezamos a comentar en voz muy baja los últimos sucesos.

Me contó sus peripecias para escapar de la zona de La Placilla y de todo el tiempo que había andado fondeado, para evitar problemas con los revolucionarios. Me comentó lo triste que había sido la muerte de Balmaceda, siendo ésta la primera noticia que tuve al respecto, ya que hasta ese momento yo seguía pensado que continuaba asilado en alguna embajada.

Invitándome a caminar hacia la Plaza de Armas, me confidenció que su hermano –que era teniente del Ejército Presidencial– había permanecido como ayudante de órdenes entre el Presidente Balmaceda y el general Baquedano y que había estado en la sede argentina cuando Balmaceda murió.

Pese a la tristeza que me ocasionaba saber la noticia, comencé a preguntarle detalles. El hombre me dijo que el Presidente se había suicidado en la mañana del 19 de septiembre, el mismo día que cumplió su mandato constitucional.

Su relato –del que no tengo porqué dudar ya que la fuente era su hermano, testigo de los hechos– señalaba que el 19 de septiembre Balmaceda se levantó muy temprano, se aseó y vistió con un traje muy elegante y luego escribió una nota dirigida al embajador de Argentina, la que dejó junto a otras largas cartas que había redactado en días anteriores, que tenían por destinatarios a su mujer, a sus hermanos, a sus hijas y otra que constituía su testamento político.

Las cartas las dejó ordenadas en una mesita, apoyadas en un candelabro sobre un ejemplar de un diario. En la cubierta del velador dejó su documentera, la billetera y su reloj de bolsillo.

Posteriormente Balmaceda se tendió en la cama y siendo las ocho de la mañana se descerrajó un tiro en la sien derecha, quedando recostado ligeramente sobre su costado izquierdo y con la pierna izquierda flectada. Al sentir el disparo, el ministro argentino acompañado de algunos empleados, entre los que se encontraba el hermano de quien me contaba los sucesos, irrumpieron en la habitación, encontrando a Balmaceda ya fallecido.

Se dio aviso a las nuevas autoridades y concurrieron hasta el dormitorio los embajadores de varios países, un ministro de la Corte Suprema y otras personas que me mencionó, pero que no recuerdo. Continuó diciéndome que cerca del mediodía llegó hasta allí el cuñado de Balmaceda, Domingo Toro –ex Comandante del Regimiento "Chacabuco"– y el decano de la Facultad de Medicina, José Joaquín Aguirre, quienes certificaron el reconocimiento del cadáver y las causas de la muerte. El arma se la dejó para sí –inexplicablemente– un cura de apellido Lisboa, que fue enviado por jefes militares del Ejército Congresista, donde se desempeñaba como capellán.

Entramos a la Catedral y nos sentamos en un banco de la nave lateral derecha. Mi ocasional acompañante continuó contándome que el mismo cura y su hermano se debieron encargar de amortajar al Presidente, para lo cual debieron desarticularle la pierna izquierda, por el rigor mortis.

"A esas alturas –continuó– ya la chusma se había enterado de la muerte de Balmaceda y se había congregado una multitud frente a la legación, no precisamente para rendirle homenaje, sino que para apoderarse de sus restos y vejarlos, tal como lo habían hecho con tantas personas asesinadas en Santiago y Valparaíso en los últimos días y con los generales Barbosa y Alcérreca".

El gobierno –de acuerdo al relato– para evitar mayores derramamientos de sangre, dio instrucciones que el funeral del Presidente Balmaceda fuera secreto. Una sección de caballería al mando de un alférez, llegó hasta la Legación de Argentina escoltando un carro fúnebre de la Beneficencia Pública, del que bajaron un ataúd que entraron a la sede diplomática.

Los amigos de Balmaceda entraron el cajón solamente hasta el hall de la Legación y allí lo llenaron con una docena de ladrillos, lo clavaron y luego lo transportaron hasta el carro mortuorio, que partió a toda carrera, escoltado por los soldados que a las cuatro cuadras tomaron otra dirección. Todo esto ocurrió como a las cuatro de la tarde. Promediando las ocho de la noche bajaron el cuerpo sin vida de Balmaceda –que seguía en el dormitorio del segundo piso– hasta el primer piso.

"El cuerpo del Presidente –indicó– iba envuelto en una cubrecama y lo colocaron entre la puerta de calle y la mampara. Esta tarea la hicieron Domingo Toro, cuñado de Balmaceda, dos empleados de la Legación, mi hermano y un oficial en retiro de apellido Necochea".

El relato me había emocionado mucho, por la forma en que hacía tres días había muerto el Presidente Balmaceda y por las circunstancias posteriores a su deceso. Recordaba las reuniones que había tenido con él y también tenía nítida la imagen de la última vez que estuvimos juntos, en Quilpué, un par de semanas atrás. En ese momento sentí que las lágrimas rodaban por mis mejillas.

Haciendo una pausa el ex oficial del "Esmeralda" siguió contándome que fue el embajador de Uruguay –que también permanecía a esa hora en la Legación de Argentina– quien salió a la calle a buscar un coche de alquiler. El modesto coche se detuvo poco después de las nueve de la noche pegado a la puerta del edificio y en forma muy rápida sacaron el cuerpo de Balmaceda y lo colocaron en el piso del carruaje. Subieron rápidamente el hermano de quien me contaba lo sucedido, el ex oficial Necochea, el embajador de Uruguay y Domingo Toro, dirigiéndose rápidamente hacia el Cementerio General.

"En el trayecto, en la calle Del Puente casi al llegar a Mapocho, tirado en medio de la calle, estaban los restos del ataúd que habían sacado antes de la legación como señuelo. Junto a los restos del féretro estaban los ladrillos con que lo habían cargado. Esto demostró que si en ese carro fúnebre hubiesen puesto efectivamente el cadáver del Presidente Balmaceda, su cuerpo habría sido salvajemente ultrajado. Entraron al Cementerio General por la puerta de Recoleta y el cuerpo de Balmaceda, envuelto en la cubrecama fue bajado frente al mausoleo de la familia Arriarán. Allí los esperaba el doctor Manuel Arriarán, director del Cementerio, quien tenía dispuesto un ataúd metálico, en el que depositaron el cuerpo del Presidente luego de quitar la colcha que lo envolvía. Toda esta triste ceremonia se efectuó a la luz de unos chonchones y finalmente el ataúd fue depositado en un nicho vacío del mausoleo de los Arriarán.

Al término de este relato, quedamos ambos en un largo silencio, sentados uno al lado del otro, en el banco del templo. Poco rato después, mi acompañante me dijo que tenía que irse y que me dejaba invitado a una reunión con ex oficiales balmacedistas que se realizaría en dos días en una quinta de Renca, dándome las señas para llegar hasta allí.

En busca de ayuda

Me fui caminando lentamente hacia mi casa, muy apesadumbrado. Por el camino compré varios periódicos, para tratar de conocer más detalles de lo que estaba sucediendo en Chile.

Sin embargo, aunque era mi interés asistir a la reunión a que fui invitado, no lo pude hacer, ya que al día siguiente amanecí ardiendo en fiebre y pude comprobar que tenía el costado nuevamente inflamado y supurando. Permanecí todo el día en cama, levantándome solamente para ir a buscar agua y, en los momentos en que me sentía mejor, leía los diarios.

Así me enteré que el 14 de septiembre la Junta de Gobierno, que presidía el comandante Jorge Montt, había dictado un decreto en el que se ordenaba borrar del Escalafón Militar a todos aquellos oficiales que habían sido leales al Presidente Balmaceda. Se decía que estos oficiales no tendrían cabida en el nuevo ejército que se estaba reorganizando y que quedaban excluidos sin derecho a pensión. La crónica que analizaba el decreto, agregaba que los oficiales retirados que habían sido reincorporados al Ejército de Balmaceda y que gozaban de pensiones por los servicios prestados con anterioridad –como era mi caso– perdían el derecho a la pensión adquirida a partir del presente mes de septiembre.

Así estaba terminando lo que fue mi participación en la Guerra Civil de 1891 y de toda mi trayectoria en el Ejército, que en doce años me llevó hasta el grado de teniente coronel. Herido, casi imposibilitado de moverme, escondido en una modesta casa, perseguido y sin el derecho a la pensión que me gané en los campos de batalla del norte y por todos los sacrificios hechos en La Frontera.

No sé cuantos días estuve delirando por la alta fiebre que me afectaba. Cuando tenía algo de fuerzas, me levantaba en busca de agua, pues lo único que tenía era sed y no recuerdo haber comido nada en todo ese tiempo, que debe haber sido algo así como una semana. Estaba muy debilitado, pero tenía conciencia que de seguir en esa inmovilidad, terminaría muriéndome más temprano que tarde.

Como pude me vestí, con mucho cuidado para no rozarme el costado izquierdo, que me dolía más que nunca y cuyos vendajes no había podido cambiar en varios días. Me armé de coraje y desarmé una escoba para usar su palo como bastón y cerrando muy bien la puerta de entrada comencé a caminar como un anciano, por la calle San Francisco en dirección a Las Delicias.

Al llegar a Las Delicias, nublada ya mi vista por el dolor y la fatiga, torcí a la derecha y comencé a caminar hacia el Camino de Cintura, en busca del hospital que colindaba con el cuartel del "Cazadores". No sé cuanto habré tardado, pero finalmente llegué hasta la puerta del hospital San Francisco de Borja, donde a una monja le expliqué que me sentía muy mal y requería ayuda. Me respondió que ese hospital era solamente para mujeres y me dio las señas para que fuera al San Juan de Dios, que estaba en la misma calle Las Delicias, entre San Francisco y Santa Rosa y por cuyo frontis había pasado penosamente sin darme cuenta.

La puerta principal que daba a Las Delicias estaba cerrada y tuve que realizar el absurdo camino de volver por la calle San Francisco e ingresar por una puerta lateral. Si me hubiese dado cuenta, no habría caminado hasta el San Francisco de Borja y me habría ahorrado entre ida y regreso, cerca de seis cuadras, que eran mucho considerando mi debilidad y dolor.

Sobre el dintel de la puerta había una leyenda: "Escuela de Medicina". Ella me llevó a preguntar a un mozo si estaba en el lugar equivocado y él me respondió que de la escuela de medicina quedaba solo el nombre, ya que se había mudado el año anterior a su nuevo edificio –construido por Balmaceda– en La Cañadilla.

En la portería, al ver mi estado, me ingresaron inmediatamente como hospitalizado. De esos días recuerdo muy poco, excepto que estuve cerca de dos semanas.

A mediados de octubre del 91 salí del San Juan de Dios, volviendo a mi casa de San Francisco, ubicada a tres cuadras del hospital. Me sentía bien y pensaba que ya la herida era cosa de pasado, aunque no dejaba de molestarme una fea

hendidura que me había quedado entre las costillas, cubierta con una piel muy delgada, por lo que evitaba rozarla por temor a que se reabriera la lesión.

A comienzos de diciembre del 91 me enteré por la prensa, que el gobierno había decretado una amnistía para los integrantes del Ejército Balmacedista. Me alegré mucho, ya que eso significaba poder salir de la clandestinidad en que vivía. Sin embargo, al averiguar más sobre la citada amnistía, me di cuenta que ella solamente regía para el personal subalterno del Ejército, es decir hasta el grado de capitán.

Por tanto debía continuar trabajando en lo que pudiera y ocultando mi verdadera historia hasta un buen tiempo más. Poco antes de la Navidad me enteré por un vecino que necesitaban un capataz en una pequeña mina de oro y plata en Petorca. Me contacté con la oficina del reclutador que estaba en el centro y fui aceptado, partiendo unos dos o tres días después hacia esa localidad, donde pasé las fiestas de fin de año.

El trabajo era sacrificado, pero lo podía realizar sin contratiempos. Sin embargo no alcancé a trabajar más de dos meses, ya que una mañana noté que tenía la camisa mojada de secreciones, comprobando que la herida nuevamente se había infectado y reabierto.

Comprendiendo que mi salud seguía empeorando, renuncié al trabajo y volví a Santiago, ya bastante a mal traer, pues estaba nuevamente con un fuerte estado febril y con una tremenda hinchazón de materia en todo mi lado izquierdo. Lo primero que hice llegando a Santiago fue revisar el entretecho, para ver si estaban mis cosas. Todo permanecía igual: la bolsa con mis botas, el sable y mi baúl con todo su contenido, incluyendo las joyas que aún no había vendido.

Comí algo y me fui de inmediato al hospital San Juan de Dios, en San Francisco con Las Delicias. El doctor que me examinó me dijo que era mejor que me fuera al hospital San Vicente de Paul, que estaba en La Cañadilla, junto a la nueva Escuela de Medicina. Me escribió en un papel el nombre de un médico y puso su firma y, sin pensarlo más, tomé un carruaje de arriendo y me dirigía hacia el lugar indicado.

Allí me examinó el doctor Vicente Izquierdo, que era el médico que me había recomendado su colega del San Juan de Dios.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Era una persona extraordinariamente amable, muy alto, con barba solo en el mentón y con aires de aristócrata. Me explicó que era una herida muy rebelde, de la que había sobrevivido solamente por mi inexplicable resistencia a las infecciones, pero que había que tratarla meticulosamente.

Hasta ese momento, ningún médico me había preguntado el origen de mi herida, pero el doctor Izquierdo sí que lo hizo. Le conté la verdad y me dijo que no se lo

dijera a nadie más en el hospital, porque por mi condición de teniente coronel balmacedista corría el riesgo que me denunciaran y vinieran a tomarme detenido.

Esta confidencia nos dio bastante confianza y conversamos mucho mientras me examinaba. Así supe que además de trabajar en el San Vicente de Paul era profesor en la Escuela de Medicina y que venía llegando de Europa, donde había estudiado las nuevas técnicas de Lister para tratar las enfermedades infecciosas. Fue la primera vez que escuche en mi vida que existían organismos invisibles a la vista que se anidaban en nuestro cuerpo y nos provocaban infecciones.

A cargo del hospital estaban las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, una congregación de monjas francesas que no se caracterizaban precisamente por su simpatía, ya que la mayoría de ellas eran muy severas y tercas, aunque sí debo reconocer que muy buenas enfermeras. El edificio del hospital San Vicente de Paul era relativamente moderno y debe haber tenido en ese tiempo menos de veinte años.

Permanecí más de un mes en ese hospital, las últimas dos semanas como ambulatorio, por lo que me aprendí de memoria su estructura, que desde arriba se podría ver como una letra "X". En el edificio central, cuyo frontis daba hacia La Cañadilla, funcionaban la dirección, portería, recepción, administración, cocinas y lavandería. En este edificio se apoyaba la gigantesca "X" y al fondo, como fuera del conjunto de edificios estaban la capilla y el claustro de las monjas.

Toda la construcción era de adobe, con muros de casi un metro de grosor y solamente la capilla y el sector de residencia de las hermanas eran de ladrillo y cal. El acceso principal estaba por La Cañadilla y pasando por el largo corredor que acabo de describir, estaban unos grandes pasillos transversales que daban a otros cuerpos de edificios. En el primer cuerpo estaban las salas de curación, la farmacia, partería y las salas de mujeres. En el segundo pabellón, se ubicaban las salas de hombres, los pabellones de operaciones y las salas de infectados.

Toda esta gran estructura estaba unida entre sí por pasillos además de corredores y desde todas partes era visible la capilla, que sobresalía por su altura muy superior al del resto de las construcciones.

Cada sala tenía cerca de cuarenta camas. Las habitaciones eran muy altas –de unos nueve metros por lo menos– para que tuvieran una buena ventilación y "se pudiera limpiar el aire", según decían.

Este fue uno de los primeros hospitales mixtos de Santiago, pero hombres y mujeres jamás se topaban dentro del nosocomio. El área de hombres daba hacia La Cañadilla y la de mujeres hacia la calle Panteón. Ambos sectores estaban aislados entre sí, y los pasillos que los unían estaban permanentemente cerrados con grandes puertas de fierro forjado.

El doctor Vicente Izquierdo me concedió muy buena atención y me aplicaba en la herida un preparado de pan centeno enmohecido, el que dejaba por varias horas para después lavarme con una solución de ácido fénico, que me introducía hasta el interior de la herida con una manguera de goma. Me explicaba que en Alemania, donde él había estado aprendiendo nuevas técnicas de curaciones, se aplicaban estos tratamientos con muy buenos resultados.

Gracias a los cuidados del doctor Izquierdo salí caminando perfectamente del hospital unas cinco semanas después, es decir por allí por fines de abril de 1892.

Por razones de seguridad personal, ni siquiera pensé en tomar contacto con mi familia, retornando a mi casa de la calle San Francisco y como me sentía tan bien, por la tarde decidí dar un paseo hacia el centro.

Mientras caminaba me encontré con el señor Ugarte, un viejo conocido de Angol, que tenía una panadería en el lado sur de esa ciudad. Me contó que no obstante que toda esa zona de La Frontera era balmacedista, después de la batalla de La Placilla se sublevaron los congresistas que por meses habían ocultado su preferencia. Dijo que habían salido a las calles armados y que habían dado muerte a numerosas personas y causado muchos daños. De sopetón, me contó que habían saqueado e incendiado algunas casas, entre ellas la mía. Entonces comprendí que nuevamente no tenía más que mi baúl, ya que todos mis libros, ropa y muebles –según me contó– fueron devorados por el fuego.

Pero junto con darme esta mala noticia, me preguntó a qué estaba dedicado y le conté mis peripecias de los últimos seis meses, en que me había pasado prácticamente enfermo, explicándole que ahora estaba ya recuperado definitivamente.

Nuevamente a los caballos

"Tengo un muy buen amigo que está en el negocio de los caballos y como usted conoce tan bien los caballos, le ofrezco ponerlo en contacto con el, si es que le interesa", me dijo Ugarte. Le dije inmediatamente que sí y quedamos de encontrarnos al día siguiente a media mañana en Las Delicias con el Camino de Cintura, en la denominada "Plaza de Pirque".

A la hora prevista yo estaba en el lugar y al poco rato llegó Ugarte en un coche de arriendo. Me hizo señas para que me subiera y emprendimos la larga marcha por el camino del convento de La Providencia. Pasamos unas veinte cuadras del convento hacia la cordillera y llegamos a unas casas grandes y muy bien construidas. Allí vivía un amigo suyo, de apellido Valdés, que era un tipo muy bonachón y simpático.

Ugarte –a modo de explicación– dijo que todos éramos gente de confianza y por eso se permitía contarle quien era yo realmente. Lo que Ugarte dijo sobre mí interesó bastante a Valdés, que me colmó de preguntas sobre pormenores de las batallas de la Guerra Civil y de Balmaceda.

Nos invitó a almorzar y, en los bajativos, me dijo que si yo estaba interesado en hacer negocios con caballos, él me podía introducir en esto, ya que no quería abarcar mucho y prefería darle una porción de sus clientes a una persona como yo. Me explicó que tenía unos amigos que necesitaban permanentemente caballos de tiro para los tranvías que corrían por Las Delicias y que en estos momentos necesitaban ochenta buenos caballos jóvenes y amansados para este trabajo. Escribió una carta de presentación y luego me estuvo dando datos de donde comprarlos, los precios que podía pagar y en cuánto los podía vender, como también en que lugares podría encontrar buenos amansadores.

Casi al final de la tarde nos despedimos y regresé al centro con Ugarte, quien se marchaba al día siguiente al sur.

Como comprendí que lo principal para este negocio era tener un buen caballo para hacer mi trabajo, decidí que lo primero que tenía que hacer era arrendar una casa con patio grande para tener mi cabalgadura. Para ello vendí todas las alhajas que me quedaban y que mantenía ocultas en mi baúl y me hice de un capital como de cinco mil pesos.

Busqué una casa con las condiciones que requería y encontré una muy buena en el Callejón de San Miguel –que después pasó a llamarse "Diez de Julio Huamachuco"– casi al llegar a la calle de Gálvez, a pocos metros de la Basílica de los Misioneros del Corazón de María.

Me cambié casi enseguida y al día siguiente de estar en la nueva casa me fui a Renca. Recorrí un par de fundos y me compré un lindo caballo rocillo, que tenía por nombre "Trompo". Allí mismo adquirí una buena silla de montar y todos los aperos y regresé ese día hasta mi casa montando mi propio caballo.

Era abril de 1892. No montaba hacía más de nueve meses, desde que mataron a "Aguijón" en la batalla de La Placilla. Todo este tiempo sin cabalgadura fue molesto para mí, considerando que había andado a caballo permanentemente en los últimos catorce años de mi vida. Desde ese día, para donde fuera –incluso al centro– iba de caballería, lo cual me agradaba mucho.

Ya había comenzado el invierno de 1892 cuando inicié mis primeros negocios. Invertí gran parte de mi dinero en comprar ochenta caballos para tiro. La selección y compra la hice en la Hacienda La Dehesa, en las estribaciones de la cordillera. El comprador quedó muy satisfecho.

Al poco tiempo llegó hasta mi casa un peón con una nota de un señor cuyo nombre no recuerdo, que me pedía que fuera a conversar con él, ya que quería comprar machos para una mina en Til Til. Efectivamente, este señor requería un centenar de machos de gran alzada, que eran muy escasos en Santiago. Me explicó que el precio que estaba dispuesto a pagar era bastante superior al habitual si le traía los animales desde Argentina.

Armé una tropa de arrieros y aprovechando que era un invierno benigno, con muy pocas lluvias, iniciamos la larga marcha hacia Uspallata, a través del camino que pasaba por Los Andes y Putaendo. El viaje duró nueve días hasta Uspallata, donde permanecí junto a mi gente por casi una semana hasta seleccionar los mejores machos que me presentaron. El regreso, a través de los pasos que bordeaban las más altas cumbres, tardó casi quince, logrando regresar a Santiago con noventa y ocho machos, ya que dos se perdieron al caer a las profundidades de un desfiladero.

En realidad, aunque no tenía la misma vitalidad de antes, no fue para mi ningún esfuerzo hacer tan larga cabalgata y pasar tantas noches en las montañas nevadas durmiendo en el suelo, entre rocas que nos protegieran del viento y calefaccionados con una fogata, en la que preparábamos nuestros alimentos. Los miles y miles de kilómetros que había cabalgado en el desierto, en la sierra peruana y en el sur de Chile, me habían ya transformado en una persona que se sentía muy cómoda durmiendo en el suelo y desplazándose en el lomo de un buen caballo.

Gané una buena cantidad de dinero, además de recuperar lo que había invertido, calculando que tenía para pagar todos mis gastos durante los próximos seis meses.

Al poco tiempo me contactó un cliente de Lo Cañas, para pedirme una recua de mulas fuertes y dóciles, para bajar carbón de los cerros en que estaba talando y horneando espinos. "Trompo" me llevó hasta la dirección que me habían dado, ubicada a muy pocos kilómetros de El Panul, donde se había verificado hacía poco más de un año, la llamada "matanza de Lo Cañas", en la cual un centenar de jóvenes aristócratas revolucionarios que se aprestaban a volar los puentes sobre el río Maipú, fueron sorprendidos por las tropas del gobierno y abatidos a tiros mientras trataban de escapar. Los que se sobrevivieron fueron fusilados en el mismo lugar.

Llega "Conde"

Mientras trataba las condiciones del negocio, caminaba junto a mi cliente por uno de los corredores de su gran casona de campo y de pronto reparé en tres perritos de no más de tres meses que jugaban entre ellos. Al acercarme, uno de ellos

dejó a sus dos hermanos y empezó a arañarme la bota y gemir, como pidiendo que le diera atención. Me agaché y lo tomé. Lo estaba acariciando cuando mi cliente me dijo que si me gustaba y lo necesitaba, me lo regalaba.

Hasta ese momento nunca había pensado en hacerme de un perro ya que el último lo tuve cuando era un niño de seis o siete años y me lo había obsequiado mi padre. Lo encontré tan simpático, que dándole las gracias lo acepté.

Cerrado el trato relativo a las mulas, inicié la larga cabalgata desde Lo Cañas hacia mi casa en el callejón de San Miguel, que a buen paso debía tardar unas dos horas y media.

Coloqué el cachorro –que era negro con grandes manchas amarillas en su cabeza, cola y manos– entre mis piernas y lo tapé con mi manta. A los primeros pasos del caballo se quedó profundamente dormido y al parecer no extrañaba para nada a su madre ni a sus hermanos. Cada cierto rato despertaba y se sentaba en la silla, siempre entre mis piernas y miraba hacia adelante con un gesto de distinción y diría que casi de menosprecio a las personas que veíamos por el camino. Después volvía a dormir.

"Pareces un conde con esos aires de gran señor que tienes", le dije mientras lo acariciaba y, desde ese momento decidí llamarlo "Conde".

Una vez en la casa comenzó a gemir, buscando donde mamar y en qué lugar acomodarse para pasar la noche. Saqué de la alacena un plato hondo y le dije que ese sería el suyo y comencé a alimentarlo con leche de vaca y pan remojado en leche. Para que no tuviera frío lo puse sobre la cama, para el lado de los pies. Allí mismo estaba en la mañana siguiente, ovillado mirándome muy fijo.

Este perrito se fue transformando en una tremenda compañía y fuimos generando rituales. Cuando yo comía, el se sentaba en el suelo, a mi lado izquierdo y me miraba permanentemente, esperando algún trocito de algo.

Cuando caminaba lo hacía a mi izquierda mirando hacia delante y hacia los lados y manteniendo la misma distancia siempre. Cuando leía o escribía, se colocaba sobre mis pies y de cuando en cuando me lamía las piernas esperando que yo le acariciara la cabeza.

"Conde" fue creciendo rápidamente y cada vez era más fiel y cariñoso conmigo. Dormía dentro de la casa y su lugar preferido era a los pies de mi cama, echado en una vieja alfombra que me había conseguido. Desde ese momento, excepto que fuera a alguna diligencia que me fuera a demorar mucho, me acompañaba a todas partes, fuera yo de a caballo o a pie.

Seguí haciendo buenos negocios de venta de caballos y en todas mis largas travesías para ir a buscar los corceles, era acompañado por "Conde", que había

aprendido muchas instrucciones y era dócil conmigo como si fuera un corderito. Pero tenía que estar muy atento cuando se me acercaba alguien, ya que se ponía enseguida en posición de ataque, engrifado, mostrando sus colmillos y gruñendo amenazadoramente. Solo a una seña mía dejaba de asustar a la persona que se acercaba, pero se mantenía muy atento y vigilante a todo lo que los extraños hacían, sin alejarse de mi lado ni menos echarse un sueño.

Escapando de la policía

Yo estaba trabajando tranquilamente en mi negocio de los caballos, cuando nuevamente caí en desgracia.

Había un vecino de la calle De Gálvez que siempre me miraba con malos ojos, aunque nunca le había dado motivos y ni siquiera habíamos intercambiado una frase ya que nos limitábamos a saludarnos. Era un tipo muy hosco y su rostro y expresión siempre me indicaron que era una persona artera.

Por dos buenos vecinos me había enterado que este hombre se encargaba de contarle a todo quien lo quisiera escuchar que yo había sido un alto oficial balmacedista y que estaba escondido "por temor a las autoridades por los tremendos crímenes que había cometido".

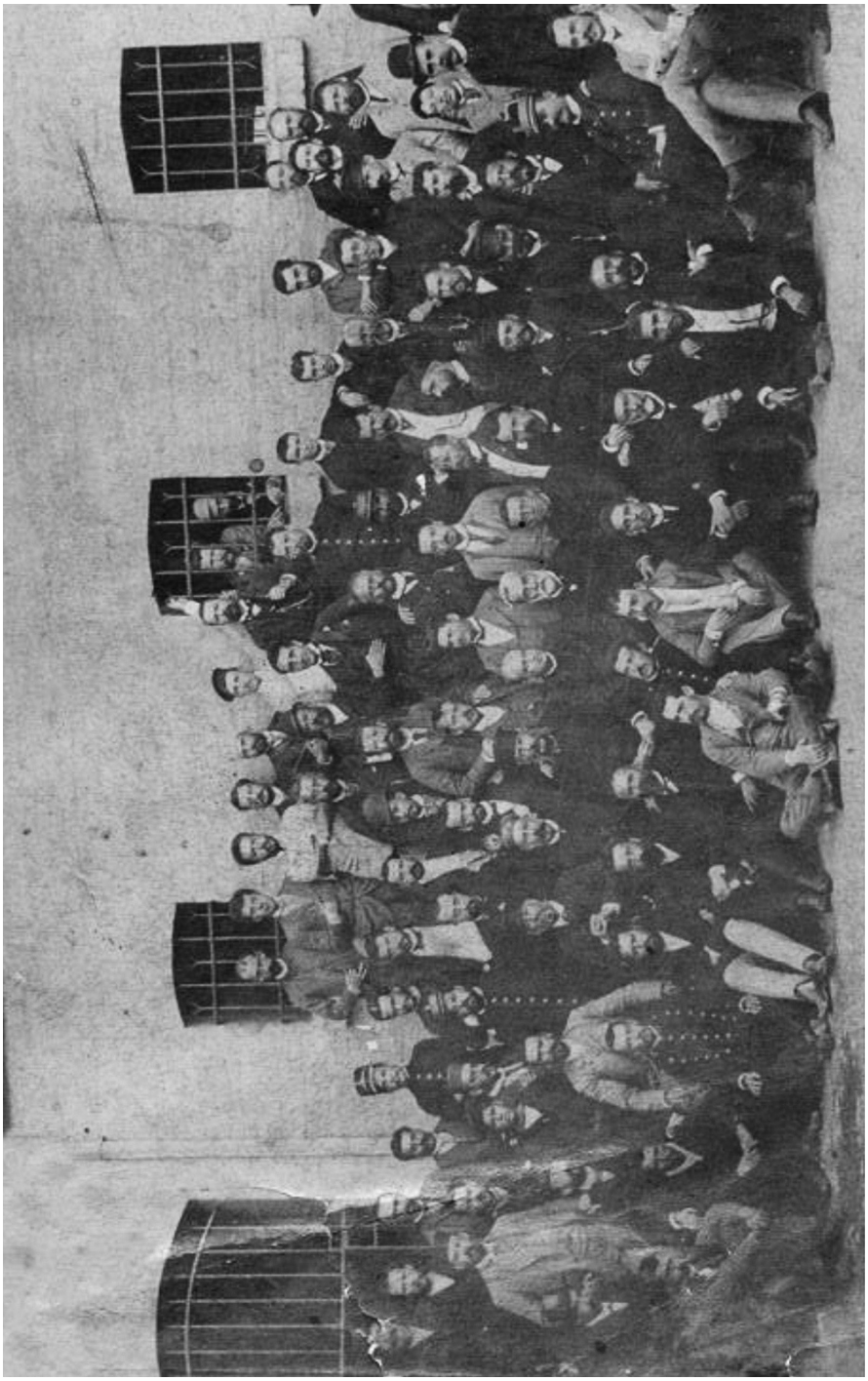
Lo único cierto es que había sido oficial leal al Presidente de la República y eso, bajo ningún punto de vista, podría considerarse que fuera un crimen. Apenas me enteré de las habladurías de este sujeto, anduve más alerta que nunca, para evitar episodios desagradables.

Estaba comenzando octubre del 92. Eran como las siete de la tarde –había recién regresado a la casa y me encontraba en el patio desensillando mi caballo– cuando "Conde" se puso a ladrar enfurecido hacia la puerta.

El instinto me hizo parar la faena de desensillar y volví a ajustar la cincha de mi caballo. Enseguida caminé silenciosamente hacia el interior de la casa y me asomé por entre los postigos, viendo que en la calle había unos ocho guardianes armados con carabinas y al mando de ellos nada menos que el jefe de la policía de Santiago, Antonio Maffet, que era ampliamente conocido por su prepotencia.

Salí nuevamente al patio trasero y cuando estaba pensando lo que debía hacer, se asomó por la tapia divisoria el vecino de al lado. Me dijo que no abriera la puerta ya que recién había dicho a los guardianes que yo aún no había llegado.

Me saqué las botas para no hacer ruido y me quedé tras la ventana observando al grupo de policías encabezados por Maffet. Escuché claramente que el jefe de



Civiles y militares, partidarios del derrotado Presidente Balmaceda, presos en la Cárcel de Valparaíso en 1891.
Fotografía: Archivo Biblioteca Nacional.

los guardianes les decía que se mantuvieran atentos y que tenían que agarrarme apenas me vieran doblar la esquina.

La espera fue muy tensa y larga. Ya era tarde y se habían encendido los faroles de gas que iluminaban la calle. Como a las diez de la noche, el jefe se fue junto a dos guardianes, dejando a seis de punto fijo, repartidos en las esquinas y en el frontis de mi casa.

Me di cuenta que no podía permanecer eternamente escondido y salí nuevamente al patio y me encaramé por la tapia y con unos tenues silbidos llamé a mi vecino, que tardó un poco oírme. "Está jodido don José –me dijo– voy a ir a hablar con el vecino de atrás de su casa, para ver si lo deja escapar por allí".

Mientras mi leal vecino hacía esa gestión, me metí silenciosamente al entretecho de la casa, para sacar mi preciado baúl. No encendí velas para no alertar a los guardianes y me costó cierto trabajo bajarlo sin hacer mayor ruido. Sin embargo, con los nervios y el apuro, se me olvidaron mi sable y mis botas, que quedaron reposando entre cachureos de antiguos moradores de esa casa… aunque muchos años después, casi en forma inexplicable, lo pude recuperar.

Eché ropa dentro del baúl, pero muy poca, ya que no quedaba demasiado espacio. Lo llevé hasta el patio y con una cuerda y un lazo lo amarré lo mejor que pude en la parte delantera de la silla. Estaba terminando cuando observé que se asomaban dos cabezas por la divisoria trasera. Era mi vecino de al lado y el dueño de la casa de atrás.

Con mucho cuidado, ambos comenzaron a tironear de las cañas embarradas que conformaban la precaria muralla y lograron derribar un tramo como de dos metros de ancho. Por allí pasé llevando de tiro a mi caballo y con "Conde" muy callado apegado a mis piernas, como si supiera que no debía ladrar ni hacer ruido alguno.

Eran como la una de la madrugada cuando salí al callejón trasero, acompañado de mis dos animales. Sin montar, empecé a caminar en dirección hacia el Parque Cousiño, cuando de pronto sentí el ruido de cascos de varios caballos. Me oculté tras un gran carretón carbonero de cuatro ruedas que estaba estacionado en la calle y vi pasar por la esquina un piquete de guardianes en dirección a mi casa.

Anduve como diez cuadras en forma muy cautelosa. Monté mi caballo recién después de haber atravesado los rieles del tren, unas cuantas cuadras al sur de la parte trasera de la Estación de Trenes.

Cabalgué toda la noche y amaneció cuando estaba a la altura del pueblito de Peñaflor. Me dio temor seguir marchando con la luz del día, sobre todo porque podría llamar la atención el baúl que llevaba terciado en la montura, por lo que decidí irme al cerro y allí, entre boldos y romerales, pasé casi toda la jornada.

El Liberal Democrático — Temuco, 24 de Enero de 1893

¡Cosas del tiempo, de los hombres y del dinero!.

Era el 1º de Enero del año 1891.

Negras nubes empañaban el horizonte de la Patria, y la atmósfera social cargada de pasiones desencadenadas amenazaba descargar sobre Chile tremenda tempestad :

Un grupo de malos ciudadanos los arrastraban a la revuelta armada.

La Marina no habia aun manchado sus glorias con el atentado sin nombre que realizaron pocos dias despues,echando por tierra el respeto a la ley y las ordenanzas del soldado a cuya sombra conquistaramos las mas brillantes pájinas de nuestra historia nacional,ya en la guerra como en la paz.

La zozobra era jeneral : de un momento a otro esperábase el conocimiento de la realización de un plan bastardo concebido en las tinieblas de la noche para hundir a Chile en el peor de males de las guerras intestinas.

Los pueblos de la República desde Serena a Magallanes, desde la cordillera al mar, reuníanse en aquel dia en asambleas públicas para protestar por el crímen que se preparaba.

Temuco no podía permanecer indiferente ante el movimiento que se esperaba ; y era por eso,y para dar una prueba de su adhesión a la causa del órden sustentada por la administración del eminente ciudadano, el Presidente mártir, Exemo.señor José Manuel Balmaceda, que se había dado cita para concurrir a la Plaza Recabarrén, y desde allí añametizar a los autores de la intranquilidad pública.

Si nuestra memoria no nos engaña recordamos haber visto allí, entre otros, a los señores Rafael García Huidobro, Pedro Cartes, Moises Alliende A., Daniel García Videla, Amador Marin, y otros mas que no recordamos.

-El segundo sobre todo,con palabras de fuego condenaba la obra inicua del cuadrilátero unido solo para lanzar en un abismo de ruinas y de miserias.

Daniel García Videla llegó a mandar la 4ª División del Ejército del orden.-Ah! yo recuerdo haberlo visto en Placilla, pero no era ya el "León de la pampa ruda"

Su nombre no honró los registros de las cárceles de la República que a miles se llenaron con los de sus mejores hijos, y su persona fué respetada en los dias de terror que siguieron en Chile despues del luctuoso 28 de agosto de 1891,el que la traición y el cohecho desempeñaron su más importante papel.-

Los traidores Elias Yañez y Amadeo Vergara sustentan galones de teniente coronel : el primero recibió hasta el último los favores de la administración derrotada, y el segundo tuvo al menos el arrojo de abandonar las filas para compartir los peligros de la campaña.

Plácido Briones continua, como entonces, siendo rector del Liceo de Temuco, y las paredes de los salones del Hotel de France han sido testigos mudos de sus himnos y cantos a la redención, como el espacio en la Plaza Recabarrén lo fuera de sus anatemas a los verdugos de la Patria :

-Murió el Rey, viva el Rey!-

Pedro Cartes, Rafael García Huidobro, Moisés Alliendes, y Amador Marin, siguen pudriéndose en malolientes cárceles y otros, como José Miguel Varela, luego de darlo todo en el campo de batalla han escapado de la dictadura, moribundos y clandestinos, como malvados pagando un crímen que no fue otro que la honradez y lealtad.

Los que marchaban juntos el 1º de Enero del 91 están separados hoi por un abismo y un rio de sangre hermana. ¡Cosas del tiempo,de los hombres y del dinero!.

Periódico El Liberal Democrático de Temuco de enero de 1893, en que menciona la persecución política contra Varela.

No llevaba ni siquiera agua, pero bastó un pequeño recorrido por la zona para encontrar un pequeño arroyo, en el que los tres saciamos nuestra sed. "Trompo" no tenía problemas, ya que por la época las praderas aún estaban bastante verdes y se entretuvo pastando casi todo el día. Los hambreados éramos "Conde" y yo.

Mi perro, pese a ser aún muy joven, era un animal de recursos. Se perdió a media tarde y luego de un largo rato volvió trayendo en su hocico un conejo, que aún pataleaba. En menos de una hora el conejo estaba asado, en una pequeña fogata que armé entre tres piedras. Como el dueño de la presa era "Conde", dividí el conejo en dos, mitad para cada uno.

Al caer la noche reanudé la marcha, que se extendió por casi doce horas, ya que por la oscuridad me anduve perdiendo como a mitad de camino. Eran como las nueve de la mañana cuando entré al predio de mis tíos en El Paico.

Me costó bastante explicar en pocos minutos a mis tíos –que ya estaban viejos– todo lo que había ocurrido desde la última vez que estuvimos juntos, en diciembre de 1890. Su alegría por verme se mezclaba con llantos de mi tía por los sufrimientos que yo había padecido, pero les dije que no se preocuparan, porque ya mi herida había sanado definitivamente.

Me instalé en la casa, en la misma pieza que lo hacía en mi juventud, en la cual aún había algunos objetos míos. Fue entonces, mientras revisaba esas pocas cosas mías, que recordé que había dejado mi querido sable en el entretecho de la casa del Callejón San Miguel.

Esa noche, a la hora de la cena, mi tío dijo que era mejor que yo no saliera del predio, para evitar cualquier sorpresa desagradable, encontrándole yo absoluta razón. Por lo tanto los días siguientes me la pasé solamente en el campo y en la casa, ayudando a mi tío –que ya estaba bastante deteriorado– en dirigir a los inquilinos y peones que se encargaban de las tareas agrícolas y de la ganadería.

Uno de esos días salí muy temprano de la casa a verificar la marcación de un nuevo piño de vacunos, lo que se haría en unas empastadas a unas treinta cuadras de las casas. Como era lejos me llevé algo de comer para permanecer allí durante toda la jornada.

Regresé a la casa como a las cinco de la tarde y de inmediato salió mi tía al corredor y la noté muy alarmada. Allí me contó que poco antes de la hora de almorzar habían venido unos guardianes y unos soldados, trayendo una orden de detención en mi contra. Mi tío y ella les dijeron que la última vez que me habían visto había sido en diciembre del año 90 y que lo único que ellos sabían es que yo estaba en calidad de desaparecido después de La Placilla. Fue en ese momento

que me di cuenta que había cometido un gran error al escapar al campo de mis tíos, ya que esa era una de las dos direcciones que existían de mí en los registros del Ejército.

Aroma de cebollas

Esa noche decidimos que lo mejor que podía hacer era esconderme en un campo que mi tío arrendaba, unos ocho kilómetros hacia el sur de El Paico. A la madrugada siguiente, sin que ningún trabajador ni empleada se diera cuenta, mi tío me llevó a ese refugio. Cada uno montaba su caballo y llevábamos un caballo de tiro, cargado con mercaderías, ropa de abrigo y, aunque pareciera ridículo, mi inseparable baúl. El pequeño campito estaba encerrado entre dos lomas y debe haber tenido unas ocho hectáreas, todas sembradas con cebollas, por lo que el aroma de éstas se expandía por toda la rinconada.

Mi tío me dejó instalado en la única construcción que había en el campo, que era una choza de adobes que tenía una sola gran habitación, con suelo de tierra apisonada. Al costado derecho se adosaba una habitación más pequeña que era la cocina, en la que había un fogón de ladrillos y un par de mesas pequeñas. La otra habitación tenía una vieja cama de bronce, un velador destartalado y un ropero pequeño, al que le faltaba una puerta.

Ordenamos la mercadería, que consistía básicamente en harina, porotos burros, sal, café, azúcar, charqui, aceite, agua ardiente, velas, cerillos, cigarros, arroz y fruta seca. Después de limpiar el lugar, mi tío me pidió que por ningún motivo me alejara de allí. Me dijo que él vendría personalmente a visitarme y dejarme comida una vez a la semana y que estaría atento a los acontecimientos para saber cuando podría regresar al fundo sin riesgos.

Antes de despedirnos, sacó de su cintura un revólver Smith and Wesson y me lo pasó, entregándome además una caja con 50 cartuchos.

Allí me quedé –acompañado de mi caballo y de "Conde"– perdido en la soledad de ese campo, impregnado por el agradable aroma de las cebollas nuevas.

Siempre tomé apuntes durante mis campañas en la guerra del norte, mis actuaciones en el Ejército del Sur y en la Guerra Civil de 1891. Sin embargo este fue el período en que más avancé complementándolos con recuerdos aún muy frescos en mi memoria. Esto fue posible por mi soledad, ya que nadie me interrumpía. Por la mañana me levantaba temprano, regaba las cebollas, desmalezaba los surcos, luego me preparaba almuerzo y, por las tardes, escribía hasta que el sueño me vencía.

"Conde" me acompañaba donde fuera y jamás se alejó de mí más de diez metros y siempre que andaba en el campo estaba cerca. Cuando cocinaba se echaba a la entrada de la cocina y cuando escribía, se metía debajo de la mesita y con todo desparpajo se echaba sobre mis pies.

Como a los diez días llegó mi tío, trayéndome más mercadería y cigarros. Me contó que otra patrulla había ido a la casa y que tenían una orden que les permitía allanar la morada, ante lo cual el los dejó que revisaran todo. "Se fueron con las manos vacías, pero algo me dice que volverán", me dijo.

Después de esta visita del tío, que creo fue un sábado, me preparé unos lomos fritos, ya que me había traído carne fresca y sancoché otra carne, para evitar que se descompusiera. Comí los lomos con mucho gusto, revolviéndolos con huevos y lonjas de tocino.

Al desvestirme para acostarme noté que otra vez tenía inflamado el costado izquierdo –después de un año que no me había dado molestias– y al sacarme la camisa la noté manchada con secreciones. Observé que la herida se había abierto y que de ella salía un líquido amarillento. Herví una sábana, previamente cortada en tiras y con los pedazos de lienzo me limpié la lesión lo mejor que pude y me vendé.

Dormí muy mal, ya que estaba con fiebre y dolor. Al día siguiente me levanté apenas y me preparé desayuno, pero con el correr de las horas iba empeorando y cada vez me sentía más mareado y débil. En ese momento podría haber montado en mi caballo y haberme ido al fundo, pero el temor de ser detenido me hizo desechar esa idea.

Pasaron tres o cuatro días en que ya no podía levantarme, ardiendo en fiebre y nuevamente el costado se me hinchó como un globo y al palparlo el dolor era horrible, notándose que el absceso estaba a punto de estallar. Como pude me lo apreté y de allí perdí la noción del tiempo.

Como si fueran visiones percibía cuando salía el sol y cuando se hacía de noche y la sed me atormentaba. Sacando fuerzas de no sé dónde, me arrastraba por la pieza hasta la cocina y bebía con las manos el agua que había en un gran olletón de fierro, el mismo en que había hervido las vendas. Después, sabiendo que lo más seguro era que no pudiera repetir este esfuerzo, arrastré el olletón y lo dejé al lado de la cama, junto con un jarro.

"Conde" permanecía echado junto a la cama, creo que sin moverse y sin salir ni siquiera a comer y de pronto lo veía que se paraba al borde de la alta cama y me lamía la cara y los brazos por largo tiempo, como dándome ánimo.

Uno de esos terribles e indescriptibles días de soledad y de abandono, me sentía tan acalorado que haciendo un esfuerzo sobrehumano salí de la casa y caminé

afirmado en el lomo de "Conde", hasta llegar a un canal que corría por uno de los costados de la plantación. El suelo estaba muy reseco, lo que me hizo darme cuenta que llevaba muchos días enfermo, pues hasta el momento de la recaída yo regaba todos los días y siempre la tierra estaba oscura y húmeda. Tirado de bruces en el suelo, con las ropas totalmente manchadas de sangre y materia, bebí agua del canal hasta saciarme y luego tomé una cebolla y sacándole solamente la primera cáscara me la comí como si fuera una manzana.

En ese momento noté que estaba muerto de hambre y me comí, de la misma manera, unas dos o tres cebollas más. El comer me dio algo de energía y como pude saqué agua de una noria y llené todos los envases que encontré, estuvieran limpios o no. Después entré un poco de leña e hice fuego y me preparé unos porotos, solamente con sal y aceite, ya que no tenía energías para buscar más ingredientes. Una vez que comí, puse una olla con agua sobre el fogón y herví más pedazos de sábana y con ellas limpié la herida que estaba de un aspecto espantoso y me fajé bien apretado.

Todo este esfuerzo y el estómago satisfecho me hicieron sentir mucho sueño, por lo que me tiré sobre la cama y me quedé dormido, despertando casi al mediodía del día siguiente.

Pensando en que no podía seguir tirado así, me levanté y traté de ir afuera para tomar aire fresco, pero me desplomé en el suelo. Fue en ese momento en que sentí toda la fidelidad de "Conde", que gemía y me lamía la cara el cuello y las manos. Mientras estaba en el suelo pensaba en lo dura que había sido la vida conmigo. Quedar huérfano, pasar muchas penalidades en la juventud y precisamente cuando había logrado hacer una buena carrera militar y ser autoridad en una zona tan importante como La Frontera, vino esta guerra civil y luego esta injusta persecución, solamente por el hecho de no haberme sublevado contra el Presidente de la República.

Estos pensamientos me provocaron rabia e impotencia y poniéndome trabajosamente de pie me fui a mi baúl y saqué las medallas y los diplomas que había recibido por las campañas de la Guerra del Pacífico y con una rabia surgida de la impotencia los lancé al canal, gritando "para qué quiero estas mierdas". Al decir esto me sentí muy raro, ya que hacía muchos días que no escuchaba voz alguna, ni siquiera la mía.

Así, navegando entre aguas barrosas, se fueron estos recuerdos de mis tiempos de oro en la guerra del norte.

Con ellos se fue también mi cariño por el Ejército y por las autoridades de este país, ya que lo único que había hecho en mi vida había sido entregarlo todo. Primero en la Guerra del 79 y luego en la Guerra Civil defendiendo la Constitución de la República, que siempre me enseñaron era sagrada.

Me recordé por entonces de los miles y miles de reclutas que fuimos el grueso de ese glorioso Ejército y sin los cuales habría sido imposible obtener las sucesivas victorias contra peruanos y bolivianos. La ingratitud y la indiferencia burocrática de políticos golpeó brutalmente a la mayoría de ellos, dejándolos sumidos en el hambre y la indigencia poco después que volvieran llenos de medallas y laureles de los campos de batalla del norte.

Los que continuaron temporalmente en la milicia o que lograron conseguir su pensión, luego tuvimos que enfrascarnos –cumpliendo órdenes– en aquella lucha fratricida, muriendo miles y miles de antiguos compañeros destrozados entre sí.

Los guerreros de antaño debieron pasar nuevamente por el fino tamiz de la ingratitud. Solamente lograron una vida relativamente tranquila aquellos del bando insurrecto que ganaron esta guerra entre hermanos y que sobrevivieron de los campos de matanza del norte, de Concón y Placilla.

De los casi sesenta mil civiles que dimos poder y victorias al Ejército durante la Guerra contra el Perú y Bolivia, no más de cinco mil gozaban de un merecido reconocimiento. El resto murió en alguna de las dos guerras que debimos librar en pocos años, quedaron inválidos o estaban proscritos por la ley de los vencedores.

Sumido en la amargura y agobiado por la fiebre y los insoportables dolores, permanecí varios días más, comiendo cebollas y bebiendo agua hervida.

Había perdido la noción del tiempo y no sabía la fecha. Estaba ya decidido a que pasara lo que tenía que pasar cuando me despertó el sonido del paso de un caballo. Pensé que podía ser "Trompo" que andaba rondando la casa, pero luego escuché el tintinear de espuelas. Tomé el revólver que tenía al alcance de mi mano porque no pensaba entregarme a los guardianes y justo cuando echaba el martillo atrás, veo entrar a mi tío a la casucha. Se impresionó mucho por mi estado, ya que estaba muy flaco y de color papel. Le conté todo lo que había pasado.

Me preguntó desde cuando estaba así y yo le dije que desde el día siguiente de la última visita suya. "Pero si eso fue hace veinte días", me dijo espantado. Me pedía miles de perdones por no haber venido, pero me explicó que la policía había ido tres veces más a la casa, porque le tincaba que alguno de los peones les había pasado el soplo que yo había estado allí. "Por eso evité venir, porque los matorrales tienen ojos cuando uno anda urgido", me señaló.

Me dio de comer y luego me dijo que tratara de recuperar fuerzas y que cuando anocheciera, para evitar ser vistos, me llevaría al fundo. Llegada la hora, él –pese a sus años– prácticamente tuvo que subirme en vilo a la silla de mi caballo y llegamos a las casas muy tarde.

A escondidas de las empleadas me acostaron en mi pieza y mi tía se esmeró en darme consomés y jugos para que me fuera recuperando. Me lavaron la herida con agua de árnica y yo, recordando el ácido fénico, les dije que eso había dado buenos resultado en ocasiones anteriores. Al día siguiente muy temprano mi tío se fue a Melipilla y en la botica compró ese medicamento y también lienzo para hacer vendas.

Estuve encerrado en la pieza como dos semanas y me fui recuperando rápidamente, porque en realidad el ácido fénico había dado excelentes resultados. Cuando me sentí con fuerzas, les anuncié que me marcharía a la noche siguiente, para evitarles más problemas a ellos y yo no seguir corriendo más riesgos.

Larga cabalgata al sur

Dos noches después, vestido con traje de huaso, bien aperado con poncho de castilla, cuchillo de monte y revólver, abandoné la casa de mis tíos, acompañado de "Conde".

La despedida fue muy triste, ya que ellos temían que volviera a enfermar o que me tomaran preso. Yo los tranquilicé y les encargué mi querido baúl, que quedó en la pieza que siempre ocupé en esa casa.

Tomando la antigua senda de los Incas, salí al Camino Real al sur poco antes de Rancagua, lo que me demoró dos o tres días. De allí seguí mi cabalgata buscando algún lugar en el cual pudiera realizar algún trabajo y sobrevivir, olvidándome ya de mis tiempos de abogado, de comandante y de autoridad de gobierno.

"Conde" marchaba feliz junto a mi caballo y cuando se cansaba se adelantaba algunos metros y se ponía en medio del camino mirándome y daba un par de ladridos. Esa era su seña que quería descansar y comer.

Fueron quince o veinte días de incansable avanzar hacia el sur. La mayoría de las veces recorría los pueblos, elegía una pensión y pasaba una o dos noches. Si el ambiente general del pueblo no me tincaba seguía mi marcha, sin objetivo final establecido. Trataba de no gastar mucho dinero, ya que el que poseía lo debía dejar para intentar algún negocio.

Luego de pasar por Talca me fui hacia la costa bordeando el río Purapel hasta que llegué a Empedrado, que era un pueblo chico y en el que casi decidí quedarme. Pero no había ambiente para hacer negocios con caballos, por lo que decidí tomar otro sendero que me llevó hasta Chanco, donde dormí unas tres noches, solo para descansar, porque el lugar no me dio la sensación de seguridad que buscaba.

En Cauquenes

Retomando la dirección oriente pasé por pequeños villorrios, de los que recuerdo La Aguada y Tapihue, hasta que llegué a Cauquenes. Apenas pisé sus calles, Cauquenes me gustó, por lo que antes de desmontar comencé a dar vueltas para ver alguna casita que estuviera en arriendo.

En menos de una hora ya había encontrado donde quedarme. En realidad era una casa pequeñita, bastante antigua, que había sido en sus buenos tiempos la casa del capataz de una hacienda que había sido subdividida. Me quedaba un capital de cerca de mil pesos y pagué –como se estilaba en esos tiempos– dos meses adelantados de renta, que eran algo así como cincuenta pesos.

Antes de cuatro días ya estaba encaminado en un pequeño negocio, consistente en conseguir doce caballos robustos para tiro. Además debía adiestrarlos para que se acostumbraran a arrastrar grandes troncos de un aserradero que había dentro de la hacienda de los hermanos Varas. Faltaban pocos días para la Navidad de 1892, razón por la que apuré la búsqueda de los caballos para estar de vuelta antes de las fiestas.

Siguiendo algunos datos fui hasta el lugar llamado Quivolgo, al norte de Constitución, donde efectivamente tenían buenos y bonitos caballos para la venta, pero no llegamos a acuerdo porque el precio era tan alto, que al final casi no tendría utilidades. Tuve que desandar todo el camino y luego de estar una noche en Cauquenes seguí hacia el oriente hasta un lugar denominado Monteflor, donde finalmente pude adquirir los caballos, llevándomelos hasta Cauquenes.

En Navidad asistí a la Misa y a las ramadas y dos días después me puse a trabajar en el adiestramiento de los caballos, que afortunadamente salieron muy buenos.

El 3 de enero de 1893 me fui con mis caballos para la hacienda de Los Varas. El administrador del aserradero, luego de ver los caballos los aceptó todos, pero con la condición que me quedara algunos días para supervisar como comenzaban su trabajo. Me alojé en una pieza que había junto a las oficinas del administrador y al día siguiente muy temprano partí al aserradero, viendo las deficiencias de algunos de los animales y como irlas corrigiendo.

Volví a las casas patronales cerca de las cinco y me senté en los escalones de acceso a la administración, observando los movimientos de la gente, ya que había bastante actividad. La entrada a la hacienda la marcaba un gran arco de piedra, por el que se avanzaba unas cuatro o cinco cuadras por un excelente camino de tierra muy bien apisonada, hasta llegar a una especie de plazoleta. En ella se ubicaban las oficinas administrativas, un par de grandes bodegas, la casa del administrador y otras viviendas de los empleados de mayor importancia. De esa plazoleta, que

era como una rotonda rodeada de magnolios, continuaba el camino por unos cien metros hacia el interior y al fondo se divisaba una gran reja de hierro que daba acceso a las casas patronales.

Tomando otro camino que daba a la izquierda de la plazoleta principal se avanzaba hacia el interior del predio, encontrándose allí grandes bodegas y las casas de los inquilinos.

Estaba distraídamente mirando todo el quehacer en la hacienda –luego de finalizada mi primera jornada allí– cuando de pronto se acercó hasta mí un chicuelo pecoso y de pelo castaño de unos siete años y se sentó en los mismos peldaños, pero bien separado de mi. Me miraba de reojo y a mí me causaba gracia su mirada mezcla de superioridad y desconfianza. De pronto, rompiendo su silencio me preguntó como me llamaba y quién era.

Yo le di mis nombres de pila y le dije que era un pobre ex soldado que me dedicaba a vender y adiestrar caballos. Le pregunté quien era y me dijo que su nombre era Guillermo Antonio.

Me preguntó en qué guerra había estado y yo le conté solamente de la Guerra del 79. Me dijo –ya entablada nuestra charla– que el nació después de esa guerra y que lo único que sabía que un tío suyo había partido para el norte y que no había vuelto más, porque su madre decía que lo habían matado o se había perdido.

Me invitó a jugar a las bolitas y gustoso lo hice, ya que todo ese ambiente y entorno me recordaba mis años de feliz niñez en el campo con mis padres. Jugamos un buen rato y de pronto se asomó una mujer –de aspecto muy severo, alta, delgada y con un gran moño– que lo llamó desde la distancia, retándolo por estar hablando con afuerinos.

Sin embargo, en los días posteriores seguí conversando y jugando a las bolitas y al trompo con este chico que se sentía atraído por mi presencia. El me peguntaba mucho de la guerra y yo le contaba aventuras del desierto y otras cosas por el estilo, lo que lo entretenía mucho. Le pregunté si su madre se enojaba si conversaba y jugaba tanto conmigo y me dijo que al principio sí, pero ahora no, porque ella le había dicho a otras empleadas que "ese hombre se nota sufrido, pero es un caballero de fiar". Supe que su madre se llamaba Carmen y que era el ama de llaves de las casas patronales.

El último día de mi estadía en esa hacienda, mientras revisaba las herraduras de un caballo, uno de los capataces me dijo: "Su amigo lo va a extrañar". Al preguntarle a quien se refería me dijo "Al Guillermito, el hijo de doña Carmen". Le respondí que era un chiquillo muy educado e inteligente para su edad, pero que me daba un poco de pena su soledad, ya que jugaba muy poco con otros niños.

El capataz me dijo que eso se debía a que los otros chiquillos le guardaban distancia, porque era hijo de don Genaro Varas, el principal dueño de la Hacienda. "Claro que no se ha casado con doña Carmen. El tiene su familia en Santiago y son gente muy distinguida, ya que él es el hermano menor de don Antonio Varas, el que fue ministro", me dijo el trabajador.

Esa tarde conversé mucho con este simpático niño y le conté que me marcharía al día siguiente y me dijo que cuando volviera a la hacienda podíamos volver a jugar y a contarle historias de la guerra.

A la mañana siguiente, cuando me marché con mi caballo y mi perro, el niño no estaba, ya que aún era muy temprano. En esos momentos no sabía que muchos años después volveríamos a encontrarnos, teniendo la ocasión de compartir maravillosos momentos de amenas charlas en las que seguiría contándole mis historias.

Mi última recaída

Un breve tiempo después de haber regresado de la hacienda de los Varas, mientras estaba realizando otro negocio con caballos, me comencé a sentir enfermo nuevamente.

Salí en busca de algún médico que me pudiera ayudar antes de que mi estado empeorara. Recién había atado mi caballo a la vara de un almacén, para preguntarle al comerciante en que lugar podría ubicar a un doctor, cuando de pronto siento que alguien me llama. Me volví y me costó reconocer a la persona que me hacía señas desde el otro lado de la calle. Bastaron unos segundos para que lo recordara: era el soldado Acevedo, con quien había estado en el "Granaderos" y en el "Cazadores", durante la Guerra del 79.

Nos abrazamos muy emocionados y me invitó a una cantina que había en la misma cuadra y allí nos bebimos una botella de vino entre los dos, poniéndonos al día de lo que cada cual había hecho en los últimos diez años. Al enterarse de mis problemas de salud y saber que estaba nuevamente con una recaída, me dijo que no me preocupara y que nos iríamos a su casa a Monteflor, ya que su madre se encargaría de mí, puesto que era una curandera milagrosa y lo único que no podía hacer era revivir a los muertos.

Le agradecí mucho su oferta y quedamos de acuerdo que al día siguiente me vendría a buscar. Acevedo llegó puntual y cabalgamos unas dos horas hasta el lugar en que se encontraba su rancha, en la que vivía junto a su mujer, sus dos hijos y su madre.

Como conocía de sobra la evolución de mi enfermedad, al llegar a la casa de Acevedo ya sabía que estaba entrando en la etapa más crítica, cuando la infección empezaba a invadirme.

Su madre me acostó en un jergón, que era el único mueble en una pequeña choza situada a unos diez metros del rancho principal. Acevedo preparó una gran fogata y en ella pusieron a hervir un caldero lleno de agua.

En el agua hirviente la señora –que se llamaba Agustina– hervía trozos de lino y me los colocaba en el costado izquierdo de mi tórax. Este procedimiento lo repitió, sin pausa alguna durante un día entero, consiguiendo así que el proceso de infección que normalmente me tomaba tres o cuatro días, concluyera en menos de uno.

Cuando estaba con la inflamación al máximo, me la perforó con una ramita de peral, que antes había hervido en el caldero, que Acevedo mantuvo permanentemente lleno de agua en ebullición. Después de haberme perforado la herida y haber extraído, presionando con sus manos, toda la materia maligna, me llenó el hueco de la herida con matico macerado y luego me embetunó la parte externa con una pasta de llantén, dejándome muy bien vendado.

Permanecí en esa cama más de una semana, tiempo en el cual la señora Agustina repetía este procedimiento en la mañana y en la tarde. Todo esto era acompañado de infusiones de llantén que me hacía beber una seis veces al día. Por primera vez, después de haber pasado por hospitales y haber sido atendido por médicos de mucho renombre, como el doctor Izquierdo, noté que los tejidos iban creciendo desde dentro hacia fuera, rellenándose esa cavidad que ya tenía por casi dos años.

Seguí en el rancho de los Acevedo casi tres semanas más, aunque ya me levantaba y ayudaba en los quehaceres de la casa que requerían menos esfuerzos. El tratamiento seguía igual, el relleno de la herida con matico molido, la limpieza externa con llantén y los tazones de infusión de esta última hierba varias veces por día.

Al cabo de un mes, por primera vez desde que fui herido en la batalla de La Placilla, noté que realmente la herida había cicatrizado. Jamás la herida volvió a abrirse y esta dolorosa lesión que hizo peligrar mi vida varias veces, pasó a ser un recuerdo del pasado.

El medio siglo de existencia posterior no ha sido gratis –después de quedar herido de muerte entre los cadáveres de la última batalla de la Guerra Civil de 1891– se lo debo a dos personas: el teniente Arellano y a la señora Agustina, madre del soldado Acevedo. A Arellano no lo volví a ver más –ya que se fue a vivir a Buenos Aires junto a su familia– y por lo que pude averiguar se quedó allá para

siempre. A la madre de Acevedo la seguí viendo hasta que falleció unos quince años después y tuve la dicha de poder adquirir un campo para su hijo, en el que vivió hasta sus últimos días.

Volviendo a mi tratamiento en la rancha de los Acevedo, puedo recordar que me marché, completamente sano, a mediados de febrero de 1893. Al regresar a Cauquenes retomé el negocio de los caballos y a los pocos días cayó en mis manos un periódico, en el cual se comentaba una nueva Ley de Amnistía promulgada un par de semanas antes, que beneficiaba a todos los oficiales jefes que habíamos participado en la Guerra Civil combatiendo a favor del Presidente Balmaceda.

Ya no era un proscrito y perseguido y estaba sano.

De esta forma estaba cerrando el capítulo más triste de mi vida y sentí que a los treinta y cinco años de edad estaba listo para empezar una nueva vida, repuesto ya de las heridas del cuerpo y del alma que me habían provocado dos guerras.

CAPÍTULO 22
VUELVEN LOS BUENOS TIEMPOS

Regalo de mis tíos

A mediados de marzo de 1893 –ya liberado del temor a las persecuciones– deje mi caballo y mi perro al cuidado de unos buenos vecinos que tenía en Cauquenes y viajé en tren a Santiago. Lo primero que hice fue ir al fundo de mis tíos en El Paico, cerca de Melipilla.

Fue muy triste comprobar que mi tío había fallecido en diciembre y mi tía le siguió antes de dos meses. Mis primos se encontraban trabajando. José que era el mayor había estudiado para agrimensor y estaba haciendo unas mediciones en Rancagua y Matías, que era el menor, estaba dedicado al corretaje de animales y vivía en El Paico.

Por Matías, que debe haber tenido ya veintitrés años, supe que tenían interés en liquidar el fundo, ya que habían varios interesados en comprarlo. También me enteré que mis tíos habían testado, dejando un cuarenta por ciento del predio y sus cosas para cada uno de sus hijos y un veinte por ciento para mí, lo cual nunca había esperado.

Matías me pidió que me quedara mientras arreglaban la venta del campo y así lo hice. Como a los diez días llegó José y una semana después se concretaron los trámites de venta del predio.

Saqué mis cosas, que mantenía en esa pieza que fue siempre mía desde mi juventud, y tuve que arrendar un coche para trasladarlas a Santiago. Entre ellas, por supuesto, iba mi inseparable baúl.

La noche antes de partir tuvimos una cena con mis primos, con los cuales me he seguido viendo y compartiendo. Matías me dijo que su padre antes de morir –y cuando estaba dictando su testamento– le había dicho a todos ellos que esa parte que dejaba para mí la gastara en algo que me sirviera a futuro, pero que también ocupara una fracción importante en darme un gusto y él sabía que yo quería conocer Europa, y que por tanto me dijeran que lo hiciera.

José, por su parte, me relató que cuando mi tía enfermó poco después de que murió mi tío, les repetía incansablemente: "díganle a José Miguel que vaya a Europa con la plata que le corresponde, ya que es hora que tenga un poco de paz y de tranquilidad".

Una vez en Santiago, ubiqué una bodeguita en la tercera cuadra de calle Intendente Bascuñán y allí dejé mis cosas, que estaban contenidas en dos grandes cajones de madera hechos expresamente para mí por un carpintero de El Paico. Luego me tomé el tren hacia el sur, con destino a Cauquenes.

Llegado a Cauquenes, después de encontrarme con mi caballo y con mi perro, que estaba famélico ya que comía muy poco en mi ausencia, me fui donde los Acevedo, comunicándoles mi decisión de volver a Angol.

Como andaba con mucho dinero –producto de la parte que me correspondió del fundo de mis tíos– les obsequié algo así como tres mil pesos, que era un tremendo platal, para que hicieran algunas mejoras en el rancho y se compraran muchas cosas que necesitaban, considerando que eran extremadamente pobres.

Me quedé a alojar donde los Acevedo como una semana, siendo testigo de la felicidad que les causó mi regalo, ya que compraron una cocina de fierro, camas nuevas, frazadas, colchones, ropa, un arado, dos caballos de tiro y mucha mercadería. Así y todo, dejaron oculta –en una olla en el gallinero– parte del dinero, para afrontar los tiempos malos del invierno que se aproximaba.

Antes de despedirme les pregunté si podía dejarles por un tiempo mi perro y mi caballo, ya que quería arreglar los restos de mi casita en Angol, antes de llevarme a mis dos compañeros.

A fines de abril de 1893 salí hasta el longitudinal a tomar el tren al sur.

De regreso en Angol

Muy temprano en la mañana, en medio de una tupida lluvia, llegué a Angol. Mi cabeza estaba llena de recuerdos de aquel día –hacía ya más de dos años– cuando salí hacia Concepción al ser reincorporado al Ejército. Recordaba lo feliz que marchaba a mi lado mi asistente Castro, por su ascenso a cabo, sin saber que unos pocos meses después quedaría tirado en los campos de La Placilla.

Lo primero que hice fue ir a ver los restos de mi rancho.

La pequeña casita había sido incendiada totalmente. Las pocas cosas que tenía estaban cubiertas por el largo pasto y maleza que habían crecido entre los

escombros. Allí, destrozados por el fuego y por las implacables lluvias, estaban los restos de los cerca de setecientos libros en español y francés que había adquirido en mis tiempos en el sur y trozos de los muebles que había dejado guardados.

Pero –inexplicablemente– esto no me produjo ningún efecto negativo, ya que sabía por Ugarte –el panificador que me había introducido en los negocios con caballos– que mi propiedad había sido destruida y saqueada después de la derrota del Ejército de Balmaceda.

Me alojé en el hotel Central, del francés Louis Geneville. Contraté tres carpinteros y cinco peones para que me construyeran una casa grande y cómoda.

Una tarde, cuando recién estaba comenzando la construcción, fui hasta donde estaba la casa de José del Carmen Rafael Balmaceda, encontrándola absolutamente derruida, sin muebles y su portón cerrado con una gruesa cadena con un gran candado. Recordé que allí había vivido mientras fui jefe de la Comisión Repartidora de Tierras y también los gratos momentos que pasé con mi amigo, hermano del Presidente que yo seguía admirando con el máximo de fervor.

También visité –desde afuera– el cuartel del "Regimiento Húsares", encontrándome que era ocupado ahora por el "Escuadrón Granaderos" que había sido reactivado luego de la Guerra Civil. Sin embargo, no quise saber más, pues temía encontrarme con oficiales que de seguro habían servido en el Ejército Revolucionario, ya que de otra forma no podrían estar allí.

Durante el tiempo que demoró la construcción, fui paulatinamente contactándome con los antiguos conocidos, los que me acogieron de muy buena forma.

Como tenía el dinero suficiente, pude comprar todos los materiales y no obstante las lluvias –que fueron torrenciales pero espaciadas– mi nueva casa quedó lista antes de dos meses, incluyendo una ranchita pequeña, pero muy bien terminada, para los cuidadores. Cuando la construcción concluyó y guardando dinero para comprar los muebles, decidí darme el gusto de mi vida.

Busqué y encontré a los viejos que por años me cuidaron mi terreno. Estaban viviendo de allegados en una rancha cerca de río Vergara y aceptaron felices mi oferta de volver a trabajar conmigo.

Fue entonces que viajé a Santiago y despaché a Angol por ferrocarril todas mis cosas que tenía guardadas en la bodeguita de Bascuñán.

De vuelta me pasé a Cauquenes, visité a los Acevedo, les di todas las señas de mi casa y me fui para el sur con "Trompo" y "Conde", pero esta vez en un carro de carga del tren.

Esquivando revoluciones en Argentina

Poco antes de las fiestas patrias del 93 me fui a Santiago, para tratar de hacer realidad mi viaje a tierras lejanas, que me ayudara a terminar de curar todas mis penas. El 10 de septiembre estaba en Santiago y logré averiguar cuales eran los costos y mejores formas de viajar a Europa.

Lo hice como la mayoría de los viajeros: por tierra hasta Buenos Aires y de allí el vapor que me llevaría al viejo continente, pero elegí pasar por Estados Unidos primero, para conocer más.

Tomé el tren en la Estación Central de Las Delicias, con pasaje hasta Llay Llay y combinación a Los Andes. Una vez en Los Andes, alojé en una pensión que había en la calle Las Heras y al día siguiente tomé el carruaje, tirado por cuatro mulas, que hacía la travesía de la cordillera. El camino me lo sabía bien, por el viaje que había hecho a caballo hasta Uspallata a comprar machos por encargo de uno de mis clientes.

El primer cambio de mulas se efectuó en Río Colorado, repitiéndose la operación en otras paradas, entre las que recuerdo Río Blanco, Juncal y Portillo, por el lado chileno. Por el lado argentino, estaban los paraderos de Las Cuevas, Puente del Inca, Punta de Vacas, Polvareda, Uspallata, Potrerillos, Cacheuta, para terminar en Mendoza.

Recuerdo que por ese tiempo, tanto por el lado chileno, como por el argentino, se estaba trabajando en el tendido de la vía férrea del tren que uniría a ambos países. Los rieles, por el territorio de Chile, iban más o menos desde Los Andes hasta Río Blanco y luego me percaté que desde Potrerillos hasta Mendoza los trabajos estaban muy avanzados, notándose gran tránsito de carretas con materiales, campamentos de carrilanos y muchos comercios establecidos en medio de los cerros, para satisfacer las demandas de los cientos de trabajadores.

En dos días y medio estaba en Mendoza, ciudad mediterránea muy sofocante y plagada de mosquitos por esa época, en la que afortunadamente no pernocté, ya que me percaté que esa misma noche pasaba el tren a Buenos Aires. El tren que tomé –con pasajes en segunda, ya que los de primera estaban agotados– venía de San Juan y se detenía alrededor de una hora en Mendoza.

Dos días duró la travesía en ferrocarril –denominado "Gran Oeste Argentino"– hasta la capital trasandina. Desde Mendoza el tren se desplazó hasta Villa Mercedes, siguiendo después hacia Río Cuarto, Villa María, Córdoba, Mercedes de Buenos Aires, Palermo y la Estación Central de Buenos Aires.

Las fiestas patrias me pillaron a bordo del tren y llegué a la gigantesca ciudad de Buenos Aires el 20 de septiembre de 1893.

Por las conversaciones en el tren, me había enterado que la situación política argentina estaba muy convulsionada en los últimos meses, ya que desde comienzos de año de había sucedido una serie de insurrecciones y enfrentamientos, muy parecidos a nuestra Guerra Civil, pero de efectos más circunscritos geográficamente. Fue entonces que me di cuenta que había escogido el peor momento para atravesar hacia el Atlántico a través de Argentina.

Se decía que en Buenos Aires los hechos se precipitaron a partir de agosto, cuando se sublevó Hipólito Yrigoyen, siendo seguido en la mayoría de las ciudades argentinas, llegando a conformarse un ejército revolucionario de aproximadamente diez mil hombres. Los revolucionarios lograron aplastar a las tropas del gobierno, pero éste no cayó y logró recuperar el dominio de casi todas las provincias. El 25 de agosto el comité provincial de la Unión Cívica Radical decidió entregar las armas. La revolución había sido vencida, aparentemente. Sin embargo, a mediados de agosto de 1893 hubo un levantamiento en Corrientes, seguido por otro en Buenos Aires el 7 de septiembre, pocos días antes de mi llegada.

Cuando descendí del tren me desplacé por la hermosa ciudad con mucha cautela, ya que había piquetes de soldados por todas partes.

Aunque mi intención era comprar el pasaje en el primer buque que saliera hacia Nueva York, los próximos cinco días debí permanecer encerrado en el hotel, ya que se sucedió una seguidilla de tiroteos y enfrentamientos, que culminaron el 25 o 26 de septiembre, cuando los revolucionarios se rindieron a las tropas gubernamentales. Aprovechando una calma en las revueltas y antes de verme envuelto en nuevos episodios de esta naturaleza, la última semana de septiembre saqué pasajes para continuar mi viaje.

En Estados Unidos

Para estirar mis recursos económicos, saqué pasaje en la clase corriente en el vapor "City of Paris", que era bastante lujoso y con capacidad como para trescientos pasajeros muy bien acomodados. Doce días duró la navegación en este excelente buque de grandes cubiertas y tres gigantescas chimeneas perteneciente a la naviera "Inman Line".

Durante todo ese tiempo disfruté lo más que pude del viaje, pero me noté muy retraído, ya que no me hice de amigos y me dediqué más a observar el mar, disfrutar de las comidas y a pensar mucho. Fue durante esta navegación que constantemente pensaba en mi forma de ser, que luego de analizarla llegaba a la conclusión que era la de un nómada.

Y cuando decía "nómada" no me refería solamente a tantos lugares en los que había vivido, sino los afectos que iba obteniendo y como los iba perdiendo.

Cuando decidí hacer este viaje, hacía ya su par de años que no me reunía con ninguno de mis amigos. Ni de aquellos de la época de estudiante, ni de mis compañeros de la Guerra del 79, ni de los conseguidos en mis tiempos de residencia en el sur y, menos aún, de aquellos de la Guerra Civil. La gran amistad que había trabado con los Polloni –por ejemplo– se desvaneció por las pasiones derivadas de la guerra civil, ya que ellos optaron por el bando contrario al mío y lo mismo sucedió con muchos oficiales de la campaña del norte. Eso me incomodaba mucho, al igual que los amores inconclusos, que solamente habían generado ilusiones y por que no decirlo también muchas ingratitudes.

Pensaba en que ya tenía treinta y siete años y que estaba comenzando una nueva vida luego de salir del duro trance de La Placilla. Fue en ese instante que me prometí a mi mismo hacer todos los esfuerzos para generar un cambio en mi vida.

Así, inmerso en las distracciones propias de la navegación en un buen buque y pensando largas horas apoyado en las barandas de cubierta, pasaron muy pronto los días. Recuerdo claramente que una fría madrugada, cerca de las cinco de la mañana, los pitazos del buque anunciaron que estaba haciendo su entrada a Nueva York, surcando gélidas y oscuras aguas. Ya a las siete de la mañana estaba en la larga fila de viajeros que haría sus trámites en la aduana, en los grandes galpones del puerto, para conseguir la revisión de mi equipaje y la visación de mis papeles. Cerca de las 9 de la mañana caminaba con mi maleta por las calles casi desiertas de Nueva York, ya que era día domingo.

No quise tomar carruaje de arriendo, ya que por desconocer el idioma prefería hacerlo a pie e ir viendo un lugar donde quedarme. Caminé varias cuadras, sin rumbo fijo. Recuerdo que hacía mucho frío y una tenue llovizna estaba comenzando a caer, cuando me encontré con un lindo hotel. Su nombre era "Caldwell" y aunque era un poco antiguo, ya que calculé la edad del edificio en unos cuarenta o cincuenta años, era muy acogedor y de él se podía acceder fácilmente a los distintos distritos. Después de estar algo menos de una semana, la gran urbe comenzó a aplastarme y decidí dar un paseo por otras ciudades.

En un cómodo tren, tirado por una locomotora a vapor de un tamaño descomunal, viajé a Washington, la capital de este gran país. Si bien Nueva York no logró impresionarme lo suficiente, si que lo consiguió Washington, con sus hermosos y numerosos jardines, grandes edificios y, por supuesto, la límpida belleza de la Casa Blanca. Tuve la suerte que cuando me hallaba paseando por los jardines exteriores de la Casa Blanca logré ver desde una corta distancia al Presidente de Estados Unidos, el señor Cleveland. Lo vi mientras subía a su carruaje tirado por cuatro caballos blancos. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de estatura media, fornido, con una amplia frente y con un grueso bigote que caía frondoso hacia su mentón. Supe que había asumido la presidencia por segunda vez en marzo de ese año, ya que antes ya había ejercido el mismo cargo.

Después de un par de días en Washington regresé a Nueva York y me parece que al día siguiente me embarqué en otro tren, pero esta vez en dirección al norte, hacia Boston, ciudad que me encantó, ya que era limpia, plácida, elegante, distinguida y llena de bibliotecas, parques, grandes comercios y edificios de un estilo victoriano. Recorrí sus calles por varios días –no recuerdo cuántos– y disfruté mucho de esta señorial ciudad. A fines de octubre de 1893 regresé a Nueva York para embarcarme hacia Europa.

En Europa

Un día de suave lluvia subí la elegante escalera del buque "Queenstown", de la naviera Cunard, que me llevaría en cosa de una semana de opulenta navegación hasta las costas francesas, al puerto de Cherburgo.

Allí comenzó mi periplo por Europa, partiendo del puerto recién nombrado para proseguir por Rouen hasta Paris. De Paris poco puedo decir, excepto lo que dicen casi todos los que han llegado de visita hasta esta ciudad. Todo era igual como me lo había imaginado, tan igual que casi nada constituyó novedad, ni siquiera el legendario Arco de Triunfo, ni las Tullerías, ni la moderna Torre Eiffel.

Disfruté mucho recorriendo sin prisa las decenas de hermosas librerías, en las que adquirí unos cuantos libros y disfruté mucho de los cafés y restaurantes al aire libre, no obstante que hacía bastante frío. Lo mejor era que podía entender todo lo que sucedía a mi alrededor, por mi dominio del francés. Realmente disfruté desmedidamente mi estadía en esta ciudad, que desde niño imaginé conocer.

Concluida mi estadía en la capital francesa, pasé por Troyes, Dijon, Lyon y Avignon, para entrar a Italia por Turín.

Fueron tantas las gratas impresiones que tuve recorriendo parte de Italia, que solamente me quedan visiones fugaces de sus lindas ciudades y villas. Por ejemplo, Turín me dejó con la boca abierta. No solamente por sus palacios, iglesias, puentes y magníficas esculturas, sino que también por la bullente actividad artística, comercial e industrial. Aunque cuando visité esta ciudad la actividad había decaído mucho, ya que había dejado de ser la capital del recientemente reunificado Reino de Italia.

Luego fui a Milán una ciudad muy atractiva, pero demasiado desordenada para mi gusto. De allí seguí a Parma, preciosa ciudad medieval rodeada de grandes bosques, ubicada en las estribaciones de los montes Apeninos y cruzada por el río Parma. Pasados tantos años, no podría decir lo que más me gustó de esta bellísima ciudad, pero sí que recuerdo con todos sus detalles el Baptisterio de Parma, una construcción de unos ocho pisos en forma de gran torre, cuya arquitectura me dejó muy impresionado.

Después me fui a Florencia. De esta ciudad, lo único que puedo señalar es que su esplendor, sus palacios, sus obras de arte y la forma de vida de sus habitantes me dejó sencillamente deslumbrado.

Tras unos veinte días de viajes en carruajes y trenes llegué finalmente a Roma. Nunca se me olvidará el nombre del hotel –Augustus– ubicado en la Vía Piave, que era de reciente construcción, con sus habitaciones y comedores distribuidos en dos pisos. Ese fue mi centro de operaciones para mis largas caminatas, en las que gasté las suelas de mis zapatos recorriendo cada rincón de tan atractiva ciudad, que por esos tiempos –junto a Londres y París– seguía considerándose una de las ciudades más atrayentes de todo el mundo.

No relataré los lugares que recorrí, porque no agregan prácticamente ninguna novedad a lo que tanto se ha dicho de esta ciudad. Lo único que puedo señalar es que aquí estuve casi dos semanas, hasta un poco antes de la Navidad.

Pero me negaba a abandonar Italia sin ir antes a la isla de Sicilia, que siempre quise conocer. Por ello, acompañado de un francés que conocí en Roma y con el que hicimos muy buenas migas, iniciamos el largo recorrido hacia el extremo sur de Italia.

A medida que se aproximaban las costas mediterráneas, sentía una felicidad como la que ni siquiera experimenté al pisar las míticas calles de Paris, ya que el aire, la gente, los artesanos y las villas como detenidas en el tiempo, me parecían encantadores.

Así tras varias jornadas de marcha en un cómodo coche de postas, arribamos hasta el puerto mediterráneo de Reggia Calabria, desde el cual se divisaba a través del angosto estrecho de Mesina la ciudad del mismo nombre.

El francés, que había sido mi compañero de viaje desde Roma insistió en que nos quedáramos en Calabria unos días, para visitar sus antiguos castillos, construidos en la antigüedad y remozados en los comienzos de la Edad Media. Sin embargo algo me impulsaba a seguir a la isla de Sicilia. Ante esto, nos despedimos y me dirigí al pueblito de San Giovanni, donde tomé un lanchón para hacer el cruce del estrecho de Mesina, desembarcando tras una breve navegación en la famosa isla.

Mi idea era recorrerla entera, pero necesitaba reponerme y para eso busqué un alojamiento en la ciudad, que debe haber tenido en esa época unos veinte mil habitantes, incluyendo los que vivían en los campos aledaños. Mientras recorría sus calles empedradas y veía los sencillos edificios mediterráneos mezclados con grandes palacetes, recordaba mis lecturas de Homero, ya que gran parte de sus relatos estaban situados en Mesina y en el estrecho que la separaba del continente europeo. Eran tierras preciosas, cubiertas de viñas, olivares, naranjales y almendrales.

Por doquier había ruinas que testimoniaban el paso de numerosas culturas que se habían asentado en esta isla: griegos, bizantinos y árabes. Pero lo que más me llamaba la atención era la forma de vida de su gente, tranquila, apacible, abierta a los forasteros y muy amigable.

Cuando caminaba con mis maletas en busca de un buen lugar donde quedarme para reponerme del largo y extenuante viaje desde Roma, un hombre me preguntó algo. Haciendo un gran esfuerzo logré entenderle que se ofrecía para llevarme a un buen lugar donde quedarme. Le di las gracias y lo seguí y me llevó hasta una bonita pensión de un piso, donde fui recibido amablemente por el matrimonio que la atendía. Fui a ver la habitación que me ofrecieron y como me gustó volvimos a la recepción a buscar mis maletas. Allí estaba aún el hombre que me había guiado hasta allí. Deduje que esperaba su propina y sacando unas monedas se la di, pero las rechazó de plano y dijo –según logré entender– que estaba esperando para saber si me había gustado y que si estaba conforme me aceptaba un vaso de vino y nada más.

El día de Navidad, que por cierto debió ser muy frío en el resto de Europa, salí a caminar muy temprano para ver alguna iglesia a la que asistir por la noche.

Valió la pena llegar a Mesina

Mientras recorría las calles, vi la bandera chilena flameando en una casa de dos pisos ubicada en el sector céntrico de la ciudad. Al acercarme observé una placa de bronce que decía “Consulado de Chile para Mesina y Reggia Calabria”. Sin

dudarlo tiré de la campanilla y pronto salió un empleado a abrirme la puerta, que gracias a Dios hablaba castellano. Le expliqué que quería saludar al cónsul y me hizo pasar a un pequeño despacho para que aguardara mientras me podía atender.

No esperé más de cinco minutos, hasta que apareció el cónsul, que se presentó hablando en español pero con mucho acento italiano. "Soy Federico y estoy para servirle", me dijo mientras me estrechaba la mano. Me preguntó en qué podía ayudarme y le contesté que en nada en especial, que simplemente me había llamado la atención ver la bandera chilena en tan alejada ciudad y nada más que eso.

Me dijo que para él también era sorpresa ver a un viajero chileno por estos lados, ya que casi todos los asuntos que debía tratar eran con marineros chilenos que se encontraban de paso en la zona. Me invitó a charlar a su oficina, donde siguiendo la costumbre nos bebimos una copa de vino tinto. Conversamos como por una hora, en la cual se enteró de quien era, cual había sido mi historia reciente y de cómo se originó este viaje. Congeniamos inmediatamente, ya que él también era un convencido seguidor de Balmaceda y eso nos llevó a una larga conversación en la que tuve que responder muchas preguntas que me hacía.

También me contó de su vida y así supe que era viudo, que tenía tres hijos. El mayor se llamaba Federico era comerciante en textiles, estaba casado y vivía en Roma. La segunda se llamaba María Isabel era soltera y vivía con él y, el tercero se llamaba Julio, estudiaba química en Roma y vivía con su hermano casado.

Pasado un buen rato, me dijo que él sabía que muy pronto se restituirían las pensiones a los oficiales del Ejército que habían sido borrados del escalafón luego de la Guerra Civil y que debía estar muy atento a ello.

Sin querer importunar más en el día de víspera de Navidad, le pedí permiso para retirarme. Cuando nos despedíamos, me dijo que para él sería un agrado tenerme a cenar en su casa esa noche, después de la Misa de Nochebuena. Aunque le dije que no quería alterar su intimidad, fue tanto lo que me insistió que terminé aceptando y reiterándole todos mis agradecimientos por tan bello gesto.

Esa noche asistí a Misa en una pequeña capilla ubicada en el sector sur de la ciudad. Luego encaminé mis pasos hacia el consulado, que era también la residencia del diplomático.

Fui recibido por un empleado y de inmediato apareció Federico, quien junto con desearme felicidades en Navidad me presentó a su hija, María Isabel. Era una mujer muy bonita, que después supe tenía 23 años, de nariz ligeramente respingada, grandes ojos cafés y muy culta y entretenida. Simpatizamos de inmediato y realmente la cena fue muy agradable, aunque me sentía un tanto nervioso porque desde un comienzo me sentí muy atraído por la hija del cónsul.

Me retiré ya de madrugada, no sin antes ser invitado a almorzar al día siguiente, a lo cual no opuse ningún problema, ya que lo único que quería era volver a ver a María Isabel, o Isabella, como le decía don Federico. Esa noche, en la posada, me costó bastante quedarme dormido y llegué a la conclusión que haría todos los esfuerzos por lograr algo más que una pasajera amistad con esta mujer. Me decía a mí mismo que no en balde la intuición me había llevado a esta apartada ciudad italiana y que además, inexplicablemente, me había hecho tocar la puerta del consulado sin tener ningún trámite que hacer. No quería que me volviera a ocurrir lo mismo que con mis otros amores. Cerré los ojos decidido a jugármela por Isabella.

Desperté muy de mañana y lo primero que hice fue ir a un comercio callejero navideño donde compré una gran botella del mejor vino siciliano para Federico y una linda pañoleta de seda muy fina para Isabel. Luego se me hizo interminable el tiempo restante para asistir al almuerzo.

Cuando llegó el momento iba muy nervioso, pero me alegré mucho cuando fue María Isabel quien salió a abrirme la puerta. En sus ojos y actitudes también se notaba que se sentía atraída hacia mí, sobre todo por la cariñosa forma que tuvo de agradecerme el regalo que le había llevado.

Estuve con un permanente cosquilleo durante todo el delicioso almuerzo, que fue servido por dos empleados en una terraza del segundo piso de la casa, desde donde se observaba el Mar Tirreno hacia el norponiente y el Mar Jónico hacia el sur. La charla versó sobre muchos temas, guiados por el cónsul. Yo mantenía la conversación con aparente interés, aunque todos mis sentidos estaban puestos en la hija del dueño de casa.

Lo único que se me quedó grabado fue cuando Federico dijo a su hija: "Isabella, yo con mucho agrado mostraría lo más bonito de Sicilia a nuestro buen amigo, pero mis obligaciones me lo impiden. Si no te causa problemas, podrías guiarlo tú". Ella se sonrojó y dijo que no tenía problemas y eso constituyó para mí el mejor regalo navideño.

A contar del día siguiente salimos casi todas las mañanas, al puerto, a las iglesias, a las ruinas romanas. Creo que al tercer o cuarto día, cuando nos habíamos contado nuestras vidas casi por entero y mientras caminábamos por una plazoleta empedrada, le dije que me gustaba mucho y que si ella sentía algo por mí me lo hiciera saber de inmediato, para hablar con su padre. Me dijo, con un lindo acento calabrés: "entonces habla con él".

Don Federico no puso ninguna objeción y nos permitió iniciar un romance que me llevó a vivir momentos que jamás olvidaré. No quería poner término a este sueño y alargué mi estadía en Sicilia casi por todo el mes de enero de 1894.

Quedamos de acuerdo en que nos escribiríamos todos los días si fuera posible y que nos reencontraríamos en mayo, cuando viajaría a Chile con su padre. La despedida fue difícil y la primera semana de febrero del 94 abordé un lanchón para cruzar el Estrecho de Mesina, viendo como se achicaban las siluetas de María Isabel, agitando su pañuelo blanco y de su padre, haciendo señas con su mano derecha en alto.

De Reggia Calabria hice un cansador viaje hasta Nápoles, puerto en el que me embarqué hacia Montevideo. Hice el largo viaje en el vapor "Sirio", de la "Societá Italiana di Transporti Marittimi Raggio". Aunque era un buque relativamente antiguo, sus camarotes eran muy cómodos y la navegación fue muy tranquila. Durante el viaje no podía sacar de mi mente a María Isabel y la melancolía me embargó durante los casi veinte días de navegación.

Estuve en Montevideo un par de días y luego me embarqué en el vapor "Estrella", de bandera argentina hasta Talcahuano. Esta navegación sí que fue terrible, porque jamás había sentido el temor que me ocasionó el paso por el Estrecho de Magallanes y por las Guaitecas, donde fuimos sacudidos por fuertes temporales.

De vuelta en Chile

Llegué a Talcahuano la primera semana de marzo de 1894. De inmediato tomé el tren que a través de una combinación me dejaría en mi ciudad de Angol a la mañana siguiente, muy de madrugada.

"Conde" daba unos tremendos saltos de alegría cuando me sintió bajar del coche que me llevó desde la estación hasta mi casa. Por su parte "Trompo" relinchaba como un potrillo desde la pesebrera situada al fondo del terreno. Antes de poder abrir el portón de ingreso, estaba enteramente sucio con las patas de mi perro, que me daba unos tremendos empellones de felicidad, luego de seis meses sin verme.

Los ancianos cuidadores estaban también felices y se pusieron aún más contentos al ver los regalos que les traía, que eran unos cortes de tela francesa, sombreros italianos para ambos y una serie de pequeñas figuras de porcelana que había comprado en Florencia. Esa noche los cuidadores me prepararon una exquisita cena y luego conversamos hasta muy tarde y, en todo momento, "Conde" estuvo echado sobre mis pies. La cena fue en la casita de los viejos, ya que la mía no tenía ningún mueble y tuvieron que armarme una cama en el suelo de uno de los dormitorios. Por supuesto que eso fue la bendición para "Conde", que durmió estirado a mi lado y me despertó muchas veces con los lengüetazos que me daba en la cara.

Al día siguiente ensillé mi caballo "Trompo" y salí hacia el centro, para ver el tema de los muebles e ir pensando en rehacer mi vida. Sin embargo, al pasar frente a la oficina del correo, no pude resistirme y desmontando entré y luego de conseguir papel, escribí una larga carta a María Isabel, despachándola de inmediato.

Ya a media mañana había resuelto el tema de los muebles y mandé a hacer un juego de butacones y un par de sillones más mesas de arrimo para el saloncito. Además un comedor con 12 sillas y aparador. Cuando estaba tratando el tema de la cama, ordené una grande con dos veladores, cómoda y toillete para el dormitorio principal y dos juegos simples de camas, veladores y roperos para los otros dos dormitorios. Todos los muebles los encargué en madera de nogal y el ebanista quedó de tenérmelos listos en un mes, aunque en la realidad se tardó más de dos. Mientras esperaba los muebles de mi nueva casa, adquirí una moderna cocina de fierro, con dos hornos, caldero para el agua y seis puestos para ollas, la que quedó instalada en pocos días.

En medio de estos trámites para armar la casa, arrendé un pequeño despacho en la casona colindante al Club Social y allí me instalé con mi oficina de abogado. A comienzos de abril del 94 cuando ya estaba atendiendo a varios clientes.

Pese a que me dediqué de lleno a mi profesión de abogado, siempre tenía tiempo para escribir a María Isabel y lo hacía dos o tres veces por semana y recibía igual número de cartas de ella con la misma frecuencia, claro que 30 días después que ella las había escrito. Fue en esa fecha que comenzamos a hablar de casarnos y empezamos a preparar todo para hacerlo cuando ella viniera a Chile con su padre, más o menos a mediados del año.

De lleno al Derecho

A las cuatro o cinco semanas de estar instalado en mi bufete, ya tenía una amplia cartera de clientes. Si bien los grandes hacendados ni siquiera me hablaban –por el odio que sentían hacia mí por no haberles favorecido sus ambiciones mientras fui jefe de la Comisión Repartidora de Tierras– mi clientela se concentraba en los colonos y comerciantes, especialmente extranjeros.

Casi todos los suizos, belgas y franceses tanto de Angol, Victoria, Lautaro y hasta de Temuco, me habían hecho su abogado, ya que les era muy práctico entrevistarse conmigo en su propio idioma.

Fue en mayo de 1894 que un día llegó hasta mi oficina el alcalde de Temuco, Santiago Herrera, lo cual constituyó para mi una gran sorpresa, considerando

que fue un enconado enemigo de los balmacedistas. Sabiendo que yo fumaba, me llevó como obsequio un paquete de cigarrillos "La Favorita", que consistía en un envoltorio de papel de color café, que contenía cincuenta cigarros. En el exterior tenía unos sellos color lacre y estaba atado con cáñamo.

Tuvimos una cordial entrevista, en la que me solicitó que atendiera los intereses de uno de los contratistas de la construcción del tren al sur. Por su boca me enteré del tremendo papelón que se había hecho el primer día de enero de 1893, cuando con gran pompa se celebró en la Estación de Temuco la llegada del primer tren proveniente del norte. Sin embargo, los viajeros que se suponían que se habían subido en Victoria, habían tenido que recorrer un largo trecho en carruajes, ya que la línea distaba mucho de estar terminada.

El contratista a cargo del tramo era el ingeniero belga Gustave Verniory, contra quien se lanzaron todos los dardos por haber estafado a la gente con esta falsa inauguración. Lo que quería el alcalde Herrera, era que yo asesorara a Verniory para que pudiera limpiar su nombre. Accedí y a los pocos días estaba sentado frente al joven ingeniero europeo.

Me relató que a comienzos de 1892 las autoridades del ferrocarril se comprometieron con el gobierno a tener en servicio el tren hasta Temuco el último día de ese año. El les explicó que era imposible por las numerosas obras que había que realizar, pero como fue presionado desde todos los niveles, se abocó a la gigantesca tarea. "Trabajamos día y noche. No descansamos ni siquiera el día de Navidad. Desde Victoria nos enviaban todos los días dos o tres trenes cargados de rieles, pernos y tirafondos. Cientos de carretas traían a la obra los durmientes acumulados en los bosques vecinos", contó el ingeniero.

"El día de año nuevo –me relataba Verniory– a las once de la mañana las autoridades civiles y militares reunidas en el andén de la estación de Temuco, esperaban la llegada del primer tren. Una compañía de infantería, con estandarte y banda de música, hizo los honores. Los andenes estaban repletos de colonos y mapuches y en una tarima esperaba el intendente de Cautín, Valentín del Campo".

Me informó que cuando el convoy hizo su entrada en los andenes, la multitud estalló en aplausos y vítores, mientras la banda iniciaba con gran marcialidad la interpretación del Himno Nacional.

De acuerdo a la versión que me entregó Verniory, todo era un montaje, ya que las autoridades sabían perfectamente que si bien los rieles llegaban hasta Temuco, el trazado estaba incompleto, ya que había sectores donde aún no se habían hecho terraplenes, drenajes, alcantarillas. En otros faltaba instalar puentes metálicos y quedaban muchas otras obras de arte pendientes.

"Sin embargo tuve que participar de este sainete, porque me lo ordenaron de la Dirección de Ferrocarriles y de la Intendencia de Cautín. Ahora estoy pagando los platos rotos y estoy siendo vilipendiado por la prensa acusado de embustero y quiero que usted me ayude", me señaló cabizbajo.

Desde ese día –de acuerdo a la información que yo recibía– se mantenían dos trenes diarios entre Victoria y Temuco, pero los pasajeros debían viajar en carros de equipaje, ya que por las condiciones de los rieles no podían transitar vagones de pasajeros que eran mucho más pesados. Además, los viajeros debían descender en muchos tramos y caminar kilómetros junto al tren que tenía que avanzar lentamente y sin peso, mientras proseguían los trabajos en las vías. Como si fuera poco debían cooperar en el carguío de leña a las carboneras, ya que no había acopios de carbón y solo rumas de troncos cada cierto trecho.

"Los trabajos no estarán concluidos totalmente hasta un año más y si bien yo estoy ahora dedicado al tendido del ramal de Temuco a Pitrufquén, deseo limpiar mi honra y en eso es que requiero de su valiosa ayuda", me dijo el ingeniero.

Acepté el caso y quedamos de reunirnos en algunos días más, pidiéndole que me trajera todas las cartas y telegramas que demostraran que fue presionado por las autoridades.

Así lo hizo y redacté una carta abierta, que publicamos en el "Araucano" de Angol y en "El Constitucional" de Temuco. Junto con hacer una relación completa de los hechos, anunciábamos que con esta publicación se buscaba limpiar la honra del profesional, mancillada por culpa de quienes buscaban un provecho político haciendo falsas promesas imposibles de cumplir en los plazos señalados. Aunque las cartas y telegramas que constituían prueba de aquellas presiones las tenía guardadas en mi despacho, en la publicación se decía que "existían todas las pruebas escritas sobre el bluf de la inauguración del tren a Temuco, las que estaban a buen recaudo en la bóveda de una notaría en Santiago".

Las publicaciones causaron mucho escozor en las autoridades, pero surtieron su efecto, ya que de inmediato los mismos que responsabilizaban a Verniory, comenzaron una guerrilla interna culpándose unos a otros. Ello permitió que mi cliente lograra lo que se había propuesto, que era desligar toda responsabilidad en esta opereta y continuar trabajando tranquilo en la construcción de la línea a Pitrufquén.

Por esos días debí viajar a Temuco, ciudad que no había visitado en más de tres años. Por supuesto que hice el viaje en tren y pude comprobar en terreno la realidad de todo lo que me había relatado Verniory. El motivo de mi visita a Temuco era una reunión con Santiago Herrera, quien me había citado para presentarme a un buen amigo suyo, quién deseaba que yo asumiera como su abogado.

Cuando llegué a Temuco realmente quedé impresionado por el crecimiento de la ciudad. El liceo había sido ampliado, el centro tenía sus calles principales empedradas con huevillos y se notaba un gran crecimiento, evidenciado en boticas, consultas médicas, restaurantes, herrerías, ventas de provisiones y hoteles. La Intendencia ocupaba un señorial edificio de mampostería, que compartía con los Tribunales de Justicia.

No tuve tiempo de seguir admirando los progresos de Temuco, ya que era la hora de reunirme con Herrera. El encuentro fue muy cordial y breve, agradeciéndome lo que había hecho por Verniory, que ahora estaba trabajando tranquilamente.

A los pocos minutos llegó quien sería mi cliente –para variar francés– el señor Camilo Alzuget, dueño del "Grand Hotel De France", el más hermoso y señorial de la ciudad, que se emplazaba a una cuadra de la Plaza de Armas, que posteriormente cambió su nombre a "Gran Hotel Continental".

Invitado por Alzuget alojé esa noche en una de las bellas habitaciones de este hotel, de dos pisos de albañileria y mampostería. A la mañana siguiente tuvimos una larga reunión, en la que me solicitó que me hiciera cargo de sus asuntos legales y comenzó a solicitarme diversos trabajos tales como escrituración de unos campos y la redacción de un testamento, aunque distaba mucho de morir. Mientras analizábamos la documentación y tomaba infinidad de notas, llegó hasta allí otro francés y Alzuget me lo presentó. Se trataba de Cecil Lavayrú, agricultor y dueño de varias líneas de coches de posta, que partían desde Temuco hacia Victoria, Lautaro, Toltén y Saavedra. Tras una breve conversación, también me hice cargo de los asuntos legales de Lavayrú.

Permanecí unos seis días en Temuco, siempre alojado en el hotel. Cuando inicié mi regreso a Angol decidí que de seguir así, debía abrir un despacho en Temuco y dividirme para atender a mis clientes en ambas ciudades.

Tiempos hermosos

Al llegar a mi casa de Angol me encontré con una carta de María Isabel, en la que me decía que estaba muy triste porque su padre no podría viajar a Chile, al menos hasta varios meses más, ya que tenía muchos problemas en su trabajo. Don Federico, además de ser el cónsul honorario de Chile en Mesina, se dedicaba a la atención de fletes desde Sicilia hacia otros puertos italianos, portugueses y españoles.

Pensándolo solamente algunos minutos, me puse a escribir dos cartas. Una para María Isabel y otra para su padre. En ambas expresaba –en distintos tonos y redacción obviamente– mi deseo de contraer matrimonio lo antes posible y que si existía beneplácito, estaba dispuesto a viajar a Mesina a la brevedad y casarnos allá para volver con María Isabel a Chile.

Se me hicieron eternos los casi dos meses que transcurrieron antes de saber que opinaban de mi proposición. En el intertanto recibí otras cartas de María Isabel, pero como la mía se tardó casi cuatro semanas en llegar a sus manos y a las de su padre, debí esperar tiempo similar para poder leer las respuestas. La respuesta era afirmativa de parte de María Isabel y tenía el beneplácito de su padre, que me envió una esquela dentro del mismo sobre.

Casi un año después de haber iniciado mi viaje a Europa, en septiembre de 1894, dejé todos mis trabajos bien encaminados y partí hacia Talcahuano, donde tomé un vapor hasta Montevideo. Desde allí seguí, por gran casualidad, en el mismo buque en que había vuelto de Europa, el "Sirio", con destino a Nápoles.

Veinte días después de haber salido de mi casa estaba sentado en el salón de la casa de mi novia en Mesina, discutiendo con gran emoción los preparativos de la boda. Se fijó la fecha para el 5 de octubre y se decidió realizar la ceremonia religiosa en la capilla de San Pietro, ubicada en la plazoleta del mismo nombre, a unas tres cuadras del consulado.

Los días se hicieron largos –por la emoción de llegar pronto a tan importante ceremonia– pero a la vez muy cortos por tantos preparativos que había que hacer. Llegaron los dos hermanos de María Isabel desde Roma, el mayor con su señora –una italiana chillona, regordeta y colorada– y unos seis parientes más, que eran tíos maternos de María Isabel.

El 5 de octubre, a las once de la mañana, vestido con un impecable chaqué negro estaba aguardando en las escalinatas de la capilla. A los pocos minutos llegó María Isabel, con un bello vestido blanco amarfilado, acompañada de su padre, que vestía el uniforme de diplomático, consistente en levita y pantalones azules con franja dorada, gorra del mismo color, cinturón dorado y un espadín.

La ceremonia fue muy linda y ambos estábamos realmente felices. La fiesta que comenzó con un almuerzo duró hasta cerca de la medianoche y por lo que recuerdo fue alegre, bulliciosa y muy simpática, aunque los invitados no pasaban de cuarenta personas.

Dos días después, Isabel y su padre, con los ojos bañados de lágrimas, se despidieron con un fuerte e interminable abrazo. Don Federico, junto a sus hijos,

quedó en el muelle haciendo saludos con ambas manos mientras el paquebote cruzaba el estrecho hacia Calabria. Viajábamos muy cargados, ya que María Isabel traía seis baúles marinos cargados con todas sus pertenencias.

Nuestra luna de miel fueron los veintidós días que duró la navegación desde Nápoles hasta Valparaíso, donde arribamos los últimos días de octubre de 1894.

CAPÍTULO 23
UN HOGAR EN ANGOL

Mi hogar en Angol

Ella prácticamente no conocía Chile –ya que su última visita fue cuando tenía nueve años de edad– por lo que le di un gran paseo por Valparaíso y por Santiago, ciudades que le encantaron. Comenzando noviembre entramos en medio de risas y abrazos hasta mi casa de Angol. Nos esperaban los viejos cuidadores, que se habían esmerado en tener todo precioso. En realidad la casa lucía muy bonita, con los jardines bien regados, muchas flores y adentro todo impecable y con muebles nuevos, todos en el mismo estilo.

"Conde" no respetó mi impecable traje ni el vestido de María Isabel y se volvió loco haciendo cabriolas. Inexplicablemente no se engrifó ni le gruñó a María Isabel, como lo hacía siempre con los extraños, sino que manteniéndose a mi lado la miraba con atención y hasta de pronto le movía su cola. Ella, a instancias mías, le estiró una mano y el se acercó calmadamente y se la lamió y luego se echó a sus pies. Desde ese momento fue la mejor compañía y guardián que pudo haber soñado, sobre todo durante mis largas ausencias.

Así estaba comenzando esta nueva parte de mi vida. Recién casado con María Isabel, una mujer de veinticuatro años, bastante menor que yo.

A partir de ese momento viví la etapa más feliz de mi vida, ya que había encontrado en Isabel la mujer ideal y compartíamos mucho, no obstante el intenso trabajo que desarrollaba tanto en mi ciudad como en Temuco. La casa se veía siempre preciosa y para la Navidad del 94 le obsequié un bello piano alemán, para que pudiera disfrutar de una de sus pasiones, que era la música, ya que interpretaba muy bien este instrumento además del violín.

Ella me tenía otro regalo, estaba embarazada de nuestro primer hijo que me convirtió en un dichoso "padre abuelado" como decían nuestros amigos.

Yo había comprado un hermoso y dócil caballo blanco para María Isabel y salíamos los tres de paseo al campo. Yo llevaba al niño en mis brazos y siempre se mostró muy cómodo en estas largas y serenas cabalgatas. Esta forma de vida

me había hecho olvidar todas las vicisitudes por las que había atravesado y sentía que recién había comenzado a vivir con plenitud.

Las cosas se arreglaron aún más, cuando en diciembre de ese año recibí una notificación, mediante la cual me devolvían mi grado en el Ejército y mi pensión, poniendo así fin a una injusticia que se mantuvo por más cuatro años. Aún recuerdo que la nota que me llegó era impresa y hacía alusión al decreto que citaba al subsecretario de Guerra, Roberto Montt Salamanca, hermano del joven oficial que se inmoló en el Combate de la Concepción.

Antes de un año nació nuestro segundo hijo y mi casa estaba llena con una hermosa familia y el trabajo me sobraba, con mis clientes de Angol, Lautaro, Victoria y Temuco. Pese a que existía ya un servicio regular de trenes entre todas estas ciudades mantenía mi costumbre de desplazarme a caballo cuando viajaba a Victoria o Lautaro, siempre que dispusiera del tiempo para ello.

En algunas ocasiones "Conde" me acompañaba. Eso era contra mi voluntad ya que yo intentaba que se quedara en la casa para cuidar a María Isabel y los niños. A los niños le tenía un gigantesco cariño y muchas veces María Isabel tuvo que regañarlo al sorprenderlo lamiéndoles la cara, sobre todo al menor que aún pasaba gran parte del día en su cuna.

A comienzos del 97 instalé un despacho en la calle Lynch de Temuco, ya que eran demasiados los asuntos legales que debía atender en la ciudad. Poco a poco la balanza se fue cargando más a favor de la clientela temuquense y ello nos llevó a decidirnos a trasladarnos a esa ciudad pasado el invierno de ese año. Dejamos nuestra casa de Angol tal como estaba y alquilamos una casa vecina donde tenía mi oficina y que daba a una esquina.

Breve residencia en Temuco

Los niños llegaron muy pequeños a Temuco y en realidad los primeros meses fueron muy agradables, aunque una vez al mes me ausentaba durante una semana para atender a los clientes de Malleco en mi oficina de Angol. Yo ya estaba acostumbrado a estos "ires y venires" ya que así lo había hecho en mis tiempos de jefe de la Comisión Repartidora de Tierras, con la diferencia que ahora ambas provincias estaban unidas por el ferrocarril.

Temuco ya era una ciudad importante, con casi nueve mil habitantes, numerosos comercios y buenas comunicaciones con el norte y pueblos vecinos, a través del tren y de las líneas de telégrafos. Lo único que se extrañaba era algo más de

entretención. Por lo mismo, la ciudad se revolucionó cuando en noviembre de ese año llegó a Temuco Gabriel Niarini, un famoso ilusionista italiano. Las funciones se dieron en el local de Martín Arióstegui, que era uno de mis clientes. Se dijo que estaría solamente cinco días y el segundo o tercer día asistimos a la función con María Isabel, lo que constituyó una gran novedad para nosotros.

María Isabel estaba encantada con la forma de vida que llevó en Angol, pero no así con la de Temuco, porque la delincuencia era pan de cada día en cualquier sector de esta ciudad. Por esa razón, cada vez que podíamos nos íbamos a Angol, a disfrutar de nuestra casa y de los numerosos amigos que teníamos.

Fue en el invierno de 1898, mayo o junio, que estando en Angol nos enteramos que había llegado un aviador francés que haría unas demostraciones de vuelo en globo. La mitad de la población se reunió en las afueras de la ciudad para ver tan inusual espectáculo. Ver la navegación aérea fue una maravilla y la gente estaba extasiada al observar como se achicaba el globo en el cielo a medida que iba botando el lastre y luego como sobrevoló la ciudad desde una altura de unos quinientos metros, para efectuar posteriormente un perfecto aterrizaje casi en el mismo punto del cual había partido.

Aunque me iba muy bien en mi trabajo, decidimos volvernos a Angol a mediados del año 1899. Mantuve eso sí mi oficina en Temuco, pero en otra ubicación, más cercana a la estación de trenes.

Cambio de siglo en Italia

Por octubre de 1899 decidimos darle una sorpresa al padre de María Isabel y nos preparamos para ir a Mesina, a pasar las fiestas de fin de año y vivir allí el cambio de siglo. Podía incurrir en estos gastos, ya que ganaba bastante dinero.

A diferencia de otras personas, yo trataba de pasarlo bien pensando que todo lo que estaba viviendo después de participar en tres guerras era lo que se llamaba "una yapa" y la vida me había enseñado a vivir el hoy y el mañana, pero nunca el "pasado mañana".

Realmente fue un gran sacrificio viajar con niños tan pequeños, sobre todo la parte de la navegación que debíamos hacer entre Talcahuano y el Atlántico, por las grandes tormentas que caracterizaban la zona austral de Chile. Nos fuimos directo en el vapor "Aconcagua" desde Talcahuano a Génova, demorándonos más de cuatro semanas. Desde allí en un buque de cabotaje, cubrimos en una corta navegación la distancia hasta Mesina, donde llegamos la segunda semana de diciembre.

Cuesta describir la alegría de Federico al ver a su hija y a sus nietos. Sin embargo se notaba muy avejentado, ya que estaba afectado por la gota y le costaba mucho desplazarse. Pudo conocer a sus nietos y compartir con la hija que no veía casi cinco años. Los niños se entretenían mucho con su abuelo, pero en ocasiones me decían que "El nono habla mal", haciendo alusión con ello al marcado acento italiano que tenía.

La Navidad fue simplemente hermosa y tuvimos una intensa vida social ya que numerosas amigas de María Isabel, algunas solteras y la mayoría de ellas ya casadas, se desmedían en atenciones e invitaciones. Les costaba entender donde ella vivía y más aún como había elegido a un hombre de tierras tan lejanas para casarse.

El 30 de diciembre había un ambiente de pesadumbre y temor en todos los habitantes, ya que se corría fuertemente la voz que el cambio de siglo podría traer el fin de los tiempos. Aunque nosotros no compartíamos del todo estos rumores, igual asistimos a las iglesias y plazas donde se oraba para pedirle a Dios que no permitiera que se consumara el fin del mundo.

La noche de Año Nuevo fue igualmente hermosa, ya que todos los pescadores hicieron una larga procesión nocturna en sus embarcaciones a lo largo del Estrecho de Mesina, con sus botes y lanchones completamente empavesados e iluminados con decenas de lámparas. A las doce en punto se echaron al vuelo las campanas de las casi veinte iglesias que tenía la ciudad y su sonido se entremezclaba con el rumor de campanarios que llegaba desde Reggia Calabria, ubicada al otro lado del estrecho.

Justo a esa hora y siguiendo la antigua costumbre siciliana, toda la familia, incluyendo a los más chicos, se instaló en la terraza del segundo piso de la casa. Allí estábamos María Isabel, su padre, los dos niños, y las dos empleadas de la casa. Todos los mayores teníamos un vaso de vino tinto en la mano izquierda y un racimo de uvas en la derecha. Al dar la medianoche, comimos uva y bebimos vino y luego dimos de comer unos gajos de uva a los niños y les echamos unas gotas de vino en su cabeza. Después los abrazos y la gran fiesta, al ver que el temido cataclismo –que se produciría justo al empezar el año 1900– no llegó.

Estuvimos en total casi un inolvidable mes. La despedida fue más dura que en las dos ocasiones en que había estado allí, pues mi suegro se notaba muy solo y decaído, aunque le insistimos muchos que viajara con nosotros a Chile, pero se negó de plano. Al salir del embarcadero, lo vimos en el muelle despidiéndose con ambas manos. Su imagen se fue empequeñeciendo junto con la de la hermosa ciudad, que jamás volví a ver, ya que antes de ocho años fue completamente destruida por un terrorífico terremoto seguido de un maremoto.

Tras casi un mes de navegación con trasbordo en Buenos Aires, llegamos a Valparaíso, desde donde tomamos el primer tren a Santiago.

Santiago afrancesado

Nos alojamos en el elegante hotel "Bristol", situado en la acera del frente de la Estación Central de Trenes, en Las Delicias. Recorrimos muchos restaurantes que yo había frecuentado antes de partir a la Guerra del 79. A mi mujer y a los niños les causaba mucha gracia lo afrancesado de los mozos, que mal pronunciando el francés, leían los menús, que estaban todos escritos en el idioma galo.

Se estaba viviendo una época de enorme cursilería y nuestro idioma –al menos en lo culinario– estaba siendo destrozado con vocablos franceses e ingleses. Para pedir algo ya nadie respondía si uno llamaba al "mozo", pero llegaban corriendo si se llamaba al "garcôn".

El típico flan ya no se llamaba así, sino que se le denominaba "pudding". Si se deseaba agregar aceitunas a una ensalada el mozo fingía no entender nuestra petición y luego de un rato –haciéndose el francés– exclamaba: "ah, se refiere a las olives".

Lo más patético de nuestro afrancesamiento era cuando en un buen restaurante se deseaba por ejemplo pedir una humeante cazuela de ave. Los "garcônes" se hacían los confundidos si uno pedía el tradicional plato, hasta que luego nos hacían ver que lo que nosotros queríamos era "cazuelá de volailles".

Desde ese momento solíamos disfrutar mucho con los "garcônes" de aindiadas facciones, a los que había que hablarles en pseudo francés para que se interesaran en atendernos.

Como yo hablaba el francés desde mi juventud y lo había perfeccionado en mi viaje a Francia y atendiendo a la gran cantidad de clientes que tenía de esa nacionalidad, comencé a jugar con los empleados, tanto del hotel "Bristol" como de los restaurantes donde ocasionalmente almorzábamos. Lo primero que les decía era: "Mozo venga para acá" y como estaban instruidos para no responder cuando se les llamaba en español, los llamaba diciéndoles: "Garcôn vite. Qu'avez-vous prèt".

El "afrancesado" empleado llegaba corriendo y se quedaba mirando con cara de no entender nada. Entonces yo le decía en francés si había entendido algo y como seguía impávido mirando, le repetía lo mismo en castellano.

"Mire amigo –les decía entonces– no juguemos a los franceses si aquí nadie habla este idioma y le voy a pedir todo en castellano y me va a entender a la

primera, ya que de lo contrario le haré el pedido en francés de verdad". Eso era el santo remedio y así los niños y María Isabel –que no hablaban francés– podían solicitar libremente.

Pasamos casi una semana recorriendo todo el centro, que fue del completo agrado de María Isabel y los niños. Lo que más les gustó fue el mirador del cerro Santa Lucía y los paseos en bote en las lagunas de Parque Cousiño y de la Quinta Normal. El primer domingo de nuestras vacaciones en Santiago fuimos los cuatro al teatro Unión Central de Santiago, que era el único que exhibía cinematógrafo. Ninguno de nosotros había visto jamás una película, ya que era un invento relativamente nuevo y nos extasiamos con la función que duró más o menos una hora. Se trataba de pequeños cortos de escenas cotidianas, como por ejemplo "Las campesinas" que mostraba en cámara rápida a mujeres cortando alcachofas. Otro, de igual factura, se refería a la estación de trenes y a una misa.

En realidad no había libreto ni argumento, solo la vista de estas personas en rápidos movimientos, pero que causaba una tremenda impresión verlas, ya que costaba explicarse como con una máquina se podía hacer tal maravilla. Mientras se exhibían los breves filmes, la presentación era amenizada por un pianista instalado en la parte baja del telón en el que se proyectaban las imágenes.

Días después nos hicimos unas sesiones de fotografía. Individuales para cada uno de nosotros, luego una de los dos niños juntos, otra de María Isabel y yo y finalmente los cuatro juntos. Las fotos las hicimos en el estudio de Esteban Adaro, que estaba en esa fecha ubicado en la calle Agustinas. Con ese mismo fotógrafo me había retratado 18 años antes, cuando regresé a Chile después de la Guerra del 79, vistiendo el uniforme de teniente del Regimiento "Cazadores". Sin embargo en esa época el estudio de Esteban Adaro era más pequeño y se llamaba Fotografía Garreaud, Leblanc y Adaro y estaba en la primera cuadra de la calle de Ahumada. Como yo había perdido esa foto en mi época clandestina después de la Guerra Civil, le pedí que buscara la placa. La encontró en sus archivos y me la obsequió.

Nuestro último paseo en la capital fue a Pirque, para disfrutar de un día de campo y de viaje en tren. Salimos del hotel a media mañana en un carruaje de arriendo hasta la Plaza Pirque (llamada luego Plaza Italia y Plaza Baquedano). Allí abordamos el minúsculo tren –ya que la trocha de su vía no era de más de un metro– de la empresa llamada "Llano del Maipo". Yo no conocía ese tren, ya que había entrado en servicio cuando andaba prófugo de los revolucionarios.

Recuerdo haber leído en su oportunidad en la prensa que este tren constituía la primera fase de un ferrocarril a Argentina, ya que enlazaría en Puente Alto con otra vía que se estaba construyendo por el Cajón del Río Maipo.

En realidad era un interesante paseo, ya que una pequeña locomotora a vapor tiraba un carro de primera, dos carros de segunda y un carro de carga. Las estaciones eran más de veinte y el tren se desplazaba lentamente a través de prolíficos campos y grandes extensiones de viñedos. Se llegaba luego de una hora y media de viaje hasta la estación de Puente Alto, que no era tan ostentosa como la de la Plaza Pirque en Santiago. Sin embargo, el tren luego continuaba por unos minutos su trayecto hacia el sur, hasta llegar a la Villa de Pirque, junto a los cerros. Fue un paseo con almuerzo campestre, siesta en el pasto y juegos con los niños, que se extendió hasta como las cinco de la tarde, cuando tomamos el trencito de regreso a Santiago.

Al día siguiente partimos en el tren longitudinal con destino a nuestra casa de Angol, cuando ya estábamos bien entrados en el mes de marzo de 1900, tras más de cuatro meses de viaje.

Vida de familia

"Conde", que ya tenía cerca de ocho años, se comportó como un cachorro, haciéndoles cabriolas a los niños y a nosotros. "Trompo", que ya debe haber andado por los quince años, llegó cual manso potrillo relinchando y metiendo su hocico entre nosotros, esperando las caricias a que estaba acostumbrado.

Ya los viejos que cuidaban nuestra casa habían dejado de trabajar con nosotros hacía como medio año y teníamos solamente dos empleadas. Elcira de unos cincuenta años y su hija Flor, de unos veinticinco. Ellas no sabían que regresábamos ese día, pero igual estaba todo en completo orden y muy bonito. Como no habían considerado almuerzo para todos, ensillé a "Trompo" y me fui a una carnicería del centro y traje de todo para un buen asado al fogón, el que preparé en el patio y lo disfrutamos bajo el parrón, ya que aún el tiempo estaba muy bueno.

Los dos primeros años del siglo veinte pasaron aceleradamente, con los niños creciendo rápido y llevando una vida muy de familia y apacible en todos los sentidos. Hasta comienzos de 1902 seguí atendiendo mi despacho de abogado en Angol y Temuco, pero en esa época decidí cerrar definitivamente la oficina de Temuco, ya que no me agradaba dejar solos a María Isabel y los niños.

Todos mis hijos se habían criado muy sanos y con una forma de ser que me agradaba mucho. Eran inteligentes, disciplinados y muy respetuosos con todo el mundo. Pero a la vez eran muy traviesos y como aún no asistían a la escuela, disfrutaban mucho jugando en el sitio de nuestra casa, que no obstante ser bastante grande, cada vez se les hacía más estrecho para sus travesuras.

Recuerdo muy bien una tarde –mientras María Isabel había salido a tomar el té donde unas amigas– que los niños se quedaron jugando en el patio y yo redactando una escritura en la oficina que tenía en la casa. De pronto me preocupé al sentir que "Conde" ladraba mucho. Salí al patio y encontré a uno de ellos montado sobre "Conde", al que había puesto un saco harinero a modo de montura y un cordel al cuello como riendas. Como el pobre perro, que ya estaba viejo, se negaba a caminar con su jinete, otro de los chiquillos lo trataba de empujar desde atrás. Mucho los debe haber querido mi noble perro para no haberlos mordido por los inocentes abusos que cometían con él.

Les dije que si querían jugar a los caballos lo hicieran con escobas y que dejaran tranquilo a mi perro. "Conde", agradecido, se fue conmigo a mi oficina y se echó sobre mis pies, como era su costumbre.

Otras veces intentaron navegar sobre un tablón por la acequia que corría junto a la tapia trasera de nuestra quinta. En una ocasión, en la cual el canal traía bastante agua, se echaron a navegar cual improvisados marineros, pero la corriente del agua los empujó con mucha fuerza, uno quedó atascado junto a la pared de adobes por la que salía el canal de nuestra propiedad y el otro continuó su intrépida travesía, atravesando varias quintas más. Corrí hasta la esquina de la manzana y aunque andaba de traje me tuve que meter hasta la cintura en el canal y rescatar los náufragos. Claro que como ese juego se los había prohibido por su peligrosidad, se llevaron unas buenas palmadas en sus traseros.

Así pasaban los días, disfrutando mucho de los niños, que en ningún caso podría calificarlos de terribles, solamente me quedo con el calificativo de "traviesos y osados".

Llega la modernidad

Al comenzar el siglo veinte nuestra ciudad seguía creciendo, pero en menor proporción que Temuco. Éramos como ocho mil habitantes y ya los temuquenses llegaban a casi nueve mil. Las principales calles de Angol, fueron rebautizadas. Lonquimay pasó a llamarse Chorrillos; Cañete, José Francisco Vergara; Boroa, Dieciocho de Septiembre; Catrileo, Covadonga; Tucapel, Prat y la Plaza de Armas recibió el nombre de Benjamín Vicuña Mackenna. Donde teníamos nuestra quinta, el camino Villa Alegre, se siguió denominando igual.

Recuerdo que en 1900, el intendente de Malleco, con sede en Angol, era Alejandro Larenas, con quien mantenía muy buenas relaciones, al igual que con el

doctor Israel Bórquez, director del Hospital, con el juez de letras, Manuel Cortés y con la mayoría de las autoridades y vecinos.

Las heridas y enemistades generadas por la Guerra Civil cicatrizaron rápidamente y en el novecientos manteníamos muy buenas relaciones antiguos y enconados enemigos. Incluso, la familia Bunster me había acogido muy bien y llevaba parte de sus trámites legales. No hay que olvidar que ellos me atacaron muy fuerte cuando estuve a cargo de la Comisión Repartidora de Tierras. Esta buena relación con todos, me llevó a involucrarme en todas las actividades cívicas, correspondiéndome participar en numerosas directivas de sociedades y clubes, a lo cual nunca había estado acostumbrado por mi carácter tan retraído.

Dirigente de sociedades

En 1900, poco después de mi regreso de Europa, tuve la iniciativa de formar la Sociedad Liceo Particular de Niñas, ya que no existía ninguno de esta naturaleza en nuestra provincia. Para ello conté con la inmediata colaboración de Manuel Bunster, Manuel Antonio Jarpa, Javier Arrieta y Nicanor García. Poco tiempo después la sociedad se oficializó quedando yo como vicepresidente y a mediados de ese año el liceo se hizo una realidad, cuando se iniciaron las clases con una matrícula de cien niñas, divididas en dos cursos de preparatorias y un curso de primero de humanidades. Contratamos como directora a la maestra Hilda Kolboch, a quien trajimos desde Concepción.

Paralelo al trabajo que efectuaba en la dirección del liceo femenino, fui invitado por el intendente a reorganizar el otrora famoso Club Social de Angol, que estaba agonizando. Acepté la invitación y me di de lleno a la tarea de redactar los nuevos estatutos de la sociedad y a conversar con los vecinos más influyentes para que pudiéramos reflotar este centro de la política, la charla y el fino esparcimiento. Antes que terminara el año 1900 ya teníamos el club como nuevo, siendo elegido yo su presidente. Me acompañaban en la directiva José Antonio Soto, Vicente Romero, Luis Klapp y Antonio Kind. Lo más importante, teníamos ya una plantilla de un centenar de socios, lo que hacía viable el buen funcionamiento del Club por muchos años.

A comienzos de 1901, impulsado por mi mujer, presenté ante una reunión de vecinos la idea de formar la Liga Protectora de Estudiantes Pobres, que permitiera apoyar a los niños de los arrabales de nuestra ciudad y de los campos vecinos para que fueran matriculados en las escuelas. Además esta liga debería encargarse de

dotarlos de los útiles, vestuario y alimentación. Aunque me costó bastante poner en marcha la idea, pronto ésta fue prendiendo entre algunos buenos vecinos y en marzo de 1901 tuve redactados los estatutos y se procedió a la elección. Fui elegido presidente. Como vicepresidentes, el párroco, padre Juan de Dios y Manuel Bunster Villagra. A cargo de la tesorería quedó Ricardo Núñez, quien se encargaría de cobrar las cuotas mensuales a los aproximadamente doscientos socios cooperadores que formalizaron su apoyo a la iniciativa. Al año siguiente, nuestra liga atendía ya a más de trescientos niños anualmente.

En mayo de 1901 fui designado administrador general del hospital, que no era un empleo sino que un nombramiento ad honorem y que implicaba velar por la obtención de todos los recursos que se requerían para el funcionamiento del centro, que estaba ubicado al norte de la Plaza Vicuña Mackenna. El cargo lo ejercía Manuel Bunster Villagra, quien renunció a fines de abril por diversos problemas que tuvo con el director del hospital, el doctor Israel Bórquez. Ya estaba listo y financiado el proyecto de construir un segundo piso, para crear allí cuatro salas de hospitalizados y dormitorios para las monjas de la Inmaculada Concepción que eran las encargadas de los cuidados de los enfermos.

En febrero de 1902 ya tenía terminadas las nuevas obras y fueron inauguradas con la asistencia de todas las autoridades de la ciudad. Ejercí este cargo hasta septiembre, cuando fui designado intendente de la Provincia de Cautín.

En enero de 1902 el país vivía una grave situación limítrofe con Argentina, razón por la cual se había ordenado la re instrucción de las reservas –como se llamaba ahora a la antigua Guardia Nacional– y se ordenó fomentar el deporte del tiro, a fin de tener bien entrenados a los ex soldados. El intendente Larenas me llamó una tarde y me dio a conocer estas instrucciones, diciéndome que ya se disponía del terreno y que el regimiento debía proporcionar los instructores, armas y municiones.

"Pero falta organizarlo todo pues José Miguel y creo que cuento contigo", me dijo. Me metí en esta nueva tarea, estudiando los reglamentos que habían enviado de Santiago y en pocas semanas tenía organizado el Club de Tiro de Angol y yo convertido en su presidente.

En 1903 –a mi regreso de Temuco y luego de tristes sucesos que me afectaron– organicé la creación de la Sociedad Filarmónica de Angol. Como presidente fue electo Luis Cortés, como vicepresidentes, Agustín Oliva, Aníbal Salvatierra, Guillermo Piola y Eugenio Vidaurre. A mí me correspondió el puesto de tesorero.

Se va "Conde"

A fines de diciembre de 1902, tenía un escrito urgente que redactar, ya que debía presentarlo en el Juzgado de Letras a la mañana siguiente. Los niños ya habían cenado y María Isabel los estaba acostando.

Estaba esperando que ella se desocupara de ese trámite para luego cenar juntos. Aprovechando los minutos, escribía en el escritorio de mi despacho en la parte posterior de la casa. "Conde", como lo hacía desde que era un cachorrito, con sus cuarenta y tantos kilos de peso, se echó bajo el escritorio, con parte de su lomo sobre mis botines. Cada cierto rato empezaba a golpear mis piernas con su cola. Era su señal de siempre para que le acariciara la cabeza y el cuello.

Lo acaricié muchas veces y él me devolvía estos cariños con grandes muestras de afecto expresadas en lengüetazos en mis manos, hasta que de nuevo se durmió. Al poco rato entró María Isabel, para invitarme a cenar. Al tratar de ponerme de pie "Conde" no se movió. Ante eso saqué mis zapatos desde debajo de su lomo y empecé a pasarle los pies por encima para que despertara. Sin embargo no lo hizo. Había muerto tranquilamente, al lado de su amo. No me pude resistir y comencé a llorar y a acariciarlo.

No podía olvidar lo que me había cuidado en mis horas más terribles. Cuando me lamía con infinita ternura estando imposibilitado por mi herida de guerra y escondido de los que me perseguían.

María Isabel –que lo quería mucho– también se puso a llorar y a hacerle cariño en su pelaje negro con manchas amarillas. A nuestros sollozos llegaron los niños –que habían compartido con él desde siempre– y se sumaron a nuestra tristeza. Los chicos se vistieron y me ayudaron a excavar una tumba en el patio. Los tres hicimos el hoyo, mientras María Isabel y Elcira nos alumbraban con lámparas de parafina. Cuando depositamos el cuerpo de "Conde" en su fosa, los niños cortaron a ciegas algunas flores y las lanzaron sobre su cuerpo, antes de que comenzáramos a cubrirlo con tierra.

Al día siguiente al volver del trabajo, me sentí muy extraño, ya que era la primera vez –en más de una década– que volvía a casa sin que este enorme y fiel perrazo saliera a la carrera a ensuciarme con sus patas en señal de alegría. Este ceremonial lo había repetido en Santiago, El Paico, Cauquenes, Temuco y en Angol, en todas las partes en que juntos vivimos.

Sin saber por qué caminé hasta el fondo del sitio, donde lo habíamos enterrado la noche anterior y me encontré con la sorpresa que sobre el hoyo había una tremenda ruma de grandes piedras con una cruz de madera a medio hacer y una

leyenda escrita con carbón que decía: "Aquí yace Conde". Bajo las piedras había unas cuatro velas encendidas. En eso se aproximaron María Isabel y los niños. Ella me dijo que los había dejado porque consideraba que prohibírselo era peor. Uno de ellos me dijo, "pero si no tiene nada de malo, así se hace con los finados" y me aprovechó de contar que el letrero lo había tenido que hacer la mamá, ya que ellos aún no sabían escribir bien.

Intendente de Temuco

Siendo Presidente de la República don Germán Riesco, fui designado como su intendente en la Provincia de Cautín. Sin habérmelo propuesto y sin padrinos de por medio, excepto las recomendaciones del intendente Larenas de Malleco, el primer mandatario me confió la conducción de tan importante provincia, por el plazo de un año.

Jamás me habría imaginado, luego de mi abrupta caída tras la Guerra Civil, que algún día volvería a ocupar un cargo de tanta importancia. Acepté el nombramiento y concurrí a La Moneda en septiembre de 1902 para recibir el decreto que me confería el cargo. El Presidente fue muy escueto y me dijo que tenía muy buenas referencias mías por todo el trabajo altruista que había realizado en Angol y por mi capacidad de abogado.

Diciéndome un simple "espero que aquí también lo haga bien", me estrechó la mano y dio por terminada la reunión. De inmediato volví a mi casa de Angol y conversé con María Isabel los pormenores de lo que haríamos. Ella se negó a dejar su casa diciéndome que prefería que los niños siguieran viviendo en esta ciudad, ya que ella tenía muy malos recuerdos de Temuco. Coincidía que en septiembre, ambos niños comenzaban a asistir al Liceo de Hombres de Angol, cuyo director era un gran amigo mío, el profesor Ricardo Muñoz.

De esta forma inicié una vida que poco o nada me gustó, cargada de malos presentimientos y varias veces estuve por desistir de esta nueva empresa. Trataba de pasar los fines de semana en la casa de Angol y los lunes tomaba el tren para Temuco y había veces que me arrancaba por una noche a mi casa durante la semana.

No tengo buenos recuerdos de ese tiempo de intendente, ya que la ciudad de Temuco nunca me había gustado y no me sentía parte de ella. Siempre me imaginaba que muy distinta hubiese sido mi disposición si el cargo lo hubiera desempeñado en Malleco, tierra que sí quería mucho.

Aún persistía esa clase alta de hacendados que hacían crecer sus tierras mediante malas artes. Eran los mismos con que había sostenido duros enfrentamientos cuando estaba a cargo de la Comisión Repartidora de Tierras.

Sin embargo traté de hacerlo lo mejor posible e impulsé variadas obras de adelanto, consiguiendo la aprobación de fondos para la construcción del Mercado de Temuco, para reemplazar a la antigua recova, que era insalubre e insuficiente para atender las necesidades de la creciente población. Sin embargo los fondos nunca fueron efectivamente liberados y los planos durmieron por más de dos décadas en los estantes de la intendencia antes que la obra se pudiera hacer realidad.

Tuve que afrontar un grave problema, que se generó a pocas semanas de mi llegada al cargo, consistente en la usurpación de una vasta extensión de tierras indígenas en el Lago Budi, que hizo el colono español Eleuterio Domínguez. Este colono tomó posesión ilegal de las tierras costeras al lago pertenecientes al cacique Pedro Painen.

No satisfecho con expulsar a los legítimos propietarios de la tierra, Domínguez construyó un embarcadero y bautizó el lugar como "Puerto Domínguez". Contó con el beneplácito del gobernador de Imperial, quien con su presencia dio un cariz legal a la fiesta de fundación de "Puerto Domínguez".

Informé de esta situación al ministro del Interior, indicándole que había dispuesto que una unidad de caballería se dirigiera en los próximos días a proceder al desalojo de este usurpador y de sus seguidores, que eran alrededor de treinta hombres con sus familias. Mi telegrama fue contestado de inmediato y decía: "Trate de mantener la situación como está. No agite más los ánimos y no haga nada hasta recibir nuevas instrucciones".

Como no quedé satisfecho con esta orden, insistí en dos o tres ocasiones más, pero las respuestas eran todas del mismo tenor: "es preferible que no haga nada al respecto".

Debí hacer vista gorda de tan grave usurpación y me dediqué –de malas ganas por supuesto– a otras obligaciones que tenía como intendente, entre ellas la supervisión de las obras del ferrocarril de Pitrufquén a Loncoche.

También impulsé las comunicaciones hacia los pueblitos de San Patricio y Cherquenco, dictando el decreto que creaba el pueblo de Vilcún. Junto con esto solicité al gobierno, obteniendo respuesta positiva, la construcción de un ramal ferroviario al nuevo poblado, para que tuviera buenas y permanentes comunicaciones con todo el territorio.

Sin embargo, desde comienzos del invierno María Isabel se sentía decaída y había adelgazado bastante. El doctor Bórquez dio diversos diagnósticos y tratamientos, pero solamente tuvo recuperaciones pasajeras.

Ello me llevó a fines de agosto de 1903 a anunciarle al Presidente de la República que no estaba dispuesto para un nuevo período por razones familiares. El cargo se lo entregué en septiembre de ese año a Temístocles Urrutia, a quién había conocido en la Guerra del Pacífico como capitán del "Granaderos" y que combatió defendiendo a Balmaceda con el grado de Coronel. A esa fecha ejercía el cargo de jefe de la Inspección General de Colonización, donde se mantuvo por veinte años más.

Tiempos para olvidar

Los niños se alegraron mucho que yo me quedara definitivamente con ellos en Angol, pero en realidad en esos momentos mi preocupación era otra: la salud de mi mujer.

A instancias del doctor Israel Bórquez viajé con María Isabel al hospital San Francisco de Borja de Santiago, donde le hicieron diversos exámenes y se decidió dejarla internada en el pensionado. Era la última semana de septiembre de 1903. Después de varios días de incertidumbre, los médicos determinaron que sufría de varios tumores y que aconsejaban tratamientos naturistas, ya que la medicina nada más podía hacer.

Intentamos varios en Santiago, pero sin ningún resultado. Ante ello resolvimos regresar a Angol, para estar juntos con los niños y acordándome de la madre de Acevedo, me fui a ubicarla a Cauquenes, más bien dicho a Monteflor, sin saber aún si vivía o no esta buena señora que fue quién me sanó definitivamente de mi herida. Los encontré en la misma casa en que había estado diez años antes. Mi amigo Acevedo se ofreció para acompañarla y así ambos viajaron conmigo al día siguiente en tren con destino a Angol.

María Isabel ya no tenía fuerzas para levantarse y estaba en los huesos y la madre de Acevedo le hizo cataplasmas de barros especiales, chupones con velas y le dio de beber muchas infusiones. Al cabo de cuatro o cinco días, me dijo que no había nada que hacer y que la voluntad de Dios era llevársela. Entonces me dejó una serie de hierbas y las instrucciones de cómo prepararlas y administrárselas.

Aunque había sido desahuciada, igual volví con ella a Santiago recorriendo diversas consultas médicas. Me dijeron que quién más sabía de esto era el doctor Lucas Sierra, quien se había perfeccionado en cirugía en Francia y había hecho las

primeras operaciones de extirpación de vesículas y tumores estomacales. Ubiqué al doctor Sierra en su consulta del hospital San Francisco de Borja.

Hasta el momento y pese a todo, yo nunca había perdido las esperanzas, aunque desde el comienzo de sus malestares sentí un pálpito negativo. El prestigioso médico internó a María Isabel durante dos o tres días para examinarla convenientemente. Durante todo ese tiempo siempre permanecí allí –de día y de noche– acompañándola.

Aunque estaba preparado para todo, me sentí demolido cuando al culminar todos los exámenes, el médico me llamó a su despacho y me dijo que ni en Europa podrían curarla, ya que tenía grandes tumores en el páncreas, y vesícula. Agregó que le restaban pocos días de vida.

Cuando salimos del hospital, ella me pidió que la llevara al cerro Santa Lucía, al mirador que tanto le había gustado. Como se hallaba tan débil subimos en un coche de alquiler. Mientras contemplábamos la ciudad, le dije que el médico había dado un diagnóstico grave y ella me dijo que sabía que se iba a ir muy pronto y que me pedía que volviéramos luego a Angol para estar con los niños. Ante esto regresamos a nuestra ciudad en un coche dormitorio de primera, para que el largo viaje fuera lo menos mortificante para ella.

Apenas volvimos retomamos el tratamiento dejado por la madre de Acevedo, interrumpido durante el viaje, ya que le calmaba los dolores que sufría. Siguió deshaciéndose rápidamente y antes de terminar noviembre estaba convertida en un atadito de huesos, como decía Elcira.

Un par de meses antes, cuando recién se descubrió lo maligno de su enfermedad, le escribí a su padre, pidiéndole que viajara y que yo me hacía cargo de todos los gastos, pero él me respondió que la gota lo tenía completamente imposibilitado. Sin embargo, ante lo grave de la situación, volví a solicitarle lo mismo, pero su respuesta –que era la misma de antes– llegó cuando yo ya estaba solo.

El último día de la primavera de 1903, a las nueve de la mañana, María Isabel dejó de existir, a los treinta y cuatro años de edad, después de nueve años de dichoso matrimonio. Y así, de golpe y porrazo, me quedé solo con dos chicuelos que recién estaban comenzando su educación.

Para evitar que la pena me consumiera, ocupé todos mis minutos y mis fuerzas en educar y querer a los niños y fomentarles un lindo recuerdo de su madre y también a trabajar mucho. La melancolía la trataba de suplir con recuerdos y extrañaba mucho las lindas melodías que todas las tardes llenaban nuestro hogar, cuando María Isabel tocaba el piano.

La carencia de ella se expresaba en casi todas las cosas, pero con mucha fuerza en la inexistencia de su música. Quizá esa fue la razón que unas cuantas semanas

después, haciendo grandes esfuerzos, comencé a hacer realidad lo que Isabel siempre anhelaba… crear una Sociedad Filarmónica. Y así lo hice, como un homenaje a ella.

Nuestra vida se volvió difícil –no en lo económico– ya que el vacío dejado por su madre estaba poniendo a los niños taciturnos y llorones. Luché mucho contra ello y, aunque eran muy pequeños, comencé a relatarles mis desventuras y de cómo me había sobrepuesto siempre a ellas, partiendo de mi orfandad de padre y madre. "Ustedes, por lo menos, tienen un padre que aunque viejo no piensa morirse por lo menos hasta después de hacer maldades con los nietos", les decía yo frecuentemente.

Empezamos a dar frecuentes paseos a caballo, estudiábamos juntos, les ayudaba en sus deberes y les fui inculcando paulatinamente el temple necesario para superar la gran pena. Cuando se ponían muy pensativos o tristes, yo les decía: "Vamos a jugar y hacer maldades, porque eso le gustaba a su mamá. Ella siempre se andaba riendo y le agradaba verlos contentos y así quiere seguir viéndonos desde el cielo".

Y aunque estuviera triste y cansado, los tomaba y me los llevaba al patio y organizábamos luchas, juegos y competencias hasta que comenzaban a estallar espontáneamente sus risas.

Creo que –intuitivamente– lo hice bien, ya que fueron creciendo sanos de cuerpo y mente y en esto me ayudó mucho Elcira, que los quería y cuidaba como si fueran sus nietos.

Campo para los Acevedo

Cuando ya estábamos viviendo el verano de 1904 los niños me preguntaron que sería de esa viejita que le daba remedios a la mamá. En ese momento me acordé de los Acevedo y también tomé conciencia que los había hecho venir a Angol para intentar curar a mi mujer y que con las tremendas preocupaciones y pena que me embargaban en esos momentos, nunca les agradecí como merecían todos los sacrificios.

Les dije que la iríamos a ver la semana siguiente. Así lo hicimos. Junto a los niños tomamos un tren muy de mañana y a media tarde estábamos llegando en un coche de alquiler a Monteflor.

Mi idea era estar con ellos pero alojándonos en Cauquenes. Pero fueron tantas las invitaciones, los ruegos y los gestos de cariño, que terminamos pernoctando en la humilde casa de los Acevedo, que no era de ellos por lo demás, ya que mi

antiguo soldado era inquilino del fundo. Los niños, con su inocencia, conversaban de lo pobre y desordenada que era la casa, pero yo les pedí que eso no lo dijeran delante de ellos, ya que sería una ofensa para gente tan buena.

Le pregunté a Acevedo si estaría dispuesto a irse de la zona de Cauquenes. Me dijo que sí, pero a la única parte que se iría sería para el lado de Valdivia, porque a mitad de año había ido para allá a comprar animales con su patrón y la zona lo había dejado maravillado. Su anciana madre dijo que a ella también le gustaría irse para allá, porque según había escuchado las vacas se criaban gordas y pacientes, ya que el pasto lo tenían al lado durante todo el año.

Después de dos días regresamos con los niños a Angol. Como una semana después tomé el tren hasta Loncoche –también acompañado de los niños– y desde allí seguimos en carruaje hasta Valdivia. A mí también me gustó mucho la ciudad, que era bella, ordenada y con ese majestuoso río plagado de vapores.

Hice las averiguaciones y logré encontrar un campito que estaba a la venta en la zona de Las Ánimas. Eran veinticinco hectáreas con una buena casa de unos diez años y muy bien mantenida. Además, el campo lo vendían "a puertas cerradas" con cincuenta vacas, cinco caballos y un centenar de ovejas. Cerré el trato dejando un depósito en la notaría y quedando de regresar en diez días a escriturar la compra. Antes de una semana estábamos de regreso en ese campo con los dos niños, Acevedo, su mujer, sus tres hijos y su madre.

Lloraban de emoción cuando les mostré el campo y decían que nunca siquiera habían soñado con ser dueños de un pedazo de tierra y ahora eran patrones. Acevedo y su madre se abrazaban de mí empapándome con sus lágrimas de gratitud.

Hicimos todos los trámites y el predio quedó inscrito a nombre de Acevedo, mediante un "compra para" y ya en febrero –cuando fuimos nuevamente con los niños– estaban dichosos viviendo en ese lindo campo.

Al regreso de nuestra primera visita a la tierra de los Acevedo, sentía una profunda alegría, ya que Dios me había dado los medios para poder agradecer a una familia que tanto había hecho por nosotros. En el trayecto en tren desde Loncoche a Angol, uno de los niños me dijo "¿Vio papá como le pusieron al campo?". Yo le respondí que no me había percatado que tuviera nombre. "El letrero sobre el portón decía Santa Isabel y yo creo que le pusieron así por la mamá", me dijo. Y así había sido, según comprobé tiempo después.

Desmilitarización de Angol

La vida seguía en nuestra ciudad, que ya había llegado a los momentos más altos de su crecimiento y comenzaba a estancarse.

Uno de los factores que llevaron a detener el crecimiento de la ciudad fue la desmilitarización de Angol, derivada de los cambios de políticas militares del gobierno. El intendente Larenas luchó mucho para evitar que Angol dejara de ser la sede de la Comandancia de la Cuarta Zona del Ejército, que estaba al mando del general José Ignacio López. Con ello trataba de evitar que la ciudad siguiera perdiendo importancia en relación a Temuco, que continuaba creciendo.

El hecho que se fuera el general a cargo de las fuerzas de la zona con su estado mayor, cuartel general y muchas unidades, implicaba pérdidas en muchos aspectos, fundamentalmente económicos. Las fuerzas militares, que eran parte importante del desenvolvimiento de la ciudad fueron desplazadas a otras ciudades, tanto hacia Temuco, como a San Fernando y Santiago.

Al mando de la Comandancia Militar de Angol quedó el coronel Roberto Silva Renard y las fuerzas que dependían de él eran el "Regimiento Granaderos", un escuadrón del "Cazadores" y el "Regimiento Guías", que fue disuelto meses después. Sin embargo el "Granaderos", por el cual guardaba un especial afecto, se fue en junio de 1903 a la ciudad de Temuco, regresando a nuestra ciudad en diciembre del mismo año, donde siguió de guarnición hasta el año 1905.

En 1905 el "Granaderos" fue trasladado a Iquique y desde ese puerto nortino regresó a Angol –en su reemplazo– el "Húsares", que bien recuerdo volvió al mando del comandante Rojas.

Esta desmilitarización de Angol afectaba mucho a la ciudadanía, desde los más humildes hasta los más pudientes, porque por casi medio siglo la ciudad funcionó y giró en tornos a los militares. Hay que recordar que el Angol surgido durante la Pacificación de La Araucanía, lo hizo en torno a un fuerte y esa mentalidad perduró en los angolinos.

Temporal de 1904

Nuestra vida transcurrió en forma lo más parecida a la normal. Los niños aprendían vertiginosamente todas sus materias y yo continuaba dedicado a ellos, a mi actividad profesional y a la dirección de sociedades.

En 1904, llovió sin cesar desde la segunda semana de abril hasta fines de junio de ese año. Fue un verdadero diluvio que provocó una gigantesca crecida de los ríos, incluyendo el Vergara.

No recuerdo bien si fue a finales de junio o comienzos de julio, que la lluvia arreció de una forma tal que parecía que los techos se iban a romper. A las pocas horas las aguas se desbordaron con una furia increíble, superando la gran inundación de julio de 1899. El puente Huequén cedió a las fuerza de las aguas y se fue río abajo completo, quedando atravesado en el cauce a unas tres cuadras de su ubicación. El molino de los Bunster fue arrasado por completo y la encrespada corriente arrastraba miles de sacos de harina que estaban en las bodegas, que fueron descuartizadas por la furia de la corriente. El Liceo de Hombres, situado a unos cincuenta metros del molino, fue anegado completamente, quedando visibles solamente las parte más altas de sus techos.

Otras construcciones como la Cárcel Pública, vieron destrozados sus muros, lo que provocó la fuga de casi la mitad de los reclusos, la mayoría de ellos bandidos de alta peligrosidad. El cuartel del "Granaderos" también quedó inhabilitado y en medio de la oscuridad los soldados debieron hacer grandes esfuerzos para sacar de las pesebreras los casi cuatrocientos caballos que allí se encontraban, llevándolos hasta el cuartel del "Destacamento de Ingenieros Arauco", que por resultar indemne, sirvió de albergue para los cientos y cientos de vecinos que vieron sus casas dañadas o simplemente destrozadas por la furia de los cauces desbordados.

Además quedamos aislados de Santiago, ya que si bien el viaducto del Malleco soportó en excelente forma el embate de las crecidas, no pasó lo mismo con sus terraplenes, que se desmoronaron dejando el puente separado de las orillas por espacio de casi treinta metros.

Nuestra casa sufrió daños menores y como los colegios suspendieron sus clases, junto con los niños nos dedicamos a ayudar a la gente más pobre. Arrendamos una plataforma de cuatro ruedas tirada por dos caballos, denominada golondrina, en la que todos los días salíamos hacia los albergues llevando comida caliente. Pese a su edad, ambos niños se tomaron con mucha seriedad esta tarea y ya a las diez de la mañana andaban con su "ropa de campaña" –como yo le decía– preguntando a qué hora saldríamos a repartir el almuerzo.

Los daños causados por el temporal tardaron más de un año en ser reparados y hubo familias que lo perdieron todo y debieron partir nuevamente de cero.

Adelantos en la ciudad

Junto con ser reparados los principales perjuicios causados por las inundaciones, a contar de 1905 se empezaron a realizar diversos adelantos, bajo la dirección del alcalde Segundo Oliva. Estas obras de remozamiento se enmarcaban en los preparativos para la celebración del Primer Centenario de la Independencia en 1910.

Entre otros recuerdo el embaldosamiento de las veredas de las calles principales del centro y de la plaza, la instalación de una oficina de telégrafo comercial, una oficina telefónica fiscal, encargada de los servicios de teléfonos que tenían la Municipalidad, la Cárcel, la Intendencia y algunos vecinos. Esto incluyó dos teléfonos para uso del público, que fueron instalados en cabinas de madera en comercios del centro.

Por ese tiempo comenzó a funcionar el servicio de agua potable, del que fui uno de los primeros cien suscriptores. Nos parecía una maravilla poder abrir un grifo en el interior de la cocina o de la sala de baño, del que saliera agua limpia, que luego escurría por otros caños hasta las alcantarillas.

Hubo, por esos años, muchos proyectos para instalar alumbrado público eléctrico, pero al ser imposible por los altos costos que ello significaba, se optó por dotar a la ciudad de nuevas luminarias que reemplazaran a los faroles de parafina que se habían puesto a poco de ser refundado Angol. Se colocaron faroles con gas acetileno, que daban una luz bastante mejor que la de los coloniales focos a que estábamos acostumbrados. Asimismo, se hicieron instalaciones de gas acetileno en todos los edificios públicos y cuarteles y se ofreció tal posibilidad a algunos vecinos. Yo no tuve el privilegio de contar con esa iluminación en mi casa, ya que estaba demasiado retirada del casco céntrico, que cubría esta primitiva red de gas.

Sin embargo, este alumbrado de gas no alcanzó a masificarse en lo que se refiere a alumbrado público, ya que unos meses después la municipalidad inició la instalación de alumbrado público con un sistema revolucionario para la época, que se denominaba "Lux". Consistía en treinta faroles alimentados por kerosene, que en vez de una mecha tenían una camisa incandescente, que daba una luz poderosa y de tono azulado. Se instalaron dos faroles "Lux" por cuadra y durante meses fue la novedad absoluta y la gente salía a recorrer las calles de noche para comprobar el maravilloso alumbrado de nuestra ciudad.

Muere un héroe anónimo

Por esos años falleció un ex soldado, con el cual había trabado una especial amistad, no obstante las diferencias de grado que teníamos. Se trataba del sargento primero Justo Urrutia, con quien nos hicimos amigos poco después de que llegué destinado al "Húsares", en 1885.

El sargento Urrutia había vuelto a Angol casi por la misma fecha, formando parte del "Segundo de Línea", que retornó a su ciudad de origen al término de la Guerra del 79. Urrutia fue licenciado apenas el regimiento llegó a Angol, pero con la prerrogativa de poder seguir percibiendo su sueldo y el uso permanente de su uniforme.

En sus visitas al "Húsares" yo lo atendía muy bien y lo invitaba a un café o a un trago, según fuera la hora. Así fuimos manteniendo una relación que se transformó en amistad con el correr de los años, no obstante que llegó el tiempo en que yo ya era teniente coronel y el sargento primero.

Justo Urrutia era el único sobreviviente de los ocho escoltas del Estandarte del "Segundo de Línea", que fueron cayendo uno a uno bajo las balas enemigas en la batalla de Tarapacá. Fue el último que sostuvo la coronela, cuando el portaestandarte y los otros siete escoltas ya habían muerto. Siguió llevando en alto la insignia del "Segundo de Línea", hasta que cayó alcanzado por siete balazos. Fue sólo entonces que el estandarte pasó a ser trofeo de guerra en manos enemigas, aunque fue recuperado posteriormente en Tacna.

Este militar fue trasladado casi en calidad de moribundo hasta Santa Catalina, donde fue intervenido por los cirujanos y pensando que moriría en las horas siguientes no lo enviaron en el tren a Pisagua para ser embarcado hacia los hospitales de Valparaíso, dándole así la prioridad a otros heridos con más posibilidades de sobrevivencia.

Sin embargo, recuperó la conciencia y empezó a sanar poco a poco de sus heridas, ante lo cual los médicos lo despacharon a Valparaíso. En pocos meses estaba absolutamente recuperado de las graves lesiones y de vuelta en el "Segundo de Línea", en el que continuó la campaña hasta el final de la guerra.

Visita del Presidente Montt

Otro de los recuerdos de esa época se remonta a fines de 1907 o comienzos de 1908, cuando el Presidente Pedro Montt visitó nuestra ciudad, anunciando dos importantes obras, entre ellas nuevos edificios para la intendencia y el liceo de hombres y la creación de una escuela normal para la formación de profesoras.

Me correspondió trabajar activamente en los preparativos para la recepción del Presidente Montt. Mientras otros vecinos se encargaban de los arcos de triunfo, el intendente Larenas me encomendó la cena que le brindaríamos en el Club Social.

Fue una velada magnífica, con música a cargo de las bandas de los regimientos "Miraflores" y "Húsares", que culminó cerca de la medianoche. De allí el Presidente regresaba a Santiago y en el recorrido que hizo desde el Club Social a la estación fue escoltado por una compañía del "Húsares" y seguido por cientos de personas que se iluminaron con antorchas.

Cataclismo en Mesina

Poco después de la visita del Presidente Montt, me enteré por un diario que un terrible cataclismo se había registrado en Mesina. La ciudad fue sacudida por un terremoto casi tan devastador como el que en 1906 había destruido Valparaíso. Como media hora después, mientras los aterrorizados pobladores trataban de rescatar de entre las ruinas los heridos y algunos enseres, vino un maremoto, y una furiosa ola de más de ocho metros de altura pasó por casi toda la ciudad. Prácticamente no quedó nada en pie y los muertos fueron miles.

Hice muchas gestiones, a través de cartas a Reggia Calabria y a Roma, como también al Ministerio de Relaciones Exteriores, pero la única respuesta que recibí fue la de nuestra cancillería, en la que me informaban que mi suegro había dejado de ser cónsul en 1906 y que no habían obtenido ninguna información de él. Meses más tarde, a través de uno de mis cuñados de Roma, supe que don Federico había sido una de las miles de víctimas del cataclismo.

Fue entonces que me recordé cuando pasamos en Mesina la noche de Año Nuevo de 1899 al 1900 y la gente oraba en las iglesias pidiendo que no se concretara la profecía de que jamás llegarían al siglo veinte porque segundos antes la ciudad sería arrasada. En realidad no pasó nada con la llegada del nuevo siglo, pero sí ocho años después.

El incendio de Temuco

Y hablando de grandes catástrofes, recuerdo claramente la sucedida el 18 de enero de 1908, cuando ardió la mitad de la ciudad de Temuco. La recuerdo perfectamente, ya que por esos días yo debía viajar a esa ciudad a reunirme con el alcalde Pedro Aracena, por el saneamiento legal de un campo de su propiedad.

Habíamos quedado de encontrarnos a las cinco de la tarde del día 20, ya que en la mañana él tenía que asistir a la ceremonia del triunfo de Yungay. Sin embargo el día 19 me enteré que más de veinticinco manzanas de la ciudad habían ardido como paja seca, debido a un incendio que se originó en el hotel que estaba dos cuadras al oriente de la Plaza.

Traté de telegrafiar al alcalde para preguntarle si igual debía asistir, pero no recibí ninguna respuesta. No queriendo faltar a mi compromiso tomé el tren y partí hacia Temuco. Faltaban aún cinco kilómetros para llegar a la ciudad y ya se percibía el olor a quemado que arrastraba la suave brisa de verano.

Al llegar a la ciudad el aspecto era desolador, aunque no recuerdo la cantidad de víctimas, escuchando eso sí que "no habían sido casi nada para la magnitud de la tragedia". De esta manera pasaron los años y ya toda la gente, por este tiempo, andaba pendiente de las grandes celebraciones que se anunciaban para el Primer Centenario.

CAPÍTULO 24
LAS CELEBRACIONES DEL CENTENARIO

Angol celebra en octubre

Al comenzar 1910 todas las ciudades de Chile se acicalaban para celebrar el primer siglo de vida independiente de Chile, con diversos actos que se prolongarían desde el 1 al 30 de septiembre.

Creo que Angol era la única ciudad en la cual la celebración del Centenario se había programado para octubre. La razón era que Angol siendo una ciudad de raigambre militar, en la cual no se concebía ningún acto sin la presencia de las tropas, no tendría ningún militar para esos días.

La razón era que a esa fecha la única unidad militar de Angol era el "Regimiento Húsares", que había vuelto de Iquique en 1905. Pero como a esta unidad se le consideraba heredera de los "Húsares de la Muerte" del coronel Manuel Rodríguez, el gobierno dispuso que debía formar en el gran acto de Santiago, junto con los otros regimientos que habían surgido en nuestra Independencia. Yo estaba pensando ir a ver los festejos a Santiago, lo cual ya lo había conversado con los muchachos, que se entusiasmaron mucho.

A mediados de agosto me llegó una carta del Comité Organizador, invitándome a participar en el desfile de los Veteranos del 79, que se llevaría a efecto en Santiago, ante todas las autoridades nacionales y extranjeras.

Me costó un poco decidirme, ya que aunque a esas alturas mantenía buenas relaciones con los militares, nunca más había querido involucrarme en sus actividades, excepto algunas muy esporádicas en los círculos de Oficiales Veteranos del 79.

Aunque me habían restituido mi grado de teniente coronel y mi pensión, persistía mi desilusión y ello me había llevado a mantener una sana distancia, pensando siempre en la ingratitud del Estado con los veteranos de guerra.

Esta actitud no la mantenía por mi caso personal, ya que me consideraba privilegiado en comparación con los miles de ex combatientes que vivían sumidos en la más absoluta miseria, por la desidia de las autoridades. Ya habían pasado más de veinticinco años desde el término de la Guerra del Pacífico y miles de

ex soldados, que lo habían dado todo por el Ejército y por Chile, seguían tras la quimera de una mísera pensión de guerra.

Viejos, pobres, enfermos, muchos de ellos inválidos, trataban de subsistir en los oficios más humildes, trabajando seis días completos a la semana por unas pocas monedas. Distinta hubiese sido su suerte si Chile les hubiese dado solamente lo que les correspondía. Eran los civiles de los que siempre hablaba a quien me quisiera escuchar. Sin ellos el Ejército habría sido la nada misma frente a las fuerzas peruanas y bolivianas, pero con estos civiles que respondieron como leones se había conformado el ejército más poderoso de América.

Sin embargo, a instancias de mis hijos, acepté la invitación y me inscribí para participar en el acto, que se haría en el Parque Cousiño.

Hacía exactamente diecinueve años que había abandonado el Ejército y no había participado en ningún acto militar de los tantos que se habían realizado en todo ese tiempo. Como los oficiales podíamos usar uniforme, tomé contacto con el sastre del "Húsares" y luego de tomarme las medidas, me pidió que volviera en una semana.

Me había hecho el uniforme exactamente como el que usaba el "Granaderos" en el tiempo de la Guerra del 79, a diferencia de mis insignias y grados, que eran de teniente coronel. No consideré necesario que me hicieran botas como las de la época y adquirí unas botas de oficial de caballería que eran muy similares a algunas que se usaron en esos lejanos tiempos.

Me sentí muy raro vestido nuevamente de uniforme y a los pocos días ya tenía cinturón, tiros y un sable de oficial de caballería Chatellerault, casi igual al mío. Como había botado todas mis medallas después de la Guerra Civil, me dio bastante trabajo encontrar algunas, que finalmente adquirí a un comerciante de Concepción, que se las había canjeado por mercadería a un empobrecido ex oficial.

Así, en medio de la novedad y alegría de mis hijos, ya tenía todo listo para la gran parada del 18 de septiembre de 1910. Ellos estaban mucho más entusiasmados que yo en este asunto y comentaban que no veían las horas de ver a su padre –al que conocían como un apacible abogado– vestido de oficial de la Guerra del 79.

A esas alturas, aunque no habían pasado tantos años del término de la Guerra del Pacífico, los uniformes de corte francés del 79 se veían muy anticuados en comparación con los uniformes prusianos que había adoptado el Ejército.

Duelos hacen peligrar las fiestas

Cuando prácticamente todo estaba dispuesto para tan magnas celebraciones, una mañana leí un titular de un diario que decía que no habría fiestas del Centenario, debido a que el día 16 de agosto había fallecido en Bremen, Alemania, el Presidente de la República don Pedro Montt. Se agregaba que el Senado analizaría la triste noticia y la forma de postergar las celebraciones ante el duelo nacional que implicaba la muerte del primer mandatario. "Bueno –dije– al menos me quedó el uniforme del "Granaderos" como recuerdo para los niños".

Los días siguientes hubo febril actividad en el Senado y los diarios locales comentaban las diversas posturas. Aquellas que aconsejaban suspender todas las fiestas y las otras que querían que se mantuvieran, porque era más trascendente el primer siglo de vida independiente, por muy triste que fuera el deceso del Presidente de la República.

La última semana de agosto, un gran titular señalaba "Igual de celebra el Centenario". La noticia explicaba que luego de una larga y áspera discusión, el Senado resolvió no alterar el programa, considerando –por sobre todo– que se habían extendido las invitaciones a representantes de diversos países, estando ya confirmada la asistencia de sus importantes delegaciones. A cargo de presidir todos estos actos quedó el vicepresidente de la República, Elías Fernández Albano, quien siendo ministro del Interior de Pedro Montt estaba temporalmente como vicepresidente mientras el jefe del Estado se encontraba en Europa en un tratamiento médico. Fernández Albano se abocó de lleno a ultimar los preparativos de la serie de actividades que comenzaban el 12 de septiembre.

Pareció mentira cuando unos días antes de partir a Santiago nos enteramos que Elías Fernández había fallecido repentinamente el 6 de septiembre de un colapso cardiaco. Nuevamente las fiestas del Centenario quedaban pendiendo de un hilo, en momentos en que diversas delegaciones navegaban ya rumbo a Chile.

Sin embargo esta vez ya no hubo mayores discusiones y asumió como Presidente el ministro más antiguo del gabinete del fallecido Pedro Montt, cargo que recayó en Emiliano Figueroa Larraín, quien finalmente encabezó todas estas importantes e históricas ceremonias, siendo el tercer presidente de Chile en menos de veinte días ante la muerte de los dos anteriores.

Flanqueados por tropas rindiendo honores, las autoridades se trasladan para asistir a ceremonias del Centenario". Fotografía: Archivo Histórico Nacional.

Las celebraciones en Santiago

Viajamos a Santiago el 9 de septiembre y nos alojamos en un hotel situado en la calle Ahumada, ya que todos los otros que me gustaban o que conocía, estaban completos, debido a la gran cantidad de viajeros que estaban convergiendo a Santiago.

Lo primero que hice fue tomar contacto con el oficial encargado de coordinar el desfile de los veteranos de guerra y se nos citó a un ensayo, de civil, para el día 11 de septiembre a las nueve de la mañana en el Parque Cousiño. Esa preparatoria, en la que se habían reunido cerca de dos mil veteranos, fue para mi una seguidilla de impresiones y emociones difíciles de relatar, ya que en la multitud de ex soldados y oficiales comenzaron a aparecer rostros conocidos de aquellos gloriosos tiempos, la mayoría de los cuales no veía por más de treinta años. Las espaldas me quedaron adoloridas de tantos abrazos palmoteados con decenas y decenas de antiguos camaradas de armas.

Abracé a soldados que me saludaron con gigantesco cariño, recordando en algunos casos su apellido y en otros absolutamente nada, pero igual respondí con emoción los saludos que me daban. Mis niños, desde arriba de un monolito, observaban este reencuentro, muy atentos a todo. Cerca del mediodía fuimos despachados y nos fuimos a almorzar al centro.

Las celebraciones oficiales se iniciaron a las ocho de la mañana del día 12 de septiembre, cuando toda la ciudad fue embanderada. A las once de la mañana estábamos en las afueras de la Estación Central de Trenes, esperando la llegada del Colegio Militar Argentino, que participaría en todas las actividades recordatorias de nuestro primer siglo de vida independiente. Los cadetes argentinos salieron desfilando de la estación por la Avenida de las Delicias hasta Teatinos. De allí siguieron por Moneda pasando frente al Palacio de la Moneda y la Legación argentina, para volver a Las Delicias hasta la Avenida del Ejército, por donde siguieron al sur hasta el imponente edificio de la Escuela Militar, donde alojaron. Luego de observar a las compañías de cadetes trasandinos, nos fuimos caminando al centro, aprovechando de comer algo en las fondas que se habían instalado en el costado del Colegio de los Padres Franceses.

De allí nos fuimos a la Plaza de Armas, para asistir a la tómbola que organizaba la comuna, que entregaba diversos regalos a los asistentes, los que para poder obtener un número que les permitiera participar tenían que inscribirse para hacer una pequeñísima presentación, que podía ser canto, interpretación de algún instrumento o declamar alguna poesía. Luego tomamos un coche de arriendo hacia el Club Hípico, para presenciar la presentación de gimnasia que hicieron centenares de cadetes de la Escuela Militar y de la Escuela de Clases.

Por la noche nos fuimos al nuevo parque Forestal, donde se hicieron grandes fuegos de artificio que duraron más o menos una media hora.

Así culminó, para nosotros, este primer día de de las fiestas del Centenario en Santiago. Digo para nosotros, porque hasta donde recuerdo, esa noche hubo además una función de gala en el Teatro Municipal en honor de las delegaciones extranjeras y luego una recepción en el Palacio de La Moneda.

Al día siguiente se hizo una recreación de la batalla de Maipú y la colocación de una columna en recuerdo de aquella gesta, a la que asistieron las delegaciones extranjeras y unidades militares de Chile y Argentina. Nosotros no pudimos asistir, porque no había medios de transporte disponibles hasta Maipú, pero nos enteramos de ella por la prensa del día siguiente. El resto de ese día, las actividades en Santiago fueron menores, consistente en la instalación de algunos monumentos en honor de próceres de la independencia.

Luego hubo importantes actos que tuvieron como escenario a Valparaíso, donde las delegaciones extranjeras se trasladaron en trenes especiales, asistiendo al día siguiente a una Gran Revista Naval, que fue elogiada por la prensa por lo imponente de la presentación de nuestra flota de guerra.

A manera de entretención, considerando que ese día fue bastante poco lucido en la capital, fuimos al biógrafo –al Teatro Politeama– donde exhibían una serie de entretenidos cortos franceses e ingleses.

Al mediodía del 15 de septiembre concurrimos nuevamente a la estación ferroviaria, a observar la llegada de marinos extranjeros que integraban las delegaciones de varios países, entre ellos de Argentina, Brasil, Italia, Francia e Inglaterra. Era muy entretenido ver llegar destacamentos de marinería y oficiales de tan diversas nacionalidades. A cargo de esa ceremonia estaba el vicealmirante Luis Uribe. Se lo mostré a los muchachos y les expliqué que era guardiamarina de la gloriosa "Esmeralda" y un sobreviviente del Combate Naval de Iquique.

Ellos lo miraban con un respeto y admiración únicos y ante sus numerosas preguntas, les expliqué que había estado prisionero en Iquique y que luego de ser liberado por las tropas chilenas se había reincorporado a la Marina, donde seguía hasta ese día. Al pasar por mi lado, el vicealmirante Uribe me saludó efusivamente, lo que llenó de orgullo a los niños. Cuando me preguntaron la razón por la cual nos conocíamos, les conté que cuando ellos eran pequeños había contratado mis servicios de abogado para adquirir unas propiedades y que luego de eso me había invitado a cenar un par de oportunidades en Concepción.

El 16 de septiembre, más o menos al mediodía, llegó en tren a Santiago el Presidente de Argentina. La recepción fue apoteósica, ya que la calle Matucana, desde Las Delicias hasta Catedral, estaba flanqueada por miles de soldados de diversas unidades, que rindieron los honores al mandatario argentino, mientras las baterías del cerro Santa Lucía hacían salvas de veintiún cañonazos. No estoy seguro, pero me parece que esta fue la primera vez que un presidente extranjero visitó nuestro país y creo que allí radicaba la curiosidad y entusiasmo de la gente, que repletó las calles para ver al Presidente Figueroa. Y no me he equivocado porque su apellido era igual al de nuestro vicepresidente.

La comitiva, en la que se mezclaban los visitantes argentinos y los anfitriones chilenos estaba compuesta de casi cincuenta carruajes, ya que en el tren especial que lo trajo llegó acompañado de muchos senadores, diputados, generales, almirantes, coroneles, totalizando más o menos unas cien personas. Cerca de la una de la tarde la multitud colmaba todos los espacios disponibles en torno a La Moneda, ya que allí se realizaría la recepción a la gran delegación argentina.

El resto de ese día no encontrábamos que hacer, ya que para el lado que nos diéramos vuelta había actividades, presentaciones y competencias. En las plazas competían los estudiantes de las escuelas en juegos de tirar el cable, palos encebados y ensacados. Por otro lado, las ligas obreras realizaban campeonatos de lucha romana en la Plaza de Brasil. En la Plaza de Armas, las sociedades obreras desarrollaban festivales de cantos de estudiantinas y en el Parque Cousiño se efectuó un match de fútbol, entre todos los clubes de la Asociación de Santiago.

En todas partes se notaba que las actividades estaban siendo muy bien desarrolladas y mostrando una muy buena organización. Los primeros premios, según los concursos, fluctuaban entre los doscientos y trescientos pesos, que era una suma bastante interesante en aquella época.

Todo esto que relato y que viví junto a mis muchachos, es lo que nosotros presenciamos, ya que paralelamente se desarrollaban muchas recepciones a nivel de gobierno, de las que tomé conocimiento solamente a través de los diarios.

El 17 de septiembre hubo un gran tumulto en Las Delicias, frente a la Universidad de Chile, ya que hasta allí concurrieron los presidentes de Chile y Argentina, aunque no tengo muy claro de que se trató ese asunto.

Lo que sí disfrutamos mucho ese día fue la gran y novedosa competencia que se hizo en Las Delicias, de calle San Martín hacia el poniente, consistente en desfiles de bicicletas engalanadas. Fueron cientos de bicicletas que pasaron adornadas de todas las formas y colores imaginables, que competían por los tres primeros lugares, que eran premios de entre cien y trescientos pesos. Lo más divertido fue que al final de la competencia, se quedaron unos cincuenta propietarios de bicicletas estacionados en el sector de la Avenida del Ejército, los que por la suma de cinco pesos arrendaban su vehículo por veinte minutos. Esa fue la primera vez que me subí a este tipo de vehículo, pero jamás logré el equilibrio necesario para poder avanzar. Sí lo consiguieron mis muchachos, los que entusiasmados por su rápido aprendizaje siguieron arrendando las bicicletas por espacio de unas tres horas.

Almorzamos, muy agotados –como a las cuatro de la tarde– y nos fuimos a dormir una pequeña siesta, ya que las otras celebraciones de aquel día eran principalmente inauguraciones y recepciones de tipo oficial, en las que la atracción principal era el Presidente de Argentina.

Salimos del hotel como a las ocho de la noche y nos encaminamos a la Plaza de Armas, donde se realizaría una tradicional Gran Retreta Militar, con todos los militares portando antorchas. Creo que ese acto marcó mucho a Álvaro, ya que en un momento de la ceremonia me dijo al oído: “Papá, ya lo he decidido. Voy a ser militar”. “Si tú quieres joderte, es problema tuyo”, le respondí.

Terminada la retreta, que fue muy emotiva, nos fuimos casi a la carrera a la calle Mapocho, donde se ofrecía una gran función gratuita de biógrafo al aire libre. Mientras veíamos los filmes, se apreciaban fuegos artificiales hacia Independencia, hacia la avenida José Antonio Matta –como se llamaba ahora el Camino Cintura Sur– y hacia la calle Vicuña Mackenna, nombre con que había sido rebautizado el Camino de Cintura Oriente.

Llegamos al hotel rendidos, cerca de la medianoche y nos dormimos sin cenar, ya que no dábamos más. Al día siguiente era el 18 de septiembre y sería mi primer desfile desde que había dejado las filas del Ejército luego de la batalla de La Placilla.

Necesaria reivindicación

De acuerdo a las instrucciones, el 18 de septiembre tenía que estar a las ocho de la mañana en calle Intendente Bascuñan Guerrero con Las Delicias. Llegué puntual, junto a los niños. Ellos iban muy orgullosos conmigo en el coche que nos llevó del hotel hasta el lugar señalado, ya que vestía el uniforme de oficial de caballería, incluidas las medallas de las campañas de Tarapacá y Lima.

Yo no sabía si estaba contento o molesto, ya que por momentos pensaba que nunca debí haberme metido en esto, por los sentimientos de lejanía que tenía hacia el Ejército. Pero a la vez pensaba que con mi participación en esta actividad militar en nada estaba traicionando mis sentimientos que se mantenían inalterables.

Nos reunimos como cuatro mil veteranos de todas las condiciones sociales. Alrededor de quinientos llevábamos uniforme y unos mil llevaban solamente su quepí de la Guerra del 79 y sus medallas. El resto vestía de traje, con corbata y medallas en la solapa, además de los parches y piochas de las batallas en que habían combatido. Fueron momentos de intensas y encontradas emociones, ya que jamás me habría imaginado en los aciagos días posteriores a la Guerra Civil, que dos décadas después desfilaría por las principales calles de Santiago vistiendo uniforme militar.

La ceremonia comenzó como a las ocho y media, cuando iniciaron el desfile los integrantes de los regimientos más antiguos –entre ellos el "Buin", "Húsares" y "Segundo de Línea"– detrás de sus estandartes y vestidos con réplicas de los uniformes que estas unidades emplearon en la guerra de la Independencia. Tras ellos marchábamos los Veteranos del 79, reunidos por compañías en las que se mezclaban ex integrantes de diversas unidades del tiempo de la campaña contra

el Perú y Bolivia. Éramos encabezados por los estandartes de todas las unidades acantonadas en la zona central que habían participado en ese cruento conflicto.

Marchamos por Las Delicias desde Intendente Bascuñán Guerrero hasta la Avenida del Ejército, cruzando luego la plaza de Ercilla, donde se pondría la primera piedra del futuro monumento a la Independencia.

Eran miles las personas que llenaban las aceras para aplaudir a los veteranos y había tramos, en Las Delicias y en Avenida del Ejército, en que estaban formados los alumnos de numerosas escuelas públicas de hombres y niñas.

Realmente sentí una emoción que difícilmente puedo describir al recordar este desfile, que provocó en mí un gran cambio, ya que después de este memorable 18 de septiembre me sentí profundamente recompensado por el cariño y homenaje recibido de la ciudadanía. Con los ojos humedecidos miraba de reojo hacia la acera izquierda y veía las cabezas de mis chicos que corrían adelantándose al paso del batallón en que formaba y luego se colocaban junto a la calzada y me aplaudían y vitoreaban, repitiendo esto durante todo el largo trayecto. Se notaba que estaban felices y el haber tomado la decisión de participar en este desfile creo que además de romper traumas de mi pasado, fue doblemente gratificante al tener como testigo a mis hijos.

Las unidades de formación permanecimos en el frontis del Parque Cousiño mientras se efectuaba la ceremonia de primera piedra del monumento a la Independencia, en la que hicieron uso de la palabra los ministros del Interior de Chile y Argentina y generales y almirantes de ambos países. Terminado este acto, las unidades de formación hicimos nuestra entrada al lugar de desfiles del parque, en el mismo orden con que salimos de la calle Bascuñán.

Los entornos de la enorme elipse estaban atestados de gente de todas las edades. Los vivas y aplausos para las tropas con uniformes de la guerra de la Independencia eran atronadores.

Como a las diez de la mañana, cuando las formaciones de Veteranos del 79 nos aprestábamos para iniciar nuestro desfile, se empezaron a escuchar las salvas de cañonazos desde el cerro Santa Lucía y las campanas de todos los templos de Santiago echadas al vuelo. Cuando nos correspondió desfilar ante el público, los aplausos se cuadruplicaron y los hombres y niños aplaudían con un entusiasmo que jamás había visto, mientras que las mujeres agitaban sus pañuelos.

Creo que todos los veteranos, sin excepción, marchábamos más marciales que nunca. Trémulos de una emoción incontenible, agradecidos del cariño y gratitud que nos expresaban las nuevas generaciones. Habían transcurrido tres décadas de

esa guerra y los muchachos de entonces, que se fueron a la campaña con dieciocho o veinte años, andaban ya por los cincuenta años y los de mayor edad, ya llegaban a los setenta.

Yo no regresé a Chile con las tropas del general Baquedano después de la toma de Lima, ya que continué sirviendo en Perú y no tuve la experiencia de esa parte del Ejército, que fue recibido en Valparaíso, Santiago y en las ciudades de acantonamiento de los regimientos, con numerosos arcos triunfales, marchas, homenajes y aplausos. Yo había vuelto de la guerra tranquilamente, bajando de un buque para subir a un tren y desde allí en un carruaje de arriendo hasta mi cuartel. Por ello, nunca había recibido un homenaje ciudadano y eso me tenía palpitante de emoción.

Terminada nuestra presentación, un coro de cinco mil niños interpretó nuestro Himno Nacional. Allí culminó mi participación en las fiestas del Centenario, ya que en todas las demás actividades que se siguieron desarrollando hasta fin de mes, fuimos meros espectadores con mis hijos.

El resto de ese inolvidable día hubo muchas ceremonias oficiales, con la participación de las numerosas delegaciones extranjeras, entre ellas desfiles militares en el centro, Te Deum, recepciones, etc.

Lo que considero mucho más significativo, fue la gran fiesta popular que se vivió ese dieciocho. Eran cientos las actividades programadas. Entre ellas recuerdo la llamada "Fiesta en el Jardín" en el cerro Santa Lucía, a la que asistieron los presidentes chileno y argentino y sus ministros. La gente paseaba por las terrazas del cerro, mientras bandas de músicos de todos los regimientos de la Guarnición de Santiago interpretaban valses, polcas, marchas y otras melodías en cada una de las escalinatas del lindo paseo.

Ese día hubo funciones gratuitas de teatro y biógrafo en más de seis puntos distintos de la ciudad y, al caer la tarde, en avenida Matta esquina de la Maestranza se hicieron tres funciones consecutivas de filmes al aire libre, alusivos a Manuel Rodríguez, O'Higgins y parodias de batallas de la Independencia, que aunque muy mal logradas lograban impresionar a la numerosa y entusiasta concurrencia.

Como a las nueve de la noche, mientras las autoridades chilenas y extranjeras se aprestaban a participar en una función de gala en el Teatro Municipal, se iniciaron desde la terraza del cerro Santa Lucía unos fuegos artificiales sencillamente fantásticos, que se prolongaron por unos quince minutos. Después de esta bella exhibición pirotécnica, culminó para nosotros la jornada del 18 de septiembre de 1910 y nos fuimos a cenar al hotel.

Siguen los ostentosos festejos

Volviendo a las fiestas del Centenario que motivaron estas reflexiones, recuerdo que nos quedamos en Santiago hasta 21 de septiembre, pero de acuerdo a lo programado, los festejos continuaron hasta el último día del mes. El 19 de septiembre se hizo una Gran Revista Militar en el Parque Cousiño, en la que desfilaron todas las tropas de la zona central. Esta gran parada, a la que asistieron todas las comitivas extranjeras y el gobierno de Chile en pleno, contó con la novedad de las tropas extranjeras, destacando los cadetes del Colegio Militar Argentino y las fuerzas de marinería de Argentina, Brasil y de varios países europeos.

La tarde del diecinueve fue amenizada con funciones gratis de circo, biógrafo, teatro y marionetas en más de seis lugares distintos de la ciudad, las que se prolongaron hasta pasadas las diez de la noche, cuando se iniciaron hermosos fuegos artificiales desde los cuatro puntos cardinales. Nosotros vimos los de Borgoño con Independencia.

El 20 de septiembre, a las nueve de la mañana estábamos puntuales en el Parque Cousiño, para presenciar las carreras de automóviles, que jamás habíamos visto. Este inédito espectáculo nos tuvo a todos en ascuas, por la gran velocidad de los coches y la pericia demostrada por los choferes. Terminadas esas carreras, nos fuimos a almorzar algo rápido a una de las tantas fondas instaladas en el parque, mientras las autoridades se iban a un gran almuerzo de gala en el Club Hípico.

Hicimos hora reposando en los jardines hasta como la una de la tarde, para presenciar –en el mismo lugar en que habían competido los autos– unas impresionantes carreras de bicicletas, en las que participaron cerca de trescientos ciclistas. Terminadas éstas, se dio inicio en el parque a una gran fiesta popular, consistente en variados espectáculos que se desarrollaban en forma simultánea.

Por un lado cientos de personas competían en carreras de ensacados. Por otro los atletas luchaban por el primer puesto en carreras de cien y cuatrocientos metros. Más allá, funcionaba un par de circos. Por otro extremo del parque, se hacían carreras de réplicas de zeppelines de unos cinco metros de largo. Mirando hacia el oriente del gran recinto, en una cancha especialmente habilitada, se competía en gymkanas de a caballo. Era una bella locura, en la que participó gran parte de los habitantes de Santiago hasta bien entrada la noche.

Nosotros aguantamos hasta como las siete de la tarde y de allí volvimos a cenar y a acostarnos, ya que estábamos extenuados. Nos embarcamos a Angol el día 21 de septiembre de 1910, ya habíamos visto y disfrutado lo suficiente. Así, junto a mis hijos, fuimos partícipes de las grandes fiestas del Centenario de la Independencia de Chile.

Al desempacar mis cosas de regreso a Angol y mientras ordenaba mi uniforme, sentía un gran alivio al haberme reconciliado con mi pasado. Sin embargo, en momento alguno dejé de lado mi convicción que el Estado había sido y seguía siendo ingrato e insensible con los ciudadanos reclutados voluntaria o forzadamente y que permitió al Ejército crecer rápidamente y adquirir la fuerza que lo hizo cubrirse de gloria en la guerra.

En realidad, el haber participado en este gran desfile de veteranos de la campaña de 1879 reafirmó mis convicciones. En mi mente estaban claramente grabados los rostros de muchos cientos de ex soldados viejos, pobres y enfermos, pero que al igual que antaño habían guardado sus penas en un bolsillo y habían marchado bizarros tras nuestra bandera.

Inmerso en estos pensamientos no pude evitar tomar una hoja impresa que habían entregado a todos los veteranos al término del desfile de ese día. Se trataba de un poema, que con el correr de los años fue convertido en himno. Al leerlo, no pude evitar reírme, ya que los emotivos versos en nada se condecían con la insensibilidad y desprecio con que el Estado había tratado a estos hombres. El poema, que conservé por décadas, decía así:

Salve a ti venerable soldado, hombre noble de alma sin par,
que al sonar el clarín de batalla presuroso dejaste tu hogar

Como Prat, Serrano y Aldea tu valor en la historia quedó.
Vuestra hazaña fue heroica y sublime que el chileno en su alma grabó

De esa guerra fatal y sangrienta un puñado de hombres volvió,
mutilados y enfermos de pena por el ser que en el campo murió

Gloria eterna reliquia sagrada que a la Patria le dieron honor
la bandera orgullosa protege a estos hombres de gran corazón.

Y, en realidad, la Bandera parecía ser la única protectora de estos veteranos, que salvo excepciones, vieron reivindicados sus derechos solamente en la segunda década del siglo veinte, cuando ya los sobrevivientes eran pocos y todos muy ancianos. Ahí llegaron pensiones, honores, pases libres y otros reconocimientos que a muchos no les alcanzó la vida para disfrutarlos y, los que los recibieron, ya estaban viviendo sus últimos días.

No hablo en primera persona, porque gracias a mi profesión adquirida antes de la guerra logré superar todas estas ingratitudes y tener un buen pasar por mi esfuerzo personal. Creo necesario que el país no olvide y menos oculte esta triste actitud hacia los civiles que hicieron grande la Patria. Esta ingratitud tan bien plasmada desde antiguos tiempos en la frase popular. "El pago de Chile", aplicable a este caso.

CAPÍTULO 25
PENSAMIENTOS FINALES

Me convencí que Chile no volvió a ser el mismo luego de las grandiosas y ostentosas fiestas del Centenario, de las que fui espectador y partícipe. Me parece que la celebración del primer siglo de vida independiente de nuestro país causó una sensación de madurez –y nótese que digo solamente "sensación"– que llevó a una vorágine de desordenados cambios sociales.

Aunque no eran "santos de mi devoción", creo que fue bueno para Chile que los sindicatos y federaciones tomaran fuerza y se multiplicaran, ya que el abuso y la injusticia campeaban en todo el territorio, amparados bajo la dictadura parlamentaria instaurada luego del derrocamiento de Balmaceda. En esos tiempos muchas veces me pregunté de qué había servido la Guerra Civil de 1891 –donde casi dejé mi vida– en la que murieron más de doce mil ciudadanos de ambos bandos. La mayoría de las ocasiones pensaba que de nada.

Llegué casi siempre a la conclusión que solamente había implicado un cambio en la balanza. Que después de este cruento enfrentamiento fratricida, los presidentes pesaban menos que los parlamentarios y nada más.

Todo había seguido igual, fortaleciéndose aquellos más ligados a la potencia de turno, en perjuicio de la mayoría.

Los nacionalistas –y por favor no confundan con los nacionalsocialistas– eran repudiados y marginados. Cuando hablo de nacionalistas hago referencia a aquellos que heredamos el pensamiento de los hombres que querían un Chile fuerte y progresista, pero que tenían la conciencia que para que esto ocurriera el progreso tenía que llegar a cada uno de sus habitantes, partiendo por entregar a todos una sólida educación.

El nuevo siglo trajo la época de las grandes huelgas, fuertemente reprimidas, tanto en las salitreras, como en Valparaíso y Santiago.

En otro ámbito, fui testigo del despoblamiento de los campos y de cómo los ex campesinos se iban arranchando en barriadas en los arrabales de las grandes ciudades. Así se fueron generando anillos de miseria en la que se iban acumulando miles y miles de desdichados compatriotas. Estos ilusos –que transaron su dignidad

de campesinos por las migajas que podían caer del mantel de la industrialización– esperaban en las ciudades una pequeña oportunidad, pero rara vez la encontraban y debían sumirse en la oscuridad y hacinamiento de conventillos y villas obreras, que por entonces comenzaron a levantarse.

¿Qué hacían los políticos? En realidad prefiero no opinar, porque a pesar de haber desempeñado cargos públicos, ya no estaba abanderizado con una colectividad determinada, por no confiar en ese sistema. Lo único que tengo claro es que fui un fervoroso admirador y defensor del gobierno de José Manuel Balmaceda, por considerar que fue el primer Presidente chileno que intentó aplicar políticas que fueran en bien de la mayoría, especialmente a través del fomento de la educación y las obras públicas al servicio de la gente en general.

Me preocupaba mucho la borrachera de modernidad, ya que pocos reparaban que cada vez había más pobres. En mi infancia también había muchos pobres, pero que yo recuerde no corrían el riesgo de morirse de hambre, como sí sucedía habitualmente en las primeras décadas el siglo veinte.

Por un tiempo me entusiasmó la obra de mi amigo, el doctor Nicolás Palacios, a quién había conocido en las ambulancias del Ejército en la Guerra del 79. En un comienzo me sentí identificado por su libro "Raza Chilena", pero paulatinamente me fui desencantando al encontrar la obra panfletaria y que servía de regio abono para las ideologías de grupos ultranacionalistas, que estimaba que en nada podían contribuir al verdadero desarrollo que necesitaba este país, que amé desde mi infancia.

Así fue transcurriendo mi vida, más dedicada a observar lo que pasaba en Chile. Antes, por mi agitada existencia, no había tenido el tiempo necesario de ser un buen espectador de lo que ocurría en el país.

Seguí todos los pormenores y las repercusiones en Chile de la Primera Guerra Mundial, incluyendo las batallas navales registradas en nuestras costas entre grandes acorazados de la Corona Británica y del Imperio Alemán, como asimismo de la vida que llevaron los marineros germanos "internados" en la isla Quiriquina, luego de ser derrotados en los combates.

Sufrí y me empobrecí bastante con el término del auge salitrero y con la gran depresión de los años veinte. Pero no me quejo por las acciones que se me hicieron humo ni de los depósitos que se achicaron hasta casi desaparecer, porque tuve el don de tener el equilibrio necesario para mirar para los lados y así darme cuenta que los mismos de siempre –los pobres– sufrieron mucho más.

Me alegré mucho en 1924 cuando –hojeando el diario en el escritorio de mi notaría en la ciudad de Valdivia– me enteré de las presiones que el día anterior

había ejercido sobre el parlamento un grupo de oficiales del Ejército encabezados por Carlos Ibáñez. Aunque en rigor esta presión fue ilegítima, estaba de acuerdo con lo que exigían. Encontré de plena justicia que los parlamentarios no fueran premiados con ostentosas dietas y que se les exigiera aprobar una Ley de Rentas y un Código Laboral, que permitiera que los que más ganaban hicieran una mayor contribución al fisco y, paralelamente, que los trabajadores tuvieran una mayor protección legal.

Sin embargo sentí pena por el país cuando el 23 de septiembre de 1925 debió renunciar el Presidente Arturo Alessandri, quedando el gobierno en manos de sucesivas juntas de caudillos militares revolucionarios.

Mis últimas preocupaciones han sido tratar de proyectar cuáles serán los resultados de las políticas impulsadas por el Frente Popular encabezado por el Presidente Pedro Aguirre Cerda, en los momentos que se desarrolla la Segunda Gran Guerra o Guerra Mundial, en la que la mayoría de los chilenos ve como aliado natural a Alemania.

He vivido bajo veinte gobiernos: Manuel Montt, José Joaquín Pérez, Federico Errázuriz, Aníbal Pinto, Domingo Santa María, José Manuel Balmaceda, Jorge Montt, Federico Errázuriz, Germán Riesco, Pedro Montt, Ramón Barros Luco, Juan Luis Sanfuentes, Arturo Alessandri, Luis Barros Borgoño, Emiliano Figueroa, Carlos Ibáñez del Campo, Juan Esteban Montero, la República Socialista de los Cien Días, nuevamente Arturo Alessandri y Pedro Aguirre Cerda.

Y puedo recordar lo más importante que pasó en este largo tiempo, porque Dios me premió con larga vida y buena memoria.

Esta es mi humilde y personal visión, la de una persona común y corriente que aportó su grano de arena al país, el que sumado al de miles de ciudadanos conforma la historia de Chile.

Hasta aquí deseo dejar mis relatos, que creo pueden ser un minúsculo aporte al conocimiento de Chile entre 1879 y 1910.

Ya dije lo que pensaba en cuanto a mi Chile. En lo que respecta a lo personal creo que debo llegar hasta el Primer Centenario, ya que considero que el resto de mi vida no es de interés de ningún lector. Estimo que ella pertenece exclusivamente al ámbito cotidiano de un hombre, que nació en un Chile prácticamente colonial y tuvo la ayuda divina para ver las grandes transformaciones sociales que experimentó el país.

De un ciudadano que vivió toda su juventud y gran parte de su vida adulta a la luz de las velas, movilizándose en caballo y que se maravilló con los ferrocarriles y los telégrafos.

Nunca imaginé lo que vendría. Afortunadamente, mi capacidad de asombro no se ha agotado con el correr del tiempo. Por ello disfruté y gocé los numerosos grandes inventos que fueron llegando a mi vida cotidiana, como la electricidad, los aviones, los automóviles, el cine, los teléfonos, la radio, los grandes avances en la medicina y la industrialización, entre muchos otros. Lamenté, eso sí, como estos adelantos cambiaron rápidamente casi todas las costumbres que se habían mantenido por generaciones, apareciendo una nueva sociedad.

Pero recapitulando sobre la segunda parte de mi vida, por así llamarla, el balance fue muy positivo y las alegrías sobrepasaron lejos los sufrimientos.

Con Isaura Fernández Romo, mi mujer, formamos una gran familia en Angol. Poco después, con Isaura y todos los hijos dejamos mi querida ciudad de Angol y nos radicamos en Valdivia. Aquí me quedé ejerciendo el cargo de notario público y de hacienda y conservador de comercio y minas, además de auditor de guerra de la Guarnición Militar de esa zona.

Pese a mi edad, en Valdivia hice lo mismo que en Angol. Además de desarrollar mi profesión, cooperé en la formación de varias ligas de ayuda a los niños desamparados y estudiantes pobres. Trabajé en la creación de un monumento a Pedro de Valdivia y dediqué tres horas diarias –martes y jueves durante más de una década– a entregar mi asesoría legal a personas que no tenían como pagar un abogado.

Eso me reportó muchas satisfacciones íntimas y públicas. En varias ocasiones fui homenajeado por la sociedad valdiviana, lo que ha significado mucho para mí en esta fase final de la vida.

Entre otras obras, una de las que me provocó mayor satisfacción, fue la creación de la "Sociedad de Socorros Mutuos José Manuel Balmaceda", que dio gran apoyo a quienes requerían de servicios médicos y sociales y que carecían de recursos para ello.

Creo que he logrado vivir los últimos años de mi vida con una gran tranquilidad, rodeado del cariño de mi familia. Siempre mantuve mi agradecimiento a aquellos que me ayudaron desinteresadamente para que pudiera alcanzar tan avanzadas etapas de la vida.

No puedo dejar de dar gracias por mi gran descendencia y un buen pasar, ya que la vida me trató financieramente bien y además de mi casa quinta de Angol, la casa y oficina de Valdivia y el campo en Niebla, logré adquirir dos buenas propiedades en Santiago, siempre en las cercanías del cuartel del viejo "Regimiento Cazadores".

Nunca olvidé los caballos, que fueron la pasión de mi vida. Hasta avanzada edad seguía haciendo cabalgatas, a escondidas de mis hijos, que temían que el viejo se muriera al caer del caballo.

José Miguel Varela, Notario en Valdivia, 1920. Fotografía: El Correo de Valdivia.

Ellos, en su afán de cuidarme trataban de alejarme de los caballos, sin comprender que para mi –hombre antiguo– el caballo era una prolongación de mi cuerpo y que además la relación que lograba con un corcel era inigualable, porque junto con un buen perro, son los animales más nobles con el hombre. Recuerdo una fuerte caída del caballo en una de mis escapadas al "Húsares" en Angol. Los oficiales amigos de uno de mis hijos me ocultaron en la enfermería hasta que nuevamente estuve en condiciones de salir caminando y volver a Valdivia.

Disfruté mucho las largas cabalgatas que hicimos con el soldado Acevedo. En gratitud por el campo que le obsequié en las afueras de Valdivia, siempre tenía el mejor caballo dispuesto para mí.

Aunque sobrepasábamos lejos los setenta años, hacíamos travesías montadas y nos íbamos por tres o cuatro días de a caballo por los montes y bosques valdivianos, cazábamos liebres con nuestras carabinas Winchester 76 –iguales a las que habíamos usado en la guerra del norte– dormíamos en el suelo y nos preparábamos nuestro alimento y bebíamos un buen vino en pleno campo.

Era lo mismo que hacíamos en la Guerra del 79, aunque ahora como una sana diversión y con medio siglo más en nuestros cuerpos.

Tuve mi primer automóvil en 1923 y aprendí a conducirlo muy bien, pero seguí prefiriendo una buena silla de montar y las bridas, que un cómodo asiento de felpa y un volante.

Así ha transcurrido la última parte de mi existencia. Acompañado por mi familia, compuesta de mi mujer Isaura, mis hijos e hijas, nueras, yernos y nietos, sintiendo cada vez con más fuerza el hecho de ser un sobreviviente, ya que perdí la cuenta de las veces que tuve que acompañar a mis amigos y camaradas hasta su última morada. Tengo la seguridad que llegado el momento de hacer el balance final de mi vida, el resultado está a mi favor, lo cual se lo agradezco a Dios y solamente a él.

ANEXOS

Transcripciones de hojas de servicio y de vida del Coronel José Miguel Varela Valencia

(Extractado de los documentos originales, que se encuentran en el Archivo General del Ejército)

- Nació en Concepción el *23 septiembre de 1856*.
- *08 abril 1879:* Alférez de la 2da compañía del 2do escuadrón del Regimiento Granaderos a Caballo.
- *15 enero 1880:* Se desempeña como Juez Civil de la Plaza de Atacama.
- *17 mayo 1881:* Agregado al Regimiento Cazadores a Caballo.
- *23 noviembre 1881:* Alférez de la 2da compañía del 2do escuadrón del Regimiento Cazadores a Caballo.
- *07 diciembre 1881:* Teniente de la 1ra compañía del 3er escuadrón del Regimiento Cazadores a Caballo.
- *23 febrero 1883:* Teniente de la 2da compañía del 3er escuadrón del Regimiento Cazadores a Caballo.
- *15 mayo 1884:* Teniente de la 1ra compañía del 2do escuadrón del Regimiento Cazadores a Caballo.
- *22 enero 1885:* Capitán Ayudante del Escuadrón Húsares.
- *03 febrero 1887:* Capitán 2do Ayudante del Estado Mayor del Ejército del Sur.
- *15 abril 1887:* Capitán 2do Ayudante de la Comandancia General de Armas de Cautín.
- *15 octubre 1887:* Pasa al Estado Mayor de la Plaza de Temuco.
- *18 julio 1888:* Grado de Sargento Mayor de Ejército.
- *29 marzo 1891:* Teniente Coronel. Guardias Nacionales movilizadas.
- *30 marzo 1891:* Nombrado Ayudante y Secretario de la 7ma División Concepción, con retención de los puestos de jefe de la Comisión Repartidora de Tierra y profesor de francés en el Liceo de Temuco.
- *14 septiembre 1891:* Borrado del Escalafón. Decreto de la Excelentísima Junta de Gobierno.
- *09 marzo 1895:* Se le concede retiro absoluto del Ejército.

- *08 octubre 1937:* Coronel de Ejército, por Decreto Supremo N° 1796 en conformidad a la Ley N° 6096 del 15 de septiembre de 1937.
- Tiempo servido en la Institución: *16 años, 11 meses y 2 días*.

Coronel José Miguel Varela Valencia. En campañas y acciones de guerra

Hizo la campaña al Perú y Bolivia desde el 10 de octubre de 1879 hasta el 8 de junio de 1880 habiéndose encontrado en los siguientes hechos de armas.

- En la reocupación de la plaza de San Pedro de Atacama por la división que mandaba el Teniente Coronel don Hilario Bouquet el 11 de diciembre de 1879.
- La honorable Cámara de Senadores en sesión de 15 de diciembre de 1879 declaró haber merecido bien de la Patria el Ejército Expedicionario a que el interesado pertenecía y la honorable Cámara de Diputados en sesión de 17 del mismo hizo igual declaración.
- Combatió en la Batalla de Tacna el 26 de mayo de 1880, a las órdenes del General en Jefe don Manuel Baquedano.

Hizo la campaña a Lima desde el 9 de junio de 1880 hasta el 2 de marzo de 1881.

- Formó parte de la división de vanguardia que bajo el mando del señor General de División don José Antonio Villagrán, zarpó de Arica el 15 de noviembre de 1880 y desembarcó en Paracas el 19 del mismo mes.
- Formando parte de la división bajo el mando del Capitán de Navío don Patricio Lynch, marchó por tierra de Pisco a Lurin y combatió en el encuentro que la caballería sostuvo en Herbai bajo la noche del 18 de diciembre de 1880.
- Bajo las órdenes del señor Coronel don Orozimbo Barbosa, combatió en el ataque dado el 9 de enero de 1881 a las fuerzas peruanas atrincheradas en Ate o Rinconada.
- Combatió en la Batalla de Chorrillos el 13 del mismo mes
- Combatió en la de Miraflores el día 15 siguiente a las órdenes del señor General en Jefe don Manuel Baquedano.

Hace la campaña de Arauco desde el 1° de agosto de 1884 hasta la fecha.

En Santiago, día 21 de septiembre de 1886.

Mausoleo donde reposan los restos de José Miguel Varela, en el Cementerio General de Santiago.
Fotografía: Eduardo Parvex.

En Comisiones

Comisión:

Por decreto del señor Comandante de la Fuerza Expedicionaria de Atacama, de 15 de enero de 1880, desempeñó el juzgado civil de esa plaza desde aquella fecha hasta el 12 de febrero siguiente.

Comisión:

Formó parte de la división que bajo el mando del señor Coronel don José Domingo Amunátegui ocupó Ica el 23 de Noviembre de 1880

Comisión:

Bajo las órdenes del Capitán de Navío don Patricio Lynch ocupó la plaza y Fuerte del Callao el 18 de enero de 1881.

En Condecoraciones

Por ley del 1 de septiembre de 1880 usa una medalla de oro con una barra, acordada a los que hicieron la campaña al Perú y Bolivia y se encontraron en alguno de los hechos de armas que dicha ley enumera.

Por ley del 14 de enero de 1882 usa otra medalla de oro con dos barras por haber hecho la campaña a Lima y haberse encontrado en dos batallas.